BRARY
IVERSITY OF
ALIFORNIA
AN DIEGO

THE UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SAN DIEGO
LA JOLLA, CALIFORNIA

PROFESSOR JOSÉ MIRANDA
COLLECTION

D

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

TEATRO SOCIAL

DEL SIGLO XIX

TOMO PRIMERO

TEATRO SOCIAL

DEL

SIGLO XIX

POR

FRAY GERUNDIO

TOMO PRIMERO

Casi siempre riendo,
pocas veces llorando,
corregir las costumbres deleitando.

MEXICO:
IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE
Calle de Cadena, núm. 13

1859

TEATRO SOCIAL

DEL SIGLO XIX.

Aparicion y transformacion.

Las apariciones y los sueños son el recurso de las imaginaciones pobres y estériles como la de Fr. Gerundio. Aunque esta aparicion que yo tuve, y que me alentó á llevar adelante el pensamiento de escribir este *Teatro*, no fué de las inventadas y fingidas, sino que fué una aparicion positiva, real y verdadera.

Y como viene ya de muy atrás que todo lo que á Fr. Gerundio le sucede ha de salirse de la regla

comun y del órden natural de las cosas, la susodicha aparicion no fué de ninguno de los cuatro géneros, especies ó clases que distingue el P. Calmet, á saber: aparicion de la Divinidad, de ángeles buenos ó malos, de difuntos, y de vivos; que si el sabio benedictino hubiera alcanzado esta éra gerundiana, estoy cierto que hubiera subdividido en algunas especies más su doctrina de las apariciones. Pues lo que á mí se me apareció ni fué la Divinidad, como á Moisés; ni siquiera la Madre de Dios (que sin duda ni aun tengo la fortuna de ser bastante tonto para que esta Señora se me aparezca); ni fué ángel bueno como los que se aparecieron á Abraham y á Lot; ni tampoco ángel malo, puesto que ni traia cuernos ni uñas largas, ni ninguna de las otras escrescencias con que nos representan el diablo los taumaturgos de todas las naciones, aunque ahora últimamente ha dado en aparecer bajo tales formas que casi se alegraria uno de que le tentara, sin que esto sea hacer alusion á los diablillos-hembras que modernamente se han apoderado de nuestros teatros, volviendo loco hasta al mismo *Diablo enamorado*, y añadiendo la tentacion diabólica á la tentacion humana, como si tanto fuera menester.

Ni fué tampoco ningun difunto, como aquel Guillermo Durand, que dicen se vino del otro mundo á éste, nada mas que á anunciar que se hallaba ardiendo en los profundos por no haber distribuido

á los pobres lo supérfluo de sus rentas y beneficios; que si el castigo es cierto, como yo no lo dudo, debe tener por allá el Sr. Durand abundancia de compañeros. Y de no ser difunto el que á mí se me apareció, lo certificaba el hallarse con tanta vida que ni aun habia llegado al medio de su carrera. Y á pesar de esto no era tampoco persona humana como la que se apareció á la reina Margarita de Valois la noche que precedió al torneo fatal en que pereció Enrique II de un golpe de lanza; y como las que todos los dias se aparecen en sueños á los enamorados, representándoseles más al vivo de lo que fuera menester. Ni menos era figura de animal como el carnero de cuernos desiguales que se le apareció á Daniel en el año tercero del reinado de Baltasar, ó como la leona con alas de águila que antes habia visto, ó como la bestia de siete cabezas del apóstol S. Juan, ó como el caballo blanco del Señor Santiago, ó como el siervo con collar de oro, cuya aparicion fué causa de la locura del desgraciado rey Cárlos VI; ó como tantos otros animaluchos estravagantes y raros que con su presencia suelen venir á trastornar las imaginaciones ya un poco enfermas ó delicadas, ó á tentar la virtud de los hombres, como los innumerables con que tuvo que lidiar S. Antonio en el desierto.

Nada de esto fué. Y antes de manifestar lo que fué, diré que me hallaba, yo Fr. Gerundio, en com-

pañía de mi siempre fiel é inseparable lego Fr. Pelegrin Tirabeque, en el retiro de nuestra humilde celda, discurriendo y cavilando en qué y sobre qué ejercitariamos nuestra cesante péñola; en cuya incertidumbre mi paternidad era de dictámen de apartarla y apartarnos del espinoso y erizado terreno de la sátira, y emplearla y emplearnos en algun trabajo grave y serio, ya histórico ó ya científico, que si bien pudiera ser menos leido en estos tiempos novelescos é inconstantes que alcanzamos, tampoco tuviera las agudas puntas que germinan en el campo de la sátira festiva, y le siembran y plagan de dificultades.

Mas Tirabeque, de quien yo ya sospechaba que no habria de conformarse con el parecer de su amo en este punto, comenzó á disuadirme de él con estas razones: "Si V., señor mi amo, hubiera de hacer solo eso que piensa y me propone, no me opusiera yo á que V. se ocupara de esas tan graves y tan hondas materias que ha indicado; pero siendo como son cosas que esceden á mis alcances, escusaba en ese caso de contar conmigo, porque podria á lo mejor echarlo á perder, y eso ni V. lo querrá de manera alguna, ni yo tampoco quiero esponerme á ello; y pensar en que yo haya de estarme callado seria pensar en lo imposible, y lo estraño es que despues de tanto tiempo de silencio no haya reventado todavía, que algunas veces me lo temo al ver cómo me bullen y

me rebrincan mas de cuatro especies que tengo estancadas aquí dentro de la mollera. Cuanto mas que no es cosa de jubilarme todavía, cuando si bien es verdad que no soy un muchacho, aun me siento con el mismo vigor que si lo fuera, y me hierve la sangre en el cuerpo como en mis verdores; y ademas el público estrañaria el que yo estuviese callado, y lo achacaria con razon á que V. me habria retirado su confianza, ó á otras causas peores. Y así vea V. de discurrir algo en que pueda yo tomar parte y decir lo que se me ofrezca, y que sean cosas divertidas y amenas si puede ser, no que formalotas ni tristes, que harto tienen los hombres por qué entristecerse sin que á ello ayudemos nosotros, y bien se pueden decir cosas útiles y provechosas y de buena moral, divirtiendo á los que las lean, y acaso se quedan mas en la memoria que los que enseñan los libros serios, que así suelen cansar como toda comida seca y sin salsa, y sin aquel saborete que la hace agradable y gustosa.

—Pláceme en gran manera, Pelegrin, le dije, que tan propicio te halles y tan espontaneamente te ofrezcas á auxiliar á tu amo en los nuevos trabajos que haya de emprender, y esta tu buena disposicion merece bien ser aprovechada. Cuenta, pues, con que lo haré así, siempre que ó tú ó yo, ó los dos juntos acertemos á discurrir y demos con una materia que á mas de ser útil y prove-

chosa, y aun divertida y amena como tú dices, sea de naturaleza tal que se preste á tu cooperacion, y dé campo y pié para que tú puedas desahogarte de esas especies que dices tener estancadas, que esta es la sola dificultad que ya nos queda, aunque no es pequeña tampoco la de poder contar con tu prudencia y discrecion, y que no te me descosas y desmandes como en otro tiempo lo has hecho y de costumbre lo tienes.

—Señor, me dijo á esto Pelegrin, no tenga V. cuidado, que yo seré prudente y comedido, y no me descoseré."

Dicho esto fijamos los dos á un tiempo el codo cada uno en un lado de la mesa del despacho gerundiano, y puestas las manos en las mejillas nos echamos á discurrir y meditar sobre lo que podriamos hacer objeto de nuestras tareas.

En esto que de repente se nos apareció un gallardo mancebo de apuesta y gentil figura, y elegantemente vestido, el cual nos habló con estas palabras: "Supérfluas y escusadas fueran vuestras cavilaciones y discursos, hermanos mios, si os hubierais acordado de mí; de mí, que mejor que nadie puedo suministraros materia para vuestro propósito, y tal y con tanta abundancia, que antes se ha de acabar vuestra vida que podais agotarla, porque yo he de vivir mas que vosotros."

Miróle Tirabeque atentamente y le dijo: "Mucho asegurar es eso, señor mio, porque ha de saber

V., quien quiera que V. sea, que tan pronto suele ir el cordero como el carnero, y que nadie sabe el dia ni la hora, y que la vida no se tiene escriturada; y así no hay que fiarse, que aunque V. parezca ser mas jóven que nosotros, la guadaña de la muerte no se ahorra con nadie, y así siega al mozo como al viejo; y acuérdese de aquella coplita que concluye: "mira que no sabes cuándo." Ademas que tampoco me parece V. ningun niño: ¿cuántos años tiene V. si se puede saber?

—Aunque la pregunta no sea de la mayor educacion, contestó el mancebo, no tengo reparo en decir que aun no he cumplido los cuarenta y cinco, pero que estoy seguro de llegar á ciento, y que antes habeis de morir vosotros que yo, porque vosotros vivís en mí.

—Perdone V., caballero, replicó Tirabeque, que yo no vivo en nadie, sino en Dios y en mi celda, á lo menos desde que salí del vientre de mi madre, que es la única persona en que viví el tiempo de ordenanza, como cada uno de los hombres.

—Dígote, Tirabeque, repuso el mancebo, que vives en mí, y á veces más de lo que fuera menester, y más de lo que de tu estado y antigua profesion es propio.

—Pues dígame V. pronta y brevemente, si gusta, dijo Tirabeque, quién es V. y por qué habla y se esplica de esa manera, que hasta que yo sepa

quién es V., tampoco puedo saber ni confesar si tiene ó no razon en lo que dice.

—No tengo inconveniente en ello, Pelegrin, respondió el aparecido, puesto que vengo con intencion de manifestarlo. Habeis de saber, pues, que yo soy *el Siglo XIX:* que al ver cómo y sobre lo que discurriais y meditabais, he querido venir á sacaros de esas dudas é incertidumbres, recordándoos que en mí y sin salir de mí, en mis costumbres, en mi sociedad, en mi fisonomía y caracteres, en los dramas que cada dia en mí se representan, en mis virtudes y en mis vicios, teneis una fuente inagotable de materia para vuestros discursos, un campo inmenso para vuestras observaciones, y un teatro de tan variadas escenas y de tan pintorescas decoraciones, que como al principio os dije, antes acabará vuestra vida por larga que sea, que pudierais agotarlas, porque yo he de vivir mas que vosotros."

Tirabeque me lanzó una mirada de asombro y de sorpresa, á la cual acompañó un signo de aprobacion, demostrativo de su convencimiento de ser verdad cuanto el *Siglo* habia dicho, si bien se le traslucia haberle picado un poco aquello de que "vivia en el Siglo más de lo que era propio de su estado y antigua profesion." Y por mi parte me sentí con esta revelacion tan animado, que ya no vacilé un momento en adoptar por tema y título de las nuevas tareas gerundianas, el pensamiento del

Teatro social del Siglo XIX, que ya otras veces á mi gerundiana imaginacion le habia venido y asaltado.

"Y para dejaros consignada una muestra de los principales caracteres que me distinguen, prosiguió el aparecido mancebo, miradme y contemplad."

No dijo mas palabra. Nosotros comenzamos á mirarle con atencion de arriba abajo, y el hermano lector podrá suponer cuál seria nuestra sorpresa, cuando vimos que el pié izquierdo se le iba alargando poco á poco y gradualmente, y al paso que le crecia iba perdiendo la forma de pié y tomando la figura de un barco. Este barco se fué tambien agrandando lentamente: á cada uno de sus costados vimos nacer de pronto dos ruedas, y no lejos de la punta ó estremo, ó sea proa del expié, se fué elevando una chimenea que al momento comenzó á arrojar humo.

"Señor, esclamó sorprendido Tirabeque, este hombre se nos convierte en barco de vapor, y lo peor es que nos va á llenar la celda de humo, y quiera Dios no nos ahogue si no salimos pronto.

—Eso significa, Pelegrin, le dije, que este siglo marcha en vapor, y que los barcos de vapor son una de las invenciones y adelantos que mas le caracterizan y distinguen; y acuérdate que nos dijo que le miráramos, porque iba á dejarnos una muestra de sus principales caracteres."

No habia acabado de decirle esto, cuando volvió á esclamar Pelegrin: "Señor, señor; atienda V. cómo se le estira el pié derecho! Ya no es pié, que son dos barras de hierro.... allí sale otra máquina de vapor.... un coche!.... Señor, el pié se le vuelve camino de hierro.... el diablo me lleve si no parece esto cosa de brujería.

—Ahí tienes, Pelegrin, le dije, cómo se realiza lo que nos ha anunciado. Efectivamente, este es un *Siglo* que marcha con un pié en barco de vapor y con otro en camino de hierro: lo cual se asemeja al ángel grande del Apocalipsis, que tenia un pié en la tierra y otro en el mar, y ya no le falta sino llegar como él con la cabeza al cielo, bien que aun no sabemos en qué parará. Y en cuanto á la trasformacion y metamórfosis, no estraño que te sorprenda á tí que no habrás leido los quince libros de los Metamórfoseos de Ovidio, que si los leyeras, verias que así de esta misma manera y por este órden se trasformaban, por ejemplo, Atis en pino, Jacinto en flor, Cerastes en toro, Niso en milano, Acis en rio, Escila en roca, y mil otros personajes, ya en aves, ya en peces, ya en cuadrúpedos, ya en montañas, y ya en otros cualesquiera seres y objetos, adaptados á las cualidades dominantes, propiedades ó circunstancias que el poeta atribuia principalmente á los sugetos trasformados."

Al decir esto, un resplandor iluminó de repen-

te nuestra celda. Y fué que en la mano izquierda del mancebo aparecieron de improviso porcion de luces de todos tamaños, con las que á no dudar quiso significarnos nuestro aparecido que era el verdadero *Siglo* de las luces; y esta alusion ya la comprendió bien Tirabeque.

Mas á favor de aquellas luces le vimos tambien llevar la mano derecha al corazon, del cual creí, yo Fr. Gerundio, que iba á sacar las virtudes que en él albergaria, como sitio y asiento que es de las mejores y mas principales. Así fué que le dije á Tirabeque: "ahora verás, Pelegrin, cómo despues de la industria y de la ilustracion que miramos simbolizadas en los piés y en una de las manos de nuestro *Siglo*, nos presenta á continuacion algun emblema de las virtudes morales que le adornan, que es lo que en mi entender ha ido á buscar con la derecha en el corazon.

—¿Cómo virtudes, mi amo? esclamó Tirabeque, juraria que es una bolsa la que de allí ha sacado y tiene empuñada; y si no lo es, parécesele como un huevo á otro: de lo que infiero (puesto que todas las partes que se le mudan dice V. que significan algo) que este señor *Siglo XIX* debe tener la bolsa en el corazon ó acaso el corazon en la bolsa, que allá viene á dar."

Así lo parecia en efecto, tal como me lo hizo notar Tirabeque. Y lo mas singular de todas estas metamórfosis fué, que en seguida de esto ob-

servamos que las facciones de su rostro se iban alterando sensiblemente y perdiendo la delicadeza de sus formas. Los cabellos se le engrosaban como á Dafne cuando se convirtió en laurel, y como á las hermanas de Faeton cuando fueron trasformadas por Júpiter en álamos; y ya no eran sutiles y delgadas hebras, sino como duros nervios, semejantes á los del arbusto que forma el coral. Su nariz, barba y mejillas, sin perder absolutamente la figura de fisonomía humana, fueron convirtiéndose en duro y áspero metal; como aquellos pedruscos de mena y cuarzo que se estraen de las minas. Las cavidades del órgano de la vista se fueron llenando de un humor que no era aqueo, ni vítreo, ni cristalino: los músculos y membranas se fueron endureciendo, y se trocaron en planchas de metal brillante que por pupila tenian un busto, por círculo iris un rótulo, y por órbita un cordoncillo: sus ojos, pues, ya no eran ojos sino dos monedas de oro brillante. El Siglo XIX se metalizó á nuestra presencia.

"Señor, me dijo Tirabeque, este debe ser sin duda el *Siglo de Oro*, de que tanto nos hablan y que tanto nos ponderan.

—A lo que yo veo, Pelegrin, le dije, así es de oro como de plata, y de hierro y cobre, como de plomo y de cinabrio, puesto que en su nueva fisonomía se divisan y descubren vetas encarnadas y rojas, amarillentas y blancas, que es prueba de

haber de toda clase de metales: si bien es verdad que todos parece estar subordinados al oro acuñado en que tiene clavados los ojos, y á la henchida y repleta bolsa donde debe tener el alma y el corazon segun que la aprieta y asegura [1].

Diciendo esto, las ruedas que bajo ambos piés tenia comenzaron á moverse á impulsos del vapor, y desapareció de nuestra celda con la velocidad del relámpago, dejando tras de sí un olor no nada grato ni suave, que yo atribuí al humo del carbon de piedra: pero Tirabeque manifestó su contrario parecer diciendo: "Desengáñese V., mi amo; este olorcillo no es de carbon de piedra, ni á él se parece en nada, y ojalá no fuera de peor calidad; sino que tengo para mí que el Sr. Siglo XIX se va corrompiendo á toda prisa, y esta y no otra

1 En cuanto al metal que debe dar su nombre á este Siglo, hay quien pretenda, sin negar su aficion al oro y la plata, que la calificacion que mas le conviene es la de *Siglo de hierro*. Y fúndase en que todo se va haciendo de hierro. Ya teniamos plumas de hierro, barcos de hierro, caminos de hierro, puentes de hierro, camas y muebles de hierro. El año pasado se embarcó para el Nuevo-Mundo una casa entera de hierro. Los arquitectos se van volviendo cíclopes. Dentro de poco hemos de tener coches de hierro, porcelana de hierro, botas de hierro, y hasta vestidos de hierro tejido que nos servirán de cotas de malla. Esto, dice el mismo observador, no escitará demasiado la sensibilidad de los poetas, pero los poetas se echarán tambien corazon de hierro, y se pondrán al gusto del Siglo, si es que ya no lo están en su mayoría.

debe ser la causa del rastro de mal olor que va dejando en su marcha."

No me pareció del todo infundada la observacion de mi lego, si bien en ella dió un testimonio de no haber perdido aún aquella maliciosa socarronería que tanto en otro tiempo me hizo trabajar para irle á los alcances, moderar sus marciales ímpetus, reprimir la liviandad de sus juicios y corregir la ligereza de su lengua.

En cuanto á la aparicion del Siglo XIX en persona, en nuestra misma celda, y su trasformacion en los emblemas de los principales atributos que le distinguen y caracterizan, luego que nos pasaron las primeras sensaciones de la sorpresa, convenimos amo y lego en la importancia de su visita y en la utilidad de su revelacion para servirnos de entrada y como de *telon de boca* para nuestro Teatro social, preparándonos con esto á proseguir la descripcion de las escenas del gran Teatro de este siglo, sin mas órden que en el que á nuestra imaginacion se le vayan presentando y ocurriendo.

TEATRO-MUNDO.

Probaros hé de mil modos,
Como dos y dos son cuatro,
Que este mundo es un TEATRO,
Los hombres cómicos todos.

Fijos ya en la anterior idea, le dije á mi lego Tirabeque: "ea, Pelegrin, ten ánimo, esfuerzo y valor; cuento con tu cooperacion y auxilio. Jamas escritor alguno tuvo tan ancho campo como el que á nosotros se nos abre y presenta. El Siglo XIX en persona ha venido á ofrecernos sus costumbres y á trazarnos en bosquejo los principales rasgos de su organizacion y fisonomía. Nuestro teatro es el universo entero: nuestros actores los hombres todos, de cualquier clase y condicion, edad y sexo que sean: nuestro público todo el género humano. Porque en el gran Teatro del mundo, Pelegrin, todos los hombres son actores y espectadores á un mismo tiempo, que es lo que acaso movió á uno de nuestros primeros ingenios á decir: "*Todo es farsa en este mundo.*"

"Así, pues, discurre tú y calcula qué de dramas, qué de tragedias, qué de sainetes, qué de escenas de todo género no se representarán cada dia y cada hora, y aun cada instante y momento

en el gran escenario del mundo. Si fuera posible descorrer de repente el telon del Teatro social!... Oh! no lo permita Dios, Pelegrin mio; porque si de pronto se dejaran ver los hombres tales como son, y no como aparece cada uno con su estudiado papel en la escena, tengo para mí que nos habiamos de avergonzar aun más que nuestros primeros padres cuando se vieron desnudos. Por lo que será conveniente que nos contentemos con alzar un tantico el telon, y aun pienso que así hemos de ver muchas veces más de lo que quisiéramos.

—Y dígame V., mi amo, me preguntó á esto Pelegrin: ¿qué papel es el que me toca á mí representar en este Teatro? Que ya supongo yo que no será el de primer galan, porque á ello no me ayuda la estampa y notomía del cuerpo: ni tampoco el de barba, que aunque la tengo mas cerrada de lo que quisiera, tambien suele ser de los mas principales papeles, y á más es demasiado serio para mí: el de traidor no lo haré yo aunque me emplumen: pero á algo me ha de destinar V., y yo me contento con ser cualquier cosa, aunque sea apuntador, que es el oficio mas bajo de todo el Teatro.

—El mas bajo por el sitio que ocupa, Pelegrin (le dije), pero el mas alto y principal por su importancia, puesto que un buen apuntador es el alma y la guía y la confianza y sostén de todos los

actores, así en los teatros materiales como en el gran Teatro del mundo, donde si bien se repara y analiza, el éxito de los primeros papeles depende de tener un buen apuntador. Así verás, por ejemplo, que un ministro, que es el primer actor de un Estado, es muchas veces elogiado y aplaudido del público por tal medida ó proyecto que merece alabanza, y bien desentrañado, no es el ministro quien lo ha hecho, sino un apuntador que le ha insuflado, por no decir soplado, el pensamiento, y que acaso está metido en un escotillon como el apuntador del Teatro. Así verás tal proclama, alocucion ó manifiesto de tal autoridad, del cual se hacen lenguas cuantos le leen, y bien averiguado, todo es obra de un apuntador oculto, siendo la autoridad solamente un mero recitador del papel, y así en todas las cosas.

"Conque mira si es oficio importante el de apuntador. Sin embargo, tú le harás algunas veces, pero cuidado de no apuntar tan alto que lo oiga el público antes que yo, y de no parecerte en esto á los apuntadores de nuestros teatros, que de tal manera vocean y gritan, que antes que el actor recite ya sabe el público lo que va á decir, con lo cual, como tú conoces, pierde todo el mérito y todo el gusto la representacion.

—Así lo haré, mi amo, respondió Pelegrin: yo le apuntaré á V. con tal disimulo que nadie mas que V. lo entienda y perciba. Y supuesto que V.

dice que en este mundo todos los hombres son cómicos, nosotros lo seremos tambien; por lo que seria de opinion que lo primero que debiéramos hacer era ver de proporcionarnos una comision de aplausos, pues á lo que yo entiendo es la primera y mas esencial cosa que trata de buscarse todo el que ha de salir al público.

—Tan cierto es eso, Pelegrin, que apenas hay actor nuevo que antes de ponerse en escena no procure agenciar y reclutar el mayor número de personas posible, que de antemano, y por cuanto vos así lo pedís y de tal manera os esplicais, vayan preparadas y resueltas á aplaudir y á atronar el teatro á palmadas, siquiera el actor mereciese ser ahogado á silbidos, y á arrojarle á los piés coronas de flores, siquiera las merezca de cardenchas y espinos. Y si no acuérdate de aquellas estrepitosas comisiones de aplausos que has visto en los teatros de esa tan civilizada Francia.

—Señor, la primera vez que vimos eso en Francia me acuerdo que fué en una ópera. Los que cantaban eran un galan y una dama, y cuando á mí me parecia que se marchaban por los cerros de Ubeda, y que cuanto mas se desgañitaban mas se desafinaban y perdian, entonces era cuando los que estaban á mi lado aplaudian á rabiar, y entre *bravos* y palmadas temí que se les secara la boca y se les desollaran las manos. Yo decia para mí: "ó esta gente está loca, ó tiene orejas de

corcho, ó es que yo no tengo los oidos hechos á la música francesa." Hasta que luego supe que todos aquellos ciudadanos eran aplaudidores de oficio y gente pagada para ello, que así aplaudian á aquellos dos cantantes como aplaudieran á dos cigarras, con tal que las cigarras les dieran el asiento gratis y alguna propineja encima.

—Así es la verdad, Pelegrin, y esos son los que llaman allí *claqueurs;* gente mercenaria, adminícula y sórdida; aduladores de oficio, y mentidores á sueldo y plaza; y lo peor del cuento es que lo que allí pasa no es sino el remedo y trasunto, y el símbolo y emblema, y la copia y retrato de lo que acontece y se verifica en el *Gran teatro* del mundo [1].

1 Voy á dar una idea de cómo se halla organizado el servicio de los aplaudidores en los teatros de Paris, y nada le puede dar mejor que la historia del famoso Augusto, gefe y director de aplausos en la Grande Opera, el cual murió el año pasado, hallándose en Paris mi paternidad.

Augusto estaba en íntimas relaciones con la administracion y con los artistas. Era hombre que no gastaba guantes. Los dias de representacion se presentaba á eso de las tres en el despacho, donde ponian á su disposicion un cierto número de billetes, unos personales y otros que llaman billetes á la mano, que sirven para cinco personas. A las cuatro se iba Augusto por los cafés á organizar su tropa. Allí vendia á precios bajos muchos de aquellos billetes á sus conocidos, imponiendo al comprador la obligacion de aplaudir: los demas los distribuia entre sus subalternos, con la facultad de negociarlos.

Un dia, estando Mr. Leduc de director de este servicio, le

"Porque has de saber, Tirabeque hermano, que desde el punto y hora que el hombre viene á este mundo fementido, lo primero con que topa

puso en la mano billetes para 40 plazas, pero Augusto le dijo: "Mirad, señor, que desorganizais mi servicio, porque estoy comprometido con tres pelotones de á 15."

"En las primeras representaciones de óperas y bailes, y en los debutos protegidos por la administracion, el número de billetes dados á Augusto subia á veces hasta 150 ó 200.

Augusto entraba en el teatro á eso de las cinco por la puerta de los actores, y su tropa se encontraba colocada en sus puestos cuando el público comenzaba á entrar. La primera representacion de una ópera era un acaecimiento capital para Augusto. Se preparaba con 15 dias de anticipacion. Asistia á un gran número de ensayos: estudiaba el poema, la música y las decoraciones, y tomaba notas. La víspera de la representacion, despues del ensayo general, conferenciaba con el director. "Estoy contento de la nueva obra, le decia una noche " al director: puedo comprometerme á coronar con *tres salvas* " *de aplausos* el duo del tercer acto: en cuanto al trio del quin- " to acto, es cosa convenida con mi gente, estamos en *gritar*. " Por lo que respecta á los demas artistas, aguardo las órde- " nes de la administracion."

Aunque la administracion es la que mide y arregla el entusiasmo de los *claqueurs* ó aplaudidores, ciertos artistas hacian con Augusto sus contratos parciales, por meses ó por año, sin perjuicio de los papeles ó pasos nuevos que le pagaban por separado. Pero Augusto era hombre de conciencia á su modo. En una ocasion le ajustó una bailarina para su primera salida y le dió cien francos. La administracion no era favorable á la bailarina, y exigió de Augusto una completa imparcialidad. Augusto lo ofreció, y devolvió á la artista sus cien francos religiosamente.

es con una comision de aplausos ó seccion oficial de *chaqueurs*. Nace el parvulito, y aun no ha abierto los ojos cuando ya no falta quien pronostique al padre y á la madre que los ha de tener negros y rasgados: y todavía no se le ha hecho la primera ablucion cuando aseguran y garantizan que el niño ha de ser blanco como el ampo de la nieve, rubio como el papá, y gracioso como la que le ha dado á luz. El primer sonido que hiere su tierno y delicado tímpano es la palabra *hermoso*, que á fuerza de ser repetida por la seccion de aplausos, los padres llegan á creer que tienen un Apolo ó un Narciso en el que lleva trazas de ser un Ther-

Uno de aquellos mal intencionados que suele haber en los eatros como en todas partes, ofreció á Augusto 25 luises si queria silbar á una debutante. "Yo no silbo jamas, le respondió. Pero si me dais 25 luises porque sea silbada, lo será, os diré cómo. El público gusta tanto de llevarnos la contraria, que aplaudiéndola nosotros con esceso yo le inclinaré á que la silbe."

Augusto tuvo tambien sus contratiempos; y llegó el caso que por quejas de una primera y muy acreditada bailarina fué declarado cesante, y reemplazado por Mr. Sauton, gefe de los aplaudidores del teatro del Gimnasio, protegido por el célebre Scribe. Pero Sauton aplaudia á todo el mundo y no contentaba á nadie. Poco conocedor de los misterios de la ópera, aplaudia menos como *claqueur* entendido que como sorprendido espectador. El gobierno del teatro tuvo que reponer á Augusto, el cual recobró su puesto con general aceptacion y continuó desempeñándole con su acreditada maestría.

Augusto dejó á su muerte una buena fortuna.

sites ó un Agesilao; y el niño mismo cuando no le llaman *hermoso*, riñe y se incomoda á su manera, porque aquella sola palabra y no otra alguna es la que le suena bien, que tal es la influencia de los primeros aplausos en el prólogo é introduccion de la comedia mundana.

"Crece el párvulo; y pónenle un dia vestidito nuevo. Y aun cuando el gusto del ropaje sea el mas estragado, cada prenda de vestir un anacronismo, cada trapo un desacuerdo, y el conjunto un pequeño vestiglo, es de ordenanza dramático-social que cuantos ven al niño delante de los padres han de esclamar diciendo: "¡ay qué *bonito* está el niño!"

"Con lo cual, Pelegrin, aunque por detrás les sirva de irrision y burla el mal pergeño del inocente y el protervo gusto de los padres, estos quedan tan satisfechos de su obra como agradecidos á la comision de aplausos, y la criatura comienza á sentirse picada del guijo de la vanidad al verse tan lisonjeramente saludado á su aparicion en la escena del mundo.

"De esta manera, Tirabeque mio, se acostumbra el hombre á ser cómico y á vivir entre cómicos desde la cuna hasta el sepulcro, sin pausa, interrupcion ni intervalo. Discurre tú por todas las clases de la sociedad, y hallarás que el primer cómico en todo estado es el rey; la comision de aplausos todo el pueblo. Aunque el rey tenga la

cabeza mas vacia que una campana neumática despues de estraido el aire, no hay súbdito que cuando á él se dirige no envie por delante "*la alta penetracion de V. M.,*" ni solicitante que no encomie *su notoria justificacion,* y que no ruegue á Dios *conserve largos y dilatados años su importante vida, para bien y felicidad de sus pueblos.* ¿Qué rey no tiene el corazon mas magnánimo y los sentimientos mas piadosos que se han conocido aunque sea un Neron?

"Y ya que Neron se me ha venido á la boca, sábete, Pelegrin, que este piadoso emperador fué el primero que introdujo en el teatro las comisiones de aplausos. Cuéntase de él que era tan aficionado á la música, que aunque tocaba la lira muy adocenadamente, le gustaba tocarla en el teatro delante de todo el pueblo. Jóvenes de las mas distinguidas familias se colocaban en diversos lugares del anfiteatro para aplaudir, y muchos soldados pagados para lo mismo se mezclaban con el pueblo, á fin de que el príncipe oyese un concierto unánime de aplausos. Y para que veas, Tirabeque hasta dónde llega la adulacion de los hombres, has de saber que los corifeos y gefes de aquella comision de aplausos eran Séneca y Burro.

—Señor, en Séneca es en quien lo estraño, que por lo que hace á Burro no me maravilla, puesto que eso y no otra cosa se debia esperar de poner como dice el adagio, Burros á portillo.

—Es que aquel Burro, Pelegrin, no era lo que hoy este nombre suena y significa entre nosotros, sino que él y Séneca eran los ayos y maestros de Neron; tan ilustrados ambos y de tan buenos sentimientos, que á sus consejos y educacion se atribuye todo lo bueno que aquel emperador hizo en los primeros años de su reinado. Y esto mismo te probará dos cosas: la primera, cómo los hombres mas grandes se dejan arrastrar del espíritu de adulacion hácia sus superiores, y la segunda la gran analogía y semejanza que hay entre los teatros materiales y el *Teatro social*, y cómo en uno y otros los que aplauden son muchas veces comisiones pagadas y gente que se busca *ad hoc*.

"Tú sabes lo que suele ser la prensa ministerial, y lo que significan los elogios con que ciertos aplaudidores celebran todos y cada uno de los actos de ciertos gobernantes....."

—Segun eso, mi amo, el diablo me lleve si se puede creer nada en este mundo, aunque la gente lo aplauda y se haga lenguas de ello, porque segun V. se esplica todo es farsa y engaño.

—Mucho hay de eso, Pelegrin, por desgracia nuestra, en el gran teatro del mundo. Mas eso no quiere decir que no haya en todos los ramos y clases de la sociedad actores de muy distinguido y verdadero mérito; pero que por lo mismo que este suele confundirse con el que las comisiones oficiales de aplausos quieren atribuir á los que de

él carecen, por eso á descorrer el telon que en el *Teatro social* así encubre, mezcla, confunde, perturba y equivoca lo verdadero con lo falso, y lo sólido y real con lo aparente y ficticio, es á lo que tú habrás de ayudarme. Y por ahora y sin perjuicio de lo que en confirmacion de esta verdad en el discurso de nuestras tareas irá saliendo, paréceme que he indicado lo bastante para que tengas por cierto y fundado lo que en el principio del capítulo dije:

Probaros hé de mil modos,
Como dos y dos son cuatro,
Que este mundo es un TEATRO,
Los hombres cómicos todos.

—Así es la verdad, señor, y cuente V. conmigo para alzar y bajar el telon, que yo le correré hasta donde V. me mande, y lo bajaré cuando V. lo disponga.

LA CIVILIZACION.

CONFERENCIAS GERUNDIANAS.

CONFERENCIA PRIMERA.

Lo que se entiende por Civilizacion.

Entre los pocos amigos que me han sido consecuentes é invariables en todas las situaciones de la vida, y que lo son, en espresion de un célebre poeta, así en invierno como en verano, así en la adversa como en la próspera fortuna, el mas constante, el mas fiel, el mas inseparable ha sido el amigo D. Magin; más todavía que el mismo Tirabeque. Siempre ha estado conmigo, á todas partes me ha acompañado, no se ha separado de mí un solo momento. Despues diré quién es este D. Magin, del cual estrañará el lector que no le haya hablado nunca, mediando entre los dos tanta intimidad, al astremo de mirarle como mi *alter ego*, como otro Gerundio enteramente.

Pues bien; este D. Magin me habia dicho ya muchas veces, cuando mi paternidad escribia de política: "dígame V., hermano Fr. Gerundio: ¿por qué no dedica V. algunos artículos á esplanar una materia importantísima, y tan profundamente moral y filosófica, como altamente política y social? Hablo de la *Civilizacion* de los pueblos, de esa civilizacion que dá el nombre é imprime el sello á nuestro siglo, de esa civilizacion que todas las naciones modernas pugnan y trabajan á porfia por alcanzar, y que tanta influencia ejerce y puede ejercer en el bien ó el mal de la humanidad entera?

—Por la razon sencilla, hermano D. Magin [le decia yo entonces], que en esta nuestra patria toda la atencion se absorbe ahora la política viviente, la política de circunstancias y de movimiento, ante la cual ó callan y enmudecen, ó se postergan y se miran con desden todas las demas cuestiones sociales."

Dábase al parecer por convencido el hermano D. Magin con esta razon; mas tan luego como me vió abrir el Teatro social, volvió á insistir con mas empeño en la conveniencia de hacer algunas consideraciones sobre la Civilizacion, presentándola como una de las materias mas análogas al objeto de nuestro *Teatro*, y de las mas dignas de ocupar la atencion del hombre pensador y filósofo.

Mi paternidad no halló ya que oponer á las in-

vitaciones del hermano D. Magin sino la dificultad de tratar el asunto con el tino y elevarlo á la altura que su importancia merece. Pero el deseo de darle gusto me hizo acceder á ello, y en su virtud acordamos tener algunas conferencias sobre la Civilizacion del Siglo, que si bien no serán como las conferencias de Amiens ó las de Besanzon, ni como los coloquios de Claudio y de Bossuet, ni como los diálogos de los muertos de Fenelon ó de Fontenelle, servirán al menos para despertar la atencion sobre un punto, en mi gerundiano entender, poco tratado y esclarecido, y para que otros mas superiores genios puedan suplir lo que nuestros humildes talentos no alcancen.

Hallábase presente mi lego Tirabeque á esta *conventio* ó tratado, y levantándose de repente dijo: "pues el Sr. D. Magin y mi amo Fr. Gerundio me darán su licencia para retirarme, que esto de hablar de Civilizacion son demasiadas honduras para un pobre lego, y yo no podré hacer aquí sino estorbar: y así cumpliendo con lo que manda el undécimo....

—Estate quieto, Pelegrin, le dije, que muchas veces una pregunta de un lego, ó la observacion de un rústico, suele dar pié y ocasion á esplanar una doctrina ó un punto que sin ellas quedara oscuro ó pasara desapercibido. Cuanto más que podrá no venirte mal estar presente y oir, para que tú tambien te vayas civilizando.

—Así lo haré, señor, en virtud de santa obediencia."

Convenidos ya en esto, era menester principiar por saber el verdadero sentido de la palabra *Civilizacion*. Oido lo cual por Tirabeque, "en cuanto á eso, dijo, fácil es salir de dudas." Y tomando el Diccionario de la lengua, comenzó á hojear, y al cabo de un rato leyó: "Civilizacion es aquel " grado de cultura que adquieren los pueblos ó " personas, cuando de la rudeza natural pasan al " primor, elegancia y dulzura de voces, usos y " costumbres propios de gente culta. *Urbánitas*, " *civilitas*, *cómitas*."

—Señor, esto de las *comítas* es lo que yo no entiendo.

—No se le lee *comítas*, Pelegrin, cargando en la *í*, como tú haces, sino *cómitas* breve, cargando en la *ó;* palabra latina que significa urbanidad, política, finura, cortesanía, ó sea civilidad. Y ahí tienes cómo no se puede aprender español por el Diccionario de la lengua española, puesto que esa definicion no espresa lo que hoy se entiende por civilizacion: sino la civilidad, que es solamente uno de los efectos de ella. Y la prueba de que no es lo mismo uno que otro es, que no hay gente en el mundo más urbana, más atenta, más política y más ceremoniosa que los chinos, y sin embargo, nadie dirá que la China sea la nacion mas civilizada de la tierra. Un hombre puede ser muy dul-

ce en su trato, y deshacerse ademas en ceremonias y cumplimientos, y no obstante no ser el mas civilizado.

—Como de esos conozco yo, mi amo, que se desconciertan y descoyuntan para decir á un prójimo: "buenos dias tenga V., me alegro ver á V. bueno.

—Pues bien, Pelegrin, no es esa la *Civilizacion.* La Civilizacion, tal como se comprende en el dia, significa el desarrollo de la inteligencia, el progreso y perfeccion en la industria y en las artes, el fomento y prosperidad del comercio, la facilidad de las comunicaciones, y el adelanto, en fin, de todos los ramos y conocimientos del saber humano. ¿No es esto, hermano D. Magin?

—Estamos conformes, me dijo. Falta que lo estemos en las demas cuestiones relativas á la Civilizacion. Yo bien sé, hermano Fr. Gerundio, que apenas y con dificultad se hallará un hombre que ponga en duda que la civilizacion sea el supremo bien que puedan alcanzar los pueblos; y que todo el afan, todos los conatos y esfuerzos de los hombres y de los Estados llevan por blanco y fin adelantar en la carrera de la Civilizacion. Por lo mismo acaso le escandalizarán á V. los problemas que voy á proponerle.

—Yo no me escandalizo de nada que sea objeto de discusion, hermano D. Magin.

—Pues bien; en esta confianza quisiera que me

ayudará V. á aclarar ó resolver las cuestiones siguientes: 1.ª La Civilizacion, tal como en el dia se entiende, ¿hace mejores y mas virtuosos á los hombres? 2.ª ¿Los hace mas felices? 3.ª ¿Mejora la condicion de la sociedad humana? 4.ª ¿Es el supremo bien á que pueden aspirar los hombres y los pueblos?

—Puntos son todos, hermano D. Magin, de la mas alta importancia y trascendencia, y que por lo mismo merecen una detenida y concienzuda discusion. Y pues hoy es un poco tarde, y tengo aún que cumplir con algunas obligaciones religiosas, dejémoslo, si á V. le parece para mañana, que podremos conferenciar mas despacio."

El hermano Magin manifestó su conformidad, y así quedó resuelto.

CONFERENCIA SEGUNDA.

La Civilizacion ¿hace mejores y mas virtuosos á los hombres?

D. Magin.
Fr. Gerundio.
Tirabeque.

Reunidos al dia siguiente en la celda gerundiana los tres colocutores que al márgen se espresan (á guisa de acta de sesion de junta), aten-

to yo Fr. Gerundio y lleno de curiosidad Tirabeque, tomó la palabra el primero el hermano D. Magin, y dijo:

"Debo ante todo advertir, hermanos, que cuando pregunto si la Civilizacion hace mejores y mas virtuosos á los hombres, no hablo de aquella Civilizacion que enseña al hombre sus principales deberes en sociedad, así religiosos como políticos y morales; no hablo de aquel grado de Civilizacion y de cultura que es indispensable á la dignidad del hombre y que le hace distinguirse de los brutos. El dudar de las ventajas de esta civilizacion fuera una aberracion del sentido comun, y una especie de ultraje hecho á la humanidad. Así, pues, entiéndase desde luego que hago abstraccion completa y doy por segregados á los hombres y á los pueblos rústicos y salvajes, porcion desgraciada del linaje humano, digna solo de lástima y compasion.

"Hablo solo de la Civilizacion tal como en el dia se comprende y tal como se recibe; hablo de la civilizacion refinada, de la civilizacion del lujo, de la civilizacion del gas y del vapor, de la civilizacion de los telégrafos y de los globos aerostáticos, de la civilizacion de los periódicos y de los caminos de hierro.

"Ahora bien; esta civilizacion ¿hace á los hombres mas virtuosos, ó daña y perjudica á las buenas costumbres y á la moral? Dejadme esponer,

y no os escandaliceis. Amo la discusion, porque busco el convencimiento.

"Yo he leido en una obra de uno de los escritores mas ilustrados de nuestro siglo las frases siguientes.... "Hemos perdido en costumbres lo que hemos ganado en luces. Estas parecen colocadas de tal suerte por la naturaleza, que las unas se corrompen siempre en favor del engrandecimiento de las otras; cual si la balanza estuviese destinada á hacer imposible la perfeccion entre los hombres." Y mas adelante esclama: "¡Felices los griegos si al adquirir las luces no hubiesen perdido la pureza de sus costumbres! ¡Felices si no hubiesen trocado las virtudes que los salvaron de Jerjes, por los vicios que los pusieron en manos de Felipo [1]."

"Pero no necesitaba yo leer esto para estar convencido de que la refinada civilizacion perjudica á la moralidad, porque apaga los sentimientos mas nobles del corazon. Y no puede menos de ser así. La Civilizacion fomenta, es verdad, las artes y la industria; inventa, perfecciona, descubre, propaga y generaliza los objetos de comodidad y de lujo, aumenta la riqueza de los Estados, y les da esplendor y brillo. La fisica, la química, la mecánica, la geometría, todas las ciencias exactas ofrecen sus recursos y revelan sus secretos al

1 Chateaubriand: Ensayos sobre las revoluciones, cap. 68.

hombre civilizado. Con esto las manufacturas se perfeccionan, las máquinas se multiplican, el comercio crece, las relaciones se estrechan, los medios de trasporte se facilitan, y no hay pais apartado que no pueda gozar de las producciones de todos los climas, y de los artefactos de todos los pueblos. Esto seguramente es muy brillante.

"Mas al propio tiempo y con la misma rapidez se aumentan las necesidades, crece y se desarrolla el deseo de adquisicion, los celos de las fortunas y de los rangos roen y atormentan el corazon del hombre, la ambicion se desenfrena, la pasion del lujo se desenvuelve, se meditan las ganancias, todo se sujeta al frío cálculo, todo se valúa á peso de oro, y el interes individual es el único lazo que une á los hombres. ¿Qué se hizo, pues, de los sentimientos del corazon? Las pasiones interesadas los han borrado, los han corrompido, porque ellas han penetrado en la sociedad y han gangrenado sus entrañas. El deseo de adquirir hace que no se repare en los medios de enriquecerse; para ello se emplea la astucia, la intriga, el dolo, el fraude, y cuando estos no alcanzan, se recurre á la violencia y al robo. El que no sea bastante diestro podrá ser castigado por los tribunales, si ya la Civilizacion no le sugiere tambien los medios de evadir el fallo ó de burlar el castigo. El mañoso y el disimulado quedará impune. ¿No es esto reducir la sociedad al sistema de Hobbes,

que sentaba por principio de ella la utilidad particular y la conservacion de sí mismo? ¿Es así como ayuda y favorece la Civilizacion á la moral?

Tirabeque.—Paréceme, mi amo Fr. Gerundio, que se ha de ver V. y se ha de desear para contestar á las razones del hermano D. Magin, y tengo para mí que si la Civilizacion es como este señor la pinta me hará V. un favor en no civilizarme.

Fr. Gerundio.—Poco á poco Pelegrin, que no eres tú el que ha de decidir esta cuestion, y fuérate mas conveniente por ahora escuchar y estar callado.

"No niego, hermano D. Magin, que la vida social de los pueblos civilizados tiene sus vicios y sus males, y que los progresos de las luces y de la industria engendran y escitan el interes y la codicia, y con ella la tentacion de adquirir por malos medios, y de aquí los atentados y los crímenes. Pero si bien la Civilizacion produce estas enfermedades, tambien produce los remedios oportunos para curarlas. Ese mismo interes individual, por ejemplo, al paso que puede ser un manantial de pasiones y de vicios, ¿no lo arregla y combina la Civilizacion de tal modo que del propio deseo del lucro y de la ganancia resulta una complicacion de intereses recíprocos, que haciendo necesitar á los hombres unos de otros los liga y estrecha entre sí, y es uno de los lazos mas fuertes que

tiene la sociedad? Y en cuanto á los ataques á la seguridad y á la propiedad que la envidia, ó la avaricia, ó el deseo inmoderado de las riquezas y del lujo pueden producir en los hombres mal inclinados, ¿no lo puede muy bien ó evitar ó reprimir una sociedad bien organizada por medio de los tribunales, del empleo de la fuerza pública, y de una policía vigilante, astuta, severa, ayudados de unas leyes sábias, propias á asegurar y garantizar las vidas, las propiedades y la tranquilidad de los ciudadanos?

D. Magin.—¡Desdichado pais aquel, hermano Fr. Gerundio, en que es necesario un laberinto de leyes para castigar ó tener á raya á los viciosos y criminales! La prueba de la corrupcion de un pueblo es la abundancia y la complicacion de sus códigos y sus leyes. Cuanto un pueblo es mas sencillo y mas morigerado, tantas menos leyes necesita.

Y si fuera menester probar que toda la inmensa legislacion de los pueblos civilizados no alcanza á impedir los delitos, no tendria sino remitirme á los fastos judiciales y á la estadística criminal de esa Francia y de esa Inglaterra tan civilizadas, y compararla con los de otros pueblos no tan avanzados en la carrera de la civilizacion, pero tambien mas morigerados y de mejores costumbres.

"V. confiesa, Gerundio hermano, que el interes individual es uno de los efectos de la Civili-

zacion, tal como hoy se comprende, ¿no es verdad?

Fr. Gerundio.—No puedo negarlo.

D. Magin.—¿Y negará V. que el interes individual engendra naturalmente el egoismo?

Fr. Gerundio.—Tambien es cierto.

D. Magin.—Pues bien, del egoismo como de un tronco robusto nacen los vicios y pasiones que mas corrompen la sociedad y mas la desmoralizan y desconciertan. ¿Queréis conocer toda la familia del egoismo? Pues contemplad ese árbol genealógico.

El EGOISMO guía en línea recta á la AMBICION, al ORGULLO, al DESPRECIO DE SUS SEMEJANTES y á la MALEDICENCIA.

Del EGOISMO parten inmediatamente la avaricia y la desnaturalizacion: de la avaricia parten la usura, el fraude, el litigio, el robo y el homicidio: de la desnaturalizacion parten la indiferencia y el parricidio.

Del ORGULLO parten la presuncion, la petulancia, la fatuidad, el deseo de dominar, la tiranía, la envidia, el rencor, la intriga, la persecucion y la alevosía.

Saqué, yo Fr. Gerundio, mis antiparras, y montándolas en mi nariz en cuarto mayor, púseme á contemplar la larga y curiosa progenie del egoismo, y aquel árbol que por la naturaleza de sus frutos pudiera llamarse bien el árbol de la muerte, por contraposicion al árbol de la vida. Tira-

beque le miró tambien muy atento, y despues de haberle contemplado un buen espacio esclamó: "verdaderamente, mi amo, que si la señora Civilizacion crece á la sombra de este arbolito, ó si este arbolito crece á la sombra de la señora Civilizacion, que para mí viene á ser igual, mala sombra nos cobija de todas maneras; y algo debe haber de esto, y aun mucho, porque yo mismo he visto por mis ojos que donde mas gente egoista se encuentra es en esos pueblos que se dicen mas civilizados, pues de mí sé decir que no halla un hombre quien le dé un sacramento ni una sed de agua, como no vaya la paga por delante, que lo que es por caridad y buen corazon, Dios guarde á V. muchos años.

D. Magin.—Muy bien discurre el hermano lego á su manera. Y si no decidme: ¿qué se hicieron aquellos tiempos y aquellas costumbres patriarcales, en que los hombres se complacian y gozaban en dar hospitalidad al viajero, en que ofrecian al caminante su albergue para descansar, y le obsequiaban gustosos con la fruta de su huerto y con la leche de sus ovejas, y le invitaban á refrescarse en su baño, y le despedian con sentimiento; sin recibir ni aspirar á otra recompensa que al placer y la satisfaccion de haberle hecho bien? ¿Qué halla hoy el viajero en los pueblos civilizados? Carruajes cómodos, es verdad, mesas opíparas, habitaciones elegantemente amuebladas,

sirvientes que se disputan con bajeza el honor de ejecutar sus gustos y sus caprichos, y aun de servirle de pedagogos para sus desarreglos y estravíos. Pero todo á precio de tarifa: las atenciones se justiprecian como los artículos de boca: la amabilidad de una asistente cuesta tanto como la vianda, y una sonrisa de halago al viajero está tasada en el valor de una botella de vino espirituoso. Las relaciones hospitalarias son relaciones mercantiles. El huésped es bien recibido si presenta indicios de buen pagador; es tanto mas obsequiado cuanto mejor paga, y se llora su marcha porque deja de pagar. Nadie pregunta su historia, sino el número de monedas que ha dejado: á nadie importa su suerte sino su bolsillo. Esta es la hospitalidad de los puebblos civilizados.

Y eso es tan cierto, Sr. D. Magin, esclamó Tirabeque, que cuanto mas civilizados dicen que son los pueblos, mas subida es la tarifa y mas sin conciencia desuellan al pobre viajero. Miento, que he debido decir al viajero rico, porque el pobre si quiere viajar, tiene que dormir al fresco contando las estrellas, y beber agua de las fuentes, si las encuentra, que esto de tropezar con bobos que le den leche y frutas y posada gratis como V. dice que lo hacian los señores patriarcas, no está en uso en estos tiempos civilizados.

Fr. Gerundio.—Prevenidos os hallo en demasía, hermanos mios, contra los efectos de la Civiliza-

cion por parte de su influencia en los sentimientos filantrópicos y morales del hombre, representándola como propia para apagarlos ó corromperlos. Habeis hablado de los perniciosos efectos del egoismo. No negaré yo que el egoismo sea una de las pasiones que menoscaban más la moralidad de las sociedades modernas, si bien las leyes proveen en cuanto es posible á la supresion y castigo de los delitos que de él nacen. Pero habeis hablado tambien de la falta de hospitalidad en los pueblos cultos. Y qué, ¿no se cuenta para nada ese número infinito de asilos de beneficencia, de hospicios, de hospitales, de casas de espósitos, de establecimientos de inválidos, de colegios de huérfanas y de otras mil filantrópicas instituciones, en que se dá albergue al desvalido, asistencia al enfermo, alimento al necesitado, instruccion al ignorante, proteccion á la orfandad, consuelo á la desgracia, alivio á la indigencia, correccion al crímen y ocupacion á la vagancia, debido todo á los progresos de la Civilizacion?

"Habeis hablado de las costumbres patriarcales y de la hospitalidad que en aquellos tiempos encontraba el viajero por do quiera. Yo tambien hallo estas costumbres muy dignas de alabanza, aunque acaso las haya exagerado algo la imaginacion de los poetas y de los admiradores de los tiempos primitivos de la sociedad. Y las habeis comparado con la interesada especulacion y el espíritu to-

do mercantil que domina hoy en los establecimientos públicos destinados á los viajeros. Pero al lado de eso, ¿no entran para nada las comodidades con que hoy convida al viajante la Civilizacion por donde quiera que camine? ¿no entra para nada la rapidez, la facilidad con que puede trasladarse de un punto á otro? Comparad la inmensa escala que la Civilizacion ha recorrido desde la pollina ó el camello en que viajaban los patriarcas, cuando no lo hacian pédibus andando, hasta las diligencias, las sillas de posta y los coches de vapor en que se viaja en el Siglo XIX. Cotejad la choza de la montaña en que el viandante de las edades patriarcales se daba por feliz si encontraba quien le ofreciese un tarro de leche ó algunas frutas, ó acaso un mendrugo de pan y un jarro de agua, con los hoteles-palacios de Lóndres y Paris, y sus opíparas mesas y su trato de príncipes. Y decid ahora con ingenuidad por cuál de los estremos optariais, y que diga Tirabeque cómo preferiria viajar, si patriarcalmente y á pié y con la alforja al hombro, ó caballero en un pollino, como lo hacia cuando era lego del convento, aunque encontrara tal cual hermano que le diese gratis *modo patriarcali* algun trozo de carne curada al humo; ó bien en coche de vapor por camino de hierro, con la seguridad de hallar al fin de la jornada una mesa abundante y una cama de muelles, aunque le cueste el dinero, pues nadie como él ha esperimen-

tado de todo, y puede juzgar con conocimiento de causa.

—Señor, dijo Tirabeque, quédense desde luego los pollinos y las costumbres patriarcales para quien las quiera, que yo estoy por los adelantos de la Civilizacion, aunque los pague el bolsillo, y mejor por los coches de vapor que por las diligencias de caballos, y perdone el Sr. D. Magin, que pienso se ha de ver perdido para contestar á las razones de mi amo.

D. Magin.—Ciertamente, hermanos, que si yo tratara de disputar las comodidades y materiales ventajas que al hombre proporcionan los adelantos de la Civilizacion, debiera darme por vencido. Pero he dicho que apegan los sentimientos del corazon; y esto voy á probarlo con vuestro mismo ejemplo. Habeis hablado de los caminos de hierro, y de sus inmensas ventajas. Pues bien, consideremos lo que será la España con caminos de hierro.

Rapidez, velocidad, comodidad, baratura, actividad en el comercio, facilidad de satisfacer todas las necesidades y caprichos de la vida, hé aquí las ventajas de este medio de trasporte: ventajas inmensas, que esceden á todo lo que puede abarcar el cálculo humano. La España con caminos de hierro saldria de su inaccion mercantil, prosperaria en industria y en comercio, y hasta en ilustracion, y daria un paso agigantado en la carrera de la Civilizacion y de las luces.

¿Pero mejorarian sus costumbres? Hé aquí el problema. La España es el pais de la poesía y del sentimiento; veamos si los caminos de hierro son propios á conservar estas bellas afecciones del corazon, ó si al contrario las ahogan y apagan. La historia del viajero en camino de hierro está reducida á estos capítulos.

"Capítulo 1.º Tomé el billete á precio de tarifa, y me metí en la sala de espera. Allí encontré muchas personas desconocidas que aguardaban lo mismo que yo. Nadie me preguntó quién era ni yo le pregunté á nadie.

"Capítulo 2.º Sonó la campana. Nos disputamos á empellones quién habia de salir primero. Nos embutimos en diferentes coches, acomodándose cada cual en el que pudo ganar por derecho de conquista.

"Capítulo 3.º Comenzó á rodar el convoy. Los unos se recostaron á dormir: los otros leian un periódico, y yo veia pasar los objetos esteriores con la velocidad del relámpago sin poderme fijar en ninguno. No sé cómo es el pais que atravecé. Encontramos otro convoy que venia, y que pasó rozándose con el nuestro. No sé quién iria en él, porque no ví á nadie. Quizá seria mi hermano, mi padre.... pero no le ví.

"Capítulo 4.º Convencido de que de nada me servia mirar y no ver, me recosté tambien á dormir.

"Capítulo 5.º Cuando empezaba á tomarme el sueño, abrieron la portezuela y me dispertaron. Era que habiamos llegado al término de nuestro viaje.

"Capítulo 6.º Entramos en la fonda y comimos como en nuestra casa, con la diferencia de ser más los cubiertos, y todos los comensales desconocidos.

"Capítulo 7.º Concluida la comida, cada cual salió sin despedirse de los otros, y yo hice lo mismo. No sé con quién viajé ni con quién comí. No he vuelto á ver á nadie, y si me encuentro con alguno, es probable que ya no le conozca ni aun de vista. Fin de la historia.

"La historia de otro viaje seria una segunda edicion de ésta sin notas.

La monotonía es su carácter distintivo. Desde casa sabe ya el viajero todo lo que le ha de suceder en la jornada. Ni una aventura, ni un encuentro casual, ni una ocasion de socorrer á un desvalido, ni un momento para observar las costumbres del pais, ni nada de lo que hace los encantos de la poesía. El camino de hierro es el tipo del prosaismo; es el enemigo de los romances; y si los caminos de hierro se multiplican, se acabarán las novelas contemporáneas, ó serán unas novelas muy insípidas.

"Antiguamente mas, y ahora algo todavía, un viaje en España era un manantial fecundo; no so-

lo de aventuras y anécdotas curiosas, sino de nuevas y afectuosas relaciones. Los españoles, en el hecho de viajar juntos, se creian con derecho y obligacion de entregarse á una espansion y confianza recíproca. Lo primero era manifestarse mútuamente su patria natal, lo segundo revelarse el objeto de su viaje, y lo tercero referirse su historia. Si resultaba tener un amigo comun (lo cual es raro en España que no suceda), un solo conocido que fuese, no era menester mas para mirarse desde aquel momento como amigos, cuya amistad contribuian á intimar las mismas privaciones que juntos padecian en el camino, ó los chistes y bromas con que las sazonaban, recordándolas con placer y hasta con entusiasmo en cualquiera otra ocasion que se volviesen á encontrar. ¿Cuántas amistades improvisadas en un viaje no han durado toda la vida? Esto era muy tierno, hermano Fr. Gerundio, y constituia una de las bellezas distintivas del carácter español.

"¿Y á cuántas relaciones amorosas no daba ocasion un viaje en España? ¿Cuántos enlaces dichosos no han tenido principio en un viaje? Un accidente impensado, una indisposicion repentina, una privacion cualquiera, la molestia misma daba ocasion á la galantería, á los sacrificios espontáneos, á la gratitud, á la manifestacion de los sentimientos del alma, y al amor en fin. Esto era mas tierno todavía.

"Pues bien: estas bellas afecciones que hacian de la España un pueblo poético y sentimental, y que ya ha entibiado bastante la moderna civilizacion, acabarán de desaparecer y estinguirse con los caminos de hierro. Porque ya no habrá historias, ni trabajos comunes, ni proteccion mutua, ni aventuras, ni encuentros, ni confianzas, ni amistades, ni amores, ni recuerdos, ni poesía. Seremos como los ingleses, que viajan un rato leyendo y otro callando; ó como los franceses que se echan á dormir, y cuando despiertan no ven en el compañero que va al lado sino un bulto mas. Pagaremos cinco pesetas por la conduccion de nuestro cofre y diez por la de nuestro cuerpo, y seremos maletas vivientes que llevan de un punto á otro por un tanto. Pero en cambio haremos mas pronto nuestro negocio mercantil, y cuantos mas viajes mas ganancias. Llevaremos la cabeza para calcular, y dejaremos en casa el corazon.

—"¡Ay mi amo, mi amo! esclamó Tirabeque: razones son las del Sr. D. Magin que no tienen vuelta de hoja. Paréceme que me declaro contra la Civilizacion, porque yo soy hombre de corazon y no quiero perderle; y aun estoy por decir que le siento un poco menguado desde que he andado por hoteles y caminos de hierro, acostumbrándome á ver muchos hombres y ningun amigo.

—Por nuestro padre S. Francisco, Pelegrin (le dije), que eras una alhaja para juez. Todo te con-

vence; eres del último que habla, y la mariposa y las veletas son mas constantes que tu opinion. ¡Cierto que no dejas de contribuir bien con tus observaciones al esclarecimiento de la materia! Para eso vale mas que calles.

Y por lo que á vos hace, hermano D. Magin, de tal manera os veo pronunciado en contra de ciertos progresos sociales, que me temo llegueis hasta aprobar los tres famosos decretos que recientemente ha dado el romano Pontífice anatematizando el progreso en sus estados, pues por el primero prohibe la construccion de toda especie de caminos de hierro en sus dominios; por el segundo impide á todos sus súbditos la asistencia á cualquier congreso científico; y por el tercero ordena á los médicos que abandonen todo enfermo que despues de la tercera visita no se haga administrar los sacramentos. Sin duda que vos estais cerca de uniros á esta bandera pontifical enarbolada sobre la cúpula del Vaticano contra el progreso social del mundo.

—Librárame Dios de tal pensamiento, amigo Fr. Gerundio. Antes bien lo que veo con amargura es que al estremado y esclusivo principio de proteccion de la civilizacion industrial y material no se sabe oponer sino otro mas estremado y esclusivo principio de la tiranía del pensamiento y de la esclavitud intelectual. No hablaré del tercer decreto que envia el sobresalto y el terror á

la alcoba del enfermo, y por un esceso de celo religioso (dado que esto sea), introduce una pesquisa desconsoladora y terrible en torno del lecho de dolor, y que acaso le anticipa la muerte. Porque ademas de ser materia delicada, es de las tres la que menos conduce ahora á nuestro intento.

Solo diré, que mientras la Inglaterra se deja arrastrar de esa fiebre, de ese delirio de los caminos de hierro, como si no estuviera satisfecha hasta llegar á construirlos sobre las azoteas de las casas, aumentando horriblemente á su compas el pauperismo y la emigracion forzosa del pueblo, Roma no se satisface con menos que con proscribirlos y anatematizarlos en los Estados de la Iglesia, y le falta poco para declarar *cerrado el camino de la gloria* para todo el que intente *abrir caminos de hierro* [1]. Y mientras el rey de las Dos

1 En prueba de la simpatía del papa á los ferrocarriles, cuéntase la siguiente curiosa anécdota.

Supo Su Santidad que ciertos individuos habian levantado secretamente los planos del pais que media entre Civitavechia y Roma, y esto bastó para alarmarle y enojarle en tanto grado, que dió órden de prender á todo el que se encontrase con instrumentos para construir ferrocarriles. En cumplimiento de esta órden echaron mano un dia á un pobre calderero que por allí viajaba con sus herramientas, tomándolas á ellas y á él por sospechosos de constructores de caminos de hierro. En vano fué quererse justificar el infeliz remendador de calderas. Para probar su inocencia ó culpabilidad le enviaron á un convento de frailes. Y en verdad, ¿quién como ellos podia dar un

Sicilias asiste y preside al séptimo congreso de los sabios italianos reunido en Nápoles, y los honra y obsequia y le dispensa mercedes, el rey de Roma su vecino prohibe á sus súbditos hasta la asistencia á todo congreso científico, tratando á los hombres de letras como á otros tantos herejes *vitandos.*

Lo que esto prueba, hermano Fr. Gerundio, es lo que he dicho antes, que no se sabe curar el vértigo industrial sino oponiéndole la tiranía del pensamiento; que los reyes como los pueblos caen en ideas diametralmente opuestas y estremadas en lo que toca á la Civilizacion y la moral; y que nadie hasta ahora ha acertado á amalgamarlas, ni menos á colocar á cada una en el lugar que le corresponde.

—Puesto que tanto os vais acercando á la razon, hermano D. Magin, yo tambien confesaré que los adelantos industriales, tales como los que hemos citado, al paso que desarrollan prodigiosamente la prosperidad material de los pueblos,

fallo facultativo? Hé aquí establecido el jurado en los Estados pontificios.

Los frailes, pues, comenzaron el exámen del artista por darle á componer una gran caldera, y viendo que lo ejecutaba con inteligencia y maestría, acordaron que les remendase toda la batería de cocina del convento, que no era pequeña, y en seguida declararon el calderero inocente. Así supo la santa comunidad convertir en provecho de la órden el santo celo del Gefe de la Iglesia.

amortiguan bastante la poesía del corazon y secan el manantial de muchas nobles pasiones, porque le metalizan de algun modo. Esto es cierto, y nunca he desconocido yo que la civilizacion del lujo tiene algunas contras al lado de sus muchas ventajas.

"Mas considerémosla ahora en su relacion con las costumbres en general. Cotejemos las costumbres de los pueblos civilizados con las de las naciones inciviles. En estas ¿qué es lo que hallaremos? Tiranía en los que mandan, bajeza y humillacion en los que obedecen, tendencia á la crueldad, pasiones violentas, aspereza en el trato, esquivez, falta de ternura y de sensibilidad, pereza é inaccion. Mientras las naciones civilizadas, que por lo regular gozan tambien del inapreciable don de la libertad, se distinguen por la dulzura y suavidad de sus costumbres, por sus maneras blandas é insinuantes, por esas mismas demostraciones esteriores de consideracion, de respeto, de estimacion ó de cariño, con que los hombres se saludan, se reciben, se despiden y se ofrecen recíprocamente sus servicios; por todas las señales, en fin, que demuestran la cultura y la civilidad de un pueblo.

D. Magin.—Sí, por todo ese comercio continuo de mentiras ingeniosas, como dice Flechier; por toda esa gerigonza de frases, gestos y contorsiones establecidas por los hombres para disfrazar

sus malos sentimientos; por todo ese manual de lisonjas inventado para engañarse mutuamente, que harto bien lo esplica el adagio vulgar que dice: "manos besa el hombre que quisiera ver quemadas." La verdadera Civilizacion, hermano Fr. Gerundio, es franca, natural, sin estudio, sin aparato. Los sentimientos de una alma generosa y noble no necesitan de un libro de ceremonias para darse á conocer.

"Y si no, decidme con ingenuidad: ¿de quién aceptariais con mas confianza un ofrecimiento, del sencillo labriego que con frases nada rebuscadas os convidase á descansar en su casita ó á probar el vino de su bodega, ó del cortesano refinadamente culto, que con las palabras del ritual corregido y aumentado y mandado observar en sociedad, os invitase á ocupar un asiento en su mesa?

"No dudaré que en los pueblos menos cultos se cometan mas actos de violencia. ¿Pero acaso faltan en las sociedades modernas mas civilizadas? Con la diferencia que en aquellos, los enemigos para herir llevan el puñal desnudo, y viéndosele brillar se le puede huir: y en estos, para clavarle con mas seguridad le suelen cubrir con flores como Armodio y Aristogiton cuando mataron á Hiparco.

"Cuando más, que como he dicho antes, yo no comparo pueblos civilizados con pueblos salvajes, sino hombres y pueblos refinadamente civilizados

y refinadamente corrompidos, con hombres y pueblos que no han alcanzado tanta civilizacion, pero tampoco tanta corrupcion de costumbres.

"Ademas, hermano Fr. Gerundio, ¿no vemos cada dia en los pueblos mas adelantados de la Europa culta actos de barbarie y de ferocidad que acaso no cometerian los mismos sármatas, escitas ó cosacos? ¿No vemos diariamente parricidios premeditados, asesinatos entre esposos con circunstancias horribles, y madres que ponen fin á la existencia de sus mismos hijos con una crueldad que hace estremecer? ¿Qué mas? ¿No hemos visto muy recientemente á un gefe militar de esa Francia tan civilizada dejar muy atrás la ferocidad de los mismos beduinos [1]?

¿Dónde están, pregunto yo ahora, la moralidad, las inspiraciones generosas del corazon, la buena fé, la noble franqueza, el desprendimiento, la hospitalidad, los sentimientos humanitarios, la amistad verdadera, el amor sublime, la fidelidad conyugal, las virtudes, en fin, que nacen de la Civilizacion, tal como hoy se comprende? Recordad el árbol del egoismo y del interes individual.

Fr. Gerundio.—Obcecado veo á V. en dema-

1 Alude el hermano D. Magin al acto de inaudita barbarie cometido por el coronel Pelisier en Dahra [Argelia] en Junio de 1845, quemando dentro de una gruta á 600 árabes de todas edades y sexos. Suceso que hizo estremecer de horror todo el mundo.

sía, hermano D. Magin, en contra de la Civilizacion.

D. Magin.—Al contrario, soy el mas ardiente apasionado de ella.

Tirabeque.—Pues señor D. Magin, V. perdone, pero se le conoce muy poco.

D. Magin.—Eso yo os lo demostraré otro dia. Por hoy es tarde y necesito descansar. Pero confio haceros ver en otra ocasion que la Civilizacion puede ser el mayor bien á que puede aspirar en esta vida el linaje humano.

LA POESIA EN DECADENCIA.

Indudablemente la poesía recreativa ha tenido su época de furor en nuestro siglo y en nuestra España. No habia publicacion que no saliera atestada de composiciones, ya de algunos poetas, ya de innumerables fabricantes de versos. El bello sexo era el consumidor en grande de esta mercancia, y con eso los poetas nacian y pululaban como yerbas en primavera lluviosa.

Pero el mejor género pierde de su valor cuan-

do llega á hacerse escesiva su abundancia en el mercado, y esto debe haber sucedido á la poesía lírica-amorosa, á juzgar por la indiferencia con que es leida ó escuchada por el mismo sexo que antes contribuyó tanto á su desarrollo.

Entre otros ejemplares puedo citar una escena de *Teatro casero* que tuvo lugar no há muchos dias entre un versificador y dos jóvenes señoritas. Hallábanse estas entretenidas en sus labores domésticas de costura, que la longitud de la noche habia hecho necesario emprender, y la confianza con el poeta no habia hecho necesario interrumpir. Mientras llegaba la hora en que otros actores acostumbraban concurrir á la tertulia, preguntáronle al jóven poeta si no tenia algo que leerles, á que contestó que sí, y que lo haria con mucho gusto.

Y echando mano al bolsillo, sacó algunas composiciones de su propia cosecha é ingenio, y dió principio á la lectura, que ya la mamá, ya las niñas, y ya tambien la criada, salpicaban con las interrupciones que van señaladas con letra cursiva, resultando un diálogo tan original como curioso.

¡Mujer! ¡mujer! oye mi triste acento!
Que llaman, Celestina.
Dime quién es ese rival odioso
El aguador, señora.

que de beber su sangre estoy sediento,
Dí que traiga otra cuba,
y en ella ¡sí! me bañaré gustoso.
y llene la tinaja.

¡Mujer! mira mi pecho desgarrado!
¿Se cose esto á pespunte?
Mira mi rostro en lágrimas deshecho!
Jesus, ¡qué hilo tan gordo!
Mujer, ó ten piedad de un desdichado,
Corta sin duelo al viés,
ó el duro acero clavaré en mi pecho.
¿Dónde están las tijeras?

Por este estilo prosiguió toda la lectura, debiendo quedar sin duda altamente satisfecho el poeta de la atencion é interes con que era escuchado, ó al menos de la oportunidad de las interrupciones.

Yo Fr. Gerundio, siento que en el *Teatro social* se den tales muestras de la decadencia de la poesía.

FR. GERUNDIO Y SU LEGO

EN UNA CASA DE LOCOS.

Como en nuestras escursiones y viajes hemos tenido siempre por costumbre mi lego y yo visitar toda clase de establecimientos, así literarios como artísticos, así de recreo como de beneficencia, acaecianos lo mismo con los hospicios de dementes. Diré lo que nos pasó en uno de ellos. No le nombraré, y es uno de los obsequios que puedo hacerle.

Escusado es ponderar el dolor que se siente al entrar en un hospital de locos en España. Nosotros que habiamos visto los célebres hospicios de *Bicêtre* y *Charenton* en Paris; nosotros que habiamos recorrido sus vastos salones y sus ventilados y limpios dormitorios, sus salas de baños calientes y fríos, sus estufas, sus galerías, sus corredores, sus anchos y vistosos jardines; nosotros que habiamos admirado la abundancia de sus aguas; que habiamos visto las salas de recreo, con sus mesas de billar, sus pianos y sus libros; nosotros

que habiamos presenciado el espectáculo, sorprendente para un español de 40 ó 50 dementes de ambos sexos comiendo tranquilos á la mesa del director, y en compañía de los médicos, practicantes y otros empleados del establecimiento, con tanta decencia y abundancia, y con tan finas maneras como pudieran observarse en un colegio de educacion ó en las casas de sus familias: nosotros que habiamos sido testigos del órden, prudencia y miramiento con que eran tratados aquellos desgraciados, así como del sistema sanitario tan perfeccionado por Mr. Esquirol: nosotros que conociamos la admirable sabiduría que preside al régimen de los dos hospicios de dementes mejor organizados que se conocen en el mundo, el de *Bedlam* en Lóndres, y el de *The Hanvel Asylum*, modelos inimitables en este género de instituciones; edificios magníficos, inmensos, que han hecho decir la espresion hiperbólica de que los ingleses alojan los desgraciados en palacios, y los reyes en hospitales; y veiamos ahora las lóbregas y mezquinas jaulas en que arrastraban su miserable existencia los infelices desjuiciados de España, y aquellos patios, ó con mas propiedad corrales, en que se agitaba y revolvia, como si fuese una piara ó rebaño de animales inmundos, una multitud de hombres que apenas se conoceria que lo fuesen si de antemano no se supiera; y sobre todo cuando veiamos aquellas gavias en que ya-

cen y son tratados los hombres á guisa de perros rabiosos; padron de vergüenza y afrenta y escándalo de la humanidad, del siglo y del pais..... nuestro corazon se partia de dolor, nuestro espíritu se abatia, y venia á aumentarnos la pena y el desconsuelo de tan repugnante espectáculo, la inevitable comparacion que nos inspira el recuerdo de lo que en otra parte habiamos visto, lo cual añadia el bochorno al sentimiento, y el sonrojo á la compasion.

En aquellos paises casi se puede desear el padecer una puntilla de enajenacion mental á trueque de ser tratado como en *Bedlam*, *Charenton* y *Hanvel:* en el establecimiento español que visitábamos, el que por equivocacion entre cuerdo, puede tener el consuelo y la seguridad de ponerse á los pocos dias loco rematado. No es que le falten al gobierno modelos que imitar: es que nosotros debemos estar condenados á tener gobiernos que nos hagan á todos perder el juicio, despues de perderle ellos los primeros.

Acompañábanos el director y el conserje, alias cómitre, los cuales nos invitaron á visitar los diferentes departamentos. Mi paternidad accedió de buen grado, pero Tirabeque se apresuró á hacer la escepcion del departamento de los furiosos, "pues por muy sujetos que VV. los tengan, añadió, el hombre aunque sea loco hace esfuerzos increibles por recuperar su libertad, y quién sabe...."

y miraba en todas direcciones por si acaso se habia soltado alguno, y le agarraba por detras.

La reflexion de Tirabeque fué tomada en cuenta, y en su virtud nos encaminamos á los departamentos de aquellos mas pacíficos y tranquilos, cuyas estravagancias escitan naturalmente la risa al mismo tiempo que la compasion. Mezcla singular de afecciones semejante á la que se esperimenta cuando se reciben ciertos desengaños, que aflige y se siente el resultado, y alegra y tranquiliza el salir de la ansiedad que da la incertidumbre.

Para entrar en la primera jaula nos advirtieron el director y el conserje que hiciéramos por ocultar nuestros relojes: preguntamos la causa, y nos informaron que al que en ella se encerraba le habia dado la manía por querer impedir el curso del tiempo y de los años. Parece que en su juventud habia sido muy enamorado, y viendo que con la edad le iba faltando el partido con las damas, de tal manera dió en cavilar y discurrir sobre el medio de evitar que la vejez se le viniese encima y que por él no pasaran los años, que estaba en movimiento continuo como pugnando por huir de que le alcanzara el tiempo. En efecto, al entrar encontramos un hombre de edad madura paseando rápidamente de un lado á otro, como asombrado de algo que le perseguia.

Al vernos asomados á la rejilla nos preguntó:

"¿no es verdad, señores, que estamos en el 15 de Agosto de 1820 á las doce del dia?

—Sí señor, le respondimos todos.

—Entonces voy bien." Y miró á una esfera de reloj que con carbon habia trazado en la pared señalando á las doce, y se quedó un poco mas tranquilo. En seguida nos preguntó: qué edad me echan VV?

—Dicen los señores, contestó el director, que sobre 28 ó 29 años.

—No llego, contestó él; 25 hechos, y 26 no cumplidos. Vamos, el tiempo se está quieto; pero no me fio. Y volvió á pasear apresuradamente mirando hácia atrás.

—Esta sí que es una locura verdadera, nos decia Pelegrin: y en una señora no la estrañaria demasiado, pero en un hombre no la imaginara yo nunca.

—Al contrario, Pelegrin, le respondí yo; esta es una clase de manía de que participan muchos hombres. Y aun fuera de esta casa los conozco yo, y tú deberás conocerlos tambien, que quisieran que no pasara nunca el año 12, otros que desearian que no hubiera pasado ó que volviera el año 23, otros que querrian estacionarse en el 34, otros en el 40, y otros en el presente de 45 ó en otro año y dia cualquiera que para ellos haya sido memorable y feliz, como sin duda lo seria para este pobre hombre el que tiene tan presente

aun marcado en la pared como dia fausto; sin considerar unos y otros que el tiempo no pasa en balde y que es imposible detenerle.

—Señor, á esas reflexiones no tengo nada que decir. Y pasamos á otra jaula.

El segundo era un jóven de mediana talla, cuyo rostro hacian aparecer mas pálido y demacrado la espesa barba que hasta cerca del pecho, y las largas melenas que del occiput hasta un tercio de la espalda le caian, las cuales nos dijo el director tenian que peinarle diariamente, por cuyo trabajo pasaba la familia un plus de pension á la casa, porque en ellas, á semejanza de Samson, que tenia la fuerza en los cabellos, hacia él consistir la fuerza de su númen.

Segun eso, pregunté yo, este jóven era poeta.

—Servidor de VV., contestó él, anticipándose al director; y principalmente poeta dramático, aunque poseo todos los géneros sentimentales: bien que demasiado habrán VV. oido hablar del poeta Casimiro. ¿Pertenecen VV. acaso al comité, ó á alguna empresa de teatros?

—No señor, le dijimos.

—Lo creo, porque si no, no se presentarian VV. á mí sin venir dispuestos á darme una satisfaccion: pero una vez que VV. son jueces imparciales, díganme VV. qué razon hay para no haber puesto en escena ninguno de mis doce dramas, el que menos de siete actos y once cuadros. Bien que la

razon es bien sabida. Ya hace tiempo que la envidia y la intriga se han apoderado del teatro y de la literatura, y no digo mas. Yo bien conocia que no habia autor capaz de hacer mi *Saturno* devorándose á sus propios hijos; por eso me ofrecia yo á hacerle; pero no les convenia, porque hubiera revelado sus pobres facultades. ¿Quién era capaz de hacer mi *Ricardo Furioso*, en medio de las ansias de la muerte, consiguiente al veneno que tomó, repartiendo tajos y mandobles y deshaciéndose de la mayor parte de sus enemigos y principalmente de Arturo y sus cómplices al compas de sesenta y tres endecasílabos, los mejores que tenia la pieza? ¿Quién mi Reina *Hermenegilda* con sus dos hijos, uno en cada brazo, degollados por ella misma, inalterable y serena á la vista del cadáver de su infiel esposo, y enseñándolos á su rival la bella Matilde, con una sonrisa que indica la seguridad de que no puede ya escaparse á su venganza, y que la aguarda tambien una muerte cierta y tormentosa? Ya se ve, esto no lo podia hacer nadie, y para no verse deslumbrados autores y actores, era menester que se conjuraran para traerme aquí por loco. VV. juzgarán, señores; Saturno es el que habla:

¡Cuán sabroso manjar! ¿quién de sus hijos
como yo la sustancia gustó nunca?
[*Saturno enseña los dientes.*]

Tirabeque se asustó, y volvió presuroso la espalda, y tras él seguimos todos, encargando mucho mi lego al conserje que por Dios no le enseñara mas locos románticos, porque le daban un poco de miedo. Prometiólo éste así, y nos llevó á otra jaula, donde fuimos saludados con una bendicion.

Era el arzobispo de la diócesis. Es decir, era un capellan que creia ser el arzobispo, el cual nos entregó unos papelitos, que él llamaba pastoral, en que conminaba con las penas mas severas á los clérigos que se mezclasen en negocios temporales y que abusaran del púlpito y del confesonario para inquietar las conciencias de los fieles hablándoles de política y de cosas que no les incumben.

—Señor, me dijo Tirabeque, este eclesiástico como capellan será loco, pero como arzobispo, por mi ánima si no es mas cuerdo que el mismo arzobispo Turpin; y por mi voto diérale yo la primer mitra de España, bien que si fuera arzobispo de veras, es regular que no pusiera estas pastorales.

Pasamos á otra jaula. Su inquilino, segun nos dijo el director, se habia vuelto loco por zelos de su mujer, sobre lo cual observó Tirabeque que si tales causas produjeran siempre tales efectos, no habria en el mundo jaulas donde recoger tantos locos.

En la siguiente encontramos un hombre de me-

diana edad totalmente estenuado; tanto que, como se suele decir, no tenia mas que el armazon. El conserje nos dijo que no habia medio de hacer á aquel hombre que se alimentara, y que solo vivia de algun líquido que en los pocos ratos que le tomaba el sueño le podia introducir con la sonda.

—A muchos, le dije yo, les dá la enajenacion mental por no comer.

—Este pobre hombre, añadió el conserje, era un cesante.

—Y lo soy todavía respondió él: y sepa V., caballero, añadió, que no obro así por mi gusto, ni por falta de hambre, pues ahora mismo la tengo tal que me zamparia á todos VV., y aun con este mozo no tendria bastante para almorzar (señalando á Tirabeque); sino que obro por órden del gobierno, y no comeré ni probaré bocado hasta que sean atendidos mis méritos y servicios.

—Pues V. se morirá antes, le dijo Tirabeque, y así no sea V. tonto, coma V. lo que le den, que eso se hallará; y en cuanto á la locura no lo estraño, y lo que me maravilla es que no tenga aquí mas compañeros.

Prosiguiendo nuestra visita nos enseñaron nuestros conductores al duque del Infantado, al de Osuna, al rey legítimo de España, al patriarca de las Indias, y á otros diferentes personajes que decian hallarse allí por haber querido hacer valer sus legítimos títulos y derechos: que nunca á los

locos les dá por ser menos de lo que son, sino por creerse los mas elevados personajes, y apenas habrá casa de locos en pais alguno [si se esceptúa la Inglaterra], donde no se encuentre un Napoleon.

Hallamos en seguida un jóven que tenia constantemente puesta la mano á la boca para que no se le escapase la voz.

Preguntamos quién era, y nos informaron que aquel jóven habia sido un mal cantante, á quien en las sociedades habian prodigado tantos aplausos que habian concluido por hacerle perder el juicio, y que habia llegado á enamorarse de su misma voz en términos, que para no gastarla y para no encantar con ella sino en ocasiones solemnes, de tal modo la cuidaba y economizaba, que á veces por reprimirla le faltaba poco para ahogar la respiracion.

—Tantos son los que han puesto locos la adulacion, dijo Tirabeque, que no sé cómo no los tienen VV. á centenares enjaulados.

Otro se empeñaba en que hacia cuatro años que estaba muerto, con ánimo decidido de no volver al mundo, decia, hasta que supiera que habian desaparecido tres castas de gentes; los ingratos, los envidiosos y los que fingiendo mucha amistad no van buscando mas que su interes.

—Pues entonces hermano, le dijo Tirabeque, échese V. la cuenta de haber muerto para nunca mas vivir, al reves de nuestro divino Redentor.

Otro al contrario, se aplaudía de haber alcanzado el don de la inmortalidad, lo cual habia sido una fortuna para los demas hombres; "porque si yo faltara, añadia, ¿qué seria de la sociedad sin mis luces?"

Otro decia que era tan desgraciado y que tenia tanto porque llorar, que si no se reprimiera y soltara el trapo, iba á ocasionar sin remedio un segundo diluvio universal.

Interminable fuera no menos que impertinente y difícil hacer mencion de cada una de las estravagancias de los infelices desjuiciados. Mas cuando creiamos llevar casi terminada nuestra visita, "pasemos, nos dijo el director, si VV. gustan, al departamento de los maniáticos modernos."

—¿Quiénes son los modernos? le pregunté; ¿los que han ingresado recientemente?

—No señor, me respondió, llamamos así á los que padecen la manías de la época.

—No conozco esa clase de manías, repuse yo Fr. Gerundio.

—Pues yo pienso, me replicó, que no solo las conocerá vuestra paternidad, sino que será fácil que reconozca á algunos de los que las padecen.

Vamos, pues, le dije; y nos dejamos conducir. El rostro de Tirabeque se habia ido alterando con tantas novedades y sorpresas en términos que no parecia el mismo.

Hallábase el primero muy ocupado y como em-

bebido y absorto en hacer números y colocarlos en casillas.

—"Este será algun estadista, dije yo, ó acaso algun comerciante."

Ya estábamos dentro de su celda cuando volvió la cabeza á mirarnos.

—Me alegro que lleguen VV. tan á tiempo, nos dijo.

"Quince votos me sobraban en buena ley, aun suponiendo que las elecciones de dos colegios hubieran sido bien anuladas: que tampoco ha habido razon para ello como estoy pronto á probar. Pero aun así resulta, que siendo la mayoría absoluta 4,500 votos, y reuniendo yo 4,515, debí salir diputado en primer escrutinio, sin contar las cuatro papeletas en que me ponen Gomez Perez en lugar de Perez Gomez. Aquí están los estados por colegios: vean VV. Ahora bien: en el escrutinio general resulto con 4,000 escasos: ¿qué prueba esto? lo que yo sospeché siempre, que las actas del colegio de Montefrío han sido falsificadas. Señores, van siete elecciones generales, y debiendo salir diputado en todas no he salido en ninguna, siempre por intrigas. Pero no importa, otras vendrán y yo seré diputado. ¡Oh, sí, yo he de ser diputado á la fuerza! ¿Qué papel haria yo ya en el pueblo, si no fuera diputado, cuando lo es cualquiera? Es menester que yo sea diputado, y

les juro á VV. que lo seré. ¿VV. están por la eleccion directa ó por la indirecta?

—Yo estoy por la indirecta, contestó Tirabeque.

—V. es de mi opinion, repuso él; oh! por la indirecta yo hubiera sido diputado en todas las legislaturas, estoy seguro de ello; pero lo seré de todos modos.

—Yo me alegraré, dijo Pelegrin, porque en el estado en que V. se encuentra regularmente lo haria mejor que otros que no están aquí.

Despedímonos de él y nos dijo el director: "este pobre hombre era un propietario del pais, bastante bien acomodado en su clase y muy hombre de bien; pero le dió la manía por ser diputado, y despues de haber arruinado la casa y vendido la labranza por servir á intrigantes que le incluian en sus candidaturas para hacerle cargar con los gastos, vino á parar en loco.

—Esa es una manía de la época, como otras muchas, le dije, y no lo estraño.

Pasamos á otro, el cual se hallaba escribiendo, y tenia ademas toda la habitacion, inclusa la cama, cubierta de manuscritos. Luego que nos acercamos nos preguntó si éramos periodistas. La pregunta nos paró un poco, y mi primera sospecha fué que nos habia conocido. Ya iba Tirabeque á contestar que para servirle, si yo no le hubiera prevenido respondiendo por la negativa. Enton-

ces nos dijo: "pero á lo menos conocerán VV. á algunos periodistas, y me harán VV. el favor de entregarles estos comunicados para que los inserten en uno de los primeros números (y nos puso en la mano una media resma de papel): porque han de saber VV. que pasan de mil los que llevo escritos, todos sobre materias importantes, y que darian mucho interes al periódico, y sin embargo no han querido ponerme ninguno, y es que yo debo tener enemigos ocultos en las redacciones, ó que estas no conocen sus intereses.

—Eso debe de ser, le dije yo, y pierda V. cuidado, que todos se insertarán, y despues de estos los demas que V. envie.

Luego que nos despedimos pasamos una ojeada rápida por los comunicados. Los unos iban suscritos con su propio nombre; los otros con diferentes seudónimos, como *El imparcial*, *El amigo de la justicia*, *Un patriota*, *Un apasionado de sus doctrinas;* y otros para que hicieran mas fuerza iban firmados por "*Varios amantes de la libertad*, *Una reunion de amigos del bien público y defensores de las instituciones.*" Por lo poco que leimos, todos versaban sobre asuntos propios ó sobre alguna ocurrencia de su pueblo, y principalmente sobre la injusticia mayor y mas escandalosa que habia hecho el gobierno, que era la de haberle quitado á él el destino.

Preguntónos el director si conociamos á aquel

sugeto, á lo que contesté yo Fr. Gerundio que no, pero que conocia á muchos centenares que tenian la desgracia de padecer la manía de comunicados, y que si hubieran estado en la casa me hubieran ahorrado algun dia mucho tiempo y muchos quebraderos de cabeza, como hoy se los darán á otros redactores.

El que vimos despues nos dió un buen rato al principio. No podia darse mas cordura ni mejores sentimientos que los que manifestó. "Yo, señores, nos dijo, era el hombre mas desinteresado que se conocia: para mí no habia mas miras que el bien del pais y de mis semejantes, ni mas norma que la ley, ni mas razon de preferencia que el mérito, ni mas regla que la justicia, ni mas premio que el testimonio de mi conciencia, ni mas recompensa que la satisfaccion de hacer bien á mi patria, por la cual no habia sacrificio que no estuviera dispuesto á hacer. Estos fueron siempre mis sentimientos. Educacion pública, moralidad, mejoras positivas, bienes materiales, alivio en las cargas, esto es lo que dije constantemente que necesitaba el pueblo,

—Señor, me decia Tirabeque al oido, este hombre no está loco, sino muy cuerdo. A este por fuerza le han metido aquí sus parientes por quitarle la herencia ó por alguna otra cosa así, porque de estos locos quisiera yo por allá fuera.

—¿Y ahora, le pregunté yo, no conserva V. esos mismos sentimientos?

—No señor, me contestó; estoy enteramente trastornado, y es que soy otro hombre; me llaman lo mismo, pero yo conozco que soy otro; en fin, ahora me ven VV. completamente al reves de lo que era antes. Si V. oye á esos señores, le dirán que estoy loco, pero lo que creo es que me han dado hechizos y me han cambiado.

—¡Pobre señor! decia por lo bajo mi lego, ahora se le conoce que está un poco tocado (y señalaba á la frente).

—¿Y de cuándo acá, le pregunté, se siente V. otro hombre al reves del que antes era?

—Desde que me han hecho ministro, me contestó muy serio.

Oir esta respuesta y conocer que el infeliz lo estaba de remate fué todo uno.

"Señor, dijo entonces Tirabeque, los niños y los locos dicen las verdades. A lo menos este hombre es franco, pues confiesa que desde que le han hecho ministro le han vuelto al reves. Algo peores son los de allá afuera, que les pasa otro tanto y no quieren confesar que no son los mismos. Y por lo gordo que está el señor ministro debe ser del ramo de hacienda.

Yo Fr. Gerundio salí de allí sacando de aquel desgraciado dos tristes consecuencias: la primera, que una de las manías de la época es hacerse ministro, y la segunda, que el ministerio vuelve los hombres al reves y les hace perder el juicio.

Al que ocupaba la jaula de enfrente le hallamos sentado en su pobre cama y llorando como un perdido.

—¿Me la traen VV? nos preguntó: ¿ha parecido?

—¿Cuál?

—La carta.

—¿Qué carta?

—¡Ah! nadie me da razon de ella! ¿Por qué no se me franquean todas las bibliotecas y archivos de España y del estranjero, y yo la encontraria?

—¿Qué carta es la que le falta á este hombre? pregunté al director: ¿es alguna carta de pago, ó de crédito, ó bien alguna carta ejecutoria que se le haya estraviado?

—No señor, me respondió: este era un rebuscador de manuscritos antiguos, que ha consumido el tiempo, el dinero, el cerebro y la vista en escudriñar y recoger documentos y papeles que nadie acierta á leer; y la carta por la cual pregunta á todos los que aquí vienen, dice ser una carta autógrafa nada menos que de un asistente de Hernan Cortes, en que escribia á su madre dándole la importante noticia de que se hallaba bueno á Dios gracias, y encargando memorias para todos los parientes: cuya carta, que parece hacia parte de una coleccion de documentos inéditos y curiosos para la historia que pensaba publicar, dice que se le ha traspapelado, sin haber

sacado por precaucion el *facsímile*. Y ahí tiene V. por qué está continuamente llorando.

—Señor, dijo Tirabeque, ¿y por una carta de un soldado tanto se aflije este hombre?

—Eso, Pelegrin, le contesté, es una manía como otra cualquiera. ¿No has visto tú hombres que se vuelven locos por haber adquirido á costa de oro una moneda de cobre que seria corriente hace dos mil años, pero que ahora no darias tú por ella el valor de cuatro maravedís?

—Tambien los tenemos de esos, respondió el director. Pero ahora van VV. á ver un comprofesor suyo.

—¿Comprofesor nuestro?

—Sí señores, un periodista. VV. deberán conocerle.

—Eso no será fácil, respondió Pelegrin, porque si hubiéramos de conocer á todos los que les ha tomado la manía por ser periodistas, era menester que conociéramos una mitad de España. Porque ha de saber V. que no hay colegial de provincia de estos que van á Madrid á buscar fortuna, que no pretenda escribir en un periódico, ni cesante ó abogado sin pleitos que no quiera fundar un periódico, teniéndolo por cosa tan fácil y hacedera como si fuese mamarse unos buñuelos, y echando unas cuentas tan galanas que de seguro les van á llover las suscriciones y los pesos duros al estremo de poder ahitarse, á mas de la in-

fluencia poderosa que van á ejercer en la opinion. Y lo particular es, señor director, que aunque todos los dias se ven morir periódicos de estenuacion y falta de alimento, no por eso disminuye la manía, antes crece y se propaga como la peste.

En esto llegamos donde estaba nuestro hombre, y hallámosle escribiendo un artículo de esos que llaman de fondo, aunque no siempre le tengan, en el cual, segun advertí, hablaba á cada paso de *recta razon y sano juicio*, lo cual en la pluma de un loco me pareció lo mismo que lo de *patriotismo* y *virtudes* en la pluma y boca de los que se pusieran á escribir por buscar empleo. Nos preguntó si íbamos á suscribirnos, dijímosle que ya lo estábamos, y que leiamos con mucho gusto sus producciones.

—No esperaba yo otra cosa, respondió; diez y ocho mil suscriciones tengo solo en la casa; y las de fuera ya supondrán VV. que serán muchas mas. Estoy loco con la empresa. Yo no tenia fondos para ella ni menos para el depósito; pero encontré aquí un capitalista loco (que entre paréntesis (nos dijo al oido) de mí dicen que estoy loco sin estarlo, pero el que lo está verdaderamente es él), el cual me ha facilitado todo lo que necesitaba. Si se gana, ganamos á medias, y si se pierde, pierde él, que entre bobos anda el juego.

No nos pareció tan desjuiciada la última idea, y pasamos á otro, el cual estaba tambien escribiendo.

—Por mi santo hábito, le dije al director, que no faltan escritores en la casa.

—¿No ve V., me respondió, que es la manía general de la época?

Acercámonos á él, levantó la cabeza, y nos encandiló los ojos. "¿Traen VV. algo que traducir? nos dijo.

—No señor.

—Pues entonces á qué vienen VV?

A nada, hermano, respondió Tirabeque lleno de susto; quede V. con Dios y perdone. Y luego dijo al director: "si ese hombre no tiene otra manía que la de traducir, es una injusticia tenerle aquí encerrado, porque la ley debe ser igual; y una de dos, ó traer los innumerables que andan sueltos, ó soltar á éste."

Ibamos andando, cuando se sintió Tirabeque llamado con una fuerte manotada en el hombro que le heló la sangre, porque creyó que algun furioso se habia soltado. Pero no; era el de los comunicados que habia venido corriendo á decirnos: "Caballeros, se me habia olvidado advertir á VV. que digan en las redacciones que no pongan mas que las iniciales, porque así me conviene.

—Pues si á V. le conviene así, le dijimos, será V. servido. Y se retiró tan satisfecho.

¡Oh, mi general! esclamó el conserje tropezándose con uno de los que andaban por allí libres. Aquí tienen VV. al Exmo. Sr. general D. Pedro Aguinaldo. ¿Le caben ya á S. E?

—No señor, por mas que hago no me caben, respondió él golpeándose la frente.

—¿Y qué significa esto de si le caben ó no le caben? pregunté yo.

—Este, me dijo el conserje, parece que era un oficial del ejército, á quien le dió la manía por ser general, en términos que para poder traerle aquí fué preciso ponerle una faja y unos entorchados, con lo cual vino muy contento. Pero ha aprendido que para ser general deben caberle en la cabeza cuando menos diez mil hombres: él se empeña en que no le caben, y de ahí es el golpearse en la frente como quien quiere hacerlos caber por fuerza. Oido lo cual por Tirabeque, se dirigió al loco, y le dijo: "Exmo. Sr. D. Pedro Aguinaldo, hace muy mal V. E. en maltratarse así, porque generales conozco yo á quienes no cabe en la cabeza un regimiento y son tan generales como V. E. y aun mas, y constan en la Guía, y cobran sueldo."

Pareció S. E. tan complacido con el discurso de Tirabeque, que poniéndole la mano en el hombro, "señor oficial, le dijo, tengo el gusto de premiar á V. sobre el campo de batalla por el buen consejo: desde hoy llevará V. las dos charreteras."

Pelegrin le dió las gracias, seguimos riéndonos de las ocurrencias y aun discreciones que suelen tener los locos.

Seguidamente encontramos dos disputando muy acaloradamente entre sí. El uno defendia todo lo que era español, de cualquier género que fuese, con preferencia á lo estranjero; el otro elogiaba todo lo estranjero menospreciando todo lo español.

—Bien merecen estar los dos en esta casa, dijo Tirabeque, porque tan maniático y tan loco es el uno como el otro.

El que nos fué presentado despues se hallaba el infeliz casi desnudo y sin camisa. Mas apenas habiamos tenido tiempo para fijarnos en su lastimoso estado, cuando se acercó á nosotros y nos preguntó: "¿han subido los treses?"

—Creo que sí, le respondí yo.

—No tenia remedio, repuso él; la baja no podia ser duradera. Estos hombres se empeñan en tenerme aquí encerrado, que si no la jugada era hecha. Dos millones á prima, cuatro á sesenta dias, tres en firme.... no, en firme seis, porque el alza es segura.... los ocho millones al contado.... sí, no puede fallar.... ¿Y cómo anda la deuda?

—La deuda anda perfectamente, le dije yo.

—A $8\frac{5}{8}$? Pues pongámosla á $\frac{3}{4}$..... Veintidos millones á prima de uno.... para el 10 de Octu-

bre..... sí, es bastante, para qué quiero mas?

—¿Quién es este mozo, preguntó Tirabeque, que está sin camisa y echa tantas millonadas?

—Este, respondió el director, como VV. podrán haber conocido, es un pobre hombre á quien le dió por jugar en la Bolsa, y segun me ha informado su familia, le cogió una fuerte baja mas comprometido de lo que sus fuerzas pecuniarias podian resistir, y despues de haberse quedado sin camisa para pagar lo que llaman diferencias, y despues de perder el dinero, perdió tambien el juicio y le trajeron aquí.

—Pues este debia ser un hombre honrado, esclamó Tirabeque, que otros hay que en tales casos en vez de pagar y volverse locos y venir á estas casas, conservan su juicio cabal y su dinero y se van á comerlo con mucha calma á estrañas tierras, y á estos no falta todavía por el mundo quien los llame cuerdos.

Mi paternidad, al ver tanta analogía entre los maniáticos allí encerrados y los que andan libremente por el mundo, estuvo cerca de admitir la idea del hermano Montesquieu, á saber: "que sin duda se encierra unos pocos locos en una casa para hacer creer á los de fuera que no lo están [1]."

Por supuesto que encontramos allí otra porcion de *monómanos* tan parecidos á los que cada dia

1 Cartas persianas: carta 78, Rica á Usbek.

tropezamos por las calles, que fuera trabajo de volúmenes hacer memoria particular de cada uno de ellos, mucho mas cuando su mayor número es de los que irán saliendo á representar su respectivo papel en este nuestro *Teatro*.

En su consecuencia manifesté á nuestros conductores que nos podian dispensar de continuar la visita, puesto que nuestra curiosidad se hallaba satisfecha.

—¿Y no han de ver VV., me preguntó el director, el departamento de las mujeres?

—Por hoy, le respondí, no me es posible. En un caso seria objeto de la ocupacion de otro dia, si aun nos detuviésemos alguno mas en este pueblo.

Preguntéles si conocian el sistema de tratamiento de Mr. Georget, ó el de Mr. Esquirol, ó mejor el del famoso inglés Willis, gloria de la Inglaterra y prodigio singular en este ramo, á quien tantos infelices eran deudores de haber recobrado el juicio. Respondiéronme que no habian oido nunca hablar de estos sugetos, y que ellos trataban los dementes *á su modo*. La respuesta no me sorprendió, pero no por eso desconsoló menos mi ánimo gerundiano.

Despedímonos del director y conserje, dejando en sus manos un pequeño testimonio de que no nos era indiferente la desgracia, en la escala en que podian hacerlo unos pobres religiosos; y sa-

limos de allí afligidos, habiendo visto muchas estravagancias, y un bosquejo de las manías de la época. El cuadro en grande se encuentra en el *Gran Teatro Social del Mundo.*

LA HOMEOPATIA.

I.

Dosis infinitesimales.

El pobre Tirabeque se me habia puesto malo. Su semblante presentaba una rubicundez al parecer erisipelatosa, á juzgar por la facilidad con que la flegmasía se trasladaba de un sitio á otro ó se estendia á mayor superficie, y por ir tambien acompañada de fiebre ó calentura, aunque mas benigna que fuerte. Pero al mismo tiempo se le habia presentado una inflamacion en los miembros inferiores, que se estendia por toda la pierna del defecto, y le causaba dolor y bastante incomodidad. Todo esto, acompañado de debilidad, desgano, insomnios y otros síntomas que mi paternidad no podrá calificar bien, por ser estraño á la me-

dicina, y por tanto poco á propósito para formar un diagnóstico facultativo completo.

Fuera lo que quisiera, mi paternidad no podia ver con indiferencia su mal estado de salud, y así le dije: "Yo no sé lo que esto será, Pelegrin, pero de todos modos es preciso llamar un médico.

—Señor, me respondió, esto debe ser irritacion ó niervos; porque ahora todas las enfermades ó son de los niervos, ó son irritaciones.

—Nervios has de decir, hombre, que no niervos. ¿Qué diria el facultativo si te oyera esplicar así? Pero repito que sea lo que quiera, es menester que te vea alguno. ¿Quieres que venga un médico homeópata?

—Señor, mucho he oido hablar de los médicos meopatas, y si mal no me acuerdo, me parece que fué un meopata el que le curó á V. hace cuatro ó cinco años en Burdeos; y sin sangrías ni sanguijuelas, señor, que de eso me acuerdo bien.

—Así es la verdad, Pelegrin; pero esto no debe servirte de regla, porque los médicos son como los confesores, cada cual debe elegir el que mas le guste, ó en quien tenga mas fé. Aquel caso que tuvo lugar conmigo, ó por decir, los varios casos que yo he esperimentado, han podido muy bien ser efecto de casualidad, aunque yo no lo creyera así. Los efectos admirables y cuasi-milagrosos que se atribuyen á la medicina homeopática, muchos los creen, muchos los niegan, y mu-

chos dudan de ellos: la homeopatía es muy defendida por unos y muy impugnada por otros, y no soy yo, Pelegrin, el llamado á resolver la cuestion. Y adviértote que no digas *meopatía* ni *meopatas*, sino *homeopatía*, palabra griega que quiere decir curacion por homogéneos ó semejantes, porque su principio es: *similia similibus curantur.*

—Señor, mucho se habla ahora de la tal homeopatía, y á ser ciertas las cosas que cuentan de ella, mas parecen ser milagros y cosas de Dios que obra de la medicina y de los hombres.

—Como que le llaman la *medicina de Dios*, Pelegrin, así la llama el Dr. Chancerelle. Y para que veas el entusiasmo con que de ella hablan sus secuaces, no tienes mas que oir á Augusto Guyard en su obra: *la medicina juzgada por los médicos.* "¡Bendito sea Dios (esclama), y salte la " tierra de alegría! Que al fin ha sido hallada la " medicina, la terapéutica de Dios, simple, una, " infalible, que debe destronar la terrible Allo- " pathía; este poderoso morbífugo que va á redu- " cir á sus límites naturales el imperio de la muer- " te, á ensanchar los límites de la vida y á resti- " tuirle todos sus derechos! Sí: desde hace 50 " años, el astro benéfico que disipará un dia la " noche profunda de un cielo sin sol, se ha levan- " tado radiante en el horizonte medical, pero in- " visible aun para una parte del mundo que ha " de iluminar, ¿por qué ha sido despreciado ó

" blasfemado por la multitud de los que no han
" percibido aun su luz, como si fuese un resplan-
" dor engañoso y pérfido? Sí: hace 50 años una
" voz inspirada (esta voz inspirada, Pelegrin, es
" la del famoso *Hannemann* descubridor de la ho-
" meopatía) anuncia á la tierra el evangelio de
" los médicos y de los enfermos, la solucion de
" aquel gran problema propuesto por Celso, pero
" hasta entonces indisoluble á la ciencia humana:
" á saber, curar las enfermades de una manera *se-*
" *gura, pronta y agradable; tutò, citò et jucundè* [1]."

Y en otro lugar dice: "Hénos aquí salidos de
" la oscuridad de las hipótesis y de los sistemas;
" dejamos las fronteras tenebrosas de los domi-
" nios del error para entrar en los campos lumi-
" nosos de la verdad y de la esperiencia: la no-
" che ha cesado, es de dia..... La homeopatía
" es una verdad, una ciencia, una ley natural, la
" verdadera verdad, la verdadera ciencia, la ver-
" dadera ley therapéutica, fuera de la cual no hay
" salud para los enfermos..... [2]."

—Señor, si eso es así, ya no tengo miedo de morirme. Que venga un médico de esos cuanto antes, mi amo, que si es la medicina de Dios como dicen, y tan infalible como el Evangelio, y al mismo tiempo tan pronta y tan agradable, en pocas horas deberá dejarme como nuevo, no solo de

1 Págs. 92 y 93 de la citada obra. Edicion de Paris, 1842.
2 Pág. 100.

esta irritacion que tengo ahora, sino tambien de la pierna mala, que siendo así como V. dice, la homeopatía deberá curar tambien las cojeras, y por mi ánima que si á mí me cura, yo le ofrezco á V. que no solo daré al médico todos mis ahorros, sino que le ayudaré á predicar el Evangelio por esos mundos con mas fé y mas calor que el mismísimo S. Pablo. Y así dígame V. si la homeopatía cura no solamente escarlatinas ó lo que yo tenga, sino tambien cojeras de muchos años.

—Mucho pretender es eso de una vez, Pelegrin. Y adviértote que yo no te aseguro los efectos y resultados de la homeopatía. Yo no hago mas que dártela á conocer y decirte lo que dicen sus apasionados, para que luego tú hagas lo que mejor te parezca. La salud y el matrimonio son los dos puntos mas delicados, y sobre los que es mas aventurado el meterse á dar consejo.

—Y diga V. mi amo, y V. perdone, porque con solo lo que V. me ha dicho parece que me siento mejor y mas animoso, y aun estaba por decir que me habia bajado algo la hinchazon del muslo en este rato. Dígame V., y es cierto que es tan sencilla y tan gustosa esa medicina?

En cuanto á eso, Pelegrin, no hay duda alguna, y de ello puedo certificar. Desde luego no hay ni sangrías, ni sanguijuelas, ni apósitos, ni cantáridas, ni cataplasmas, ni drogas, ni brebajes, ni unturas, ni nada de todo eso que tanto incomoda

al enfermo y á sus familias. Las medicinas homeopáticas están reducidas á dos globulitos blancos del tamaño de dos cabecitas de alfiler, los cuales molidos y mezclados con otros polvitos tambien blancos, pero en muy mínima cantidad, se toman ó bien puestos sobre la lengua, ó bien disueltos en medio cuartillo de agua, del cual se van tomando cucharaditas en los tiempos y á las horas que el médico dispone; y como estos polvitos ó estas cucharaditas de agua no tienen sabor alguno perceptible, de ahí es que se toman sin repugnancia alguna, como puedes conocer.

—Señor, ¿y con esos polvitos de la madre Celestina curan las enfermedades?

—Con esos polvitos, Pelegrin.

—¿Pero todas las enfermedades, mi amo?

—Todas las enfermedades curables; porque hay algunas que de tal manera tienen ya destruido un órgano, que no hay remedio que alcance á curarlas; pues como ellos dicen, la homeopatía no fabrica órganos nuevos.

—¿Y cura las tercianas tambien?

—Tambien, hombre; ¿qué valen las tercianas para la homeopatía?

—¿Y las irritaciones?

—Lo mismo.

—¿Y los nervios?

—Igualmente.

—¿Y las pulmonías?

—Esas con una facilidad prodigiosa. Y las hemorragias, y las optalmías, y los cólicos, y los tumores, y los reumas, y las hidropesías, y las convulsiones epilépticas, y las contusiones, y las caidas, y la apoplegía, y la hidrofobia, y el cólera morbo, y todo el infinito catálogo de las enfermedades y padecimientos á que está sujeta la naturaleza humana: las agudas con una admirable prontitud, y las crónicas mas lentamente. Adviértote, Pelegrin, que voy hablando siempre en boca de los que defienden la homeopatía, y con solo el objeto de dártela á conocer.

—¿Y las cojeras, mi amo?

De eso no te puedo decir, pero es probable que tambien, á no ser que de tal manera tengas ya desconcertada la pierna (como yo me temo), que fuera preciso hacerte una pierna nueva, ó una parte al menos, sea la tibia, el peroné, ó la rótula, á lo cual no creo que alcance la homeopatía.

—Pero señor, digo yo una cosa, y V. perdone: si no dan mas que dos granitos tamaños como dos cabecitas de alfiler, y estos disueltos en agua, y de esta agua hay que tomar una cucharadita, ¿cómo diablos puede esto curar una enfermedad, mi amo? Porque si el grano es como la cabeza de un alfiler, lo que llega al estómago será una cosita así como la punta, y menos si cabe. ¿Y esto es capaz de curar, señor?

—*Miráculis*, Tirabeque, ahí está el milagro. Y

para que acabes de admirarte [pues aun estamos muy al principio], voy á demostrarte la pequeñísima, imperceptible é incomprensible porcion á que se reducen las medicinas homeopáticas, y las operaciones porque antes ha tenido que pasar cada una de estas partecitas microscópicas que decimos.

"Ellos toman un grano de medicamento, cualquiera que sea [y adviértote de paso que no usan mas que los simples]. Este grano se tritura por espacio de una hora con 99 granos de azúcar de leche. De esta primera mezcla se toma un grano [el cual contiene ya una centésima de grano de medicamento], y se demuele y mezcla de nuevo con otros 99 granos de azúcar de leche. Cada grano de esta segunda trituracion contiene una diezmilésima parte de grano de medicina. Tómase todavía un grano de esta segunda mezcla, y se muele otra vez con otros 99 de azúcar de leche, resultando de esta tercera preparacion $^{1}/_{100.000.000}$, un cienmillonésimo de medicamento.—Pero señor.....

—Espera, que aun no he concluido.—Traidos á este grado de tenuidad los medicamentos antes indisolubles en el alcohol, se hacen perfectamente solubles en este líquido; entonces, para hacer mas fáciles las atenuaciones subsiguientes, se reemplazan los 99 granos de azúcar de leche con 99 gotas de alcohol, á las cuales se añade un grano de la trituracion tercera. Se agita por dos veces fuer-

temente este líquido; luego se toma una gota de esta cuarta mezcla, que lleva ya el nombre de dilucion, y que contiene $^{1}/_{10.000.000.000}$ de medicamento. Con una gota de esta dilucion mezclada á 99 gotas de nuevo alcohol por una doble succusion se obtiene la dilucion quinta, y así sucesivamente la sesta, la sétima, &c., hasta la trigésima, donde se hace alto, y que contiene una decillonésima de grano de sustancia medicinal, que es la que luego se divide en globulitos, que despues se disuelven en medio cuartillo de agua, como te he dicho, y es de donde se va dando á los enfermos á cucharaditas.

—Señor, si fuera de las 9 no queda nada, fuera de las 30 ¿qué quedará? Y ahora es cuando digo que si los médicos homeópatas curan, curarán por brujería, y no de otro modo, ó tendrán el don de hacer milagros, ó mezclarán algun encanto en la medicina, pues de otra manera tengo por imposible que curen, y más con la facilidad que dicen que lo hacen.

—No estraño, Pelegrin, que te parezca inconcebible la fuerza de las medicinas así preparadas y á tan mínima espresion reducidas, porque el sistema de las dósis infinitesimales, de por sí dificil de comprender, es por lo tanto uno de los principales argumentos que sirven á los enemigos de la homeopatía para atacarla, y aun les ha dado pié para emplear contra ella la burla y el sarcasmo.

Me acuerdo haber leido en un diario estranjero, el *Journal Medical News and Library*, una receta burlesca para hacer *sopa homeopática*, la cual decia así: "Tómese dos pichones flacos: suspéndase-
" les á la ventana de la cocina de modo que su
" sombra dé sobre una marmita que contenga cua-
" renta litros de agua; hágase hervir esta agua
" lentamente por espacio de diez horas, y de es-
" to tómese una gota en un vaso de agua cada diez
" dias."

Pero no creas que á ellos les faltan razones para probar la accion prodigiosa de las dósis infinitesimales. Y ademas de citar los testimonios de famosos médicos, y entre ellos del mismo Broussais, cuyo sistema es el mas opuesto á la homeopatía, en que confiesan la accion incontestable de las dósis mínimas sobre la economía animal, ponen ejemplos que no dejan de hacer muchísima fuerza.

El virus contagioso de la viruela, dice Brera, reducido á un estado casi inmaterial é imperceptible, é inoculado en un sugeto, ¿no desarrolla al cabo de cierto tiempo una accion de tal manera poderosa que llega á encender en el organismo un procedimiento que multiplica á millares los átomos contagiosos introducidos? Pues bien, añade el Dr. Nauche escribiendo al Dr. Peschier: "las esperiencias que yo he hecho relativamente á la vacuna, demuestran: que *un solo átomo* de gas amo-

niacal introducido debajo de la piel inmediatamente despues de una vacunacion, basta á desnaturalizar todos los efectos y á impedir el desarrollo de la vacuna [1]."

¿Hay quien niegue, dicen ellos, la energía, la fuerza prodigiosa del gas, del vapor, de la electricidad? ¿Y qué cosa más atómica, más infinitesimal? ¿qué dósis mas mínima que la de una chispa eléctrica? Y sin embargo, sus efectos físicos son admirables.

¿Qué peso, qué cantidad, qué estension, pueden tener aquellos efluvios soporíferos que se desprenden de los sentidos y de la voluntad de un magnetizador, y que envian el sueño y la insensibilidad á la persona sometida á su influencia?

¿Cuál podia ser, dicen, el peso de aquel aire famoso que causaba la nostalgía y diezmaba los hijos de la Helvecia? ¿Quién ha podido pesar ni medir la dósis de aquellos soplos invisibles de la peste, del tífus, del cólera, que suelen venir de improviso á pasear por la tierra la desolacion y la muerte? ¿Quién ha pesado nunca, ni medido la dósis que tiene la virtud del delfinio que pone en convulsion la mano que le toca, ó del contacto imprudente del zumaque tosiguero? ¿No es bien infinitesimal la dósis de aquellos aromas ó esencias á cuyo simple olfato se trastornan muchísimas personas?

1 Gaceta de los hospitales, tom. 5, pág. 397.

De estos te ponen mil ejemplos, Pelegrin, deduciendo de todos que no son las cantidades grandes las que producen mas efecto, sino la conveniente preparacion de las sustancias y su oportuna aplicacion á las enfermedades, con el necesario conocimiento de las virtudes de cada medicamento simple, que es el gran descubrimiento que dicen se debe á la homeopatía, y que produce esas curaciones tan fáciles y tan milagrosas.

—Le aseguro á V., mi amo, que es cosa de volverle á uno loco. Y yo voy á preguntar á V. una cosa, y á ello me atengo. La homeopatía ¿cura ó no cura? ¿A quiénes se les mueren mas enfermos, á los médicos homeópatas, ó á los otros? Ahí está el *busilis*, mi amo; y si V. me prueba que los homeópatas curan mas gente, y mejor y mas fácilmente que los otros, entonces llamaré un homeópata, y si no, no; las cosas claras, y á las curas me atengo.

Punto es ese, Pelegrin, sobre el cual no haré tampoco sino referirte y de ninguna manera fallar, para que luego hagas tú lo que mas te acomode. Pero será en otro rato, que ahora me acuerdo que no he rezado maitines, y la obligacion es lo primero.

—Pues despache V. pronto, mi amo, que tengo gana de salir de estas dificultades, y quien tiene calentura y la pierna hinchada, no admite mucha espera.

D. FRUTOS DE LAS MINAS.

HISTORIA

verídico-novelesca, político-metalúrgico-subterránea.

CAPITULO I.

En este siglo de lo positivo, en este siglo metalizado, como se ha visto en el telon de boca de este *Teatro*, era natural, consiguiente é indispensable que se dieran las gentes con ahinco á buscar los metales, siquiera estuviesen, como de ordinario están los muy arrastrados, en los escondrijos y latíbulos de las entrañas de la tierra, vecinos y colindantes del infierno, donde con tan plausible motivo no es maravilla que se escurran los humanos que con tanta solicitud los buscan, pues nada mas fácil que el que un escudriñador de aposentos se cuele al del vecino, y más si halla la puerta abierta, como lo está siempre de par en par la de los profundos, Dios nos libre.

Y mas natural que en ninguna otra parte era

en España el desarrollo de este espíritu metálico-escrutador, puesto que sobre habernos faltado cuando mejor recado nos podrian hacer, aquellas remesas de géneros tan elegantes y tan de buen gusto que *in illo tempore* nos venian de México y del Perú, y á que nos habiamos ido amoldando aunque con trabajo, nos constaba por Plinio, Tito Livio, Lucio Floro, Strabon y otros autores, que aquí mismo en nuestro suelo, á poco que se profundizara teniamos, no digo ya para suplir, sino para antojársenos miseria y pobreza lo que de nuestras antiguas colonias recibiamos. A lo que se agregaba la fama y tradicion de aquello de los *Pozos de Annibal*, y lo de las flotas atestadas hasta el tope de oro y plata que se llevaban á Cartago aquellos fementidos huéspedes que se vieron

"..... ¡los traidores!
fingirse amigos por salir señores."

Empezóse en efecto á horadar la tierra allá hácia la nueva Cartago, ó sea Cartajena, y el éxito no solo correspondió á las esperanzas, sino que las escedió con creces. Sierra Almagrera comenzó á dar metales con tal abundancia, que los primeros esplotadores de minas, antes visionarios y locos, ahora muy cuerdos y profundos calculistas (que segun los resultados así la opinion se vuelve patas arriba ó patas abajo), pasaron de repente de

pobres como Batos, á ricos como Cresos. La mina del *Cármen* adquirió tal fama y celebridad, que nadie la nombraba sin relamerse de envidia. Las que luego junto á ella se descubrieron, como la Observacion, la Esperanza, la Estrella, Vírgen del Mar y otras, se fueron haciendo casi igualmente famosas. El *Cármen* y sus colindantes eran en nombradía Napoleon y sus contemporáneos, por usar de la frase titular de la obra de Mr. Augusto Chambure.

Ya se construyeron hornos de fundicion, ya se hicieron copelaciones, y el resultado *positivo* de estos trabajos publicado en las Gacetas del gobierno, con espresion de los tantos miles de marcos de plata limpia y pura que cada operacion habia producido, junto con ver á los mineros del *Cármen*, primero carmelitas descalzos, y despues carmelitas calzados y aun vestidos de piés á cabeza, acabó de despertar el *auri sacra fames* tan natural en las humanas criaturas. Los cerros y cordilleras de Cartajena, Murcia y Almería se poblaron de esploradores armados de pico y azada, que en pocos meses abrieron cincuenta mil ó mas bocas.

El furor minero creció á pasos de gigante, y con la rapidez del cólera morbo se difundió por todas las provincias de la península. Andalucía en sus cuatro reinos, Aragon con su coronilla, el Principado de Cataluña entero y verdadero, el de

Asturias en redondo, Galicia en toda su estension, las dos Castillas íntegras y completas, Estremadura en todos sus estremos duros ó blandos, y toda la España en particular se vió en poco tiempo convertida de agrícola en minera. No hubo cerro que no se catara, montaña que no se abriera, collado que no se agujereara, cuesta que no se registrara, barranco que no se inquiriera, roca que no se barrenara, monte que no se reconociera, pendiente que no se horadara, colina que no se removiera, cresta que no se arañara, bosque que no se revolviera, cordillera que no se calara, lomo que no se rompiera. La España se halló hecha una criba.

De todas partes se recibian las noticias mas lisonjeras y satisfactorias. Aquí el descubrimiento de un criadero de cobre; allí el hallazgo de un filon de plomo argentífero; allá una veta de rico cinabrio; aquí una montaña de carbon de piedra; allí el hidrargirio á no poderse agotar; allá el alcohol á surtir los dos mundos; aquí la plata á flor de tierra; allí el oro vírgen en tortas como ruedas de molino, que dejan muy atrás á los *pepitones* que á mediados del siglo XVIII vinieron de Choco y del Perú. Ahí están las muestras, presentes están los ejemplares, para convencerse no es necesario mas que tener ojos.

Pero la esplotacion exige gastos, el beneficio pide desembolsos, el laboreo necesita concurren-

cia de capitales, que aunque el metal está á flor de tierra, es abundante y esquisito sin embargo. Ea pues, fórmense sociedades de accionistas. Y se formaron sociedades de accionistas en cada capital, en cada villa, en cada aldea y lugar pedáneo, con inclusion de cortijos, ventas, quintas de recreo y casas de labor, donde por casualidad habria inquilino, colono ó propietario, que no fuese socio minero por una ó mas acciones y en una ó mas empresas, segun sus facultades. Pero siendo la corte el punto céntrico, y el asiento y emporio de las primeras fortunas y de los capitales mas sanos y mas corrompidos, en Madrid, donde habia penetrado el espíritu minero hasta los tuétanos de los cortesanos á semejanza del hidrargirio, fué donde se formó el número mas prodigioso de empresas y asociaciones mineras. Una accioncita de minas era tan indispensable como la fé de bautismo.

Cada sociedad se dividia en 10, 20, 50, 100, 200 ó mas acciones de pago, de á 100, 500, 1,000, 2,000, 20,000 ó mas reales, á mas de las gratuitas concedidas al denunciador ó denunciadores, al director facultativo ú otros cualesquiera á quienes se debiese particular consideracion. Y el primer paso de toda sociedad era el nombramiento de una junta directiva ó de gobierno, con sus cargos de presidente, vicepresidente, contador, tesorero, secretario y suplentes respectivos, cuya junta go-

bernaba la sociedad, si bien con la obligacion de someter sus actos á la aprobacion y sancion de la junta general de socios accionistas.

Los nombres bautismales con que se distinguia cada sociedad eran infinitos y muy variados y curiosos. Por de contado el martirologio romano se agotó para investir á cada santo de la corte celestial con el patrocinio de alguna sociedad minera; sin que se libertaran ni S. Cayetano, ni mi Padre S. Francisco, ni otros santos que habian hecho voto de pobreza para ganar el cielo, de cargar con el patronato de una sociedad que andaba en busca del oro y de la riqueza. Se apuró el Manual de Mitología, y los dioses falsos y los semi-dioses. Júpiter y las musas presidian las sociedades mineras á una con la Santísima Trinidad y las once mil vírgenes del cristianismo. Se puso en contribucion de nombres á la teología, á la astronomía y á la zoología. Se echó mano de los adjetivos mas rimbombantes del vocabulario de la lengua; y no bastando todo esto, se apeló á los nombres propios de personas, no dejando en paz á Fr. Gerundio y Tirabeque, con cuyo nombre se bautizó una sociedad en Cartagena, haciéndonos espontáneamente accionistas de ella á amo y lego, sin duda por derecho de nomenclatura, aunque hoy es el dia que ni Tirabeque ni mi reverendísima persona sabemos si estamos en metales ó hemos resultado estériles, si bien el silencio hace presumir

que los que en nosotros buscaban riquezas, se hayan encontrado con dos pobres mendicantes.

Los nombres de las minas eran los mas consolatorios y del mejor agüero. La Rica, la Poderosa, la Abundante, la Dicha, la Felicidad, la Inagotable, la Argentina, la Afortunada, la Suerte, la Envidiada, la Prosperidad, la Superior, la Venturosa, la Positiva, la Incomparable, la Primorosa, la Perla, la Pujante, la Afamada, la Sin-igual, la Infalible, la Risueña, la Buenaventura, la Deseada, la Amaltea, la Bendicion de Dios, la Bocaqué-quieres, el Hallazgo, el Tesoro, el Nuevo-Potosí, Dí con ella, Gracias á Dios, y otros semejantes y no menos significativos nombres.

Así las cosas, llegó á Madrid *D. Frutos de las Minas*, electo diputado á cortes por su provincia. La coincidencia de su nombre patronímico con el espíritu minero que entoces reinaba en España y en Madrid, le persuadió fácilmente que su horóscopo debia ser enriquecerse con las minas, y dedujo que algun ángel ó profeta habia inspirado á sus padrinos de pila el nombre que le habian de poner, y que tan de molde cuadraba con el apellido, al tiempo que tan en consonancia andaba el apellido con la época. Halagábale tanto mas este pronóstico, cuanto que para venir á hacer la vida de diputado y darse el trato y tono correspondientes á un padre de la patria, habia reunido todos los recursillos de su escasísimo patrimonio, y

los mas escasos que le producia su profesion de abogado, no tanto porque él no buscara pleitos, como porque los pleiteantes no le buscaban á él.

No tardó D. Frutos en ver satisfechos en parte sus deseos, pues al poco tiempo de estar en la corte, se halló ya accionista de varias minas y miembro de varias sociedades, cuyas adquisiciones hizo, parte buscándolas con solicitud y empeño, parte viniéndosele á la mano como llovidas y brindándole con ellas los amigos. A lo que se agregó la siguiente carta de un pariente que tenia empleado en Córdoba, con que se vió un dia agradablemente sorprendido.

"Querido Frutos: habiendo visto por los periódicos que te hallas en esa desempeñando el honroso cargo de diputado, faltaria á mi deber si no manifestara la satisfaccion que me cabe de que la provincia haya hecho justicia á tus talentos y servicios patrióticos.

"Deseando darte una prueba de mi particular aprecio, te he hecho inscribir socio de la compañía minera *El Sol* que se ha establecido en ésta bajo los mas *brillantes* auspicios, cediéndote una de las dos acciones que en ella llevo. La mina se titula *Felicidad*, y está ya en metales; consta de cuatro pozos llamados *El apetecido*, *La buena dicha*, *Generoso y S. Pedro Alcántara*. El mineral dá un 75 por 100 de alcohol y un 17 y ½ de plata. Por el conductor Pedro Estevez, que sale de ésta

el lunes, te envio unas muestras para que veas que esto es cosa positiva. Lo ha reconocido el inspector del distrito, y lo ha calificado de mineral de primera. La mina presenta un filon de mas de media vara que va aumentando en potencia. No se encuentra quien enajene una accion ni por un ojo de la cara. Espero que no pasarán dos meses sin que sus productos empiecen á llenar nuestras gabetas, y á sonar en nuestros bolsillos. Me parece que no puedo hacer mas por tí que partir contigo mi *Felicidad.*

"Tengo una solicitud en secretaría, pretendiendo, ó bien una contaduría de rentas de primera clase, ó bien una intendencia de segunda. Y suponiendo que como diputado estarás en buenas relaciones de amistad y tendrás favor y confianza con el ministro, espero que no le dejarás de la mano hasta que dicha solicitud tenga el éxito que se desea en alguna de sus partes, que me alegraria mas fuese la segunda, y si pudiese ser en Málaga ó Cádiz, mejor, porque allí los intendentes siempre tienen algun *pre-mánibus.* En fin, lo dejo á tu cuidado y confio en tu influencia y actividad.

"Con esta ocasion tiene el gusto de repetirse tuyo afectísimo amigo y pariente.—*Mariano de la Esperanza.*"

Esta carta llenó de contento á D. Frutos, al cual parecia empeñada en sonreirle la fortuna por to-

dos lados, pues hubo accion que logró por cien pesos, cuando le aseguraban que en el pais se andaban solicitando á quinientos pesos el cuarto, en razon á haberse descubierto una galería antigua, no se sabe si del tiempo de los romanos ó de los cartagineses, ó acaso de los fenicios, y que se duda si será de la que habla Strabon en el libro segundo, ó á las que se hace referencia en el primer libro de los Macabeos. Pero él ha tenido la suerte de tropezar con uno que se deshacia de ella por una necesidad del momento. Y de estas tuvo una porcion de casualidades y chiripas, hasta compadecer muchas veces á tantos infelices como se presentaban á trasferirle por un pedazo de pan el derecho á una riqueza y á unas obvenciones tan pingües y tan bonitas como las de las minas, atribuyéndolo todo á su signo, fundado en la analogía misteriosa de su nombre con el reino mineral.

CAPITULO II.

Primera junta minera á que asistio D. Frutos.

Al poco tiempo recibió D. Frutos el primer oficio de citacion del presidente de la sociedad *San*

Pascual Bailon para la junta general que habia de celebrarse en el salon de la calle de la Paz el domingo inmediato, y el lector supondrá bien que D. Frutos no haria falta ni llegaria el postrero.

Los socios iban tomando plaza en el órden que concurrian. El presidente y secretario ocupaban los dos frentes de la mesa: sobre ésta se veia el libro de actas, los documentos relativos á la sociedad, y varias muestras de mineral, unas al descubierto y otras envueltas en papeles. Al pié de la mesa un gran cajon que contenia unos enormes pedruscos de cuarzo con gruesas vetas de plomo. Los ojos de los concurrentes se clavan en los pedruscos y terrones: el presidente nota aquella impaciencia escrutadora y dice: "Señores, en tanto que concurre el número suficiente de socios para constituir junta, pueden VV. acercarse á examinar los ejemplares que nos han sido remitidos por el socio administrador."

Todos se levantan, y el primero D. Frutos; cada cual echa mano al trozo que puede agarrar: cada cual se apresura á desenvolver un papel: arrebátanselo unos á otros de las manos: fórmanse corrillos, las órbitas de los ojos se achican, las bocas se sonrien, el uno esclama: "esto es esquisito," el otro dice: "si hay mucho de esto, tenemos una verdadera riqueza:" el otro saca una navajita, y hace sus cortaduras en la veta; el otro escarba con la uña, y por las venas de D. Frutos

corre un filon de placer que ahonda hasta las entrañas.

Las miradas de todos se convierten luego hácia el peñasco del cajon. El socio mas robusto le saca, pero no puede sostenerle sin la ayuda de otro consocio, á la cual se prestan todos á porfia alargando simultáneamente los brazos. "¡Oh qué prodigio!" esclaman á tres voces. "Y aquí hay plata," observa un medio accionista, sintiendo en aquellos momentos no tener á lo menos seis enteras. "Y acaso alguna cosa mejor," añade el presidente con cierto misterio.

—"Señor presidente, dice el secretario, creo que se puede abrir la sesion, porque veo ya mas de la mitad de los socios: ademas que el Sr. Gutierrez representa las dos acciones del Sr. Andrade, que está ausente: el Sr. Rubio ha presentado el poder de Dª Nicolasa Contreras: D. Juan Albuerne, ademas de su accion, representa las de su señora y sus dos hijas; y D. Frutos de las Minas representa tambien la de Dª Magdalena Rico: que con los demas señores presentes componen 47 acciones, cerca de las tres cuartas partes del total."

El presidente toca la campanilla y declara abierta la sesion. Se lee el acta de la anterior, y despues de algunas ligeras observaciones queda aprobada.

—*El Presidente.*—Señores, se va á dar cuenta

del informe que la junta de gobierno ha recibido del director facultativo sobre el estado de las pertenencias de la sociedad. El secretario lee.

Informe del director encargado de los trabajos de esplotacion de las minas de la sociedad titulada *S. Pascual Bailon.*

"Señores: desde que la sociedad me hizo la honra de cometerme la direccion de las obras de laboreo y beneficio de las minas de su propiedad, no he perdonado medio ni fatiga para dar á los trabajos una direccion atinada, á fin de que estas posesiones, que tan ricas prometen ser, puedan dar en su dia, que no creo muy remoto, los felices resultados que la sociedad tiene derecho á esperar, y que si no fuera tan opuesto como soy á anticipar noticias lisonjeras, diria que acaso irian mucho mas allá de sus esperanzas (los socios se dirigen unos á otros una mirada jaculatoria).

"Desde los primeros reconocimientos que practiqué conocí, señores, la falta de direccion é inteligencia con que se habian hecho los anteriores trabajos, sin que sea mi ánimo ofender al socio facultativo que los dirigiera, pues reconozco su celo y laboriosidad. Las labores consistian en grandes zanjones de entrada de escesiva latitud; galerías rectas de grandes dimensiones hechas sin arte, y en direccion á mi entender opuestas al criadero; pues debiendo éste marchar de levante á poniente, aquellas llevaban el rumbo de norte á

sur: encontré tambien falta de pozos de ventilacion, y de galerías de comunicacion y de nivel: entradas irregulares que no permitian montar tornos ni otros aparatos para la estraccion; vastas cuevas abiertas en terreno blando y esponjoso, y amenazando hundimiento: falta, en fin, de conocimientos facultativos; siendo de sentir que en tan inútiles obras se haya hecho invertir á la sociedad las crecidas sumas que le han costado (un sentimiento uniforme de indignacion se ve en los semblantes de los socios).

"El estado actual de las minas, signos que las acompañan, calidad de sus metales, y labores que en ella se han hecho en el tiempo que están bajo mi direccion, aparecerá del adjunto estado que someto á la aprobacion de la junta y es como sigue:

"Mina de cobre titulada *Niño Jesus*.—Esta posesion consta de cuatro pertenencias designadas con los nombres de *Caballo de Troya*, *Mil y una noches*, *Lázaro resucitado* y *Pluton y Proserpina*.

Linda al E. con la rica mina *Te-encontré* de la sociedad *El Padre Eterno*, que tantas riquezas está suministrando á sus afortunados poseedores, aunque espero que el *Niño Jesus* ha de ser aun mas poderoso en su dia que el *Padre Eterno*, porque el filon de éste que va creciendo en potencia tengo fundados motivos para creer que pasará por medio de *Lázaro resucitado*. Este pozo tiene 75 varas de profundidad, con dos lumbreras ati-

vadas á sus estremos opuestos. El mineral estraido es un óxido de cobre natural, mezclado con el cobre nativo y verde de montaña, que á pesar de haberse fundido en hornillo abierto por entre el carbon ha dado al respecto de un 45 por ciento.

Mina de plomo titulada *La bendicion de Dios.* En la galería principal de esta mina á las 92 varas se encontró una capa de cuarcita de mas de media vara de espesor con algunas eflorescencias: al cabo de otras tres varas se hallaron algunas vetitas de galena beneficiable, acompañadas de rica ganga, cuyas vetas, aunque delgadas, van engruesando y llevan el mineral perfectamente pronunciado. Dicha veta ó filoncito se esplotará luego por una galería de recorte, pero aun no puede atravesarse aquella, porque es preciso contar con su inclinacion y la profundidad relativa, pues nos hayamos en su yacente. De esta mina son los ejemplares que han dado hasta ahora entre 70 y 80 por ciento de plomo, y entre 7 y 11 de plata. De esta mina se han estraido sobre 500 varas cúbicas de escombros, viéndose en todos ellos eflorescencias.

Mina titulada *la Bienaventuranza.* Esta mina tiene una galería principal de investigacion de 115 varas lineales inclusa su entrada; un ramal interior que se dirige de norte á oeste; otro que parte del anterior á sudeste; una zanja esploratoria á cielo abierto á la izquierda de la galería prin-

cipal, y varias calicatas y pozos al nordeste y sudeste. Al final de la primera hemos tropezado con una roca cuarcitosa de estraordinaria dureza, que se romperá á barreno, porque tengo antecedentes para creer que detras de ella está el gran criadero que tanto buscaron los antiguos, y que ha de hacer verdaderamente *bienaventurada* á la sociedad en pocos meses, pues la mina es riquísima. Mas para esto son necesarias algunas obras, como la de entibacion en el ramal paralelo á la galería principal y otras que costarán algunos desembolsos.

Mina titulada *Rinoceronte*, con su agregada las *Siete Cabrillas*. De los cuatro registros que se han hecho en esta concesion, dos de ellos indican ser una de las pertenencias mas ricas de la sociedad. En el primero, denominado *El soberbio*, se ha perseguido un filon, primero en su echado hasta unas 20 varas, y luego en su rumbo, el cual va enriqueciendo á medida que crece á su izquierda una ancha faja de arenisca. Si este filon, que califico de barita, no se pierde como espero, es incalculable la riqueza que producirá. El segundo llamado *Azúcar* y *Canela*, y cuyo mineral por las señales que presenta no debe ser ni menos abundante ni menos rico que el mejor del barranco Jaroso, y que el tan ponderado del *Cármen*, tengo el sentimiento de anunciar á la junta que habrá que sostener un pleito sobre él con *los siete*

Infantes de Lara, ó sea la sociedad minera de este nombre, que quiere posesionarse de un denuncio hecho dentro de la línea de nuestra demarcacion.

—No digo contra *los siete Infantes de Lara*, esclamó D. Frutos, interrumpiendo la lectura del informe, sino contra todos los infantes y aun reyes de Castilla y del mundo, sabrá la sociedad sostener sus derechos ante todos los tribunales de la tierra, y si la sociedad necesita un abogado que la defienda con sus cortas luces, aquí estoy yo que lo haré con la mejor voluntad y gratuitamente....

Todos.—Muy bien, muy bien: que se nombre á D. Frutos abogado defensor y consultor de la sociedad.

El presidente.—Al órden, señores. El generoso ofrecimiento del Sr. D. Frutos es muy digno de elogio, y la sociedad le acoge con gratitud; pero yo no puedo permitir que se interrumpa el órden de la discusion, y nadie como el Sr. D. Frutos que es diputado á cortes debe hacerse cargo de esta necesidad.

D. Frutos.—Señor presidente, yo ignoraba que en las juntas de minas se siguiese el mismo órden de discusion que en las cortes.

El presidente.—Exactamente igual y sin desviarnos un ápice. Ahora el señor secretario acabará de leer el informe.

Continúa el secretario la lectura del informe sobre los pozos *Nuevo Mundo*, *santa Melitina*, *Cancervero*, *Cristo del Perdon*, *Doy para todos*, *El brujo*, *Suerte loca*, y otros; con todo aquello de galerías rectas y trasversales, frontones y testeros, ramales y recodos, horizontales y perpendiculares, vetas, crestones, cintas y bolsas, tierra arcillosa y arenisca, jaboncillo, cuarzo, pintas, eflorescencias, capas, gangas, pizarras y galenas, sulfatos, óxidos, álcalis y sales, tornos, cilindros, poleas, entibaciones y muros de sosten, con lo demas de "espero, me prometo y confio;" y termina el informe diciendo:

"Concluyo, señores, con advertir á la junta que para ejecutar las obras que llevo indicadas, y que son todas de indispensable necesidad, será menester que la sociedad haga el sacrificio de un pequeño desembolso, que no podrá bajar por ahora de tres á cuatro mil duros, con arreglo al presupuesto detallado que separadamente envio. Es cuanto por hoy puedo comunicar á la junta &c. —El director encargado.—*Pedro Largo.*"

El presidente.—Señores, la junta acaba de oir el informe del director encargado de nuestras minas, que no puede ser mas satisfactorio. Los ejemplares del mineral están ahí, debiendo poner en conocimiento de la junta, que de ellos se han hecho varios ensayos, todos con el mejor éxito. En la direccion de minas se ha fundido un trozo co-

mo de dos libras, y hecha la copelacion ha resultado contener veinte onzas de alcohol rico y un granito de plata del tamaño de un garbanzo, que es el que está ahí á la vista. Se ha hecho otro ensayo en el horno de fundicion de la plazuela de Afligidos, y ha dado un 85 de plomo y un 9 de plata. Ademas, el señor secretario, valiéndose de su amistad con el farmacéutico D. Lino Costilla, ha logrado hacer otro ensayo en pequeño en los hornillos de éste, y ejecutado á su presencia ha dado un 70 de plomo y una lentejuela de plata bastante gruesa.—(El secretario.—*Aquí está.*—Y la enseña en la palma de la mano.)

El Sr. Berdonces.—Señores, aquí lo que nos conviene es saber la verdad, y yo debo decir que he hecho tambien un ensayo en el horno de un amigo, aficionado y muy inteligente, que es tambien socio de la compañía *los santos Inocentes* y de la *Afortunada*, y escasamente ha dado un 25 de plomo y nada de plata. Y á esto me atengo, porque aquí no ha habido fraude, que se ha hecho la operacion á mi vista desde el principio hasta el fin.

El Presidente.—Sr. Berdonces, eso es decir que en los ensayos que yo he hecho practicar podrá haber habido fraude, lo cual es ofensivo á la direccion y á las personas que hemos asistido á ellos, y sepa el Sr. Berdonces que si él busca la verdad y tiene interes por la prosperidad de la empresa, los demas....

El Sr. Neira interrumpiendo:—Señores, yo no estoy por las fundiciones en pequeño, porque nunca se puede saber el verdadero resultado. Yo propongo á la junta que se haga un ensayo en grande de 40, ó 50, ó 100 arrobas, y de esta manera podremos saber á qué atenernos: lo demas es quedar siempre en las mismas dudas (el Sr. Berdones por lo bajo: "eso no lo quiere la junta directiva, porque no le tiene cuenta)."

El Sr. Sarmiento.—Señores, llamo la atencion de la junta sobre el informe del director encargado, que si es ó no facultativo y no un mero aficionado, se podria disputar. Pero no me meto ahora en eso, ni si se portó bien ó mal con la sociedad *Jesus María y José*, que le tuvo á su frente y luego le separó por causas que, aunque se susurren mucho, yo no las creo. Lo que digo es que el Sr. *Largo* no parece corto para pedir con pretesto de hacer obras. Las obras yo no dudo que serán muy útiles; pero señores, ¿está la sociedad hoy para hacer estos gastos? Dice que las obras anteriores estaban hechas sin arte; señores, yo lo que veo es, que cuando estaba el otro capataz se sacaba mineral en abundancia, y que habia ya 500 ó mas quintales fuera de minas: ahora no se nos habla mas que de muchas obras y de muchas esperanzas; y pregunto yo: esos 500 quintales de mineral, ¿qué se han hecho? ¿existen ó no existen? Si existen, ¿por qué no se enajenan, y sus produc-

tos no se invierten en las obras, ó bien en ahorrarnos de pagar algunos dividendos? Debo ademas comunicar á la junta, que acaba de llegar un amigo de toda mi confianza, el cual ha visitado nuestras minas, ha entrado en ellas, las ha reconocido, y viene, señores, asombrado de la riqueza que allí hay, y dice y asegura que especialmente en dos de ellas (todas dice que son buenas), pero que especialmente en dos, el *Rinoceronte* y *Niño Jesus*, no hay otra cosa que hacer sino sacar mineral, que se encuentra puro no solo en el filon sino en todas las paredes de la mina, y á esto es á lo que me atengo y no á los informes de facultativos, que todos se reducen á hablar de señales y á emplear voces técnicas, y lo que aquí queremos no son términos retumbantes, sino mineral positivo.

Muchas voces: "¡Bien, bien!"—*D. Frutos* pide la palabra y dice: "Señores, veo con mucha complacencia que la discusion lleva el mismo giro que la de las cortes, y esto para mí es la mas segura prenda de la riqueza futura que espera á la sociedad, aunque otros datos igualmente satisfactorios no arrojara, como afortunadamente los arroja, la discusion misma. He oido, señores, el informe de nuestro director facultativo; he oido los resultados de los distintos ensayos que de las muestras de nuestro mineral se han hecho; he oido á los diferentes señores que me han precedido en el uso

de la palabra, y principalmente al señor preopinante. De todo ello se desprende, señores, una verdad, un hecho, pero hecho importante, grave, satisfactorio, que nos debe servir de base para nuestras deliberaciones; á saber, que en nuestras posesiones tenemos una verdadera riqueza. (Bien, bien).

"Veo que hay quien dude de la inteligencia del actual director, y de la necesidad de las obras que propone; que se habla de grandes existencias de mineral que habia; y que no aparece haberse aumentado ni se mencionan en el informe; que la calidad del mineral no está aun bien averiguada; que en medio de la riqueza que poseemos no se tocan los resultados que habia derecho á esperar; que el tiempo pasa y los dividendos corren. Señores, esto para mí es hasta cierto punto incomprensible, y es menester indagar de una vez la verdad: verdad y dinero, señores, es lo que hay que buscar aquí, no palabras ni frases sonoras (muchos aplausos). Para conseguirlo, me atrevo á proponer á la junta uno de dos medios: ó enviar un ingeniero de cuenta de la sociedad, para que reconociendo las minas....

Una voz.—Eso ya se ha hecho, y despues de costarle á la sociedad buenos desembolsos, nos quedamos sin saber si las minas eran buenas ó malas.

Otra voz.—Los informes de los ingenieros son

como las respuestas de los oráculos, que hacen á todo y no dicen nada.

Otra voz.—Es que no quieren comprometerse.

El Presidente.—Al órden, señores, está en el uso de la palabra el Sr. D. Frutos.

D. Frutos continuando.—Tanto mejor, señores, para venir al segundo medio, que me parece el mas eficaz. Este se reduce á que se nombre una comision de visita del seno de la sociedad, que se persone en el terreno de las minas, las reconozca, recoja muestras del mineral de todas clases, presencie los ensayos y copelaciones, tome cuentas al administrador, le reemplace si necesario fuese, haga pesar las existencias, obligue á dar cuenta á la sociedad del mineral que se estrae cada semana, oiga las proposiciones de compra que se hagan, y en fin arregle aquello, y dé resultados positivos y metálicos á la empresa.

Todos.—Aprobado: que se nombre la comision como lo propone D. Frutos, y que emprenda el viaje cuanto antes.

El Presidente.—Una vez que la junta acuerda que se nombre la comision, VV. propondrán los individuos que la hayan de componer.

Muchas voces.—El Sr. D. Frutos de las Minas debe ser el primero.

Todos.—¿Quién mejor que D. Frutos? Se nombra á D. Frutos por aclamacion.

D. Frutos.—Señores, doy gracias á la junta por

la confianza que me acaba de dispensar, y estoy dispuesto á hacer cualquier sacrificio en obsequio de la empresa. Yo confieso que no soy inteligente en mineralogia, pero creo que el buen celo y la simple vista, junto con una mediana razon natural, bastan para conocer si allí hay metales, y si se presentan con abundancia ó no.

Una voz.—¿Qué duda tiene? La simple vista.

Otra voz por lo bajo.—¿Y la ventaja de ser abogado y diputado á cortes? Mejor nombramiento no se podia hacer.

El Presidente.—Debiendo componerse la comision á lo menos de tres individuos, falta nombrar los dos que han de acompañar al Sr. D. Frutos.

Voces por lo bajo.—Nombrar á Sarmiento, que es el que mas ha hablado contra el director.

Muchas voces.—El Sr. Sarmiento, el Sr. Sarmiento.

El Presidente.—Bien, señores, irá el Sr. Sarmiento, y si á VV. les parece, el tercero será el secretario. [Muchos arrugan el ceño. Se murmura un poco; y al fin se accede á que vaya el secretario].

El Presidente.—Nombrada ya la comision, se va á tratar de otros asuntos. El socio administrador remite la cuenta mensual [*voces:* que pase á contaduría, y á la comision de revision de cuentas]. El mismo oficia pidiendo que se le envien tres mil reales, pues la semana última no ha po-

dido pagar los jornales de los obreros. En otro oficio dice, que habiendo servido ya dos años gratis á la sociedad y siguiéndosele muchos perjuicios, no puede continuar desempeñando la administracion si no se le señala un sueldo. En otro insiste en la necesidad de que se construya una casita al pié de algunas de las minas, que sirva para guardar las herramientas, para que puedan quedarse á dormir en ella algunos trabajadores, y aun para ir almacenando el mineral, que de otro modo está espuesto á ser robado como ya ha sucedido. Y en otro oficio propone á la sociedad que se compre una pollina, pues teniendo que usarla para ir de una pertenencia á otra, y costando una peseta cada dia, y aun así á veces no se encuentra, le es á la sociedad mas ventajoso tener pollina propia que pagar este sueldo diario. La junta determinará sobre todos estos particulares lo que crea mas conveniente."

Muchos piden á un tiempo la palabra, pero el presidente la concede el primero al Sr. Manzano que la pidió con alguna anticipacion, y dice

El Sr. Manzano.—Señores, he pedido la palabra para hablar sobre la burra (risas prolongadas: *una voz:* "apeése V.") Señores, no hay que reirse; la sociedad, como dice muy bien el administrador, se está gravando con una peseta diaria de pollina que podemos economizar, ó á lo menos hacer que no nos cueste tan cara, porque yo sé lo

que cuesta el pienso en aquel pais, que es una friolera, y comprando la sociedad una pollina, que quiero que le cueste 10 á 12....

Una voz.—Buena será ella.

El Sr. Manzano.—¿Que buena será ella? Eso le vino á costar á la sociedad *Vellocino de oro*, y la pollina hace perfectamente su deber.

El Sr. Alonso.—Pido la palabra para una alusion personal (risas). Señores, yo soy de la sociedad *Vellocino de oro*, y fuí el encargado de comprar la pollina, debiendo decir en obsequio de la verdad que me costó 15 duros, y creí haber logrado una ganga.

Voces.—Que quede lo de la pollina á cargo de la junta directiva.

D. Frutos de las Minas.—Señores, una vez que está nombrada una comision de visita, soy de dictámen que sea ella la que arregle, con presencia de datos, el asunto de la burra.

Todos.—Tiene razon D. Frutos; que lo arregle la comision.

El presidente.—Señores, es menester ver lo que se determina sobre la casita y sobre sueldo al administrador.

El Sr. Rivero.—Lo de la casita lo encuentro muy justo: á lo de dar sueldo al administrador me opongo hasta que la empresa esté en utilidades.

Una voz.—Que sirva de balde si quiere, y si no que lo deje, que no faltará quien lo haga.

El secretario.—Señores ¿no ha de ir la comision?

Todos.—Dice bien; que vaya la comision y proponga sobre todos estos particulares.

La generalidad de los socios cree terminada la sesion y se levantan. Los mas se dirigen á D. Frutos, y el uno le dice: "Sr. D. Frutos, ajústeme V. bien la cuenta á aquella gente, que es una picardía lo que está pasando: si las minas hubieran estado bien dirigidas, hace un año que debiamos estar en productos."—El otro: "nada, nada, firme con el director; y si V. ve que no entra por el camino derecho, fuera con él; cuantos menos facultativos haya, mejor."—El otro: "no tengas cuidado, que en buenas manos está el pandero."—El otro al oido: "No se fie V. del secretario, que está de acuerdo con el administrador."—El otro: á la otra oreja: "Todos estos de la junta directiva están á su negocio nada mas: para otra junta es menester mudarlos todos."—El otro: "Sr. D. Frutos, cuanto antes emprendan VV. su viaje, mejor; ahora sabremos de cierto lo que es aquello."

Y como den muestras de irse saliendo, el presidente agita la campanilla, y esforzando cuanto puede la voz "señores, dice, hagan VV. el favor de sentarse un momento, que aun no se ha concluido.

Voces.—Que arregle la comision lo que falte, sea lo que sea.

El presidente.—Esto no lo puede hacer la co-

mision, porque es cosa del momento. Hagan VV. el favor de sentarse. (Se sientan.)

"Señores, el administrador pide 3,000 reales, y esto no admite dilacion, sopena de mandar cesar los trabajos. Ademas al boticario Costilla no se le ha satisfecho nada por su ensayo, porque el señor tesorero no tenia en caja un maravedí, aunque esto es cosa de una onza (*una voz*—"por media lo ha hecho el boticario Bermudez para la sociedad de la *Confianza*"). Y tampoco se ha acordado el honorario que se ha de señalar á los señores de la comision.

El Sr. Neira.—En cuanto al honorario de los señores de la comision, opino que le señale la junta directiva al respecto de lo que se acostumbra en otras sociedades en iguales casos.

El presidente.—De todos modos, señores, la junta directiva que habia previsto este caso, propone que se hagan dos dividendos estraordinarios, que podrán ser de 160 reales por accion cada uno, ó sea un solo dividendo de á 320 por accion (los socios arrugan las cejas y callan).

El tesorero.—Señores, ¿y qué hago yo con seis recibos que no puedo cobrar?

El Sr. García Sanchez.—Pido que se cumpla con los morosos el art. 5.º del reglamento.

El Sr. Alonso.—Que se lea el artículo del reglamento (el secretario lee).

Los socios van tomando los sombreros. El pre-

sidente pregunta en alta voz, "señores, ¿se acuerdan los dos repartos estraordinarios que propone la junta directiva? Los socios se encogen de hombros, y unos de palabra y otros con un gesto responden: ¡qué se ha de hacer! Y se despiden en tumulto.

El presidente.—Señores, suplico á VV., dos minutos nada mas. VV. saben que hay incoada una competencia con *los siete Infantes de Lara* sobre una de nuestras posesiones: ¿qué se hace en este asunto?

Muchas voces.—De eso se encargará la junta directiva con el abogado consultor.

El Sr. Alonso.—Y el señor presidente, que conoce á uno de los vocales de la direccion de minas, se encargará de hablarle: yo tambien conozco al secretario y no tengo inconveniente en que le hablemos juntos.

Todos.—Corriente, confiamos en VV."

Y antes que el presidente declare cerrada la sesion, los socios van desfilando, y desaparecen. Marchan por la calle divididos en grupos y fracciones de tres y cuatro, en una de las cuales se van haciendo malos juicios del director, en otra se corta al administrador un sayo completo, en otra se ajusta una bata al secretario, en otra se murmura del presidente, y en otra se pone de vuelta y media á toda la junta directiva, pues todos y cada uno son causa de que la empresa no

sea ya á la hora de esta poderosa, porque las minas no pueden ser mejores segun informes contestes de todos los que las han visto, y en otras manos no sabriamos ya donde echar el dinero. Y así concluyó la sesion.

NAPOLEON Y FERNANDO VII.

Nos lamentamos todos los dias de no tener en España un Napoleon. Esto es lo que se llama quejarse de vicio. ¿Hay nada que abunde mas en España que los Napoleones? ¡Desgraciado el que no tenga un Napoleon! El hombre que no cabia en el mundo le trae ahora cualquier miserable español metido en el bolsillo de su chaleco. ¿Podemos desear mas?

Sin otras esplicaciones supongo ya que no hay lector que desde la segunda línea de este capítulo no haya fijado su pensamiento en esas monedas francesas de cinco francos que llamamos Napoleones. ¡Hasta en esto se ha de conocer la influencia póstuma del grande hombre! Hay moneda de cinco francos de la república; hay Cárlos y hay

Luises. Sin embargo, al nombrar una de estas piezas nadie dice en España "un Cárlos, un Luis," sino siempre "un Napoleon, diez Napoleones."

Así los grandes hombres
todos los nombres borran con sus nombres.

En una ocasion, estando yo Fr. Gerundio bien tranquilo en mi celda y bien ajeno de pensar en este semi-dios del siglo que llaman dinero, sentí bullir y moverse hácia el lado del corazon una cosa que confieso me asustó al pronto, porque sospeché si el movimiento seria del corazon mismo, y me amenazaria un aneurismo, una cardialgía ó una pericarditis. Mas luego me tranquilicé, porque la trepidacion era esterior; era en el bolsillo del chaleco. Y no era solo movimiento, sino que oí clara y distintamente palabras, y palabras acaloradas.

Yo no soy hombre que traiga nunca mucho dinero en el bolsillo, ni le estaria bien á un religioso, que al fin y al cabo profesó de mendicante. Pero me acordé que llevaba un Napoleon y peso duro, cantidad nada escandalosa, y el *mínimum* que puede llevar cualquiera persona decente con destino á imprevistos del ramo de menudencias y á eventualidades de segundo y tercer órden. ¿Qué significa esto? dije para mí.

Con respecto á hablar y moverse por sí la ma-

teria bruta, cosa era que debia sorprenderme, si ya no tuviéramos los ejemplos de los árboles del sol que hablaron al rey Alejandro, del terron que conversaba con los labradores etruscos, del navío Argos que conferenciaba con Jason, y de otros infinitos inmuebles que en ocasiones hablan y se esplican mejor que mas de cuatro muebles y semovientes. "Y sea lo que quiera, dije para mí, si estas señoras monedas tienen algo que decirse, salgan al *Teatro social*, y oigámoslas todos, que á mí no hay que venirme con secretitos.

Y aplicando la mano, y llenándoles á uno y á otro la cara de dedos, los saqué resueltamente y los puse sobre la mesa.

"Ahora bien, señores mios, les dije: aquí, á mi presencia, y á la luz clara, pueden VV. departir cuanto gusten y les venga en voluntad."

Así lo hicieron, entablando los dos monarcas [el español era un Fernando VII] el siguiente curioso

DIÁLOGO.

Fernando VII.—¿Conque tú, no contento con haber invadido mis dominios en vida, te has propuesto inundar mis Estados y plagar todo mi territorio en muerte? ¿Conque no satisfecho con haberme llevado y tenido prisionero con engaños y malas artes, parece que aspiras á aprisionar cuan-

tos ejemplares llevan mi real busto y el blason de las armas españolas? Y al fin entonces invadió la España un solo Napoleon, aunque precedido y seguido de numerosas legiones y ejércitos de soldados: y ahora se ve invadida y plagada de ejércitos de Napoleones. Al fin entonces te contentaste con destronarme y desterrarme á mí solo; pero ahora se aspira á destronar y desterrar á todos mis antecesores y sucesores. ¿Se puede saber quién es el rey de España? ¿Napoleon, ó Cárlos IV? ¿José I, ó Fernando VII? Luis Felipe, ó Isabel II?

Napoleon.—Estos últimos son los que te debieran responder, que no yo. Porque en su tiempo es cuando esto pasa y sucede. Y si bien yo no puedo negar que circulo profusamente por España, aun circulan más mis sucesores, cargando sobre mi nombre una responsabilidad que no tengo.

Fernando VII.—¿Si circulan? Como que no va corriendo ya otra moneda: como que se va haciendo raro encontrar un peso duro en España: como que á juzgar por el numerario que corre se dudaria si éramos franceses ó españoles, y aun se deberia pensar lo primero. Y cuando un pais apenas puede reconocer á su rey por la moneda, ¿qué prueba esto sino que aquel pais está influido, dominado y aun esquilmado por otro?

Napoleon.—Repito que estas deben ser cuentas de mi sucesor Luis Felipe y de tu hija é inmedia-

ta sucesora. Mi reinado ya pasó, y lo que no ha sido en mi año no puede ser en mi daño. Pero sí, que en mi daño es, y no poco; y estas son quejas que yo á mi vez tengo que darte. Mi dignidad y mi valor se ven rebajados: yo valgo en Francia 5 francos, y aquí solo se me aprecia en 19 reales.

Fernando.—Cuestion es esa, emperador, que valiérate mas no tocar, porque es la que ha de darme la victoria.

¿Diez y nueve reales? Imposible fuera discurrir un valor monetario que peores y mas complicadas y dificiles cuentas hiciera, y que peor se prestara á la division, amén de las pérdidas que ocasiona. Los comerciantes no pueden hacer llegar una mercancía al valor de un duro, porque inmediatamente les presentan un Napoleon; no se atreven á reclamar el real, y maldicen en sus adentros el Napoleon, por mucho que respeten su nombre. El que cambia un Napoleon pierde de seguro el ochavo, y por un ochavo reniega de Napoleon y sus sucesores, porque de ochavos vive el pobre; y aunque un grano no hace granero, un grano y otro grano, y otro grano, llegan á hacer monton.

Pero no son estas pequeñeces las que hacen la justicia de mi causa. ¡Diez y nueve reales! ¡Engaño, mentira, superchería! ¿Por qué ha de valer un Napoleon diez y nueve reales? Hablo de la mone-

da, emperador, no de la persona. ¿Sabes lo que debia valer un Napoleon en buena ley? Diez y siete reales y veinte maravedís.

Napoleon.—¡Oh! yo no puedo admitir esa rebaja.

Fernando.—Pues es la rebaja exacta y legal; es la que me ha dado el ensayo del peso y el de la regla de aligacion. Yo he pesado un Luis Felipe de 5 francos y una Isabel II de 20 reales. ¿Y sabes el peso relativo de plata pura que contenian uno y otro? 530 granos y 9 décimos el duro de Isabel, y 466 y $\frac{3}{4}$ la pieza de Luis Felipe, que dá la valoracion que te he dicho.

Napoleon.—¡Oh! seria un Luis Felipe adulterado.

Fernando.—Yo no diré que los Luises no tengan alguna mácula que no tuvieran los Napoleones, pero creo sucederá lo mismo en mi España; que por desgracia las monedas nuevas no suelen ser de tan buena ley como las antiguas. Y por último, si quieres que nos pesemos los dos, no tengo inconveniente en ponerme en la balanza á tu lado. ¿Consientes en que nos pese *Fr. Gerundio?*

Napoleon.—No tengo dificultad en ello.

Entonces mi paternidad tomó una balanza, pesó cada moneda en su platillo, y halló que el peso correspondia, poco mas ó menos, al del ensayo hecho por el mismo *Fernando VII.* Oido lo cual por éste, esclamó: ¿lo ves, emperador? El

emperador de cinco francos se encogió de hombros como no hallando qué replicar. Primer triunfo que ganó Fernando VII con sus propias fuerzas sobre Napoleon.

Seguidamente el *Peso duro* continuó con arrogancia:

—¡Diferencia notable y escandalosa! Ya no hablo de la pureza de aquellos mexicanos, mis antiguos compañeros, del *Plus-Ultra* y del *Utroque-Unum*, de cada uno de los cuales se hacia un vaso entero, y que van desapareciendo como por ensalmo de la haz de su antigua metrópoli, gracias á vuestras intrusiones y al arrebañamiento que de ellos haceis; sino que yo mismo me admiro de conservarme en mi patria, y de haber salvado de la universal emigracion de mis compañeros y sucesores.

¿Y para qué nos llevan allá? Demasiado se comprende la especulacion: para ganar con nosotros un 8 por 100, y fundirnos de nuevo, y ponernos otro cuño, y volvernos á enviar convertidos en piezas de cinco francos, que es para lo mismo que estraen la plata de nuestras minas. Para volvernos llenos de mezcla y liga; sí, de mezcla y liga, emperador. ¿Qué apostamos á que no os ponen las nueve milésimas de plata y una sola milésima de cobre que les marca la ley?

Napoleon.—Yo no sé lo que hacen ahora, porque mi reinado, como te he dicho, ya pasó. Pero

no dejaré de replicar á algunas de tus razones, en las que estoy seguro de salir victorioso tambien.

Has hablado de la mala division del valor monetario que á nosotros se nos dá en España, de la complicacion para las cuentas, y de las pérdidas que en el cambio á la menuda ocasionamos. ¿Hay por ventura sistema monetario mas complicado y mas imperfecto que el de España? ¿Qué razon hay para que una peseta valga 34 cuartos, y un real 8½. ¿Hay cosa más absurda, más complicada, más enredosa y de mas impertinente contabilidad que esas columnarias de 42 cuartos y ½, que esos reales de 21 y maravedí, que esas doblillas de 21 y cuartillo, y que tantas otras monedas que con sobrada razon se llaman quebradas, y que mejor se llamarian quebradísimas? ¿Hay nada mas absurdo ni mas desarreglado? ¿Por qué no se adopta en España el sencillísimo y ventajosísimo sistema decimal que nosotros tenemos desde las leyes de 24 de Agosto de 1790, de 16 de vendimiario del año II y del 28 de thermidor del año III de la república? ¿Cuantas ventajas no reportarian el Estado, el comercio y los particulares?

Fernando.—No niego ni desconozco, emperador de á 19, las ventajas inmensas de la decimacion para los valores monetarios, aunque para adoptarla en España fuera preciso fundirme á mí de

nuevo, que no faltaria á quien le gustara un Fernando VII refundido. Ya parece que el gobierno ha nombrado una comision para que presente en las próximas cortes un proyecto de arreglo de sistema monetario: pero confio en que se quedará en proyecto, y que seguirá reinando en España Napoleon y Luis Felipe. Y contentárame con que el gobierno aplazara esta reforma, con tal que cuidara mas por ahora de conservar los pocos que quedamos, de que no se estrajese la plata de nuestras madres las minas para volvernos á inundar convertida en Napoleones que no valen lo que suenan, sino que se convirtiera aquí en pesos duros como es de justicia y de necesidad, y de que desapareciera, en fin, la plaga de Napoleones intrusos, contra la cual protesto y con todas mis fuerzas me declaro.

Calló Fernando VII: amostazóse *Napoleon;* y ya iban tomando los dos una actitud hostil, cuando yo por evitar un disgusto, dispuse que vinieran á las manos, es decir, á las manos mias, y restituyéndolos á su primitivo encierro, los hice avenirse á la fuerza y habitar juntos hasta que otra necesidad los separara. En caso de tener que soltar á uno de los dos prisioneros, soy franco, primero daria libertad á *Napoleon* que á *Fernando VII.*

JUICIO CRITICO-DRAMATICO.

Señor, no me ha dicho V. nada de la funcion de la otra noche en el Príncipe, y ya que yo no pude ir, desearia saber qué tal cosa es esa comedia nueva. (Esto no ha sido precisamente en este mes.)

—Ví dos comedias nuevas, Tirabeque. La primera gustó mucho, y así era lo natural, porque el argumento es interesante, el enredo perfectamente conducido, el desenlace ingenioso y diestramente combinado, la versificacion fácil y fluida; en ella va creciendo el interes gradualmente: abunda en situaciones cómicas, y en episodios llenos de chiste: los caracteres están perfectamente desenvueltos; los diálogos son animados, el lenguaje puro y castizo, y toda la composicion respira un fondo de moralidad no comun en los dramas de estos tiempos. El público aplaudió espontáneamente y con entusiasmo, y el autor fué llamado á la escena á recoger los merecidos lauros de su obra, y aunque su modestia parecia rehusar esta ovacion, el público lo pidió con tales instancias y tal empeño, que venciendo el autor su laudable

repugnancia, fué por último saludado con una salva universal de aplausos, y mas de dos coronas cayeron á sus piés.

La segunda fué, por decirlo así, el reverso de la medalla. El asunto es ya de por sí árido y seco: el enredo se va arrastrando con languidez: el interes decae con frecuencia, y aunque el autor parece esforzarse por reanimarlo en tal cual situacion, se trasluce la violencia y se echa de menos la inspiracion: no carece de algunos chistes, aunque la mayor parte son forzados: hay algun otro carácter natural y tal cual dibujado, pero el del protagonista está recargado de una manera que se hace inverosímil: la versificacion es desigual, y se observa en seguida de algunos versos sonoros y bien sentidos, otros flojos y desaliñados, con un lenguaje á veces de buen tono, á veces rastrero y apenas tolerable en la escena: y en cuanto á la parte de moralidad mucho se equivocaria el que pensara sacar de este drama una leccion de buenas costumbres: el público aplaudió en alguna ocasion, así como en otras mostró un marcado disgusto: el autor, sin embargo, fué llamado á las tablas; pero esta honra, que ya se dispensa á todos, no debe envanecerle, sino cuando mas alentarle en su dificil carrera: él es jóven y por lo tanto se puede esperar que sabrá corregir con el tiempo los graves defectos que se notan en sus primeras obras.

—Señor, siento no haber visto la primera comedia, y me alegro de no haber visto la segunda..... Pero ahora que recapacito, mi amo, ó mucho me engaña la memoria, ó aquella noche no hubo mas que una comedia nueva.

—Así es la verdad, Pelegrin.

—Pues entonces, ¿cómo ha podido V. ver dos?

—Ahí verás tú.

—Lo que yo veo es que si no hubo mas que una comedia como V. dice y á mí me parece, es imposible que haya V. podido ver dos, porque lo que no hay no se puede ver.

—Eres un torpe, Pelegrin. Te lo esplicaré. Efectivamente no hubo mas que una comedia nueva, pero despues he leido el juicio crítico que de ella hacen dos periódicos, y de tal manera son encontrados y opuestos que al leerlos casi duda uno si son dos comedias las que ha visto ó una sola.

—Ahora ya entiendo el acertijo, mi amo. Y eso debe consistir, si yo no soy muy lego, en que uno de esos dos periódicos será amigo del autor y el otro no.

—Consiste, Pelegrin, en que muchas veces hay mas parte de farsa en lo que se representa fuera de los teatros que en lo que se representa en los teatros mismos.

Y ahora ya entenderás tambien la siguiente descripcion que de dos paises hace un escritor ingenioso de nuestro siglo. "Existe, dice, un pais

horriblemente miserable y deshonrado. No hay en él ni comercio ni industria, y si alguna habia va decayendo de un modo espantoso. Todos los pueblos insultan y desdeñan á los habitantes de este pobre pais. Los hombres que le gobiernan son traidores, cobardes y tiranos implacables.

"Y existe otro pais, rico, feliz y respetado. El comercio y la industria florecen y prosperan en él cada dia de un modo sensible. Este pueblo es temido y respetado de los demas pueblos. Y todas estas ventajas las debe á un gobierno justo y paternal, que sabe unir la firmeza á la prudencia."

¿En cuál de estos dos paises querrias tú vivir mejor, Pelegrin?

—Señor, témome que esos dos paises no sean uno solo, al símil de la comedia; y lléveme el diablo si el primer pais no es el pais de un periódico ministerial, y el segundo el de un periódico de la oposicion.

—¡Cáspita, Tirabeque, y cómo vas conociendo el *Teatro del mundo!* Así cuando leas mañana: "El señor N. pronunció en la sesion de ayer un brillante y bien sentido discurso: jamas hemos visto al señor N. mas elocuente, mas lógico y mas feliz: las galas de la oratoria con que supo realzar la fuerza incontrastable, la solidez y profundidad de sus razonamientos, dejaron sorprendidos aun á los que ya teniamos la idea mas aventajada de sus brillantes dotes parlamentarias: sin separarse un

punto de la cuestion hirió todas las dificultades y con una lógica incisiva pulverizó las débiles razones de sus adversarios. El señor N. estuvo ayer inimitable, y se escedió á sí mismo."—Y luego leas en otra parte: "El señor N. pronunció ayer uno de aquellos discursos lánguidos y pesados que hacen dormir á los que los escuchan. Difuso, incoherente, divagó de una manera lamentable, y saliéndose con frecuencia de la cuestion dejó intactas todas las razones de sus adversarios. Nunca hemos visto á su señoría menos feliz."—Cuando leas, digo, estos dos juicios críticos....

—Señor, cuando lea esos dos juicios críticos, me acordaré de la comedia nueva.

—Y deberás acordarte tambien de lo que te canté en la primer funcion de este Teatro:

Probaros he de mil modos,
como dos y dos son cuatro,
que este mundo es un *Teatro*,
los hombres *cómicos todos.*

—De todo lo cual infiero yo, señor mi amo, que todo es farsa en este mundo.

—Y que la farsa, Pelegrin, no está tanto en el teatro del príncipe y en los demas teatros materiales, como en el *Teatro social.*

LA BUENA MUERTE DEL SIGLO.

Mira, Pelegrin [le dije un dia á mi lego]: es menester seguir en todo los adelantos del siglo y de la época, porque obrar de otro modo seria acreditarse de estravagante y hacerse el escéntrico.

—Estoy en ello, mi amo.

—Tanto mejor, Tirabeque mio. Pero es el caso, que no basta amoldarse á vivir como se vive, es decir, no basta vivir á la moda, sino que es preciso tambien morir al uso que se muere, y adoptar *in artículo mortis* los usos y costumbres y el gusto que domina *inter vivos.*

—¿Y qué pedís en esa peticion, mi amo?

—Pido, Tirabeque, que pues reconoces y confiesas la necesidad de marchar con el siglo, así en la vida como en la muerte, quisiera que fueses ya discurriendo, no precisamente para ahora, sino para mas adelante, el modo y manera de morir mas acomodado al gusto dominante en la época en que vivimos.

—Señor, confieso que no le entiendo á V. Yo moriré cuando Dios disponga y como Dios dispon-

ga, y harto haré en conformarme con su divina voluntad en todo y por todo.

—Hé ahí, Pelegrin, uno de los resabios de tu rancia y antigua educacion de convento. Verdad es que antes se esperaba á que Dios enviara la muerte, que cada cual recibia con arreglo al grado de conformidad religiosa que tuviese ó de que el mismo Dios le proveyera. Pero en esto, como en todo, el siglo ha hecho sus adelantos y progresos, y ya no es menester esperar á que Dios envie la muerte á cada hombre, sino que él mismo se la dá cuando se le antoja, ó cuando mas gana y deseo le entra de morir. Y así tienes que esto de morir por los trámites comunes y ordinarios se va haciendo ya de muy mal género, y que al contrario el suicidio se va generalizando de una manera prodigiosa, rápida y edificante, quedando al gusto del consumidor el género de muerte que se haya de dar, pues los hay mas ó menos elegantes, vistosos y sonoros, como todos los géneros de moda, y que dan mas gloria y fama póstuma al que los emplea. Hay quien prefiere la muerte de cuerda; hay quien recibe mas placer de la de pistola; hay quien encuentra mas gracia en la de arsénico; hay quien halla mas heroica la de arma blanca; y hay quien dá la preferencia á la de estrangulacion, ó á la de proyeccion, ó á la de inanicion, ó á la de inmersion, ó á la de combustion ó á la de evacuacion, ó á la de....

—Páre, páre V. ahí, mi amo, que tan demas están para mí las en *on* como las en *in*, y otras cualesquiera que hubiere; pues yo estoy decidido y resuelto á morir de mi muerte natural y á esperar á que Dios me la envie, y aun le agradeceré mucho á su divina Majestad que se acuerde de mí lo mas tarde posible, y harto haré en conformarme con la voluntad del que todo lo puede cuando llegue el caso, y no es poco; y esto porque no hay otro remedio, y porque así me lo manda la santa religion que profesamos, que si resistirlo valiera, tambien lo haria de buena gana hasta donde las fuerzas me alcanzasen, y aun lo haré como lo digo.

—Ya veo, Pelegrin, que no sabes morir al uso del siglo del progreso, y del progreso del siglo: y menester es que reconozcas que una muerte natural es una muerte prosaica y antigua, mientras el suicidio, sobre ser de un gusto mas moderno, encierra mucha mas poesía. ¿No te encanta ver en los teatros la muerte gloriosa y dulce de dos amantes, que con sus suspiros y palabras entrecortadas, se anuncian mutuamente que tienen dentro de su cuerpo el tósigo que está apresurando los momentos de su existencia, y diciéndose mil ternezas y requiebros se preparan á bien morir abrazándose y estrechándose y jurándose eterno amor, y faltándoles el aliento y la vida caen los dos á un tiempo tendidos á la larga, y al mismo tiempo cae el

telon, y se quedan los espectadores envidiando la suerte de aquellos bienaventurados amantes?

—Señor, lo que puedo decir á V. es que yo no se la envidio, antes los compadezco de todo corazon, y quisiera quitárselo de la cabeza si pudiera, ó á lo menos que les diese tiempo para recibir los auxilios espirituales y morir como cristianos.

—Está visto, Pelegrin, que no comprendes la poesía de las muertes heroicas. En cuyo caso tampoco envidiarás la suerte de aquel que, cansado de los padecimientos y miserias de la vida, y ansioso de ponerles término y de buscar la felicidad, se arroja de una torre ó del cuarto piso de una casa, y va diciendo por el camino: "ya soy feliz."

—Señor, no diera yo el valor de una higa por la felicidad de ese pobre hombre, y tengo para mí que solo un rato de locura....

—Rapto querrás decir, que no rato.

—Sí señor, que solo un rapto de locura es lo que puede inducir á echarse á buscar la felicidad por tan malos caminos.

—Todo consiste en que tú no lo comprendes. Pues ahora figúrate tú un jóven enamorado y zeloso, y que no hallando otro medio de vengarse de su dama se propone darle un mal rato, y hacerle ver con quién se las habia. Al efecto se coloca donde sabe que ella ha de entrar no tardando,

se provee de una pistola, amartilla, dispara, se atraviesa el corazon, ó se levanta la tapa de los sesos, y cae.... entra la desdeñosa dama, se encuentra con el sangriento espectáculo, dá un grito de horror, y se desmaya....

¿Comprendes tú bien lo que en aquellos momentos gozará el celoso y desesperado amante al ver lo que padece la ingrata que á tal estremo le ha conducido?

—Señor, ¿cómo ha de gozar si está muerto?

—Quiero decir, momentos antes de ejecutar la brillante accion.

—Lo que pienso yo que consigue con eso, mi amo, es dar por el gusto al otro mancebo su rival, que de esta manera queda libre de enemigos y dueño del campo. Y de todos modos tengo para mí que debe ser una gran simpleza eso de matarse por zelos, puesto que si la doncella quiere á otro se darán la enhorabuena de no tener quien los estorbe y haga mal recado, y si le quiere á él, eso más se pierde. Y esto sin mirarlo por el lado de la religion y de lo que perderá su alma, que ésta es la mas negra.

—No sé, Pelegrin, si lo que te hace mirar los suicidios bajo ese punto de vista serán los principios de religion, ó será acaso tu pusilanimidad, que es lo que mas creo. Pero sea lo que quiera, has de saber que es uno de los progresos que va haciendo la moral del siglo. Medio año hace que

tengo la curiosidad de llevar cuenta y tomar nota de los casos de suicidio que nos anuncian los periódicos, y en estos seis meses, solo en nuestra España, han ocurrido seiscientas sesenta y tres muertes de esta clase, á las cuales habrá que agregar las que no comunican los diarios. Y por lo que hace al estranjero, no solo pienso que no es menor su número, sino que este género de muerte ha sido adoptado por muy nobles y principales caballeros, como son lores, títulos, literatos, hombres de Estado, &c. Así murieron el lord Castlereag, el caballero Yort, Sir Samuel Romilli, el baron Aquiles de M.... que no há muchos meses se arrojó de una de las torres de *Notre-Dame* de Paris, el honorable Mr. White, presidente de la cámara de los representantes de los Estados Unidos, el duque de Saint-Tavennes, par de Francia, que es caso reciente de hace quince dias, y otros muchísimos que te pudiera nombrar muy fácilmente. Lo que te probará, Pelegrin, que el suicidio es una de las escenas dramáticas que se van poniendo mas en moda entre los actores de mas categoría del gran *Teatro social.*

—Pero en cambio de eso, mi amo, tambien podria yo citarle á V. otros suicidios bien plebeyos. Porque todos los dias nos están anunciando los periódicos que en tal parte se degolló un barbero con su propia navaja; que en cuál parte se disparó el fusil un recluta al propio intento; que en

tal ciudad se colgó de una escarpia la mujer de un mozo de esquina con los cordeles de su marido; que en tal villa se tiró al rio un sastre remendon; que en otro lado se levantó el cráneo de la cabeza un oficial de zapatero; que acullá se arrojó al mar un vendedor de fósforos y librillos. Y acuérdanseme ahora dos casos de este mismo verano que acaba de pasar, y que Dios y V. me perdonen, pero confieso que me hicieron reir.

"El uno es el de aquel maestro de primeras letras de Osuna, que se arrojó en la noria de una huerta, y que dejó escrita una carta, que por Dios y por mi ánima que no era la mejor leccion para los niños de la escuela [1]. Y el otro es el de aquel ciudadano que se suicidó aquí en Madrid en la

1 La carta á que se refiere Tirabeque, y que se halló en el pretil de la noria decia así: "En este *acuoso y corto recinto* se halla *frescamente* el cadáver de D. Ildefonso Ochoa de Aldas. Há mucho tiempo tenia pensado suicidarme *por delicadeza*, omito los bastantes motivos al efecto: fuí dejando trascurrir dias por ver si podria evitar tal catástrofe, pero la herida llegó tanto á *incrementarse*, que á pesar de serme doloroso el tener que dejar de existir, *no hubo menos que para evadirme de un conjunto* (*todos de honor*) *que tan estrechamente me abrumaban*, poner en ejecucion mi pensamiento, escogiendo este sitio.—Hoy 20 de Agosto de 1845.—*Ildefonso Ochoa de Aldas.—Lo que sigue estaba escrito de lápiz.*—Tres horas estuve perplejo *en este callejoncito de la noria;* muchas fueron las reflexiones mentales, pero conociendo no podia sobrellevar mas una mujer fanática é imprudente *deliberé....*"

Diario de Sevilla de 4 de Setiembre.

calle del Calvario, y que dejó escritos un par de documentos que por vida de mi zapato sí eran muy de hombre de estado que digamos [1]. De lo que infiero yo que eso de quitarse la vida á sí

1 Los documentos verdaderamente *originales* de este ciudadano son los siguientes:

1.° "A todos los que la presente vieren, sabed: Que cansado de una existencia poco agradable, traté de abreviarla, pero como era un negocio de importancia lo pensé *con juicio* y deliberé á los 60 años; llegó el plazo, y todos los hombres cuando llega el plazo de cumplir sus compromisos encuentran algunos óbices; á mí se me presentó el óbice de los pocos bienes que poseia, y conociendo que si los delegaba no los recibiria el delegado, formé la idea y me resolví á sufrir con tal que mis pocos efectos, que valian mas de 8,000 reales, no fueran presa de vándalos escribas.

Quince dias he sido víctima de esas ideas, que ha sido el tiempo que he tardado en consumirlos. Se cumplieron mis ideas, llegó el tiempo de mi descanso: hombres ¿quereis ser libres? hablo con todos los del universo; sabed que todas las religiones están basadas bajo principios erróneos, sostenidos por esos que llaman sacerdotes, que llamo yo embusteros, embaucadores, enemigos de la humanidad, que con pretesto de la religion, los pueblos y los reyes somos juguete de sus ideas ambiciosas. Hasta el Ser Supremo es juguete de ellos; tan pronto le hacen piadoso como cruel, se enfada por cualquier cosa, y dando dinero á sus sacerdotes todo lo perdona. Bastante digo con esto: ¿quereis ser libres? enseñad la buena moral, amad las virtudes, degollad á los santones que son los padres de los vicios: valor, constancia y serenidad. A las tres y media de la tarde del 1.° de Julio de 1845.—*Francisco Neira.*

2.° *A mis caseras.* Con el mismo afecto y con la misma voluntad que me habeis dispensado, con ese mismo afecto y vo-

mismo debe de ser de gente ignorante y vulgar y falta de cacúmen.

—Al contrario, Pelegrin, lo que eso prueba....

—Perdone V. que le ataje la palabra, mi amo; porque ahora se me acuerda tambien otro caso de suicidio de un cuadrúpedo.

—¡Cómo de un cuadrúpedo!

—Sí señor, de un animal, de una mula. Acuérdome que hará cosa de mes y medio, un diario de la Habana contaba que yendo una mula uncida á un carro, al tiempo de entrar en la ciudad, sin duda cansada de los trabajos de esta vida, halló medio de desprenderse del yugo, y dirigiéndose á una zanja ó foso que allí habia, que no recuerdo bien lo que era, se arrojó denodadamente, y allí acabó sus dias al modo del maestro de la noria; con la diferencia que aquella no dejó nada escrito.

luntad he procurado solventaros, pero no por eso dejaré de manifestaros, aunque ya lo sabeis, que hace diez y seis años y mas, que vivo en el cuarto, que á los seis años estaba indecente, que lo compuse y pagué doscientos reales por ello, que he seguido habitando el cuarto. Sin incomodar en lo mas mínimo á los vecinos; y pagando siempre adelantado, y las mas veces en oro; bien, ahora debo cuatro meses; no los he querido pagar, por la razon de los doscientos reales que pagué, cantidad igual al producto de los cuatro meses, porque pagar adelantado siempre y pagar la compostura del cuarto en tanto tiempo, eso no lo canta Jorge; en tal caso primero yo."

Tiene razon, primero él.—Estos suicidios no dejan de honrar la doctrina moderna.

—Esas son chufletas, Pelegrin, y nada mas.

—Señor lea V. el Diario de la Habana, que ahí está (y me lo hizo leer).

—Pues bien, Pelegrin, prescindiendo de ese caso, los demas que has citado prueban bien el progreso que va haciendo la ilustracion, y que las buenas ideas de moral cunden ya hasta las clases mas ínfimas de la sociedad, que es en lo que está el verdadero progreso de la civilizacion y de las luces.

—Lo que eso prueba, mi amo Fr. Gerundio, es una de dos cosas; ó que hay muchos desesperados y muchos locos, ó que no va quedando pizca de religion, ó las dos cosas á un tiempo. Porque menester es no creer en Dios y en la otra vida, y ademas tener trastornado el juicio para hacer tal disparate. Y así ahórquese quien quiera, y con su pan se lo coma, que yo soy cristiano rancio, y no estoy por ofender á Dios matándome antes que él me dé su licencia, que harto le ofenderé en otras cosas.

—Bien se conoce, Pelegrin, que no has leido el tratado sobre el suicidio del doctor inglés *Donne*, titulado: "*A declaration of that paradoxe or thesis that self-homicide is not naturally sin &c.:*" en el cual se propone probar el antiguo dean de S. Pablo, que el suicidio no se opone ni á la razon, ni á la ley natural, ni á la ley divina.

—Ese señor ínglis, mi amo, podrá decir todo

lo que se le antoje; que yo apuesto á que seria él, no digo un buen dean, sino un buen perillan. Cuanto mas que los ingleses, sean ellos deanes ó sean sacristanes, no tienen voto en la materia, porque en entrándoles á ellos el esplin, eso se les dá por matarse como por beberse una botella de cerveza ó de Jerez seco, que tan abonados son para lo uno como para lo otro. Pero mátense ellos, y buen provecho les haga y de salud les sirva, y no nos vengan enseñando á nosotros malas doctrinas y comunicándonos sus esplines, pues si ellos padecen de esa enfermedad, yo estoy porque viva la gallina aunque sea con su pepita.

—Segun eso, Pelegrin, te niegas obstinadamente á prepararte á morir muerte de moda. Mira, si no te agrada ninguno de los métodos que antes te he indicado, la moderna ilustracion ha inventado otros nuevos y muy ingeniosos, porque en todo se va adelantando admirablemente. Donde hay caminos de hierro, los hombres han discurrido tenderse atravesados en el ferrocarril al tiempo que va á pasar, y cuando ya no puede detenerse el convoy, y de esta manera tienen el gusto de morir aplastados bajo las ruedas de los carruajes. En España, donde aun no los tenemos, se inventan otras maneras no menos ingeniosas y divertidas. Tal hay que enciende con mucha calma una hoguera, y cuando ve que está en sazon la pira del sacrificio, se tuesta en ella muy apacible-

mente como un S. Lorenzo. Tal que se entretiene en descabezar unas cuantas docenas de fósforos, y luego se traga todas aquellas porcioncitas reunidas como un manjar esquisito, en fin, como un manjar que le quitará en pocos momentos todas las penalidades de la vida, de cuyos dos métodos tenemos ejemplos muy recientes.

—Desengáñese V., mi amo, que aunque me dieran para morir el manjar mas dulce y mas sabroso que se pudiera decir ni pensar, de aquello de quedarme al tiempo de morir con la lengua fuera relamiéndome de gusto, ni me entraria de los dientes adentro, ni lo miraria siquiera. Lo dicho dicho, señor. Máteme Dios cuando sea su divina voluntad, y entonces tendré paciencia, y de aquí no me apea nadie.

Viendo yo Fr. Gerundio que por este lado no lograba persuadir á Tirabeque á que se fuera preparando una buena muerte al gusto del siglo, hice una especie de cambio de decoracion, y dando á la escena otro giro le dije: "Verdaderamente, " Pelegrin, que estoy asombrado de la espantosa " frecuencia con que se repiten los suicidios; y " está visto ya que el Sr. Voltaire con toda su fi- " losofia profética se equivocó de medio á medio " cuando escribió: Lo que me atrevo á decir con " seguridad es, que no hay que temer nunca que " esta manía de matarse llegue á hacerse una en- " fermedad epidémica: la naturaleza ha sido en

" esto muy sábia: la esperanza, el temor, son los
" resortes de que se vale para detener casi siem-
" pre la mano del desgraciado dispuesto á herirse."

"Digo que se equivocó de medio á medio, porque prescindiendo de los ingleses, de quienes dice con razon Montesquieu, que se suicidan sin que se pueda imaginar ninguna razon que los determine á ello, y que se matan en el seno mismo de la felicidad [1], por todas partes, inclusa nuestra España, va cundiendo rápidamente esta manía, estendiéndose á todas las clases de la sociedad, y cometiéndose con mil estravagantes circunstancias, unas veces espantosas y horribles, y otras caprichosas y ridículas.

"Yo no estraño, Pelegrin, que el hombre en ciertas situaciones de la vida se vea arrastrado á atentar contra su existencia, tal como el que sufre una larga y no interrumpida serie de padecimientos fisicos y morales, á los cuales no les divisa término ni fin, y le falta toda esperanza de alivio, tal como el que se ve deshonrado de por vida, y no se puede prometer otra cosa que el menosprecio ó el escarnio de los hombres, y otros que tengan la desgracia de encontrarse en casos semejantes. A estos tales digo lo que Madame Staël, ni los aborrezco ni los aplaudo; los compadezco solamente.

1 Espíritu de las leyes, lib. 14, cap. 12.

"Pero es el caso, Pelegrin, que no solo ya se suicidan éstos, sino muchos otros de quienes se creeria que estaban en el colmo de la felicidad, tal como el baron Aquiles de M.... que he citado, de quien aseguran que era hombre rico, jóven, independiente, casado con una mujer tambien jóven, hermosa, que le amaba entrañablemente, y que era conocida y notada por sus virtudes.

"Esto indica ya una especie de manía puesta á la moda. Y tanto es cierto, que hay muchos que hacen gala y alarde de llevar siempre consigo preparado un tósigo ó una pistola para poner término á sus dias en la primera ocasion oportuna, ó en el primer lance *de honor* que se les presente, lo cual tienen unos por rasgos de buen tono, y otros lo elevan á la esfera de lo heroico y sublime.

"Aquí hay precisamente, Tirabeque hermano, algunas causas, algunos principios erróneos que estravian la razon de los hombres de nuestro siglo, y que merecen ocupar la atencion del filósofo y del humanitario.

—Yo pienso, mi amo, que se necesita poca filosofia y poca humanidad para conocer esas causas, que no pueden ser otras que las que le he dicho á V., á saber: que hay poca religion y mucha locura.

—En cuanto á que las mismas causas conducen

á la demencia y al suicidio, ya lo dijo un escritor ilustre, y aun las señaló diciendo que eran el "resultado de una civilizacion *demasiadamente* desenvuelta," que yo llamaria mejor una civilizacion *mal entendida*. Y ya que hemos llegado á las causas de estas lastimosas escenas del *Teatro social*, en otro rato te esplicaré las que yo creo que tales dramas producen, y luego tú me dirás si las encuentras fundadas."

DE LAS CAUSAS

QUE

EN SENTIR DE FRAY GERUNDIO

Producen la frecuencia y repeticion de los suicidios.

Te ofrecí, Pelegrin, esponer las causas que en mi concepto influyen en esta calamidad social, y voy á cumplirlo.

1ª—Tengo por la primera y mas general de todas, la perturbacion de las facultades intelectuales, ó sea la enajenacion mental.

—La locura querrá V. decir, mi amo.

—Eso es, la locura, ó demencia, ó enajenacion mental que es lo mismo, que casi siempre se mezcla en esta clase de acciones, pues de otro modo no se puede comprender el que tan frecuentemente falte el hombre á *la ley natural* de la propia conservacion. Así es que hablando milord Eduard de los que se suicidan cansados de luchar en vano contra dolores y padecimientos incurables, dice que estos mismos tienen *sus facultades enajenadas por el dolor*. Los que se suicidan sin estas causas, claro es que estarán todavía mas faltos de juicio.

2.ª—La falta de fé, ó los principios erróneos en materia de religion. Porque siendo el suicidio manifiestamente contrario á *la ley divina positiva*, solo puede atentar á su propia existencia con pleno conocimiento y deliberacion y en el uso cabal de sus facultades, el que no crea en Dios ó niegue que hay otra vida ó no admita la inmortalidad del alma; en una palabra, el materialista é incrédulo.

—Señor, de eso hay mucho ahora, que creen más de cuatro que el hombre es ni mas ni menos que otro animal cualquiera, y que muerto el perro se acabó la rabia. Pero allá se lo dirán de misas, que por mi parte no les arriendo la ganancia, y allá lo veredes dijo Grages. Siendo lo peor del cuento, mi amo, que con pensar así estos hombres creen que se hacen á sí mismos un gran fa-

vor, sin considerar que se igualan á los perros y demas animales como llevo dicho.

3ª—La tercera causa de los suicidios, Pelegrin, es el uso inmoderado de los goces y placeres sensuales. El hombre se apresura á apurar la copa de los deleites, y cuando llega á la flor de su edad, hallando ya agotadas todas las ilusiones, empieza á cansarle la vida, se seca, se aburre, concluye por aborrecer su existencia, y deseando libertarse de un peso que le abruma, apela al remedio de los desesperados, al suicidio.

4ª—El egoismo, el amor propio llevado al estremo. Este es uno de los manantiales mas copiosos de esta clase de calamidades. Ya lo dijo tambien Madame Staël: "*l' on est égoiste en se donnant la mort.*" El egoista cree sin duda que la sociedad se ha hecho para él y no él para la sociedad, y cuando se cansa de vivir le importa un ardite al privarse de una vida que no es de él solo, y que la sociedad se vaya privando tambien de sus miembros.—¿Qué es lo que impulsa al hombre que pone fin á su existencia porque no le permiten llegar á la posesion de la persona que ama, ó satisfacer otro cualquier deseo? El egoismo nada mas. Cumpla él su gusto y amará la vida: prívesele de un antojo y se hará suicida. Lo que quiere es su placer: el mal de la sociedad, el disgusto de su propia familia no le importa. No sé que otro nombre puede darse á esto sino el de un egoismo

refinado.—¿Qué es lo que mueve al enamorado que se suicida por zelos? Su escesivo amor propio, su orgullo, el egoismo. La sola idea de otro hombre mas afortunado que él le desespera, le hace la vida insoportable. *L' on est égoiste en se donnant la mort.* Y esto mismo hallariamos por donde quiera que discurriéramos.

5.ª—El apocamiento de ánimo. Esta causa te parecerá sin duda algo estraña, Pelegrin, y sin embargo ninguna es mas cierta. Dígolo porque hay muchos que miran el suicidio como un acto de heroismo, como un rasgo de valor, de presencia de ánimo, de desprecio á la muerte. Ciertamente hay en esto algo de *bravura.* ¿Pero cuál es más heroico, cuál denota más *firmeza* de carácter, más fortaleza de espíritu, más grandeza de alma; saber arrostrar la muerte por librarse de penalidades, ó saber sufrir con corazon resignado y firme los trabajos y los padecimientos? Ya Ovidio consignó la resolucion de este problema:

"*Rebus in adversis facile est contemnere vitam:*
Fortiter ille facit qui miser esse potest."

En la adversa fortuna
cosa es bien fácil arrostrar la muerte:
pero el saber sufrir, esto es mas fuerte.

Ya lo dice tambien Madame Staël: *il fault pour*

se tuer ne pas craindre la mort: mais c'est manquer de fermeté que de ne pas savoir soufrir.

Y no estrañes, Pelegrin, que con tanta frecuencia te cite este autor, porque es uno de los que han arrojado mas luz sobre esta materia.

Conque ya ves, Tirabeque hermano, que el suicidio no nace de ninguna causa honrosa, de ninguna pasion noble, si se esceptúa el de aquellos que le cometen por no sobrevivir á su deshonra; que estos aunque sean muy dignos de lástima, lo hacen al menos llevados de un principio plausible; y el de aquellos que directa ó indirectamente se sacrifican por su religion y por su patria, ó se ofrecen en holocausto por sus semejantes, anteponiendo á su existencia el bien de la sociedad ó la salvacion de muchos, que en esto es en lo que se encuentra la verdadera heroicidad, y no en los motivos innobles ó livianos que arrastran á otros á darse la muerte.

—Señor, estoy conforme con lo que V. dice en todas sus partes, y esté V. seguro que no seré nunca yo mismo el que le prive á V. de su Tirabeque, con tal que Dios me conserve las potencias sanas y el juicio cabal y completo. Y ahora solo falta saber si contra estos cinco vicios hay algunas virtudes, porque si no las hay, al paso que se repiten las escenas se nos va á llenar el teatro de esos suicidistas que se matan á sí mismos. La dificultad que yo encuentro, mi amo, es

que al muerto ya no se le puede castigar, porque de muerto no pasa y de allí no le saca nadie.

—Sin embargo, Pelegrin, antiguamente y ahora todavía en algunos paises, los suicidas eran castigados con la confiscacion de sus bienes y con otras diferentes penas, si bien estas no recaian sobre ellos, sino sobre las desgraciadas familias que les sobrevivian. Pero hay un remedio para corregir esta calamidad social, remedio que yo preferiria á todos, y que aunque lento, téngole por el único á propósito para cortar ó prevenir el mal.

—Dígalo V., mi amo, que en ello hará V. una obra de misericordia, y Dios se la premiará, que estoy seguro que no dejará de hacerlo.

—Este remedio, Pelegrin, es el mismo que he señalado á otros males, *la educacion.* Edúquese al pueblo en los verdaderos principios de la religion; hágansele conocer las obligaciones que contrae con la sociedad; imbúyasele en las máximas de la buena moral; hágasele distinguir la verdadera de la falsa virtud, el verdadero del falso heroismo, la verdadera de la falsa felicidad; y sobre todo, enséñese á los hombres á no ser egoistas, y verás, si no desaparecer del *Teatro social,* al menos menguar notablemente la manía de los suicidios, y esas escenas horrorosas y sangrientas que estremecen y no edifican, que asustan y no producen ningun bien, y que son una verdadera plaga social.

—Así sea, mi amo, y Dios nos oiga y lo remedie, para bien y felicidad de estos pueblos y aumento de su santa gloria.

EL PLAN DE ESTUDIOS VIGENTE [1].

Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura.

ARTÍCULO I.

Un plan de estudios es un gran barómetro para conocer los grados de ilustracion á que se halla cada pueblo.

Como en el teatro de España en escaso medio siglo se han representado tanta clase de dramas

1 El participio *Vigente* se me ha quejado, á mí Fr. Gerundio, del aislamiento en que se le tiene en España de las demas partes de su verbo. Dice que derivándose del verbo latino *vigére*, subsistir, regir, estar en uso, ¿por qué se ha de decir solo *plan vigente*, *ley vigente*, y no *plan que vige*, *ley que vigía*, *reglamento que vigió?* Su queja me parece justa, y yo le he remitido á los académicos de la lengua, que regularmente no le harán maldito el caso.

y ha habido tantos cambios de decoraciones políticas, estando el teatro unas veces en completa oscuridad, otras con mas luz de la que los espectadores podian sufrir, otras con entreacto de crepúsculo como el dia, ó con eclipses totales ó parciales como la luna, ó con lúcidos intervalos como los locos, el plan de estudios no ha podido menos de sufrir las variaciones consiguientes á la índole de esta gran comedia que se ha representado, al argumento de cada jornada, y al propósito de cada actor.

En la época de 24 al 34, que ahora llamamos década del oscurantismo, porque en ella el teatro literario se quedó á buenas noches y la libertad sufrió una muerte trágica, con decoraciones de cárceles y cadenas, el Plan de estudios correspondió perfectamente al argumento de aquella larga jornada. Enseñábamos los frailes, la teología escolástica estaba en boga, se hablaba en latin y en forma silogística, el papa era sobre el concilio, no podia equivocarse ni pecar, y se cuestionaba si Copérnico habia sido un hereje. Pero habia un Plan.

Vino el año 34, y cambió completamente el aparato escénico. Se proclamó de nuevo la libertad y amaneció para las letras. Parecia natural que uno de los primeros cuidados de los autores y actores del nuevo drama fuera cambiar el Plan de estudios. Pero el cimiento de la educacion del

pueblo y la base de su porvenir fué mirado como un episodio muy subalterno y secundario. A fuerza de insinuaciones de los apuntadores, se empezó por coser un remiendo al plan que existia. Una vez adoptado el sistema de los remiendos, cada año se le ponia uno, y no todos de púrpura, como decia Horacio:

Purpureus late qui splendeat, unus et alter
assuitur panus. . . . . [1]

Tal cual remiendo se le zurce y cose
de púrpura brillante:

sino de púrpura y grana unos, de paño de Sedan otros, otros de paño de Segovia y aun de Prádanos, y hasta llevó remiendos de bayeta y de muleton, é hicieron del Plan de estudios una capa de pobre, como le llamó mi paternidad en las capilladas, ó propiamente la capa del estudiante, de la cual dice el cantar:

La capa del estudiante
parece un jardin de flores,
toda llena de remiendos
de diferentes colores.

Esta capa remendona no solo era el símbolo del

1 Horacio. Arte poético.

Plan de estudios, sino tambien de las reformas políticas y legislativas, que han sido un continuo coser y descoser, rasgar y remendar, sin que pueda asegurarse todavía que tal como se encuentra la capa del estudiante no haya de llevar nuevos retazos y zurcidos.

Once años largos pasaron así, hasta que en el de 1845 apareció un cambio completo de decoracion en el Teatro literario, un nuevo *Plan de estudios:* y aunque digo cambio completo, esto no obsta para que se olvidaran porcion de bastidores, bambalinas, que posteriormente han ido apareciendo por intervalos bajo el nombre de decretos supletorios y órdenes aclaratorias y adicionales: porque pensar que en el Teatro de España haya de cambiarse de una vez toda una decoracion, seria conocer muy poco la destreza mecánica de nuestros tramoyistas, á los cuales cuando no se les olvida el techo se les olvida el telon principal, si es que no hacen el edificio sin escalera como le sucedió al arquitecto de marras.

Pero, en fin, se publicó un Plan de estudios, objeto de ansias y deseos de once años del público literario, el cual no me meto en si es obra del que aparece autor, ó lo es de algunos apuntadores como quieren decir, que á ser cierto no haria sino confirmar lo que mi reverencia dijo en la funcion de apertura de este Teatro. Yo, sin embargo, le saludé con un *Hosanna*, y confieso que cuan-

do leí el prólogo galeato, el gran prólogo de este gran drama, concebí esperanzas bastante lisonjeras de su éxito, porque en la esposicion hallé entre algunas ideas malas bastantes pensamientos buenos.

Mas los preámbulos de los planes de este autor son sin duda el reverso de los preámbulos de los edictos de Luis XIV: de éstos dice Montesquieu que fueron mas insoportables á los pueblos que los edictos mismos [1]: este preámbulo es al contrario: á semejanza de las casas antiguas de los hidalgos de los pueblos, despues de una fachada magnífica, se encuentra un interior oscuro, intrincado y laberintoso.

En efecto, dejando aparte la idea de dar un *Plan* de instruccion pública, principiando por la segunda enseñanza y sin hacer mencion de la primera (no se le olvidó la escalera del edificio como al otro arquitecto; lo que se le olvidó fué hacerle la puerta de entrada), digo que aparte de este descuidillo, lo primero que le falta al plan es un curso académico para entenderle. Tal es el laberinto de *enseñanza secundaria elemental, enseñanza secundaria de ampliacion, letras y ciencias, facultades mayores, estudios superiores, estudios especiales, institutos de primera, segunda y tercera, regentes de primera y segunda, regentes-agregados;*

1 Montesq. Pensées diverses.

bachilleratos, licenciaturas y doctorados en filosofia, en letras, en ciencias, y aun se le olvidó el *bachillerato en lenguas*, que es precisamente el que mejor le cuadraba al Plan. Porque el Plan no contiene mas que la friolera de las lenguas siguientes; que no hablaban tantas los apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo cuando se dijo de ellos: "*loquebantur variis linguis.*"

Española.	Latina.	Francesa.	Inglesa.
Alemana.	Griega.	Hebrea.	Árabe.

Dígase si el escolástico que hable todas estas lenguas no mereceria bien ser *bachiller en lenguas.* Ha habido, sin embargo, en este *Plan de Pentecostés*, otra omision indisculpable. No se hace mencion de la lengua *italiana*, sin considerar el autor del *Plan* que habrá muchos que arredrados de la longitud de las carreras literarias, las dejarán para dedicarse al canto, para lo cual es indispensable conocer la lengua de Rubini: y no digo la lengua de Rubini, sino la lengua del Santo Padre, con quien se está en importantes negociaciones, y no deberá haber quedado muy contento de este descuido. Mal modo ha sido este de captarse su voluntad.

Bien que hay otro punto, del cual debe haber quedado Su Santidad menos satisfecho todavía, y que no me tiene menos incomodado á mí Fr. Ge-

rundio, que en esto estoy con el Santo Padre, y deberá estarlo todo español medianamente religioso. Este punto es el siguiente.

Se les prescribe á los niños *en el primer año de filosofia* el estudio de la *Mitología:* mientras el estudio de los *Principios de moral y religion* se deja para *el segundo.* ¿Conque es decir, que en España, en la católica y religiosa España, antes de enseñar á los niños los misterios de la religion y los deberes del cristiano, y antes que sepan quiénes fueron Moisés y David, cuándo vino Dios al mundo, cuándo murió y resucitó, qué hizo, qué nos dejó mandado, quiénes fueron y qué hicieron los apóstoles, y quién es ahora la cabeza visible de la Iglesia; tienen que saber quién fué Júpiter, cómo fué eso de comerse Saturno á sus propios hijos, qué trapisondas fueron aquellas que trajo Marte con Vénus y con Vulcano, en qué se distinguen los dioses de los semi-dioses, en qué consistieron los trabajos de Hércules, cómo fué que Castor y Polux nacieron de un huevo, por qué se pinta á á las Gracias desnudas, y hasta los amores de Píramo y Tisbe, de Jason y de Medea, y otros cualesquiera que hubiere, que no faltan en la *Mitología* muy curiosos y muy decentes y muy útiles para los niños de primer año de filosofia, antes que sepan el mejor modo de guardar los divinos?

¡Aun si les fuera necesaria la *Mitología* para

entender los autores latinos! Pero no habiendo de empezar á traducir los clásicos hasta el *cuarto año*, segun el Plan, para cuando necesiten la Mitología, ya la han olvidado.

Y esto me conduce naturalmente al estudio del latin que el plan dispone. Yo estoy por la utilidad del estudio del latin. Creo que se debe fomentar. Creo mas: creo que sin poseer regularmente la lengua latina no se puede poseer medianamente la española, como hija legítima que ésta es de aquella. Pero creo tambien que el estudio del latin como le dispone el Plan, en cinco años, y mezclado con la aritmética, y la álgebra, y la geometría, y la geografia, y la historia, y la moral, y la lógica, y la psicología, y el francés, y la fisica, y la química, y la historia natural, es el medio mas oportuno que se ha podido discurrir para que un muchacho salga tan latino como entró. El poeta Regnier dijo con otro intento:

Et ma philosophie y perd tout son latin.

Pienso que si hubiera visto el moderno Plan de estudios de España, hubiera dicho:

Et ma philosophie je perdrai et mon latin.
Y sin latin y sin filosofia
Vendrá á quedarse la cabeza mia.

Despues de los cinco años que constituyen la *segunda enseñanza elemental* viene la *segunda enseñanza de ampliacion*, que se divide en *seccion de letras y seccion de ciencias*, y abrazará las asignaturas siguientes:

LETRAS [1].

Lengua inglesa.
Lengua alemana.
Perfeccion de la lengua latina [2].
Lengua griega.
Lengua hebrea.
Lengua árabe [3].
Literatura general, y en particular la española.
Filosofia con un resúmen de su historia.
Economía política.
Derecho político y administracion.

CIENCIAS.

Matemáticas sublimes.
Química general.

1 Esto de *letras* me hace muchísima gracia. ¿Si serán *música* los demas estudios? Si al menos dijera *bellas letras*, un poquito mas se entenderia, siquiera porque así las llaman (aunque mal) en otras partes.

2 Al cabo de cinco años falta la perfeccion.

3 Si no fuera estilo bajo, diria que faltaban, lengua de carnero y lengua de vaca.

Mineralogia.
Zoología.
Botánica.
Astronomía fisica.

Yo no sé qué razon habrá tenido el autor del Plan para incorporar la Economía política, y el Derecho político y de administracion á las *letras* y divorciarlo de las *ciencias*. Por este Plan, Juan Bautista Say y Adam Smith, serian cuando más unos literatuelos, y eso si sabian lengua griega y hebrea, pero hombres de *ciencia* ni por pienso. La economía política no es mas que *letra*, no sabemos si gorda ó menuda; debe ser menuda, porque para ser económico y político es necesario saber mucha letra menuda.

Para graduarse de *Licenciado en letras* es necesario, segun el Plan, ademas del grado de *Bachiller en filosofia*, probar los estudios siguientes, hechos en dos años *por lo menos:*

Perfeccion de la lengua latina.
Lengua griega, dos cursos [1].
Lengua inglesa ó alemana.
Literatura.
Filosofia.

Para ser *Licenciado en ciencias*, el Bachillerato en filosofia, y los estudios siguientes:

Complemento de las matemáticas elementales.

1 Que no se olvide la lengua griega.

Lengua griega, primer curso [1].
Química general.
Mineralogia.
Botánica.
Zoología.

Con los estudios de *Licenciado en letras* y *Licenciado en ciencias*, se podrá *optar* al título de *Licenciado en filosofia*.

Y luego que el niño que entró á estudiar filosofia de 9 años, se encuentre con una barba que le llegue hasta el pecho, cuando puede optar al título de *Licenciado en filosofia*, ¿cuál es el porvenir de este mancebo despues de quedarse calvo á fuerza de estudiar filosofia? ¿A qué opta este mozo cargado de filosofia, de letras y de ciencias?

El Plan no lo dice. Y es que sin duda supone que no llegará este caso, porque antes reventará de una congestion cerebral filosófica. Pues si el alimento intelectual se ha de dar con arreglo á las fuerzas digestivas del entendimiento, como el alimento fisico conforme á las fuerzas digestivas del estómago, es muy de temer que la abundancia de viandas acabe con el pobre filósofo antes de verse *Licenciado*.

Hasta aquí el Título 1.º de la *seccion* 1ª del Plan. Dejemos para otro dia el 2.º y siguientes.

1 Aquí está la lengua griega. ¿A que creian VV. que se habia olvidado?

D. FRUTOS DE LAS MINAS.

HISTORIA

verídico-novelesca, político-metalúrgico-subterránea.

CAPITULO III.

Afecciones mineralógicas de D. Frutos.

Nada mas natural que el entusiasmo minero de D. Frutos creciese al paso que las empresas le iban dispensando su confianza y dándole cargos honoríficos. Y tanto era en esto afortunado, que á los dos dias de haberle nombrado *S. Pascual Bailon* de la comision de visita, celebró tambien junta general la sociedad *Once mil vírgenes*, y le hicieron presidente. Con razon, eso sí, porque habló más que ningun socio, se quejó mucho de la apatía de la anterior junta de gobierno, declamó enérgicamente sobre la necesidad de un buen sistema administrativo, y se ofreció á defender gratis los pleitos de la sociedad, á pesar del pequeño inconveniente de no haber saludado la

legislacion de minas, por cuya razon su ofrecimiento era más de agradecer.

Todas estas satisfacciones las comunicaba inmediatamente á su querida Magdalena, que era una sencilla y virtuosa jóven, á quien por concomitancia habia alcanzado tambien el furor minero, y con quien D. Frutos partia su corazon y sus acciones, con anuencia de los padres, que esperaban tener en D. Frutos un hijo político poderoso como minero, y un yerno acaso ministro como diputado.

Antes de emprender su viaje en comision le pareció muy puesto en el órden participarlo á su familia, juntamente con la causa que lo motivaba, lo cual hizo escribiendo á su madre, que era una señora viuda, la carta siguiente:

"Mi querida mamá: Hasta ahora en mis anteriores me he limitado á hablar á V. de mi posicion como diputado y de las esperanzas que ésta me ofrecia de ocupar, acaso no tardando, uno de los primeros puestos del Estado, y V. sabe ya lo que quiero decir con *uno de los primeros puestos.* Pero me he abstenido siempre de tocar otro punto algo mas lisonjero todavía, porque mi gusto hubiera sido sorprender á V. y sorprenderla de un modo.... en fin, hoy me hallo con el pié en el estribo para hacer un viaje, que me prometo será mas largo en resultados que en distancia, y no debo ya ocultar á V. lo que lo motiva.

"Benditas sean mil veces, mamá, las trampillas que se hicieron para poder salir diputado, y por bien empleados podemos dar los sacrificios pecuniarios que V. tanto lloraba, temiendo que todo fuera infructuoso. ¡Infructuoso! Ahora lo va V. á saber. El menor fruto, y no es menguado, son los gajes y consecuencias de la diputacion, que hasta dónde podrán llegar yo me lo sé, y no seria el primer abogado que á los tres meses de representante ha pasado de los bancos colorados al banco negro (ya sabe V. lo que significa la frase). Pero hay otro fruto mas positivo si cabe. Sepa V., pues, que me he hecho minero: ¡pero con qué suerte! Las acciones se me vienen á la mano, en términos que cuento más que acciones de guerra dió el mejor de nuestros generales en toda la campaña. Las minas todas son buenas; la mayor parte están ya en metáles, y las que no, ademas de las buenas señales que presentan, dá la casualidad de estar lindando con las mas famosas y en la línea misma de su filon. De casi todas ellas estariamos ya tomando dinero en abundancia si no fuera la mala administracion y la mala direccion de los trabajos; pero todo esto se remediará pronto, gracias á la intervencion con que todas las sociedades me van honrando. Las *once mil vírgenes* me han hecho su presidente: *S. Pascual Bailon* me ha nombrado de la comision de visita, que es el objeto del viaje que tengo que emprender pasado mañana: es pro-

bable que me nombren contador de *Las musas*, tesorero del *Nuevo Potosí*, secretario de *Santa Teresa;* y vocal al menos de la junta directiva de *La creacion del mundo*. La suerte se empeña en adularme ahora, y yo no he de contrariarla: cuando te dieren la vaquilla acude con la soguilla, y por ahí me las den todas.

"Diga V. á mis hermanas que cuando Dios dá no es escaso, y que sabe complacer todos los gustos. Dígolo por la manía de Cecilia, que se empeñaba siempre en que para vivir bien en Madrid era menester tener casa propia y poder gastar coche. Pues bien, esto y algo más se lo podrá ofrecer su hermano antes de mucho; y veremos si entonces se anima á venir. Y diga V. tambien á Laureana que una vez que á ella no le gusta la corte, y que su capricho seria tener en el pais una buena hacienda con casa de campo, huerta, jardines, palomares y demas, tambien se le cumplirá su gusto, que para todo han de dar las minas, Dios mediante.

"Y á propósito de esto, bueno será que vaya V. tanteando á D. Simeon para ver si querria desprenderse, pagándosela bien, de la hacienda de su tio el arzobispo, que es á lo que yo tengo echado el ojo, porque agregándole las huertas de los Duranes, quedaba la posesion mas bonita de la provincia; y V. en este caso podia pasar los inviernos en Madrid y los veranos en la casa de campo, ó

hacer lo que á V. mas le acomodara. Esto sin perjuicio de lo que yo estoy discurriendo por acá para dar á las chicas una colocacion que nos ponga en otro rango del que hasta ahora hemos tenido, porque desengáñese V., mamá, el dinero lo hace todo.

"Cuando vuelva de las minas enviaré á V. unos ejemplares de nuestra riqueza. Irá de todo, fundido y en bruto, para que vea V., que parece imposible que de lo uno salga lo otro. Se habia V. de reir si viera mi habitacion, porque la tengo ya que parece un gabinete de mineralogia.

"Dispense V. que no pueda más por hoy, porque tengo mil negocios: cariños á las chicas, y *Confianza y Seguridad*, mamá, que son los nombres de dos de las minas de su amante hijo.—Frutos."

Despues de esta carta determinó D. Frutos hacer una tierna despedida á su amada Magdalena; y como era tambien un tanto aficionado á la poesía, acordó hacérsela en verso. Concentró, pues, su imaginacion y le dedicó este romance metalúrgico sentimental.

No llores porque me ausente,
mi bien; el dolor soporta,
que la ausencia será corta,
porque es mi amor muy ardiente.

Que si el ver minas es cosa
que me causa frenesí,

¿qué importa si dejo aquí
la mina mas poderosa?

Y aunque una mina sea buena,
aunque valiera un Perú,
¿qué mejor mina que tú,
mi querida Magdalena?

¿Qué veta de plata pura,
qué filon, que criadero
para mí mas hechicero
que el filon de tu hermosura?

¿Qué son tus rubios cabellos
sino vetas de oro fino?
¿Qué es sino campo argentino
la frente que cubren ellos?

Son tus ojos dos esferas
de pura y brillante luz,
que al pozo de tu virtud
sirviendo están de lumbreras.

¿Y qué galena, qué alcohol,
qué capa de mineral
puede nunca ser igual
de tu rostro al arrebol?

Y aun las pecas agraciadas
que tu semblante salpican,
¿no son, ó no significan
eflorescencias marcadas?

¿Y tu boca? ¿No es mas bien
bocamina de coral?

¿No es de discrecion raudal,
y de gracias almacen?

¿No es tu garganta filon
de plata nativa y pura?
¿Y en tu preciosa cintura
no echó Dios su *bendicion?*

Tu corazon ¿no es tesoro?
Tu pecho ¿no es criadero?
Tus venas ¿no son venero
de cinabrio, plata y oro?

Tus galerías, tus senos,
ya rectos, ya trasversales,
¿no serán mas bien ramales
que están de riqueza llenos?

¿Y qué minero se hallara,
Magdalena, mas dichoso,
mas rico, mas poderoso,
que el que tu mina esplotara?

¿Qué vale la *Observacion*,
ni la *Esperanza* y la *Estrella?*
Y aun la del *Cármen*, ¿qué es ella,
contigo en comparacion?

¿Qué sirve el *Niño Jesus*,
ni *Pluton* y *Proserpina?*
Miseria todo, pamplina,
si se comparan con tus.....

Añade tú el consonante,
que aquí el filon de mi musa

se cortó, mas no me escusa
de repetirte constante:

"No llores porque me ausente,
mi bien; el dolor soporta,
que la ausencia será corta,
porque es mi amor muy ardiente.

"Y si el ver minas es cosa
que me causa frenesí,
¿qué importa si dejo aquí
la mina mas poderosa?

"Que aunque una mina sea buena,
aunque valiera un Perú,
¿qué mejor mina que tú,
mi querida Magdalena?

Si satisfecho quedó D. Frutos de su obra poético-mineralógica-amorosa, no lo quedó menos Magdalena de la finura y sentimientos del jóven abogado, poeta, diputado, amante y minero; el cual empleó el resto de aquel dia en hacer sus preparativos de viaje.

Mas al anochecer recibió una carta-billete del presidente del congreso que decia: "Mi amigo y compañero, en la sesion de mañana terminará y se votará la cuestion del voto de confianza para seguir cobrando los impuestos: cuestion que como V. sabe no solo lo es de vida ó muerte para el gabinete, sino tambien para el pais, y para las instituciones. Y como del giro que ha llevado la dis-

cusion aparezca problemático el resultado que pueda tener esta cuestion vital, me atrevo á recomendar á V. la asistencia, pues un solo voto puede hacer la desgracia del pais, ó abrirle una nueva era de prosperidad y de ventura. De V. &c."

D. Frutos, padre de la patria, tomó la pluma y contestó sin titubear. "Mi amigo y compañero: siento en el alma tener que decir á V. que mañana me es imposible asistir á la sesion, porque un asunto de interes personal altamente interesante me obliga á emprender un viaje, que será de pocos dias, por cuya razon no he creido necesario pedir permiso al congreso. Si pudiese V. aplazar la cuestion hasta mi regreso, me alegraré; si no, sírvase V. agregar mi voto al de la mayoría. Suyo, &c.—*Frutos de las Minas.*"

A las diez del dia siguiente partia la diligencia que habia de conducir á la comision minera de *S. Pascual Bailon.* A las nueve entró el cartero en casa de D. Frutos con la correspondencia, la cual, entre 20 solicitudes que le dirigian los amigos que le habian dado su sufragio en las elecciones, traia una carta de su hermana Cecilia, en que le comunicaba que su madre se hallaba bastante indispuesta, presentando la enfermedad algunos síntomas alarmantes: que en su afliccion y padecimiento suspiraba sin cesar por su hijo, y que por lo tanto le rogaba encarecidamente que tan pron-

to como recibiera la carta se apresurara á ponerse en camino y á venir á ofrecerle sus consuelos.

El tierno D. Frutos, con las lágrimas en los ojos, tomó la pluma y le dijo á su hermana: "Mi querida Cecilia: dos palabras no mas, porque dentro de seis minutos estaré ya en la diligencia. La indisposicion de mamá me ha afligido estraordinariamente; te recomiendo que la cuides mucho, como igualmente á Laureana: dile que tenga un poquito de paciencia mientras voy á darle un abrazo y á consagrarle los desvelos y cuidados de un hijo cariñoso; que volaré á su lado sin perder un momento..... tan luego como despache la comision de minas, que es donde voy á partir al minuto de cerrar esta, como anunciaba en mi última que deberéis recibir hoy. Mis consuelos á la pobre mamá; que se alivie, y á Dios:—*Frutos de las Minas.*"

A las diez arrancó el carruaje con D. Frutos y sus dos compañeros de comision.

LA HOMEOPATIA.

II.

Estadística de mortalidad.

No habia concluido la última oracion de los maitines cuando entró Tirabeque, apoyado en una especie de muleta, la pierna muy entrapada, y todo él muy abrigado.

"Siéntate Pelegrin, le dije, que estoy concluyendo." Y no bien hice la última persignacion, ni habia cerrado aun el breviario, cuando me habló de esta manera: "Señor, he estado pensando que si todo eso que se cuenta de la homeopatía es cierto, es la cosa mas grande que se puede decir ni pensar: porque eso de curar sin sacar sangre, y sin desollarle á uno vivo y ponerle hecho un S. Bartolomé, y aun sin cantáridas ni sinapismos, ni cataplasmas, ni emplastos, ni potingues, ni jaropes, ni vendajes, ni trapajos, y sin mas que unas cucharaditas de agua con unos polvillos finisitismales, ó como V. los llama, y sin molestar nada al enfermo, dígole á V., mi amo, que si así

fuera, no habria precio que lo pagara, y por eso yo deseo que V. me informe incontinentimente de si cura ó no cura, porque si cura como dicen, la voy á llamar aunque sea arrastrando la pierna.

—Si la Homeopatía, Tirabeque mio, fuera una verdad tan exacta y de tan seguros resultados como afirman sus adeptos, seria el descubrimiento mas importante que se hubiera hecho en favor de la humanidad. Porque estos son los verdaderos adelantos, Pelegrin, y los descubrimientos que interesan, no el modo de disparar mas cañonazos en menos minutos, ni el de echar á pique un navío desde seis millas de distancia.

Por eso yo querria que los hombres y los gobiernos se dedicaran un poco menos á la investigacion de los medios de matar mas hombres en menos tiempo dado, y un poco mas á la averiguacion de las verdades que pueden conducir á salvar la humanidad. Porque si fuese cierto que á los cien sistemas médicos llenos de oscuridad y de contradicciones hasta ahora conocidos; si fuese cierto que á las sangrías de Harvey, á los antiespasmódicos de Hofmann, á los estimulantes de Brown, á la quinina de Berloff, á las sanguijuelas de Broussais, á las evacuaciones *coup sur coup* de Bouillaud, y á los innumerables males que esta confusion de sistemas ha causado á los hombres, en términos de haber dicho ya Boërhaave que casi hubiera tenido mas cuenta que no hu-

biese habido médicos en el mundo [1]; si fuese cierto, digo, que á todo este centon de terapéuticas y de hipótesis se hubiera sustituido una medicina, simple, segura, cierta y hasta exacta, como suponen á la homeopatía los sectarios de Hannemann, ¿qué habria que pudiera premiar bastante este descubrimiento, Pelegrin?

—Todo eso es muy cierto, señor; pero yo que no entiendo de sistemas, ni de tirapeutas, ni de hipóstasis, á los hechos me atengo, mi amo, y no á otra cosa: y así lo que deseo saber únicamente es, quién cura mas y mejor, si los homeópatas ó los otros, y aun en igualdad de circunstancias estaria por los primeros, porque á lo menos no me pondrian el cuerpo como una criba, ni me dejarian seco como un espárrago á fuerza de dieta, que no seria poca ventaja para mí

—En eso tienes razon, Tirabeque: con solo averiguar que unos y otros curan, yo optaria tambien por los homeópatas. Si los protestantes confiesan que los católicos tambien se salvan, decia Enrique IV, quiero mas ser católico.

Y en cuanto á que los hechos deben ser la mejor guía en esta clase de cosas, estoy tambien contigo, y mucho mas para nosotros los profanos, que no podemos juzgar de las teorías. Y aun los médicos mismos lo reconocen; la estadística es la

1 Boërhaave, Instit. Médic., pág. 401.

única prueba, decia Broussais: que cada uno recopile sus muertos, dijo el Dr. Castel.

Los homeópatas dicen por su parte que lejos de esquivar esta prueba, desean por el contrario que se lleve una estadística de mortalidad comparada, y que se cuenten los que en igualdad de circunstancias se les han desgraciado á ellos, y los que se les han desgraciado á los otros, los que han salvado los homeópatas y los que han salvado los allópatas. Y en esta confianza presentan varias estadísticas de los muertos y curados de una misma enfermedad por unos y por otros. Hé aquí una de las que presenta el doctor Peschier, poniendo el ejemplo de las fiebres tifoideas, y apoyado, segun dice, en datos oficiales.

Mortalidad allopática en casos ordinarios.

A Bonneau se le murieron.....	7 por 100
A Laroque.....	10 por 100
A Piédagnel.....	14 por 100
A Andral.....	14 por 100
A Steinbremner.....	14 por 100
A Forget.....	22 por 100
A Bouillaud.....	24 por 100
A Barthez.....	33 por 100
A Louis.....	33 por 100
A Chomel.....	33 por 100

Mortalidad homeopática en casos ordinarios.

A Neuman se le murieron.....	12 por 100
A Krœmer.....	11 por 100
A Fielitz.....	11 por 100
A Koc.....	8 por 100
A Knorre.....	7 por 100
A Sckhleider.....	7 por 100
A Wohlfahrt.....	2 por 100
A Elwert.....	0 por 100
A Wolfsohn.....	0 por 100
A Peschier.....	0 por 100

Resúmen.

Mortalidad allopática....	204 por 1,000
Mortalidad homeopática..	58 por 1,000

El Dr. Devergie prueba de sus estados, que de 2,100 enfermos tratados en diversos hospitales por la allopatía, murieron 1,320: mientras que en los mismos hospitales, de 1,000 enfermos tratados por la homeopatía, solo murieron 116.

Otros estados aun mas favorables á la homeopatía han presentado los doctores Queen, Wolff, Monfalcon, Ouwrard, y qué sé yo cuántos otros, y aun si se ha de creer la estadística de los pocos enfermos que se les murieron del cólera, y de los muchos que salvaron, en Alemania, Austria, Ru-

sia, Húngría y otros paises, es cosa que raya en prodigio, Pelegrin.

—Pero diga V., mi amo, y V. perdone. ¿Es verdad todo eso ó no? Esos números son lo que suenan, ó hay que tomarlos al 22 ó 23 por 100 como los títulos del 5?

—Repito, Pelegrin, que yo nada aseguro; yo no hago mas que esponerte las pruebas y razones que los homeópatas alegan en favor de su doctrina. Lo único que podré asegurar es que yo he sido curado homeopáticamente más de dos veces y de distintas enfermedades, aun antes que en Madrid fuera conocida la homeopatía. Y lo que puedo decir, y esto tú lo oyes como yo, es que desde hace un año que la dió á conocer en España el Hannemann español, el Dr. Nuñez, diariamente se cuentan curas prodigiosas hechas por la homeopatía, de las cuales cada uno podrá juzgar como le parezca, pero que se cuentan es cierto, y que se nombran las personas que con su auxilio han sido rescatadas, digámoslo así, de las garras de la muerte. Y lo que tampoco tiene duda (y esto no deja de ser muy notable y de merecer mucha consideracion) es que médicos de gran crédito y fama, profesores altamente condecorados, de una carrera consumada, y que gozaban de una posicion brillante, de estos, en fin, que llaman primeras espadas (que de paso sea dicho, no debe lisonjearles mucho el dictado, puesto que las

primeras espadas son las que matan mejor y mas pronto), han abjurado su antiguo sistema, se han convertido á la homeopatía, y hoy la están ejerciendo y son sus mas acérrimos defensores. Algo, pues, habrán visto en ella de ventajoso para determinarse á esta conversion. ¿No te parece, Pelegrin?

—Así parece, mi amo. Pero una cosa se me ocurre, y V disimule que la diga. Si como V. ha dicho antes, hace mas de cincuenta años que se descubrió la homeopatía, y si es cierto que se hacen con ella tantos milagros como se cuentan, ¿cómo es que ha tardado tanto tiempo en introducirse en España, y cómo es que no está ya estendida por todas las partes del mundo?

—En cuanto á lo primero, Tirabeque hermano, no debes estrañarlo de manera alguna, porque como nosotros estamos á un estremo de Europa y ocupamos una puntita del mundo, tardan un poco en llegarnos los descubrimientos: y la homeopatía corre parejas con los telégrafos, con los caminos de hierro, con las prensas mecánicas, y con otros varios adelantos de menor cuantía. Nosotros esperamos á ver cómo prueban los ensayos en otras partes: somos muy prudentes, Pelegrin; los españoles no nos precipitamos.

Y en cuanto á la propagacion de la homeopatía por otros paises, al decir de los homeópatas, está ya difundida por todos los puntos del globo.

En Alemania, donde tuvo su cuna y fué al principio perseguida, dicen que está hoy floreciente y robusta. En Austria dicen que hay en el dia mas de quinientos médicos homeópatas. En Leipsick dicen que hay un hospital homeopático sostenido por el gobierno. Que en Darmstad han votado las cámaras la creacion de una cátedra de homeopatía en todas las escuelas, y que los aspirantes al doctorado en medicina tienen que sufrir exámen sobre la nueva doctrina. Que en Hungría hay un hospital homeopático dotado por la alta nobleza. Que en Viena existen mas de cien médicos homeópatas, y que el archiduque Maximiliano ha consagrado una suma de treinta mil florines al hospital homeopático de las hermanas de la caridad, dirigido por el Dr. Fleischmann. Que los gobiernos de Baviera, Sajonia, Gotha, Hesse, Baden, Wurtemberg y demas Estados de la Confederacion, han publicado ordenanzas y leyes para favorecer el ejercicio de la homeopatía. Que en Rusia hay una porcion de boticas homeopáticas fundadas por el emperador. Que el Dr. homeópata Queen es el médico del rey Leopoldo. Que el homeópata Stapf ha sido llamado por la reina de Inglaterra y la ha curado. Que en Génova hace progresos diarios la homeopatía. Que la Sicilia entera se ha convertido á la nueva doctrina por las curaciones prodigiosas de los doctores Mure y Calendra. Que la América septentrional cuenta

cinco sociedades homeopáticas. Que en Nueva York se publica un diario homeopático en muchas lenguas. Que en Filadelfia hay una sociedad homeopática de cincuenta miembros, fundada por el Dr. Héring. Que en el Brasil, que en Persia, que en Bengala, que en Egipto..... qué sé yo, en todas partes dicen que está haciendo prosélitos.

Y por último, que si la academia real de medicina de Paris no la ha adoptado, es por aquel axioma que dice: "*invidia medicorum pessima:* la peor de todas las envidias es la de los médicos." Y en esto creo que no van fuera de razon. Y en prueba de ello citan lo que sucedió en dicha academia con el exámen del magnetismo [1]. Pero que la verdad no penetra en el mundo sino combatiendo, y que cuentan de seguro que si ahora

1 La academia real de medicina de Paris nombró en 1831 una comision para el exámen del magnetismo, sobre una proposicion de MM. Adelon, Pariset, Mare, Burdiu, y Husson: esta comision compuesta de MM. Leroux, Bourdois de la Motte, Double, Magendic, Guersaut, Husso, Thyllaye, Marc, Itard, Fouquier, Guénaud De Mussy, afirmó la realidad de todos los fenómenos del magnetismo, y la academia rehusó la impresion de la relacion de esta comision, porque *si los hechos anunciados por la comision eran ciertos, destruian la mitad de los conocimientos fisiológicos; que era pues peligroso propagarlos por medio de la prensa.* (Sesion del 28 de Junio, 1831).

De donde concluye el Dr. Deslou: que seria mas fácil hacer correr los cuatro grandes rios de Francia por un mismo cauce, que hacer convenir á los sabios de Paris para juzgar de buena fé una cuestion fuera de sus principios.

la homeopatía es perseguida y atacada por hombres que no quieren abrir sus ojos á la luz de la verdad, confian en que no llegará el siglo XX sin que pueda presentar su estandarte triunfante y orgulloso, y sin que sea en todas partes aclamada como la bienhechora de la humanidad.

—Señor, tal me va V. poniendo esta cabeza, que estoy por echar á correr ahora mismo en busca de un homeopático..... bien que si yo estuviera para correr no necesitaba ni de homeopáticos ni de lopático.

—Repito, Pelegrin, que yo ni aconsejo ni garantizo; no hago mas que esponer lo que ellos dicen, con el objeto de que, así tú como otros que estén en el caso que tú, tengan idea de lo que acaso no la tendrian, y que cada cual juzgue y obre con arreglo á sus creencias.

—Señor, estoy decidido. Venga un homeopático á Dios y á ventura, y salga el sol por donde quiera. Una vida tengo; y una pierna sana y otra echada á perder. Si en lugar de ponerme la mala buena, me pone la buena mala, y á mas de eso no me quita la calentura.... sea todo por Dios, mi amo, que no ha de quererme tan mal su divina Majestad que permita que un pobre lego sea víctima en la flor de su vida. Y si Dios quiere que cure, á lo menos tendré el gran gusto de que sea sin emplastos, brebajes, ni vejigatorios, y en el nombre de Dios Padre, amén.

Corriente, Pelegrin; pero entiéndase que haces tu gusto, y que no me alcanza la mas mínima parte de responsabilidad.

—Señor, en un caso mi cuerpo lo pagará, y *Laus Deo.*

LOS ANIMALES AL GUSTO DEL SIGLO.

ARTICULO 1.

LOS TRAJES.

De ningun hombre célebre se estraña que pasado más de medio siglo en la otra vida le venga en antojo y voluntad darse una vuelta por este mundo, llevado de la curiosidad de ver el ser y estado en que encuentra las cosas que en él dejó, y las variaciones ó alteraciones que hayan sufrido.

Por lo que no es maravilla que este mismo gusto y antojo le haya tenido el hermano Buffon á los 57 años de estar en la tumba. Así fué que se le-

vantó un dia el célebre naturalista de humor de hacer una de estas escursiones, y en el sitio y lugar que le pareció mas acomodado, que dicen fué en el corazon de una selva, convocó una asamblea ó congregacion, no de hombres, que estos ya suponia él hallarlos en el grado de la civilizacion correspondiente á los elementos que en el mundo habia dejado, sino de sus queridos animales de quienes dudaba si habrian progresado tambien relativamente, al compas de la civilizacion humana.

Los animales respondieron y acudieron á la convocatoria con mas puntualidad y exactitud que los hombres suelen concurrir á sus juntas, al menos en esta parte del globo que le ha tocado habitar á mi paternidad gerundiana; y el hermano Buffon sentado en la cúspide de una áspera roca, tuvo el gusto de verse al instante rodeado de cuadrúpedos y bípedos, de aves y de peces, de reptiles, y hasta de insectos, que aun los insectos se creyeron con derecho de asistir y formar parte de la asamblea magna.

Un movimiento y sensacion de sorpresa se fué pintando en el semblante del ilustre zoólogo. Ni podia menos de ser así, viendo como vió que los animales se le presentaban y acudian, nó vestidos con sus naturales pieles, plumas ó escamas, sino adornados y ataviados *humano more* y al gusto del dia, con los mismos trajes y adornos que los hom-

bres usan, y llenos ademas de cintas, cruces, insignias y condecoraciones. Admirado el presidente de tan inesperada novedad, les dirigió este razonamiento:

"No puede menos de sorprenderme en gran manera, mis queridos animales, el veros tan elegantemente y con tanta novedad aparejados, que por seres racionales, no que por brutos os tomara, si el género y particular especie á que cada uno perteneceis no me lo descubriera, la cabeza en unos, la cola en otros, en otros las plumas, ó la zarpa, ó alguna de las partes que os distinguen de las humanas criaturas, y que no habeis podido ú os habeis olvidado de cubrir ó disfrazar. Semejante progreso, que yo no podia imaginar ni creer, me tiene tan lleno de asombro como en mi semblante habréis podido notar vosotros mismos, y necesito que me espliqueis la causa de una metamórfosis tan estraña. Decidme, pues, cómo es que así habeis dejado el traje propio con que os vistió la naturaleza para reemplazarle con el artificial que usan los hombres."

Apenas el hermano Buffon habia acabado de hablar, cuando el primero que pidió la palabra (¡que siempre la ignorancia haya de ser la mas atrevida!) fué el *Jumento;* y hubiérala usado muy despreocupadamente si no se hubiera levantado en toda la asamblea un general murmullo de desaprobacion, que demostraba bien que de tal ora-

dor no podian esperar mas que un rebuzno. Otros animales pidieron la palabra, entre ellos el *Buey*, el *Oso*, el *Papagayo*, el *Grajo*, la *Cigarra* y el *Pavo real*, cada uno de los cuales se creia adornado de las dotes oratorias mas distinguidas, que tanto es lo que obceca á los animales el amor propio. Pero todos hallaron oposicion en la mayoría de la asamblea, la cual optó porque hablase con preferencia á todos el *Cisne*, á quien la fama de la dulzura de su voz y de la melodía de su canto daba el primer lugar entre los oradores.

Comenzó en efecto el *Cisne* la contestacion al discurso del presidente, pero hízolo con una voz tan áspera, ronca y desabrida, que todos se quedaron mirando unos á otros, sobrecogidos y admirados de ver que la alta reputacion que hasta entonces habia gozado el *Cisne*, era una reputacion usurpada como tantas otras, y se desconsolaron de ver lo que era el animal puesto en evidencia [1]. Él sin embargo continuó impertérrito su oracion, que fué como sigue, si mal no la recuerdo.

1 Nada hay que pueda citarse mejor como el emblema de las reputaciones usurpadas que el celebrado *canto del Cisne*. Todos hablan de él como del mas dulce y melodioso que se conoce, y en esta universal persuasion le aplican antonomásticamente á los buenos poetas, y á los oradores elocuentes, dulces y persuasivos. Sin embargo, yo puedo decir que he oido muchos cisnes, salvajes algunos, y domesticados los mas, y á fé de religioso que su voz no me ha parecido maldita la

"Tiempo hacia, dignísimo presidente, que murmurábamos entre nosotros los animales (pues tambien los animales murmuramos como los hombres), que estos se estuvieran vistiendo de nuestras pieles, y engalanándose con nuestras plumas, sin que nosotros tomáramos nada de ellos, y sin salir de la monotonía de nuestros trajes, cuando ellos á costa nuestra les daban tantas formas, hechuras y variaciones.

"En efecto, dignísimo presidente, principiando por el *Carnero*, cuyas lanas le sirven no solo para el abrigo, sino tambien para la ostentacion y el lujo; continuando por el *Becerro* y la *Cabra*, con cuyas adobadas pieles se cubren y adornan los

mieja melodiosa, sino muy áspera, graznante y chirriosa, ya por el mismísimo estilo de la del ganso. Ya el mismo *Buffon* lo indica bastante al final del artículo consagrado al *Cisne* en su *Historia natural de las aves*. "Ninguna *ficcion* (dice), en historia natural, ninguna *fábula* entre los antiguos ha sido mas celebrada, mas respetada, mas acreditada: ella se habia apoderado de la imaginacion viva y sensible de los griegos: poetas, oradores, hasta filósofos la habian adoptado como una verdad demasiado agradable para dudar de ella. Es menester perdonarles estas *fábulas:* ellas eran amables y tiernas, y valian muchas tristes y áridas verdades. Eran dulces emblemas para las almas sensibles. Los *Cisnes* indudablemente no *cantan su muerte*, pero siempre hablando de los últimos esfuerzos de un bello genio que se apaga, se recuerda con terneza esta bella espresion: "es el canto del *Cisne*."

Así son muchas tradiciones: para saber de cierto lo que son *Cisnes* es menester oirlos de cerca.

piés y las manos; prosiguiendo por la *Marta*, el *Armiño* y la *Chinchilla* (el *Armiño* pide la palabra para rectificar), cuyas finísimas pieles lucen en los esbeltos cuerpos de las damas; considerando que el *Avestruz*, el *Paraiso*, el *Marabú*, y otras aves, contribuyen forzosamente con sus hermosas plumas al ornato, y sirven á fomentar la vanidad de las señoras; y descendiendo por fin hasta el humilde *Gusano de la seda*, que con el fruto de sus trabajos se ve obligado á abastecerles de ricas y preciosas telas; sin mencionar el *Castor*, la *Liebre*, el *Pavo real* (este último hace una rueda y pide la palabra), y tantos otros cuyos nombres omito por no hacerme molesto, todos, dignísimo presidente, estamos pagando un tributo constante y perpetuo á los hombres, y les servimos para sus necesidades, sus caprichos y su orgullo.

"¿Por qué, pues, (hemos dicho) no hemos de aprovecharnos siquiera de las formas que ellos dan á las materias de que nosotros les surtimos? ¿No hemos vivido harto tiempo en el estado de la naturaleza? ¿No hemos de participar de los adelantos de la civilizacion? Ademas, si los hombres muchas veces en sus trajes y hasta en sus costumbres se acercan á nosotros (la *Raposa* pide la palabra), ¿por qué nosotros no hemos de procurar asemejarnos á ellos en cuanto podamos?

"Estas y otras razones, dignísimo presidente,

son las que nos han movido á adoptar de comun acuerdo y consentimiento las vestiduras humanas en que nos veis, y con mucha razon os sorprenden, puesto que cuando vos nos estudiabais aun no las habiamos adoptado.

"Y en cuanto á las condecoraciones que traemos, premios son de los servicios que cada uno ha prestado á la república animal, y en lo cual no hemos hecho sino imitar tambien á los hombres. El mérito y la justicia con que han sido distribuidas y aplicadas vos le juzgaréis, dignísimo presidente, si os quereis tomar la molestia de examinarl o Hé aquí todo lo que yo os puedo decir."

Concluyó el *Cisne* y tomando el *Armiño* la palabra para rectificar, "señor presidente (dijo), se me ha citado entre los animales que suministran sus finísimas pieles para servir de adorno á las damas, y esto es muy exacto. Pero no puedo menos de quejarme y reclamar con todas mis fuerzas contra esas imitaciones miserables con que los hombres intentan fingir y contrahacer no solo lo blanco de mi piel sino hasta lo negro de mi cola, en perjuicio de mi propiedad y menoscabo de mi crédito y reputacion. Si las pieles con que muchas señoras adornan sus cuerpos son de *Gato* ó de otro animal menos favorecido que yo por la naturaleza, ¿por qué no se las llama así francamente, y no que se ha de tratar de usurpar mi nombre?"

La *Marta* y la *Chinchilla* apoyaron esta misma reclamacion, y tambien la hicieron el *Avestruz* y el *Marabú* con aplicacion á sus plumas. El *Gato*, respondiendo á la alusion del *Armiño*, repuso que no era tan malo todo eso como lo que con él hacian diariamente los hombres, que era darle por *Liebre*. La *Liebre* iba á responder por su parte, pero á todos los interrumpió el presidente diciendo:

"Razon tuvierais para quejaros, ilustres volátiles y cuadrúpedos, si las usurpaciones de los hombres y sus imitaciones se limitaran á la república animal. ¿Pero qué os admira, cuando esto mismo que con vosotros acontece sucede tambien, y quizá en mayor grado, en la república literaria? ¡Qué estraño es que quieran hacer pasar la piel de *Gato* por de *Armiño*, y las plumas de *Ganso* por de *Cisne*, seguros como están de que vosotros no podeis querellaros, cuando en la república de las letras, á vista, ciencia y paciencia de un autor, hay quien se atreva á usurpar su nombre, dándosele un ardite que le descubran el vergonzoso plagio con tal que haya conseguido sorprender el público por un dia, y espender bajo el supuesto nombre de aquel autor la pobre mercancía de que se propuso hacer comercio.

"Bien se ve que no estais al corriente de las muchas imitaciones literarias que hacen los hombres. ¿Tantas os parece que son las producciones

que puedan llamarse originales? Y diérame yo por satisfecho y contento con que se imitara el estilo y aun las ideas de los buenos autores; pero el espíritu de imitacion ha invadido hasta los títulos, que es la mas insigne muestra de lo que ha cundido la manía de la imitacion [1].

1 Yo no sé si el hermano Buffon tendria presente y aludiria en su discurso á lo que está sucediendo en Francia y en España de un tiempo á esta parte. Parece que los escritores se han propuesto estar á espera y andar á caza de títulos como un montero que se pone á espera de venados ó de jabalíes: y lo mismo es publicar una obra un escritor de fama, que se avalanzan al título como alanos ó perros de presa. Desde que salieron los *Misterios de Paris* se han publicado la friolera de los misterios siguientes de que yo tenga noticia.—Los *Misterios de Lóndres*, los *Misterios de la Rusia*, los *Misterios de Lisboa*, *Madrid y sus Misterios*, los *Misterios de la Opera*, los *Grandes Misterios de la Opera*, los *Pequeños Misterios de la Opera*, los *pequeños Misterios de Paris*, los *Misterios del colegio*, los *Misterios de la Inquisicion*, los *Misterios de los Jesuitas*, los *Misterios del Jardin de Maville*, los *Misterios del Escorial*, los *Misterios de Sevilla*, los *Misterios de Puerta de Tierra de Cádiz*, los *Misterios de la Pintura*, los *Misterios del Trabajo*, los *Misterios de mi Mujer*, y hasta los *Misterios de la camisa*, que deben ser los mas misteriosos y menos revelables de todos.

Tras de las *Memorias del Diablo* y las *Píldoras del Diablo*, la turba de imitadores se apoderó del Diablo en términos de no dejarle un momento de reposo, y la literatura se plagó de diabluras de toda especie. Tenemos *La Ciencia del Diablo*, los *Siete Castillos del Diablo*, *El Diablo en Paris*, *El Diablo en Madrid* (esto era consiguiente, y lo único que nos faltaba traer de Paris, el Diablo), *Paris á todos los Diablos*, *La Parte del Diablo*, *Otra parte del Diablo*, *El Diablo en la escuela*, *Los tres*

"Así, pues, mis amados animales, no estrañeis que vuestras pieles sean imitadas y vuestros nombres usurpados..." La *Zorra* pide la palabra apresuradamente y manifiesta vivos deseos de hablar.

—¿Qué tiene que decir la *Zorra?* esclamó otra vez el *Armiño* acalorado: ¿quién se ha acordado jamas de contrahacer su piel? ¿Cuándo la han imitado los hombres su vestido como á mí?

—Me imitan y usurpan lo que vale mas y siento mas que el vestido y la piel, contestó la *Zorra.* Me han robado las cualidades morales; la diplomacia se ha apoderado de ellas; así el señor

pecados del Diablo, *Las primeras armas del Diablo*, *Paris diabólico*, *Las diabluras del año*, *Las diabluras de Chaumont*, *El Diablo á cuatro*, y los diablos que carguen con tan serviles y diabólicas imitaciones.

Pone un autor dramático una *segunda parte* á su comedia, y ya no hay comedia á que no se añada *su segunda parte*, que por lo regular suele ser la mas lastimosa. Tras un *Album* viene otro *Album*, y tenemos el *Album de la novela*, el *Album de las mujeres*, el *Album del bello sexo*, el *Album de la guerra*, el *Album de las tropas carlistas de Aragon*, el *Album del ejército del Norte*, y no sé cuántos mas. Ahora están en moda los *Jesuitas*, y sobre los *Misterios de los jesuitas*, tenemos la *Historia de los jesuitas*, la *Historia verdadera de la Compañía de Jesus*, *la Criolla y los jesuitas*, *Eugenio Süe y los jesuitas*, la *Defensa de los jesuitas*, y no sé cuándo acabaremos con los *jesuitas*. Aun no han hecho mas que anunciarse los *Siete pecados capitales*, y ya tenemos los *Siete mil pecados capitales*, y no sabemos hasta qué cifra se elevarán los *Pecados capitales*. Hasta tras un *Gerundio* viene otro *Gerundio*. *Et sic de cæteris.*

presidente no estrañará que yo venga en el traje que vengo, porque la revancha es justa y permitida."

Repararon entonces todos en ella, y aplaudieron con risas verla vestida con uniforme de diplomático. El mismo Buffon lo celebró, diciendo: "verdaderamente que ninguno de vosotros viene con mas propiedad equipado que la *Zorra*." Pero un prolongado aullido llamó la atencion de los concurrentes, y todas las miradas se fijaron en un *Lobo* de estraordinaria magnitud. Era el único que no vestia de hombre. Iba cubierto con una piel de oveja. "Habeis dicho, dignísimo presidente esclamó, que ninguno de nosotros venia con mas propiedad equipado que la *Zorra*, y yo creo que sin necesidad de robar á los hombres su traje, en lo cual dejo á vuestra consideracion si tengo algun mérito, represento algo mayor número de hombres que mi compañera la *Vulpécula*."

Admirado dejó á Buffon la feliz ocurrencia del *Lobo*, confirmóse en la verdad de aquel adagio que dice: "El Lobo y la Vulpeja ambos son de una conseja:" y de aquella otra sentencia latina: "*lupus est in fabula*."

La conversacion se iba animando, y el naturalista presidente se hallaba sobremanera sorprendido de ver los adelantos que habian hecho sus animales en poco mas de medio siglo que hacia que no los examinaba. Pero otra cosa le estaba

escitando vivamente la curiosidad, y deseaba por momentos interpelarlos sobre ella. Eran las condecoraciones con que iban adornados. Por lo que, aunque advirtió que el *Tigre*, el *Cuervo*, el *Loro*, la *Lechuza* y otros varios, deseaban hablar en el mismo sentido de quejarse de las propiedades que les habian usurpado los hombres, procuró cortar aquella discusion y les dijo: "Basta de esta materia por ahora, que ya estoy harto informado de las razones que habeis tenido para optar los trajes con que habeis concurrido á esta asamblea. Réstame averiguar y preguntaros sobre las decoraciones é insignias que cubren vuestros hombros y vuestros pechos. Acérquese cada cual en el órden que le vaya llamando, pues necesito examinaros uno por uno."

Así lo hicieron los animales sumisos y obedientes, y comenzó el reconocimiento de las condecoraciones (que mi paternidad suspende para otra funcion).

TIRABEQUE MAGNETIZADO.

Natural era que habiendo puesto el Sr. *Cubí* á la órden del dia en esta corte la frenología y el

magnetismo con sus lecciones y esperimentos, nos ocupáramos Tirabeque y mi reverencia de unas materias tan influyentes en las costumbres y tan importantes para el *Teatro social.* Principiamos, pues, por el magnetismo, dejando para mas adelante la frenología.

No era, sin embargo, el magnetismo, cosa nueva para nosotros, pues habiamos presenciado ya muchos casos fuera de España, aunque siempre de meros espectadores. Lo cual no quiere decir que á Tirabeque dejaran por eso de sorprenderle sus efectos. Sorprendianle allá y acá, y muy principalmente estaba asombrado de la facilidad con que el hermano Cubí adormecia algunas personas, hasta el punto que con solo mirarlas y decir: *duerme*, cayesen al suelo redondas y dormidas como troncos. Tanto como esto no lo habia visto él en ninguna parte, y no es maravilla que lo tuviera por inesplicable y misterioso y casi de todo punto increible.

"Señor, me decia, ó este hombre sabe de antemano cuando la persona que se ha de dormir está ya que no puede levantar las compuertas de los ojos, ó ella se hace la dormida, ó de otra manera no puede hacerse eso sino por arte de encantamiento ó brujería: y si no que venga aquí ese señor y me diga á mí cuando no tenga sueño: "*Pelegrin, duerme,*" que yo le responderé: "perdone V., hermano, que por ahora no estoy de humor

de dar entrada á Morfeo ni á Fernandillo, que dicen que son los que traen el sueño." Y esto se lo diria abriendo cada ojo como una taza, y estoy seguro que no me harian dormir todos los magnetizadores del mundo, siempre que me cogiera tan despabilado como estoy ahora.

—Mucho asegurar es eso, Pelegrin, le dije. Mira que la fuerza y la influencia del magnetismo son grandes y hasta prodigiosas. Personas ha habido tan rehacias y recalcitrantes como tú en quererse dormir, y á la voz del magnetizador han caido como lirones. Sin embargo que dicen los escritores sobre magnetismo que para que éste obre sus naturales efectos es necesario que el que se haya de magnetizar crea en ellos de antemano, y se preste con docilidad y con fé, tambien dicen que á las veces la fuerza de voluntad del magnetizador vence y sobrepuja la imaginacion mas incrédula del mas rebelde magnetizando.

De todos modos, Pelegrin, tú debes hacerte magnetizar por el hermano Cubí; porque la mejor manera de averiguar la verdad de las cosas es probarlas y esperimentarlas en sí mismo. Yo creo bien que con media docena de *pasas* que te diera el Sr. Cubí habias de quedarte dormido como un bienaventurado.

—Señor, lo que menos importaba era tomar una arroba de pasas, no que media docena, si él me las diese: pero yo tengo esperimentado que

las pasas no dan sueño, antes creo que despabilan y despejan, y aun por eso sin duda las dan para ayudar á la memoria.

—¡Válgame Dios, Pelegrin, y qué lego eres en achaque de magnetismo! Esas *pasas* de que te hablo no son la fruta así nombrada, sino aquellos movimientos que hacen los magnetizadores con las manos, pasándolas, ya desde los hombros del magnetizado hasta el estremo de los brazos, ya desde los muslos hasta las rodillas ó hasta los piés, ya poniéndolas sobre la espalda y bajándolas á lo largo del espinazo, ya sobre el estómago ó las caderas, ó en cualquiera otra parte del cuerpo, como recordarás haber visto, y esto es lo que en magnetismo se llama *pasas*.

—Pues esas *pasas*, señor mi amo, háganle buen provecho á quien las quiera tomar, que yo no gusto que nadie me pase la mano por el lomo.

—Eso es una aprehension, Pelegrin, puesto que semejantes pasas son tan suaves que no pueden hacer daño. ¿Y sabes tú bien lo que á costa de un pequeño rato de *pasas* puedes conseguir con dejarte magnetizar? Una vez puesto tú en estado de *sonambulismo*, ¿quién sabe los bienes que te pueden resultar?

—Diga V., mi amo, ¿y qué estado es ese en que me han de poner, que me ha sonado como á embolismo ó cosa así?

—*Sonambulismo*, Pelegrin, que no *embolismo*,

y tú mismo verás como de *embolismo* no tiene nada.

—Llámase *sonambulismo* el estado de sueño magnético en que se queda la persona magnetizada, en cuyo estado no puedes figurarte lo que podrán ganar todas tus potencias y sentidos. En primer lugar podrás adquirir un incremento de memoria estraordinario (y vé ahí cómo esas pasas dan tambien memoria); y te acordarás de sucesos que hayas olvidado hace largos años. En segundo lugar todos tus órganos y facultades intelectuales te se activarán y avivarán estraordinariamente. Verás con los ojos cerrados más que ves ahora con ellos abiertos. Leerás un libro ó papel sin abrirle. Penetrarás hasta los pensamientos de los hombres. Los sucesos que pasan á larga distancia de aquí, aunque sea en Rusia ó en los Estados-Unidos, los verás tan palpablemente como si á tu misma presencia pasasen. Adquirirás, sin saber cómo, conocimientos científicos y literarios que ahora estás lejos de tener: especie de ciencia infusa que da el sonambulismo, y de cuya existencia no se puede dudar, aunque no se esplique su causa. Te sentirás dotado de una especie de espíritu profético y de una prevision como sobrenatural, principalmente sobre tu estado fisiológico y patológico.....

—Diga V., mi amo, ¿ese estado patológico tiene relacion con la pata coja.

—Cabalmente, Pelegrin; pero no porque te

suene á pata, sino porque la patología es una parte de la medicina que trata de la naturaleza de las enfermedades y de sus causas y síntomas, y el sonambulismo da un conocimiento admirable, una cuasi-presciencia de todas las modificaciones que han de sobrevenir á un órgano.

—Señor; es que mi pierna no es ningun órgano.

—No seas majadero, hombre; órgano llamo á toda parte del cuerpo que sirve para las funciones vitales. Y en esto infunde tal conocimiento el sueño del magnetismo, que probablemente adivinarás tú mismo mejor que ningun médico, sea homeópata, allópata, ó de cualquier escuela que fuese, las medicinas que pueden sanar tu pierna. En fin, sabrás decir hasta cuántas cucharadas de sangre tienes en tu corazon; cuántas onzas de comida necesitas para satisfacer tu apetito, hasta por granos y escrúpulos; cuántas gotas de agua son necesarias para apagar tu sed; medirás á un golpe de vista el tiempo, el espacio....

—¿Cómo puede ser ese golpe de vista, mi amo, si he de estar dormido, y tener cerrados los ojos?

—Ahí está el mérito del magnetismo y del sonambulismo, Pelegrin, en ver con los ojos cerrados y dormido infinitamente mas que en el estado de vigilia se ve con ellos abiertos. Y aun podrá sobrevenirte tambien un estado de dulce y sabroso éxtasis ó arrobamiento semejante á los de san-

ta Teresa de Jesus, ó de lego que eres ahora te encuentres convertido en un cardenal Cisneros cuando en sus contemplaciones místicas se ponia en comunicacion con las inteligencias celestiales.

—Témome, mi amo, que me habia de poner de tal manera en comunicacion con las inteligencias celestiales, que no volviera mas á comunicar con los hombres, y quiera Dios que no me durmiera en la tierra y fuera á despertar al cielo, ó á otro lugar menos agradable, que todo podria ser, pues muchas veces se duerme un hombre confiado en que le toma el sueño en gracia de Dios, y él y la Vírgen saben si puede haber algun pecadillo trasconejado: y como he oido de algunos que se durmieron con el magnetismo y no volvieron á despertar. . . .

—Eso no debe darte cuidado alguno, Pelegrin; es decir, no debes tener temor de no despertar, pues el buen magnetizador sabe tambien desmagnetizar cuando quiere, haciendo pasas horizontales en lugar de verticales, añadiendo algun soplo ó insuflacion en los ojos, y comunicando con energía la intencion al sonámbulo diciendo: *despierta.* Y aunque á tí te pareciese dormir algo mas de lo que te hubieras propuesto, tambien podrás tener la fortuna en este espacio de pasearte por los cielos, comunicar con la Vírgen, hacer una visita á tu ángel tutelar, pedir á Dios cara á cara lo que mas te conviniese, y encontrarte, en fin, en esta-

do de beatitud, como dice Mr. Ricard en su obra ó tratado del magnetismo animal, que le sucedió á la jóven Adela Lafrey y á Mad. Naude[1], y otros casos semejantes que se cuentan.

—Señor, si eso fuera cierto, yo haria por dormirme al instante, y aun si me asegurara el hermano Cubí que me habia de subir á los cielos, rogariale yo que no me despertara nunca, sino que me dejara estar allí hasta que Dios dispusiera otra cosa, pues mejor me habia de encontrar por allá que en este valle de lágrimas, y viniera la bienaventuranza, y no me importaria que viniese por magnetismo, que si un hombre teme morir es porque no sabe cuáles serán sus postrimerías.

Pero es el caso, mi amo, que yo no creo nada de eso, que si lo creyera, bastárame el saber que se me habia de despejar la vista en términos de ver todo lo que pasa en el mundo, sea cerca ó sea lejos, y todo lo que piensan los hombres interiormente en su interior, aunque esto tengo para mí que valdria mas no verlo; y aun mas que todo esto me animaria el conocer el verdadero mal de mi pierna y los remedios que la habian de poner sana y corriente.

—Pues todo eso podrá sucederte muy bien, Pelegrin, y aun mucho mas, porque de todo hay casos y ejemplos. Y así soy de dictámen que acto

1 Obra citada, página 66 hasta la 92.

continuo y sin vacilar te hagas magnetizar por el Sr. Cubí. Yo me ofrezco á acompañarte.

—Muchas gracias, mi amo. Ya le he indicado á V. que me repugna un poco el que me anden pasando la mano de una parte á otra de mi cuerpo: y dado caso que V. tenga empeño en que yo me magnetice, discúrreseme ahora mismo una idea que lo podria conciliar todo; y es que, segun yo tengo oido, cualquiera puede magnetizar y ser magnetizado, cual mas, cual menos; y siendo esto así, no tendria inconveniente en que V. me magnetizara, porque V. no habia de dejarme dormir mas de lo que conviniera; cuanto mas que seria condicion que yo le impondria á V., y V. disimule, la de dispertarme cuando hubiera dormido una ligera siesta.

—Tampoco tenias nada que temer de parte del hermano Cubí, pues ademas de su reconocida y esperimentada honradez y probidad, es condicion de todo magnetizador llevar una voluntad activa hácia el bien, y nunca hácia el mal. Y en cuanto á tu proposicion, ya conoces que aunque yo haya leido algo de magnetismo, es imposible que pudiera magnetizarte con la inteligencia y con la facilidad del hermano Cubí, que sobre ser un distinguido profesor en la ciencia de Mesmer, le abona su constante práctica y sus celebrados esperimentos.

Verdad es que yo reuno para contigo circuns-

tancias que no puede tener el Sr. Cubí, como por ejemplo, cierto ascendiente que conviene tenga el magnetizador sobre el magnetizado; las simpatías tan marcadas que á los dos nos unen, y que son una de las bases de la accion magnética; el conocimiento que tengo de tu temperamento físico, de tu moral y de tu estado fisiológico....

—Señor, por todas esas razones, y otras que yo tambien tengo, si V. me asegura que no me ha de resultar ningun mal, y que no me dará ningun insulto, ni delirio, ni histérico, ni mal de rabia [1], ni otros semejantes ataques, y á trueque de ver por un rato lo que pasa por el mundo y lo que piensan los hombres, me resigno á que V. me magnetice si quiere; en el bien entendido que no ha de ser nadie mas que V.

—Comprometido es el caso, Tirabeque mio.

1 Estos temores de Tirabeque no eran en verdad infundados, aparte de aquello del histérico: pues el mismo Ricard refiere que ha habido casos en que con haber alejado su atencion del adormecido pudiera éste muy bien haber pasado de la muerte aparente á la verdadera. Y el mismo Sr. Cubí en su traduccion de la obra de Alfonso Teste, cuenta que en 1822 vió á un amigo suyo arrancarse los cabellos y comerse los puños en un acceso de ira, que terminó en demencia parcial durante algunos dias, en el momento de saber que cierta persona y no la que él queria, habia sido nombrado para cierto empleo.

Si tales noticias produjeran siempre tales efectos, seria cosa de estar la mitad de los hombres en continuo estado de hidrofobia.

Pero bien; por darte gusto me resuelvo á hacer un ensayo, del cual todo lo malo que puede resultar es que yo no acierte á dormirte y tú te quedes tan despierto como estás ahora, lo cual tambien le suele suceder al Sr. Cubí.

¿Y por qué método quieres ser magnetizado? ¿Por el método de Deleuze, por el del abate Fária, por *pasas*, por la vista, ó por la simple voluntad?

—Señor, por el que sea mas breve y menos espuesto. Y en el caso que V. me dé *pasas*, haga V. el favor de que sean suaves, y no vaya V. á darme unas friegas que me llenen el cuerpo de ronchas y burujones, porque tengo una cútis muy finita, que por eso mismo ya no me disciplinaba yo en el convento.

—Así lo haré, Pelegrin. Y tú por tu parte procura desechar todo temor; ten fe y confianza; entrégate á mí sin reserva; no pongas ningun género de recelo ni resistencia, ni aun *mental* siquiera, á mis intenciones, porque esto podria neutralizar los efectos del magnetismo, segun Ricard, Gauthier, Teste, Puysegur, Cubí y otros autores. La fé es la que salva en todas las cosas, y principalmente en el magnetismo. ¿Y cuándo quieres que procedamos á la operacion?

—Cuando V. guste, mi amo: el mal camino como se suele decir, andarle luego.

—Afortunadamente, Pelegrin, la soledad en

que nos hallamos favorece mucho á nuestro objeto, pues segun todos los magnetizadores la presencia de testigos es perjudicial á las operaciones magnéticas, porque impiden ó cortan la trasmision del fluido magnético, si en fluido consiste, ó distraen la atencion si de la imaginacion pende: y así aconsejan la calma, la soledad y el silencio. Y puesto que ahora nadie nos ve ni nos interrumpe, podiamos aprovechar estos momentos, si te parece.

—Ya he dicho, mi amo, que cuando V. guste: de consiguiente, podemos dar principio.

Puestas ya de acuerdo las dos voluntades, no faltaba mas que proceder á la operacion, y así lo hicimos. Mandé, pues, á mi buen lego que se sentara en un sillon de brazos lo mas cómodamente que pudiese, cuya última parte en verdad era supérfluo recomendársela. Mi reverencia se colocó de pié frente de él.—Mírame de hito en hito, Pelegrin, le dije.—Hízolo él así, y yo comencé tambien á mirarle muy atentamente.

Así estuvimos un buen espacio: sus párpados empezaron á pestañear, y á sus ojos asomaba ya alguna lágrima. Yo me revestí de toda la fuerza y energía de voluntad posible, conforme al Manual.

—¿Sientes venir el sueño? le pregunté.

—Ni por asomos, mi amo, me respondió. Y si V. no halla otro medio de dormirme, paréceme

que nos estaremos mirando tres dias, y si viene el sueño no será por magnetismo, sino por su natural costumbre de acometerme á ciertas horas.

—Pues créete que lo estraño, Pelegrin; y mucho mas atendidas nuestras simpatías. La simple vista basta para magnetizarse dos amantes, que no parece sino que se envian mutuamente hechizos por los ojos. Por la simple vista dicen que magnetizan las culebras á los pájaros, los perros de caza á las codornices &c.

—Señor, eso consistirá en que yo ni soy pájaro, ni codorniz, ni pienso que estamos los dos en el caso de enamorarnos uno de otro; primeramente, porque ya hace mucho tiempo que nos hemos visto á satisfaccion, y segundamente, porque una cosa es querernos y estimarnos como nos estimamos, y otra que nos háyamos de enamorar como si fuésemos personas de diferente sexo. Y así vea V. de darme unas cuantas *pasitas* en los términos que le tengo dicho, y de ese modo podrá ser que me duerma.

Viendo yo Fr. Gerundio que no bastaba la simple vista para magnetizar á Tirabeque, recurrí al método de las *pasas*. Principié por concentrar sus pulgares entre mis dedos de manera que se tocasen las yemas de ambos, mirándole siempre de hito en hito, hasta que se estableció un calor igual en nuestros pulgares. Hecho esto, y mirándole siempre, como aconseja la ciencia, levanté las ma-

nos hasta la altura de la cabeza; se las puse luego sobre los hombros, y las tuve un buen rato. Luego se las pasé por toda la estension de los brazos hasta las puntas de los dedos, repitiendo esta operacion por cuatro ó cinco veces. En seguida se las coloqué en la cabeza, las tuve un momento, y luego le dí unas *pasas* por la cara hasta la boca del estómago. Allí las detuve unos minutos, y seguidamente las bajé hasta las rodillas, y de allí á las estremidades de los piés.

—Téngalas V. ahí un buen rato, me dijo Tirabeque al pasárselas por las piernas, que así á la enferma, como á la sana, no les disgusta ese caloreito.

—¿Cómo es eso? le dije: ¿con esas salimos cuando yo creí que te vendria ya el sueño?

—Hasta la presente, mi amo, me respondió, me siento mas despabilado que un cesante con hambre.

En vista de esto concentré toda la mayor energía y constancia de intencion; me revestí de calma y serenidad; dí á mis ojos la fuerza de dos dardos; continué y repetí las *pasas*, poniéndole las manos, ya en la frente, ya en el corazon, ya en la espalda, ya en el occiput, y casi en todas las partes de su cuerpo, hasta que advertí las señales precursoras del sueño; caimiento en los párpados, contraccion espasmódica en los músculos de la cara, una especie de estremecimiento ó ligera con-

vulsion en todos los miembros, respiracion abatida, bostezos, cierto movimiento de rotacion en el globo ocular que por fin se inclinaba convulsivamente hácia la bóveda de la órbita, con otras señales no menos características. Entonces sin dejar de mirarle le pregunté: ¿sientes alguna soñolencia, Pelegrin?

—Sí señor, me respondió, ya me va viniendo.

Continué mis *pasas*, y ya los bostezos eran mas frecuentes, la respiracion hiposa, las convulsiones mas violentas; y en fin, creí llegada la *crisis* de Mesmer. Entonces le volví á preguntar:

—¿Duermes ya, Pelegrin?

—Como una marmota, mi amo, me respondió.

—Y bien; ¿ves algo?

—Y aun mucho, y con una claridad asombrosa. Veo un monton de cosas que pasan en el mundo, mejor que si estuviera despierto.

—Pues bien, cuéntame algo de eso tanto que ves.

—Así lo hiciera, mi amo Fr. Gerundio, de la mejor gana, si no fuese que lo primero que veo es la intencion de V. y su pensamiento.

—Y bien, no tengo inconveniente en que manifiestes mi pensamiento é intencion; con eso sabré si es cierto lo que ves.

—Señor, la intencion de V. es que deje para otra funcion el referir lo que estoy viendo, en aten-

cion á que tiene V. otras varias especies pendientes, y necesita ir saliendo de ellas.

—En efecto, Pelegrin: veo que empiezas á adivinar, y que tu sonambulismo es de los que llaman lúcidos, y de los que producen la intuicion y la penetracion. Duerme, pues, por ahora, y en otra funcion me comunicarás lo que estás viendo.

LOS ANIMALES AL GUSTO DEL SIGLO.

ARTICULO II.

LAS CONDECORACIONES.

Desde antes que el ilustre presidente llamara á ninguno de los animales en particular, y desde el punto mismo en que lo anunció, comenzó el *Pavo real* á esponjar las plumas de su cola, á hacer la rueda, á ostentar los cambiantes de sus colores, y á dar vueltas alrededor del presidente, como llamándole la atencion, y disimulando poco su afan de presentarse el primero. Mas como el hermano Buffon conocia su flaco desde tiempo muy

antiguo, propúsose no hacerle caso, mortificando así su amor propio. La asamblea oyó pronunciar el primero el nombre del *Buey*.

El tardío animal se presentó pausadamente á la presencia del ilustre calificador. Llevaba el humilde traje de labriego, propia insignia de su ocupacion natural. Su condecoracion consistia en una medalla de plata orlada de una espiga en forma de corona: en el centro del anverso se leia: *A la constancia en el trabajo.*

—"Confieso, dijo el presidente, que hallo esta condecoracion perfectamente aplicada, y muy justamente merecida. Con harto menos mérito y justicia habrán sido agraciados algunos hombres."

Habló el *Buey*, y dijo *mu*..... con lo cual aseguran que quiso decir *muchos*, y que no concluyó la palabra por modestia.

Llamó en seguida el presidente al *Cuervo*, el cual ostentaba en su pecho una gran cruz de plata de cuatro brazos esmaltada de oro, en cuyo centro se divisaba el busto de un hombre sin ojos. Preguntóle el presidente cómo y por qué habia ganado aquella cruz; á que respondió el *Cuervo* que le habia sido concedida como premio *á la gratitud y á la lealtad.*

Rióse grandemente el hermano Buffon, y no pudo menos de preguntar quién era el que habia tenido la feliz ocurrencia de aplicar tan oportunamente aquel premio; á lo que contestó un indi-

viduo de la asamblea que quien así le habia condecorado habia sido el *Topo* siendo ministro, pero que bien habia pagado su torpeza, pues el agraciado en recompensa le habia sacado los ojos.

—"Digno castigo, dijo el presidente, de quien tan desacertadamente distribuye los honores, y de quien así desconoce las cualidades dominantes de algunos animales."

Tras el *Cuervo* fué llamado el *Cocodrilo*, tanto por ir variando de especies, como por haber visto en él una gran cruz entrelazada de corderos, pendiente de un collar blanco, en cuyo centro llevaba escrito: *filantropía*, *humanidad*, *beneficencia*.

—¿Cómo es esto? esclamó Buffon: ¿de cuándo acá te has hecho tú benéfico y humanitario? ¿Es que has cambiado de inclinaciones desde que no nos vemos? ¿ó es que se premia ahora en mi pais [1] á los que sacrifican ó devoran mas víctimas?

—No es que yo haya cambiado de inclinaciones, respondió el *Cocodrilo;* mis pasiones y tendencias serán siempre las mismas: pero tambien sabeis que si bien devoro víctimas como decis, hartas lágrimas me cuesta la necesidad que me obliga á ello.

—Sí, sí, dijo el presidente; ya sé yo lo que son las lágrimas del *Cocodrilo*.

En seguida fijó la atencion en otros dos, pare-

1 Siempre es un consuelo que estas escenas pasen en Francia y no en España. Aquí por fortuna no hay nada de esto.

ciéndole haber divisado en ellos unas bandas blancas con fajas azules, placa y cruz con los brazos en escama, y el mote: *pureza y probidad.* Ambos llevaban uniformes de altos funcionarios. "Si no me engaña la vista desde lejos, dijo Buffon, vosotros debeis ser el *Buitre* y la *Lechuza.*

—Servidores vuestros, contestaron los dos.

—¿Y cómo habeis ganado vosotros el premio de la *pureza* y la *probidad?* ¿Acaso por chupar la una, y por tragar el otro? ¿O pretendeis engañarme á mí con estos atavíos, cuando hace un siglo que conozco vuestras propiedades? A fé que me cuesta trabajo creer lo mismo que estoy viendo."

A todo esto el *Pavo real* continuaba haciendo su rueda y procurando enseñarse: pero Buffon proseguia tambien en su propósito de mortificar su vanidad y orgullo. Y deseoso el presidente de saber si las condecoraciones de los otros corresponderian á las de los que habia examinado, llamó al *Elefante.* Llevaba éste unos grandes escudos, con armas, banderas, paveses y otros blasones militares, unos colgados al pecho y otros de la trompa, y sobre el lomo un castillo con el lema: *á la fortaleza y al valor.*

"Hé aquí una condecoracion bien empleada, esclamó el presidente, y le mandó retirar: de lo cual no faltó quien murmurara en la asamblea, diciendo que el presidente le trataba así por temor de que se le sorbiera con la trompa."

Presentáronse seguidamente el *Tigre*, el *Lobo*, y otros varios, alguno de gran uniforme sembrado de placas.

"Apartad, les dijo, que ya os conozco, si bien algunos venís tan desfigurados y tan cargados de arreos, que otro que no tuviera la práctica que yo tengo de veros y trataros, os tomara ciertamente por otra cosa de lo que sois."

El *Tigre* volvió la cabeza como si quisiera decir á sus compañeros: "vámonos, que aquí nos han conocido." Pero los otros permanecieron muy plantados sin dárseles un ardite por el juicio que se pudiera formar de ellos; como quien se echa la cuenta de decir: "bien ó mal ganadas, nosotros lucimos nuestras insignias, y á fé que no nos sientan muy mal, y nadie nos las quita de encima, y hoy se murmura y mañana se calla, y vamos viviendo." Sin embargo, el *Lobo* tuvo buen cuidado de ocultarlas bajo la piel de oveja, dejando entrever alguna por humildad.

Y como los animales grandes ocultan siempre á los pequeños, no pudo ver el ilustre conde una porcion de avechuchos, insectos y reptiles que detras de ellos se encubrian, todos mas ó menos condecorados. Alcanzó no obstante á ver un *Cangrejo*, que ostentaba y sostenia entre las dos tenazas una cruz octágona de esmalte blanco, angulada, con una corona de laurel circular por el

estilo de la del Mérito civil de Sajonia, en cuyo centro se leia: *progreso, ilustracion.*

Preguntóle el presidente cuándo habia ganado aquel premio, y contestó el *Cangrejo* que siendo ministro de la instruccion pública, lo cual acabó de decidir al naturalista filósofo á echarlo todo á risa. Retírate, le dijo. Y así lo hizo el *Cangrejo*, andando hácia atras como siempre, y dando en ello un testimonio de que los honores no le habian enseñado otro modo de andar.

—¿No está por ahí el *Toro?* preguntó el presidente.

Un terrible mugido le avisó de su presencia. Llevaba el *Toro* una cinta encarnada con filetes estrechos de color naranjado en los cantos, de la cual pendia una cruz de oro de cuatro brazos iguales, esmaltados de blanco, que iban á juntarse en un centro circular por el estilo de la cruz de S. Fernando. En la circunferencia se leia: *valor heroico: bravura en la pelea.*

—Huélgome mucho, dijo el conde, cada vez que veo el premio tan oportunamente aplicado, y holgárame mas si con esta misma justicia le viera distribuido en todos.

Pero no bien encontraba el ilustre zoólogo algun ejemplar en que gozarse, cuando se le presentaba otro que parecia hecho para escitarle ó el enojo ó la risa. Así sucedió que á la luz del sol que aquel dia alumbraba, hirieron simultánea-

mente sus ojos varios y diferentes colores que de un mismo punto partian.

—¿Quién es, preguntó, el que con tantos y tan diversos colores viene adornado?

—Servidor vuestro, señor presidente, respondió una voz.

Esta voz se vió luego ser del *Camaleon*.

—Y V., señor *Cambia-colores*, le dijo, ¿dónde ha ganado esa multitud de cruces?

—Las he ganado, señor presidente, tomando como es natural en mí, el color de cada partido político que en nuestra república animal se han ido apoderando sucesivamente del poder. Y sabed que me creo todavía desatendido y postergado, puesto que otros, que debieran haber conservado el color propio que les dió la naturaleza, me han usurpado mi propiedad esclusiva, tomando los colores de cuantas banderas se han levantado, y aunque han huido siempre de los peligros, hoy se hallan mas condecorados que yo. Y en prueba de ello no está lejos de nosotros un *Culebron*, que entre otros muchos ha obrado de esta manera, y vos le podeis examinar si gustais.

—*Culebron* habia de ser él, dijo el conde; y que no se me presente, porque sin verle conozco su manera de conducirse y de obrar.

Faltaba el cuadro mas animado de la asamblea, el animalito mas condecorado de todos: un *Mono*, que encaramado en el tronco de un árbol se ha-

llaba, esperando con impaciencia que le llegara su vez, y colocado en tan alto sitio para llamar mejor las miradas de todos los animales. Estaba admirablemente sobrecargado de cruces, bandas, collares y todo género de honoríficas insignias.

Aunque la abundancia de ellas las hacia confundirse bastante, distinguiase, sin embargo, una cruz de oro de cuatro brazos iguales, dentados con cinco puntas de esmalte rojo, orlados de oro, angulados con ráfagas del mismo metal, pendiente de una corona olímpica. El rótulo del medallon: *A la lealtad acrisolada*, no dejaba dudar que era la gran cruz de Isabel la Católica. Traslucíasele en confuso la Corona de hierro de Italia, la Orden de Cristo, la de María Teresa de Austria y la Espuela de oro. En su pecho se ostentaba el collar con el armas del duque de Borgoña significadas por las dos BB. antiguas; y el corderito y el lema: *Prætium non vile laborum*, no dejaban duda que era el Toison de oro. Cruzábale igualmente del hombro derecho al costado izquierdo, una banda roja y de aguas, de la cual pendia una gran estrella tambien de oro, con el mote *Honneur et patrie;* que demostraba estar condecorado con el gran Cordon de la legion de honor. Llevaba igualmente la Orden de la Jarretera, con el lema: *Honni soit qui mal y pense.* Solo que no se le veia, porque el animalito habia cometido la equivocacion de ponérsela en la pierna derecha, y la cu-

bria el tronco del árbol en que estaba sentado. Adornábanle, en fin, casi todas las grandes cruces de los Estados de Europa, y no sé cómo no se habia puesto hasta la *Mano de siete dedos* inventada por Abd-El-Kader, que nada hubiera tenido de estraño en el afan de imitar y de engalanarse tan propio del *Mono*.

Grandemente se rió el ilustre conde de ver al *Mono* tan alta y superabundantemente condecorado; si bien mas le causó enojo que risa, como buen frances, el ver empleado en un *Mono* el gran Cordon de la legion de honor, y no pudo menos de esclamar: "¡Oh, si el gran Napoleon resucitara y esto viera!" Yo Fr. Gerundio, llevado de esta natural propension que tenemos á consolarnos de no ser solos á llorar males, confieso que me gozaba interiormente de ver que ya que las mas honrosas condecoraciones españolas se hallaban de aquella manera empleadas, se encontrasen en idéntico caso las de Inglaterra, Francia, Portugal y demas paises; y como la escena pasaba en Francia, "ahí me las den todas," decia yo, y lo que esto pruebra es, que en todas partes cuecen habas, como dice el refran.

Tentado estuvo ya el presidente á dar por terminado su exámen de calificacion, aburrido de ver aquella desigualdad y prodigalidad de premios. Y cuando está dudando qué hacer, viene á distraerle una *Mariposa* que por allí andaba revolotean-

do. Miróla el conde, y vió que llevaba escrito en sus alas: *A la fijeza en sus principios.*

—¡Es hasta donde puede llegar, esclamó, el acierto y justicia en la distribucion de los premios! Ya no me queda mas que ver, y nada puede sorprenderme ya. ¿Y no me podréis decir, añadió, quién ha sido el atinado distribuidor de estos honores?

—A lo que contestó la *Cigarra* como mas habladora: "Cuando nos constituimos en república, elegimos de entre nosotros los animales que nos parecieron mas á propósito para que nos gobernaran, y salieron nombrados los siguientes:

El *Topo* para el ministerio de negocios estranjeros.

El *Ciervo* para el de la guerra.

La *Culebra boba* para el de lo interior.

El *Cocodrilo* para el de la justicia.

El *Cangrejo* para el de la instruccion pública.

El *Lobo* para el de la hacienda.

La *Tortuga* para el de la marina.

Y el *Murciélago* para ministro guardasellos [1].

Estos son los que han distribuido mucha parte de los honores y condecoraciones que habeis examinado.

—A fé mia que anduvisteis atinados en la elec-

1 Como el suceso fué en Francia, el ministerio le arreglaron tambien á la francesa.

cion de gobernantes, y ya no me maravillan los frutos que de ellos habeis recogido. ¿Pero no habeis reemplazado nunca ese gobierno?

—Oh, sí, muchas veces; pero todos cual mas cual menos, con muy raras escepciones, han usado la misma prodigalidad; y en cuanto á la parte de justicia, vos, dignísimo presidente, la podréis juzgar mejor que yo."

A todo esto el *Pavo real* continuaba en su ejercicio de hacer la rueda; pero lejos de atenderle el conde, en quien fijó la vista fué en un animal que desnudo de toda insignia y condecoracion y en su propio y natural traje allí se hallaba. Era un *Perro*, que en la nobleza y gravedad del rostro, en lo penetrante y avizor de su mirada, en sus labios y orejas colgantes, y en toda su figura y actitud demostraba ser un animal noble y castizo.

—¿Cómo es esto? le dijo Buffon: ¿cómo es que tú estás tan desprovisto de honores, cruces é insignias, cuando todos los individuos de esta asamblea se hallan tan lujosa y abundantemente condecorados? ¿No tienes alguna queja que dar, puesto que así callas y te resignas?

—Nada tengo de que quejarme, dignísimo presidente, respondió con aire de dignidad el animal interpelado. Yo he procurado ser fiel á nuestra república y á los que la gobiernan. He estado siempre vigilante y alerta. Cuando he visto que

los gobernantes se estraviaban, he ladrado para avisarles del peligro; y más de una vez, observando que sordos á los ladridos se precipitaban y perdian, he llegado hasta á morderlos para ver si el dolor los despertaba y se apartaban de los escollos y peligrosos senderos, prefiriendo que me maltrataran irritados á que la república padeciera por culpa de mi silencio ó de mis adulaciones. Muchas veces me han querido halagar con maña; me han echado cebo para que callara ó les lamiera la mano agradecido. Jamas me he dejado seducir, dignísimo presidente. He luchado á brazo partido con toda clase de lobos, así descubiertos como disfrazados; he evitado que devoraran muchas presas; he cumplido, en fin, con mi obligacion de ser vigilante y leal y de guardar la casa; y satisfecho con haber trabajado hasta donde alcanzaron mis fuerzas, estoy contento con mi suerte, y nada ambiciono: si alguno viene á seducirme con malas artes, le enseño los dientes, le gruño, y le despido diciendo: "á perro viejo no hay tús tús."

—Qué me place, dijo el presidente: tu conducta es digna de alabanza, y ojalá que tuviera muchos imitadores en este congreso, y en la gran república animal por él representada.—Y se acercó á él, y le pasó la mano por el lomo en señal de cariño y complacencia.

Despues volviendo á la asamblea, dirigió una mirada circular á todos los concurrentes, y levan-

tando la voz dijo: "Oid, cuadrúpedos, bípedos, volátiles, acuátiles, anfibios, insectos y reptiles; vosotros todos, vivíparos, ovíparos, mamíferos, cetáceos ó crustáceos, de cualquiera especie que seais, escuchad.—Grandes novedades y reformas hallo en vosotros, las cuales ciertamente yo no podria esperar. Os encuentro vestidos á estilo de los hombres y ataviados al gusto del siglo. He escuchado las razones que para ello habeis tenido ó alegado, y os confieso francamente que no las tengo por bastante poderosas para justificar tan estraña determinacion. La naturaleza os ha dotado de un vestido propio, durable, vistoso y variado en unos, fuerte y tupido en otros, y á propósito en todos para resistir á todo género de intemperie, y acomodado á las necesidades y género de vida de cada uno. El hombre solo es el que nace desnudo, y necesita por lo tanto de vuestras pieles, de vuestras lanas y de vuestras plumas, ya para el abrigo indispensable, ya para el adorno y la decencia que les son tan necesarios como el abrigo. La naturaleza y su Criador han marcado á cada cual sus deberes y sus necesidades. El faltar á sus leyes fuera en los hombres criminal, en vosotros ridículo.

"Así, pues, mis queridos animales, dejad, os aconsejo, esos trajes usurpados, volved á vuestras propias y naturales vestiduras, que son las que os sientan mejor, y contando con vuestra obediencia

no os inculcaré mas sobre este punto, porque deseo hablaros sobre el mas importante de las condecoraciones.

"Tambien en esto habeis querido imitar á los hombres del siglo, y á fé que no habeis andado escasos ni os habeis quedado cortos, los unos en solicitar y pretender, los otros en conceder y otorgar cruces, bandas, y todo género de honoríficas insignias. Semejantes distintivos, mis queridos animales, han sido muy sabiamente inventados para premiar las acciones heroicas, los servicios eminentes, las brillantes prendas y las cualidades distinguidas de los individuos. Digna recompensa del mérito, muy propia para escitar á la emulacion, y mas noble que las recompensas pecuniarias que naturalmente engendran el egoismo y corrompen el corazon.

"Pero cuando estos signos honrosos, cuando las decoraciones se prodigan, cuando se aplican y distribuyen profusamente y á granel, sin consideracion al mérito, y sin guardar una estricta é imparcial justicia, entonces caen en descrédito, se convierten en una estravagante ficcion, y dejan de significar lo que representan, porque lo que distingue á todos ya no distingue á nadie: el signo en tanto es signo en cuanto conserva la propiedad de distinguir.

"Por desgracia en una república, cualquiera que sea, son pocos los ciudadanos que prestan al-

tos y eminentes servicios, ó que brillan por sus virtudes y talentos, ó que se distinguen por una serie de acciones útiles y gloriosas. ¿Qué he de pensar yo, pues, de vosotros, al veros á todos tan llenos y cargados de honores y distinciones? Lo diré con franqueza, porque siempre os he hablado el lenguaje de la verdad. Que los mas habeis empleado el favor y la intriga para obtenerlas, y que habeis tenido unos gobernantes imbéciles y no nada amantes de la justicia distributiva, ó acaso ignorantes y poco conocedores del verdadero mérito: bien que nada estraño de los individuos que pusisteis al frente de vuestro gobierno, y no se debia esperar otra cosa del *Topo* y del *Murciélago* y demas á quienes la administracion de los negocios de república encomendasteis.

"Yo veo, es verdad, al *Elefante* muy justamente condecorado con la cruz de la *fortaleza y del valor;* veo al *Buey* premiado con la cruz de la *constancia y sufrimiento;* veo al *Toro* con la del *valor heroico* y la *bravura en la pelea.* Todo esto está bien, porque en ello se ha atendido al mérito y la justicia. ¿Pero qué importan estas raras escepciones, si al propio tiempo estoy viendo á la *Liebre* premiada con la misma condecoracion que el *Toro*, á la *Mariposa* poco mas ó menos decorada que el *Buey*, y al *Ciervo* igualmente honrado que el *Elefante?* ¿Qué he de pensar de ver á un *Buitre* con la gran cruz de Cárlos III, á un *Cuer-*

vo ostentando por lema *lealtad y gratitud*, á un *Camaleon* honrado por todos los partidos, y á un *Mono* llevando sobre sí todas las grandes cruces y bandas de todos los Estados; hasta el Cordon de la Legion de Honor, que es lo que mas al alma me llega, y no lo estrañaréis siendo como soy frances?

"¿Qué me sirve que haya unos pocos premios bien aplicados, si se confunden con la multitud de los que han caido en ánimas viles como se suele decir? ¿Quién distingue á los unos de los otros? Solo el que conozca las particulares cualidades de cada uno. Si pues el conocimiento de las prendas individuales es el que ha de juzgar del mérito y del honor, ¿qué objeto tienen ya las condecoraciones? Para otro tanto valiéraos mas presentaros desnudos de insignias como el *Perro*, el cual ademas de la lealtad de que siempre ha dado pruebas, se ha acreditado para mí por la virtud de la modestia y por su falta de ambicion, cualidades que le honran mas que todas las cintas y cruces que pudiera traer.

"Así, pues, mis queridos animales, concluyo con recomendaros, y os ruego que no olvideis nunca esta máxima de mi compatriota Boileau:

Le seul honneur solide,
C'est de prendre toujours la vérité pour guide,
De regarder en tout la raison et la loi,

D'être doux pour tout autre et rigoureux pour soi,
D'accomplir tout le bien que le ciel nous inspire,
Et d'être juste en fin, ce seul mot veut tout dire [1].

"Que traducido al español para inteligencia de los que aquí os halleis de aquel pais, si alguno hubiere, quiere decir:

El solo honor estable y verdadero
es llevar siempre la verdad por guía,
la razon y la ley mirar en todo,
ser á los otros la dulzura misma,
cuanto á sí propios rígidos y graves;
hacer el bien que el cielo nos inspira;
ser justo, en fin, esta palabra sola
cuanto decir quisiera significa.

"Repítoos que no olvideis nunca esta máxima, y con esto me vuelvo á mi tumba, sin que os pueda asegurar si volveré ó no á visitaros, porque esto lo decidirán circunstancias que no dependerán de mí. Idos pues. La Providencia os guarde."

Y se restituyó el hermano Buffon á su tumba, quedando los animales mustios por demas y disgustados, que siempre disgusta y entristece oir verdades y desengaños como los que ellos acababan de oir. Así es que se fueron retirando poco

1 Boileau, sátira XI.

á poco y sin hablarse palabra, cada cual á su guarida, donde se duda todavía si se despojaron de los supuestos honores para dedicarse al ejercicio de las acciones virtuosas, que son el verdadero honor, ó si continuaron con sus antiguas mañas despreciando ú olvidando el consejo del sabio naturalista, que es lo que con mas fundamento se cree.

Lo que se sabe es que el *Pavo real* fué siguiendo por un buen espacio al ilustre conde, pugnando por llamarle la atencion hácia sus cintas y sus guapos: pero el conde, bien penetrado de que los méritos del *Pavo real* no podian ser otros que un escesivo orgullo fundado en su hermosura y sus adornos, continuó desentendiéndose y mortificándole. Al poco tiempo se encontró un *Pavo real* muerto entre unas malezas. Era el infeliz animalito, á quien el coraje habia sofocado. ¡Digno castigo de la desmedida presuncion!

LA HOMEOPATIA.

III.

Tirabeque tratado homeopáticamente (1).

Una vez resuelto y determinado, mi paternidad en persona (pues no hubiera permitido de modo alguno que el pobre Tirabeque saliera de casa en tan mal estado) fué á avistarse con el Dr. Nuñez, que casualmente se hallaba á la sazon en Madrid, y de cuyas antiguas relaciones me prometia que se habria de prestar á asistir á mi buen lego, á quien nada sin embargo habia dicho.

No fueron vanas mis esperanzas; al contrario, fué tanta su amabilidad, que á la hora ya estábamos los dos en la celda gerundiana, y á la presencia de Tirabeque.—Aquí tienes, Pelegrin, le dije, á mi amigo el Dr. Nuñez.

Púsose Tirabeque á mirarle de hito en hito y esclamó: "Señor, si el mal no me tiene conturbada la vista, este señor es el mismo que ha curado á V. dos veces en Burdeos.

(1) Ya supondrá el lector que esto le pasó á Tirabeque antes que lo del magnetismo.

—El mismo, Pelegrin; y el mismo de quien tanto has oido hablar allá y acá, y que puede llamarse el padre de la homeopatía española.

—Muy señor mio, dijo Tirabeque, y esto me infunde algun aliento y confianza. Pero suplico á V., añadió, por lo que V. mas quiera en el mundo, que vea de tratarme con todo el cuidado y esmero y con todo el aquel de que sea capaz la homeopatía; pues aunque un pobre lego no haga la mayor falta en el mundo, tengo un amo que sentiria perderme, ademas que la vida Dios la amó, y V. no deberá estrañar que el hombre....

—Vamos, dijo el Dr. Nuñez sonriéndose, V. querrá que le cure.

—Eso, sí señor, contestó Tirabeque.

Entonces el doctor le hizo algunas preguntas sobre su padecimiento, y principalmente sobre las causas predisponentes y ocasionales que constituyen la parte integrante de un buen diagnóstico, que es el objeto de la atencion especial y escrupulosa de un médico homeópata, informándose ademas de su temperamento, de su género de vida, de su carácter, de sus enfermedades anteriores, del tratamiento que éstas habian tenido, y sobre todo de las que pudiera haber contraido por herencia y trasmision de sus padres, que es uno de los puntos en que mas se detienen los homeópatas.

Mientras Tirabeque satisfacia á su modo á to-

das estas preguntas, el Dr. Nuñez con el ojo médico que le distingue observaba minuciosamente á Pelegrin, como aquel que estudia los síntomas morales de un enfermo, entre los cuales no dejaria de notar una muy decente dosis de aprehension, y no sé si trasluciria su carácter socarron y maulero en estado de sanidad. A muchas preguntas tenia yo que contestar por Tirabeque, temeroso de que dijera alguna herejía higiénica, dinámica, patológica ó fisionómica, y gracias que no las dijera yo.

Luego que el doctor hubo formado su juicio diagnóstico, "vamos, señor Tirabeque, le dijo, tenga V. confianza que no se morirá de ésta."

—¿De verdad, señor médico? ¿Y se me quitará este arrebato de la cara?

—¿Qué duda tiene?

—¿Y el humor de la pierna? ¡Oh, si me pudiera V. arreglar la pierna, señor doctor, y ponérmela tan larga como esta otra!

—La homeopatía no alarga piernas, señor Tirabeque, y mas cuando su cortedad es tan antigua como V. me ha informado; lo que podrá conseguirse es que no cargue en ella ese humor que V. dice, y que deberá desaparecer.

—Lográrase eso, señor doctor, y diérame yo con un canto, no digo en los pechos, sino en ella misma.

Y dicho esto, sacó el médico su cajita, que al

reves de la Pandora que contenia todos los males, ésta creen que contiene los remedios de ellos; y tomando uno de los noventa menudísimos frasquitos que en otras tantas menudísimas casillas encierra, echó dos menudísimos globulitos en un menudísimo papel, y los trituró y mezcló con otros menudísimos polvitos blancos que en él habia.

"Esto, le dijo, lo disolverá V. en medio cuartillo de agua, de lo cual tomará V. una cucharadita antes de acostarse, y otra por la mañana temprano, cuidando de no tomar alimento hasta que pasen de dos á tres horas, procurando que el alimento sea módico y sano, y absteniéndose de todo lo que sea ácido y picante. Tan luego como V. se sienta bien, dejará de tomar las cucharaditas. Cuidado con esto: nada de mas."

Tirabeque miraba al médico, miraba á los polvitos, me miraba á mí, y en sus ojos se leia aquella frase tan de ordenanza hablando de las dosis homeopáticas: "¡vamos, parece imposible!" Luego, encarándose al médico, le dijo: "Señor doctor, V. perdone, porque hasta la religion nos manda que no espongamos nuestra vida y nuestra salud; y aunque yo supongo que los médicos homeópatas son gente de mucha conciencia, el asegurarse bien nunca está demas, siquiera de que no le hará daño lo que toma; y así desearia.... nada, nada, V. perdone, yo lo tomaré con fé."

Las últimas palabras las produjo una mirada

un poco espresiva que yo le lancé. El médico se sonrió, y se despidió de nosotros asegurándonos de nuevo que no tuviésemos cuidado.

El cuidado y la impertinencia fué despues para mí, pues, aquella misma noche, hecha ya la disolucion de los polvitos, y al tiempo de tomar la primera cucharada, acometiéronle á Tirabeque nuevos temores é incertidumbres. Llenaba la cuchara, la miraba, se la acercaba á los labios, la volvia á apartar, y unas veces decia: "Señor, increible parece que esta tan mínima cosa sea capaz de curar á un hombre: ¿qué medicina puede haber aquí?" Otras veces esclamaba: "y si esto tiene tanta fuerza como dicen, y no fuera lo que á mí me conviene, y enviaran á un pobre lego al otro mundo antes de tiempo por meterse á andar con homeopatías!....

—Pues mira, le dije; si no tienes fé, vale mas que no lo tomes, porque no hay peor cosa que un medicamento tomado sin fé: basta la parte moral para neutralizar el efecto fisico, dado caso que no le contraríe.

—"Pues señor mi amo, la fé me salve, y haga Dios de mí lo que quiera." Y se tragó la cucharada.

A la mañana siguiente tomó la otra segun se le habia prevenido. Aquel dia se sintió ya bastante aliviado, y se le iba desvaneciendo la aprehension. Al siguiente aseguraba que se hallaba ya otro

hombre, y en la mañana del tercero entró á darme los buenos dias casi saltando de gozo. "Señor, ya no hay nada, me dijo, ni calentura, ni hinchazon, ni risipela.... me encuentro ágil como un muchacho.... quisiera ir ahora mismo á decírselo al Dr. Nuñez, y á darle las gracias, y á pagarle lo que sea, que no le regatearé un solo maravedí de lo que me pida.... y tengo ya tanta fé, mi amo, que si quiere V. que me eche al cuerpo ahora mismo y de una vez todo lo que ha quedado en el vaso, no tendré inconveniente ninguno, porque esto es milagroso, señor, y acaso me convendria para acabar de tomar fuerzas....

—De eso te librarás bien, Pelegrin; y si no acuérdate de lo que te encargó el médico: "cuidado con tomar ni una gota más desde el momento que se sienta V. bien!" Y esto concuerda perfectamente con el sistema del mismo Hannemann, que nunca se cansaba de recomendar á los enfermos que no se escedieran en lo mas mínimo de las dosis marcadas: ¡tanta era la fuerza de accion que él atribuia á estas tan diminutas cantidades!"

Lo cierto es que la indisposicion de Tirabeque desapareció completamente en dos dias, con solo tres cucharaditas, y sin necesidad de sangrías, ni de apósitos, ni de brebajes; y que desde entonces hasta la fecha no ha vuelto á tener novedad, pareciéndole que hasta en la pierna mala siente cier-

ta agilidad y soltura que antes no esperimentaba: con la particularidad que como el tratamiento habia sido tan benigno, apenas sintió convalecencia. Con esto, escusado será decir que es el mas acalorado defensor y apologista de la homeopatía.

Por lo que hace á mi reverendísima, ni la impugno ni la defiendo, porque para fallar en tan delicada materia eran necesarios mas conocimientos de los que mi paternidad posee. He referido este caso, é indicado los que conmigo mismo han tenido lugar, y de cuya autenticidad respondo (ya el resultado haya sido casual, ya se haya debido á la homeopatía), con el objeto de que unidos al catálogo de otros mas graves que cada dia se refieren, puedan contribuir á despertar la atencion del gobierno (si es que los gobiernos de España creen que las vidas y la salud de los hombres son atendibles), así como de los hombres entendidos, para que miren este asunto con el interes que por su trascendencia merece, y procuren por todos los medios apurar la verdad y examinar imparcial y despreocupadamente los fundamentos en que se apoya y los resultados que se obtienen de la moderna doctrina.

Porque si la homeopatía es una falsedad, y los prodigios que de ella se cuentan son ilusiones, la humanidad merece que se la desengañe. Y si la homeopatía es una verdad, y ciertos los efectos

maravillosos que se le atribuyen, seria el descubrimiento mas importante que hubieran hecho los hombres, y el beneficio mas imponderable é inmenso que la humanidad podria recibir, como que no puede haber nada mas importante que la salud y la vida.

Diluciden y fijen la cuestion los que puedan y deban. A Fr. Gerundio no le toca mas que indicar. Entretanto cada uno obrará segun su creencia y sus convicciones.

IV.

Sus principales capítulos.

Figurando ya como figura la homeopatía en el *Gran Teatro social*, creo que no será inoportuno, y que la generalidad del público no se disgustará de que haga aquí una breve y compendiosa esposicion ó estracto de los principales capítulos que constituyen la doctrina de esta nueva escuela.

1.º La homeopatía es la ciencia y el arte de curar las enfermedades de una manera dulce, pronta, cierta y durable. Se llama homeopatía (palabra griega), porque su principio es emplear los medicamentos *homogéneos ó análogos* á las en-

fermedades, á diferencia de la allopatía que emplea las medicinas ó *diferentes* ó *contrarias*. Los homeópatas llevan por axioma y principio: *similia similibus curantur:* los allópatas (es decir, los médicos de todos los demas sistemas) siguen esta otra máxima *contraria contrariis curantur*.

2.º Segun los homeópatas, la vida es el resultado de la accion incesante de un principio invisible, inmaterial, dinámico ó virtual, llamado *fuerza vital*, cuyas funciones regulares constituyen el estado de salud, y su desacuerdo el de la enfermedad.

3.º Esta fuerza vital, dicen, como conservadora de la armonía orgánica, está obrando siempre contra toda modificacion que tienda á alterar su ritmo regular. Esto es lo que llamamos vulgarmente la naturaleza luchando contra las enfermedades que tienden á destruirla.

4.º Siendo la fuerza vital una, y las enfermedades alteraciones dinámicas del organismo, estas enfermedades no pueden ser destruidas sino por agentes capaces de modificar dinámicamente tambien el cuerpo humano.

5.º Así (dicen) la virtud medicamental que cura al hombre enfermo es la misma que ha escitado síntomas morbosos en el hombre sano. Esto es lo que se propuso esperimentar Hannemann, y esto es lo que dicen que consiguió probar hasta la evidencia por una serie de esperiencias hechas

en un largo número de años en sí mismo, en su familia, en sus discípulos y en sus allegados.

6º Para que los medicamentos curen las enfermedades es necesario que aquellos tengan una virtud superior á estas. Las enfermedades (dicen) no tienen mas que un poder limitado para destruir el equilibrio de la economía viviente, mientras que los medicamentos obran de una manera constante, idéntica, absoluta. De consiguiente, deben de ser mas poderosos que las enfermedades, siempre que sean oportunos. Esta oportunidad es la que dicen ha alcanzado la homeopatía, porque conocido el efecto que hace una sustancia médica en el hombre sano, se conoce la enfermedad que cura. Y como que aquello lo saben por una serie de esperimentos constantes y uniformes, la aplicacion de la medicina se hace con una seguridad casi matemática.

7.º El objeto de las medicinas homeopáticas es ayudar siempre á la naturaleza, ó sea á la fuerza vital en su constante lucha y reaccion contra las alteraciones orgánicas que causan las enfermedades, es decir, añadir una sobreescitacion revulsiva á la fuerza vital cuyas reacciones eran antes insuficientes.

8.º Las medicinas homeopáticas son todas simples, y sus efectos de antemano conocidos. Así no pueden ellas causar otra enfermedad. Mientras que las medicinas allopáticas con sus diferentes

mezclas pueden (dicen ellos) suscitar nuevas afecciones en otros puntos de la economía, causando así una enfermedad nueva al tiempo que pretenden atacar la enfermedad existente.

9.º Los homeópatas emplean las sustancias medicinales puras en el mayor grado de su energía. Hay (dicen) muchas sustancias que en su estado natural no ejercen ninguna accion sobre el cuerpo humano, como el licopodio, la plata, la platina, el pedernal &c., y por medio de las preparaciones artificiales adquieren una actividad verdaderamente estraordinaria. Hé aquí el fundamento de las preparaciones químicas, y de la reduccion de las sustancias médicas á las dosis infinitesimales.

10. Conocen los homeópatas los efectos de mas de 1,200 ó 1,600 sustancias médicas, por repetidos esperimentos que sobre ellas dicen haber hecho y siempre con los mismos resultados.

11. Ellos recogen las sustancias solubles, y los jugos de los vegetales en su mayor frescura y en el estado de la eflorescencia, que es cuando tienen mayor virtud natural.

12. En la homeopatía el diagnóstico es el objeto especial de la atencion del médico.

13. Las dosis de los medicamentos homeopáticos, aunque iguales en la apariencia, son de diferentes grados de actividad, y las administran ó deben administrarlas conforme al grado de la en-

fermedad y á la naturaleza del enfermo. Una accion demasiado enérgica podria agravar el padecimiento; por eso se limitan á provocar la reaccion suficiente del organismo, y encargan tanto no escederse en las cantidades.

14. El enfermo tratado homeopáticamente debe abstenerse de tomar cualquiera otra sustancia médica, porque todas ellas, mas ó menos, contrariarian ó destruirian el efecto de la medicina homeopática.

Debe evitar todas las causas debilitantes que pudieran disminuir la energía de las reacciones del organismo: los escesos de todo género, y sobre todo, las fuertes emociones morales: no hacer uso sino de alimentos puramente nutritivos y de fácil digestion: ejercer todas las demas funciones de la vida de la manera mas conforme á las leyes de la naturaleza.

15. El régimen homeopático prohibe: las sangrías, las sanguijuelas, los baños frecuentes, las drogas medicinales, los olores fuertes, el café, el chocolate á la vainilla, los ácidos, especialmente el limon y el vinagre, las bebidas alcohólicas, los vinos fuertes, las comidas abundantes ó demasiado grasientas, el uso inmoderado de la sal, la pimienta, los lugares malsanos, la vida sedentaria, las ocupaciones forzadas, las prolongadas vigilias, y finalmente, todo género de escesos.

16. El régimen homeopático permite ú ordena:

los paseos frecuentes al aire libre y á pié, el ejercicio regular y moderado del cuerpo y del espíritu, la distraccion, el alimento módico y nutritivo, la caza de toda especie, la vaca, la ternera, los pollos, los huevos, la leche, el queso, los pescados, las ostras, las patatas, los garbanzos buenos, las coliflores, la berza, las espinacas, los guisantes, las zanahorias, el arroz, la sémola, el arrouroot (sustancia alimenticia muy á propósito para los niños), las frutas maduras y no ácidas, el agua, ya pura ya azucarada, ya mezclada con vino, la cerveza no adulterada, el chocolate sin aromas, las féculas, y en general las viandas sencillas y sin salsas fuertes ó estimulantes.

Parece, pues, que el régimen homeopático no es demasiado riguroso ni cruel, y que aun le deja al hombre recursos con que alimentarse sin merecer sentencia de muerte homeopática. Gracias sean dadas por esta parte al padre y á los hijos de la homeopatía, que con tanta consideracion han querido tratar á la humanidad comiente.

LO QUE VIO TIRABEQUE MAGNETIZADO.

Para mejor asegurarme si mi buen lego se hallaba ó no en estado de verdadero sueño magnético, á pesar de su afirmativa, determiné hacer otra prueba; la de esperimentar si su sistema muscular habia adquirido ese grado de insensibilidad y adormecimiento que dicen produce en algunos el sonambulismo, hasta el punto de no sentir la picada de un alfiler y otras semejantes impresiones.

Al efecto me dirigí á coger de sobre la mesa un alfiler gordo que por acaso en ella habia, con intento de darle dos ó tres punzadas. Mas cuando me volví á Tirabeque oí que me decia: "la intencion de V. en este momento, señor mi amo, no tiene nada de humana ni de caritativa; y hará V. muy mal en picarme, pues tanto pueden picar al hombre, que aunque parezca estar muy dormido, salte y lo eche todo á rodar: y esto que digo de los hombres lo digo tambien de los pueblos. ¡Hombres que parece que estais despiertos! ¡no piqueis demasiado á los que parece que

están dormidos! ¡Creed las palabras de un magnetizado!"

Confieso que me impuso el inesperado apóstrofe de mi lego, y esto, mas que la prueba del alfiler, me convenció de que estaba completamente sonámbulo, pues que así penetraba mis intenciones, y se esplicaba ademas en tan desusado lenguaje. Dejé, pues, el alfiler, y acercándome á él de nuevo, le dije: "puesto que te hallas ya en tal estado de *claravidencia*, haz el favor de decirme, si gustas [1], si te has subido ya á las regiones celestiales, y puesto en comunicacion con los espíritus.

—No señor, me respondió; aun estoy en la tierra.

—¿Y en qué lugar de ella, si se puede saber? ¿En España ó en el estranjero?

—En España.

—Mucho lo celebro, Pelegrin: eso prueba que tú no eres como aquellos que sin conocer su propio pais se van á conocer los estraños, y cuando vuelven quieren aplicar aquí todo lo que han visto allá, sin saber (porque no puedan saberlo) cuál es lo aplicable y lo no aplicable. Y en el supuesto que tan claramente ves las cosas, hazme el favor de decirme algo de lo que ves.

1 El Sr. Cubí encarga que se use con los magnetizados el estilo dulce y suplicatorio, y de ningun modo el imperativo, pues éste los suele resentir y amostazar.

—Señor, veo primeramente la España hecha un laberinto de partidos: hay tantos como hombres; y si no tantos, casi casi.

—¡Qué diablura, Pelegrin! ¿Y en qué consistirá eso?

—Eso consiste, mi amo Fr. Gerundio, en que como yo penetro ahora las intenciones de los hombres, estoy viendo que el partido de cada uno es su propio interes, es decir, el egoismo, aquel cuyo arbolito me enseñó V. en la primera funcion.

—No lo estrañaré, Pelegrin, porque ya hace algun tiempo que entreveo yo eso mismo.

—Es que yo lo veo claro, mi amo Fr. Gerundio.

—Y dime; ¿cuál será el remate y fin que esto tendrá?

—Señor, eso no lo veo tan claro.

—Tampoco me maravilla, porque no todas las cosas las ven los sonámbulos con igual lucidez. Ahora voy á ver si has adquirido la presciencia. ¿Me harás el favor de decirme quién será el esposo de nuestra reina?

—Su nombre le estaba pronunciando monsieur Guizot hace una hora delante de Luis Felipe y de otro personaje que no conozco, en el gabinete que está á la espalda del salon de los mariscales; pero le ha cortado la palabra la noticia del Sr. Russel. Porque es de saber que hay una madeja muy larga y muy enredada con varios cabos,

de los cuales uno hay en S. Petersburgo, otro en Viena, otro en Roma, otro en Nápoles, otro en Paris, otro en Lóndres y otro en Madrid, y que cuando parece que va saliendo bien la hebra de un lado, tiran del otro y se enreda de nuevo la madeja, y aun no se ha podido hacer ovillo.

—Pero si tú penetras los pensamientos de los hombres, sabrás al menos el que mereceria la preferencia en el corazon de S. M.

—Señor, los corazones de los reyes son sagrados é inviolables, y no están sujetos al sonambulismo. De modo, que aunque me parece que lo sé, no lo puedo decir como sonámbulo.

Las contestaciones de Tirabeque tenian una mezcla de misteriosas, de discretas y de vagas, que me hacian dudar si habia adquirido la *presciencia*, si bien advertia una cierta dosis de *claravidencia* que no suele tener en su estado natural. Para probar si en otras materias veia mas claro ó se esplicaba mas esplícitamente, cogí un libro y se le presenté delante de los ojos.—Tendrás la bondad, le pregunté, de decirme qué libro es este que tengo en la mano?

Él, sin vacilar, y sin abrir los ojos, de lo cual estoy cierto, me respondió: "el libro que tiene V. en la mano es el Diccionario de la lengua; y por cierto que bien podia añadirle la academia las voces que le faltan, como por ejemplo, *escuálido*, *lote*, *plantilla*, *gestion*, *pupitre*, *gastrónomo*, *cotiza-*

cion, *cupones*, *esplotacion*, *percal*, *gandúl*, *gaznápiro*, *fagot*, *impermeable*, *folletin*, *escalofríos*, y si V. quiere, me estaré hasta mañana diciendo voces que no trae el diccionario; y tampoco trae la *claravidencia* en que yo me hallo ahora."

Lleno de admiracion me dejó Tirabeque, tanto porque el libro que yo le presentaba era realmente el Diccionario de la academia, como por la copia de voces que él sabia le faltaban. Sin embargo, para mas cerciorarme de su intuicion, tomé un periódico, y doblándole y poniéndosele á una regular distancia, le dije: "¿me harias el obsequio de decirme que es lo que contiene la última página de este periódico?"

—Sí señor, me contestó: despues de los anuncios de teatros trae el elogio de una obra que se acaba de publicar, el cual está escrito por el mismo autor, y la redaccion no ha hecho mas que ponerle conforme se le ha dado, porque es amigo.

—En cuanto al elogio de la obra es cierto; pero respecto á estar escrito por el mismo autor, perdóname, Pelegrin, pero ni puedo creerlo ni puedo admitirlo, porque yo sé bien que no obran así las redacciones.

—¿A que quiere V. ver mas claro que yo?

Y se mostró irritado; porque los sonámbulos no pueden sufrir que se les contradiga, aun cuando no lleven la razon, en lo cual se parecen á muchos

despiertos. En seguida hice un acto fuerte de *volicion*, y comunicando mi *querer* con energía, le dije á mi lego: "sal de España, Pelegrin; dá un paseo por esos mundos, y dime algo de lo que está pasando, si merezco de tí esta honra.

—Con mucho gusto, contestó él, y á Roma por todo.

—Pues ya que á Roma te has ido, dime si vendrá el dichoso concordato, cuándo y cómo.

—No veo claro, señor; parece que tengo delante de los ojos un castillo que todo me lo enturbia, confunde y embrolla. A quien veo con mucha claridad es al Santo Padre, que en este momento saca la caja del rapé, y le alarga un polvo al emperador Nicolás con mucha amabilidad y dulzura.

—Perdona, Pelegrin amigo, pero eso no puede ser. ¿Habia el Santo Padre de hacer tales demostraciones de amistosa confianza con el autócrata de las Rusias, con el perseguidor cruel de la Iglesia católica, con el inhumano martirizador de las pobres religiosas, al mismo tiempo que tan regateador y esquivo se muestra para reconocer la legitimidad de nuestra reina, siendo la reina de una nacion católica, apostólica, romana?

—Señor, yo digo lo que veo, y á lo que se está viendo no hay réplicas ni razones que valgan. Y ahora veo á todos los reyes, grandes y chicos, y á todos los príncipes chicos y grandes en conti-

nuo movimiento de un lado á otro, viajando mas que si fuesen comisionistas de alguna casa de comercio, haciéndose visitas y dándose la mano de amigos, y diciéndose mil flores y mil ternezas, y como queriendo meterse unos á otros en el corazon, que es cosa que me está encantando ver lo derretidos que están ahora los señores monarcas unos con otros. Y al propio tiempo estoy viendo como todos ellos están acechando quién será la víctima en el momento que suene el primer cañonazo que ha de dar al traste con la paz y concordia entre los príncipes cristianos y con la amistad que felizmente los une.

—Tal creo yo, Pelegrin, y estoy temiendo, porque ciertamente es muy de temer, que la calculada y estudiada paz que hace algunos años disfrutan las naciones, y todos esos al parecer estrechos lazos que unen á los monarcas, se rompan el dia menos pensado; y pienso tambien que ellos mismos á su vez participan de este temor. Así es que la Inglaterra se arma y previene como si amenazase un gran cataclismo, y que todos los políticos se preguntan: ¿de dónde saldrá el primer cañonazo que turbe la paz de Europa y de el mundo?

—Señor, eso lo veo yo por el sonambulismo.

—¿Es posible, Pelegrin?

—Señor, tan claro como la luz del medio dia.

—Dilo, pues, Tirabeque mio, dilo, si es cosa

que puede revelarse sin comprometer la suerte de las naciones. ¿Saldrá de Inglaterra? ¿Saldrá de Francia, de Rusia, ó acaso de los Estados-Unidos?

—Lo único que puedo decir con seguridad, señor mi amo, es que el primer cañonazo que se tire ha de salir de la boca de un cañon. Lo demas son secretos del magnetismo que no puedo descubrir.

Verdaderamente yo no sabia qué pensar de las contestaciones de mi lego. Por un lado parecia estarse burlando de mi buena fé; por otro se esplicaba en un lenguaje y emitia unas ideas que no le son habituales en su estado natural y de vigilia.

Dispuse, pues, hacer otra prueba y le dije: "Pelegrin, haz el favor de hablar en muchas lenguas: ahora veremos si estás ó no sonámbulo.

Y sin hacerse mas de rogar, y con indecible sorpresa mia, comenzó á esplicarse así:

En frances.—Chacun son métier, les vaches sont bien gardées: que quiere decir: cada cual atienda á su juego.

En latin.—Turbatis rebus, improbi valent: ó á rio revuelto ganancia de pescadores, ó en revueltas el que intriga es el que medra.

En italiano.—Dimmi con chi vai, e ti diró chi sei: ó dime con quien andas y te diré quien eres.

En portugues.—Do pâo de nosso compadre grande fatia á nosso afilhado: ó lo que es lo mismo,

pues que no ha de salir de mi bolsillo, paga, pueblo, y calla el pico.

En inglés.—They are as like as two peas: que equivale á decir: tan bueno es Pedro como su compañero.

En aleman.—Es steck etwas dahinter: es decir: aquí hay gato encerrado.

Atónito por demas me tenia Tirabeque, y no menos me admiraban los efectos del sonambulismo; como que al ver tanta discrecion en un lego me daban tentaciones de no despertarle. Le habia hablado del magnetismo como agente terapéutico, y era menester hacerle algunas preguntas sobre su estado patológico.

Primeramente le pregunté: ¿cuántas cucharadas de sangre circulan por tus venas?

—Ciento treinta y siete, me respondió sin vacilar.

—Me parecen pocas, le repliqué.

—Segun sea la cuchara, me contestó.

—¿Y conoces algun método para la curacion ó alivio de tu pierna?

—La curacion completa será dificil, por ser el mal muy viejo, pero para el alivio sí le conozco. Me convienen alimentos sólidos y sanos, como aves gordas, pescados frescos, frutas maduras, &c. Me conviene ademas un poco de vino, puro y sin mezcla, á cada comida: no hacer demasiado ejer-

cicio, por lo que mi amo deberá mandarme á los menos recados que pueda: no manejar cosas de mucho peso: distraerme honestamente, á lo menos los domingos y fiestas de guardar.

—Cierto, Pelegrin, que el sistema curativo es cómodo por demas y no nada molesto."

Pero esto mismo me hizo sospechar si el tal Tirabeque me estaria jugando alguna mala pasada. Para salir de dudas le dije: ¿me podrás informar de algo de lo que esté pasando á estas horas aquí en España, pero lejos de nuestra celda?

—No hay inconveniente. Ahora entra un diputado en el despacho del ministro con intencion de hacerle algunas indicaciones sobre cierta intendencia á la cual tiene él ya puestos los puntos hace mas de cinco meses. No tardará en salir para Madrid un buen alijo que desembarcó ayer en un pueblo de la provincia de Málaga. En este momento están reunidos siete capitalistas tratando de los medios de hacer subir mas los treses, de acuerdo con otros, que aunque no son capitalistas pueden disponer de capitales.

—Un poco misterioso estás, Pelegrin: si me dijeras nombres, podria yo saber despues si todo eso era cierto.

—Señor, cuando abrimos el *Teatro Social* me encargó V. mucho que no alzara del todo el telon, sino un tantico no mas, y de esto me acuerdo mejor con las *pasas* que V. me ha dado; y aho-

ra haga V. el favor de dispertarme, que ya es tiempo.

No tanto por complacer á Tirabeque como por salir yo de las dudas é incertidumbres en que me habia puesto su género de sonambulismo, y sobre todo porque él no estaba muy esplícito que digamos, me propuse desmagnetizarle, y dí principio á la operacion del despertamiento.

TIRABEQUE DESMAGNETIZADO.

Yo comencé por ejecutar lo que previenen y encargan tanto el Sr. Teste como el Sr. Cubí para obrar la desmagnetizacion. Hice una fuerte intencion de que Tirabeque despertara. Le aproximé las dos manos por el dorso, y las separé luego con violencia como si con cada una de ellas quisiera darle un reves. Repetí esta accion varias veces delante de la cara, bajando despues por toda la línea media hasta los miembros inferiores inclusive. Todas estas pasas eran horizontales en lugar de verticales, segun prescribe el Manual.

Viendo que aun así Tirabeque no despertaba,

le insuflé diferentes veces en los ojos, y le dije: *Despierta, Pelegrin: Pelegrin, despierta.*

—Pero sí, ya baja: así despertaria él como un muerto. Yo ya iba entrando en aprehension. Por un lado sospechaba si habria alcanzado el estado de éxtasis y se hallaria conversando con los espíritus angélicos; por otra temia y recelaba si habria hecho alguna de Barrabas enviando á Tirabeque á despertar al mundo en que nadie duerme. Ello es que yo sudaba ya como un cavador al ver que por mas pasas verticales que le hacia, por mas que mis brazos parecian aspas de molino de viento y mi boca fuelle de órgano sin dejar de soplar, ni por esas lograba desmagnetizarle. Le empujaba, le movia, le zarandeaba, y tampoco. ¡Está bueno esto, por vida mia! esclamé en alta voz. Hé aquí un estado de adormecimiento, añadí, en que á este mozo se le podria hacer bien la amputacion de la pierna sin que sintiese el mas pequeño dolor.

—¡Para el tonto que lo esperára! esclamó abriendo cada ojo como el arco de un puente. Y agradezco la buena intencion, mi amo.

—¿Conque has despertado, Pelegrin mio? ¡Vaya un susto que me has hecho pasar! ¿Y te sientes fatigado? ¿Te acuerdas de algo de lo que has dicho durante el manético?

—¡Pues no me he de acordar, señor! Punto por punto y coma por coma.

—Pues es maravilloso, porque los que duermen por magnetismo no se acuerdan absolutamente de nada de cuanto han visto ni dicho durante su adormecimiento.

—Es que yo no me he dormido, mi amo.

—¿Que no te has dormido, he? Mas de lo que yo ya queria, que creí no acertar á despertarte, y he pasado unos sudores que he temido acongojarme de susto y de pena.

—Pues ha hecho V. muy mal, porque así he dormido yo como V.

—Segun eso, Pelegrin, me has engañado, te has burlado de mí.

—Burlarme, no señor, ha sido una broma no mas. En vista del empeño que V. tenia en dormirme, y al ver que no acertaba, dije para mí: "voy á hacerme al sonámbulo á ver qué es lo que mi amo me pregunta: y esto mismo creo que han de hacer muchos de los que dicen que se magnetizan.

—Bribon, maulero, socarronazo y ganapan que tú eres, ¿y eso no es burlarse de mí? ¿Y cómo has podido adivinar mis pensamientos y responder á mis preguntas del modo que lo has hecho?

—Señor, en verdad sea dicho, yo no he adivinado nada. Cuando V. se dirigió á la mesa á coger el alfiler, abrí yo los ojos y lo ví. El libro que V. me presentó no podia ser sino el Diccionario, porque era el único que tenia V. sobre la mesa, y

no sentí abrir ninguno de los armarios en que están los otros.

—¿Y lo del periódico cómo lo esplicas?

—Señor, muy sencillo: todos los dias traen el anuncio de alguna obra nueva, y en esto no podia equivocarme. Y en cuanto á aquello de que el elogio hubiera sido escrito por el mismo autor, no era mas que un juicio inocente mio; y fundábale en que todas las obras y escritos que salen las elogian y recomiendan los periódicos casi por igual; y como no es posible que todas sean igualmente buenas, y por otra parte no pueden tener tiempo los hermanos periodistas de leer las que salen cada dia para formar su juicio, discurria yo que se necesitaria darles el trabajo ya hecho. Pero si V. dice que en esto me he equivocado, que no valga, señor, que los sonámbulos tengo para mí que tampoco aciertan en todo.

—¿Y lo del candidato para esposo de la reina, cuyo nombre decias haber oido pronunciar á Mr. Guizot, hasta señalando hora y sitio? ¿Y lo de Roma? ¿Y lo de Inglaterra, y lo del primer cañonazo?

—Señor, en cuanto al primer punto no tengo duda que el nombre le habria pronunciado Mr. Guizot, pero que fácilmente le habrá cortado la palabra el Sr. Russel; y quédese esto así. Las demas noticias son las que yo por ahí he pescado, y V. deberá saberlas todavía mejor que yo. Aque-

llo del diputado, como que es el pan nuestro de cada dia, dánosle hoy tambien, y perdóneme V. la certeza, que si no es como lo he dicho, no le andará muy lejos. Y lo propio digo con respecto al contrabando, que si no desembarcó ayer habrá desembarcado hoy: y en un dia cualquier sonámbulo se puede equivocar, puesto que no todo se ve tan claro.

—Lo que me hizo sospechar algo de tu sonambulismo, Pelegrin, fué el plan curativo que prescribiste para tu pierna. Pero por otra parte, como acababa de oirte hablar en tantos idiomas, cosa que yo creí tan ajena de tu escasísima erudicion en tu estado natural....

—Señor, algo se me habia de haber pegado en tantos viajes como hemos hecho, y por torpe que sea.... ya ve V., hasta los soldados aprenden sus palabras y refranes por poco que estén en pais estranjero.

—Pues mira, con poquito mas que supieras de idiomas ya casi podias aspirar al bachillerato en lenguas que debiera prescribir el nuevo Plan de estudios.

—Señor, y aun sin *casi:* porque tengo para mí que con tanta confusion de lenguas han de salir tales babilonios, que el que llegue á decir como yo un refrancito en cada una sin mezclar acelgas con coliflores, se ha de tener por un doctor.

—Pero bien, Pelegrin, y vamos al objeto principal de nuestra sesion de hoy. Segun eso tú no creerás ya en los efectos del magnetismo.

—Lo que yo creo, mi amo, y V. perdone la franqueza, es que V. no acierta á magnetizar.

—Ya te dije que no estaba muy seguro del resultado; pero tambien podrá consistir en que tú eres ya un poco talludo para recibir impresiones magnéticas, puesto que las épocas mas favorables de la vida para ello son la adolescencia y la juventud, las cuales hace tiempo has dejado atrás. Por otra parte tú debes ser mas linfático que nervioso; ademas que lo que debió producir en tí aquellas aparentes *pandiculaciones*, ó bostezos, al parecer febriles, seria alguna *idiosincracia* morbífica.

Sin gracia ó no sin gracia, mi amo, el resultado es que V. no me ha dormido; y ahora me maravilla mas la facilidad con que dicen que duerme el hermano Cubí.

—Eso dependerá, Pelegrin, de los conocimientos y práctica magnética que él tiene y yo no; como lo prueban las muchas magnetizaciones que dicen ha ejecutado, y los infinitos testimonios librados por sugetos de todas clases que han esperimentado en sí mismos su rara habilidad, y que andan unidos á sus obras. Entre ellos es notable la manifestacion que hacen una porcion de personas de Reus, cuyo documento tengo á la vista,

y en el cual se lee: "Todos creiamos imposible el poder magnetizar; hasta creiamos todos que la existencia del magnetismo era una quimera; pero hoy *todos magnetizamos*. El magnetismo entre nosotros puede llamarse *el imposible vencido, la mentira que se nos ha vuelto verdad, &c.*

Y este documento lo firman médicos, cirujanos, fabricantes, cómicos, barberos, profesores, estudiantes, carpinteros, tejedores, pintores, tenderos, músicos y danzantes. Todos dicen que magnetizan ya, y sin embargo yo no he podido magnetizarte á tí. Yo creo que tú debes ser muy poco impresionable.

—No señor, antes á mí me imprimen cada diez dias muchas veces y en letras grandes ó chicas, conforme se les antoja, y hace ya muchos años que ando impreso y aun reimpreso. Sino que eso del magnetismo debe ser cosa de músicos y danzantes como V. ha dicho.

—Poco á poco, Pelegrin; eso es dar á entender que tú no crees en el magnetismo.

—Señor, yo.... por un lado sí, y por otro no.

—Vaya, vaya, muy atrasado estás en la materia, y muy indócil te veo en creer la existencia y efectos de este maravilloso descubrimiento. Menester será que tomes algunas lecciones del Sr. Cubí....

—Perdone V., mi amo, que eso de hacer dormir á un hombre y no poder dispertar sino cuan-

do al magnetizador le acomoda, me hace un poco de miedo. Y así en tal caso mejor querría aprender del hermano Cubí esotro que enseña sobre el modo de conocer á los hombres por unos bultitos que dicen que tenemos todos en la cabeza, y aun á algunos sin mas que mirarlos á la cara. Esto me gustaria más, porque debe ser muy útil y muy curioso, y no tiene la esposicion de quedarse uno dormido en la celda como por broma, y acaso ir á dispertar á la eternidad de veras.

—Muy bien; yo tambien me alegraré que tomes algunas lecciones de frenología.

—Eso, sí señor, de frenología; sino que yo no queria decirlo, porque como empieza con *freno*, temia cambiar los *frenos* y decir algun disparate.

—Pues bien, Pelegrin, te enviaré á sus lecciones, y veremos cómo te portas. Y en lo que hace al magnetismo, pienso que no vas descaminado en decir que por un lado sí y por otro no, porque yo tambien creo que hay algo: más digo, creo poder probar que hay algo, pero que tambien hay secretos en la naturaleza que no ha penetrado todavía, ni acaso los penetrará nunca el hombre; y el que quiere ir mas allá de lo conocido, ó tiene que suplirlo con lo falso, ó caer en el descrédito y en el ridículo.

D. FRUTOS DE LAS MINAS.

HISTORIA

verídico-novelesca, político-metalúrgico-subterránea.

CAPITULO III.

Viaje de D. Frutos y frutos de su viaje.

A los seis dias leyó mi paternidad en la Gaceta el parte siguiente.—Gobierno político de la provincia de.....—Exmo. Sr.—A pesar de las enérgicas medidas y esquisita vigilancia empleadas por mí para la total estincion de la gavilla de malhechores capitaneada por el llamado *Ojo-turbio*, que recorre varias comarcas de esta provincia, no se ha podido lograr su completo esterminio, y tengo el sentimiento de participar á V. E. que la diligencia que salió de esa corte el 8, fué asaltada por algunos bandidos de la referida cuadrilla, y robados y maltratados los viajeros, entre los cuales parece que se hallaba el digno di-

putado á cortes D. Frutos de las Minas, á quien, despues de haber tratado con bastante inhumanidad, despojaron de todas sus ropas, habiendo tenido que cubrirse con las de un filantrópico paisano del pueblo inmediato al sitio de la catástrofe. No ha habido que lamentar otra desgracia física que algunas contusiones que los malvados ocasionaron á los viajeros, siendo las mas considerables las que sufrió el mencionado D. Frutos. La fuerza destacada en persecucion de los bandidos deberá haberles dado alcance á estas horas, segun noticias que acabo de recibir, y no dudo los destruirán, como ya lo hubieran hecho, si no fuera la proteccion que encuentra *Ojo-turbio* en algunas masadas y caseríos, que tambien vigilo de cerca. La paz mas completa y el órden mas admirable reinan en toda la provincia. Dios &c.

Fatal incidente fué este para D. Frutos y para toda la comision; la cual, como tuviese que andar una jornada por fuera de arrecife para penetrar en el corazon de la sierra donde radicaban las minas, tuvo que dejar pronto la diligencia, y proveerse en uno de los pueblos vecinos del competente número de cabalgaduras que al término de su viaje los trasportaran.

Mas como todos tres fuesen tan limpios de moneda como sucios de polvo, y por otra parte sus trazas y apariencias no los abonaran demasiado, dièron con mil dificultades para encontrar quien

les alquilara las caballerías. Su fortuna fué que el robo de la diligencia habia sido noticiado en el pueblo por los demas viajeros, con lo cual y con haber conservado D. Frutos su pasaporte en que constaba su alta dignidad de diputado, se presentaron al alcalde, y éste bajo su garantía les proporcionó los auxilios que necesitaban, y con los cuales emprendieron de nuevo su ruta. Eran estos auxilios dos jacos y un mulo, enjalmados á estilo del pais, y cuya estampa y catadura ya hubiera querido igualar á la de aquellos jamelgos llamados *bridest* que á Tirabeque y á mi paternidad nos dieron allá en Bélgica cuando fuimos á visitar la gruta de Remouchamps, y en que tan batidos sacamos nuestros hipocondrios [1].

Ved pues, hermanos mios, á la comision de minas de *S. Pascual Bailon*, y principalmente á *D. Frutos de ellas*, caballeros en las tres alimañas, trepando cerros, cruzando valles, salvando riscos y atravesando barrancos. Y contemplad á todo un representante de la nacion española (que no sé ciertamente, yo Fr. Gerundio, cuándo la representa mejor, si cuando está sentado en bancos de terciopelo y habla de su grandeza y vota contribuciones en un salon lujosamente adornado, ó cuando va sobre un desdichado rocinante, vestido de prestado, espoliado por una cuadrilla de

1 Viajes de Fr. Gerundio, tom. 2.º

salteadores, y golpeado ademas, asendereado y molido). Y lo iba tanto en verdad, que unido á no ser el mejor ginete que digamos, fué milagroso que cayera algunas menos veces que cae el justo cada dia, y la jornada fué la mas molesta que pueda haber hecho viandante alguno.

Sin embargo, como lo último que pierde un abogado es el humor de hablar, fué lo único tambien que en medio del quebranto y molimiento conservó D. Frutos; y así dirigió á sus conviajantes este razonamiento: "Triste cosa es á fé mia, compañeros y amigos, que unos hombres que dentro de poco tiempo habremos de andar en carruajes propios, cómodos y elegantes, por las calles de la corte, háyamos de vernos ahora tan innoblemente montados y por tan escabrosas sendas tan plebeyamente conducidos; y que los que vamos á disponer y ordenar el modo de estraer cuanto antes los tesoros que se encierran en nuestras propiedades, tesoros que ni nosotros ni nuestros hijos podremos agotar por despilfarrados que fuésemos, háyamos de venir en este momento tan exhaustos y vacíos de moneda, y por lo que á mí hace, hasta vestido de caridad. ¿No les parece á VV. que contrasta bien esta miseria con la opulencia que nos aguarda?

"Y lo que nos aguarda tambien, contestó el secretario, son los votos y conjuros de los socios, cuando sepan que el producto de los dos dividen-

dos estraordinarios han caido en manos de unos administradores con quienes ni ellos ni nosotros contábamos.

"Pues no nos recibirá de mejor humor, añadió Sarmiento, el verdadero administrador cuando vea que en lugar de los fondos que esperaba ha de tener que proveernos de lo necesario para poder vivir los dias que dure la visita.

"Lo cual, añadió por su parte D. Frutos, no deja de ser un embarazo para estrechar al director y al administrador en aquello de *redde rationem.*"

En estos y semejantes razonamientos llegaron al pueblo y territorio de las minas, donde ya los dos funcionarios de la empresa impacientemente y de una hora para otra los aguardaban, como igualmente los obreros y alarifes que al verlos llegar prorumpieron en gozosas demostraciones y aplausos, como quien da por asegurados sus salarios por una buena temporada. Pero no tanto como unos y otros se habian regocijado, y tantas como eran las galanas esperanzas que habian concebido de la llegada de la comision, tanto se quedaron de melancólicos, mustios, lánguidos, tétricos, opacos y marchitos, cuando supieron la malandanza que les habia pasado, y lo limpios, mondos, escamoteados, éticos, despabilados y ligeros que venian. Algo, no obstante, se repusieron y tranquilizaron con escribir aquella misma noche á la junta di-

rectiva comunicándole su percance y pidiendo nuevos fondos con urgencia. Emplearon lo demas en descansar, que bien lo habian menester, y al dia siguiente se dispuso ejecutar la primera visita y reconocimiento de las minas.

Componiase la comitiva, de los tres individuos de la comision, del director facultativo, el administrador, el capataz, y un peon. Cuando D. Frutos se vió á las bocas de las minas comenzó á pensar, que no habiéndolas visto nunca ni mas gordas ni mas flacas, y careciendo de estudios geológicos y de conocimientos de arquitectura subterránea, no dejaria de verse algo embarazado para dar su dictámen sobre la direccion de los trabajos y sobre la naturaleza y clasificacion de los metales. Mas luego añadió para sí: "¿y qué? ¿tanto entendia yo de hacer leyes cuando entré en el congreso, y sin embargo, he hablado con el desparpajo que el que mas, y doy mi voto sobre lo que no entiendo, y es un voto que pesa y vale en definitiva como el de otro cualquiera? Ademas, ¿no he aprendido ya algunas voces de minería? ¿qué me detiene pues?" Y levantando la voz, "adelante, señores (dijo); bajemos cuando VV. gusten."

Bajaron primero al pozo *Bendicion de Dios.* El peon, con su candileja de ordenanza en la mano, iba alumbrando las oscuras galerías: de tiempo en tiempo, previa órden del director ó del capataz, aproximaba la luz á las paredes; miraba D. Fru-

tos con atencion, y esclamaba: "verdaderamente, señor director, que le está bien puesto á esta mina el nombre que lleva, porque esto es una verdadera *Bendicion de Dios:* por todas partes no veo mas que mineral, y mineral esquisito segun todas las señales.

—Hasta ahora, Sr. D. Frutos, contestó el director, no son mas que eflorescencias; vamos mas adelante y hallaremos ya algunas vetas, que aunque delgadas, por la clase de ganga que las acompaña, pienso que han de ir engrosando.

—¡Poder de Dios, y cómo se suda aquí! esclamó D. Frutos: y andando algunas varas más, "já, já, gritó alborozado; ya está aquí el filon: ¡cáspita, y qué robusto es y que potencia tiene!

—Eso que V. ve, replicó el director, no es filon, sino una roca pizarrosa que me hizo creer que trabajábamos en estéril; pero variando de rumbo hemos hallado una faja de arenisca, que apoderándose gradualmente de la caja del filon le va haciendo mas rico, si bien será menester para proseguirle, dar mas inclinacion á la galería.

—¿Y por qué no se abre, preguntó D. Frutos, un ramal de recorte de norte á sur?

—Por la sencilla razon, contestó el director, que el rumbo del filon, segun todos los signos, marcha de este á oeste.

—Bien, replicó D. Frutos; pero aquí hay que hacer una entibacion, con algunas calicatas, y unos

socavones, un par de pozos maestros con las labores de arranque correspondientes y su bomba, á fin de desatorarlo en regla y trastornar su rumbo hácia los testeros, porque la cuarcita que aquí se encuentra lo hace necesario, y es menester sacar mineral pronto y en abundancia, puesto que lo hay como se ve á la simple vista, y lo indican tambien las pintas de hidrógeno, sulfato y galena, y el alcohol que se respira, y lo demuestra igualmente mi sudor.

Mientras que D. Frutos creia que se estaba esplicando como un Humbolt, un Becche ó un Haüy, y que tenia estático de admiracion á su pequeño auditorio, costábales no poca violencia al director y capataz el reprimir la risa al escuchar tanto desatino y blasfemia minera; y segun testimonio que dió despues el secretario de la comision, tuvo que detener el brazo del albañil ó alarife, que ya le tenia levantado en actitud de descargar un candilazo sobre la frente ó narices del diputado mineralogista, sin tener en cuenta ni dársele un ardite por la inviolabilidad, que no creeria alcanzarle debajo de tierra.

Salieron de aquel pozo y reconocieron otros, en los cuales desplegó D. Frutos iguales ó parecidos conocimientos metalúrgico-arquitectónicos; y en seguida pasaron al pozo *Bienaventuranza.*

—¿Para qué han puesto VV., preguntó D. Fru-

tos, esta especie de garrucha á la boca de este pozo?

—Para bajar á él le respondieron: aquí no hay galería de descenso.

—¿Y yo habré de bajar tambien por aquí?

—Es la cosa mas sencilla del mundo, respondió el aperador; no hay sino meterse en ese cubo, y se baja sin cuidado. Baja tú primero, Froilan, le dijo al peon, y luego bajaré yo, para que vea el Sr. D. Frutos que esto no tiene nada que hacer.

Bajaron los dos, y gritábanle desde abajo: "¿lo ve V. como esto no es nada?" Animábale tambien el director por su parte, mas D. Frutos á todo respondia: "Señores, no se molesten VV., que no bajo; esto no es para mí, y si no tiene la *Bienaventuranza* otra entrada mas fácil, renuncio á la *Bienaventuranza* de las minas." Pero habiéndole picado sus compañeros el amor propio, añadiendo la reflexion de que, ¿qué diria la sociedad si por un esceso de cobardía y timidez se volvia y presentaba sin haber visto y examinado sus mas ricas pertenencias? junto con el ejemplo que le dió el secretario, prestándose á bajar antes, se decidió por fin nuestro padre de la patria á embutirse en el cubo.

Ved, pues, hermanos mios, al representante de la nacion metido en el tonel como Diógenes, colgado y pendiente como dejó él la cuestion de pre-

supuestos el dia de su salida, renunciando á hacer quizá con su voto la bienaventuranza de la patria, por ir á buscar la *Bienaventuranza* de sus minas. A los diez ó doce pasos de la tierra siente un desvanecimiento que le turba el sentido, como de ordinario acaece á los que así bajan por primera vez, y llega al suelo privado de conocimiento y blanco como la cera. El peon Froilan se quita apresuradamente la chaqueta, y convirtiéndola en abanico le refrigera con el escaso ambiente que por aquellas honduras circula. Gracias á la chaqueta D. Frutos va recobrando el sentido; y antojándosele que el suave soplo que recibia era movido por el abanico de su amada, "¡Magdalena! esclama; ¡Mi querida Magdalena!" Abre los ojos, se encuentra con el tostado y barbudo rostro de Froilan, y poco faltó para que volviera á caer en el parasismo. Al fin se repuso casi completamente y fué sacado del tonel; y mientras bajaba el director, Froilan encendió una pajuela y con ella un candil, y comenzaron todos á recorrer la galería.

Habrian caminado como unas veinte varas, cuando, ¡oh catástrofe dolorosa! una enorme masa de tierra y cuarzo se desprende de la bóveda de la galería; un pedrusco arrebata el candil de la mano á Froilan, y quedan todos á oscuras, atónitos y consternados. Afortunadamente no hubo mas lesion que la que causó á D. Frutos en el hombro

izquierdo un trozo de roca cuarcitosa que quiso su mala suerte le cayese encima. Todos de comun acuerdo resolvieron salir cuanto antes de la *Bienaventuranza;* pero el material desgajado habia casi obstruido el paso, y tuvieron que salvarle gateando á tientas, no sin una decente dosis de miedo, y sin escoriarse las manos, rasguñarse las rodillas y arañarse los rostros.

Al fin lograron ganar la boca de salida, y vueltos á embutir uno tras otro en el tonel, fueron saliendo á tierra y aire libre. Admiráronse recíprocamente de verse tan mal parados, y D. Frutos, en medio de su mal humor, aprovechó la oportunidad para decir al director, que si en la *Bienaventuranza* hubiera hecho las obras que él le aconsejó en la *Bendicion de Dios*, no hubiera sucedido tal hundimiento, y que ya él tenia la obra en la boca cuando le cortó la palabra el material que se desgajó de repente. "Por hoy, dijo el capataz, no nos queda mas pozo que reconocer que el *Lázaro resucitado;* aquel tiene muy buena entrada.—Pues vaya V. y éntre, y no salga si le acomoda, respondió amostazado D. Frutos, que harto *Lázaro resucitado* estoy yo hecho, y basta de resurrecciones y de pozos, que bien puedo decir que he nacido hoy, y juro y protesto no entrar mas debajo de tierra, hasta que me zabullan muerto, para no resucitar sino en la gloria."

Con esta resolucion de D. Frutos iban ya á retirarse á poblado, cuando les llegó aviso de que los obreros de *Los Siete Infantes de Lara* se habian puesto á trabajar dentro de la demarcacion y casi á la misma boca del pozo *Azúcar* y *Canela* de la pertenencia de la sociedad, que era precisamente el denuncio que habia motivado la incoacion del pleito entre ambas compañías.

—Eso no, voto á tal, esclamó D. Frutos así que oyó la noticia; si es la mina del pleito, no consentiré yo que otro trabaje en ella impunemente, pues es bueno que sepan *Los Siete Infantes de Lara* que *S. Pascual Bailon* tiene un abogado capaz de defender su derecho sobre el terreno mismo de la competencia con razones tan legales, que los confundirá y anonadará y condenará en el acto en las costas de proceso y en el resarcimiento de daños y perjuicios &c."

—"Pues llevemos allá, dijo el capataz, nuestros operarios, y que trabajen allí, y no consintamos en que nadie se apodere de nuestras propiedades." Y llamóse á los obreros, y se les hizo ir armados de todas armas y útiles al sitio de la contienda para emprender en él decididamente los trabajos. Mas como al doblar el primer cerrillo que dominaba el susodicho registro fuesen apercibidos por los jornaleros de *Los Siete Infantes de Lara*, y conociesen la actitud hostil y determinada que llevaban aquellos, pusiéronse en guardia, suspen-

dieron la labor, y tomaron el aire imponente de una preparada espera. Los otros prosiguieron impávidos su marcha, y llegados al terreno en cuestion, "aquí, dijeron, nada tienen que hacer *Los siete Infantes de Lara.*

—Quien no tiene que hacer aquí, replicaron estos, es *S. Pascual Bailon.* La mina es nuestra, y si algun obrero de *S. Pascual* se atreve á dar un azadonazo, no sacará sanas las costillas.

—Quien las ha de sacar rotas y para no prestar, dijeron los de *S. Pascual Bailon*, han de ser *Los siete Infantes de Lara*, si vuelven á clavar el pico en la tierra.

—Pues veremos quién es el mas guapo, contestaron estos.

—A verlo vamos, replicaron los otros."

Y los unos y los otros comenzaron á cavar, y en el instante comenzaron tambien, primero á darse empellones, despues á sacudirse garrotazos, y luego á arrojarse las herramientas, viéndose volar por los aires una lluvia de picos y azadones, de barrenos y martillos, de esportones, palancas, taladros, sierras, escofinas y todo género de armas y utensilios bélico-mineros. Y agotados estos, y embravecida mas y mas la pelea, aquellos nuevos Titanes, verdaderos hijos de la tierra mas que los que movieron la guerra á Júpiter, echaron mano de los guijos, cascotes y pedruscos que estraido habian, y rompianse la crisma mutuamente con

pedazos de galena, con rudas masas de cuarzo, con trozos de plomo argentífero; con espuertas de ganga beneficiable, y acaso se abollaban la cabeza con guijarros impregnados de vetas y pepitas de oro.

Nuestro D. Frutos que veia la pelea con el disgusto de un hombre pacífico y de ley, se acercó á los contendientes y les arengó en estos términos: "¿Es posible, ciudadanos, que de esta manera hayan VV. de querer ventilar las cuestiones y dirimir los litigios de minas? ¿para qué son las razones? ¿para qué los abogados y los tribunales? ¿para qué las ordenanzas y las leyes? Esponga aquí cada cual, sobre el terreno mismo, ya que en él nos hallamos, el derecho que crea asistirle á la pertenencia que se litiga; nombren, si quieren, *Los siete Infantes de Lara* su abogado defensor, como yo lo soy de *S. Pascual Bailon*...."

A este tiempo vino á cortarle el uso de la palabra un pedazo de roca cuarcitosa de las muchas que por allí se cruzaban, y acertándole en el hombro que habia sacado sano del pozo de la *Bienaventuranza*, poco faltó para que diese con él en tierra. Entonces á semejanza de S. Pablo cuando para hacer resaltar la injusticia de su maltratamiento esclamaba: *civis romanus sum*, soy ciudadano romano, así esclamaba D. Frutos: ¿cómo es esto, señores? ¿saben VV. que soy un diputado de la nacion española?

Pero los contendientes nada oian y nada escuchaban en el calor de la refriega; y Dios sabe hasta dónde hubiera ésta llegado si por fortuna no hubiera acudido el alcalde llevando consigo un destacamento de tropa que en el pueblo para estos casos destinado habia, pues no era el primer pleito de esta clase que habia ocurrido en las minas de aquel distrito. Al ver llegar la fuerza armada se desbandaron los peleadores sanos, se recogieron los heridos, y la comision de S. Pascual con el director y toda la comitiva se retiraron al pueblo, todos profundamente disgustados, y en especial D. Frutos, que al ver los que iba sacando de la visita, formó resolucion irrevocable de disponer su regreso á Madrid tan pronto como llegasen los nuevos fondos pedidos á la sociedad, y sin los cuales no podia emprender viaje, y tan pronto tambien como se curara de las diferentes y no nada leves contusiones que en su cuerpo habia recibido.

EL PLAN DE ESTUDIOS VIGENTE.

ARTÍCULO II.

Vita brevis, ars longa.
Hipócrates, aforismo 1.º

Si Hipócrates dijo: "la vida breve, y el arte larga," el autor del *Plan* debió decir para sí: "yo te juro que lo que tiene de corta la vida, lo han de tener de largas las carreras."

Cinco años de segunda enseñanza elemental, y uno por lo menos de segunda enseñanza de ampliacion, son los que se exigen para ser admitido al estudio de las facultades mayores de teología, jurisprudencia, medicina y farmacia. Las tres primeras han de durar siete años, que con seis son trece.

¡Ay que se nos va acabando
la vida burla burlando!

La mas corta es la de farmacia. Con once años de estudio y dos de práctica tiene bastante un jóven para hacerse farmacéutico. Con esto, y con-

que la homeopatía se vaya estendiendo y las boticas vayan sobrando, no necesita mas este jóven para prometerse un porvenir dichoso despues de once años de gloriosa carrera, y de un capital invertido en botes, redomas, almireces y espátulas, y en yerbas, raices, álcalis y gases.

Un alivio es el que tiene en su favor la farmacia; alivio que no sabrán apreciar bien los que se dediquen á esta profesion: singularidad notable y especialísima: escepcion rara y cuasi milagrosa: privilegio insigne, prerogativa dulce, distincion señalada..... ¡La farmacia es la única facultad para la que no se exige el estudio de la lengua griega! El médico tiene que saber griego, el abogado tiene que saber griego, el teólogo tiene que saber griego, el licenciado en letras tiene que saber griego, el licenciado en ciencias tiene que saber griego; todos tienen que saber griego menos el farmacéutico.

Nadie dirá que el *Plan* es obra lega,
pues fuera necesario estar muy ciego
para no conocer que es un *Plan griego*
desde el principio al fin, desde *alpha* á *oméga* [1].
Griego tiene que ser el terapéutico,
griego el jurisprudente, griego el teólogo,
griego será el filósofo, el zoólogo;
solo no será griego el *farmacéutico.*

1 Nombre de la primera y última letra del alfabeto griego.

Ni mi paternidad ni nadie creo que negará la utilidad del conocimiento de la lengua griega; pero pienso que mientras un estudiante de jurisprudencia emplea su tiempo en aprender el griego por obligacion, en el cual nunca podrá ser muy fuerte con un solo curso mezclado con otras muy diferentes materias, no le faltarian otros conocimientos que adquirir, algo mas directamente útiles á su carrera y futura profesion. Verdad es que en cambio tendremos á su tiempo abogados que sepan ó puedan saber que Solon para publicar sus leyes las hacia grabar sobre la piedra en la forma llamada *boustrophédon;* y si no llegan á aprender esto, podrán saber por lo menos que el *tribunal de Pilatos* se llamó *Lithostrothos*, que quiere decir pavimento de piedra: ó al menos sabrán que *Ennéadécaétérides* es el famoso *periodo de diez y nueve años* que descubrió Methon; que *Batrachomyomachia* quiere decir *combate entre las ranas y las ratas;* que *homousios* significa *consustancial*, y que *homoioteleuton* es una figura retórica, como *ichthyologia* la ciencia que trata de los pescados; con otras noticias no menos útiles que éstas para saber pedir ó administrar justicia con arreglo á derecho y con conocimiento de la legislacion civil y criminal de España.

Pasando del título II al III, que trata de los *estudios superiores* y del *doctorado*, hallamos los *estudios superiores* divididos tambien en *letras y cien-*

cias. Y cuando un hombre haya logrado á fuerza de *estudios superiores* graduarse de *doctor en letras*, que son muchas, y de *doctor en ciencias* que no son menos, este doctor *in utrisque* podrá tomar el título de *doctor en filosofia*. De manera, que para aspirar á ser *doctor en filosofia*, se necesita emplear la mitad de la vida, saber casi todas las cosas y otras muchas más, y poder sostener conclusiones públicas *de onmi re scibili*, como el P. Francisco de Macedo en Venecia [1].

Para el doctorado en facultades mayores no se exige sino un año ó dos más de estudios, que con los otros trece, componen catorce ó quince de carrera. En este punto está moderado el plan.

Sigue el título IV, que trata de los *estudios especiales;* y como no hace sino indicarlos, reservando su órden y duracion, número y clase á lo que determinen los reglamentos, tambien mi reverencia los pasa por alto, como el autor del plan.

Solo diré, que por mas que discurro y he discurrido, ni atino ni he podido atinar qué es lo que ha servido de base y en qué puede haberse fundado la distincion y clasificacion de los estudios. Yo veo *facultades mayores*, y no encuentro las *fa-*

1 Este padre era portugués, natural de Coimbra, que portugués habia de ser él para echar la fanfarronada de anunciar y defender tesis públicas *sobre cuanto hay que saber* en el mundo.

cultades menores: veo *estudios superiores* y no encuentro *estudios inferiores*, ni *estudios comunes:* veo *estudios especiales*, y no encuentro *estudios generales*. Yo veo la *lengua griega* hacer parte de las *letras*, y veo la misma *lengua griega* hacer parte de las *ciencias*. Yo veo en las *letras* la *Historia de las ciencias eclesiásticas*, y veo en las *ciencias* la *Historia de las ciencias naturales*. Yo veo la economía política constituir parte de las *letras*, y veo la misma *economía política* hacer parte de una *facultad mayor*. Yo veo la *Zoología* en la *segunda enseñanza de ampliacion*, y veo la *Zoología* en los *estudios superiores*. Y no veo la razon por qué la una haya sido colocada acá, y la otra allá, y la otra en las dos partes, habiendo estudio que pertenece al mismo tiempo á la *segunda enseñanza* y á la *superior*, á las *letras* y á las *ciencias*. Y dígase ahora si este no es un interior oscuro, intrincado y laberintoso, escondido tras de una fachada magnífica, elegante y vistosa.

Trata la seccion segunda de los establecimientos de enseñanza públicos y privados, dividiéndose los primeros en *institutos* de primera, segunda y tercera clase, *colegios reales*, *universidades* y *escuelas especiales*.

Lo primero que me ocurre es que debia haberse suprimido el nombre de *universidades*. Porque ¿qué significa *universidad?* La academia de la lengua nos lo dice: "Universidad. Comunidad ó cuer-

" po de profesores y maestros, establecido por la
" autoridad legítima para la enseñanza pública de
" *todas las ciencias y artes liberales*, y por el cual
" se confieren los respectivos grados en cada fa-
" cultad."

En efecto, se llaman *universidades, quia in illis* OMNIA ET UNIVERSA *docentur*. La universidad de Lieja tiene escrito en su fachada: "UNIVERSIS DISCIPLINIS: *para todas las enseñanzas.*" Y está bien, porque allí están concentradas todas.

Ahora bien: ¿qué enseñanzas establece el nuevo Plan en las diez universidades que deja en España? En cinco de ellas se enseñará *jurisprudencia y teología;* y en las otras cinco *jurisprudencia y medicina*, y nada mas. La *farmacia* solo se podrá estudiar en Madrid y Barcelona. Las letras, las ciencias, la filosofia, las artes, se estudian en los *institutos*. Para los *estudios especiales* se crearán *escuelas especiales*. ¿Qué queda, pues, á las *universidades?* La jurisprudencia y la medicina en unas, la jurisprudencia y la teología en otras. ¿Y merece esto el nombre de *universidad?* ¿Son estas *todas las ciencias y artes liberales?* ¿Son estas *universæ disciplinæ?* Mucho más se enseña en los *institutos de primera clase*, y mejor merecerian éstos el nombre de *universidades*. Ni aun el grado de doctor se confiere en ellas. El estranjero que venga á España y lea *universidad*, y se eche á buscar las ciencias que en ella se enseñan, deseoso de oir

alguna leccion de *física*, ó de *astronomía*, ó de *matemáticas*, ó de *historia*, ó de *química*, ó de *mineralogia*, ó de *lenguas*, ó de *literatura*, y vea que no las encuentra por ninguna parte, y al cabo de mucho rebuscar halle que en aquella *universidad* solo se estudia jurisprudencia y teología, ¿no dirá naturalmente: "y esto es lo que se llama *universidad* en España? ¿Y aquí es donde se aprenden conocimientos *universales?*"

Esto, si no fuera ejemplo vulgar, diria que se parecia al cuento del posadero, que preguntado qué tenia que comer, respondió con arrogancia: "aquí hay de todo cuanto V. quiera;" y luego resultó que no tenia mas que lo que llevara el huésped.

"*Solo en la universidad de Madrid* (dice el artículo 77) *se conferirá el grado de doctor y se harán los estudios necesarios para obtenerlo.*"

Las demas universidades deben quedar agradecidas al favor que el *Plan* les dispensa en este artículo.

Yo estoy porque el grado de doctor no se pueda obtener con la facilidad que hasta aquí; porque el doctorado habia llegado á hacerse un grado de fórmula, y así habia regimientos de doctores que de todo tendrian menos de *doctos*, y la mayor parte de los doctores de la santa madre iglesia *no sabian responder*, siendo ademas muy comun entrar en una oficina cualquiera y encon-

trarse á todo un señor doctor honrando la borla con una plaza de escribiente.

Pero me parecia mas regular que las dificultades para alcanzar el doctorado fuesen dificultades de estudios, dificultades de ejercicios y conocimientos científicos, dificultades de saber, no dificultades metálicas para poder soportar los gastos de dos cursos en Madrid. Que este es un monopolio tan metálico como literario, no muy propio del espíritu de ilustracion que requiere la época y debiera proponerse el autor del Plan. La superabundancia es fin estremo, y el monopolio es otro. Aquí siempre saltamos de estremo á estremo. En España no hay términos medios.

Y si no pasemos á los *establecimientos privados*. Llámanse así los fundados ó sostenidos por particulares ó corporaciones, y que por tanto no dependen inmediatamente del gobierno.

La libertad de crear y abrir establecimientos privados de enseñanza habia llegado á tal estremo en este pais estremoso, que cualquier individuo, cualquier Pedro, Juan ó Pelayo, sin mas que ser ciudadano español y mayor de 25 años, siquiera sus letras fuesen tan gordas como el edificio destinado á la enseñanza, abria muy seriamente su colegio, que á veces llamaba nada menos que *polimático*, se ponia muy seriamente á dirigirle, y los padres de familia enviaban muy serios á sus hijos á recibir educacion en estos establecimien-

tos libres. Así es que la España estaba sembrada de una clase de colegios que daban lástima al mismo tiempo que risa: así como los habia tambien, y mi paternidad los ha visto con mucha satisfaccion, por ejemplo, en Cádiz, en Jerez, en Sevilla, y algunos tambien en la corte, tan perfectamente dirigidos y organizados, y donde se daba una educacion literaria, bien puede decirse mas esmerada que en lo general de los establecimientos del gobierno. Esto necesitaba indudablemente una reforma.

¿Qué ha hecho, pues, el gobierno en el nuevo plan? Si no hubiera pasado de estremo á estremo, ni la reforma seria reforma española, ni el gobierno seria gobierno español. Ha dicho pues: "habrá, sí, establecimientos privados de segunda enseñanza, de primera, segunda y tercera clase; pero aunque digo que los habrá, no los podrá haber: porque yo les pondré tales trabas, grillos, cadenas y ligaduras, que buenos con malos, y malos con medianos, ó poco he de poder, ó no me ha de quedar un colegio privado ni aun por señal, aunque fuese la misma Sorbona. Porque en primer lugar, yo estableceré en el artículo 93, una triple policía (alma de los gobiernos ilustrados), que no haya colegio que la aguante ni la pueda soportar. En segundo lugar, yo exigiré tales condiciones y requisitos en los profesores de los colegios privados, que sea imposible que se encuen-

tren aunque los busquen por toda la haz de España con candil; y sin profesores, á ver cómo hay colegios ni enseñanzas. En tercer lugar, por si alguno hubiere todavía, yo me reservo el derecho de cerrarle mediando causas graves para ello, que las habrá cuando yo quiera, porque siempre hay causas graves cuando hay mucha policía."

Cosas contiene el *Título* relativo á *establecimientos privados*, que tienen chiste por su originalidad. Tal es el depósito que se exige á los empresarios ó directores de ellos; de 10,000 rs. si el establecimiento es de primera clase; de 6,000 siendo de segunda, y de 3,000 siendo de tercera. Una de las mayores pruebas que un gobierno puede dar de su ilustracion, es exigir un depósito de 3 ó 6,000 rs. como garantía de que en un establecimiento se dará buena enseñanza. Esto se demuestra lógicamente. Un empresario ó director, que, suyos ó ajenos, tiene ó busca 150 ó 300 duros que depositar, es imposible que deje de estar dotado del mayor tino y sabiduría para dirigir convenientemente un colegio literario, y es imposible que la juventud no encuentre en él la mas esmerada educacion científica. Por lo menos no se puede negar la baratura; y es una felicidad para un padre de familias saber que mientras haya un depósito de 150 duros, su hijo no puede dejar de salir aprovechado en las letras. Hasta ahora no sabia yo que la calidad y estension de la ense-

ñanza se medía por la cantidad metálica que un empresario pudiera depositar. Esto, si no es muy conforme al espíritu de ilustracion, está muy en armonía con el espíritu del siglo, y es bastante.

Los empresarios de los establecimientos privados están tambien obligados por el plan á tener un editor responsable como los periódicos; pero de muchas mas campanillas, porque ha de ser nada menos que un doctor en letras ó ciencias, ó por la parte mas corta y por ahora, un licenciado en filosofia el cual *hará las veces de director*, conforme á la regla 5ª del artículo 83. Lo primero que dudo es que se encuentre este licenciado ó doctor, y lo segundo que dudo es, que este señor, caso que se encuentre, haya hecho una carrera de diez ó doce años de estudios y secádose el cerebro y consumido un capital para venir á parar en hacerse editor responsable del empresario de un colegio privado de segunda enseñanza elemental. La recompensa es halagüeña por vida mia.

Pero lo mejor que tiene el *Título* de que me ocupo (y concluyo con él) es lo siguiente. Por el art. 81 son establecimientos de tercera clase de segunda enseñanza elemental los que den una parte de ella, *pero la suficiente para formar al menos el primer curso.* De consiguiente, parece que teniendo estos establecimientos *el número de profesores correspondiente á las materias ó asignaturas*

del primer curso, no deben necesitar mas. Esto parece que es lo lógico.

Pues no señor, que por el art. 89: "*los mismos establecimientos no podrán tener para la enseñanza menor número de profesores que los siguientes:*

Lengua latina, uno ó dos.

Retórica, poética é historia, uno.

Principios de moral y religion; idem de psicologia, ideología y lógica, uno.

Geografia y matemáticas, uno.

Física y química, uno.

Mineralogia, botánica y zoología, uno.

Literatura y filosofia, uno.

Lengua griega [*para que no falte*], uno.

Lenguas vivas, uno.

Total de los que exige el art. 89, *nueve ó diez.* —Total de los que exige el art. 81, *tres.* Los seis restantes los tendrán *ornatus gratia.*"

He consultado con muchas personas entendidas para ver si me deshacian esta contradiccion, y no he podido hallar ninguna. Los autores del plan sabrán responder. Yo cito las palabras testuales de los artículos.

Dejo para otro dia la *tercera seccion.*

LAS PATATAS

Y LA ORGANIZACION SOCIAL DEL MUNDO.

De tal manera está organizado el mundo político y social en el Siglo XIX, que unos gusanillos ó una gangrena de patatas, bastan para descomponerle, desorganizarle, destruirle, ó al menos alterarle y conmoverle. Parecerá una paradoja, y sin embargo, nada es mas cierto.

Sean gusanillos, ó sea gangrena producida por las escesivas lluvias y humedades, ello es que las patatas han sufrido este año una enfermedad [*epizootia*]. Esta enfermedad de las patatas ha resucitado en Inglaterra la cuestion de la ley de cereales. Esta cuestion ha originado la caida del ministerio *tory*. Esta caida traerá la formacion de otro gabinete, que aun no sabemos cómo las gastará. Este gabinete podrá dar al traste con la famosa *entente cordiale* de la Inglaterra y la Francia. De esta *entente cordiale* pendia, segun dice, la paz del mundo, y todas las grandes cuestiones

de Europa, de Oriente, de Argel, de Marruecos, de Chile, de México, de Tejas, de los Estados-Unidos, de Buenos Aires, de la India, de la China y hasta de España, donde podrá ser que la enfermedad de las patatas influya en que el futuro esposo de la reina sea ó no sea el que segun Tirabeque en su sonambulismo acababa de pronunciar Mr. Guizot. La suerte de *ambos mundos*, en fin, depende de la marcha y giro que tome el nuevo gabinete inglés, y el nuevo gabinete inglés sera producto de la enfermedad de las patatas.

El mundo está en espectativa, el mundo tiembla, el mundo no sabe cuál será su porvenir, porque la *epizootia* de las patatas puede traer un *epizootia* social y política universal. La organizacion social y política del mundo en el Siglo XIX depende de la enfermedad de unos tabernáculos! ¡acaso de unos gusanillos! *¡Quam incomprensibilia sunt judicia Dei!* ¡Cuán incomprensibles son los juicios del que formó el mundo de la nada!

LA CIVILIZACION.

CONFERENCIAS GERUNDIANAS.

CONFERENCIA TERCERA.

La civilizacion ¿hace á los hombres mas felices?

Soberbia gana tenia Tirabeque de ver cómo esplicaba D. Magin las últimas palabras de la anterior conferencia, que tan en contradiccion hallaba con todos sus anteriores discursos. Y así el primero que comenzó á hablar en el instante de habernos otra vez reunido fué el bueno de Pelegrin diciendo: "Señores, VV. disimularán el atrevimiento, pero han de saber VV. que la civilizacion me ha desvelado esta noche; es decir, apenas he podido pegar los ojos pensando y cabilando sobre las últimas palabras que soltó ayer por despedida el Sr. D. Magin, las cuales me han quitado el sueño como si fuesen pulgas ú otros peores animales que me picaran, salva sea la compara-

cion. Pues no he podido yo entender ni compaginar, cómo habiendo defendido que la civilizacion era tan contraria á la buena vida y costumbres y madre de tantos vicios, pudo decirnos despues que era un ardiente apasionado de ella (que estas fueron sus propias palabras), y que podia ser una cosa tan buena y tan útil, lo cual, si yo no soy mas lego de lo que pienso, es una contradiccion manifiesta. Y así desearia que el Sr. D. Magin me disolviera cuanto antes esta duda, aunque no sea sino por caridad, pues no deberá querer que pase otra noche tan mala como la que he pasado.

D. Magin.—Hiciéralo así con la mejor voluntad, mi apreciable Tirabeque, y tuviera en ello el mayor gusto si no lo estorbara el órden que hemos señalado á las cuestiones.

Fr. Gerundio.—Así es la verdad, Pelegrin, que hoy nos toca discutir si la civilizacion hace ó no á los hombres mas felices.

Tirabeque.—Señor, paréceme que eso no admite duda de ninguna clase, porque si es buena y útil, será porque trae cuenta, y el Sr. D. Magin no habia de querer una cosa que le hiciera mas desgraciado.

D. Magin.—*That is the question*, Tirabeque hermano, como dicen los ingleses. Y para resolver convenientemente y con acierto esta cuestion, es indispensable saber antes en qué consiste la felicidad humana, es decir, la felicidad posible, pues-

to que completa no es dado al hombre alcanzarla en esta vida; que tal es nuestra miserable condicion.

"Ahora bien: si ese estado delicioso que todo el mundo busca y nadie toca; si ese contentamiento del alma, mas fácil de comprender que de definir; si ese bienestar que llamamos felicidad, consistiese en la posesion de los bienes materiales, en la riqueza, en las comodidades, en los placeres fisicos, en los goces sociales, no hay duda que la civilizacion moderna haria á los hombres y á los pueblos más felices, porque ella proporciona y facilita los medios de satisfacer los mas refinados antojos y los mas estravagantes caprichos, tiende á adular todos los gustos y todas las pasiones: halaga los sentidos....

—No es menester mas. Sr. D. Magin, interrumpió Tirabeque, y eso está muy conforme con lo que yo veo en el mundo; pues bástame saber que la civilizacion dá al hombre riquezas y comodidades, para no dudar que le hace feliz. Puesto que el hombre rico disfruta todo lo que quiere, y nada se le resiste, y hace su gusto en todo y por todo. Y así denme á mí *cum quibus*, que yo lo pasaré bien, y en esto debe consistir la felicidad.

Fr. Gerundio.—¡Oh una y mil veces estólido y material y libidinoso lego! ¿Quién te ha enseñado á tí esa doctrina, bellaco? ¿en qué escuela has aprendido esas máximas, belitre?

—Señor, en la escuela de este mundo civilizado.

Fr. Gerundio.—En la escuela del estrago y de la corrupcion las habrás aprendido tú, troglodita. Y sábete que semejante doctrina está ya tan proscripta y desacreditada, que ningun hombre de sana razon se atreveria á ponerla en discusion, cuanto más á defenderla. Pues el mismo Epicuro, á quien han querido colgar el milagro de hacer consistir la felicidad en los goces y placeres sensuales y en la posesion de una rica fortuna, estuvo tan distante de pensar así, que todos los dias repetia á sus discípulos: "Usad de vuestras facultades, pero no abuseis jamas: no sacrifiqueis largos dias á un corto placer: no contrarieis nunca vuestra conciencia; que la sobriedad y la moderacion hagan vuestros placeres mas vivos y mas puros: evitad los escesos que atormentan el presente y empobrecen el porvenir.... si es cualidad de los dioses no necesitar de nada, cualidad debe ser de los sabios contentarse con poco: para hacer á un hombre opulento, es mejor disminuirle los deseos que aumentarle las riquezas." Por último, los placeres de que hablaba Epicuro no eran los placeres de la voluptuosidad, sino los placeres de la virtud.

—Señor, yo no sé lo que decia el Sr. Picurio, ni jamas he oido hablar de él; lo que sé únicamente es, lo que veo por el mundo, que cuanto

mas disfruta un hombre, mas feliz dicen que es.

D. Magin.—Creo, señores, no necesitar detenerme mucho en los tormentos, afanes y vigilias que cuesta siempre la adquisicion de las riquezas, ni en los cuidados y zozobras que ocasionan despues de adquiridas, ni en los remordimientos que siguen á su mala inversion, ni en las consecuencias desastrosas que acarrea el inmoderado uso de los goces que ellas proporcionan, por ser cosas de todos sabidas y por todos unánimemente confesadas. Por tanto voy á demostrar solamente que la abundancia y facilidad de los goces sociales que dá la moderna civilizacion, con su lujo de artes industriales, con sus brillantes espectáculos, con su organizada licencia, con sus vicios consentidos y reglamentados por las leyes, lejos de hacer mas felices los hombres, los hace infinitamente mas desgraciados.

"¿Quién ha podido satisfacer nunca todas las exigencias de la sensibilidad? ¿Quién puede decir: "yo he agotado la fuente de las fruiciones y de los placeres?" La Providencia ha hecho tan pequeña la copa de los goces sensibles, que apenas se empieza á gustarla cuando ya se la encuentra vacía, si es que no se traga tambien el amargo sedemento que en su fondo reposa. La hidropesía de las pasiones es la mas insaciable. Preguntad á los que corren de placer en placer, y que os digan si están satisfechos. Preguntádselo otro

dia; que os hablen en confianza, y decidme su respuesta.

"Por fortuna y por desgracia de la humanidad, si los placeres son dificiles de obtener, su cortísima duracion está lejos de compensar los tormentos y fatigas que cuesta alcanzarlos, y no sé quién sea feliz pasando largas horas y quizá años de congojosos esfuerzos para conseguir un instante de placer fugaz.

"Cuanto mas civilizados se hacen los pueblos, dice el autor del Genio del cristianismo [1], más se aumenta el estado inquieto de las pasiones sin objeto determinado.... Se halla uno desengañado sin haber gozado de nada, y le quedan deseos sin tener ya ilusiones. La imaginacion es rica, abundante y maravillosa; la existencia pobre, árida y sin atractivos.... Es increible la amargura que derrama en la vida este estado del alma, y cuántas vueltas y revueltas dá el corazon para emplear las fuerzas que conoce le son ya inútiles."

Tirabeque.—Todo eso, Sr. D. Magin, será muy cierto, pero V. se ha ido á fijar en la parte mas lastimosa de los gustos, esto es, en aquellos que en el pecado llevan la penitencia. Pero V. no negará que la civilizacion puede dar al hombre tantas comodidades y placeres lícitos y honestos que

1 Cap. IX.

ya no tenga nada que pedir ni apetecer. Deme V. un hombre que tenga una buena casa, con buen homenaje....

—Menaje querrás decir, Pelegrin, que no homenaje.

—Señor, menaje ú homenaje, ó ambas cosas juntas, que todo lo debe tener el hombre que yo digo, porque teniendo dinero, la civilizacion le dará buenas camas en que dormir, y buenas tomanas en que repantigarse, y muchos criados que le sirvan, y una mujer muy jóven y muy hermosa, y mucha salud, y muchas conveniencias y diversiones, y dígame V. que este hombre no es feliz: no sino denme á mí todo esto, y llámenme desgraciado.

D. Magin.—Mira, Tirabeque, así poco mas ó menos decia Séneca [1]: "Que me representen á los Nomentanos y á los Apicios, á esos célebres voluptuosos de la antigua Roma, blandamente suspendidos en lechos colgados, lisonjeada la vista con espectáculos brillantes, encantado el oido con dulces melodías, saboreado su paladar con manjares esquisitos, embalsamado su palacio de embriagantes perfumes, halagados los sentidos con los mas seductores deleites.... en esta fatigosa competencia de placeres su alma se derramará sin cesar; queriendo saborear todos los goces, unos pla-

1 Cap. IX.—Séneca, tratado de la vida feliz.

ceres disiparán ó neutralizarán los otros, y no se aprovechará completamente de ninguno: será como aquellas palmeras á las cuales se le estrae todo el jugo azucarado y luego no pueden dar ningun fruto."

"Pero voy á probarte, Pelegrin, con dos sencillos ejemplos, que todos los recursos de las artes industriales son impotentes á hacer feliz al hombre civilizado.

"Supongamos un hombre de mediana fortuna. Este al principio no aspirará sino á ocupar una vivienda honesta; á tener una mesa decente, pero frugal; á sentarse en sillas de anéa, y á reposar sobre colchones de lana. Mas en el momento que crece algo su fortuna, ya la casa se le hace estrecha y ahogada, y no puede respirar sin habitaciones de invierno y de verano; la poca variedad de la mesa le empalaga y hastía, y necesita cubrirla de manjares que le esciten y halaguen el apetito; siente duras é incómodas las sillas de anéa, y no puede descansar sino en butaca ú otomana; los colchones de lana se le hacen insoportables, y le fuera imposible dormir si no los hubiera reemplazado con los de pluma.

"Al compás que su fortuna aumenta (y si no aumenta, esto solo bastará para traerle inquieto y agitado), va poniendo en contribucion la industria y las artes. Ya la hamaca de la India no es bastante fresca para dormir en el verano; en los

mas acreditados talleres no aciertan á hacerle un sillon con las comodidades y requisitos que desea, y por mas que inventa, traza y discurre no halla sitio bastante blando donde colocar convenientemente la pierna atacada de la gota: los mares y los montes no suministran caza y pescados del gusto y sabor particular que su paladar requiere para vencer el desgano que le atormenta; la naturaleza y el arte son pobres en sus recursos y estériles en sus producciones, puesto que no bastan á satisfacer sus necesidades, las necesidades de un solo hombre civilizado: el tedio y el enojo se apoderan de él; ni sufre á los demas ni se puede sufrir á sí mismo; y hé aquí el hombre feliz de la moderna civilizacion.

"Pasemos al placer de los espectáculos. El que no ha salido nunca de su aldea, goza y se divierte presenciando los sencillos juegos con que los labradores celebran el dia festivo, y los bailes de los mozos del lugar. Este hombre se civiliza un poco, pasa á la capital de la provincia, asiste al teatro, y goza un placer nuevo. Pero vuelve á su aldea, y el baile de los jóvenes le aburre, y las diversiones de los labriegos le secan. Los placeres de la aldea son ya para él de un gusto insoportable, y no descansa hasta poder vivir en la ciudad. Pero da otro paso en la carrera de la civilizacion y se traslada á la corte. Los espectáculos son mas brillantes, las reuniones mas escogidas, el teatro

infinitamente mas culto. Compadece á los desgraciados que vegetan en un pueblo de provincia, y no comprende cómo ha podido él mismo hallar placer en diversiones y entretenimientos de tan mal gusto. La corte, dice, es la única morada en que puede vivir el hombre civilizado.

"Pero este hombre es español, y no es español bastante civilizado mientras no asista al teatro real de Lóndres y á la academia real de música de Paris. Es de indispensable necesidad conocer aquellos espectáculos. Da este paso preciso en la carrera de la civilizacion, y ¡desgraciado de él! cuando vuelve á su patria lo halla todo pobre y de proporciones mezquinas. Va á la ópera, y no comprende cómo haya quien pueda gozar en ella. Recuerda, compara, murmura, menosprecia, y se fastidia. Y aunque no se fastidie, dice que se fastidia, porque no seria español bien civilizado si tal no dijera; y á fuerza de decirlo concluye por creerlo, y á fuerza de creerlo acaba por fastidiarse de veras, y nada es bueno para él, y nada le divierte, y en todas partes se cansa de todo, y hé aquí la felicidad del hombre civilizado.

Tirabeque.—Señor, y es el Evangelio lo que acaba de relatar el hermano D. Magin, que yo he visto á muchos de estos tales estar continuamente gruñendo y salir rabiando de la mejor diversion del mundo, nada mas que porque faltaba un pelillo cualquiera, y en esto no puede consistir la

felicidad, que vale mas lo que goza un mozo de lugar cuando hace una pirueta delante de su novia y echa una pernada.... (y se puso Tirabeque á remedar el movimiento).

Fr. Gerundio.—Cuidado, Pelegrin, no te entusiasmes tanto, que no son tus piernas las mas idóneas para imitar semejantes evoluciones. Y en cuanto á V., hermano D. Magin, estoy yo bien distante de creer que la felicidad de esta vida consista en los goces, placeres y comodidades materiales, fisicos y sensibles que puede proporcionar la moderna civilizacion. Cuando yo no tuviera una evidencia de ello, bastara á convencerme el ejemplo de aquel rey de Asiria [1], que enervado y estragado por los mismos deleites, y sintiendo que los goces se le convertian en penas, proponia premios al que inventara un nuevo género ó un nuevo refinamiento de placer, y buscando la felicidad por mal camino se iba haciendo cada vez mas desgraciado é infeliz, hasta hacérsele insoportable la vida.

Pero ha tenido V. buen cuidado de no hablar sino de los placeres sensibles, omitiendo los del espíritu, que son los más puros, los más esquisitos; y éstos á quién los debe el hombre sino á la civilizacion? ¿Qué pasto mas dulce y mas sabroso para el alma que la ocupacion y el estudio de un

1 Sardanápalo.

arte ó de una ciencia que le absorbe las horas en continuo y agradable entretenimiento y distraccion? ¿Qué placer mas grato al hombre que el de hacer un descubrimiento artístico útil á la humanidad, ó mas puro que el de hallar una verdad matemática, ó mas delicioso que el de encontrar la medicina infalible para un mal que se tenia por incurable, ó mas esquisito que el de resolver un problema que hasta entonces se hubiera resistido á todas las investigaciones? ¿Qué gloria puede igualar á la del hombre de letras que llega á ver generalizadas sus obras, adoptadas sus doctrinas, citados como axiomas sus pensamientos, y respetado é inmortalizado su nombre? ¿Qué felicidad puede compararse á la suya, y á quién se debe esta felicidad sino á la civilizacion?

Tirabeque.—Dificilillo veo, Sr. D. Magin, que V. pueda contestar á estas razones de mi amo. Confieso á fé de Pelegrin, que V. me llevaba ya vencido; pero ahora juro á fé de Tirabeque que no solo me convence mi amo, sino que V. tendrá que darse por vencido tambien sin remedio ni falencia.

D. Magin.—Poco á poco, Sr. Pelegrin Tirabeque: oiga V. primero, y despues juzgará.

"Concediendo que sea tan puro el placer del hombre estudioso y sabio, que lo es ciertamente, ¡cuántas vigilias, cuántas ansiedades, cuántas inquietudes y congojas no tiene que pasar antes de

gustar la gloria de una invencion artística, ó de saborear el goce de un descubrimiento filosófico! ¡Cuántos trabajos y fatigas no le cuesta al hombre cada obra del ingenio! ¡Y á precio de cuántos pervigilios y de cuántas angustias y tormentos no compra cada verdad que alcanza! Por otra parte, ¿quién hay mas espuesto á contraer enfermedades y quebrantos fisicos que el hombre dedicado á los estudios y trabajos mentales? Y esto, sin contar con que por premio de sus desvelos y sacrificios no se vea acaso ciego y mendigo como Homero, ó pobre y sin vista como Milton, ó perseguido y envenenado como Séneca, ó preso y desvalido como el Tasso, ó encarcelado y miserable como Cervantes, que tal suele ser el patrimonio de los sabios, aunque despues de muertos los coronen y divinicen.

"¿Y quién hay que sufra mas que el hombre estudioso y pensador? El sufre porque nadie como él conoce que para una verdad que descubra quedan cien mil cubiertas con una impenetrable oscuridad, y de esta manera los placeres del espíritu son mas insaciables todavía que los del cuerpo. Él sufre, porque nadie como él conoce las miserias y maldades de los hombres, y los vicios que infestan la sociedad. Él sufre, porque nadie como él conoce los encantos de esa felicidad ideal, y los estorbos que la misma sociedad opone para realizarla.

"Y por último, suponiendo que el hombre estudioso y sabio fuera el mas feliz de todos, esta felicidad seria el privilegio de un corto número de personas, y yo hablo de la felicidad de los hombres y de los pueblos en general.

Tirabeque.—Señor mi amo, V. perdone si me vuelvo atras de lo que dije antes, porque las razones y argumentos que acaba de relatar el hermano D. Magin me han hecho tanta fuerza que quiero que lo que dije antes, sea como si no hubiera dicho nada. Y ahora solo deseo, y así se lo pido y suplico al Sr. D. Magin, que haga el favor de decirnos en qué consiste esa felicidad, si es que la hay, y si no la hay, que lo diga francamente, porque ya la curiosidad me va picando mas de lo que yo puedo resistir, y él no querrá darme otra noche de cavilacion y desvelo como la pasada, que una mala noche cualquiera la lleva, pero dos ya pasaria de broma.

D. Magin.—Procuraré satisfacer á nuestro Tirabeque, ya que tan impaciente se muestra. Y aunque las ideas que tengo que emitir no sean una novedad, diré sin embargo (y el hermano Fr. Gerundio dirá luego si conviene conmigo), que la felicidad posible de esta vida no puede hallarse sino en los goces de una conciencia pura, en la tranquilidad y contentamiento del alma que da la práctica y el ejercicio de la virtud, y en la satisfaccion que deja siempre el hacer bien.

"Esta felicidad no es patrimonio esclusivo de nadie, es comun á todos los hombres, porque cada uno la puede hallar dentro de sí mismo, y en todas las situaciones de la vida. Nadie nos la puede arrebatar, porque el asilo de la conciencia es impenetrable. Ella nos proporciona un género de goces que esceden en pureza y en dulzura á todos los que se pueden imaginar. Ella es una fuente inagotable de delicias siempre nuevas, siempre renacientes. Ella desafia la miseria, las persecuciones y los males de cualquier especie que sean, porque la conformidad de la virtud, ayudada de la religion, es una roca contra la cual se estrellan todas las tempestades de la vida. Es la felicidad que no abandona á Sócrates muriendo en el suplicio, por valerme de ejemplos puramente humanos. Es, digámoslo así, el apoteosis de la humanidad.... Pero sepamos luego la opinion del hermano Fr. Gerundio.

Fr. Gerundio.—En ese punto, hermano D. Magin, estamos tan de acuerdo, que nunca he dudado que el hombre mas feliz (en cuanto se puede serlo en esta vida) es aquel que moderando sus pasiones y sus deseos, minora sus necesidades, y contento con la dulce medianía de Horacio ó con la pobreza de Fr. Luis de Leon, satisfecho con el testimonio de su conciencia y de sus buenas obras, ve pasar sus dias serenos y tranquilos, sin que le agiten los remordimientos, ni la ambicion le ator-

mente, ni le punce la envidia, ni el esplendor le deslumbre, ni los contratiempos le desordenen, ni de su espíritu se apodere jamas la hipocondría y el enojo.

D. Magin.—Pláceme en gran manera, hermano Fr. Gerundio, que tan conformes nos hallemos en este tan principal punto de nuestras cuestiones. Y así diré solamente por final de la que hoy nos ocupa, que hay dos síntomas infalibles que revelan cuán distante está la civilizacion de hacer por sí felices á los hombres y á los pueblos. Estos síntomas son, la emigracion incesante, y la repeticion y frecuencia de los suicidios, que vemos reproducirse y generalizarse al compás que esa llamada civilizacion va progresando; y el que no halla otro remedio á sus males que abandonar su patria ó poner fin á su existencia, ni conoce los consuelos de la virtud, ni dá una idea muy aventajada de los recursos que le ofrece la civilizacion para evitar la desesperacion ó precaver el cansancio de la vida.

"Por último, quisiera yo se me dijese con ingenuidad y sin pasion, quiénes serian mas felices, si aquellas afortunadas y antiguas regiones de la Bética y de la Arcadia, en que los hombres sin una brillante civilizacion, pero tambien sin brillantes crímenes, vivian como hermanos, contentos con su medianía y con las comodidades de algunas bellas artes; quiénes lo serán mas hoy mis-

mo, si los montañeses de tal ignorada comarca de la Suiza ó de la Escocia, ó de nuestra misma España, que viven en simples familias, en medio de las virtudes patriarcales, ignorantes de los vicios de nuestras sociedades perfeccionadas; ó el cortesano de Paris que se mata á sí propio ó asesina á su vecino por no poder competir en lujo con él, ó el habitante de Lóndres, que empleado en la fábrica de moler huesos de Andover se ve precisado á roer él mismo furtivamente aquellos huesos como un perro [1], al paso que está viendo la colosal fortuna de un lord, que distribuida convenientemente bastaria á hacer feliz la mitad de un mediano reino..... Pero fáltanos saber qué dice á esto nuestro Tirabeque.

Tirabeque.—Yo digo que todo lo que VV. dicen me parece perfectamente, escepto eso de que un hombre pueda ser feliz siendo pobre, en lo cual tengo para mí que van VV. errados. Por lo demas veo que tiene mil razones el Sr. D. Magin para aborrecer la civilizacion.

D. Magin.—Al contrario, Tirabeque, repito que soy el mas ardiente apasionado de ella como te demostraré otro dia.

Tirabeque.—Señor, esto es lo que á mí me vuelve loco; y si vd. lo ha de hacer, hágalo cuanto an-

1 Hecho justificado por los diarios y por los tribunales de Londres en Agosto de 1845.

tes, que yo no tengo paciencia para esperar mas.

D. Magin.—Antes de eso tengo todavía que hacerte ver cuál será el porvenir del mundo, á calcular por la marcha que lleva.

Tirabeque.—Mucho saber es eso, Sr. D. Magin, y témome que no nos ahoguemos todos si da V. en meternos en tales honduras. Pero de todas maneras lo que deseo es que me esplique V. pronto lo que tenga que esplicarme, porque me importa saber á qué cartas me he de quedar.

D. Magin.—Tenga V. un poco de paciencia, Sr. Tirabeque, que cerca está otro dia.

Tirabeque.—Pues, señor, á cargo de V. irá otra mala noche, y quiera Dios que sea la postrera.

EL PLAN DE ESTUDIOS VIGENTE.

ARTÍCULO III.

Le regime de nos colléges royaux n'est autre chose que la discipline militaire et monastique *appliquée à l'education de la jeunesse.*

El gobierno de nuestros colegios reales no es otra cosa que la *disciplina militar y monástica* aplicada á la educacion de la juventud.

Y.....

Cuando leo, yo Fr. Gerundio, las *secciones tercera y cuarta* del nuevo *Plan* de estudios, me inclino á creer que ha sido obra mas bien de algun ministro de la guerra que de un ministro de la instruccion pública, ó que si lo ha hecho éste, habrá sido previa consulta y consejo de aquel. Porque de otra manera no puedo comprender ni esplicarme la *organizacion militar* que se ha dado á la enseñanza, pues mas parece una *Ordenanza para el ejército*, que *un Plan de estudios* para la juventud escolar.

El escritor citado por el testo, se queja de que

el gobierno de los colegios reales de Francia es *la disciplina militar y doméstica* aplicada á la educacion de la juventud. El autor del *Plan* de estudios de España no se ha contentado con traducir la disciplina militar de los colegios reales de Francia, sino que ha dado una ordenanza militar mas rigurosa, convirtiendo á los profesores en oficiales de ejército sujetos á un gefe. Y voy á probarlo.

Habrá un consejo de instruccion pública, cuyos vocales serán nombrados por el rey (art. 132).

El secretario del consejo de instruccion pública será nombrado por el rey (art. 135).

Los rectores de las universidades serán nombrados por el rey (art. 140).

Al frente de cada facultad habrá un decano que nombrará el rey (art. 141).

Habrá en cada universidad un *consejo de disciplina*, compuesto del rector (nombrado por el rey), de los decanos (nombrados por el rey), y de tres catedráticos nombrados por el rey (art. 148)[1].

Este consejo servirá *para imponer las penas académicas* en que incurran los profesores y cursantes en el cumplimiento de sus obligaciones (art. idem). La designacion de *estas penas* será objeto del reglamento, es decir, las señalará la ordenanza.

Las oposiciones á cátedras se harán en Madrid (art. 101).

El gobierno se reserva la facultad de nombrar

1 Un comandante, dos ó tres capitanes, y tres subtenientes.

catedráticos *sin oposicion* en circunstancias particulares (art. 102).

Los *regentes-agregados* de todas las facultades serán de nombramiento real (art. 107).

Los establecimientos de enseñanza están sujetos á la mas rigurosa inspeccion de parte del gobierno; y en su consecuencia serán visitados, ya por el director del instituto, ya por los inspectores nombrados al efecto, ya por la autoridad superior de la provincia (art. 93).

Para la visita de los establecimientos de enseñanza, así públicos como privados, se creará el número suficiente de inspectores con las dotaciones que señale el reglamento (art. 136).

Están igualmente sujetos á la inspeccion inmediata del gefe político (art. 137).

El territorio de la península se dividirá en distritos literarios como los distritos militares, y serán tantos cuantas sean las universidades ó capitanías generales; las universidades serán cabeza de distrito, y dominarán los institutos, como las capitanías generales son cabezas de las comandancias de provincia (art. 138).

Los institutos provinciales tendrán un director, que lo será por ahora uno de los profesores *elegido por el gobierno* (art. 147).

¿Qué le falta al *Plan* de estudios para ser una ordenanza militar? Hay *consejo de instruccion* nombrado por el rey: hay *inspectores* nombrados por

el rey: hay *consejo de disciplina* nombrado por el rey: hay *coroneles, comandantes y oficiales*, ó sean rectores, decanos y catedráticos nombrados por el rey: hay *sargentos primeros y segundos*, ó sean regentes de primera y segunda clase; y hay *escedentes ó agregados á los cuerpos*, ó sea regentes-agregados, nombrados por el rey: hay *capitanías generales* ó sea distritos de universidades, con sus *comandancias de provincias*, las cuales tienen sus *comandantes generales*, ó sea directores, tambien nombrados por el rey. Y todo ello, hasta en sus pormenores, bajo una subordinacion y dependencia que no puede ser mas militar.

¿Qué le falta, pues, para ser una ordenanza de ejército. Prescribir el uso del uniforme militar, poner á los doctores charreteras en vez de borlas y mandar que se toque á entrar y salir del aula á tambor batiente, y que un redoble ó dos sean la llamada á *claustro* y que este se titule *asamblea*.

¿Y es esta la manera de conducir á la emancipacion del pensamiento? ¿y es este el plan de enseñanza que se podia esperar de un gobierno libre? ¿Y no es este un monopolio de ideas establecido en favor del gobierno?

El plan de estudios de Calomarde dejaba infinitamente mas libertad á las corporaciones científicas. El plan de estudios del absolutismo dejaba á las universidades que se rigiesen por un gobierno representativo. El plan de estudios de Pidal

hace esclavas á las corporaciones literarias. El plan de estudios del gobierno representativo establece para las universidades el gobierno absoluto.

Yo no niego la debida intervencion y vigilancia que debe ejercer el gobierno en la instruccion pública y en todos los institutos literarios; pero de intervenir y vigilar, á mandar absolutamente y á monopolizar la enseñanza hay un término medio. Verdad es que, como he dicho antes, los términos medios no se hicieron para España [1].

1 Véase hasta qué punto está de acuerdo conmigo el juicioso Laurentie sobre la necesidad y conveniencia de este término medio en la famosa cuestion de la libertad de enseñanza.

"Aquí se presenta (dice) una cuestion muchas veces debatida, y muchas veces oscurecida tambien en nuestros dias. ¿Tiene un estado el derecho de avasallar la enseñanza científica? ¿La libertad de enseñanza es una quimera?

"Para mejor esclarecer esta cuestion, es necesario hacerse cargo de la diferencia que puede haber entre la "libertad de educacion" y la "libertad de enseñanza." La libertad de educacion es una libertad natural que pertenece á la constitucion radical de familia.... El que intentara estirpar esta libertad seria tan despótico y tan atroz como el que intentara estirpar la familia misma. La libertad de enseñanza es muy distinta: la libertad de enseñanza es un derecho político.

"De ningun modo se puede admitir que la libertad de enseñanza haya de ser de tal manera ilimitada que no deba haber en el estado una fuerza natural, una razon superior que la temple y modifique.... Pero seria tambien un grande error, y peor que error todavía, si con el pretesto de que la libertad de enseñanza no tiene el mismo carácter de derecho natural que la li-

Concluye el *Plan* con el Título relativo á la administracion económica de los establecimientos de enseñanza, y dispone la centralizacion de los fondos destinados á las atenciones de la instruccion pública. Esto es muy justo, pues habiendo de estar sostenidos por el gobierno, y siendo el gobierno el que ha de distribuir y aplicar los fondos, es muy conveniente que estos se centralicen.

Pero la junta que ha de ejercer este cargo tiene un nombre, que por mi santo hábito si no corresponde y cuadra á las mil maravillas por su longitud á la longitud de las carreras del nuevo plan. Llámase.... tomen VV. aliento.... *Junta de centralizacion de los fondos propios de instruccion pública.* Si el nombre no es del mejor gusto literario, tiene la ventaja de que el membrete ocu-

bertad de educacion, el estado pensase poder crear últimamente "un sistema de monopolio universal sobre los espíritus," y si queriendo huir de la anarquía intelectual se precipita en la tiranía. Para llegar á un término medio razonable entre estas dos necesidades estremas se debe notar, que á pesar de la diferencia del derecho de educacion y del derecho de enseñanza, el ejercicio del uno lleva hasta cierto punto al ejercicio del otro."

Mucho mas dice este ilustrado escritor en aclaracion de este importante punto, y todo tan conforme con las ideas gerundianas, que creo que juzgariamos al mismo modo el plan de estudios de que me estoy ocupando. Sin duda sus autores habrán leido otros libros; ó quizá piensen como nosotros y han obrado solamente como gobierno, que siempre tiende á dominar y á monopolizar en su favor. Como quiera que sea, el tiempo nos dará los frutos de su obra.

pará la media carilla de los oficios; solo que el tarjeton que la junta habrá de poner sobre el frontal de su edificio va á ser mas largo que la fachada, y es lo primero que empezará por no poder centralizarse.

ARTÍCULO IV.—Y CONCLUYO[1].

Sunt bona, sunt quædam mediocria,
sunt mala plura.

Repito aquí el epígrafe del primer artículo, que dice: "Hay cosas buenas, hay algunas medianas, y hay muchas malas," en razon á que, habiendo indicado las malas y medianas que en mi pobre gerundiano juicio contiene el Plan, es muy justo hablar tambien de las buenas: si bien invirtiendo el órden que generalmente se suele llevar en los juicios críticos. En éstos, por lo comun, se envia por delante lo dulce, dejando para lo último lo amargo. Mi paternidad lo ha hecho al reves en gracia y buen querer de los autores de la obra,

1 No porque falte que decir, sino por no molestar.

pues siendo las últimas impresiones las mas duraderas, naturalmente deben ellos mismos preferir el que las últimas sean las dulces y no las amargas.

Habrá, sin embargo, quien haya calificado ya á Fr. Gerundio de demasiado duro y rebuscador de defectos en el nnevo Plan. Pues sepan estos tales que he procurado ser indulgente y benigno. Y si no, ¿he dicho una sola palabra de la feliz ocurrencia de haber señalado el curso de *oratoria sagrada* en la facultad de teología antes del estudio de la *sagrada Escritura*, en que aquella esencialmente se funda, y de donde saca sus principales recursos? ¿He dicho algo de la gran laguna que queda en la enseñanza con la total supresion de la carrera de *cánones?* ¿He hablado de haberse dejado en el tintero el autor del Plan el importantísimo estudio de los *concilios* para los teólogos? ¿He indicado nada del singular pensamiento de prescribir para el primer curso de la carrera de jurisprudencia la *economía política?*

Pues de estas observaciones he omitido muchas por no aparecer severo y criticon, y todavía no me lo agradecerán. Pero vamos ya á las cosas buenas.

Lo primero que encuentro de bueno en el Plan (aparte de las buenas intenciones de su autor ó autores, que me complazco en reconocer), es que siendo tan malo el que teniamos (si teniamos al-

guno), éste no podia dejar de ser mejor, ó menos malo. Este al menos es un Plan, y Plan que al mismo tiempo que prueba erudicion en los que le concibieron y redactaron, contiene ideas y pensamientos que pueden aprovechar mucho y deben tomarse en cuenta y consideracion para cuando haya de confeccionarse otro Plan mas adecuado á las necesidades intelectuales de la época y del pais, á la escala que éste ocupa en la civilizacion, y á los hábitos y costumbres de los españoles: lo cual no sabemos si se verificará alguna vez, pero siempre es bueno vivir con esa ilusion y esperanza, porque lo último que hay que perder son las esperanzas y las ilusiones.

Lo segundo que en el Plan hallo de bueno es la intencion laudable de resucitar ó establecer de nuevo una porcion de estudios, especialmente de los pertenecientes á bellas artes y ciencias exactas, que ó nunca se habian enseñado en las escuelas del gobierno, ó yacian en el letargo ó la muerte, ó estaban en una postergacion lamentable.

Paréceme oportunísimo la duracion de los recursos académicos que el Plan señala, porque los cuatro meses y medio de vacaciones que antes gozaban los cursantes, aparte de otras vacaciones menores que se intercalaban por via de paréntesis en el curso, amén de las tardes de los juéves que de tradicion inmemorial constantemente observada, en las universidades y colegios lo eran

de asueto para desahogo y descanso de los pobres fatigados escolares, constituian una coleccion de leyes y costumbres universitarias las mas á propósito que se pudiera discurrir para destinar un medio año al olvido de lo poco que se hubiera aprendido en el otro medio, para hacer la vida del estudiante el tipo de la vida holgachona y alegre, y para que el campo y cultivo de las letras diera por fruto tantas calabazas (perdonada sea la espresion) como vemos, admiramos y reverenciamos.

Laudable es tambien el sistema de premios dispuestos por el Plan para los alumnos sobresalientes y aprovechados; y el de otros premios particulares para los que entre aquellos los ganen por oposicion.

Pero lo que encuentro mas digno de alabanza en el Plan son los sueldos señalados al profesorado, y el aumento gradual de éstos por la doble escala de antigüedad y categoría, ganada esta última por oposicion. Era en verdad un desdoro para el pais y para las letras la mezquindad con que se recompensaba al magisterio, y era ya una necesidad imprescindible y urgente sacarle de la abyeccion en que gemia. Esta gloria y este mérito, no se les puede disputar al autor ó autores del nuevo *Plan de estudios.*

Un leve temor, un ligero escozorcillo, un pequeño recelo, es el que me queda, y es, que ha-

biendo de satisfacerse estos sueldos por el gobierno y del presupuesto general del Estado, hayan de ponerse los catedráticos antes de mucho tiempo al nivel de los demas dependientes del tesoro público, y los sueldos de 12 y 20.000 reales nominales se conviertan en 6 ó 10 efectivos, por aquello de las medias paguitas ó de las mensualidades de 60 dias que constituyen el calendario económico arreglado por el observatorio del gobierno, el cual suele dar seis eclipses totales de pagas en cada año solar, con algunas oscuridades parciales de dígitos, vulgo atrasos.

Bueno es tambien que los catedráticos reunan la suma de conocimientos científicos que exige el Plan para poder ejercer el magisterio; pero en esto, como en muchos otros puntos, los autores echaron la cuenta sin la huéspeda. Y si no yo les apuesto todos mis hábitos, con inclusion de escapularios y capillas, á que no encuentran en toda España la mitad de los profesores dotados de los requisitos que exige el nuevo Plan, necesarios para solos los institutos de segunda enseñanza, y eso que no son mas que 48.

Considerando ahora el Plan en su totalidad y en su espíritu, pregunto: ¿qué es lo que se han propuesto en él sus autores? ¿hacer á la España un pueblo de sabios? ¿hacerle un pueblo de literatos? ¿ó hacerle un pueblo de industriales? ¿ó se han propuesto por el contrario disminuir el nú-

mero de los hombres de letras, haciendo éstas de dificil adquisicion? No se sabe; no se puede atinar con el pensamiento que les ha presidido, ni se puede calcular la direccion que pretenden dar á las facultades intelectuales del pais. La multiplicidad é inconexion de las materias de enseñanza, y su inoportuna distribucion, hacen temer, al menos á mí Fr. Gerundio, que no resulte ni lo uno ni lo otro; es decir, que ni harán un pueblo de sabios, ni tampoco un pueblo de ignorantes, sino un pueblo de *eruditos á la violeta*, que es lo peor que pueden hacer.

Este es mi pobre dictámen, y me alegraria mucho de que fuese un error.

MEMORIA POSTUMA

QUE PODRA DEJAR UN ESPAÑOL DEL SIGLO XIX.

El tiempo que he vivido.

Si vivir es gozar, como dijo un hombre docto; si dormir, sufrir, desear, desesperarse y estar fastidiado, no es vivir, como todos dicen, á fé mia que es bien poco lo que yo he vivido. Vamos á cuentas, y veremos si me salen como á aquel Paul Legrand, que murió de 71 años diciendo que no habia vivido nada [1].

Yo nací con el siglo, y de consiguiente voy á entrar en los 46 años; es decir, tengo 45 cabales..... 45.

De éstos rebajo desde luego sin escrúpulo de conciencia los cinco del pico, porque nadie llamará vivir á llorar sin saber que se llora, mamar sin saber que se mama, dormir sin saber que se duerme, y hablar mal y sin saber lo que se habla. De

1 Spectateur de Dijon.

consiguiente, rebajados los cinco años de la infancia, quedan..... 40

Yo soy hombre que gasto una racion módica y regular de sueño. Computado lo que dormí en los primeros y lo que he dormido en los últimos años, puede calcularse por término medio en una tercera parte de cada dia. Restada, pues, la tercera parte de estos 40, quedan 26 y pico. Pongamos 27 en gracia de la vida..... 27

A los cinco años me enviaron á la escuela. Yo no sé si consistiria en mi cabeza ó en la índole de nuestro alfabeto, ello es que tardé tres años en leer mal y escribir peor; la distincion entre la *b* y la *v*, entre la *g* y la *j*, entre la *q* y la *c* y entre la *c* y la *z*, me costó muchas palmas y muchos encierros; mis manos eran las manos de un mártir, y mi estómago ayunó mas que el de un anacoreta. Quiero que de estos tres años gozara medio, entre vacaciones, asuetos, juegos y meriendas. Los dos y medio restantes no los he vivido. Me quedan pues..... $24\frac{1}{2}$

En el año 8, que era tambien para mi el 8º de lo que llaman vida, yo entré á estudiar latin, y los franceses entraron en España, que no se cuál de las dos cosas me quitó mas años de aquella. Por aprender algo de latin olvidé el poco español que habia aprendido. Entre franceses y brigantes me hicieron andar con toda mi familia en continua emigracion. Emigrar se llamaba enton-

ces alejarse un par de leguas del pueblo, ó salirse á dormir al monte de la villa mientras los franceses ó los brigantes pernoctaban en ella. En una de estas emigraciones caí de la cabalgadura y me rompí la cabeza, que ya por otro estilo me habia roto bastante el *quis vel qui* del latin y el *qui vive* del frances. De este modo pasé los seis años que duró aquella guerra gloriosa. Si de ellos doy por no vividos cinco, y me quedo con uno, aun sale aventajada mi vitalidad. Pero restaré los cinco, y quedan..... 19½

No fuí yo solo el que perdió aquellos cinco ó seis años, pues en el de 14 tuvimos el gusto de ver volver á España al Sr. D. Fernando VII el *Deseado*, á quien Napoleon habia tenido todo aquel tiempo retenido en Francia; y el Sr. D. Fernando dió por nulo todo lo que la nacion habia hecho y vivido durante los dichos seis años, menos la espulsion de los franceses y la muerte de los millares de españoles que por el *buen monarca* se habian sacrificado. Todo lo demas lo dió por no hecho, y aun algo peor, y la nacion perdió mas años de vida que yo todavía. Pero volvamos á mi vida particular.

En el año 14 entré de meritorio en una oficina, cuya ocupacion me duró dos años y medio. De estos dos años y medio todo lo mas que viví fué el medio, porque los dos los perdí en hacer cuentas que no me salian nunca, en copiar oficios

que me obligaban á rehacer por equivocaciones y faltas de ortografía, y en poner estados en limpio en que siempre cambiaba alguna casilla y tenia que empezar de nuevo. Doy, pues, estos dos años por no vividos, y me quedan..... 17½

Sin embargo de todo esto salí á empleado efectivo. Entonces me pareció que comenzaba á vivir de veras, porque los empleados en aquel tiempo vivian. Y así hubiera sido si con el empleo no me hubiese venido el amor hácia una jóven de mi edad (porque yo tenia ya 16 años y medio, era empleado, y por consiguiente necesitaba enamorarme). Tanto mis padres como los suyos se oponian á nuestros amores, ella era coquetilla, y yo muy celoso. Dígase si viviria yo en este tiempo.

Ademas, no bien habia cumplido los 17, vino una quinta, y tuve la buena suerte de que me cayera el número primero. Mi padre me intimó que si queria que me pusiese un sustituto habia de renunciar á los amores de la niña. Yo acepté la proposicion, más con ánimo de disimular y de eludir el servicio, que con el de cumplir la penitencia que me era impuesta. Así pasé hasta el año 20, luchando contra la cuádruple alianza de nuestros padres, contra las coqueterías de mi amada, y contra el miedo de que se me fugara el sustituto. Bien puedo rebajar de mi vida otros dos años y medio que no viví, calculando por el mínimum, pues solo viví algunos ratos á hurtadillas. Quedan pues..... 15

Vino el año 20, y con él la constitucion que habia abolido Fernando en el 14: en los tres años que rigió aquella hice dos cosas que no calculé bien los años de vida que me habia de quitar, que fueron meterme á constitucional y casarme. El periodo de aquella constitucion fué un periodo alegre y de vida. Se cantaba, se comia, se gritaba, y todo era gloria y *gaudeamus*. Yo hubiera vivido mucho y libremente sin los *vetos* de mi mujer. Ella era muy buena, pero me dió dos hijos y muchas pesadumbres. La vida constitucional era alegre y divertida, pero la vida conyugal era una muerte. De los tres años no haré mucho en rebajar uno y medio de mi vida que me quitó mi mujer, dejando la otra mitad á la constitucion, y aun así sale esta favorecida en la cuenta. Quedan pues..... 13½

Aquel constitucionalismo me trajo á la emigracion del año 23. Esta fué mas larga que la de la guerra de la independencia. No salí de España sin probar muchos palos y algunos calabozos. Al fin pude salvar el pellejo y la frontera, y cuando me ví en el estranjero me pareció que revivia, libre de los realistas y de mi mujer. Pero me faltaba mi empleo y mis hijos, y no tenia ni constitucion ni pan. Esto era morir. Entré por último, en participacion de ese pan amargo, que para mí lo fué mucho mas, en razon á que carecia de habilidades que me proporcionasen con que endul-

zarle. Duró la emigracion diez años. Todos debia descontarlos de mi vida, pero me quedaré con uno y medio en cuenta de algunos goces que por allá tuve en razon que me olvidaba de que era español y casado con hijos. Rebajo pues ocho y medio y quedan..... 5

Estos cinco pensé vivirlos enteros, porque vino la amnistía, y tras ella el cambio de gobierno: volvimos los emigrados, y á mí me dieron un destino de mas categoría y mas sueldo que el que antes habia tenido. Esto era muy justo, y era tambien empezar á vivir, pues, aunque hallé á mis hijos mal educados, mi mujer parecia ya mas juiciosa y yo tenia buen empleo. Así viví un año, que fué lo que el empleo me duró, pues en el año de 35 dijeron que yo era ya *poco constitucional*, y me dejaron cesante. Gracias á la constitucion de 37, que reemplazó á la del 12, que habia reemplazado al estatuto, fuí de nuevo empleado. Pero los dos años de cesantía los pasé mitad esperando y mitad desesperando. Nadie, pues, estrañará, que los quite de mi vida, porque no sé yo cómo un cesante con hijos y sin ahorros pueda decir que vive. Me quedan pues, tres años para vivir..... 3

Desde el 37 conservé mi empleo hasta el 39, en que me volvieron á dejar cesante, porque me tuvieron por *demasiado constitucional*. Sin embargo, aquellos dos años parece que debia haber vi-

vido; pero hay que rebajar por lo menos una cuarta parte de tiempo que pasé entre sustos y congojas temiendo siempre leer mi nombre en la Gaceta entre los destinados al panteon. Descuento, pues, medio año, y quedan... $2\frac{1}{2}$.

Estos dos años y medio que me restaban desde el 39 hasta la fecha los he pasado tambien de cesante en diferentes periodos y por contrarios motivos, pues en una ocasion me separaron por moderado, en otra por progresista, y en otra porque no sabian lo que era. Pero ello es que los dos años y medio que me quedaban de vida los he pasado muriendo, ó al menos penando, que viene á ser igual. Queda pues..... 0

Resúmen.	Hace que nací, 45 años.	45
	Entre dormir, sufrir, esperar y desesperar he perdido.....	45
	Igual.....	00

Parece que no se puede vivir menos de lo que yo he vivido. Sin embargo, aun he vivido menos que esto. Aun tengo un crédito muy decente contra la vida. De modo, que suponiendo que llegue á los 60 años y los 15 que me faltan sean de continuo gozar, todavía no habré vivido nada, como demostraré.

Aparte de estos últimos diez años, que dudo si han pasado ó no, pues no han sido mas que un perpetuo andar y desandar, y cuando uno creia haber andado seis años, resultaba que en un dia se volvia á encontrar en el punto de partida, prescindiendo, digo, de estos diez años, tengo otros muchos que cargar en cuenta á la vida.

Primeramente son cargo, dos años que en diferentes periodos he pasado con dolor de muelas; pues pregunto si mientras á uno le duelen las muelas se podrá decir que vive. Cargo, pues, en cuenta á la vida..... 2

Entre cólicos, catarrales y gástricas me han llevado un año, y gracias á Dios no me puedo quejar de enfermizo. Añado pues..... 1

Otro año, minuto por minuto, que he gastado en buscar la llave de mi *secrétaire*, que por arte del diablo siempre se me estraviaba ó perdia, y no sé quién se atreva á decir que se vive cuando se busca una llave..... 1

Otro por lo menos empleado en rabiar, por haberme puesto la comida salada como una tuera, ó los garbanzos duros como balas, ó el principio ahumado, ú otras cosas peores que se suelen encontrar..... 1

Medio año invertido en malas comedias, y otro medio en entreactos perdurables... 1

Dos en oir que teniamos un gobierno muy malo, hablar del tiempo, ponderar el calor ó el frío,

preguntar qué hora es sin necesidad, ¿cómo lo pasa V? para servir á V., pues sí señor, vaya, vaya, qué hay de bueno, qué nos dice D. Fulano, &c., &c..... 2

Otros dos en recibir y hacer visitas de pura etiqueta y ceremonia..... 2

Un año justo en afeitarme..... 1

Cuatro por lo menos que me han quitado entre las pulgas, los acreedores, los ingratos, las botas apretadas, los poetas llorones, las moscas, los cínifes, las campanas de la parroquia de enfrente, las criadas respondonas, y los carros nocturnos de Madrid..... 4

Total..... 15

De todo esto hay que desquitar en favor de la vida unos dias de amores, otros de pan de la boda, el dia que obtuve el primer empleo, el dia que vine de la emigracion, y algunos otros en que he gozado, que entre todos compondrán medio año poco mas ó menos. Sin embargo, dicen que he vivido 45 años. Si vivir es respirar, concedo: si vivir es gozar, *nequaquam.*

LA EMPLEATIVIDAD.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

ANALISIS DEL ACTO PRIMERO.

D. JUAN ASPIRANTE.

Aquí debiera yo esclamar, antes de abrir la escena, con el hermano Iriarte: "*¡Oh, hispani, hispani! Quæ vos locura moderna incaprichavit?....* ¿Qué moderna manía es la que se ha apoderado de la mayor parte de los españoles?"

Y debiera invocar tambien á Gall y á Lavater, para que me dijeran.... Pero no, dejemos á estos ilustres muertos descansar pacíficamente en sus tumbas, puesto que no hay necesidad de incomodarlos, hallándose como se halla entre los vivos su ilustrado adepto y nuestro compatriota el hermano Cubí, que nos sabrá responder.

A éste, pues, invoco, yo Fr. Gerundio, y le ruego y suplico que me diga si en sus muchas obser-

vaciones frenológicas, si en los infinitos reconocimientos y exámenes que lleva hechos de los cráneos de los hombres, ha encontrado un órgano que sospecho ha de dominar en los cerebros de la mayor parte de los españoles de nuestro siglo y de nuestra época, y que tengo para mí que ha de estar mas pronunciado que los *treinta y nueve* hasta hora descubiertos y conocidos, y mas desarrollado que el de la *amatividad*, y que el de la *habitatividad*, y que el de la *adhesividad*, y que el de la *acometividad*, y que el de la *destructividad*, y que el de la *aprobatividad*, y que todos los demas de cualquier manera que terminen y acaben.

Y es tanto mas importante esta declaracion de parte del ilustrado frenologista, cuanto que de ella puede y debe depender en gran manera el crédito ó descrédito de su tan curiosa como dificil ciencia.

Este órgano, pues, que yo supongo en la mayoría de las cabezas de los españoles contemporáneos, y cuya existencia desearia ver confirmada por el testimonio del hermano Cubí, es el órgano de la *empleatividad*. Porque de otra manera no puedo yo concebir cómo pueda haberse desarrollado tan prodigiosamente esa tendencia universal, esa inclinacion, ese apego, ese cariño, esa propension, esa adhesion, ese amor, y esa simpatía á los *empleos*, ni cómo, si no existiera ese órgano *cuarenta* que supongo, pudiera haber el enjambre

de aspirantes atacados de la manía de la *empleatividad*, que vemos, que palpamos, que admiramos, y que bullen, hormiguean y pululan por la haz de esta patria gerundiana.

Y aquí no puedo menos de quejarme del escritor satírico Pablo Luis Courier, que casi antes que mi paternidad naciera al mundo de los empleados ya él habia dicho: "Por multiplicado que parezca el número de los empleos, que no puede compararse sino á las estrellas del cielo ó á las arenas del mar, aun no guarda proporcion con el de los aspirantes ó pretendientes, siendo imposible de toda imposibilidad contentar á todos."

Digo que no puedo menos de quejarme de este escritor, porque habiendo dicho él que el número de empleos solo era comparable á las estrellas del cielo ó á las arenas del mar, ¿qué me queda á mí que decir, ahora que la *empleatividad* se ha desarrollado y recibido tanto aumento en España? No me queda mas remedio que poner una conjuncion donde él colocó una disyuntiva, y en lugar de las estrellas del cielo *ó* las arenas del mar, decir: "las estrellas del cielo *y* las arenas del mar," y añadir "y las yerbas de los campos, y las aguas del Oceano, y las hojas de los montes &c., &c., &c."

Con esto no es maravilla que haya tantos aspirantes; á los cuales reasumo y personifico en un *D. Juan*, que es nombre múltiplo y comun, y en

el cual concentro los muchos Juanes que desempeñan el papel de aspirantes en el *Teatro político-social*; y los muchos papeles que tiene que representar un solo *D. Juan aspirante.*

El primer papel que representa *D. Juan aspirante* tan luego como sale á la escena, es el de astrónomo, ó al menos el de un atentísimo observador de afecciones meteorológicas, y principalmente de los vientos que dominan. Sale D. Juan de su casa, levanta la cabeza y mira á la veleta del edificio de enfrente (*anemoscopos* en griego para ir hablando con arreglo al nuevo plan de estudios): ¿qué viento sopla?

—Ah, magnífico! Viento progresista. Está bien; haré el papel de progresista.

Mas á los primeros pasos que dá *D. Juan aspirante* en la carrera del progreso, le viene en antojo volver á mirar la veleta para asegurarse bien del viento que corre.... ¿Qué novedad es esta? La giraldilla que miraba al Norte mira ahora al Sur!..... Sopla viento moderado.....

D. Juan reflexiona un poco; medita, echa sus cuentas.... "¿Qué importa, dice: hágome moderado, y todo el mal se reduce á desandar lo que anduve, que no fué mucho. ¿No debo yo ir con el viento que corre?"

La incierta direccion de la veleta pone á nuestro actor en situaciones cómicas bastante apuradas, pero de todas va triunfando á fuerza de ob-

servaciones meteorológico-políticas. Al fin se fija el viento por temporada, y entonces, si el viento es progresista, el actor se siente inspirado de un entusiasmo patriótico, ardiente y sublime; las bóvedas del teatro retumban con sus gritos, dispone pronunciamientos y hace otros sacrificios semejantes en las aras de la patria. Si el aire es moderado, el actor cambia de papel y de tono, y hasta muda el lugar de la escena. Declama contra los que gritan, y si es menester, hace una confesion general de sus culpas y pecados, con golpes de pecho y propósito de la enmienda, pidiendo humildemente la absolucion y ofreciendo cumplir la penitencia que le fuere impuesta, aunque sea la de declarar la guerra á sus amigos antiguos, que en saber desempeñar tan contrarios papeles está el mérito del actor *aspirante*.

Pero no basta para ser buen *aspirante* ser buen observador astronómico. Es menester que le acompañen una porcion de cualidades fisicas no comunes. Flexibilidad de cintura para doblarse, agilidad de piés para correr, ligereza de brazos para manejar el sombrero, ojo penetrante y avizor, y sobre todo nariz larga, muy larga, la cual es indispensable para dos distintos oficios ó papeles, á saber, para husmear la vacante desde lejos, y para anticiparse á introducirla en el hueco ó vacío antes que lleguen las de sus rivales, cuya longitud podrá no irle en zaga á las suyas, y de cuya

circunstancia pende muchas veces el éxito del primer acto de su drama.

Si *D. Juan aspirante* es elector, tiene mucho adelantado en su carrera; y si ha conducido alguna comparsa al teatro de las elecciones, entonces el *aspirante* alega un derecho legítimo é inconcuso á entrar de actor, y casi de primer galan, en la gran compañía de los empleados. Entonces recita su papel con fuego y energía ante los diputados que le deben no solo su voto, sino los de algunos centenares mas que le negoció, *sub conditione* de lo que ahora pretende. Y entonces principia la situacion cómica y dificil para el actor diputado, el cual se ve resueltamente acometido por otro cuerpo de aspirantes que se encuentran en el propio caso que *D. Juan,* mientras otros D. Juanes están representando el mismo papel con otros actores diputados. El escenario se llena de personajes que se estorban y confunden unos á otros. La situacion cómica se complica. Las partes subalternas reconvienen á los actores principales: los actores principales no aciertan á desenvolverse; y si se descubre por algun incidente casual que los primeros actores están haciendo á su vez el papel de aspirantes á lo mismo que aspiran los subalternos, entonces el drama toma un giro nuevo, y gracias si de cómico que era no se convierte en trágico, si bien comunmente suele desenlazarse jurando y protestando los aspirantes subal-

ternos que jamas volverán á contribuir con su voto á elevar á la clase de primeros actores y altos aspirantes á los que tan mal cumplen los compromisos que en el teatro electoral adquirieron.

Si *D. Juan aspirante* es hombre de tal cual cabeza, que no es necesario que la tenga muy privilegiada, da un resorte al giro de su situacion cómica, traslada el lugar de la escena, cambia la decoracion y se pone á escribir en un periódico. ¿Cuál será éste? ¿de qué color será? Aquí de sus largas narices y de las observaciones meteorológicas. Vuelve á mirar á la veleta, eleva la potencia de su nariz hasta el punto mas alto posible de la atmósfera. Si le parece que el aire va á cambiar pronto, emprende el papel de oposicionista furibundo; truena, chisporrotea, lanza rayos contra la empresa del gobierno; es un actor desesperado. Si calcula que el tiempo está sentado y sereno, y que no hay síntomas de que cambie el aire tan pronto, entonces *D. Juan aspirante* toma un incensario, y representando el papel de acólito, en las primeras horas de cada mañana saluda y reverencia al comité gubernamental con uno ó dos aspersorios de incienso, vulgo artículos laudatorios.

Si *D. Juan aspirante* es diputado, su papel es sencillísimo y breve. En todo el primer acto se reduce solamente á decir *sí* ó *no*, como el gobierno le enseña. Si pasado un número regular de

escenas ve que no cambia su situacion cómica, se enfada y la cambia él, y donde decia antes *sí* dice ahora *no*, y donde antes decia *no* dice despues *sí*.

No hay cerebros mejor organizados ni inteligencias mas desarrolladas que las de los actores aspirantes. *D. Juan aspirante* es siempre apto para cualquier empleo, y eso se le da que sea de justicia ó de hacienda, político ó económico; todos los desempeñará á las mil maravillas; á la carrera suplirá la capacidad, á la capacidad la vocacion. Es admirable la instruccion que infunde el órgano de la *empleatividad*.

D. Juan aspirante no tiene edad determinada. Así puede ser barba, como galan jóven, como niño sin pecado. Y por lo general al niño sin pecado le suele dar mejor. De estos vemos pasar muchos de aspirantes á empleados, con detrimento de los galanes y los barbas, que es precisamente uno de los pasajes mas divertidos que tiene la comedia.

Tan variada como es la edad de *D. Juan aspirante* lo es su procedencia. A veces *D. Juan aspirante* es un artista honrado y de mérito, á quien su arte proporcionaba muy decorosos medios de subsistencia, pero que de repente se le desarrolló el órgano de la *empleatividad*, y no puede resistir á la influencia que este pícaro órgano ejerce en los cerebros y en las inclinaciones de los hombres

de la época. A veces es un abogado que se cansa de pleitos y se fastidia de curia, y deja los negocios del bufete que le daban de comer con independencia por un empleo que le hace esclavo.

A veces es un comerciante que prefiere la oficina al mostrador, y la mensualidad al tanto por ciento. A veces es un propietario que se aburre de cobrar rentas propias, y quiere tomar tambien su partecita de las del Estado. A veces es un artesano que no descansa hasta trocar el cepillo y el escoplo que maneja con maestría por la pluma y el espediente que no se hicieron para sus manos. A veces es un militar que sabe mandar perfectamente un regimiento y quiere hacer servir la táctica á una seccion de estudios. A veces es un médico que quiere dejar los aforismos por pasar á la direccion de aduanas. A veces es un arquitecto que construye casas muy sólidas y no se encuentra á gusto hasta ocupar una plaza en el ministerio de marina. A veces es un boticario que pretende dejar la farmacopea y las redomas para hacerse correo de gabinete.

Y como el desarrollo del órgano *cuarenta* es comun á todas las clases, y la manía de la *empleatividad* ejerce un influjo tan irresistible, resulta que en esta comedia son tantos los que hacen el papel de *aspirantes*, que aunque el número de empleos sea tan grande como el de las estrellas del cielo y el de las arenas del mar, hay todavía

veinte mil narices que olfatean cada vacante, y cuarenta mil brazos que se alargan á cada empleo.

¡Oh hispani, hispani! ¿Quæ vos locura moderna incaprichavit.....?

Así concluye el primer acto de la comedia, quedando los diez y nueve mil ejecutando el mismo papel, y pasando un solo *D. Juan aspirante* (que por lo comun suele ser el peor actor) del papel de *aspirante* al papel de *empleado* que es el acto 2º del drama.

Rectificacion. Debo decir en obsequio de la verdad que ya no son tantos los *aspirantes.* En el nuevo consejo real habia 43 empleos que dar, y hasta ahora no se han presentado mas que *siete mil* solicitudes. Ya van bajando. *¡Oh Hispania, Hispania!* Eres un pais de.....

D. FRUTOS DE LAS MINAS.

HISTORIA

verídico-novelesca, político-metalúrgico-subterránea.

CAPITULO V.

EL REGRESO DE LA COMISION.

De mal temple habia puesto á la junta directiva de *S. Pascual Bailon* en Madrid la noticia del percance ocurrido á sus comisionados, y la consiguiente receta de la peticion de nuevos recursos, cuando acababan de hacerse dos dividendos estraordinarios, que equivalia á sacar á cada socio dos muelas. Pero la necesidad de socorrer á la comision y de continuar los trabajos de laboreo, era urgente y perentoria: la imposicion y recaudacion de un nuevo reparto era lenta y pesada, y el resultado problemático y dudoso por parte de muchos accionistas, de aquellos que hay en toda sociedad minera omisos y rehacios en los pagos,

vulgo duros de pelar, con quienes el cobrador aun para la contribucion mensual ordinaria pasa la pena negra, y son causa de que se absorba el zapatero su escaso honorario.

En este conflicto acordó el presidente, hombre que, aunque no de un gran caudal metálico, le tenia inagotable de fé minera, suplir los fondos de su propio bolsillo, animándole la confianza de que tan pronto como regresara la comision y se vieran y tocaran los opimos frutos de la visita, los socios le abonarian con gusto la suma anticipada y otra mayor que fuese. Y así giró una libranza á la órden de *D. Frutos de las Minas*, por igual cantidad que la que les habia sido robada.

El dia que esta letra llegó á manos de D. Frutos, aquel dia despidió al cirujano que le estaba asistiendo, pues se sintió de improviso casi completamente restablecido y curado de todos sus quebrantos, contusiones y aruños. Se dió una paga completa á las clases activas de las minas, amén de los atrasos que llevaban los jornaleros; se reservó el remanente para gastos del viaje de vuelta, y se dispuso y preparó éste á la mayor brevedad posible.

Más afortunada que á la ida la trinidad minera, llegó á la corte sin ocurrirle fracaso ni novedad notable, si se esceptúa las agrias contestaciones y severos apercibimientos que su llegada produjo en la oficina de despacho de las diligencias,

entre el administrador, el mayoral y D. Frutos. El motivo de esta desazon fué haberle llamado la atencion al administrador al revisar la hoja de los viajeros, en la casilla correspondiente á D. Frutos de las Minas, un esceso de peso de 400 libras valuado en 500 reales. "Así me echan VV. á perder los coches, esclamó aquel apostrofando al mayoral: así suceden los vuelcos, y así llueven las quejas del público, y con razon." ¡400 libras de esceso un solo viajero! ¿cómo es posible que haya coche que lo pueda resistir? La direccion lo sabrá, y V. se atendrá á lo que le venga. ¿Y dónde está ese Sr. D. Frutos de las Minas? añadió.

—Servidor de V., contestó D. Frutos.

—¿Y qué diablos es lo que V. trae que tanto pesa, si se puede saber? preguntó el administrador.

—Frutos de las minas nada mas, volvió á contestar D. Frutos.

—No pregunto cómo se llama V. que ya lo sé por la hoja, sino por lo que V. ha metido en el coche, que sin duda ha debido V. creer que era alguna fragata que necesitaba de lastre.

—Repito, contestó D. Frutos, que frutos de las minas nada mas.

—Vaya V. mucho con Dios, replicó el administrador amostazado; la culpa no la tiene V., sino el bruto que con V. ha tenido tales condescendencias."

El administrador no comprendia la consonancia de la mercancía con el nombre del portador; hasta que haciendo el registro los carabineros, vió que las 400 libras de peso procedian de pedruscos de todos tamaños, destinados á servir de muestras de productos mineros. ¡Tal habia cargado de ellos D. Frutos!

Ya se sabe que al regreso de una comision de visita se sigue inmediatamente la convocatoria á junta general y su celebracion: que uno de los individuos de la comision, el mas ilustrado, redacta una memoria con cuya lectura se dá principio á la sesion, y el autor de esta memoria ya se debe suponer que seria D. Frutos. La sesion se abre, el secretario lee, los socios escuchan. Pero los socios escuchan ya prevenidos en contra de la comision, y aunque no lo estuvieran bastaria la memoria para prevenirlos: no por su parte facultativa, que si bien atestada de despropósitos mineros, cargada de blasfemias geológicas y repleta de herejías metalúrgicas, como era de esperar de las manos que la habian hilado, no era el jurado de los socios el mas á propósito para hacer sobre ella un juicio de calificacion, sino por la parte económica, pues ademas de convenir la comision en la necesidad de hacer las obras que el director proponia, aunque con las modificaciones que D. Frutos le habia ordenado, en la justicia de señalar al administrador un sueldo decente, en la convenien-

cia de edificar una casita, en la utilidad de hacer unos hornos de fundicion, y hasta en lo provechoso que seria á la sociedad comprar la burra en cuestion, de cuyos buenos servicios habian sido testigos, era de dictámen que para subvenir á todos estos gastos y recoger en su dia la inmensa riqueza que las posesiones de la sociedad encerraban, ó bien se hiciese otro reparto estraordinario, ó bien se subiese la cuota de los mensuales.

Definia el célebre y sabio Nicole á la sociedad humana: "una reunion de hombres que se miran con desconfianza unos á otros, y que se unen solo por los intereses." La definicion del hermano Nicole, sin que esté mal aplicada á la sociedad humana, parece hecha de molde para caracterizar las sociedades mineras. Así es que en las juntas generales de minas hay por lo regular dos sesiones: una por lo alto y otra por lo bajo, á la cual llamo yo Fr. Gerundio, sesion de oreja, que es lo que los socios se hablan y comunican al oido y *sotte voce.* La sesion de oreja de esta junta fué abundante en curiosas observaciones.

—Esto ya me lo temia yo, decia uno.

—Me huele á cosa de compadres, decia el otro.

—¿Qué querian VV. que sucediera? añadió el tercero: yo sé que el uno ha estado alojado en casa del director, el otro en casa del administrador,

y el otro en la del capataz; con que por ahí se puede sacar la consecuencia. En otro rincon se oia: "hasta del robo dudo yo ya.—Yo del robo no, porque he visto el parte del gefe político; pero tambien sé que hay muchos modos de robar.—Ya le habrá quedado al secretario para un vestido, añadia otro: para éstos son los frutos de las minas.

—Servidor de V., contestó D. Frutos, creyendo que le nombraban á él.

—No hablábamos con V., Sr. D. Frutos, le respondieron.

Ultimamente tan predispuestos estaban los ánimos, que las murmuraciones de la sesion de oreja empezaron á emitirse en alta voz.

—"Señores, dijo un socio, es menester decir la verdad con franqueza y sin recelos. Dos años hace que estamos pagando dividendos y mas divendos, ordinarios y estraordinarios, haciéndonos siempre concebir esperanzas de recibir pronto productos, y los productos no llegan. Estamos pagando un director facultativo, que pienso que para nada hace falta, porque con un buen práctico ó capataz basta y sobra, y mientras tengamos director no faltarán obras por largo, y lo que aquí queremos no son obras sino que se saque mucho mineral; todo lo demas es bambolla. Hemos enviado dos ó tres ingenieros, que por cierto no trabajan nada barato sus señorías. Ellos sabrán mucho, señores, pero es lo cierto que no nos dan re-

sultados, y lo único que dan son unos informes llenos de gerigonza, reducidos á decir que han visto las minas, y que aquello podrá ser algo, ó podrá ser mucho, ó podrá no ser nada, pero que no deben abandonarse por si acaso, porque donde menos se piensa salta una mina, y venga la pitanza. Eso yo tambien lo diria. Luego se envió una comision, que por todo resultado trajo unos pedruscos, que decian que daban una onza de plata por quintal, y á nosotros nos costaron á onza de oro por libra. Ha ido ahora otra comision, ¿y qué es lo que ha traido, señores? Otros pedruscos por el mismo estilo, aunque en mayor cantidad, y para eso se llevaron dos repartos estraordinarios, y vienen pidiendo otros dos. Yo respeto el celo de los señores comisionados, pero para decir amen á todo lo que el director proponia desde allá, y para exigir á la sociedad nuevos desembolsos y sacrificios, para esto mas vale no enviar comisiones, y concluyo por decir que por mi parte mientras no vea productos no pagaré mas dividendos."

Muchas voces: bien, bien. Aplausos, palmadas. —D. Frutos pide la palabra por la comision para responder á los injustos ataques dirigidos por el preopinante. Pero los murmullos ahogan la voz del orador diputado. El presidente dice que si continúa el desórden renuncia la presidencia. *Que renuncie,* dice una voz salida del foco del tumulto.

—En ese caso, grita el secretario, yo tambien hago dimision.

—Pues que se nombre nueva junta directiva.

—Que se examinen las cuentas.

—Sí señor, que se vean las cuentas.

El contador.—Señores, las cuentas ahí están, que las examine quien quiera.—Que se nombre una comision para que las revise, y llamo desde luego la atencion de la comision que se nombre sobre la cantidad de pólvora que el administrador dice haber gastado, y sobre el precio á que pone la arroba de aceite, porque yo sé bien á cómo está el aceite en aquel pais.

D. Frutos.—Señores tengo pedida la palabra. La comision presenta su cuenta de gastos. Pero la voz de D. Frutos se ahoga entre la confusion. El presidente deja su asiento y el secretario se levanta del suyo. Muchas voces designan al Sr. Manzano para presidente, y el Sr. Manzano queda elegido por mayoría tumultuaria. El Sr. Manzano era el mismo que habia protestado no pagar mas dividendos mientras las minas no diesen productos. Digno pensamiento de tan digno nombre, y digna eleccion de tan digna asamblea. Los demas nombramientos correspondieron á la alta capacidad de la persona á quien se habia concedido la presidencia, y se disolvió la junta quedando muy complacida de su obra la fraccion plebeya, profundamente disgustados los socios de razon, y

mohino por demas D. Frutos al ver los que habia sacado de una comision que tantos sustos, percances y magullamientos le habia costado.

CAPITULO VI.

Anublase la estrella minera de D. Frutos.

Despues de la borrascosa sesion se dirigió aquel á casa de su amada Magdalena, á quien manifestó lo disgustado que salia de la junta, y el poco provecho que ya esperaba sacar de *S. Pascual Bailon*, no por la mala calidad de las minas, que eran ricas á mas no poder, como por sus propios ojos habia visto y con sus propias manos tocado, sino por la clase de socios que en tal empresa habia, ignorantes y rústicos los mas, y faltos de educacion, y como tales maliciosos y desconfiados, y mas que todo por la junta directiva que acababan de nombrar con desdoro de la ciencia minera, y hasta con infraccion del reglamento.

"Pero afortunadamente (añadió) no eran esas minas de las que yo mas me prometia: otras tenemos de algo mas seguros é infalibles resultados.

Y en verdad, ¿qué habiamos de hacer de tanta riqueza? Aunque por otra parte, la que es mi tesoro ¿no merece poseer todos los tesoros del mundo? Sí, mi querida Magdalena, yo te los ofreceré un dia; ó no es cierto el nombre que llevo, de lo cual no puedo dudar, ó frutos de las minas, y frutos pingües, abundantes y copiosos hemos de recoger de ellas." Con lo cual los dos amantes quedaron tranquilos y sosegados.

Dos buenas nuevas esperaban á D. Frutos á su regreso; la de hallarse su madre notablemente aliviada, y la de haber sido encargado el presidente del congreso de formar nuevo gabinete, en razon á haber sido desechado el voto de confianza que pedia el gobierno por una mayoría, á la cual habia hecho agregar el presidente el voto de D. Frutos conforme á su encargo. Esta circunstancia no era indiferente para la suerte futura de D. Frutos, como luego se verá.

Pero su estrella minera habia empezado á eclipsarse, y una serie de nubarrones se fueron sucediendo para acabar de nublarla. La primer noticia que recibió fué que las *Once mil vírgenes* habian dado en aguas, esto es, que los pozos de aquella sociedad se habian inundado en términos que no habia medios de estraerlas, ni por pozos ó cañerías de desagüe, que no eran posibles atendida la naturaleza y profundidad del terreno, ni por medio de bombas hidráulicas, por ser á jui-

cio del ingeniero director aguas de pié, y aun se inclinaba á que era un rio caudaloso el que por aquellos latebrosos senos corria.

Aguáronse, pues, por esta parte, las risueñas esperanzas de D. Frutos; si bien no las perdia enteramente de que el dictámen del profesor fuese errado, pues él habia oido que habia tambien un género de aguas que llaman colgadas, debajo de las cuales suele estar el criadero rico, y tales podrian y aun deberian ser las aguas de las *Once mil vírgenes*. Y por último, si las *Once mil vírgenes* fallaban, en cambio le habian venido á ofrecer una accion en *los innumerables Mártires*, y uno con otro quedaba compensado.

Entretanto crecian y se multiplicaban tanto en la habitacion de D. Frutos los recibos de dividendos, que parecia tener en ella una mecánica de imprimir recibos. Entre ordinarios y estraordinarios, 40 de aquí, 80 de allá, 100 del otro lado, media onza por *S. Pascual*, una por *santa Teresa*, tres duros por *las Musas*, cuatro por la *Creacion*, &c., &c., no bajaba nunca de mil reales el desembolso mensual; y como este chorreo recaia ya sobre el capital empleado en la adquisicion de acciones, resultaba que el presupuesto de ingresos ó sea los fondos con que él habia venido á Madrid, que como hemos dicho eran bastante escasos, no alcanzaban ni con mucho á cubrir el de gastos, que era lo propio que sucedia con el presupuesto de la

nacion que él habia votado en cortes. Pero este era el que menos á él le importaba, puesto que en nada afectaba á su bolsillo particular. El otro sí, y de tal manera que tuvo que hacer lo que el gobierno, contraer empréstito sobre empréstito y vivir trampeando.

Mas al poco tiempo ya no halló quien le prestara, y acordándose que el gobierno en caso igual habia recurrido á las minas de Almaden y hecho sobre ellas un contrato de arriendo, que por lo menos le sacaba momentáneamente del apuro del dia, determinó tambien, no arrendar, sino anunciar en venta las dos acciones que llevaba en el *Nuevo Potosí*. ¡Pero en qué ocasion tan fatal! Cuando acababa de descubrirse que las muestras del rico mineral que el fundador de la empresa habia presentado como estraidas de los pozos de aquella posesion, no eran de allí ni se acordaban de eso, ni en el *Nuevo Potosí* se hallaba una señal siquiera de contener metales, ni menos de aquel género, sino que el muy bellaco habia logrado rellenar una caja de lo mejorcito de la *Observacion* de Almagrera, y encontrando cuarenta inocentes como D. Frutos, el *Nuevo Potosí* fué para él, puesto que sacó hasta tres mil pesos por derecho de denunciador propietario. Con esto ya se supone que no hallaria el bueno de D. Frutos quien le ofreciera por sus dos acciones dos maravedís.

En esto fué llamado á junta por el presidente

de *las Musas*, y nuestro D. Frutos acudió con mas puntualidad que la de costumbre, y eso que era mucha. Jamas *junta de Musas* fué menos poética que ésta. Toda la poesía de las anteriores desapareció para ocuparse solo del siguiente prosaico oficio que se acababa de recibir del capataz de las minas.

"Señor presidente.—Yo el aperador de *las Musas*, Juan Rebollo, digo á V. S., que si he de decir la verdad, como no puedo menos de decirla en conciencia, debo decirle á V. S. que lo que le dije en otra ocasion de que temia no encontrar el género que se buscaba es cierto; y que en el pozo de *Apolo* he practicado la traviesa en el lado de poniente, la cual ya está comunicada; su escavacion ha sido de caña á caña 12 varas de largo, y en el lado de saliente se ha comunicado con el pozo que hay por la parte de allá del cilindro, y ha sido su escavacion de 7 varas de largo, y géneros no ha habido ningunos, pues solo se han encontrado algunos pintones, que luego se perdieron, y éstos los he hecho demoler.

"Y en lo que toca al pozo del *Caballo Pegaso*, digo á V. S. que los mojones están puestos desde Mediodía al Norte; de modo, que donde se debia haber tomado su anchura se ha tomado por longitud, y la longitud se debia de haber tomado de saliente á poniente, resultando que el pozuelo del *monte-licon* que se va á emboquillar para ponerlo

en movimiento está la mitad fuera de nuestra pertenencia, y el *Caballo* se sale de ella tambien, y ya andan con hablillas los de la mina *Venturosa* sobre ponernos pleito, y como en todo el *Caballo* no se han encontrado mas que unas manchas pequeñas, he mandado suspender las labores y taparle la boca.

"Por lo tocante á la pertenencia de la *Fuente Castalia* debo decir á V. S., que en tal fuente lo que sobra son aguas, y lo que es las aguas no se pueden tirar á lo alto por la boca superficial que hay, porque está en la misma mina, y tendrán muchas filtraciones las aguas por ser el terreno muy abierto, y si VV. determinan el que se trabaje en aguas, es menester meter una boca superficial fuera de la mina y echar una traviesa que venga á calar á la mina, para que este punto sirva de caldera de agua. Al tiro de lo alto se le han metido seis varas mas, y en este intermedio se han encontrado algunos huecos de los antiguos, pero sin señales; por lo que pienso que esta mina fué abandonada por los antiguos. Y así V. S. determinará lo que quiera; pero yo pienso que tambien deberiamos abandonarla nosotros, y esto es en contra de mis intereses; pero yo debo decir á V. S. la verdad, y ésta es la que llevo dicha, y la comunicará V. S. á la sociedad, y es cuanto se me ofrece.—*El aperador de las Musas.—Juan Rebollo.*"

Fríos y yertos se quedaron D. Frutos y consortes con la lectura del prosaico oficio del mas prosaico aperador de las Musas (y eso que mi paternidad ha tenido que corregirle la prosa ortográfica para que pudiera ser leido); y si bien se acordó no dar por abandonadas las minas hasta proponerlo en la próxima junta general, las Musas dejaron de soplar esperanzas, y por de contado las de D. Frutos iban menguando notablemente.

La fortuna nunca hace las cosas á medias, y por eso dice el refran: "fortuna y aceituna, unas veces mucha y otras ninguna." Y por eso es muy exacto aquello de: "bien venido seas mal si vienes solo." Y por eso es temible que una vez vuelva la espalda. Y una prueba más de ello es lo que le sucedió á nuestro D. Frutos, que con pocos dias de intervalo tuvo aviso de que *Santa Teresa* habia dado en roca, esto es, que los pozos de aquella sociedad habian tropezado con una masa de peñascos quebrados y hendidos, que hacian imposible la continuacion del laboreo sin esponerse á frecuentes desplomamientos y desgracias: y que en la *Creacion del Mundo* de todo se hallaba menos metales, los cuales es cosa averiguada que se formaron muy posteriormente á la creacion.

Ya no le quedaba á D. Frutos mas esperanza, que la de la accion que le habia regalado su pariente el de Córdoba en la sociedad del *Sol;* pero

este *Sol* tampoco acababa de alumbrar. En todas las cartas le decia su pariente que al siguiente mes esperaba enviarle la primer remesa de los primeros productos, pues la *Felicidad* iba en aumento, y que especialmente del pozo de *La Buena Dicha* era un horror el metal-plomizo-argentino que se sacaba. Y á continuacion insistia siempre en la necesidad de hacer todos los esfuerzos en el ministerio para alcanzarle la contaduría ó intendencia que tenia solicitada. Y como trascurrian meses y meses, y el de la remesa de los productos no llegaba nunca, D. Frutos, ya escamado, llegó á sospechar si todo aquello de las minas del *Sol*, seria una brillante invencion para sacar el destino *á su sombra*. El tiempo justificó que no iba equivocado D. Frutos, y que alumbrado más por el sol de los desengaños que por el sol de las minas, comenzaba á ver mas claro.

Y tan claro empezaba á ver, que el desvanecimiento rápido de tantas y tan risueñas esperanzas como habia alimentado, le hizo caer en una profunda melancolía, la cual aumentaba y hacia mas intolerable la indiferencia y aun esquivez que esperimentaba de parte de Magdalena, efecto natural de un amor cimentado en acciones de minas, así como el desvío y recelo con que sus padres ya le miraban. Con esto y con acordarse de los ofrecimientos de coches, casas, haciendas de campo y recreo que habia hecho á su madre y hermanas,

y pensar en lo empeñado y lleno de compromisos en que ahora se veia, sin hallar medio ni camino de salir de ellos, le engendró una hipocondría atrabiliaria que daba compasion y grima verle. Se puso macilento y estenuado, y no podia menos de esclamarse viéndole: "¡pobre D. Frutos de las Minas!"

CAPITULO VII.

DESCUBRE D. FRUTOS OTRA MINA, PERSIGUE SU FILON, Y SE HACE RICO.

Dios aprieta, pero no ahoga, dice el refran castellano, y *post núbila Phœbus*, dice el proverbio latino. Así es que, cuando el hombre se halla mas abatido y amilanado, cuando está á dos dedos, digámoslo así, de la desesperacion, y á dos líneas de hacer un ex-abrupto, vulgo calaverada, entonces es cuando Dios suele enviarle un rayo de luz, ó acaso amanecer para él un sol rutilante que disipa instantáneamente las nubes que su horizonte sensible ennegrecian.

Tal vino á acaecer al afligido y conturbado D.

Frutos. El cual se hallaba congojoso y hasta febril, cuando llegó á visitarle uno de sus compañeros de diputacion, que viéndole en estado tan triste y digno de lástima, "¿qué es esto, compañero? le dijo: encuentro á V. pálido y desmejorado, y en ese semblante y en esos ojos se trasluce un fondo de melancolía que estraño mucho en V., porque V. estaba siempre alegre y contento como yo. ¿Ha sucedido á V. alguna desgracia? ¿Ha tenido V. algun disgusto de familia? ¿O es que realmente está V. enfermo? No he visto á V. en el congreso estos dias, y sospeché que habria ocurrido alguna novedad.

—¡Y tan grande, compañero! respondió D. Frutos con acongojada voz. Y puesto que su carácter y amistad, y el interes que por mí manifiesta me inspiran una completa confianza, justo es que desahogue con V. mi oprimido pecho. Oprimido, sí, como V. tendria el suyo si en mi caso se encontrara. Suponga V., compañero, que V. se hubiera visto favorecido de una jóven que adora, y halagado al mismo tiempo de sus padres; y que de repente viera en éstos cambiados los halagos en desvíos, y en aquella los favores en desdenes....

—¿Amores tenemos, compañero? Vaya, vaya (añadió riéndose), no creia yo ver á un diputado de la nacion española enamorado, ni menos que los amores le afectaran de esa manera. Compa-

ñero, eso no es parlamentario ni constitucional, eso es del antiguo régimen.

—Será, respondió D. Frutos, pero ni yo puedo remediarlo, ni es eso solo lo que me contrista y aflige. Suponga V., compañero, que V. hubiese consumido los escasos fondos que hubiera traido de su casa, y que ademas se hallara en compromisos con sus amigos, sin medios de poder salir de ellos, obligado á hacer una vida oscura y un papel impropio de la dignidad que representamos....

—¿Deudillas tambien?

—Y por lo que mas siento verme en esta posicion, compañero, ni es por mí, ni porque me hallan fallado las fundadas esperanzas que tenia de contar no tardando con una fortuna colosal, sino que las habia hecho concebir no solo á mi familia, sino á la que es objeto de mis amores; digo mas, les habia asegurado que no pasaria mucho tiempo sin poder ofrecerles y poner á su disposicion casas en la corte y en provincia, haciendas de cultivo y de recreo, coches y carretelas, y todo, en fin, lo que hace la comodidad y constituye los goces de las clases opulentas, en cuyo número nos habiamos de contar.

—El chasco es la parte mas lastimosa, compañero; que por lo que hace á los apuros y compromisos, en mayores me ví yo que lo pueden ser los de V., y sin embargo vivia, y dejaba á mis acree-

dores los cuidados que ellos creian me habia de tomar yo, lo cual no me impedia de hablar mucho en el congreso de pública moralidad. Y así fuí trampeando hasta que hallé el medio de hacerme rico; en una palabra, hasta que descubrí la mina.

—¡Mina! esclamó D. Frutos alborozado: ¡mina ha dicho V., compañero! ¿y dónde está esa mina? ¿de qué es? ¿cómo lograria yo una accioncita, media, un cuarto? Porque ha de saber V., compañero, que todas las que yo tenia, que eran muchas, todas se han desgraciado; y no porque ellas fuesen de mala calidad, antes por el contrario, eran ricas y abundantes, como yo por mí mismo ví en algunas, y V. lo conocerá fácilmente por los ejemplares que le enseñaré ahora mismo (y abrió de par en par los armarios llenos de pedruscos), sino por mala direccion unas, por intrigas otras, y otras por lo que el diablo sabe; siendo lo cierto que son las que me han traido á este estado contra toda razon y esperanza y contra lo que mi mismo nombre me habia hecho augurar. Conque así, compañero, dígame V. si podré obtener alguna accion en esa mina que á V. le ha enriquecido, que yo daré por ella.... ¿pero qué puedo yo dar, desgraciado de mí, si estoy.....

—Nada, compañero, respondió interrumpiéndole el diputado: sin dar nada por ella, V. podrá esplotarla lo mismo que yo, hacerse tan rico co-

mo yo, y no echar de menos las que se le han desgraciado.

—V. ya no es mi compañero, esclamó D. Frutos saltando de gozo, sino mi ángel tutelar, mi redentor, mi todo. Y dígame V. cuanto antes dónde está esa mina, y qué tengo que hacer yo para esplotarla, que la impaciencia de saberlo me tiene ya mas en ascuas de lo que V. podrá comprender.

—Amigo D. Frutos, le dijo su compañero poniéndole la mano en el hombro: V. es un pobre hombre; V. es un diputado novel que no conoce todavía el terreno que pisa. Sí, amigo D. Frutos, repito que es V. un pobre hombre. V. vota en pró ó en contra del gobierno, segun le dicta su conciencia, y así no queda V. bien ni con la oposicion ni con el ministerio. Hágase V. ministerial, D. Frutos mio, y más ahora que el encargado de formar el nuevo gabinete es su amigo y paisano: vote V. siempre con el gobierno, defienda todos sus actos, ayúdele en todos sus planes, elógiele en todos los discursos, aplauda todas sus medidas, sea, en fin, lo que se llama todo un diputado ministerial, y créame V., compañero, esta es la verdadera mina; cuidar de no perder el filon, y.... en fin, véame V. á mí y diga si mi mina produce algo mas, y mas positivo que la de V.

—¿Pero cómo?....

—El cómo, mi amigo D. Frutos, será objeto de

otra conferencia, que por hoy no me es posible detenerme mas.

El diputado se marchó. D. Frutos quedó por algun tiempo pensativo, como aquel que inopinadamente acaba de hacer un grande é importante descubrimiento. Despues no debió parecerle mal el denuncio de su compañero, antes bien calculó que el filon ministerial debia ser una ganga muy beneficiable, y desde aquel dia se dedicó á esplotarle con arreglo á las instrucciones que recibió del práctico. Cómo se las manejó yo no lo sé; pero lo cierto es que D. Frutos empezó á prosperar rápida y maravillosamente; que al poco tiempo iba ya al congreso en coche; que en la nueva plantilla de la secretaría de hacienda fué nombrado gefe de seccion D. Bonifacio Rico; y que siendo este Rico el padre de Magdalena, ya se deja comprender que fué D. Frutos el que le proporcionó esta accioncita en la nueva mina, y que se reconcilió fácilmente con él y aun estrechó sus amorosos vínculos con Magdalena: que tan productiva fué para él la mina de la diputacion que no volvió á acordarse mas de las minas subterráneas; y que dando siempre una significacion fatídica á su nombre, discurrió que debian haberle adulterado el apellido, pues no debia ser *Frutos de las Minas*, sino *Frutos de la Mina* en singular, y así se firmaba.

D. Frutos llamaba la atencion en la corte por

su boato; se paseaba en elegantes carretelas, y por todas partes iba diciendo: "aquí me teneis, yo soy Frutos de la Mina."

¡Oh siglo de las minas!
En busca de metales
Los avaros mortales
Horadan montes, cerros y colinas,
Creyendo que un tesoro
En cada uno han de hallar de plata y oro.

Algunos en la sierra
De Almagrera encontraron
La plata que buscaron
Guardada en las entrañas de la tierra:
Sacaron de ahí agüeros,
Y diéronse ya todos á mineros.

Hicieron mil rebuscos,
Y hallaron ¡los sencillos!
Morrillos y pedruscos,
Y mucho desahogo en los bolsillos:
Y pleitos y cuestiones,
Con item mas algunos coscorrones.

Pero hallaron un dia
Nuestros contemporáneos
Que otras minas habia
Y filones que no eran subterráneos;
No así de mojiganga,
Sino filones de muy rica ganga.

Y los mas ilustrados
De esta época argentina,
Que eran los diputados,
Pensaron descubrir que era la mina
Mas rica y saneada
Una diputacion bien esplotada.

NOTA.—La historia de D. Frutos, aunque verídica, no puede citarse en el dia por modelo, porque ni todas las minas son como las que le tocaron en suerte á D. Frutos, ni todos los diputados son como D. Frutos; al contrario, ya no hay minas como las suyas, ni diputados como él. Esta es una historia *de tiempos que ya fueron;* pero es una historia del *Siglo XIX.*

UN CONTRASTE HALAGÜEÑO.

Pueblos civilizados y pueblos incultos.

Artículo provisional.

Si viviéramos nosotros en uno de esos paises todavía ignorados ó mal conocidos de la América ó de la Australia, si habitáramos en los archipiélagos septentrionales de la oceanía, ó hiciéramos parte de cualquiera de esos pueblos que llamamos bárbaros é incultos, y nos dijeran: "allá á un estremo del mundo hay un pais que llaman Europa, cuyo pais es el mas civilizado de la tierra: allí los hombres se llaman conciudadanos y convecinos, porque viven como hermanos en grandes poblaciones, en casas muy altas habitadas por muchas familias, regidos por leyes muy sábias, garantidos por muchos tribunales encargados de administrar la justicia, protegidos por una fuerza pública y por una policía organizada que vela por su seguridad: no hay comodidad que no puedan gozar allí los hombres, y mas en este siglo, en que

la industria y las artes han llegado entre ellos á su mayor grado de brillo y esplendor: si esto nos dijeran, á nosotros pobres habitantes de la Nueva Zelandia ó de cualquiera isla del Océano equinoccial, ¿no envidiariamos la suerte y la felicidad de los europeos, y no querriamos de buena gana emigrar á este pais de bienaventuranza?

Pero si luego nos dijeran: "¿habeis de saber que en esa Europa tan ilustrada, en esos pueblos tan sabiamente regidos, en esas ciudades tan populosas, donde hay tantos códigos de leyes, y tantos tribunales, y tanta fuerza pública, y tanta policía, todo destinado á dar seguridad á los habitantes y á prevenir ó castigar los delitos si los hubiese, hay paises en que estos hombres ilustrados no pueden hacer un viaje por dentro de su mismo pais sin prevenirse de dos cosas, de un pasaporte para ir seguros, y de una confesion general para lo que les pueda suceder, porque no saben el dia ni la hora en que se tropezarán en un camino con una cuadrilla de conciudadanos que los saludará á trabucazos, y antes ó despues de desbalijarlos los enviará sin pasaporte á hacer otro viaje con que no contaban, y de donde no podrán volver: allí los hombres fortifican sus casas como si fuesen castillos que un ejército enemigo pensara atacar; y las defienden con porteros que vigilan á los que entran y salen, y con llaves y cerrojos, y con perros y criados, y aun así no están seguros de que á

otros ciudadanos les venga en antojo hacerles una visita á deshora sin haberles ofrecido la casa, y acaso los dejen en posicion de no podérsela volver: allí, si los hombres salen de su casa, no saben si cuando regresen á ella la encontrarán como la dejaron, ó acaso hallarán la puerta franca, la doméstica en el otro mundo, y el ajuar.... lo que querrian seria encontrar al menos el ajuar, pero éste habrá mudado tambien de domicilio sin permiso del casero"....

Si todavía añadieran: "en esos pueblos civilizados, cuando la necesidad obliga á los habitantes á andar en altas horas de la noche por las calles de una numerosa poblacion, ya pueden llevar el *credo* en la boca y una *garantía* de dos cañones en cada bolsillo, y gracias si el *credo* les sirve para salvarse y la *garantía* para volver vivos: allí, si un hombre va solo, aunque sea al medio dia, se espone á que se le acerque alguno á hacerle compañía por unos minutos con mas intimidad de la que quisiera, y le descargue de cualquier peso que lleve: allí, si se buscan las concurrencias, peligra todo lo portátil que los hombres lleven, saliendo ademas prensados como la uva por otros hombres para mejor sacarles el jugo: allí no escrupulizan los hombres de tomar lo ajeno á la presencia de sus mismos reyes, y ni aun delante del Santísimo Sacramento"....

Y si ademas nos añadiesen.... ¿pero necesita-

riamos que nos añadieran más todavía? ¿No tendriamos sobrado, nosotros pobres habitantes de aquel ignorado clima, para decir: "¿y esa Europa es el pais que llamais tan civilizado? ¿y es en ese pais donde rigen leyes tan sábias y justas, y en el que gozan de tanta felicidad los hombres? No; ya no queremos vivir en él; dejadnos en nuestra inculta comarca, que mejor nos hallamos aquí sin tanta felicidad."

Pues ahora tomémosla por la inversa, y supongamos que á nosotros, europeos y españoles por la gracia de Dios, habitantes de un pais que va marchando rápidamente en la carrera de la civilizacion, nos dicen, como nos dicen en efecto, los viajeros que vienen de allá de las islas mas septentrionales de la oceanía, de *Sandwich* por ejemplo: "Allí la hospitalidad es la virtud predominante: entre aquellos habitantes no se ve ni un ebrio ni un mendigo: *casi nunca se oye hablar de robos*, y las escepciones son de insignificante importancia: reina allí un profundo y arraigado sentimiento religioso: tal es la sociedad de *Honolulu.*"

¿Qué diriamos, nosotros españoles civilizados, si tal nos informaran de esos pueblos que tenemos por incultos y semisalvajes? ¿No envidiariamos la suerte y la felicidad de los *Sandwichenses*, y no deseariamos irnos á vivir aunque fuera á *Honolulu?*

Pues bien; esto nos dicen y nos informan nuestros diarios de esos apartados paises, precisamente en estos dias en que pasando á la *crónica de España* y á la de *la capital*, no leemos mas que una *crónica escandalosa* de ROBOS en caminos y en poblado: cada comunicacion, cada párrafo se encabeza con uno de estos epígrafes: "*Cuadrilla de ladrones en Galicia:—Gabilla de bandidos en Cataluña:—Banda de salteadores en Castilla:—Captura de ladrones en la Mancha:—Viajeros robados en Andalucía.*—MADRID:—*Ayer tarde se ha ejecutado un robo:—Anoche fué robada la casa de D. Fulano:—Anteayer al salir un caballero de casa de un amigo suyo, fué asaltado por dos ladrones:—En la calle tal se ha verificado un robo....—Robo acompañado de asesinato:—Robo con fractura:—Robo ingenioso:—Robo con circunstancias horribles:* y robos y mas robos, y todos los dias robos, y se roba en los caminos, se roba en las calles, se roba en las casas, se roba ante la majestad humana, y se roba ante la majestad divina....

¿No valia mas vivir en *Honolulu*, bajo el dominio del rey *Tao-Keaoli* y de los gobernadores *Kahumanu* y *Kekunanoa?* Ya veo yo que ha hecho bien una y mil veces en quedarse por allá aquel marino español, natural de Jerez de la Frontera, llamado Marin, que diz fué arrojado por una tempestad á aquellas islas hace años, y luego se encontró bien en ellas, pues aunque le costara tra-

bajo aprender su lengua, con aquello de *poi kanaka* (los hombres), *macapo* (ojo) *peppeia* (oreja) *uavai* (pié) &c., á lo menos estará seguro que allí no le han de robar las orejas y los ojos; y lo que sentiré es que haya dicho á aquellas buenas gentes que lo que ellos llaman *lelé* (robar), y que allí es una cosa rara, es tan comun en su pais natal, que aunque no sea mas que por eso se alegra de que la tempestad le arrojara allá á los 158 grados de longitud oeste. Lo que tiene es que si sabe que su pais se ha ido civilizando, creerá que en España ya no se roba; pero si por casualidad lee los diarios de una temporada á esta parte, verá que ya nos vamos enmendando. Quiera Dios que allá no lleguen, y por mi parte lo callaria para que no llegaran las noticias de tan halagüeño estado á ningun pueblo del mundo, si no fuera que nada adelanta mi paternidad con callarlo, cuando tantas lenguas lo pregonan diariamente.

Ello es, hermanos mios, que mientras en esos paises que llamamos salvajes apenas se conoce el robo, en estos que llamamos civilizados, con un gobierno que nos cuesta un ojo de la cara, con unos fárragos de leyes que nos abruman, con tantos tribunales para castigar, con tanta autoridad para proteger, con tanta policía para vigilar, con tanta guardia civil para perseguir, con tanto portero, y tanta llave, y tanto cerrojo, y tanta garantía de piston, y tanta eleccion de domésticos,

y tanto ojo, y tanto oido, y tanta vigilancia, y tanto sacramento de seguridad, y con un siglo ilustrado por añadidura, no puede uno moverse, ni dar un paso, ni tampoco estarse quieto, sin esponerse á que lo desbalijen, limpien y monden, en casa ó fuera de ella, de noche ó de dia, solo ó acompañado, y gracias que no le hagan á uno entregar á un tiempo el alma á Dios, el cuerpo á la tierra y la bolsa al demonio.

Aquí, si se pregunta, todos cumplen con su deber: el gobierno cumple con su deber, las autoridades cumplen con su deber, los tribunales cumplen con su deber, la policía cumple con su deber, la guardia civil cumple con su deber, y sin embargo si uno se descuida le roban hasta las pestañas para hacer pinceles, con que no sé en qué consiste. Todos son buenos y mi capa no parece. Algo y aun algos hay en esta sociedad, cuando en tan halagüeño estado nos encontramos. El cuerpo está enfermo, habitualmente enfermo, luego algun vicio hay en su organizacion. En estudiar y corregir este vicio pienso que debieran emplearse los legisladores mejor que en pasar meses enteros en hablar mucho y no hacer nada.

Y cuenta que lo que digo de España, lo digo de esos otros pueblos que dicen que marchan á la cabeza de la civilizacion, pues aparte de los robos en caminos, en que siempre les llevamos alguna ventaja, en lo demas *plus minusve* todos corremos

parejas, y no sabemos en un caso quien sacaria la mas larga, lo cual sirve siempre de algun consuelo.

Dije al principio que este era un *artículo provisional;* y en efecto, no es mas que un pasa-volante inspirado por la multiplicidad de robos acaecidos en estos dias, pues no será estraño que alguna vez ponga mi paternidad en escena los diferentes grados de perfeccion que ha ido adquiriendo este género de *industria* en este que *siglo de la industria* llamamos, á fin de dar á conocer el *Teatro social* en que vivimos, y ver si se puede moralizar siquiera un tantico á tanta casta de *actores industriales* como en él representan y *hacen papel.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

PAGS.

Aparicion y transformacion..... 5
Teatro-mundo..... 19
La civilizacion.—Conferencias gerundianas.—Conferencia primera. Lo que se entiende por civilizacion..... 30
" Conferencia segunda. La civilizacion ¿hace mejores y mas virtuosos á los hombres?..... 35
La poesía en decadencia..... 57
Fr. Gerundio y su lego en una casa de locos..... 60
La homeopatía.—Dosis infinitesimales..... 84
D. Frutos de las Minas.—Historia verídico-novelesca.
Capítulo I..... 96
Capítulo II.—Primera junta minera á que asistió D. Frutos..... 105
Napoleon y Fernando VII..... 125
Juicio crítico-dramático..... 134
La buena muerte del siglo..... 139
De las causas que en sentir de Fr. Gerundio producen la frecuencia y repeticion de los suicidios..... 153

El plan de estudios vigente.—Artículo I..... 159
D. Frutos de las Minas.—Historia verídico-novelesca. Capítulo III.—Afecciones mineralógicas de D. Frutos. 170
La homeopatía.—Estadística de mortalidad..... 180
Los animales al gusto del siglo.—Artículo I. Los trajes. 190
Tirabeque Magnetizado..... 201
Los animales al gusto del siglo.—Artículo II. Las condecoraciones..... 216
La homeopatía.—Tirabeque tratado homeopáticamente.. 234
" Sus principales capítulos..... 241
Lo que vió Tirabeque magnetizado..... 247
Tirabeque desmagnetizado..... 257
D. Frutos de las Minas.—Historia verídico-novelesca. Capítulo III. Viaje de D. Frutos y frutos de su viaje... 265
El plan de estudios vigente.—Artículo II..... 280
Las patatas y la organizacion social del mundo..... 292
La civilizacion.—Conferencias gerundianas,—Conferencia tercera. La civilizacion ¿hace á los hombres mas felices?..... 294
El plan de estudios vigente.—Artículo III..... 312
" Artículo IV, y concluyo... 318
Memoria póstuma que podrá dejar un español del siglo XIX.—El tiempo que he vivido..... 324
La empleatividad.—Comedia en tres actos.—Análisis del acto primero.—D. Juan aspirante..... 333
D. Frutos de las Minas.—Historia verídico-novelesca. Capítulo V.—El regreso de la comision..... 343
Capítulo VI.—Anúblase la estrella minera de D. Frutos. 351
Capítulo VII.—Descubre D. Frutos otra mina, persigue su filon y se hace rico..... 359
Un contraste halagüeño.—Pueblos civilizados y pueblos incultos..... 367

TEATRO SOCIAL
DEL SIGLO XIX

TOMO SEGUNDO

TEATRO SOCIAL

DEL

SIGLO XIX

POR

FRAY GERUNDIO

TOMO SEGUNDO

Casi siempre riendo,
pocas veces llorando,
corregir las costumbres deleitando.

MEXICO:
IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE
Calle de Cadena, núm. 13

1859

LA BOLSA.

ARTÍCULO I.

De las bolsas en general.

Siendo este un siglo esencialmente metalúrgico, no podia menos de ser la *Bolsa* uno de sus mas marcados distintivos y de sus mas sacramentales caracteres.

Guarde cada cual la suya, y hágale buen provecho en cualquier estado que se halle, ya esté repleta ó mediana, ya la tenga esprimida y sin jugo, que no es mi ánimo y pensamiento meterme en la *Bolsa* del prójimo, ni tomar cuentas y hacer exámen del modo y manera *sancta ó non sancta* que cada quisque ha empleado para henchir la

suya, ó para encontrársela cuando menos lo piensa evacuada y limpia; que esto en tal caso será materia reservada para el confesonario, donde los espera Fr. Gerundio para juzgar á cada cual, y absolverle ó condenarle en ley y en conciencia segun las trazas de que se haya valido para rellenar el bolson ó dejarle *in albis y per istam* †, que en uno y otro puede haber pecado.

Y limítase ahora mi paternidad gerundiana á examinar esa BOLSA grande, que bien puede decirse la *Bolsa de las Bolsas;* esa Bolsa magna, pozo-airon de tantas bolsas chicas, y abundante manantial de rápidos acrecimientos para tantas otras; esa gran espelunca de los Estados, ese antro de Trofonio, que llaman Lonja del comercio, donde en Madrid, como en casi todas las capitales modernas y otras grandes plazas mercantiles, se juntan y reunen, se agrupan y apiñan por espacio de dos horas de cada dia no feriado, los banqueros, comerciantes, agentes de cambios, corredores, especuladores y toda la gente del tanto mas cuanto, con el objeto de tratar y contratar sobre el papel de la deuda contra el Estado, libranzas y pagarés, letras de cambio y otros efectos públicos y artículos de comercio.

Antes de meterme en la Bolsa de Madrid, forzoso le es á mi reverencia enviar de vanguardia algunas noticias acerca de la Bolsa en general, que si bien no serán ni nuevas ni necesarias para los

doctores y licenciados en Bolsa, los cuales en lugar de recibir pudieran dar lecciones á un pobre religioso mendicante á quien ni siquiera bolsa propia permite la regla tener, podrán, sin embargo, no ser tan inútiles al público, ó al menos á una gran parte de él.

Y apuesto todavía á que hay doctores del gremio y claustro bursátil, aun de aquellos mismos que deben esclusivamente á la carrera la sólida ciencia de que tienen llenas sus arcas, apuesto, digo, á que los hay que no saben de dónde y por qué le viene el nombre de *Bolsa* á esa academia en que ellos han hecho sus estudios y sus talegones. Y aunque no son las noticias históricas sino los cambios que dejan ganancia los que dan la borla de oro, no obstante, como el saber no ocupa lugar, les diremos que el nombre de *Bolsa* trae su orígen y derivacion de que los banqueros de Bruges, ciudad de Flandes muy floreciente y rica en otro tiempo, se reunian en una plaza inmediata á una magnífica casa perteneciente á la familia de *Wander Bourse;* y de aquí la costumbre de decir: "Vamos á la *Bourse*, reunirse en la *Bourse*," ó la *Bolsa*, que ha durado hasta nuestros dias.

La institucion de la Bolsa es á no dudar de los siglos modernos; pues aunque algunos, fundados en un pasaje de Tito Livio, han creido que los romanos tenian ya bolsas como las del dia, y citan

principalmente una que se erigió el año 259 de la fundacion de la ciudad, en el consulado de Appio Claudio y Publio Servilio, estos han equivocado y confundido la Bolsa material con el cuerpo moral ó gremio de mercaderes [*Collegium mercatorum*] que se crió bajo la proteccion de Mercurio, cuyo edificio servia para los sacrificios de los de aquella profesion.

El verdadero orígen de las bolsas, aunque parezca mentira, viene de aquel adagio semi-insultante que dice: "si no tienes dinero compra una bolsa." Y lo voy á demostrar.

Un gobierno se encuentra necesitado y falto de recursos, ó porque las circunstancias han ocasionado gastos estraordinarios, ó por su mala administracion, que suele ser lo mas comun, ó por otra causa cualquiera: ello es que las contribuciones ó impuestos no bastan á cubrir las atenciones públicas. ¿Qué hace en este caso el pobre gobierno ó el gobierno pobre? Lo que hace todo prójimo pobre en sus apuros particulares, pedir prestado, ó lo que es lo mismo, empeñarse y contraer una deuda. Pues bien, el capitalista ó capitalistas que prestan al gobierno por ejemplo cien millones para sus urgencias, exigen por ello un interes mas ó menos crecido ó módico segun el crédito del gobierno, el cual por su parte se obliga á pagar á los prestamistas una renta anual de 3, 4 ó 5 p%, y les espide un papel ó título que representa el

capital y los intereses, espresados estos en lo que llaman *cupones*, y pagaderos por trimestres, semestres ó anualidades.

Pero los prestamistas no aprontarian sus capitales ni á estas ni aun á otras mas ventajosas condiciones, si no tuviesen la facultad de poderlos realizar cuando les conviniese. De aquí la necesidad de crear un mercado público en que cada rentista pueda cada dia vender y trasferir sus títulos de renta y convertirlos en metálico. Este mercado es la *Bolsa*, y hé aquí cómo el gobierno que no tiene dinero se ve obligado á comprar una bolsa, que es el orígen que pretendia demostrar.

A la creacion de la Bolsa sigue como corolario indispensable la de una *caja de amortizacion*, donde ir amortizando ó estinguiendo cada año una parte de la deuda pública, que en efecto llegaria á estinguirse si los gobiernos, al paso que pagan una mínima parte de la deuda ó no pagan nada, no se empeñasen mas cada dia emitiendo nuevos títulos y nuevas láminas con mas ó menos renta é interes, y llenándose de trampas hasta el gollete, que es la causa de la circulacion de tantas castas de papel como se presentan en el mercado de la Bolsa, y cuyos precios, cambios y valores así alzan ó bajan ó se mantienen segun el crédito del gobierno, segun que este es mas ó menos tramposo, segun los recursos con que cuenta, ó la religiosidad con que paga los réditos, ó segun lo

que mienten ó intrigan los mismos bolsistas, como luego mi reverencia demostrará.

Una vez creadas las bolsas, era menester darles una organizacion y un reglamento. De aquí la institucion de los agentes de cambios para servir de intermediarios de oficio en las operaciones de efectos públicos, los corredores que median en las de giros y libranzas, el tribunal de comercio, la junta sindical de agentes, los derechos de corretajes, liquidaciones, y demas monserga que fuera largo y minucioso describir; y vamos á las operaciones, que es otra monserga, ó por mejor decir, son la monserga principal, y en la que consiste casi todo el intringulis de la Bolsa.

Las operaciones se dividen en operaciones *al contado* y operaciones á *plazo ó fecha*. Las primeras son las menos complicadas y las mas inocentes y sencillas. Se reducen á que un particular, viendo el cambio por ejemplo de los *treses* á 30 p% en la plaza, compra un millon ó dos ó veinte al contado, ó bien para cobrar las rentas del papel al vencimiento de cada semestre y sacar un determinado interes á su dinero, ó bien porque con arreglo á sus cálculos político-financieros, y á sus noticias, y al modo con que sus ojos ven el estado de las cosas, espera que el papel que en el mes de Mayo está á 30 p% ha de subir en Junio á 32 ó en Julio á 34, y entonces lo vende con ganancia de un 2 ó un 4 p%, mientras el otro

particular que le vende, y que ve las cosas con anteojo de diminucion, se goza en sus adentros con la esperanza y casi con la evidencia de que el papel que vende á 30 en Mayo se ha de poner en Junio á 28 ó en Julio á 27, y se saborea con la ganancia del 2 ó del 3 p%, amén de otros 6 ó 7 que habrá de embolsar cuando en Octubre se ponga á 35, lo cual ve venir con tanta seguridad como al verano se sigue el otoño y al otoño el invierno.

De estos dos individuos el uno se engaña de medio á medio y se tira de las orejas, el otro acierta y se pone las botas. A quien Dios se la dé, S. Pedro se la bendiga, y buen provecho le haga á quien le tiene puesto, que al fin y al cabo, de hombres es el errar, y ellos jugaron limpio, y de las operaciones al contado no hay nada que decir.

A veces á la operacion al contado se sigue inmediatamente otra *á plazo*, reducida á que un ciudadano compra al contado á 30, y á renglon seguido vende á fecha á 30 y ¾, que es lo que se llama una operacion *doble*, la mas segura de todas las operaciones, que son las que hacen los hombres *cucos*, y que se contentan con una *moderatta ganancia*, y no tienen mas riesgo ni quiebra que si el comprador á plazo le *falla*, de cuya diversion se ocupará luego mi paternidad.

Las operaciones á *plazo* se pueden dividir en tres especies; ó á *voluntad del comprador*, ó en *fir-*

me ó á *prima*. Se dice *á voluntad del comprador*, cuando se hace una operacion á plazo de 10, 20, 40 ó 60 dias (que es el mas largo que concede la ley en la Bolsa de Madrid, por lo que las operaciones á 60 dias se llaman *á toda fecha*), quedando el comprador facultado para pedir su papel y el vendedor obligado á entregarle en cualquier dia intermedio que el primero le reclamase. Y se llama *en firme* cuando el comprador y el vendedor quedan mutua é irrevocablemente obligados á liquidar precisamente el dia del vencimiento del plazo estipulado y no antes, por cuya razon las operaciones *en firme* se hacen siempre á un cambio algo mas bajo.

Al contrario, el cambio en las operaciones á *prima* es siempre el mas alto de todos, por lo mismo de que el comprador corre menos riesgo y sabe á lo que limita su pérdida. Se hacen de la manera siguiente. Suponiendo que la renta de los treses está en el mercado á 30 p$\frac{0}{0}$, á 60 dias, se toma al mismo plazo á 31, con $\frac{1}{2}$ ó $\frac{3}{4}$ ó mas ó menos de *prima* (que en circunstancias normales suele fijarse en un $\frac{1}{2}$), en cuyo caso, si el papel baja, el tomador no está obligado á pagar mas que la *prima* estipulada; ya sabe adónde puede llegar su pérdida, lo mismo que la baja sea de un 1 que sea de 4 ó mas. Si el cambio sube mas allá de la *prima*, eso tendrá en su favor el comprador. Estas primas hacen un gran papel en la Bolsa, y el

parentesco se estrecha ó se disuelve segun el curso de los valores ó el miedo ó la confianza de los contrayentes, porque en la Bolsa hay varios *casamientos* de un género que no conoce nuestra madre la iglesia.

La mayor parte de las operaciones á plazo ó fecha suelen hacerse *al descubierto;* esto es, sin que el comprador tenga dinero, ni el vendedor tenga papel; pero el comprador fia en que subirán los cambios, y entonces venderá con ventaja ganando el importe de las *diferencias* sin desembolsar un maravedí, y el vendedor espera que bajará el crédito, y entonces comprará al *descubierto* tambien, y se embolsará las *diferencias* sin necesidad de sacar un real de su bolsillo. Esto es muy hermoso para el que gana, porque tal pueden correr los dados, y tal puede soplar la fortunilla, que un prójimo que se hallaba en *vocativo caret*, con la bolsa mas limpia que patena de cura escrupuloso, mas enjuta que la lámpara de Polentinos que nunca lucia por falta de aceite, y cuyo vacío bastaria á echar por tierra el sistema rancio de Aristóteles; que tal ciudadano á quien le cogian de medio á medio el *bienaventurados los pobres* de la Escritura, que estaba hecho un Job en su último periodo, y que pudiera servir de tipo para la *pobreza divinizada* del *Plutus* de Aristófanes, ó del Idilio XXI de Teócrito, se vea en cuatro dias hecho un *rico hombre de Alcalá*, y ar-

rastre carretela, y levante casas, y viva como un Fucar, y se encuentre de la noche á la mañana convertido en otro Midas, aparte de aquello de las orejas de asno que quiero suprimir.

Y la posibilidad de este tránsito, que es tan bonito, y tan dulce, y tan sabroso, y tan lisonjero, refocilante y corroborativo, confirmada por mas de un ejemplar que se ofrece á la vista, es lo que alimenta y anima y estimula y seduce y da tentaciones de jugar á la Bolsa, y lo que mueve y produce esa cotidiana y tan divertida guerra civil entre *alcistas* y *bajistas*, que no le va en zaga á la de montescos y capulettos, ni á la de los güelfos y gibelinos, ni á la de los hugonotes y calvinistas, ni á la de los rosas-blancas y rosas-encarnadas, y que constituyen la parte mas dramática del teatro de la Bolsa, y da ocasion y pié y argumento para tantas desastrosas tragedias, divertidos sainetes, curiosas escenas, animados diálogos, y peripecias de todo género.

Todavía, sin embargo, no llegamos á la Bolsa de Madrid, que por su tipo y carácter original se distingue de todas las otras bolsas, y será la segunda y mas amena parte de estos artículos bursático-gerundianos. Es menester antes saber lo que pasa en las bolsas de otros paises.

Supónese que los *alcistas* y *bajistas* de todas las bolsas del mundo, cuando se deciden á jugar, lo hacen con la intencion y propósito, y llevan la es-

peranza y el convencimiento, y casi la evidencia de que van á hacer fortuna; pero fortuna grande, elevada, loca, y en un breve, corto y sumario término. Ninguno cree que va á perder: el mas desconfiado, el que menos ilusion se hace, llegará á confesar que es *posible* una pérdida, pero *probable?*..... eso no, por mil y mil razones que con dificultad podrán fallar, pues cuando juega ya tiene él bien calculadas todas las eventualidades.

Mas como necesariamente si los unos han de ver sus esperanzas realizadas, los otros han de ver sus ilusiones fallidas, de aquí, cuando la Bolsa se pronuncia en *alza* ó en *baja*, aquel contraste tan pintoresco y ameno que ofrecen los actores de este drama; los unos con sus rostros de pascua de Resurreccion, sus ojos vivos y bullidores, su sonrisa en los labios, y su corazon dándoles mas saltos y brincos de alegría que un cabritillo en dia de primavera: los otros con sus caras de Viernes Santo, su mirar lánguido y sombrío, su color macilento, su semblante desencajado, y su corazon reducido al tamaño de una lentejuela: que si alguno quisiese retratar al vivo á aquel Demócrito que diz era tan risueño y alegrote, no tiene sino pintar á un jugador de Bolsa que gana; y el que quisiese representar *la vera efigies* de aquel Heráclito, que diz fué mas lloron que un sauce de Babilonia, no tiene sino dar la estampa de un

jugador de Bolsa que pierde: el uno es el *gaudium et lætitiam* del salmo, el otro el *afligit me inimicus.*

Entremos por un momento en la Bolsa de Lóndres, que es un vasto edificio consistente en tres grandes salones y otras piezas accesorias, donde se reunen diariamente mil ó mil doscientas personas que van á hacer fortuna, y donde se cruzan mas intereses y se hacen mas negocios que en ninguna otra Bolsa de Europa ni de América. Dase allí á los *alcistas* el nombre de *toros* [*bulls*], y á los *bajistas* el de *osos* [*bears*]: á los agentes de cambio se les llama *brokers*, á los agiotistas *jobbers*, y á los especuladores *speculators.*

A las diez en punto de la mañana el conserje mas antiguo agita una carraca llamada de Watchmann, y se abre la puerta. Una inmensa multitud se precipita en la gran casa de juego: la guerra entre *toros y osos* comienza desesperadamente, ofreciendo cada animalucho el cambio mas favorable á su especulacion. De repente circula una noticia que va á producir una alza ó baja repentina, y entonces los *toros* embisten y arremeten con toda la fuerza de sus astas; los *osos* agitan sus garras y buscan el modo de clavar sus uñas y de destrozar una presa: la guerra se encarniza, no hay transaccion ni se dá cuartel: el vencedor no se contenta con menos que con dejar al vencido sin aliento y sin un schellin: el vencido ve hundirse

toda su fortuna en un abismo en diez minutos, y quisiera ver abierto otro abismo donde arrojarse él en el acto. La agitacion es demasiado violenta para poderla resistir mucho tiempo: es indispensable tomar un respiro, y así sucede. De rato en rato se suspende el juego, y entonces entra la parte mas cómica de aquel animado drama. Los formalotes ingleses se entregan al delirio, á la alegría y movimiento mas estravagantes. En aquella especie de embriaguez el uno hace saltar el sombrero de su vecino, el otro al pasar le pone por casquete en la cabeza la falda de la levita, el otro le arroja bombitas de papel: todos se empujan, refriegan, manosean, soban y estriñen, y por último, termina la diabólica algazara cantando todos los jugadores á coro la cancion de *God save the King*, "Dios salve al rey," ú otra popular cancioneta, en la cual toman parte *osos y toros*, vencedores y vencidos, gananciosos y perdularios, los unos porque les sale del corazon, los otros para hacer corazon de tripas, y ocultar en cuanto pueden la procesion que les anda por dentro; y como los ingleses son tan buenos cantores, sucede que los unos rabian cantando y los otros cantan rabiando, y no hay oido humano que resistirlo pueda. Concluido lo cual, vuelve á comenzar el juego de desquite, y la guerra á muerte, y las maniobras, y las estratajemas, y los ataques, hasta que algun prójimo queda enteramente desplumado en tér-

minos de no poder pagar las *diferencias*, que llamamos aquí *sentarse*, y los ingleses llaman á este desgraciado *lame duck*, "pato cojo," y le echan de la Bolsa.

Y puesto que sabemos ya lo que al poco mas ó menos pasa en las Bolsas de otras partes, iremos otro dia á la de Madrid, que tiene alguna cosilla que analizar.

DON TADEO,

ó EL

FLACO Y EL GORDO.

COMEDIA EN ABREVIATURA.

ACTO PRIMERO.

La escena pasa en Madrid en la década de 1835 á 1845. Decoracion de calle. El teatro representa el encuentro de Fr. Gerundio con D. Tadeo.

ESCENA ÚNICA.

Fr. Gerundio.—Está V. muy flaco, amigo D. Tadeo.

D. Tadeo.—Efectivamente, P. Fr. Gerundio. No faltan trabajillos.

ACTO SEGUNDO.

La escena pasa á fines del mismo año en que fué el primer encuentro. El Teatro social representa á D. Tadeo bajando del coche.

ESCENA ÚNICA.

Fr. Gerundio.—¡Oh, Sr. D. Tadeo! Amigo, no le conocia á V. Ha engordado V. estraordinariamente en menos de un año!

D. Tadeo.—Efectivamente, P. Fr. Gerundio: crea V. que me fatiga ya tanta obesidad.

Fr. Gerundio.—¡Pero hombre, V. engorda al vapor! Si no supiera cosa en contrario, diria que le habian hecho á V. ministro.

D. Tadeo.—No señor.... no soy mas que un mero contratista..... A casa del ministro voy ahora.

Fr. Gerundio.—Basta, basta. Que sea enhorabuena, Sr. D. Tadeo [*vase*].

ACTO TERCERO.

El teatro representa á D. Tadeo entrando en casa del ministro. Una porcion de españoles escuálidos se quedan estupefactos mirando á D. Tadeo, asombrados de ver aquella *monstruosidad*....

ESCENA ÚNICA.

Empleados, cesantes, militares, gente del pueblo. A coro.—Ve ahí en qué consiste que no podamos engordar nosotros [*cae el telon*].

ESTADISTICA REAL.

Siendo los reyes los primeros actores del *Gran Teatro social del Mundo,* como mi paternidad ha anunciado, creo que mis gerundianos lectores leerán con curiosidad el *Cuadro estadístico y comparado* que ofrecen las cualidades distintivas de los soberanos de las diversas naciones, desde el

orígen de los imperios hasta el fin del siglo XVIII, respetando por ahora á los del siglo XIX en que vivimos.

Este interesante y curioso cuadro es debido al erudito *Mr. Sainte-Fare-Bontemps*, que con incansable laboriosidad y prolijo estudio ha ido recogiendo y anotando las noticias y datos mas auténticos que suministran los historiadores de diferentes siglos, hasta el punto de poder calificar á cada monarca concienzudamente segun sus obras, y las buenas ó malas cualidades que en su gobierno desplegara, y de informarnos del término desastroso ó feliz que cada uno tuvo.

Los paises cuyos reinados examina son 64, que pondremos por el órden alfabético siguiente.

Alba.	Dinamarca.	Lacedemonia.
Alemania.	Egipto.	Latium.
Aragon.	Escocia.	Leon.
Argos.	España.	Lombardía.
Asiria.	Francia.	Lorena.
Asturias.	Hebreos.	Macedonia.
Atenas.	Hunos y Hungría.	Medos.
Babilonia.	Imperio de Oriente.	Micenas.
Bitinia.	Imperio latino.	Moscovia.
Bohemia.	Inglaterra.	Nápoles y Sicilia.
Borgoña.	Israel.	Navarra.
Bósforo.	Italia.	Papas.
Califas.	Jerusalem.	Parthos.
Castilla.	Judá.	Pérgamo.
China.	Judíos.	Persia.

Polonia.	Saboya.	Tebas.
Ponto.	Siria.	Tiro.
Portugal.	Suecia.	Troya.
Provenza.	Suevos.	Turquía.
Prusia.	Sycion.	Vándalos y visogodos.
Roma.	Tebaida.	

Los soberanos que han reinado en estos 64 paises desde el orígen de los imperios hasta fines del siglo XVIII componen un total de 2,542.

Las diversas cualidades de estos soberanos arrojan las 35 indicaciones siguientes:

1.—De los 2,542 han abdicado.	64..	1 por 40
2.—Han sido asesinados....	151..	1 por 17
3.—Asesinos.....	65..	1 por 39
4.—Avaros.....	18..	1 por 141
5.—Benéficos.....	121..	1 por 21
6.—Conquistadores.....	32..	1 por 79
7.—Crueles.....	144..	1 por 18
8.—Desgraciados.....	28..	1 por 91
9.—Destronados.....	290..	1 por 9
10.—Envenenadores.....	8..	1 por 318
11.—Envenenados.....	62..	1 por 41
12.—Eruditos.....	46..	1 por 55
13.—Fatuos ó insensatos.....	11..	1 por 231
14.—Felices.....	6..	1 por 424
15.—Filósofos.....	17..	1 por 149
16.—Grandes.....	38..	1 por 67
17.—Guerreros.....	591..	1 por 4

18.—Herejes.....	19..	1 por 134
19.—Justos.....	84..	1 por 30
20.—Legisladores.....	40..	1 por 64
21.—Malvados.....	47..	1 por 54
22.—Mártires.....	25..	1 por 182
23.—Muertos en combate....	105..	1 por 24
24.—Prisioneros.....	123..	1 por 21
25.—Prudentes.....	88..	1 por 29
26.—Que no han hecho nada, ó sea holgazanes y desidiosos.....	102..	1 por 25
27.—Relajados ó desmoralizados.....	79..	1 por 32
28.—Sentenciados ó condenados á muerte.....	108..	1 por 21
29.—Sin vicios ni virtudes....	259..	1 por 10
30.—Sin datos suficientes para juzgarlos.....	502..	1 por 5
31.—Suicidas.....	20..	1 por 127
32.—Supersticiosos.....	17..	1 por 160
33.—Tiranos en toda su estension.....	8..	1 por 318
34.—Usurpadores.....	75..	1 por 34
35.—Vueltos á llamar al trono.	58..	1 por 44

Resumiendo y estractando de la estadística de *M. Sainte-Fare-Bontemps* el número de reyes que han sido desgraciados ó felices, resulta, de los 2,542:

Que han sido destronados	290
Que han abdicado	64
Que se han suicidado	20
Que han sido fatuos ó se han vuelto locos	11
Que han muerto combatiendo	105
Que han sido hechos prisioneros	123
Que han sido martirizados	25
Que han sido asesinados	151
Que han sido envenenados	62
Que han sido condenados á muerte	108
Total de desgraciados	959

En contraste y oposicion á esta cifra, la historia da el nombre de verdaderamente felices á 6, que señala el autor con sus nombres por el órden siguiente:

1—en Portugal: *Juan de Braganza.*
1—en Castilla: *Isabel la Católica.*
1—en Persia: *Hormisdas II.*
2—en Inglaterra: *Egberto y Eduardo III.*
1—en Francia: *Cárlos VII.*

En vista de este cuadro, cada hermano formará su juicio del papel que han representado en el *Gran teatro social del mundo* esos primeros actores que llamamos reyes. Y sin embargo, los hom-

bres se matan todavía por llegar á serlo. Bien que en el *Teatro Social del Siglo XIX* los reyes ya son otra cosa.

LA CIVILIZACION.

CONFERENCIAS GERUNDIANAS.

CONFERENCIA CUARTA.

Presente y porvenir del mundo.

En la *conferencia tercera* habia quedado el amigo D. Magin, en el uso de la palabra, y ofrecídonos hablar sobre el porvenir del mundo; ofrecimiento que tenia á Tirabeque reventando de curiosidad, no ocurriéndosele á él que el mundo pudiera tener otro porvenir que el de acabar por fuego, segun testimonios que le merecen entera fé.

Así fué que al dia siguiente, atento yo Fr. Ge-

rundio, y hecho todo ojos y oidos mi lego, tomó D. Magin la palabra y dijo:

—"Señores, cada siglo recibe su denominacion de aquello que en él principalmente domina. Y no me parece mal la nomenclatura con que un ingenio moderno distingue á cada uno de los 19 que llevamos desde la venida de Dios al mundo, llamando al 1.º el siglo de la *redencion;* al 2.º el siglo de los *santos;* al 3.º el siglo de los *mártires y de los anacoretas;* al 4.º el siglo de los *Padres de la Iglesia;* al 5º el siglo de los *bárbaros del Norte;* al 6º el siglo de la *jurisprudencia;* al 7º el siglo del *mahometismo;* al 8º el siglo de los *sarrasenos;* al 9º el siglo de los *normandos;* al 10 el siglo de la *ignorancia;* al 11 el siglo de las *cruzadas;* al 12 el siglo de los *frailes*, ó de las *órdenes religiosas* (Tirabeque bajó la cabeza, como diciendo: "servidores de V."); al 13 el siglo de los *turcos;* al 14 el siglo de la *artillería;* al 15 el siglo de las *modas;* al 16 el siglo de las *bellas letras;* al 17 el siglo de los *ingenieros y de la marina;* al 18 el siglo del *despertamiento de los pueblos;* y al 19 en que nosotros contribuimos á poblar este valle de lágrimas, dice que debiera llamarle el siglo de la *industria;* pero quiera Dios, añade, que pueda *recobrar* pronto esta bella denominacion, y *no conservar* la que podrá un dia avergonzarle ó deshonrarle llamándole el siglo del *agiotaje* y de la *corrupcion venal.*

"En cuanto al *agiotaje*, cuenta será de mi amigo Fr. Gerundio, que veo ha emprendido ahora sus artículos de Bolsa, analizar hasta qué punto le convenga; y en cuanto á la *corrupcion venal*, podrá correr de cargo del hermano Tirabeque. Por mi parte me contento por hoy con llamarle el siglo de la *industria*, y en este sentido voy á considerar *el porvenir del mundo*, que aunque la cuestion es de futuro contingente y no parece fácil de resolver, la libertad conjetural es el artículo primero de la constitucion intelectual del hombre, que ningun congreso del mundo puede reformar ni menos suprimir.

"Observemos el progreso industrial del siglo XIX. ¡Con qué rapidez camina! En todas partes la mecánica va reemplazando el trabajo del hombre y de sus axiliares las bestias. Antiguamente, por ejemplo, se caminaba á caballo, ó se viajaba en pesados carros ó galeras. La industria avanzó un paso más, y se inventaron las diligencias; pero quedaron sin oficio una porcion de hombres y de caballos. Llegó el vapor y dijo: "fuera esas pesadas máquinas, y esos caballos, y esos hombres, que es vergonzoso que se haya de emplear tanto tiempo en andar una miserable jornada. Y se inventaron los ferrocarriles, y se dió el cetro de los caminos al señor Vapor.

Pero este monarca fundó su imperio sobre la cesantía de otra mayor porcion de hombres y de

caballos. Sin embargo, el imperio del nuevo monarca fué aclamado con universal regocijo; lo primero por las ventajas de la celeridad, y lo segundo porque la generalidad de los hombres no eran empresarios de diligencias, ni arrieros, ni carromateros, ni mayorales.

Entronizóse, pues, el rey Vapor. Se empezó á construir caminos de hierro; las naciones mas adelantadas se cruzaron de ferrocarriles, y acabarán por hacerse tan espesos como las calles de una poblacion. Hasta el Santo Padre parece que ha vencido su repugnancia á los caminos de hierro, y que se dispone á admitir en sus Estados al rey Vapor, relevando á sus secuaces del anatema que les habia fulminado.

Tirabeque interrumpiendo.—Y en España, Sr. D. Magin tenemos ya mas de 50 líneas.... á lo menos en las cabezas de los proyectistas y de los ingenieros.

D. Magin.—¿Quién sabe? Acaso nos convenga esperar otro poco, por lo que luego diré.

Ello es que los caminos de hierro se van multiplicando rápidamente, y que al propio tiempo los hombres se van quedando ociosos, y los caballos se van dando de baja. En cuanto á éstos no importa, puesto que son solo unas máquinas auxiliares del hombre y cuesta cara su manutencion; y las máquinas diz que son como los gobiernos, las mas baratas son las preferibles. Pero en

cuanto á los hombres, ¿qué se harán tantos como quedan cesantes?

Tirabeque.—¡Oh! eso tiene buen remedio, Sr. D. Magin; que aprendan otro oficio, y se pongan aunque sea á hacer medias.

D. Magin.—Pues bien; supongo que estos hombres, deseosos de proporcionarse otra ocupacion, se dirigen á una fábrica de medias. Pero allí se encuentran con un ministro del rey Vapor que les pregunta: "¿cuántos son VV?

—Quinientos, le responden.

—Pues no hay empleo para tanta gente, contesta el ministro. Con media docena de hombres y esta mecánica hago yo mas pares de medias en un dia que pares de piernas ha de haber que se las pongan."

"Con esta respuesta el batallon de cesantes se retira. Pero estos hombres discurren entre sí y dicen: "puesto que tantas medias fabrica en un dia el ministro del Vapor, precisamente ha de necesitar un prodigioso surtido de algodon hilado. Dediquemos, pues, nuestras mujeres á hilanderas, y esto es mejor, porque ellas nos mantendrán con su trabajo, mientras nosotros aplaudiremos el reinado del Vapor."

"En consecuencia de esta medida las mujeres se presentan al almacenista pidiendo las emplée en hilar. Pero el almacenista les responde: "siento mucho no poder complacer á VV., ni aceptar

sus servicios, porque el rey Vapor mi amo tiene aquí una *empleada* que hila ella sola en un dia más que VV. pudieran hilar todas juntas en un mes. Esta activa funcionaria es la que VV. ven (y les enseña la máquina de hilar).

"Ya tenemos cesantes de ambos sexos, causados por el vapor. Estos cesantes, acosados por el hambre, vuelven á conferenciar entre sí y dicen: "puesto que el rey Vapor todo lo hace con el auxilio de las máquinas, ¿tenemos mas que buscar trabajo en la fabricacion de esas mismas máquinas, que precisamente han de necesitar de innumerables brazos?" Y se dirigen animados y resueltos en busca de trabajo que les dé la subsistencia. Pero allí se encuentran tambien con un ministro responsable del rey Vapor que les dice: "amigos, las pocas plazas que necesitamos se hallan ocupadas, y aun pudiéramos escusar algunas: porque el rey Vapor es un monarca que se lo hace casi todo por sí mismo; él construye sus propias máquinas con muy pocos auxiliares, y apenas necesita de los hombres."

"¿Qué hará, pues, este ejército de cesantes, que por todas partes se va multiplicando y acreciendo? ¿Adónde irá en busca de ocupacion? ¿Adónde se encaminará que encuentre trabajo de que vivir?

Tirabeque.—Sr. D. Magin, que se dediquen á cultivar la tierra, que buena falta le hace, y la tierra es grande y necesita muchos brazos.

D. Magin.—Verdad es, hermano Tirabeque, que la agricultura necesitaba antes muchos brazos, pero ya la mecánica ha inventado un aparato para segar, con el que un hombre solo echa al suelo mas cañas de mies y con mas perfeccion que una cuadrilla de segadores con las antiguas hoces. La mecánica ha simplificado el arte de arar; se están perfeccionando los trillos mecánicos; mañana se trillará al vapor, y llegarán á conducirse las mieses por caminitos de hierro, y casi no se necesitará ni hombres ni ganados para hacer todas las labores de la recoleccion. En cuanto á las harinas, ya hace tiempo que se construyen al vapor; el pan se hace á la mecánica, y si no comemos al vapor, lo haremos el mejor dia.

Tirabeque.—Eso es lo que pienso yo que hacen ya algunos, Sr. D. Magin, porque si no no podrian engordar tanto: así como tengo para mí que hay muchos tambien que comen maquinalmente. Y en lo tocante á la gente que se va quedando sin trabajo, por mi ánima que los va V. estrechando mucho, hermano D. Magin, pero no les faltará. Hoy en dia se consume verbi gracia mucho papel, tanto papel que es una barbaridad; y así esa gente deberá dedicarse á trabajar en las fábricas de papel.

D. Magin.—Sí, pero en la fabricacion de papel se encuentran tambien entronizados el vapor y la mecánica, reinando juntos y de mancomun, como

aquellos dos monarcas españoles que amalgamaron sus derechos y unieron sus coronas para mejor hacerse dueños de tantos desparramados estadillos como entonces en España habia. La fabricacion del papel, hermano Pelegrin, necesita pocos hombres, porque todo se hace ahora á la mecánica y al vapor.

Tirabeque.—Pues Sr. D. Magin, el que quiera trabajo, que se ponga á cajista de imprenta si sabe leer y escribir, y si no á prensista, que ambos son oficios socorridos, porque es tanto lo que en el dia se imprime, hermano D. Magin, que pienso no han de bastar todos los vivientes para poner en letras de molde tanto como los autores escriben.

D. Magin.—Así fuera, hermano Tirabeque, si el vapor y la mecánica no hubieran estendido su dominacion á las prensas. Pero ya una prensa mecánica imprime mas ejemplares en una hora que las prensas ordinarias en un dia. Dentro de poco todas serán prensas, y entrarán los prensistas á aumentar el catálogo de los hombres sobrantes. Por lo que hace á los cajistas, hasta ahora el Piano-tipo no habia sido muy feliz, pero ya un jóven Bohemio [1] ha perfeccionado una mecánica tipográfica en forma de un teclado de 121 teclas, divididas en dos series, por cuyo medio se pueden reu-

1 Un tal Techulik de 26 años.

nir en un minuto trescientas sesenta letras, lo cual produce veintiun mil seiscientas letras por hora, mientras que hoy el cajista mas diestro no puede levantar mas de dos mil. Se reemplaza con un dedo el uso de las dos manos, y se puede multiplicar el número de teclas de un modo indefinido. Esta nueva máquina se ha ensayado en la imprenta imperial de Viena, y ha dado muy buenos resultados. Así las industrias que están mas en boga y que mas brazos emplean y necesitan, van rápidamente haciendo á los hombres superfluos é innecesarios.

"El rey Vapor y la reina Mecánica estienden y propagan maravillosamente sus conquistas, ayudándose mutuamente y conspirando de consuno á un objeto comun, al de la dominacion universal. Así mientras el rey Vapor, señor de los caminos de hierro, logra llevar por ellos la correspondencia pública, haciendo escusados é inútiles los hombres que la conducian y los caballos que los ayudaban, la reina Mecánica inventa los telégrafos eléctricos, suprimiendo los correos de gabinete y los caballos de que se servian. Mientras el autócrata de la industria hila y teje, hace papel y le imprime, recoge las cosechas y muele el grano, y se hace servir de todas las artes con un ahorro de brazos inconcebible, su compañera de trono la reina Mecánica emplea un aparato ingenioso por medio del cual se hacen todas las operaciones aritméti-

cas sin el socorro de la inteligencia; y dentro de poco cada ministerio con el auxilio de uno de estos aparatos mecánicos podrá reemplazar á sus empleados con otras tantas maquinitas al vapor.

Tirabeque.—Eso que seria bueno, Sr. D. Magin, no querrá Dios que suceda, y por mi hábito que en ninguna parte del mundo seria tan útil esa reforma como en España.

D. Magin—Pues bien, allá iremos llegando. Entretanto la mecánica y el vapor marchan rápidamente hácia la conquista del mundo industrial, y acabarán por conquistarle. Yo no sé cuándo esto se verificará, pero es lo cierto que al cabo de un tiempo dado, el mundo marítimo y el mundo terrestre se verán cruzados de barcos de vapor y de caminos de hierro, y no habrá nada, hasta la ropa de vestir, que no se haga á la mecánica y al vapor.

"Cuando esto suceda, que sucederá algun dia al paso que marcha la industria, ¿qué se hará de los bueyes, y de los caballos, y de las demas bestias de que ahora se sirven los hombres? Bien que esto es lo que menos importa, porque los unos se podrán volver á los bosques como en los tiempos de la creacion, y los otros podremos disecarlos y destinarlos á los museos de historia natural; y los jóvenes que lo sean dentro de un siglo oirán de boca de los profesores de zoología: "este cuadrúpedo es el caballo de los antiguos [*equus*], al cual

hacian servir para diferentes usos de la vida, como para cabalgar sobre él, para conducir unas máquinas muy pesadas y muy toscas que llamaban carros [*currus*], y para otros infinitos menesteres, que exigia en aquellos tiempos la infancia de la industria, cuyos animales y los demas que iremos examinando, se hicieron inútiles desde que la mecánica y el vapor se dividieron el imperio del mundo.

"En cuanto á los hombres quedarán mejor, porque en el momento que el vapor domine completamente un pais, todos sus habitantes vivirán de rentas propias, lo cual será una felicidad."

Tirabeque.—¿Y cómo ha de poder ser eso, hermano D. Magin?

D. Magin.—¿Cómo? Por un procedimiento bien sencillo: porque todo el que no tenga rentas propias emigrará ó se morirá de hambre. (Tirabeque se sonrie y hace un signo de cabeza, como quien dice: "y tiene razon.")

"Por de contado los hombres sobrantes de Europa van emigrando ya á bandadas á todas las partes del mundo. Los irlandeses se comen los codos de hambre, y van donde pueden. Los ingleses se salen de madre y desaguan en la India ó en la China. Los franceses, y los alemanes, y los suizos, se van en caravanas á la Argelía, ó á la América del Norte, ó á las márgenes del Mississippí, ó á la antigua regencia berberisca, ó á aumen-

tar la poblacion de Tejas, que en el año 34 contaba 40,000 almas, y en el de 45 no bajaba de 250,000. Y en cuanto á los españoles, lo que estraño es que no háyamos emigrado ya todos: aquí no por sobra de hombres, sino precisamente por falta de ellos, que es una honrosa escepcion [1].

"Lo cierto es que el mundo nuevo se traslada al viejo, y que poblaciones enteras dejan hoy su patria y sus hogares por ir á buscarse una existencia nueva en las soledades profundas de la América ó en las regiones aun no bien conocidas de la Oceanía. Y lo que es mas, existen una porcion de empresas y compañías de especuladores para la conduccion de emigrados de Europa, los cuales por cierto no lo suelen pasar muy bien en el camino, pues no hace mucho que el navío *Irad Ferry*, perteneciente al puerto de Amberes y destinado á conducir emigrados, llevó por espacio de diez dias su triste poblacion sin tener un pedazo

1 Entre emigraciones forzosas y voluntarias no bajarán de medio millon los españoles que han dejado su patria solo de tres años á esta parte. Antes se nos iba la juventud pobre á Montevideo, donde los que no han perecido miserablemente han pasado un buen purgatorio. Ahora se nos van poblaciones enteras á Oran y Argel, creyendo mejorar de vida, ó se enganchan y alistan para las Antillas, donde hace poco arribó un buque con 271 desgraciados, de los cuales, por ir hacinados á guisa de los negros de la costa de Africa, hubo que arrojar al mar 50 ó 60 cadáveres y fumigar toda la correspondencia del buque. Felicidad del siglo XIX.

de pan que darle, y si no hubiera tenido la suerte de encontrar al buque *Stephanie* de Hamburgo que le socorrió, habria tenido lugar á bordo una de aquellas escenas terribles y horrorosas de la historia de la marina.

Tirabeque.—Esos hombres, Sr. D. Magin, y V. perdone, pienso yo que mas emigrarán por gusto y por gana de bureo que no por necesidad, porque si ellos quisieran ocupacion en que ganar un pedazo de pan, no les faltaria; y cuando otra no tuvieran, ahí están las minas de carbon de piedra, del cual se hace el vapor segun tengo entendido, y son minas en que se emplea mucha gente.

D. Magin. En primer lugar, Tirabeque hermano, ni las minas de carbon de piedra ni todas las minas juntas bastan para dar ocupacion á la diezmilésima parte del sobrante de las clases obreras que el señor Vapor va dejando. Y en segundo lugar, que hasta ese recurso creo yo que va á faltar muy pronto, porque el trono del vapor está vacilante y amenaza hundirse. Sí, hermano Tirabeque, y esta es otra de las grandes novedades que tengo que anunciarte hoy. ¡El imperio del vapor, de ese dominador universal de la industria, de ese gigante, de ese coloso del siglo, se va á desplomar! ¡Y un soplo, Pelegrin, un soplo va á bastar á derribarle!

Tirabeque.—¿Será posible eso, Sr. D. Magin? ¿Y qué será entonces de Dª Mecánica? ¿se hundirá tambien?

D. Magin.—Al contrario, Dª Mecánica se casará de segundas nupcias con el monarca vencedor, y se rejuvenecerá y florecerá y prosperará mas, al paso que quedarán mas hombres sobrantes, que se comerán unos á otros á falta de otra ocupacion.

"Este nuevo rey, este monarca poderoso que habrá de levantar su imperio sobre las ruinas del vapor hoy tan pujante; este nuevo aspirante al trono industrial del mundo, y que lleva sus pretensiones en buen estado y con esperanza de ceñirse la corona, sin acudir ni á negociaciones diplomáticas, ni á intrigas palaciegas, ni á pronunciamientos: este rival temible, que ha de hacer tantos ricos y tantos miserables en el mundo.... es el *Aire.* Tan pronto como se perfeccionen los ensayos que con la presion del aire se están haciendo, esta nueva fuerza motriz reemplazará de seguro al vapor, y le destronará; por la sencilla razon de ser mas abundante y mas barata, tan barata y tan abundante como que no cuesta nada, y lo hay en todas partes, y no falta nunca, ni necesita de laboreo ni de trasportes, con lo cual aun los hombres que se empleaban en la estraccion y acarreo del carbon de piedra, serán otros tantos sobrantes que añadir al inmenso catálogo de los cesantes de la industria del siglo.

"Pues bien; cuando el aire y la mecánica sean los señores del mundo: cuando los hombres que

ahora emigran al Africa y á la América en busca de trabajo y ocupacion, vean al aire y á la mecánica invadir aquellas regiones y sentar en ellas su trono, lo cual sucederá dentro de 50, ó de 100, ó de 200 años, no sé cuándo, pero sucederá siguiendo el mundo industrial la marcha que lleva, ¿qué será entonces de aquellos hombres? ¿qué se hará de la humanidad sobrante? ¿y cuál será el porvenir del mundo?"

Tirabeque me miró como asustado: yo me habia propuesto callar en esta conferencia, y D. Magin prosiguió:

"Afortunadamente los recursos del talento humano son inmensos é inagotables. Entonces se levantará un genio, que dirá: "¿Y por qué se han de fabricar mas medias y mas guantes que manos y piernas hay que los puedan llevar? ¿Para qué imprimir en un dia mas libros que los que los hombres pueden leer en diez años? Y esos caballos y esos bueyes que vemos empajados en los museos de historia natural, ó que andan errantes por los bosques y desiertos, ¿no podrian ser domesticados, como dice la historia que lo estuvieron antiguamente, y unciéndolos á los carros y á los arados y otras máquinas, servir á los hombres para las labores de agricultura y para otros infinitos usos? ¿No seria este un medio de dar ocupacion á tantos brazos ociosos, y á este sobrante de humanidad que nos atosiga y ahoga?

"Este reformador de la sociedad seria tenido al pronto por un soñador ó un desjuiciado, y se le encerraria en una casa de locos, que en aquellos tiempos venideros es de creer que habrá muchas, porque el hambre trastorna grandemente las facultades intelectuales, y el vapor y la mecánica han de acabar por dar muchas hambres. Despues se meditaria un poco este plan, y ya no pareceria tan estravagante. Luego se pensaria más en él, y quién sabe si se diria: "verdaderamente que este hombre no va del todo descaminado; porque al fin la reforma es humanitaria: y de esta manera se puede subvenir á las necesidades de una infinidad de desgraciados, que tendrán ocupacion, y ganarán un jornal honradamente, y acaso en ello aventajará mucho la sociedad."

"Y podria muy bien llegar el caso de que á aquel hombre le sacaran de la casa de dementes para hacerle ministro, que segun las ideas de los tiempos así pasan los hombres por sabios ó por locos. Y siendo ya ministro, empezaria á valerse de hombres en lugar de máquinas; y á esto lo llamarian progreso, y á él le mirarian como un bienhechor de la humanidad, y le levantarian estatuas en los pueblos. Que el mundo, ha dicho un escritor espiritual, marcha al rededor de un círculo, y me inclino á creer que lleva razon. Las decoraciones del *Teatro Social* que se retiran por viejas, si al cabo de algun tiempo que no se han visto se re-

tocan y se vuelven á presentar en el escenario, pasan por nuevas y son aplaudidas.

Tirabeque.—Señor D. Magin, V. me tiene estupefacto.

D. Magin.—No hay para qué asustarse, hermano Tirabeque: esto no es mas que un juego de mi imaginacion, inspirado por la rapidez con que el vapor y la mecánica se van haciendo dueños del mundo, y dejando hombres cesantes: y sentiré que seas tan caviloso que veas en él algo de realidad. Ni esto está tampoco para suceder luego. ¡Dios sabe cuándo sucederá! Y por lo que hace á nuestra España, puedes vivir sin cuidado, porque aun podrá acontecer que la alcance la reforma social por la retaguardia, y al cabo de un siglo ó de dos se encuentre de moda como los sillones góticos que han podido conservarse desde el tiempo de Recaredo y ahora son de un uso flamante. Por eso te dije al principio que podria ser que le conviniera esperar un poco.

Tirabeque.—Sr. D. Magin, V. no se contenta con ser enemigo de la civilizacion, sino que tambien lo es de los adelantos de la industria, á lo que parece.

D. Magin.—Todo al contrario, Tirabeque mio; ya te he dicho que no hay nadie mas apasionado que yo de la civilizacion, y lo mismo lo soy del progreso industrial.

Tirabeque.—Pues á lo menos V. es enemigo del vapor y de las máquinas.

D. Magin.—De ninguna manera, como pienso hacerte ver otro dia.

Tirabeque.—¿Y cuándo ha de llegar ese dia, si se puede saber? Porque yo ya tengo mas curiosidad de la que puedo sufrir buenamente. Y dudo mucho que V. se pueda desenvolver de esas contradicciones por mas que aguce el filo del ingenio.

D. Magin.—Sin embargo, yo espero convencerte de que amo la civilizacion y quiero el progreso industrial. Entonces te esplicaré cuál es la civilizacion que yo amo y el progreso industrial que deseo. Y acaso te referiré antes una curiosa novelita que te vaya dando aclaraciones.

Tirabeque.—Las aclaraciones son las que yo quiero cuanto antes, Sr. D. Magin, no que las novelitas, que en tal caso podrán ser buenas para despues.

D. Magin.—De todos modos un poco de paciencia, hermano Tirabeque, y no mas."

Y así terminó nuestra conferencia cuarta sobre *civilizacion.*

LA BOLSA.

ARTÍCULO II.

La Bolsa de Madrid.--Su parte material.

En todas partes hay un local, mas ó menos vasto y suntuoso, esclusivamente hecho y destinado para servir de Bolsa. La de Lóndres, la de Paris, la de Amberes, la de Amsterdam, la de Hamburgo, la de Francfort, y todas las que mi paternidad en sus peregrinaciones ha visto, son edificios grandes y ostentosos, que llaman la atencion del viajero. Solo á la Bolsa de Madrid le estaba reservado andar de ceca en meca y sin domicilio fijo como el Judío Errante, y en verdad que si los inquilinos no son judíos, debe haber al menos algunos hebreos, si se ha de creer la pública voz y fama.

En 10 de Setiembre de 1831 se instituyó por real decreto este Colegio de humanidades, que en sus primeros tiempos estuvo en la casa de la com-

pañía de Filipinas; despues le dió por sustituir á las comunidades religiosas y se trasladó al patio y claustro bajo del ex-monasterio de S. Martin, de monjes benedictinos, órden rica y no enemiga de la Bolsa, que despues de llevar muchos siglos ganando siempre en alza, de repente dió un bajon y fué declarada en quiebra como tantas otras, vendiéndose sus bienes por una especie de junta sindical, llamada de amortizacion, y cuyos bienes pasaron de las bolsas de los Padres á ser el objeto principal de la Bolsa del comercio en su misma casa, que á esto se reduce el mundo y sus riquezas, á cambiar de Bolsas.

Del claustro de S. Martin pasó la Bolsa á la iglesia del ex-monasterio de monjas Bernardas de Vallecas. Los hermanos bolsistas se acogieron mas á sagrado; los especuladores reemplazaron á las santas vírgenes, y los agentes de cambios tomaron posesion de los confesonarios; si bien aquella iglesia habia sido ya antes invadida por la sociedad del museo lírico matritense, la cual habia convertido la capilla mayor en escenario cómico y todo el templo en teatro. De manera, que cuando fué la Bolsa encontró ya hecha la metamórfosis sacro-profana. Un telon de boca en que se hallaban pintados unos angelotes muy rollizos, carianchos, gordiflones y mofletudos, con unas tarjetas en la mano recordando los nombres de los célebres trágicos Isidoro Maiquez y Rita Luna,

servia de valla y dique para contener las oleadas del enjambre de bolsistas, que en aquel estrecho y mezquino receptáculo zumbaban y bullian como abejas en colmena, con la diferencia que las abejas zumban y bullen para labrar la cera y la miel, y los bolsistas bullen y zumban para ver de chupar toda la miel y cera posibles, aunque dejen sin ella los oidos del prójimo; sin que los zánganos entren para nada en la comparacion de uno y otro enjambre.

Desde que se entraba en la Bolsa del ex-templo de las Vallecas se estrellaba la vista en el telon de boca, que avisaba ser aquello un teatro farsaico y aun farisaico. Y sucedia á veces que de dia representaban los bolsistas una comedia, y de noche los socios del Museo Lírico hacian otra, que podia ser muy bien la *Bolsa* y el *Rastro*, ó *Lo de arriba abajo*, á la cual asistian muchos de los bolsistas, que habian ejecutado entre una y tres de la tarde *Lo de un bolsillo á otro.*

Del templo de las Vallecas pasó la Bolsa á la iglesia de los Basilios, donde actualmente mora, reemplazando así sucesivamente á las tres órdenes y reglas monacales de Benedictinos, Basilios y Bernardos, las únicas que empiezan con *B* como Bolsa, lo cual parece denotar cierta analogía literaria.

La Bolsa está hoy en el lugar que le corresponde, en la calle del *Desengaño.* Dios se le dé á

quien todavía no le haya adquirido, que bien le habrá menester.

Este vasto local es notable por mas de un concepto. De templo religioso se trasformó en parque de artillería de la ex-milicia nacional, y de depósito de cañones pasó á mercado de papel del descrédito. Hoy presenta este edificio contrastes muy singulares. Cuando se trasladó á él la Bolsa el pavimento consistia en un piso de arena blanda, fofa y mollar, con mas altos y bajos que los cambios del papel, y mas desigual que la reparticion de las fortunas. Posteriormente se ha entarimado y adecentado toda la iglesia. A la entrada se ha colocado un cancel, detras del cual se echa de menos la pila del agua bendita, que sin duda se ha suprimido por innecesaria, puesto que el agua bendita dicen que solo borra los veniales, y en la Bolsa todos son mortales. En la parte posterior se conserva el coro, cesante y en paz, que en España siempre anda la paz por el coro. La sacristía y capillas laterales se han convertido en oficinas del colegio de agentes. En el fronton del altar mayor se ha colocado una tabla que semeja la que los israelitas tienen en sus sinagogas; pero se engañaria mucho el que creyera leer en ella los preceptos del Decálogo, aunque no estaria de mas recordar en aquel sitio el que manda no codiciar los bienes ajenos; bien que esto equivaldria á ahuyentar de allí la gente.

La cúpula ó media naranja recuerda todavía los tiempos gloriosos de la iglesia, pues en ella subsisten pintados cuatro santos Padres, que discurro deberán ser S. Basilio y los tres Gregorios; el de Niza su hermano, el Nazianzeno, su íntimo amigo, y el Taumaturgo, en cuya moral se formó. De modo que por la parte superior es templo cristiano, y por la inferior es templo de Mercurio: arriba hay santos Padres pintados, y abajo hay Cresos vivientes. El artesonado de la techumbre está lleno de grietas y hendiduras, en que algun malicioso creerá acaso ver simbolizadas las quiebras á que están espuestos los concurrentes al templo. Y el púlpito donde se predicaba la palabra divina ha sido reemplazado en otro sitio por una verja-tribuna, donde un predicador lego publica las operaciones que se van haciendo. Este personaje merece una descripcion particular.

En el crucero de las dos naves principales, y en el punto que corresponde exactamente al centro ó cenit de la cúpula, tirando una perpendicular de la claraboya á la copa del sombrero del nuevo predicador, se han colocado dos verjas circulares de madera, que constituyen dos círculos concéntricos, por cuyo espacio intermedio circulan los agentes, los cuales estienden sobre una papeleta la operacion de cambio que por su mediacion se acaba de hacer. En el centro del círculo mínimo se embute el predicador, el cual va

tomando las susodichas papeletas, y con rostro sereno, inalterable é impávido, y con voz ni de tiple, ni de bajo, ni de tenor, ni de barítono, sino con una voz *sui géneris*, siempre en la misma cuerda, modelo de igualdad de pausas, y reduciendo toda su música á tres solas notas naturales, sin bemoles ni sostenidos, va cantando las operaciones por este órden. Advierto á los cajistas que me pongan igual número de puntos entre palabra y palabra; ni uno mas ni uno menos; uno solo bastaria para alterar el compas del predicador.

"Se han hecho..... dos millones de reales..... en títulos del 3 p%..... á 60 dias fecha..... ó voluntad del comprador..... á $34\frac{5}{8}$ p%.....

"Se han hecho..... un millon de reales..... en títulos del 5 p%..... á 30 dias fecha..... ó voluntad del comprador..... á $23\frac{1}{2}$ p%.....

"Se han hecho..... un millon de reales..... en títulos del 3 p%..... á 34 p%..... al contado.

"Se han hecho..... doscientos mil reales..... en cupones no llamados..... á $25\frac{3}{4}$ p%..... á 31 del corriente..... en firme.

"Se han hecho..... tres millones de reales..... en láminas de deuda sin interes..... á 40 dias fecha..... ó voluntad del comprador..... á $7\frac{9}{16}$ p%.....

"Se han hecho..... dos millones de reales..... en títulos del 3 p% ..... á 60 dias fecha..... ó voluntad del comprador..... á 35½ p% ..... á prima..... de ¾ p%."

El tema de este sermon parecerá algo monótono y pesado á los oyentes de Fr. Gerundio, pero tengan entendido que aun está mas pesado el ciudadano que le predica todos los dias en la Bolsa de una á dos de la tarde, sin remojar la palabra.

A su alrededor tiene constantemente este individuo un numeroso auditorio que, aunque compuesto de mercaderes, lejos de tener en aquel caso oidos de mercader, le prestan muy atento y le alargan y estiran cuanto pueden para informarse de las alteraciones de los cambios, y con arreglo á ellas echar sus cálculos y cuentas, y ver si les conviene aprovecharle para vender ó para comprar.

Por mano y boca de este predicador unísono pasan todas las fortunas sin menguar ni crecer la suya en un ápice: él es el *fac-totum* y el *fac-nihil* de la Bolsa: él hace rico al pobre y pobre al rico; es casi como Dios, que abate á los poderosos y exalta á los humildes; y sin embargo, ni el que queda pobre se irrita contra él, ni el que se hace rico le dá propina, ni aun las gracias. Por su mano se han arruinado infinidad de familias, y á pesar de eso él es un *bonus vir de campis*, inofensivo,

incapaz de hacer daño á nadie con intencion. Es el hombre que maneja mas millones de España: su boca es un chorro de oro; tiene las riquezas en el pico de la lengua: y con todo eso su tren de campaña no pasa nunca de un levita que en lo desvaido demuestra pertenecer su dueño á la tribu de Leví, la sola que se quedó sin rentas por dedicarse al servicio del templo. Este personaje, único que anda entre la miel sin pegársele nada, es el verdadero Tántalo de la Bolsa; es mas que Tántalo, puesto que aquel no hacia mas que tocar con los labios el agua, y éste la tiene en las manos y en la boca, y se enjuaga con ella, sin llegarle nunca al esófago.

Divertido y curioso es el espectáculo que presenta diariamente el teatro de la Bolsa al primer golpe de vista. El cantor monótono del púlpito-tribuna solfea las operaciones: un auditorio de especuladores de comparsa le escucha con atento oido, porque los primeros actores ó galanes de aquel drama se creerian rebajados si necesitaran de la palabra del predicador para formar su juicio sobre la cuestion del dia: éstos se agrupan hácia el testero de la iglesia, donde estaban la capilla y el altar mayor, la custodia y el santo fundador de la órden, que es el sitio que creen corresponderles por su categoría de padres maestros de la Bolsa: los agentes bullen en torno al círculo menor de la esfera y dentro del círculo máxi-

mo, y van, y vienen, y tornan, y cruzan, y se revuelven y agitan, buscando cambios, proponiendo operaciones, solicitando primas, entablando casamientos, y hablando á todos al oido y *sotto-voce.*

Entre tanto, por el cuerpo del templo hormiguean muchas parejas, especie de diptongos de Bolsa, que tambien cuchichean y se hablan con calor é interes, y como si se hiciesen mutuas confianzas y estuviesen unidos en la especulacion: mientras en último término del escenario se observa uno ú otro Padre maestro, solo y con los brazos cruzados, más serio que un provisor, más inmóbil que el convidado de piedra, y más inalterable que el hombre justo de Horacio, aunque acaso la comparacion no le cuadre en todo. A él van llegando los agentes y corredores, le hablan al oido, y él con un signo de cabeza, á guisa de Júpiter Olímpico, les significa que desecha ó admite la operacion que le proponen.

De las dos horas que dura la Bolsa cada dia no feriado, en la una se fuma y no se canta, y en la otra se predica y no se fuma, pero en ambas se hacen contrataciones. En la hora de fumar suelen verse trescientas chimeneas humanas, cuyo humo anubla el templo y se eleva hasta las bóvedas tan ligero y en mas abundancia que el incienso que se quemaba hace años en el mismo lugar y en honor del Altísimo. Muchas esperanzas y muchas fortunas se desvanecen allí como aquel humo: con la dife-

rencia que las primeras se las lleva el viento, y las segundas no se elevan á la bóveda, sino que pasan á otros bolsillos. Al ver la generosidad con que unos y otros se dan los cigarros, se diria que todos eran amigos y socios en comandita; y tal hay que alarga un cigarro á su vecino, á quien piensa chupar veinte mil duros de diferencias el dia del vencimiento con el mayor placer; y tal que saca la caja y ofrece un polvo á quien tiene ya soplado en el cuerpo un rapé de trescientos mil de diferencias; pero se fuma y se sorbe, y chupa cada cual lo que puede, unos humo y otros dinero, y prosigue el drama.

Habiéndome manifestado mi lego Tirabeque deseos de ver la Bolsa, le llevé á ella un dia. Al principio se quedó parado como aquel á quien le sorprende una escena que acaso halla diferente de lo que él se hubiera podido imaginar. Despues un poco repuesto,

—"Señor, me dijo, mucha gente hay aquí: acaso no serian tantos los mercaderes aquellos á quienes nuestro Señor Jesucristo echó del templo á latigazos. Si Jesucristo anduviera ahora por el mundo no sé yo si estos señores estarian seguros aquí: aunque bien veo que esto ya no es templo, y que se ha tratado de ahuyentar de aquí al Señor: bien que habiendo sido esto antes depósito de cañones, no estraño que se fuera, porque Dios no debe ser muy amigo de la artillería."

En esto se acercó un amigo y me dijo: "esto está hoy bastante caliente.

—Pues por mi ánima, replicó mi lego, que yo mas siento aquí frío que calor, y que no estarian mal unas estufas, porque esto es un paramento.

—Se conoce, Pelegrin, le dije, que no comprendes la terminología bursátil. Este señor no quiere decir que aquí haga calor, sino que el mercado de hoy está caliente, esto es, animado, sostenidos ó en alza los precios: así como, cuando la tendencia es á la baja, se dice que está flojo ó frío. Y si no los cambios nos lo han de decir.

—¿A cómo están los treses? le pregunté al amigo.

—A *cuarto* toman, me respondió.

—Siendo así, dijo Tirabeque, yo tambien tomaré una buena cantidad, puesto que á cuarto cuesta el papel comun, y por poco que valga el que aquí se vende, siempre será de mejor calidad cuando tanta gente decente acude á comprarlo.

—No has de ser badulaque, hombre. Cuando se dice á *cuarto*, se entiende por ejemplo á $33\frac{1}{4}$ p$\frac{0}{0}$, que será el precio de hoy atendida la cotizacion de ayer. Aquí nunca se dice el entero sino el quebrado, lo cual basta para la inteligencia de la gente práctica, porque lo demas ya se supone. Menester será que no hables nada hasta que vayas entendiendo el lenguaje de Bolsa.

—¿Y cree V., le pregunté al amigo, que esto se sostendrá?

—Yo creo que no, me dijo; yo pienso que esto tiene que hundirse muy pronto.

Miró Tirabeque al techo, y esclamó: "vámonos de aquí cuanto antes, mi amo, que pienso que este hermano tiene razon, porque allá arriba veo toda la bóveda resquebrajada y abierta, y tengo para mí que esto amenaza ruina, y ya que muchos se arruinan en la Bolsa, que á lo menos no nos coja á nosotros."

—No es eso, hombre, no es eso, válganos Dios. El techo seguro está, segun informe de los arquitectos, y lo que este caballero teme que se hunda no son las bóvedas, sino el crédito, el valor del papel. Y aconséjote, y aun te mando que te estés calladito, hasta que yo te instruya de la nomenclatura bursátil, porque de otra manera no harás mas que decir sandeces."

Acercámonos á la valla y pregunté: "¿á cómo anda esto?

—A ¼ hay plata, á ½ papel, me respondieron."

"Esto significa, le dije á Pelegrin, que hay compradores á 33 ¼ p%, pero que los vendedores no dan sino, á 33 ½." Pareció quedar enterado; pero luego se llegó á él un agente y le preguntó: "tiene V. un millon de treses?

—¿No señor, contestó Pelegrin muy serio: y

volviéndose á mí me dijo: "Señor, este hombre no me conoce y me tiene por rico: ¿qué mas querria yo que tener un millon aunque fuera de doses?

No habia acabado bien de decirme esto, cuando se le acercó otro diciéndole: "puedo colocarle á V. una prima; ¿quiere V. darla?—No tengo inconveniente en ello, respondió Pelegrin, siempre que V. me la coloque bien. Y aun podria dar á V. dos, no que una sola.

—Por ahora no tengo colocacion mas que para una. Podemos hacerlo á 4½ con uno, á 15 del corriente: ¿acomoda?

—Hombre, eso es muy pronto, contestó Pelegrin: porque es el caso que no la tengo aquí, sino que está en el pueblo; y estando como estamos ya á 8, apenas da tiempo para que pueda venir la contestacion. Pero ella es buena muchacha y muy hacendosa, yo respondo; á menos que no se haya maleado como todas las cosas desde que no la veo."

Oida esta contestacion se retiró el agente riéndose, teniendo sin duda por loco á mi pobre lego. Yo me reí tambien de su sandez y del modo como él entendia las *primas* de valores, tomándolas por primas de parentesco.

Pero todavía no paró aquí, sino que no haria tres minutos que le habia perdido de vista cuan-

do vino diciéndome: "Señor, estamos en grande: acabo de hacerme con dos millones de treses....

—¡Ténganos Dios en su gracia! esclamé; pero simple y estólido que tú eres, ¿quién te mete á tí á jugador? ¿de dónde sacas tú para pagar esos dos millones?

—Señor, en primer lugar que no seria yo el primero que juego en la Bolsa sin cuidarse de dónde ha de pagar, segun tengo entendido; y en segundo lugar, que yo no he jugado, sino que se llegó á mí un caballero y me dijo: "le daré á V. dos millones de treses al contado: ¿los toma V?

—Con mil amores, le respondí yo: una vez que V. es tan generoso, mándemelos V. á casa, ó dígame dónde he de ir por ellos y á qué hora.

—¿Y qué te contestó él?

—Que estaba corriente: y se marchó tan contento sin decir mas palabra.

—Y riéndose de mi simplicidad, deberias añadir. Mira, Tirabeque, no creí que eras tan lego en materia de Bolsa. Pero en parte me alegro, porque para salir bien librado de la Bolsa es menester una de dos cosas; ó saber un punto más que el diablo, ó no saber absolutamente nada para no meterse en ella. De todos modos, Pelegrin, ten entendido para tu gobierno, que aquí en este sitio no debes creer una palabra de cuanto te di-

gan, porque aquí nada es verdad. Y por último, ven conmigo á este rincon, porque la parte moral de la Bolsa debe tratarse en rincon y capítulo aparte.

MEMORIAS POSTUMAS

QUE PODRA DEJAR OTRO ESPAÑOL DEL SIGLO XIX.

Lo que he pagado.

Desde que vine al mundo empecé á ser materia imposible. Gracias á algunos pesos duros encontró mi madre quien me ayudara á salir de su vientre. Sin ellos acaso hubiéramos perecido los dos.

Costó el bautizarme mas de lo que yo entonces valia, aunque no hago vanidad de valer mucho ahora. Sin algunas pesetas no hubiera podido entrar en el gremio de los fieles.

Para ir á la escuela me hicieron comprar una cartilla y un catecismo, que pagué doble de su valor por estar impresos con privilegio esclusivo

del gobierno, y empecé á ser contribuyente al Estado antes de saber lo que era Estado y lo que era contribuir.

Fuí al colegio, y no hubiera entrado sin pagar los derechos de matrícula. Aunque creí dar muestras de aplicacion y aprovechamiento, no podia hacerlo constar sino anticipando tantos reales y tantos maravedís. Adquirí los grados á precio de tarifa. Si no hubiera aprontado cinco, diez y veinte, no hubiera podido ser ni bachiller, ni licenciado, ni doctor, aunque hubiera sabido mas que Merlin.

A los 18 años hubiera sido soldado, si no hubiese sido tasado el servicio de mi cuerpo en unos cuantos centenares de pesos fuertes que apronté ó aprontaron por mí.

En cambio me embargaron para servir en la milicia nacional. Me costée el uniforme, llevé el fusil diez años, y pagué muchas guardias. Sin embargo me llamaban hombre libre.

A los 21 me alcanzó la contribucion de la Bula. No hubiera podido comer sin pecar á no haberme redimido de la culpa de cada dia el *por cuantos vos* de cinco reales anuales: *Pecunia tua te salvum fecit*.

Me enamoré de una jóven, y acordamos unirnos en santo matrimonio; pero este matrimonio no hubiera podido llegar á ser sacramento sin el auxilio de unos cuantos pesos duros. Sin ellos hu-

biéramos tenido que vivir, bien á pesar nuestro, en ocasion próxima, y acaso en pecado mortal.

Para ejercer mi profesion pagué los derechos de patente al Estado, y un impuesto anual que ascendia á mas de lo que yo ganaba.

Busqué una habitacion para vivir, y ademas de los alquileres tuve que pagar la contribucion de inquilinatos.

Tuve hijos, y empezaron á costarme lo mismo que yo costé.

Pedí prestado, y el prestamista me cobró réditos, y el Estado me exigió la alcabala.

Tuve necesidad de viajar, pero no hubiera podido hacerlo sin aprontar la contribucion de pasaporte.

Pagué muchos portazgos, y hallé pocos caminos.

Mientras estuve ausente de mi mujer, el cariño que nos teniamos refluyó todo en beneficio del Estado, pues no podiamos darnos noticia de nuestra salud sin acrecer estraordinariamente la renta de correos.

No pude pedir gracia ni reclamar justicia sin pagar la contribucion del papel sellado.

Me imposibilité de servir en la milicia, y el haberme roto una pierna me costó cinco reales mensuales como comprendido en los esceptuados del servicio.

Los médicos y cirujanos que me asistieron y las drogas que me suministraron, los unos habian pa-

gado el derecho de patente y las otras el de arancel, pero indirectamente y de rechazo lo vine yo á pagar todo.

Aun quedé apto para andar, y para acabar de restablecerme me aconsejaron el ejercicio de la caza. El consejo de los facultativos me costó pagar cada año el derecho de uso de arma, y ademas el de la licencia.

Cuando mas falta me hacia mi caballo, tenia que ir de bagaje.

He pagado una habitacion innecesaria en la casa con destino á alojados.

Mi mujer heredó unas fincas con las cuales viviamos con algun desahogo; pero vino el sistema tributario y se las cedimos á la hacienda pública, porque las rentas ya no cubrian las contribuciones.

El Estado me habia obligado ya dos veces á prestarle por fuerza.

Fuí algun tiempo empleado, y no he podido cobrar las dos terceras partes de mi sueldo.

El agua que he bebido me ha costado doble por el derecho de placa al arrendador de la fuente.

El vino habia pagado los derechos de consumo.

La contribucion de puertas se me introducia en el estómago, cualesquiera que fuesen los alimentos que usara.

La de aduanas la he traido encima bajo la for-

ma de camisa, de pantalon, de levita ó de sombrero.

La luz que me ha alumbrado, el fuego que me ha quitado el frío, el tabaco que he fumado, los platos en que comí, las cartas con que jugué, y hasta la pluma con que escribo esta memoria, todo ha ido destilando su gotita en el fisco bajo el nombre de directa ó indirecta.

Tuve la desgracia de enviudar, y no hubiera podido dar sepultura eclesiástica á mi mujer si no hubiera tenido para satisfacer los derechos parroquiales, á pesar de haber pagado la contribucion de culto y clero.

Perdí mis dos hijos, y vendí una finca para enterrarlos.

Yo me voy á morir pronto, y estoy pensando de dónde saldrá para comprar el nicho que habrá de encerrar mis cenizas. Gracias á mi mucha economía me prometo que habrá quien pida por mi ánima y la ayude á salir del purgatorio; y esto durará hasta que se consuman mis ahorros.

Estoy satisfecho de la organizacion de la sociedad, y muero como cristiano y como hombre libre, pero buen dinero me ha costado.

LA BOLSA.

ARTICULO III.

Su parte moral.

Retirados Tirabeque y mi reverencia al rincon de una capilla, veiamos moverse, agitarse, bullir y zumbar delante de nosotros aquel enjambre de especuladores, que á guisa de abejas en el interior de una colmena, trabajaban cada cual á su modo por fabricarse su panalito de miel, que es lo que allí se pretende demostrar.

Mi paternidad contempló por un rato en silencio aquel cuarto poder del Estado.... ¿cuarto he dicho? ¿Acaso no es muchas veces el primero? ¿Y qué poder mas fuerte y mas propio de un siglo metalúrgico y positivo que la Bolsa? ¿Acaso, me decia yo, no es la Bolsa la que derriba y levanta ministerios, la que cambia la faz de los negocios públicos, y la que influye mas poderosamente en el triunfo ó la derrota de los bandos y partidos que se disputan el poder? ¡Cuántas veces, pueblos

mios, estaréis vosotros discurriendo sobre las probabilidades de que pueda sostenerse ó caer un gabinete, estudiando las necesidades del pais, pesando el estado de la opinion pública, calculando sobre la marcha de la política estranjera, formando juicios sobre la oposicion ó apoyo que pueda tener en las cortes, y no atinaréis la razon por qué un gobierno se sostiene, por qué otro cae, y por qué otro vacila y se bambalea, ó se remienda y recompone, y os parecerá todo incomprensible é inesplicable, sin atinar con el verdadero *busílis* que suele ser *una jugada de Bolsa!*

¡Cuántas veces diréis para vosotros: "¿por qué este periódico, por qué el otro diputado, que antes tronaban contra el gobierno, hablando el uno y escribiendo el otro, ahora se hacen lenguas y se deshacen en laudes y encomios de ese propio gobierno, siendo el mismo mismísimo que antes era? ¿Qué es esto? ¿Cómo se esplica este cambio? ¿En qué pais vivimos?

—En un pais de Bolsa, hermanos mios muy amados: y todo eso que á vosotros os parece tan estraño é incomprensible se esplica muy sencillamente por una jugadita de Bolsa. Y levantando los ojos al santo fundador de la cúpula, esclamé: "¿no es verdad, santo mio?"

Oyó Tirabeque la esclamacion, y me interrumpió diciéndome: "Señor, con el permiso del Santo, ¿me dirá V. en qué consiste que aquí todo el

mundo cuchichea? Estos que se hablan al oido y aparte supongo yo que serán amigos y que irán á la una.

—En la Bolsa no hay amigos, Pelegrin, y en cuanto á ir á la una, ya es otra cosa. Aquí todos van á la una, ó por mejor decir, al uno, que es á su negocio.

—Pero ellos parece que se hacen confianzas.

—Las confianzas de la Bolsa, Pelegrin, son como las de las máscaras y las de los juegos de prendas, con la diferencia que suelen costar mas caras. Por lo demas, aquí todo el mundo tiene alguna confianza que hacer: todo el mundo sabe algun secreto, siempre por buen conducto se supone: estos secretos se comunican con aire misterioso, y como quien dispensa en ello un favor distinguido y singular, y nada mas que á medias, porque no se podria revelar todo sin comprometer y quebrantar lo sagrado del sigilo, dejando, sin embargo, traslucir lo bastante para que el que juega sepa por qué lado va á hacer un negocio loco. Pero ¡infeliz del que se fie de confianzas y secretitos de Bolsa!

—Señor, allí hay uno á quien todos parece que miran y observan con mucha atencion y cuidado.

—Ese, Pelegrin, será alguno de los santones, gefes ó directores de esta orquesta, que son los que se cree dan el tono y la clave, y que tienen

en su mano la llave y el cordon, con que abren ó cierran, aprietan ó aflojan esta Bolsa á su placer. El que posee la confianza de uno de estos santones, aquel cree tener ya la fortuna sujeta por las agallas, compra ó vende con toda resolucion, se embarca sin miedo, se engolfa en alta mar, y navega á todo trapo. Los que no, le observan cuidadosamente, acechan, escuchan, á ver si por una palabra que suelte, por un gesto ó ademan que haga, conocen si compra ó vende, si está ó continúa á la alza ó á la baja, y seguir el rumbo y derrotero que él siga. Los santones que esto saben, dejan caer á manera de oráculos ó sibilas tal cual palabra misteriosa que es cogida con avidez, ó hacen tal cual demostracion que saben cómo ha de ser interpretada. Pero sucede, Pelegrin, que cuando indican que están comprando, entonces es cuando están vendiendo, que en términos vulgares y bursátiles llaman *largar candela*, ó bien compran por un lado seis, y venden por otro doce, y ellos hacen su negocio, y el que caiga caiga.

Pero señor, ¿y el octavo mandamiento?

—Los mandamientos de la Bolsa, Pelegrin, no tienen octavo, porque no son los mandamientos que se encierran en dos los que aquí rigen, sino otros que se encierran en uno: los cuales ni pertenecen al honor de Dios ni al provecho del prójimo, sino al provecho del individuo.

—Señor, diga V. lo que quiera, si yo fuera

hombre de dinero, jugaria hoy á la Bolsa, y pienso que con seguridad de ganar; porque al venir á este rincon en que estamos pesqué al paso una noticia muy gorda que uno estaba comunicando á otro al oido: "no tenga V. duda, le decia; lo sé originalmente; anoche les fué admitida la dimision: esto va á pegar un bajon terrible." Yo supuse que seria la dimision de los ministros; y siendo así, ó yo soy muy lego, ó esto ha de ir de baja, y se podia hacer hoy un buen negocio: ¿quiere V. que nos animemos, mi amo?

—Desgraciado, Tirabeque mio, el que se fia de noticias de Bolsa! ¿No te he dicho que aquí nada es verdad, y que en este sitio no rige el octavo mandamiento? Has de tener entendido, Pelegrin, que la Bolsa es una fábrica de noticias, pero fábrica en que se miente al vapor. Aquí cada dia se forma un nuevo ministerio: la reina ha tenido ya cuatro ó cinco maridos en la Bolsa: en este sitio se han pronunciado casi todos los pueblos de España cuando ellos se hallaban mas tranquilos: aquí se han arreglado veinte veces los negocios con Roma á satisfaccion de ambas partes: en este lugar ha muerto Luis Felipe doce veces, mitad de enfermedad, y mitad de muerte repentina: dentro de este recinto se han roto las hostilidades de la Inglaterra con la Francia en treinta ocasiones: aquí se mudan los gabinetes estranjeros á gusto de cada consumidor: alrededor de esa valla se han

puesto en desacuerdo Narvaez y la reina madre cincuenta y cinco veces, y sin salir de aquí los han reconciliado otras tantas: allí en aquel testero han andado al estricote los ministros unos con otros en sesenta ocasiones, pero en la capilla de enfrente estaban á partir un piñon, y en el cuerpo de la iglesia habian salido ya dos de ellos de resultas de la refriega que habian tenido: aquí se disuelven las cortes á la una y media, y á las dos se vuelven á prorogar; y á veces á una misma hora en la capilla izquierda están dando un voto de censura al gobierno, y en la derecha se le están dando de confianza: junto á aquella puerta han salido una docena de notas del gabinete inglés para nuestro gobierno, y en la de enfrente siempre hay correos estraordinarios que acaban de llegar de Paris con la definitiva: todas las noches hay en la Bolsa consejos de ministros que duran hasta el amanecer, y á los embajadores se los trae á deshora y á maltraer de casa en casa cuando ellos duermen á descansa-plenipotenciario: y todo esto, si pasa en Madrid, el que lo dice es porque lo ha visto, y si pasa fuera, ha visto cartas y documentos fehacientes, ó cuando menos, se remite al testimonio auténtico de autoridad irrecusable.

Aquí, Pelegrin, no hay noticia que no se invente, patraña que no se forje, novedad que no se urda, embuste que no se trame, y embrolla

que no se teja: todo con el santo fin de que esto suba ó baje, se anime ó se desaliente, y hacer cada cual su juego á costa de la gente incauta y crédula, cándida y sencilla.

—Segun eso, mi amo, cuando tanto se miente, mucha influencia deben tener aquí las noticias.

—Parece que debieran tenerla, Pelegrin, pero esto es lo mas gracioso. En todas las Bolsas del mundo las oscilaciones de alza ó baja tienen sus causas naturales y conocidas, y en cierto modo están sujetas al cálculo: porque los valores de los efectos públicos penden de la mayor ó menor estabilidad del gobierno, del mayor ó menor crédito que goza, ó de la mayor ó menor confianza que inspira; de su exactitud en el pago de los intereses, de la tranquilidad del Estado, ó del temor de disturbios políticos &c. Por eso en aquellas bolsas las buenas noticias sirven de mucho, aunque tambien se miente á destajo. En España, como todo sucede por la regla de los vice versas, la Bolsa por lo comun está en vice versa tambien. Aquí cuando hay un poco de paz suelen bajar los fondos un 4 p%, y cuando hay un pronunciamiento suelen subir un 5. Aquí cuando el gobierno asegura el pago de las rentas por uno ó dos años, bajan un 3, y cuando parece que se va á caer el cielo sobre nosotros, suben un 4. Aquí el que mas cree saber es el que menos acierta, y el que

mas mira es el que menos ve. De modo que el que aquí funde sus cálculos sobre noticias y sucesos políticos puede estar ya seguro de una de dos cosas, ó de que ha de ganar, ó de que ha de perder.

—De verdad, mi amo, yo creia que las alzas y bajas de la Bolsa dependian de los sucesos y de la marcha del gobierno, y que por lo mismo el que mejores noticias tuviera, aquel podria ganar mas: pero si no consiste en esto, no sé yo en qué diablos podrá consistir.... Y escuche V., señor..... Veinte millones acaba de publicar ese hombre que está ahí: ¡qué atrocidad, mi amo! ¡veinte millones de una vez!

—Pues mira, eso que acabas de oir tampoco es verdad.

—¿Cómo que no es verdad, señor? Lo he oido tan claramente y mejor que le estoy oyendo á V. ¡Oh! de eso no me cabe duda.

—Podrá ser verdad, pero podrá tambien no serlo: ¿quién te ha dicho á tí que esa operacion no sea valor entendido entre dos jugadores de antemano combinados, que van á la una como tú dices, y que hacen publicar esa operacion para aparentar que los valores van en alza ó en baja?

—¿Eso tambien, señor?

—¿No te he dicho que aquí nada es verdad, ó que aunque la haya no es fácil distinguirla de la mentira?

Y volviendo á las causas influyentes en los cambios, todo depende, Pelegrin mio, de que cuatro, seis ó diez capitalistas de estos que llamamos *gordos*, formen un complot poniéndose de acuerdo para elevar ó bajar los precios del papel, á cuyo fin y bajo la direccion de un gefe, toman todas aquellas medidas y usan todas las estrategias....

—Perdone V. que le interrumpa, mi amo; entonces ya sé yo el modo seguro de ganar en la Bolsa. No hay mas que ver de hacerse amigo de alguno de estos sacristanes mayores, pescarles el secreto, y en seguida arrojarse de bruces y echarse á nado, y tomar ó vender millonadas, segun convenga, y luego preparar los talegones para recibir las ganancias, que si es así como V. dice, ellas vendrán infaliblemente.

—Eso, Pelegrin, no tiene mas peligro que el de ir buscando lana y volver trasquilado; y ese argumento que tú haces es lo que ha producido que muchos, halagados por la golosina, se hayan encontrado luego avergonzados de verse desnudos como nuestro primer padre en el acto de probarla. Lo cual consiste en diferentes razones, de las cuales te esplicaré algunas, para que tú no te dejes engolosinar.

En primer lugar, Pelegrin, que como te he dicho, en la Bolsa no hay mas amigos que uno. En cambio éste merece las simpatías de todos; todos

son sus apasionados; todos le buscan; todos desean estrechar relaciones con él; es el reverso de la medalla de Trápani. Este afortunado amigo es el *dinero*. De consiguiente, como en la Bolsa el octavo mandamiento no entra tampoco para nada, podria suceder muy bien.... no digo que te sucediera, pero podria sucederte, que cuando tú creyeras poseer de ese amigo el secreto de la jugada, te encontraras con que tú marchabas por el lado que él te dijo, y él llevaba el rumbo que te calló en prueba de su amistad.

En segundo lugar, pudiera acontecer tambien que de esos mismos capitalistas que se habian, no diré conjurado, porque esta palabra dicen que no es parlamentaria, que se habian convenido para una jugada á la alza por ejemplo, deserten con mucha frescura el dia menos pensado de las banderas alcistas, y se alisten muy marcialmente en las filas bajistas, si por el campo que antes era enemigo calculan que van mas derechos á tropezarse con el amigo de todos, dándoseles un ardite por la infraccion del tratado, con lo cual el negocio cambia enteramente de aspecto.

En tercer lugar, que al propio tiempo que por un lado se dispone un plan de campaña, no faltan guerreros del bando opuesto que preparen tambien el suyo, que es lo que se llama haber una *jugada fuerte*. Entonces cada gefe organiza su ejército, en que entran generales, oficiales, cabos

y soldados. Cada cual arregla su plan de ataque y defensa. Cada cual pone en juego los medios estratégicos que le sugieren sus recursos. Empiezan las maniobras, se colocan las baterías, se preparan las municiones, se adelantan las guerrillas, se va empeñando la refriega, se hacen caminos cubiertos, se abren minas y contraminas, se fingen retiradas, y últimamente se empeña el combate general. Cada ejército sigue lleno de fe el pabellon de su general en gefe, y unos y otros se baten con entusiasmo; y cuando se halla mas embravecida la pelea, cuando parece que no se va á dar cuartel, los generales y gefes de los dos encarnizados bandos, en la noche que ha de preceder á la decision de la batalla, se acercan, capitulan en secreto, se dan el abrazo de Vergara, y acuerdan entre sí las bases de indemnizacion por gastos de guerra. Entretanto las masas, que ignoran la capitulacion, siguen batiéndose heroica y denodadamente, hasta que cuando menos lo piensan se encuentran unos y otros desordenados, los unos sin fuerzas para continuar la lucha, los otros prisioneros de guerra, otros heridos y desangrados los mas, absolutamente sin gota de sangre en su cuerpo.

—¿En dónde estoy yo, mi amo? ¿Adónde me ha traido V? Y vámonos de aquí, si á V. le parece; que á mas de no saber lo que por mí pasa con esas cosas que V. me cuenta, debe ser ya bastante tarde.

—Aun no son las dos, Pelegrin, ¿no ves que no han tocado todavía la campana para avisar á la santa comunidad que queda cerrada la Bolsa de hoy?

—No puede ser eso, mi amo; debe ser mas tarde, porque veo por aquí muchos empleados del gobierno, y si fuera la hora que V. dice no estarian en este sitio, sino en sus oficinas.

—No te sorprenda eso, Tirabeque mio, porque dias hay que parece esto una secretaría del Estado, ó una fusion de oficinas de todos los ramos de la administracion, que es una cosa de las que entran por mas en la moralidad de la Bolsa; lo cual debe consistir en que segun dicen.... cuidado, Pelegrin, segun dicen, porque yo no lo afirmo, y de consiguiente nadie tiene derecho á pedir que se escriban mis palabras como las del hermano Orense en la célebre sesion del 9 de Enero. Digo que, segun dicen, el gobierno, en lugar de fomentar el crédito del Estado con medidas sábias, útiles y justas, que son las que dan la verdadera confianza, suele tambien tomar parte en las jugadas de Bolsa, y entonces todos los que están en posicion de participar de los secretos del gobierno se lanzan á la arena bursátil, con la firme conviccion de hacerse poderosos en cuatro dias; y tanto es natural que suceda cuando el guardian juega á los naipes. Marchan, pues, decididamente como satélites por la senda que les marca el

planeta luminoso. Pero como en España todo sucede por la regla de los *vice versas*, cuando el gobierno se propone hacer subir los fondos un 5, entonces es cuando suelen bajar un 6 ó un 8. El carro del sol se precipita como el de Faeton, y los que fiados en su luz habian pensado subirse al cielo como Icaro, sienten de repente derretírseles las alas, no solo las de cera, sino las del corazon, y caen y se zabullen y se ahogan, y lo estraño seria que estos pobres navegantes no naufragaran llevando al gobierno por piloto.

Y como la gente de tropa tiene que jugar á plazo y al descubierto, por no permitir otra cosa el tesoro privado, aunque la baja se pronuncie, siempre tienen una esperancilla; pero los plazos vencen, las liquidaciones llegan..... "al freir de los huevos será el reir," decia el posadero; á lo que el arriero contestaba: "al cobrar será el llorar."

En efecto, al cobrar son los llantos y los suspiros y el *stridor dentium*. Llega el cobrador con las *pólizas*. El uno apura el ejército de reserva, producto de las economías de 30 años, para cubrir sus diferencias y quedar con honor. No es malo que se salve el honor, aunque todo lo demas se pierda. El otro se ha anticipado al cobrador, y ha sacado otra póliza distinta, un billete en la Mala, y si no ha parado debe estar ya entre los neo-católicos de Alemania: el vendedor contaba con

ocho mil duros de diferencias, y se encuentra con ocho hijos sin padre: ¡esta sí que es diferencia! Llueven en la junta sindical oficios de presentacion por insolvencia; pero lo que se presenta son oficios y no mas: en cuanto á los compradores, solo se encuentra de ellos el "*Dios guarde á V. muchos años.*" Cuatro se esconden, seis se largan, y veinte se declaran en quiebra.—Procédase al embargo.—Sí señor; aquí están todos mis bienes muebles, inmuebles y semovientes para responder.—Inventario: seis hijos, ocho sillas, dos levitas y diez mil reales de sueldo, de los cuales cobro cinco. He jugado veinte millones; debo cuarenta mil duros; embarguen VV. lo que quieran, inclusa mi mujer, que la doy por una lámina de deuda sin interes."

—Señor, me dijo Tirabeque, lo que me consuela es que en la Bolsa nada es verdad, y de consiguiente tampoco debe serlo lo que V. me cuenta. Porque si así fuese, y el jugar en la Bolsa tuviera tantos inconvenientes y percances, ¿cómo era posible que tuviera tantos devotos este santo templo?

—Porque no hay cosa, Pelegrin, que tanto escite al hombre y le engolosine y embizque, y le estimule y tiente, y le haga perder los estribos, como la esperanza y la posibilidad de hacer una fortuna loca en cuatro dias, y encontrarse rico de la noche á la mañana, y pavonearse en un *tres*

por ciento por esas calles de Dios [1]; y todo sin necesidad de quemarse las cejas con el estudio, ni de encallecerse las manos con el trabajo, ni de emplear ninguno de esos medios á que el autor de la naturaleza condenó al vulgo de los mortales cuando dijo: "*in sudore vultus tui.*" A lo cual contribuye más de un ejemplo práctico que se ofrece á la vista; que no parece sino que el hermano Montesquieu hizo en profecía el retrato de la Bolsa cuando dijo en sus Cartas persianas: "Todos los que eran ricos hace seis meses son pobres ahora, y los que antes no tenian pan, revientan ahora de ricos. Jamas se han tocado tan de cerca estos dos estremos.... ¡Qué de fortunas improvisadas, increibles aún para los mismos que las han hecho! El mismo Dios no saca mas rápidamente á los hombres de la nada [2]."

Estos ejemplos, Pelegrin, son los que hacen caer en tentacion á tantos, de los cuales unos se hunden y estrellan, y otros se elevan y suben, y

1 Dáse este nombre en Madrid á una determinada clase y especie de coches, nuevos, elegantes y puestos á la moda como últimamente venidos de Francia, por ser la mayor parte fruto y resultado de cierta conversion de *treses.*

2 *Tous ceux qui étaient riches il y a six mois, sont á present dans la pauvreté; et ceux qui n'avaient pas de pain, regorgent de richesses. Jamais ces deux extrémités ne se sont touchées de si prés..... ¡Quelles fortunes inesperées, incroyables même á ceux qui les ont faites! Dieu ne tire pas plus rapidement les hommes du néant.*—Carta 138. Rica á Ibben.

á quien Dios se la dé S. Pedro se la bendiga, que al cabo todo se reduce en último término á un sistema de trasmigracion. Así como tambien los hay aquí que se circunscriben á los límites de una fría prudencia y de una continencia calculada, que llaman vulgarmente *cucos*, y son los que suelen sacar, si no tan rápido, mejor y mas seguro partido.

En esto dieron las dos.—Vámonos, le dije, que ya el sacristan con su *tintinábulo* avisa que se va á cerrar el templo.

—Pero señor, me replicó, ¿y la moralidad que veniamos buscando? ¿nos hemos de ir sin ella?

—Tienes razon, le dije. Y levantando los ojos al santo fundador esclamé: "¡Oh glorioso S. Basilio! Tú que de los pacíficos y silenciosos desiertos del Egipto y de la Siria te ves trasportado á esas alturas, desde donde miras y observas este bullicioso enjambre de especuladores, y eres testigo presencial, diario y forzoso de las bursátiles zambras, maniobras y teje-manejes; dime por tu vida, tú que amaste tanto la verdad siendo hombre, y ahora la amarás más siendo santo, dime: ¿dónde encontraré yo la parte moral de la Bolsa?"

—Señor, me dijo Tirabeque, se me ha figurado que el santo obispo se ha encogido de hombros.

—Pues si S. Basilio, le repliqué yo, con ser santo, y estar arriba, y ver y oir y observar diariamente lo que pasa en la Bolsa, se encoge de hombros y no quiere responder, ¿qué puedo decirte yo, mísero mortal, que no conoce ni penetra las flaquezas y liviandades de los hombres?

Esto no quiere decir, Tirabeque mio, que aquí no haya negociantes de buena fe: antes pienso que son los más, como tú podrás suponer. Y estos mismos son los que claman porque se moralice la Bolsa. A este fin [juzgando piadosamente] ha dado el gobierno varios decretos ó semi-leyes; pero séase que el poder de la Bolsa, como te he dicho, sea mas fuerte que el poder del gobierno; séase que mientras los valores estén sujetos á las enormes diferencias de alza ó baja de 4, 6, y aun 10 p%, no pueden menos de estarlo tambien al agio y al monopolio; séase que mientras se permitan las jugadas á plazo y al descubierto será siempre un juego de azar; séase que la codicia, y el apetito desordenado del dinero, y el *auri sacra fames* sea mas poderoso que todas las leyes del mundo, lo cierto es, Pelegrin, que la Bolsa sigue, y si Dios no lo remedia seguirá siendo la gloria de unos pocos, el purgatorio de muchos, y el infierno de muchos más: la calle del *Desengaño* de Madrid será un remedo de la *rue Quincampoix* de Paris, despues de las ruinosas guerras de Luis XIV, y para entrar en la Bolsa será menester, ó no saber

nada ó ser un Law [1]. Sin embargo, no me atreveré yo á decir lo que un poeta frances consignó en uno de sus arranques de buen humor:

Il faut, je le vois bien, et le dis sans rancune,
être sot ou fripon pour faire sa fortune.

Conque así, Pelegrin (y vamos saliendo, que ya el sacristan con el campanillorro apura porque se salga del templo), el mejor de los dados es no jugarlos; pero en caso de jugar, el que no sea un Law, debe cada vez que haya de entrar en la Bolsa refrescarse la sangre; ponerse un poco de plomo á los piés; templar la sed metalúrgica con una decente dosis de agua de moderacion destilada; mezclarle unas gotitas de estracto de serenidad; estrechar las tragaderas para que no cuele todo lo que se oiga; tener presente que la codicia rom-

1 Law; el agiotista más famoso, más diestro y más trapisonda que han conocido los siglos. Véase el artículo de Thiers sobre el sistema de Law en la *Enciclopedia progresiva*, año 1826.—Hé aquí cómo se esplica otro autor acerca del sistema de Law: "Seria dificil pintar la especie de frenesí que se apoderó de los espíritus al ver las fortunas tan rápidas y enormes que se hacian. La *rue Quincampoix* era el *rendez-vous* de todos los especuladores y el teatro de su manía. Las fortunas mas considerables fueron abajo, y se levantaron otras prodigiosas. El desórden halló alimentos en los mismos obstáculos que se trató de oponerle....." Calle del Desengaño, templo de los Basilios.

pe el saco, y que vale más andar á paso de arriero que reventar al vapor, y que *sat cito si sat bene*, en latin para mejor inteligencia de los bolsistas; no estirar la pierna mas de lo que permite á cada uno su manta; y por último, la regla del ramplon, comprar cuando está bajo y vender cuando está alto.

Estas máximas, Pelegrin, aunque te parezcan vulgares, acaso no se alcanzan ó no se quieren creer sin hacer alguna vez la víctima.

—Pierda V. cuidado, mi amo, que por fortuna ó por desgracia mi manta es tan corta que ni aun siquiera la pierna coja puedo estirar, y así no hay peligro de que yo me arruine en la Bolsa."

En esto salimos del templo, y mi paternidad concluyó por aquel dia, sin perjuicio de lo que mas adelante pueda dar de sí aquel teatro, con esta monicion espiritual.

Hermano, si á la Bolsa acaso vas,
Y con pulso allí no juegas,
Echa la bendicion á tus talegas,
Si loco no te vuelven ademas.

Mejor te fuera echar por la ventana,
Tus onzas una á una,
Porque si al fin arrojas tu fortuna,
Te queda al menos la cabeza sana.

Sujeta el *auri fames*, ten prudencia,
y tenla á todas horas,
Porque podrás perder si te acaloras,
La cholla, el oro, el tiempo y la paciencia.

EL PASEO DE ATOCHA.

Todas las capitales y grandes poblaciones tienen sus paseos públicos que sirven de punto de reunion al mundo elegante, y como tales son nombrados en la historia de los pueblos. Lóndres tiene su *Hyde-Park* y su *Regent-Park;* Paris tiene sus jardines de *Tullerías* y sus *Campos Elíseos;* Berlin tiene su *Unter den Linden* (bajo los tilos) y su *Wilhem-Strasse;* Viena su delicioso *Prater;* y Madrid su anchuroso *Prado*, que fué siempre su paseo antonomástico. En el estranjero Madrid y el Prado se nombraban siempre juntos y como dos ideas asociadas. Eran como Paris y Tullerías. Aun habiamos logrado traer aquí á Paris, si bien rebajándole hasta convertirle en la mas estrecha, desigual y miserable callejuela del Prado; pero era Paris, y esto bastaba y aun sobraba para que

aunque fuese un callejon infernal la adoptase la flor y nata de la elegancia madrileña, y le prefiriese al anchuroso y despejado salon.

Ultimamente el espíritu reformador de la época penetró en el Prado. Se ensanchó Paris; se le exornó con una verja, si no del mas esquisito gusto, al menos decentilla y nada profana; se le decoró de una fila de asientos de piedra, no muy fina, pero de *dura*, y se trató de multiplicar los faroles, que si hasta ahora no han alumbrado, aun no es tarde, puesto que todavía no hemos llegado á la mitad del siglo de las luces.

Mas hé aquí que apenas hecha la reforma, antojósele á esa voluble é inconstante dama que llaman *moda* cambiar de domicilio, y abandonando el Prado, se trasladó con todo su séquito hace cosa de un par de meses.... ¿adónde? al mas raquítico y mezquino paseo que encierra la capital, al paseo de Atocha con *p* minúscula, que es la que en buena ortografia le compete.

Tiene sin embargo el *paseo de Atocha* muchas ventajas sobre el del Prado. En primer lugar está mucho mas lejos, lo cual siempre es una comodidad; y es ademas un paseo trinomio, puesto que el que va á Atocha da por necesidad tres paseos largos, uno antes de Atocha, otro en Atocha, y otro despues de Atocha, todos largos. Y siendo el ejercicio tan provechoso para la salud, no sé cómo la reina Moda no ha determinado llevar el

paseo al *cerro de los Angeles*, que está dos leguas, segura de que allí la seguiria su *servidumbre;* y esto seria muy higiénico.

En segundo lugar el *paseo de Atocha* representa mejor que ningun otro el orígen de los hombres, lo que somos, y lo que nos hemos de volver. En tiempo húmedo y lluvioso nos recuerda nuestro orígen, puesto que de barro fuimos hechos, y esto *nos lo echan en cara* con la mayor facilidad los coches y caballos que pasean tambien en tan propincua vecindad de la humanidad elegante, que ésta va muy en peligro de que le digan: "ahí teneis la materia de que fuísteis formados;" ó á que lo hagan sin decirlo, que es lo peor. Y en tiempo seco no se necesita de miércoles de ceniza para recordar á los mortales que somos polvo y en polvo nos hemos de convertir.

En tercer lugar tiene la ventaja de que cuando en otros paseos hace calor, allí hace bochorno, y cuando el dia está frío se llega helado y se vuelve yerto, que es cuanto se puede apetecer.

En cuarto lugar, como el paseo es una especie de sepultura de pícaro por lo largo y angosto, el amartelado jóven que concurre allí llevado de la devota idea de cruzar sus miradas con las de su bella adorada, apenas podrá lograr este placer intuitivo una sola vez en el tiempo y espacio que podria en el Prado proporcionarse este goce visual tres ó cuatro por lo menos. Esto es una ga-

nancia para la moral pública, y un beneficio para los celadores de proteccion y seguridad doméstica de las niñas. Y si ellos pierden, tambien tienen el gusto de pasear en Atocha, lo cual bien vale la privacion de algunos flechazos.

En quinto lugar, aquel paseo es sumamente pintoresco y variado, por las escenas populares y de democracia civil y militar que á su orilla pasan. La rinconada y altillo *de S. Blas* son el teatro de variedades de estas escenas.

A veces es una compañía de cazadores ó de fusileros que sentados en el declive del *altillo* y al márgen del paseo, se ocupan de barnizar sus cartucheras y de embadurnar su correaje al compas de las arias y cavatinas de su escuela, cuya letra no dejará de ser edificante para las filarmónicas que la escuchen al paso.

A veces son media docena de Diógenes de capa parda, que durmiendo á pierna suelta y al sol desafian á filosofar al padre de la filosofia cínica, sin haber oido jamas hablar ni de él ni de ella. O bien son otra media docena de desgreñadas Medusas que se auxilian mutuamente en una ocupacion, que por no nombrar un poeta latino la describió con el siguiente dístico, especie de enigma:

In silvam pergo venatum cum cane quino;
Quod capio perdo, quod fugit id teneo.

A un monte voy á cazar
Gazapos con cinco perros:
De lo que cojo me privo,
Y lo que escapa retengo.

Se vé ademas el *altillo* continuamente engalanado con *trápanis* de todos colores, es decir, con los trapillos que la gente pobre acostumbra á tender sobre la verde alfombra para que reciban los ardientes rayos del luminoso Febo: banderas tricolores unas, de paz otras, y otras de guerra, de la cual no han salido menos acribilladas que las que se conservan en el templo de Atocha, y cuyos harapos, formando un vistoso contraste con las sedas y brocados de las bellas *fashionables* que al márgen pasean, parece recordarles aquel consejo del sagrado libro: "*Memento paupertatis in tempore abundantiæ:* acuérdate de la pobreza en el tiempo de la abundancia."

En sesto lugar, y esto es lo que debe fijar la predileccion al paseo de Atocha, acabo de recibir carta de Nápoles en que me dicen, que noticioso el conde de Trápani de los *tocayos* que adornan este paseo, y sabedor de que en él se encuentran una iglesia y una ermita, piensa hacerle su paseo favorito tan luego como venga á su querida corte de Madrid, y que entretanto tendrá gusto en que se le vaya denominando el *paseo Trápani.*

Pero estoy viendo que vivimos en un siglo de

tanta ingratitud, que con sola esta noticia ya le abandonan y acabará por quedar desierto.

Las modas, dice un filósofo, las inventan los locos y las siguen los cuerdos. Yo creo que ésta ha sido al reves; pienso que han sido menos cuerdas *las masas* que la han seguido, que los pocos que con su fin particular la inventaron.

LA EMPLEATIVIDAD.[1]

COMEDIA EN TRES ACTOS.

ANALISIS DEL ACTO SEGUNDO.

D. Juan Empleado.

Honores mutant mores, dijo hace mucho tiempo el que lo entendia. Y si honores cambian costumbres, natural es que cambien tambien papeles.

En efecto, el papel de D. Juan Empleado es

1 El análisis del acto primero de esta comedia está en el tomo I, página 333.

muy distinto del de D. Juan Aspirante, y sus situaciones cómicas muy diferentes. D. Juan Empleado mira siempre al norte como la brújula, y su norte es el gobierno. Su cuerpo no conserva la anterior flexibilidad sino para ciertos pasos de la comedia, para saludar á sus gefes. Para con los demas adquiere una tension y una rigidez admirables. D. Juan Empleado no grita: al contrario, se cose la boca á dos cabos.

El papel principal de D. Juan Empleado es el de temblador; y Jorge Fox, fundador de la secta de los Cuákeros, no tuvo discípulos que temblaran tan en regla como los empleados de España. Todas las mañanas D. Juan Empleado coge temblando la Gaceta y la lee temblando. Si repasada la seccion oficial no halla nada relativo á su plaza, la tranquilidad vuelve á su espíritu. ¡Tranquilidad momentánea! porque llega la hora de oficina, y va temblando de encontrar en ella otro actor desempeñando su papel. No le encuentra, y se vuelve á tranquilizar. Pero llega la noche, y se acuesta temblando. Este tercer temblor nace de pensar en la Gaceta del dia siguiente.

La Gaceta no trae nada. Nada se entiende cuando no hay nombramientos nuevos de empleados, que es lo que importa á D. Juan. Pero en cambio llega á los oidos de D. Juan un rumorcillo vago sobre cambio de ministerio, y D. Juan tiembla. El rumor va adquiriendo consistencia, y el tem-

blor de D. Juan toma incremento. Coge el espediente del dia temblando, toma la pluma temblando, y pone el informe temblando: ¡temblando si será el último espediente que despachará! Pero el rumor de cambio ministerial cesa, y D. Juan Empleado se tranquiliza.

¡Tranquilidad momentánea tambien! Porque al dia siguiente se susurra que la renovacion será parcial, y de los dos ministros que se supone van á ser relevados, el uno es el del ramo en que sirve D. Juan. El temblor es consiguiente; el temblor se reproduce, y nada mas natural. Afortunadamente las voces de modificacion cesan tambien, y con ellas el temblor de D. Juan Empleado, el cual siente su espíritu reanimarse de nuevo.

¡Reanimacion momentánea! Porque al dia siguiente se empieza á decir que el ministro queda, pero que una vez asegurado, piensa llevar adelante su pensamiento de arreglar sus dependencias á una nueva plantilla. A la voz de nueva plantilla vuelve á temblar D. Juan como un azogado. Durante el proyecto de arreglo el cuerpo de D. Juan está hecho una sensitiva: no se le puede tocar sin que se estremezca. Inquiere, averigua, pregunta y escudriña si le tocará quedar fuera; y si los pensamientos ocuparan espacio, si fueran huecos como las bombas, D. Juan empleado no descansaria hasta introducirse en el pensamiento del ministro, aunque fuese por el cañon de la espoleta, y aun-

que la hiciera reventar, que tal es su deseo de salir del temblor que ocasiona la incertidumbre.

Salen al fin la plantilla y los decretos, y por fortuna de D. Juan no se hace novedad con él. Se salvó del naufragio en una tabla, y tiembla de alegría. Pero pasadas las primeras impresiones se vuelve á tranquilizar.

¡Tranquilidad momentánea! Porque al dia siguiente se enredó una discusion en las cortes de tal manera que el gobierno perdió la votacion. Era discusion que el gobierno miraba como cuestion de gabinete, y se vuelve á hablar de dimision y de retirada. Las cuestiones de gabinete son cuestiones eléctricas cuyos chispazos alcanzan á toda la cadena de empleados que están en contacto mas ó menos inmediato con la máquina, y la trepidacion se comunica al cuerpo de D. Juan. Vuelve, pues, D. Juan á temblar. Mas por fortuna suya el gabinete se muestra insensible á la derrota, y continúa impertérrito y tranquilo, y D. Juan se vuelve á tranquilizar tambien.

¡Tranquilidad momentánea! Porque sobrevino un pronunciamiento, y como los pronunciamientos, hágalos quien los haga, son máquinas de guerra cuyos fuegos se dirigen principalmente contra el grande ejército de los empleados, nuestro D. Juan se estremece de una manera horrible y lastimosa: es un temblor que le hace dar diente con diente, que le desconcierta y le descoyunta.

Así la vida de D. Juan Empleado, ó sea el segundo acto de la comedia *La Empleatividad*, se reduce al papel de temblador perpetuo. No es estraño; porque si ya el hermano Ovidio dijo hace mucho tiempo:

Omnia sunt hóminum tenui pendencia filo;
Todas las cosas del hombre
Penden de un hilo no mas;

siendo tan tenuísimo y delgado el hilo de que pende el empleado en España, no es estraño, digo, que D. Juan Empleado tiemble de que el hilo se rompa, ó de que le lleve el mas ligero soplo de viento que se levante.

LO QUE QUEDÓ PENDIENTE.

Quedó el pobre D. Juan Empleado en el artículo anterior pendiente de un hilo, posicion seguramente violenta para sostenida por diez dias; pero que tenga paciencia, que en la propia y no mas cómoda actitud han estado estos dias los ministros con ser ministros, que tambien los maestros reciben de cuando en cuando cuchilladas, y Dios dispone alguna vez que los que á tantos dejan col-

gados por su propia voluntad lo queden ellos tambien por la ajena, sin que les valga agarrarse á un clavo ardiendo y pugnar por sostenerse, ni puedan evitar que venga la parca sangrienta y les corte el dulce hilo de la vida. Pero volvamos al hombre del acto segundo de nuestra comedia.

La posicion de D. Juan Empleado en el aire, y pendiente de un hilo, me recuerda la estampa que sirve de frontispicio á un libro que se publicó á mediados del siglo XVII, en que se representa el viaje que hizo el español Domingo Gonzalez á la luna [1]. Domingo Gonzalez habia domesticado unas cuantas aves de rapiña, enseñándolas á comer en su mano, instruyéndolas en volar en una misma direccion llevando un peso pendiente de unos cordones que les ataba, y acostumbrándolas á volver y reposarse á una voz de mandato suyo. Cuando ya las tuvo convenientemente amaestradas, emprendió desde la isla de Santa Elena su proyectado viaje á la luna, del cual se cuenta que hizo un descanso en el pico de Tenerife.

Aquella estampa, pues, me representa, á mí Fr. Gerundio, á D. Juan Empleado elevado en el aire por los gefes de cada partido, que suelen ser otros tantos pájaros de cuenta, pendiente el infeliz de un hilo que cada ave lleva en el pico.

No hay mas diferencia de la estampa de Do-

1 El autor del libro es el inglés *Francis Godwin.*

mingo Gonzalez á la de D. Juan Empleado, sino que las aves que conducian á aquel volaban todas en una misma direccion, segun que las tenia ensayadas y amaestradas, y los pájaros que llevan á D. Juan Empleado vuelan en direcciones opuestas. Domingo Gonzalez cuidó bien de que las cuerdas fuesen fuertes y difíciles de romper, mientras los hilos de que pende D. Juan Empleado son sumamente delgados y sutiles; y como las aves que le conducen marchan en direcciones encontradas y á diferentes grados de altura, sucede que mientras las unas llevan el hilo flojo, las otras le llevan tirante, y el desgraciado va espuesto á que cualquiera de los hilos se rompa, y dé con su cuerpo en el pico de Tenerife ó se estrelle contra otro cualquier peñasco, ó caiga en el mar como Icaro; porque ¿quién es capaz de guardar el equilibrio conveniente, llevado en el aire, por aves que vuelan en tan distintas direcciones, y pendiente de un hilo que cada cual maneja, y estira y afloja á su voluntad?

Así no es maravilla que el papel del segundo acto de la comedia de D. Juan sea el papel de temblador.

Por estas mismas causas y otras muchas mas, D. Juan Empleado no sabe en qué sitio del escenario le tocará seguir representando su papel. Sabe el hombre dónde nace, y no sabe dónde morirá. Sabe D. Juan dónde principió el segundo acto

de su drama, y no sabe dónde habrá de concluir, porque los teatros son muchos, y la empresa suele tener gusto en que los recorra todos.

Hasta ahora D. Juan no ha hecho mas que representar su papel temblando, pero sin variar de lugar en la escena. Ahora entra el juego de maquinaria. El teatro representa una decoracion de camino y una diligencia en marcha. Es D. Juan Empleado que va por órden de la empresa á trabajar en otro teatro. ¿Cuánto tiempo permanecerá en él? El que tarde en llegar la órden que saldrá en la Gaceta de pasado mañana, mandándole que se traslade inmediatamente á otro escenario porque así conviene á los intereses de la empresa. ¿Cuánto tiempo permanecerá en el nuevo escenario? El que tarde en presentarse otro actor favorecido por la empresa, y que desea trabajar allí.

D. Juan Empleado es un visitador forzoso de teatros; es un viajero universal de oficio; es un militar sin armas, que está tres meses en marcha y uno de guarnicion. Para dirigir las cartas á D. Juan Empleado es menester poner en el sobre "en tal punto, *ó donde se halle,*" como en la correspondencia de un ejército en operaciones, y las cartas tienen que describir muchas veces un círculo completo para encontrarle. D. Juan Empleado no necesita estudiar geografia para hacerse un geógrafo práctico distinguido, al menos en lo re-

lativo á España, pues á los pocos años de empleado debe estar en disposicion de poder levantar planos topográficos de todas las provincias, con la exactitud de quien ha pisado el terreno.

A veces representa la escena un buque surcando los mares de las Antillas ó de Filipinas. Es D. Juan Empleado que va á trabajar de órden de la empresa en los teatros de Ultramar. Y en la escena siguiente aparece una fragata haciéndose á la vela en el puerto de Cádiz. Es la fragata que conduce á D. Juan Empleado II, que va á reemplazar á D. Juan Empleado I. Es mas velera que el otro buque, y podrá arribar antes que D. Juan I haya empezado á recitar su papel, ó cuando esté en el vestuario preparándose para salir á las tablas.

Otras veces representa el teatro decoracion de galera. La galera va cargada con el menaje de una casa. Dos sillas se han roto con el traqueteo, el travesero de una cama se ha escurrido, y una de las puntas ha hecho una estrella en un espejo, á los colchones les asoma la lana, y el perro del carromatero ha hecho de las suyas en donde mas se podia sentir.

Es el menaje de D. Juan Empleado que va poco á poco en busca de su dueño. Cuando el equipaje llegue al teatro, ¿dónde estará ya el actor? Pero lo mejor será que espere allí, pues allí volverá cuando menos se piense, y no será el prime-

ro que pasado un año cómico vuelva al mismo teatro con el propio ó diferente papel, ó acaso dos ó tres veces en la temporada.

Sobre este segundo acto del drama, desearia yo oir tambien el voto del frenologista Cubí, pues así como el *aspirantium infinitus númerus* puede consistir en la organizacion fisica cerebral de los actores de la época, y en el desarrollo del órgano de la *empleatividad*, así desearia me dijese si esta versatilidad, y este quita-y-pon de empleados consiste en todo ó en parte en la organizacion particular del sistema representativo, ó bien depende del organismo de los que representan el sistema. Por mi parte debo creer que consiste un poco en la organizacion de estos sistemas, y un mucho en la de los actores sistemáticos.

Ultimamente, suponiendo que D. Juan Empleado hubiera tenido la maravillosa suerte de ir conservando su plaza de actor en cualquier teatro que fuese, que no es poco afortunado el que le conserva por todo un año cómico, cuando habia pronunciamientos se presentaba una escena de pronunciamiento, y con ella una de las situaciones cómicas mas apuradas para un empleado. Porque si D. Juan no se pronunciaba y el pronunciamiento vencia, adios empleo de D. Juan: si el pronunciamiento no vencia y D. Juan se pronunciaba, adios empleo de D. Juan tambien. D. Juan calculaba, discurria, echaba sus cuentas, to-

maba el pulso al pronunciamiento, estudiaba sus síntomas, formaba su diagnóstico; y mientras la peripecia de aquel drama se le presentaba dudosa, se mantenia neutral; cuando hecho su cálculo de probabilidades le parecia que el pronunciamiento iba á tener un desenlace glorioso, entonces se pronunciaba rabiosamente.

¡Infeliz actor! ¿Ignoras que estás representando en el teatro de los vice versas? Cuando todas las probabilidades eran de triunfo, el pronunciamiento sucumbia, y D. Juan Empleado se hundia en el panteon.

En fin, como D. Juan Empleado pende de un hilo, el mas ligero soplo, la mas leve brisa, el mas suave ambiente le mueve, le oscila, le balancea, le zangolotea y le recolumpia, hasta que el hilo se rompe, dá con su cuerpo en tierra y le convierte en D. Juan Cesante, que es el acto tercero del drama.

LAS MASCARAS DE OGAÑO.

Cuando el catálogo de los libros prohibidos era mayor que el de los que se podian leer sin pecar, bastaba que un libro constara en el índice de los

vedados para que todo el mundo deseara leerlo de *occultis*, lo cual consistia en dos cosas: la primera, en esta pícara condicion de la humanidad, de que dijo el poeta latino:

Nitimur in vétitum semper, cupímusque negata:
Siempre á lo prohibido propendemos,
Y lo que se nos niega apetecemos:

de lo cual dieron el primer ejemplo nuestros primeros padres con aquello de la manzanita dichosa: véase si tiene fecha la mala maña.

Y la segunda, en que habia la aprehension de que bastaba que un libro fuera bueno para que se prohibiera, ó bastaba que estuviese prohibido para tenerle por bueno: de donde provino aquello de: *prohibitus, quia bonus*, y *bonus, quia prohibitus.*

Pues bien, lo mismo que sucedia con los libros ha sucedido con las máscaras. Cuando estaban prohibidas, desvivianse las gentes y se despepitaban por ellas, y eran la mas dulce y sabrosa diversion que se podia deparar, así á jóvenes incautas como á viejas cautelosas, así á mozos imberbes como á hombres barbados, así á las gracias como á las furias; porque furias y gracias, hijas y madres, viejos y jóvenes, y calvos con imberbes, todos se hacian un agua y perdian los estribos por una noche de máscaras.

Llegó á haber libertad de máscaras, y al furor fué sucediendo la templanza, al calor la tibieza, á la animacion la frialdad, y al entusiasmo la indiferencia y el desden.

Siempre á lo prohibido propendemos,
Y lo que se nos niega apetecemos.

Veamos á lo que está reducido hoy un baile de máscaras. Hablo ahora solamente de los bailes públicos, y á que asiste la clase média de la sociedad, punto más punto menos; que los llamados *de trajes*, adoptados por la llamada *grandeza*, merecen ser tratados detenidamente y aparte.

Por de contado el sexo masculino ha determinado dar completamente de baja el disfraz y la careta, y asiste en su traje ordinario y de circunstancias normales como á un baile cualquiera de sociedad. Esta feliz ocurrencia equivale á la de aquel que construyera un nuevo coliseo, y determinara presentar un escenario sin telones ni bambalinas, ó al que en una ordenanza del ejército prescribiera que el uniforme del soldado durante el servicio militar fuese el mismo traje de paisano que cada uno usara. Ello no seria vistoso ni congruente, pero seria una imitacion de los bailes de máscara del dia.

Sin embargo, esto que á primera vista parece

una insipidez, y una violacion, un adulterio de la institucion, es uno de los testimonios mas fehacientes de los adelantos del siglo, y una de las mas luminosas observaciones que suministra el *Teatro social.* Porque un hombre sin disfraz ni careta en un baile de máscaras es un actor dramático que, sin decir nada, va diciendo:

—"¡Miserables y ruines y desdichados tiempos aquellos, en que para disfrazarse un hombre y huir de ser conocido necesitaba estudiar cómo cubrirse el rostro, y cómo desfigurarse el cuerpo, y hasta fingir y contrahacer el eco de su voz, y emplear otras parecidas artes y ficciones, y recurrir á otras semejantes astucias, simulaciones y artificios! Pero los tiempos corren, las luces se propagan, el siglo progresa, y ya ¡bienaventurados los hombres del siglo XIX! no necesitamos caretas que nos cubran el rostro, ni atavíos que nos desfiguren las formas, sino que con nuestros naturales rostros y vestidos andamos tan sobradamente disfrazados, que todo otro sobrepuesto arreo estuviera demas. Porque ¿quién es capaz de conocerme á mí, verbi gracia? ¿O qué importa que conozcan quién soy, si no conocen lo que soy, puesto que estoy tan distante de ser lo que parezco, que sin careta ni disfraz ando siempre disfrazado y de máscara?"

Y nadie tendrá nada que oponer á este razonamiento, por ser la pura verdad.

Así es que, si á algun prójimo mas inocente le ocurre todavía el pensamiento de ir de máscara á un baile de máscaras, tómanle los demas por blanco y objeto de sus zumbas, tiénesele por una antigüedad ambulante del mas depravado gusto, considérasele como un anacronismo, y supónesele mas atrás de los rudimentos de la moderna ilustracion. Lo más que se tolera es que algun otro, como por una especie de relajacion y dispensa de la disciplina del buen tono, se presente envuelto y tapujado en un dominó de *negligée*, como si dijéramos: "se permite por estraordinario una vulgaridad, como muestra y ejemplo de la ignorancia de los tiempos pasados, en que los hombres tenian necesidad de disfrazarse para no ser conocidos."

Ha quedado, pues, circunscrito y limitado el uso del disfraz y la careta en los bailes de máscaras al bello sexo, en lo cual, como en tantas otras cosas, pienso yo Fr. Gerundio que son demasiado injustos y egoistas los hombres, y en demasía débiles, tolerantes y amables las señoras, porque la ley debe ser igual, y no alcanzo la razon que pueda haber para que una mitad del género humano se arrogue licencias y franquías con perjuicio y menoscabo y detrimento de los derechos de la otra mitad, y sobre todo para que un sexo haya de servir de diversion al otro. Pero una vez que aquel no reclama, sino que manifiesta su confor-

midad con la aquiescencia, no seré yo quien, sin poderes espresos de la parte perjudicada, me encargue de revindicar derechos lastimados.

Mas el bello sexo tambien ha procurado simplificar los disfraces todo lo posible. Y en lugar de las griegas, romanas, asiáticas, turcas, indias, diosas, sacerdotisas, vestales y amazonas que constituian la vistosa y multiforme variedad de un baile de máscaras, apenas se ven sino algunas beatas, valencianas, mallorquinas y viejas, cuando no se limitan á recoger unos pliegues al vestido con que salieron por la tarde á paseo, y hágote disfraz. Y en vez de aquellas caretas que representaban todo género de fisonomías, fuente inagotable de lances cómicos, de engaños dulces, y de desengaños amargos, ha adoptado por regla y principio general la média careta de raso ó terciopelo negro, que cubriendo solo una mitad ó tercera parte del rostro, y dejando descubierto lo demas, son una especie de charada que lleva la solucion al pié; rostros epicenos, que por la parte superior aparentan ser enigmas, y por la inferior van diciendo: "perdonando la evidencia." Son como los secretos de los niños cuando dicen: "papá, no quiero decirte que no supe la leccion, porque me reñirias:" ó como el acertijo de aquel pastor que decia: "si aciertas cuántos panes llevo en el saco, te los doy todos cinco." Y el hermano Onésimo Leroy que escribió una obra titulada: "*Estudios*

sobre los misterios," no hallaria en los modernos bailes de máscara muchos misterios con que enriquecer su obra.

De modo que las antiguas aventuras carnavalescas, los planes premeditados, las intriguillas ingeniosas, los episodios novelescos, los diálogos misteriosos, las escenas dramáticas, las ilusiones sostenidas, los desenlaces sorprendentes, los descubrimientos impensados, y las bromas, y los enredos, y las travesuras, y el interes, y la curiosidad, y el incógnito, y todos los estímulos que hacian el atractivo y constituian la poesía de las máscaras cuando no éramos tan ilustrados y dominaba el mal gusto, han desaparecido completamente, y ocupado su lugar la fría y prosaica y monótona insipidez de las máscaras sin caretas del buen tono moderno, en que toda la variedad y todo el chiste se reduce á que una ciudadana que se hace la ilusion de que lleva careta, se acerca á un ciudadano que se hace la ilusion de que está en un baile de máscaras, y le pregunta con mucha ternura: "¿me conoces?"—Y él le responde con mucha flema: "¿pues no te he de conocer si estás poco mas ó menos que ayer cuando te visité en tu casa?"—Y la *máscara misteriosa* se va á otra parte á hacer la misma pregunta y á esperar la propia respuesta, y á correr *otro bromazo.* Y esto cuando el ciudadano del buen tono no le dice con mucha amabilidad: "déjame en paz, máscara, que

no tengo gana de conversacion." Que á esto se vienen á reducir las *máscaras del buen gusto* en este *siglo ilustrado.*

De manera que el siglo de lo positivo, á fuerza de querer ser positivo se ha hecho tonto; y los bailes de máscara ni son bailes de máscara ni son bailes de sociedad; son un misto que conserva lo malo de las dos cosas, son como los gobiernos representativos de ciertos paises, que ni bien son absolutos ni bien son representativos, sino un misto incomprensible, que acaso conserva lo peor de las dos especies, porque los han adulterado como las máscaras.

Y como yo Fr. Gerundio soy enemigo de que las cosas se adulteren, tergiversen, desnaturalizen, embrollan y corrompan, pido y suplico en cuanto ha lugar en derecho (que debe haberle), que los bailes de máscara se vuelvan y restituyan á lo que deben ser, ó que de lo contrario se destierren y supriman, ó les pongan otro nombre. Y lo propio digo de los gobiernos representativos que he puesto por término de comparacion; porque lo peor que pueden tener las cosas es esa mezcla de elementos encontrados ó incompatibles, que hacen de dos cosas buenas una mala, ó de dos medianas otra peor.

LA FIESTA DEL BUEY GORDO EN PARIS.

Dijo mi paternidad al principio de este *Teatro*, que aunque la mayor parte de los dramas serian españoles [bastárase que el empresario fuera español], no dejaria de interpolar entre ellos escenas y costumbres de otros paises, especialmente de aquellas que mas contribuyeran á caracterizar el gusto del siglo, y así lo voy á cumplir hoy.

Estamos en carnaval, y creo que los abonados á este *Teatro* leerán sin disgusto la descripcion de un *drama carnavalesco* que se representa todos los años con gran pompa y solemnidad en la capital del vecino reino, el domingo y martes de carnaval. Mi reverencia se encontraba allí el año pasado, y así puede decir: "*hisce oculis egomet vidi:* yo lo ví con estos mismos ojos que ha de comer la tierra."

La fiesta del BUEY GORDO [*le Boeuf-Gras*] es la fiesta popular de Paris: primero consentirian los parisienses que los privaran de los derechos de ciudadanos; antes abrirán las murallas de la ciudad á Abd-el-Kader, que es todo lo que hay que

decir, que renunciar á la procesion del *Buey Gordo*. En cuanto á la muralla, ya lo saben VV., se han dejado encerrar como corderitos sin decir: "esta boca es mia." Nada les ha importado, nada les importaria tampoco perder la *enttente cordiale* con sus vecinos de Albion, ni los alteraria la ruptura de la paz á toda costa. Pero intentárase quitarles el paseo triunfal del *Buey Gordo*, y veríase lo que era el pueblo de Paris [1].

El *Buey Gordo* es para Paris, lo que los toros son para Madrid. Así el gusto de los dos pueblos se ha pronunciado por los animales cornúpetas. ¡Y luego dirán que no hay simpatías entre uno y otro pueblo! con la diferencia que el buey de Paris es manso y va á morir innoble y cobardemente á un matadero [*abatoir*], y los toros de Madrid son bravos y mueren heroicamente en el campo del honor. En cambio aquí tenemos toros cada lunes y cada martes, y por eso no hacen ya tanta novedad, y allí no tienen buey mas que dos dias, y por tanto la fiesta es mas estrepitosa, y la solemnidad es mayor. A lo que hay que agregar, y esto constituye otra diferencia, la parte de aparato que ellos saben dar á sus espectáculos, porque las cualidades *farsálicas* las da cada pais.

Si en alguna parte el domingo de carnaval se

1 El *Buey Gordo* ha tenido tambien una parte y no pequeña en el mantenimiento de la *inteligencia cordial*, como se verá luego.

llama con justicia el *domingo gordo*, es seguramente en Paris. Aunque otra razon no hubiera, bastaria el buey para darle la denominacion: bien que el mismo Viernes Santo se convertiria en viernes gordo si por él se llevara en procesion semejante pleonasmo de carne.

En aquellos dias el buey es la sustancia de todas las conversaciones. Tirabeque me decia: "Señor, veo que hace aquí mas ruido el paseo del *Buey Gordo* que si pasearan al mismo Luis Felipe."—Calla, cuadrúpedo, le decia yo; ¿te parece que puede haber término de comparacion.....—Señor, me replicó interrumpiéndome: lo digo por el ruido solamente, que las comparaciones ya se yo que no corren á cuatro piés. Esto de que "las comparaciones no corren á cuatro piés" me pareció una locucion plebeya aun en un lego, pero cuando este año he visto usada la misma frase ante la representacion nacional española, nada menos que por el ministro de la gobernacion, á cuyo cargo está la instruccion pública, me inclino á creer que mi lego anduvo en aquella ocasion elocuente.

Llegó el dia de la gran fiesta, y con él el de satisfacer nuestra curiosidad. Cuatro mil hombres de guardia municipal de infantería y caballería se hallaban tendidos en la carrera que habia de llevar la gran bestia, y cuatro mil coches por lo menos formaban una cuádruple hilera en las mismas

calles, amén de quinientas ó seiscientas mil almas de á pié (que como andan los cuerpos andan tambien las pobres almas). El Paris que no estaba en los balcones estaba en las calles. En el interior de las casas bien se puede asegurar que no habia mas que enfermos y gente que no podia comer carne ni gorda ni flaca. Todas las tiendas de los carniceros, hermanos de la cofradía vacuna, se hallaban adornadas de elegantes pabellones y guirnaldas de hiedra y laurel, entre las que sobresalia la de Mr. Rolland, comprador y dueño del buey, *rue Saint-Honoré* núm. 363. Millares de voces atronaban los oidos pregonando el programa de la funcion á *un sou* [*Ordre et marche de Boeuf-Gras, un sou*]. Movimiento..... desórden..... confusion.... músicas.... la procesion se aproxima. Mejor que la pudiera yo describir lo harán los programas. Habia dos: el uno decia:

—"El primer *concurso de bestias* instituido por decreto del ministro de la agricultura y del comercio con fecha 31 de Marzo último, en favor de los propietarios de los animales mas perfectos en estampa y gordura, entre los que han sido espuestos á la venta pública en Poissy el penúltimo jueves precedente al martes-gordo, ha tenido lugar el dia del gran mercado en esta ciudad. Esta solemnidad agrícola habia atraido un considerable número de propietarios, ganaderos y agricultores, venidos de los departamentos vecinos y de los

comprendidos en un radio de 40 á 50 leguas, para admirar los progresos de las razas vacuna y ovejuna (*bovine et ovine* dicen ellos) en estos últimos tiempos. El *jurado* se componia de Mr. Yvart, etc., etc. Despues de haber examinado atentamente los animales admitidos al concurso, el *jurado* ha decretado los premios anunciados para la raza *bovina*. Sobre quince bueyes presentados, ocho han sacado premio.... Independientemente de los premios, medallas de oro y plata han sido igualmente decretadas á los propietarios de los animales, *y á las personas que los han hecho nacer* [1]. El jurado se ha trasladado inmediatamente de este primer juicio al mercado, y ha designado por *Buey Gordo*, á un buey de piel bronce-oscuro, de peso de 1,970 kilógramos (sobre 4,000 libras), criado por *Mr. Cornet* [2], que ha sido comprado por *Mr. Rolland*, mayor, en 4,000 francos (sobre 16,000 reales)."

1 Es literal del testo: *aux personnes qui les ont fait naître.* Yo hasta ahora habia creido que los que hacian nacer los bueyes eran los toros: si los franceses dicen que son personas, confieso que sabrán mas zoología que yo: ó consistirá que no conoce uno bien los usos y costumbres de su pais. Por acá no sucede eso.

2 Si *D. Frutos de las Minas* vió en su nombre y apellido el horóscopo de que habia de ser *minero*, *Mr. Cornet* no parece menos destinado por el suyo á llevarse la palma en esto de engordar animales *con cuernos*.

El otro programa era mas pomposo, mucho mas frances: hay que leerle.

"Todavía (dice) es el célebre criador ganadero, *Mr. Cornet*, de Caen, el que ha vendido este año el soberbio buey destinado al paseo del domingo y martes de carnaval. Tambien es aún, *Mr. Rolland*, mayor, el que ha hecho su adquisicion, y que hará por consecuencia los honores de ambos paseos.

"Este año el *Buey Gordo* es aún mas enorme que nunca [1]. Leed y juzgad. Su peso es de 1,970 kilógramos (4,000 libras): su altura hasta la cruz de 1 metro 75 centímetros (sobre 6 piés): su longitud de la cola al occíput 2 metros 98 centímetros (9 piés): su circunferencia 3 metros 11 centímetros (9½ piés). Edad, 6 años menos 2 meses. Se llama *El padre Goriot* [2].

"Orden y acompañamiento que llevará el *Padre Goriot*.

"Abrirán la marcha muchos guardias municipales á caballo. Irán despues dos heraldos ó reyes de armas en traje de lujo: un tambor mayor en

1 Cada año dicen que es mas grande que nunca. Con una libra de peso que hubiera aumentado cada año de los que lo llevan diciendo, el buey de 1845 hubiera debido pesar ya 4,000 quintales en vez de 4,000 libras. Probablemente este año dirán tambien que pesa mas que nunca: *pius que jamais*.

2 El Sr. Balzac debió quedar muy satisfecho y complacido de ver bautizar á tan gran personaje con el título de una de sus novelas.

traje del reino de Luis XIV: ocho tambores idem: treinta y dos músicos del 14.º ligeros: en seguida á caballo *Mr. Rolland*, propietario del *Buey: Mr. Cornet*, padre, criador: el inspector general de carnes: Mr. Herset, maestro de ceremonias. En seguida en dos columnas tambien á caballo, Luis XIV: un señor de su corte: Luis XIII: un gran mandarin chino: otros dos mandarines: el emperador de Marruecos: dos príncipes marroquíes: Francisco I: un señor de su corte: Enrique III: un señor de su corte: el Prevoste de Paris: dos pajes de Francisco I: el duque de Borgoña: el duque de Lorena: dos pajes de Luis XIV: dos bufones del reino de Luis XIII: dos pajes de Luis XIII: dos señores del séquito de Luis XIV: otros dos de Luis XIII, y dos capitanes de guardias de Cárlos VI.

"Entonces es cuando se presentará el enorme *Padre Goriot* soberbiamente caparazonado, con un espléndido penacho en su testuz. Irá escoltado de un gefe de sacrificadores, dos lictores, otros cuatro sacrificadores, un conductor, &c.

"Luego vendrá el carro de ruedas doradas, todo cubierto de terciopelo carmesí, arrastrado por cuatro caballos cubiertos con ricas mantillas de la cabeza á los piés, el cual será guiado por el Tiempo, armado de su guadaña simbólica. Sobre el carro, y bajo un rico dosel, se verá al Amor [1]

1 ¿Qué analogía tendrá el Amor con un *Buey Gordo?* Este debe ser un secreto para nosotros los españoles.

acompañado de Júpiter, llevando en la mano los formidables rayos; de Apolo, Dios de las bellas artes [1], y antiguo pastor de ganados; de Hércules; de Mercurio, y de todo el Olimpo: todos los dioses y diosas en traje de gala."

Seguia la descripcion del itinerario que habian de llevar el héroe de la fiesta y su brillante comitiva, y á continuacion se insertaba la Ordenanza de policía concerniente á las máscaras, con el siguiente ampuloso encabezamiento.

" Nos, Par de Francia, Prefecto de Policía:

" Vista la ley de 24 de Agosto: título XI:

" El decreto de los cónsules del 12 messidor, año VIII:

" El decreto del gobierno de 3 de brumario, año IX:

" Los artículos 86, 259, 330, 471 y 479 del código penal:

" Vistos igualmente los artículos 1, 8 y 9 de la ley de 17 de Mayo de 1819:

" La ley de 25 de Marzo de 1822, artículo 6:

" Vistas las leyes de 29 de Noviembre de 1830, y 9 de Setiembre de 1835:

" Queriendo prevenir todo accidente y todo desórden durante las diversiones del carnaval:

1 ¿A cuál de las bellas artes pertenecerá el Buey? Sin duda á la música. O acaso para los franceses un buey de 4,000 libras será un trozo de poesía sublime. Si no no sé qué papel iria á hacer allí Apolo, como *dios de las bellas artes.*

" Ordenamos lo que sigue (aquí los artículos).

"Los comisarios de policía de la ciudad de Paris, los maires y adjuntos y los comisarios de policía en los demas lugares, los gefes de la policía municipal en Paris, los oficiales de paz, y los comisionados de la prefectura de policía, quedan encargados, en la parte que á cada uno concierne, de asegurar su ejecucion.

"El coronel de la guardia municipal de Paris, el coronel de la primera legion de la gendarmería, y el comandante de la gendarmería del Sena, son requeridos de auxiliar en caso necesario y concurrir á la ejecucion de la presente Ordenanza."

El par de Francia, prefecto de policía.—G. Delessert.

Jamas buey alguno pienso que haya podido ser tan pomposamente anunciado, pues aun el mismo Buey Apis, con haber sido hijo de Júpiter y de Niobe, y rey de Argos, segun mienten las crónicas, era conducido con menos estrépito cuando los sacerdotes le llevaban por el Nilo hasta Ménfis para conducirlo al templo de Osiris.

En fin, llegó la procesion adonde nosotros estábamos, ó por mejor decir, nos acercamos nosotros adonde venia la procesion, y se presentó á nuestra vista el reverendo P. Goriot con toda su servidumbre.

Yo confieso que veia con curiosidad aquella hipérbole de carne; pero Tirabeque rompió lanzas

con todo el mundo para verle á gusto, incluso con un guardia municipal, de cuyas resultas creí que me lo llevaban á la prefectura. Tanto abria los ojos que casi igualaban á los del P. Goriot.

—"¿Le ves bien, Pelegrin? le preguntaba yo.

—Bien, no señor, me respondia, porque para eso fuera menester dar media vuelta al mundo. Llevaré visto cuando más un cuarto de legua de Buey, pero siguen los ojos haciendo su viaje: si V. tuviera ahí un anteojo de larga vista, acaso alcanzaria á verle la cola."

En efecto, el animal era enorme; era una montaña con astas y patas.

"Señor, me decia Pelegrin, cervices robustas se criaban en nuestro convento, es decir, en las yerbas que teniamos; pero como la del P. Goriot por mi hábito que no la ha conocido la órden. ¿Y reza acaso esa leyenda de qué regla ha sido el Padre? De todos modos debe haber sido muchas veces guardian, ó mayordomo, ó cillerero, porque si no era imposible que hubiera engordado tanto."

El animal protagonista marchaba con paso mesurado y grave, y hasta orgulloso, contra su carácter humilde. ¿Será que hasta á los bueyes los envanezcan las decoraciones y los honores, aunque sea una farsa de carnaval? ¿Será que tengan por verdadero mérito al haber engordado mucho, sin considerar que cuando mas engordan mas brutos son? Yo no lo sé; lo que puedo decir es que

parecia ir muy satisfecho de sí mismo. No lo iba menos Mr. Rollan, *Rey de los carniceros*, con una *cuchilla* por *cetro* en la mano, en lo cual no le ha faltado algun rey de verdad que le pudiera servir de modelo. Tambien iba lleno de satisfaccion *Mr. Cornet*, el criador del buey, como quien dice: "honradme y reverenciadme; yo he sido el autor de esta GRANDE OBRA." Por lo demas *el Amor* era un amor bastante brutal, y en su tiznado rostro se traslucia á la legua que era amor de bodegon. *Apolo*, si no era el hijo de Latona, lo podria ser de algun latonero. Y las diosas debieron dejarse toda la divinidad guardada en casa, pues no se les veia sino mucha humanidad, mas humanidad de la que debiera verse.

Luis XIV, Luis XIII, Enrique III, y los demas monarcas de Francia eran reyes tan carniceros como el emperador de Marruecos: es decir, todos aquellos reyes eran carniceros. Así los ilustrados franceses del siglo XIX hacen á sus reyes carniceros, ó á sus carniceros reyes, todo por honrar á un buey. Los personajes que iban mas en regla eran Hércules y los sacrificadores. Estos últimos son siempre los que mas al vivo ejecutan su papel en todo teatro.

La sustanciosa corte hizo sus visitas de ceremonia. Visitó las dos cámaras, el ministerio de negocios estranjeros, las casas de otros altos funcionarios del Estado, y tuvo tambien la honra de

presentarse ante el palacio de Tullerías, donde la majestad de Luis Felipe, colocada en un balcon con la real familia, oyó la arenga que le dirigió Júpiter, y recibió los cumplimientos de los monarcas sus predecesores, juntamente con los del emperador de Marruecos, á pesar de la pesada fiesta que entonces acababa de hacerle su hijo el príncipe de Joinville, tomándole á cañonazos una plaza de su imperio. Luis Felipe se reia de ver tanto rey ciudadano, y celebraba aquella farsa de carnaval, que Napoleon restableció muy sabiamente con el objeto, decia, de ocupar al pueblo para que el pueblo no se ocupara de él.

Nosotros seguimos la procesion el tiempo que nos fué posible, recayendo despues en compañía de otros cien mil vivientes al Boulevart, donde paseaban ya otros doscientos mil.

El P. Goriot fué á terminar su carrera triunfal... ¿dónde habia de ir, si para arar no servia? Al *abatoir du Roule;* es decir, al matadero. Allí humilló su cerviz el P. Goriot bajo la cuchilla del sacrificio: allí acabaron todos sus triunfos: allí terminaron todas sus pompas y vanidades. El P. Goriot habia engordado para la matanza. El *Buey Gordo* murió como un *buey flaco.*

La muerte con piés iguales
pisa á *flacos* y á GORDOS animales.

Los restos inanimados del *Buey Gordo* recibieron todavía honores póstumos. Un cuarto trasero fué regalado por Mr. Rolland á la reina Victoria, en prueba de la *enttente cordiale*, como á Luis Felipe le habia sido regalado el del Buey gordo de Lóndres por Mr. Minton, carnicero de Windsor.

Por la noche se representó en el teatro de *Palais Royal* una desatinada comedia titulada: *El Buey Gordo.* Los franceses ponen en escena el *Buey Gordo* en toda clase de escenarios. ¡Tanto es su entusiasmo por el *Buey Gordo!*

LIBERTAD Y REGISTRO.

Al regreso de uno de mis viajes al estranjero, me tocó venir con un frances, hombre al parecer bastante instruido y de muy buena conversacion. Aunque venia por primera vez á España, poseía el español mas que medianamente, y se esplicaba con exactitud, aparte de los galicismos propios de quien no habia vivido en el pais. Nuestra conversacion versó sobre puntos generales hasta que llegamos á la aduana de Irún, donde se hizo el reconocimiento de ordenanza de los equipajes de

todos los viajeros; y allí fué donde empezó el buen frances á padecer.

Tocóle la vez al suyo. Abierto el cofre-maleta, los empleados y dependientes fueron reconociendo escrupulosamente cuanto en él se contenia. El hombre no habia dejado de cargar de dijecillos y chucherías útiles y curiosas, de aquellas que son tan comunes en su pais, y que como estranjero en el nuestro suponia que le habrian de hacer buen recado. Pero los empleados de aduanas, que no suelen tener muy en cuenta estas razones, boniticamente y con gracia iban declarando cada prenda como artículo prohibido. El frances oyó con mucha calma las primeras declaraciones.

"Señores, decia, yo estoy ignorante de las leyes del pais, y así VV. no deberán admirarse que acaso traiga algunos objetos que la ley no permita entrar. Pero yo los traigo inocentemente y no con intencion de ir contra la ley. Es por esto que esas cosas que son declaradas como estando prohibidas, podrán permanecer aquí para recogerlas cuando yo volveré á Francia."

Los empleados callaban y registraban; el frances me miraba á mí, yo miraba á él y á los empleados, y Tirabeque se sonreia maliciosamente como gozándose en los apuros en que nuestro conviajante se iba á ver.

En efecto, los dependientes iban aumentando el catálogo de los objetos prohibidos. Mr. Duport,

que así se llamaba el frances, iba ya entrando tambien en cuidado, y volviéndose á mí, "¿es que en este pais (me preguntaba) son todas las cosas prohibidas?—Todas no, le respondia yo, pero hay bastantes."

Mas cuando él empezó á perder la calma fué al oir calificar de contrabando un estuche de afeitar que traia.—¿Cómo dicen VV? esclamó: ¿yo contrabandero? Esto es una injuria que se me hace, y que no soy dispuesto á sufrir. Yo no he estado contrabandero nunca, y ese es un objeto para mi uso.

—Sí, pero es nuevo, le replicó un dependiente.

—¡Cómo nuevo! contestó él: yo le he usado varias veces para hacerme la barba: es decir, para *afectar*, como dicen VV. los españoles.

—Lo que hace este mueble, repuso el dependiente, es *afectar* todo el equipaje de V., y de consiguiente todo deberá ser decomisado.

—¡Cómo! ¡este estuche hace la barba á todo mi bagaje! Esto es un despropósito.

Entonces tomé yo la palabra y le dije: "es necesario hacer una aclaracion: hacer la barba lo llamamos nosotros *afeitar*, no *afectar;* y lo que este caballero quiere decir es que un solo objeto prohibido y no declarado basta para *afectar* todos los demas que vienen con él, en conformidad á nuestra ley de aranceles; y que por consecuencia V. deberá perder todo su equipaje.

—¡Oh! perdon; esto no puede ser; esto seria otro mayor despropósito. En las aduanas de mi pais esto no sucede, ni en ninguna aduana del mundo.

—Pero sucede en las de España, dijo el dependiente, y nosotros obramos con arreglo á la ley.

—¡Oh! esto es una abominacion! Yo no he visto esa ley en ningun pais de la tierra. En fin, si alguno de estos objetos no es permitido de lo introducir, aquí se quedará para cuando yo seré vuelto, y dénme VV. una cédula de resguardo para poderle recoger á mi regreso, como se hace en Francia.

—Caballero, eso no es posible.

—¡Cómo que no estar posible esto! De este modo se practica en Francia y en todas partes. Yo no soy obligado á saber las leyes de España, y es por esto que yo no podria saber tampoco lo que es permitido de traer en esta tierra, y lo que no lo es. Pero si VV. dicen que estos son artículos prohibidos, y VV. no quieren que queden aquí depositados, yo los reenviaré hoy mismo á Francia.

—Eso es menos posible todavía, le contestaron.

—Y bien yo pagaré todo lo que sea necesario.

—Tampoco eso es posible.

—A lo que yo veo, en esta tierra no hay nada posible.

—Lo único posible aquí es que V. debe perder todo su equipaje por venir acompañado de géne-

ros prohibidos y no declarados: y aun V. mismo debe ser retenido como defraudador de la hacienda pública de España y sujeto á una causa criminal.

¡Yo criminal! ¡Yo! ¿En qué tierra soy yo venido pues?

El pobre Mr. Duport perdia la paciencia y estaba á punto de perder los estribos. El malicioso y socarron de Tirabeque se sonreia como gozándose del apuro en que se hallaba el frances, y como en revancha de otros en que él se habia visto en su pais, sin hacerse cargo que el pobre hombre se quejaba con razon, porque esto de afectar un solo artículo prohibido á todos los demas de permitida introduccion, y mas en un viajero de buena fe que no está obligado á saber las leyes del pais ni menos á tener hecho un estudio de sus aranceles, es una monstruosidad que solo se ve en España. Tomó pues mi paternidad el oficio de mediador, y gracias á mis reflexiones, los gefes de la aduana tuvieron la consideracion de decomisarle solamente los artículos prohibidos y de devolverle el resto del equipaje, que bien quedaria menguado en sus dos terceras partes, de lo cual Mr. Duport se dió ya por satisfecho.

Concluida esta operacion, que no fué corta, continuamos nuestro viaje. Ya suponia yo que se habria de lamentar conmigo de la pasada ocurrencia, y así fué en efecto. Despues de haberme

dado las gracias por mi mediacion, se quejó amargamente de las leyes que regian en España sobre aduanas, á lo cual nada podia yo replicarle, porque opinaba como él. Pero en seguida añadió: "nos dicen que vivimos en el siglo de la ilustracion y de las luces, y en paises libremente gobernados, y yo no veo que pueda haber libertad mientras haya aduanas; porque nada encuentro yo mas depresivo de la libertad del hombre y de su dignidad, que estos registros minuciosos y degradantes, y esta facultad de examinar hasta las camisas que uno puede traer. Dicen que las aduanas son una institucion saludable para proteger la industria nacional de cada pais y su comercio interior. Yo creo al contrario, que son el mas visible testimonio del despotismo que aun pesa sobre la humanidad, y una contradiccion manifiesta de esa libertad que tanto se proclama. Porque ellas representan el monopolio del comercio que cada Estado procura ejercer, ellas sujetan al hombre de buena fe al mas odioso y repugnante exámen, ellas dan ocasion al tráfico inmoral del contrabando, y ellas, en fin, colocan á los pueblos en un aislamiento tan contrario á la civilizacion como á la libertad y hasta al espíritu de fraternidad que debiera unir á todos los hombres. Este es el funesto legado que dejó al mundo nuestro ministro Colbert, inventor del sistema de aduanas, y de quien todos los gobiernos las tomaron.

—En ese punto, le dije, no puedo convenir con V. Sin negar que Colbert diera un impulso funesto al sistema de aduanas en las fronteras de cada pais, por desgracia hallamos de muy antiguo establecido el sistema de aduanas y registros, de derechos de puertas, y de otros recursos tan opresivos y degradantes como estos, que se han conservado hasta el siglo presente, á pesar de sus luces, de su civilizacion y de su libertad. Ya Augusto se propuso crear una renta pingüe para el tesoro del imperio, y para ello inventó la organizacion de las aduanas, si bien sus reglamentos no eran, ni con mucho, tan duros como los que ahora emplean los gobiernos ilustrados. Con la irrupcion de los bárbaros del Norte, con el sistema del feudalismo y del poder de las armas, crecieron las trabas impuestas á los hombres y al comercio. Y acaso más que á Colbert debe el mundo estas restricciones á nuestro Cárlos I, que impulsado por su ambicion y por las preocupaciones de su siglo, destruyó á un mismo tiempo las libertades municipales y políticas de Castilla, y atacó las del comercio y la industria en todo su imperio, cuyo ejemplo imitaron los demas monarcas.

Pero dejando aparte el principio y orígen del establecimiento de las aduanas, mientras los demas gobiernos de Europa las tengan en sus fronteras, menester es, é indispensable, que la España las sostenga tambien en las suyas, porque de

otra manera las ventajas y los perjuicios no serian iguales y comunes, y pereceria su escasa industria y su no muy floreciente comercio.

En esta conversacion llegamos á Tolosa, y apenas habia parado el carruaje, cuando ya nos vimos rodeados de carabineros.

—¿A qué vienen aquí estos hombres? me preguntó Mr. Duport.

—A hacer el registro de nuestros equipajes, le contesté.

—¡Diablo! ¿Otra vez debemos ser registrados?

—Este, le contestó mi lego, será un registro de pura ceremonia.

—¿Y qué necesidad habemos nosotros de estas ceremenias? replicaba Mr. Duport.

Así fué que, cuando el dependiente, dirigiéndose al equipaje de nuestro amigo, preguntó: ¿de quién es esto? respondió Mr. Duport: "esto es mio, señor; pero puede V. escusarse conmigo esta ceremonia: no hay ninguna necesidad."

El dependiente que vió esta especie de resistencia ó repugnancia de parte del frances, se persuadió desde luego que algo habria allí en que hacer ancheta; y llegándose á él con no demasiada amabilidad:

—A ver, á ver, caballero, le dijo, hágame V. el favor de la llave.

—Bien, dijo Mr. Duport, si es empeño de V., ahí está la clave; pero no encontrará V. nada

que quitar, porque todo me ha sido quitado en Irun.

—Caballero, hable V. mejor, si sabe, le replicó el dependiente amostazado; ni en Irun ni aquí se quita nada á nadie.

—Quiero decir, señor, que ha sido dejado allí todo lo que traia que no era permitido.

Y luego volviéndose á mí, me dijo: "ciertamente, señor, que encuentro un poco ásperas las ceremonias de esta tierra.

—No haga V. caso, le dijo Tirabeque; es carácter del pais.

El carabinero comenzó su registro, llevándolo con mas escrupulosidad que escudriñaria un teatino su conciencia, contando de seguro con que habia de tropezar con algun embuchado. Miraba y remiraba cada utensilio; desdoblaba, estendia cada pieza de vestir: tanteó diferentes veces el fondo del cofre, sospechando si encerraria algun secreto; sobre cada prenda consultaba á sus compañeros, y se discutia y resolvia en junta general sobre si era nueva ó usada. Viendo que nada se encontraba de antilegal en el cofre, se procedió á igual y no menos escrupuloso reconocimiento del saco de noche, sombrerera, y cuanto á nuestro buen frances pertenecia. Cuanto más crecia la impaciencia de éste y su disgusto, más lo demostraba el semblante, más le miraban los carabineros,

y más lo traducian á temor de que diesen con el cuerpo del delito.

—¿No trae V. más? le preguntaron.

—Lo que traigo, respondió él, son muchas cosas de menos.

Entonces nosotros esplicamos á los carabineros lo que nos habia pasado en Irun, les aseguramos de la buena fe del frances, y ellos se dieron por satisfechos, habiendo pasado Tirabeque un buen rato al ver los apuros de Mr. Duport.

Continuando despues nuestro viaje, me dijo éste: "á lo que yo veo, señor, aquí en España, ademas de las aduanas de la frontera, hay otras aduanas interiores, donde tambien se registra al viajero.

—Alguna otra, le respondí yo.

—Pero son unos registros de pura ceremonia, añadió Tirabeque.

—Oh, señor, replicó el frances, pero son unas ceremonias muy pesadas estas de España. Tambien en Francia hubo en algun tiempo aduanas interiores, y fué menester la revolucion de 1789 para derribar este otro edificio del despotismo y de la tiranía, más odioso todavía y más abominable que el primero. Porque las aduanas de las fronteras aun pueden fundarse en una razon de represalias, ya que las hayan establecido algunas naciones; pero las del interior no tienen ni el mas pequeño pretesto en que estar fundadas; pues

aparte del detestable sistema de fiscalizacion tan incómodo y tan ofensivo al viajero, ¿qué razon puede haber, si no es el monopolio de los gobiernos, para que el comercio interior de un pais no sea absolutamente libre? A bien que en España tambien han hecho VV. una revolucion en favor de la libertad, y no dudo que habrán VV. suprimido las aduanas interiores; sino que ésta de Tolosa debo creer que será la segunda línea de la frontera.

—Sí señor, le contestó Tirabeque, y vaya V. sin cuidado, que ya apenas nos molestarán. Y me arrimó un codazo, que para seña, por mi santo hábito, que fué demasiado fuerte.

Prosiguió el hombre hablando contra el sistema de aduanas, citando en su apoyo á *Stéphane Flachat* y otros economistas, y poniendo por ejemplo los sistemas de libertad mercantil, y los ventajosos resultados obtenidos con él en Sajonia, en Suiza y en los Estados Unidos de América, y yo por mi parte, aunque estraña la materia á los conocimientos de un religioso, recordé los ejemplos de Génova, Florencia, Pisa y Venecia, de la *liga anseática*, y de la emancipacion de los comunes y su influencia en Italia, Alemania, España, Francia é Inglaterra.

Y en esta conversacion íbamos engolfados cuando llegamos á Vitoria. No bien habia entrado el carruaje en el parador cuando nos vimos otra vez rodeados de media docena de carabineros.

—¿Es que estos vienen á registrar otra vez? preguntó sobresaltado Mr. Duport.

—Aquí se hace tambien, le respondí un pequeño reconocimiento.

—Otro registro de ceremonia, añadió Tirabeque, gozándose de ver el gesto que ponia el frances.

—*¡Oh mon Dieu, mon Dieu!* esclamó Mr. Duport, esto ya pasa de ceremonia.

Pero no hubo remedio, tuvo que someterse por tercera vez como todos al humillante registro; y como con gestos y palabras manifestase el disgusto y repugnancia con que sucumbia á aquel acto legal prescrito par las ordenanzas sábias y justas de un gobierno libre, los carabineros que como observen tendencias á la resistencia moral en alguno basta para que se muestren con él rigurosos é inexorables, no hicieron mas que alzar las tapas de nuestras maletas y darlas por reconocidas y corrientes, entreteniéndose en cambio cerca de media hora en examinar escrupulosa y concienzudamente el equipaje del frances, prenda por prenda y mueble por mueble. Sobre cada pañuelo tenian una consulta, cada corbata ocasionaba una discusion, y cada chaleco daba márgen á una indagatoria sobre su procedencia y antigüedad. Y aunque por último, nada encontraron que le pudiese comprometer, revolviéronle y desordenáronle su equipo en tal manera, que el pobre hom-

bre tuvo que emplear otra media hora larga en arreglarle de nuevo: cosa que él sentia estremadamente, porque Mr. Duport era muy grueso y un tanto ventrudo, y el doblarse y bajarse le costaba las mayores fatigas y sudores, todo lo cual producia en Tirabeque la picaresca sonrisa con que desde un principio se propuso celebrar las molestias del frances y sus maldiciones á tan continuados registros.

—¿Hemos acabado? preguntó Mr. Duport.

—Sí señor, ya parece que hemos acabado, contestó Tirabeque, añadiendo en voz baja, "por ahora, y hasta la primera."

Aquella noche descansamos en Vitoria algunas horas, pero no tantas que cuando emprendimos de nuevo la ruta no se nos durmiese nuestro compañero en el carruaje. Este hizo alto por la mañana temprano en Miranda de Ebro, con cuyo motivo tuvimos que despertar á Mr. Duport que dormia como un bienaventurado.

—Es menester, le dijimos, apearnos aquí.

—¿Qué, preguntó, se almuerza en esta villa?

—No señor, pero tenemos que ir al portal de esa iglesia que está á la derecha.

—¡Cómo! ¿en España se oye misa cuando se va de viaje? Ademas hoy no es domingo.

Mas ¡cuál fué su sorpresa y su susto cuando al dirigirnos al pórtico de la iglesia halló ya posesionados de él otra media docena de carabineros!

El color se le mudó, sus ojos espresaban el coraje que de él se habia apoderado, y aun no pudo menos de desahogarle con una patada que llamó la atencion de los dependientes de la hacienda pública española.

—¿Qué es esto? preguntó uno de ellos: ¿qué es lo que tiene este señor?

—Nada, respondió Tirabeque; es que tiene mucho frío.

Y luego acercándose con disimulo á la oreja del carabinero le dijo: "es un frances; repare V. qué gordo viene; V. me entenderá."

En esto dieron principio á bajar del carruaje cuantos cofres, maletas, sacos, sombrereras y cajones sobre él venian, y á llevarlos al pórtico del templo. Fueron pidiendo llaves, y mientras los unos se ocupaban en practicar religiosamente el amable y escrupuloso registro de cada bulto, otros dos se encaramaron ligeramente al coche, y á guisa de pegas ó gallinitas comenzaron á escarbar en todos los senos del carruaje, y á escudriñar bolsas, asientos, y cuantos escondrijos pudiera haber en la caja, en busca de algun artefacto que pudiera dar al traste con la industria y el comercio nacional, y examinando á la luz pública el frasquito de rom del frances, su gorro de dormir, las pellizas en que envolvia los piés, la servilleta en que Tirabeque traia envuelta su merendilla, y hasta una peluca vieja que mi paternidad habia

guardado en una de las bolsas, y que gracias á su vejez se preservó de ser aplicada á la hacienda nacional para proteccion y fomento de las manufacturas del pais.

Mr. Duport ya no podia aguantar el desórden que en aquella *cuarta ceremonia* estaba sufriendo su menguado equipaje; conocíasele estar maldiciendo en sus adentros *las ceremonias de España*, que así le reventaban como al portugues los *cumplimientos de Castilla*, y cuando creia haber salido ya á salvo del nuevo rebusco, el carabinero á quien tirabeque habia hablado al oido se llegó á él y con aire misterioso y de malicia le dijo: "muy gordo viene V., caballero.

—Sí señor, pasablemente gordo, contestó el frances.

—Quiero decir, replicó el dependiente, que parece que está V. muy metido en harina.

—¿Y qué significa, repuso Mr. Duport, ser metido en harina? Yo no soy metido en harina: ¿dónde ve V. la harina?

—Pues V. abulta bastante, y nadie dirá que ese vientre es todo natural.

—¿Qué quiere decir este soldado? le preguntó á mi lego.

—A este soldado, le respondió Tirabeque, le llama la atencion el vientre de V., y dice que le encuentra demasiado grueso.

—¿Y qué, repuso Mr. Duport, es tambien cosa

prohibida en España el tener vientre grueso? ¿Son contrabando los estómagos gordos?

—No señor, pero pudiera introducirse en ellos alguna pieza de contrabando ó de ilícito comercio.

—¡Diablo! Y si yo llevara en el estómago ó en el vientre alguna cosa que no seria de buen comercio, ¿me lo habrán de sacar del vientre mismo?

—No es eso, Mr. Duport, le dije yo entonces: sino que estos señores observan que su vientre de V. presenta un volúmen mayor que lo ordinario de los hombres, y discurren si acaso lo podrá ocasionar alguna pieza de contrabando que pudiera V. traer ceñida al cuerpo por debajo del vestido; que de estos fraudes se suelen emplear, y no seria el primer viajero que ha procurado con este ardid burlar la vigilancia fiscal de los guardianes de los intereses públicos.

—Pues si estos guardianes lo quieren, repuso Mr. Duport, yo estoy pronto á desnudarme aquí para que contemplen mi vientre, que me alegrara mucho poderles dejar la mitad de él aunque no fuese contrabando, y yo iria mas espedito, que hace mucho tiempo que lo deseo."

La franqueza y naturalidad con que se espresaba el frances le ponia á cubierto de toda sospecha, y esto unido á la llegada del oficial ó comandante del destacamento, hombre prudente y que desde luego mandó que no se le molestara, fué lo que libró á nuestro Mr. Duport de patentizar aca-

so el frontispicio de su humanidad y quizá coger un dolor de tripas, en obsequio al sistema de aduanas interiores.

Puestos otra vez en camino,—¡oh diablo! esclamó nuestro buen frances: ¿qué pais es este de la España donde yo estoy venido? Por S. Luis que no fué tan riguroso el sistema de bloqueo continental de Napoleon, y que tienen VV. mas aduanas en España que puso el emperador en toda Europa. ¿Y por qué VV. no me han advertido de esto, que yo me hubiera mirado mucho de venir en España?

—Porque nosotros, le respondimos, lo ignorábamos tambien, y es que este sistema debe de ser nuevo.

De sobra sabiamos nosotros lo que nos habria de pasar, porque otras veces lo habiamos esperimentado; pero era necesario hacernos los desentendidos con el frances. Y entre esto y un rato de lectura y otro de sueño llegamos á Burgos. Al apearnos en el parador fuimos saludados por dos carabineros, que á Mr. Duport debieron antojársele dos demonios del infierno segun el sobresalto y el horror que se pintaron en su semblante y en sus ojos. Esta vez sin esperar á que le dijesen nada sacó él mismo la llave del cofre y se la entregó á uno de ellos diciendo: "tome V.; cuando V. habrá despachado, hágame el placer de volverme la clave, que yo me voy á cenar." El hom-

bre ya se rendia á discrecion, y fué el partido mejor que pudo tomar. Fuese por esto, ó porque ya en Burgos, como quinta estacion que es, no hay la mayor esperanza de tropezar con cosa que se haya escapado á los cuatro anteriores rebuscos, allí fué donde á todos nos molestaron menos, y Mr. Duport no tuvo que reorganizar sino la parte somera de su cofre.

Sin embargo en toda la jornada de Burgos á Madrid no le salió el susto del cuerpo. En cada aldea, en cada relevo, tras cada esquina se le figuraba ver salir una seccion de carabineros; las matas se le antojaban ya fiscales de la hacienda pública. En Somosierra encontramos un pequeño destacamento de tropa de línea. No bien los habiamos nosotros avistado cuando Mr. Duport llevaba en la mano la llave de su cofre, hasta que le dijimos que aquellos eran soldados de infantería del ejército. Sin embargo, preguntó si aquellos registraban tambien: le dijimos que no, y continuó tranquilo hasta mas acá de Buitrago, donde Tirabeque quiso darle un susto anunciándole que aquellos que á lo lejos veia parados á la orilla del camino debian ser ó carabineros ó ladrones.

—¡Diablo! esclamó temblando Mr. Duport, yo querré mejor que sean carabineros, aunque me registren el bagaje en medio del camino, y por si son, voy á echar mano á la clave del cofre para tenerla dispuesta.

—No se moleste V., le respondió mi lego, porque probablemente serán ladrones, y éstos le ahorrarán la ceremonia de registrar, y aun se llevarán el cofre sin clave, y aun acaso á V. y á nosotros.

Mr. Duport temblaba como un azogado. Tirabeque ya sabia de otras veces que aquellos no eran ladrones, sino soldados destinados á asegurar el camino de ellos, pero se complacia en hacer pasar sustos al pobre frances. El cual hubiera dado algo bueno por poder volverse á su tierra ó convertirse en aeronauta; hasta que llegando donde los soldados estaban se cercioró de lo que era; y viendo que nada le decian, recuperó su tranquilidad.

De este modo continuamos hasta dar vista á Madrid. "Allí tiene V. ya á Madrid, le dijo Tirabeque."

—¡Oh, gracias á Dios, esclamó él, que ya no habrá peligro de ladrones, ni me volverán á registrar carabineros. Entramos, pues, sin novedad por la puerta de Bilbao; mas al llegar hácia el medio de la calle de Fuencarral:

—"Monsieur, le dijo Tirabeque, haga V. el favor de asomarse por la ventanilla, verá V. qué edificio tan bonito." Se asomó Mr. Duport, y..... juzgue el lector cuál seria su sorpresa al estrellarse sus ojos con el carabinero de á caballo que desde la puerta siguiendo el coche venia.

—¡Por S. Luis! esclamó, ¿á qué viene aquí este hombre? ¿á registar mi cofre otra vez?

—Sí señor, contestó Tirabeque riéndose; aun falta el rabo por desollar.

—¡Cómo! esclamó asustado el frances, ¿ahora desuellan el rabo?

—Quiero decir, replicó, que faltaba esta última parte de la ceremonia.

Cuando llegamos al parador de diligencias, Mr. Duport, á pesar de ser hombre calmoso y nada irritable, echaba fuego por los ojos; y echáralo no digo un frances, sino el holandes ó el aleman mas flemático, pues no hay flema que resista tal tósigo de registros. Hízose, pues, el competente reconocimiento; y al tiempo de despedirnos de nuestro compañero de viaje, nos preguntó si sabiamos de algun hotel donde pudiera alojarse y en el cual estuviera seguro de no encontrar carabineros que le registraran el equipaje. Nos hizo reir la pregunta, le dimos noticia de una fonda, le ofrecimos tambien nuestra humilde celda, y él nos dió palabra de visitarnos, siempre que no tuviese que pasar por alguna aduana.

A los dos dias nos le encontramos en la calle en ocasion que entraba un correo de gabinete, y tras él un carabinero. Lo mismo fué columbrar Mr. Duport al carabinero, que esclamar azogado: "perdon, señores, yo me retiro, que aquel carabinero debe venir á registrarme.

—Tranquilícese V., le dije yo, que éste no viene á registrar á V. sino á ese correo de gabinete, que sin duda traerá pliegos reservados para el gobierno.

—¡Diablo, diablo! volvió á esclamar, ¿conque en este pais hasta la persona que merece la confianza del gobierno y á quien se le fia la correspondencia mas secreta y mas importante, es registrado por los carabineros? ¿Y VV. dicen que la España es un pais libre? Oh! esto es mentira! no puede ser libre un pais donde desde Irun á Madrid es un hombre registrado seis veces, y en que hasta los correos de gabinete sufren registro. Libertad y registro son incompatibles."

Lo peor del cuento es, que el frances tenia razon. Porque pais con tantas aduanas interiores, y pais en que no puede un hombre dar un paso sin que le muelan, y le sofoquen, y le fastidien, atosiguen y jonjaben con un registro, y otro registro, y otro registro, no es libre, es mentira; tenia razon que le sobraba Mr. Duport.

ANUNCIO IMPORTANTE.

Gran baile de trajes en el Teatro social de Fr. Gerundio.

Una vez que la corte de Tullerías, la aristocracia del barrio de Saint-Germain, y el mundo elegante del Faubourg-Saint-Honoré, han hecho de gran moda y de gran tono en el siglo XIX y en la presente estacion los bailes llamados de trajes (*travestis ó costumés* que ellos dicen); y teniendo, como tiene mi paternidad, un teatro á su disposicion (pues en la celda, sobre ser reducida y pobre, fuera profanacion dar ningun género de baile); he determinado dar al público un gran baile de trajes, aunque para ello tenga que secularizarme por una noche más de lo que ordinariamente permiten y aun mandan las leyes.

La circunstancia de no estar concluidas todas las decoraciones del salon es lo que ha impedido el darle hoy mismo como habia pensado; pero tendrá lugar en uno de los próximos dias del carnaval, aunque el público no podrá ver la funcion hasta el 28.

Desde luego creo poder anticipar que la sociedad que habrá de concurrir al teatro de Fr. Gerundio será una de las mas brillantes que se hayan visto ni pueden verse en los presentes y pasados tiempos: porque pienso reunir en mi teatro los personajes y celebridades históricas mas notables, así nacionales como estranjeras, se entiende de los últimos pasados siglos, no del presente.

El teatro estará competentemente decorado, y no faltarán los correspondientes gabinetes y piezas de tocador para señoras y caballeros. No se recibirá sino viniendo en traje. *On ne será reçu que travesti*, para que lo comprendan mejor los españoles.

EL BAILE DE TRAJES

EN EL TEATRO DE FRAY GERUNDIO.

Parecerá estraño que siendo los bailes de trajes los mas lujosos y espléndidos que se conocen, como que en ellos se puede desplegar, y se desplega de hecho, toda la magnificencia, todo el fausto de las córtes nacionales y estranjeras de los siglos pasados, haya un pobre Fr. Gerundio abierto y franqueado su teatro para tener en él

uno de estos bailes. Pero esta estrañeza cesará con solo hacerse cargo que si bien son costosos, lo son individualmente no mas, esto es, á cada uno de los individuos que á ellos concurren; de consiguiente yo no he tenido mas gasto que hacer que el de decorar el teatro de un modo digno; y bien merece destinarse á ello una parte de los productos de los abonos á trueque de tener el gusto de dar á los abonados una fiesta en que salen á danzar los monarcas y las celebridades de otros siglos.

Se dispuso, pues, el baile, y el teatro gerundiano se vió tan favorecido como se verá por la descripcion que de él haré.

Tirabeque era el introductor de embajadores, y el que anunciaba cada personaje de los que iban llegando, y mi paternidad hacia los honores de la fiesta. Mas siendo un baile de trajes, no era regular que nosotros recibiéramos en los nuestros ordinarios y comunes, sino que estaba en el órden *travestirnos* tambien. En su consecuencia adoptamos el que nos pareció mas análogo y conforme á la posicion y carácter de cada uno. Mi reverencia tomó el del abate L'Epée, tanto por ser uno de los que tenian mas puntos de contacto con mi profesion religiosa, como por representar un bienhechor de la humanidad, y porque teniendo que recibir me pareció conveniente estar de serio. En cuanto á Tirabeque, discurrí que siendo los tra-

jes que suelen estar mas en boga para estos casos los de la época de Luis XIV, ninguno le podria cuadrar mejor que el del famoso *Roquelaure*, que fué el Tirabeque de aquel gran monarca, como *Triboulet* lo fué de Francisco I, como *Musson* lo fué de Luis XV, y *Velasquillo* lo fué de Felipe IV.

Ya se sabe que en los bailes de trajes está enteramente anatematizada y mandada retirar la careta. Las clases llamadas *del pueblo* todavía la necesitan para disfrazarse; á la clase *media* con media careta le basta, la *aristocracia* no la ha menester de modo alguno: progreso fisionómico que va en escala gradual ascendente.

Llegada la hora, el teatro se fué llenando de altos y distinguidos personajes de ambos sexos, en cuyos trajes competia el lujo y la riqueza con la elegancia y el buen gusto, el oro con los brocados, las perlas con los brillantes, los encajes con los tisús y con las telas esquisitas de todas especies. ¿Ni qué habia de faltar en una sociedad de reyes y reinas de dos ó tres siglos, de princesas y príncipes, y de las primeras celebridades de cada corte? Era de ver qué de casacas mayúsculas, qué de chalecos de obra lata, qué de chupas hiperbólicas, qué de tontillos difusos, qué de polonesas pleonásticas, qué de guirindolas de ampliacion, qué de pelucones monstruos, qué de espadines prístinos, qué de guarniciones superabundantes, qué de vuelos máximos, qué de redecillas inmódicas, qué de golas de arte mayor!

Pero lo que hacia mas variada y amena visualidad eran los peinados de las señoras. Habíalos piramidales, cónicos, triangulares, paralelipípedos, de media luna, de canastillo, de erizo á cuatro bucles, de casco á la Minerva, de sombrero á la *Chancelière*, á la marmota, á la circasiana, á la jardinera, á la *Gabriela de Vergy*, á la *Cleopatra*, á la perezosa, á la *Voltaire*, á la oriental, á la banda de amor, á *Raucour*, á la *parterre galant;* y finalmente de todas las formas, gustos y caprichos que pudo inventar la fecunda moda y el mas fecundo ingenio de los peluqueros.

Tirabeque me iba diciendo los nombres verdaderos de las personas que entraban.—El señor marques de A....—La señora condesa de B.... —El señor baron de N....—El señor y las señoritas de C....—El señor duque de R....—El señor general H....—La señora marquesa viuda de G.... Y así de los demas. Y yo en seguida le esplicaba á él el personaje antiguo que cada cual representaba segun su traje.

Ya habian entrado varios caballeros y señoras, cuando con mucha sorpresa advertí que el bueno de Tirabeque ponia dificultades para entrar á un venerable anciano que á la puerta del teatro estaba.

—Caballero, le decia, siento mucho dar á V. este disgusto, y pido á V. mil perdones, pero no se puede entrar con careta.

—¿Y qué? replicaba él: ¿acaso yo traigo careta? Mírame bien, y advierte que no es sino mi cara natural.

—Pues en ese caso, reponia mi lego, su cara de V. no es de este siglo.

Entonces me acerqué yo, reprendí á Tirabeque tan fuertemente como merecia, y entró el señor duque de S.... Y no solo entró, sino que tomó tambien despues su parte activa en el baile como cuando estaba en sus verdores en tiempo de Fernando VI.

Que vosotras, bellas y amables hermanitas, criaturas deliciosas llenas de gracia y de amor, que vosotras busqueis en los trajes de otros siglos nuevos secretos con que hacer vuestra belleza mas seductora todavía, lo encuentro muy natural, y no me quejaré de ello, dispuestos como debemos estar los hombres á sacrificaros la poca razon que nos habeis dejado (¡y que digan ahora que Fr. Gerundio no está derretido!) Pero que un hombre cargado de formalidad al parecer, y de años en realidad: que un hombre mitad por lo menos siglo XVIII y mitad siglo XIX; que una crónica viviente, conjugacion simultánea del presente y del pretérito que ninguna gramática ha podido amalgamar, se añada todavía el equipaje de otro siglo, y con achaque de que en los bailes de trajes no hay edad que se dispense de danzar, se ponga el *sæcula sæculorum* á hacer cabriolas como

un mozalvete que no ha conocido la Constitucion del año 20 sino por la historia, esto es lo que mi paternidad no podia concebir, y sin embargo nada es mas cierto.

Seguidamente nos internamos en el salon, y fuí designando á mi lego varios de los personajes, no los que en sí eran, sino los que en sus trajes representaban.

—Aquí tienes, le dije, acercándonos á un grupo, aquí tienes á tu amo el gran monarca Luis XIV. Tirabeque se aproximó á él y le saludó muy respetuosamente.

—¿Quién es, me preguntó á mí Luis XIV, este mozo tan estravagantemente vestido?

—Servidor de V. M., le respondió Pelegrin. ¿No conoce ya V. M. á su fiel *Roquelaure?*

—¿Y quién es *Roquelaure?* volvió á preguntar el monarca.

Aquel Luis XIV estaba tan versado en la historia que ni conocia ni habia oido siquiera el nombre de su juglar. Yo le pregunté todavía: "y bien, señor monarca, ¿habrá de hoy mas Pirineos? ¿Pensais todavía en el tratado de Utrech?—Yo no pienso en nada de eso, me respondió, sino en bailar." Aquel rey no conoceria su historia, pero en cambio llevaba un traje suntuoso. Era el jóven marques de M....

—¡Oh! allí tenemos al gran ministro Colbert.

—¿Y qué ministro es ese, mi amo? ¿Es de los nuevos ó de los caidos?

—No, hombre; Colbert, el gran ministro de tu amo Luis XIV: el que hizo tan floreciente su reinado; el que elevó sus rentas, sus armas y su marina á un grado prodigioso de pujanza y prosperidad; el que protegió tanto las letras, llevando en un solo dia al rey una lista de 81 literatos con los premios y títulos que debian obtener; el que fundó la Academia de las inscripciones; el que denunció al monarca las dilapidaciones de Fouquet, aconsejándole que separase cuanto antes á un hombre que se estaba enriqueciendo á costa del Estado.

—Señor, de esos ministros quisiera yo en España, y siento que no sea español ese señor.

—Español es, Pelegrin, y aun tambien ha sido ministro el que lleva su traje.

—Sí señor, pero á lo que veo no ha heredado del Sr. Colbert mas que el vestido, y aun ese le habrá alquilado por una sola noche.

—Aquí tienes, le dije, á la famosa literata madama de Sevigné; á la reina Ana de Inglaterra con el mismo lujo que ella solia ostentar; á la hermosa madame de Maintenon; á la célebre marquesa de Pompadour....

—Señor, la de Maintenon me gusta unas miejas, que por mi ánima si no era una linda y graciosa jóven, y aun lo es todavía: pero la señora

marquesa de Pompanduro lléveme el diablo si habria quien la mirara á la cara, porque á mas de las arrugas de la edad tiene otras prominencias....

—Pues no era sino jóven y hermosa tambien, Pelegrin, que de otro modo no hubiera podido captarse el corazon y merecer los favores de Luis XV: sino que eso consiste en el gusto y propiedad con que cada una sabe vestirse. Esta señora es la condesa de R.... y así como á su bella hija le sienta grandemente y está encantadora con el traje y peinado de la hermosa Maintenon, así el de la Pompadour en el vetusto y no nada terso rostro de su madre, es un error de historia que solo pudiera pasar en carnaval. Y hubiera estado mejor á sus muchos años el traje por ejemplo de la reina Isabel de Farnesio, que fué señora mayor, y muy fecunda por cierto, como que tuvo siete ú ocho hijos, y aunque le achacan el haber mirado mas por el bien de su prole que por el de la monarquía, estas circunstancias para nada influyen en un disfraz de baile.

"¡Hola! Mucha gente buena veo por aquí. El reinado del Sr. Cárlos III tenemos á la vista. Allí está el famoso conde de Floridablanca, digno ministro de tan gran rey, á quien la España debió tanta prosperidad y engrandecimiento.

—El gran conde de Aranda, el que recibió de manos de S. M. el decreto de espulsion de los Jesuitas, cuyo ejemplo siguió el rey de Nápoles es-

pulsándolos tambien inmediatamente de sus Estados.

—Pues quiera Dios, mi amo, que entre el rey de Nápoles y el que lleva ahora el vestido del conde de Aranda no nos vuelvan otra vez á los mismos que entonces echaron: que tanto va de traer el equipaje de un buen ministro á serlo de veras, y por eso dicen que el hábito no hace al monje.

—Así es la verdad, Pelegrin. Y aquí tenemos tambien al príncipe de Esquilache, contra el cual se amotinó el pueblo de Madrid por creerle adicto al gobierno frances y subyugado por su influencia, lo cual, sin embargo, no era cierto; pero la cosa estuvo muy séria, y de tan antiguo les viene á los españoles el enojo con que miran que sus gobernantes se dejen dominar del influjo de otra potencia.

—Aquel es el marques de la Ensenada, protector del comercio español en las Américas y destructor del contrabando estranjero.

—Tambien tenemos aquí al famoso D. Juan de Austria; no el hermano de Felipe II, sino el hijo natural de Felipe IV, á lo que indica su traje misto de guerrero y de Prior de S. Juan: uno de los pocos que han merecido bien el honor de ser nombrados *generalísimos* de las armas españolas, pues ademas de ser nacido de sangre real, conquistó á Nápoles, é hizo otras muchas proezas, y tuvo tam-

bien la honra de ser llamado á Madrid por los grandes de aquel tiempo, que empezaban á estar recelosos de la influencia escesiva que conservaba la reina madre en el gobierno de su hijo Cárlos II.

"Estos otros son, el famoso Necker, el gran financiero de la Francia; el célebre William Pitt, el profundo, aunque maquiavélico, diplomático de Inglaterra....

—Por lo que oigo á V., mi amo, los siglos pasados debieron producir mucha gente de provecho. Y tengo para mí que no hay de esos hombres ahora, al menos en esta nuestra tierra.

—¿Cómo que no? Ahí tienes todos los que visten sus trajes, que si no son precisamente Colberts, Arandas, Floridablancas, Neckers, ni Pitts, se visten como ellos vestian para bailar una noche, y allá viene á dar. Y espérate, que allí veo tambien al famoso duque de Choiseul.

—¿Y quién es ese señor duque, mi amo?

—El duque de Choiseul, Pelegrin, fué el que hizo el dichoso *pacto de familia*, negociado secretamente entre España, Francia y el rey de las Dos Sicilias; pacto que sacrificaba á los españoles al interes de la Francia. Pero á pesar de esto es menester confesar que fué un grande hombre y un gran ministro, y tan desprendido, desinteresado y benéfico, que murió agobiado de deudas, no dejando mas que débiles restos del patrimonio de su mujer, la cual se encargó de cubrir los donativos

que su pródigo esposo legaba en el testamento á las personas que le habian favorecido, habiéndose él retirado á uno de los conventos mas pobres de Paris, llevando consigo la estimacion y la admiracion de todo el mundo.

—Pero señor, ¿cómo no hay de estos hombres en el siglo XIX?

—¿Cómo que no los hay? ¿No los tienes aquí bailando?

En esto me aproximé á él, yo Fr. Gerundio, y le dije: "á Dios, señor duque, ¿qué tal? ¿tendremos otro *pacto de familia?*

—No entiendo lo que V. me quiere decir, me respondió.

Esto me bastó para comprender que el duque del siglo XIX no sabia quién era el duque del siglo XVIII que representaba, y que se habria puesto su vestido porque le habria gustado el figurin, y esto le bastaba para su objeto y no le importaba averiguar más.

A este tiempo advertí que una señora salia precipitadamente del salon.

—"Vete corriendo, *Roquelaure*, le dije á mi lego, que á esa señora debe haberle ocurrido algo." Y en efecto, era una dama de Luis XVI, á quien se le habia descompuesto el undécimo bucle. Tirabeque la condujo á la pieza de tocador, donde nuestro peluquero de cámara le arregló el desordenado rizo.

Yo entretanto me quedé contemplando aquel brillante conjunto de príncipes y princesas, cortesanas célebres, y famosos guerreros y hombres de Estado, llamándome mucho la atencion y no pudiendo menos de estrañar que á todos los hombres los tomara el capricho por adoptar los disfraces y representar las personas de reyes y príncipes, de guerreros distinguidos, de ministros célebres, de condes y duques, y que no se hallara en toda la reunion quien representara á Cervantes, ni á Ercilla, ni á Pope, ni á Montesquieu, ni á Mozart, ni á Gravina, ni á Beccaria, ni á Filangieri, ni á Pascal, ni á Adam Smith, ni á Gessner, ni á Young, ni á Metastasio, ni á Calderon, ni á David Hume, ni á D'Aguesseau, ni á ninguno de tantos escritores, artistas y literatos como produjeron aquellos siglos; que no parece sino que hasta por una noche se desdeñan ciertas gentes de imitar y simbolizar á los hombres de letras. Y á fe que no los hubiera deshonrado nada el uniforme. O acaso lo harian para significar que no es en los bailes donde hay que buscar la ciencia.

Embebido en estas meditaciones estaba, yo Fr. Gerundio, cuando oí á Tirabeque otra vez disputándose y como peleando con alguno que al parecer pugnaba por entrar, puesto que le decia: "no señor, no entrará V., porque esa vestimenta no es digna de esta reunion.

—¿Este no es el Teatro social de Fr. Gerundio? preguntaba el hombre.

—Sí señor, le respondia mi lego.

—Pues en el Teatro de Fr. Gerundio lo mismo tienen entrada los pobres que los ricos.

—Vamos á ver, le preguntaba Tirabeque; ¿de qué siglo es el traje que V. trae?

—Yo no sé de qué siglo será, respondia el hombre; solo sé que es muy antiguo, y que así le gastaba mi padre, y así le gastaba mi abuelo y todos mis antepasados.

—¿Qué es eso? pregunté yo acercándome; ¿qué voces son esas?

—Señor, me respondió Tirabeque, este palurdo que se empeña en que ha de entrar en el salon, y vea V. qué trazas trae, que no dejaria de hacer una buena figura entre la grandeza y el lujo de allá adentro.

—Sr. Fr. Gerundio, dijo á esto el buen hombre, yo soy un labrador de tierra de Segovia, vecino de Zamarramala, que deseaba ver su Teatro de V., y teniendo noticia de que esta noche se entraba de balde, me vine acá á ver la fiesta; si he hecho mal, V. perdone la descortesía; pero esto no debe ser razon para tratar á un hombre honrado como su lego de V. lo está haciendo conmigo, que no lo creeria en él.

—Tiene razon el hombre del pardo gaban, le dije á mi lego: de nuestro Teatro no se escluye á ninguna persona honrada, sea de la clase que quiera; cuanto mas que su traje es de otro siglo, y de

consiguiente viene *travesti*, y tiene derecho á entrar.

—Pase V., buen hombre.

—Señor, pero que á lo menos deje el palo á la puerta.

—Eso está bien, y es muy justo."

Entró, pues, mi hombre de Zamarramala; y mas fácil es comprender que describir la sensacion de sorpresa y aturdimiento que esperimentaria al encontrarse en aquel lugar, que á él debió parecerle palacio encantado, y en aquella reunion que debió antojársele un sueño de la gloria, ó todo junto una escena de las *Mil y una noches árabes*, si de ellas tuviera noticia, que si él las conociera, de seguro habria esperado que algun *Bedredin Hasan* sacase de la bolsa algunos puñados de zequines y los distribuyera entre los espectadores [1], lo cual no le hubiera desagradado. Pero allí nadie repartia nada.

Si grande fué la sorpresa del labriego, no lo fué menor la de los personajes de tan brillante concurrencia al encontrarse allí con un fenómeno, porque fenómeno era un hombre del pueblo en aquel sitio, mezclado entre tanta grandeza; si bien algunos tomaron su vestido natural por un disfraz estravagante, y aun elogiaron el gusto del que habia tenido semejante capricho; que tanto

1 Noche 69 de los Cuentos árabes.

domina en estos casos la ficcion y la apariencia que la misma realidad es tenida por farsa.

Luego que pasó su primer aturdimiento, esclamó santiguándose: "¡poder de Dios y cómo relumbra aquí el oro! vaya que quita la vista. Cuidado me llamo, que tengo yo visto lujo en las jornadas de la Granja en tiempo del rey que Dios tenga en gloria, pero una cosa como esta nunca en mi vida la ví. Como que aquí todos parecen reyes y reinas lo que menos. Apuesto yo algo bueno á que con lo que ha costado la casaca ó la chupa de cualquiera de estos señores habia para pagar la contribucion de todo Zamarramala, que no ha sido floja ogaño. Y cuasi estoy por decir que vale mas lo que traen esos señores sobre sus costillas que todo Segovia con alcázar y acuiduto y casa de moneda y todo."

Hacíannos reir á Tirabeque y á mí las ocurrencias del campesino, y por lo mismo tuvo gusto mi lego en hacerle algunas preguntas.

—¿Conque le maravilla á V. este lujo? le dijo.

—¿Pues no quiere V. que me maraville? Confieso mi pecado que me tiene absorto. ¡Carambola, y qué alegre y qué contenta está la gente! Se conoce que aquí no se sienten penas. Y lo que me maravilla tambien es, que aquí lo mismo bailan los viejos que los mozos, que algunos veo de mas edad que yo, y no soy niño, y se zarandean que parecen muchachos.... Y aunque sea mala

pregunta, ¿se puede saber de qué tierra han venido estos señores? Porque á mas que las vestimentas no rezan que sean españoles, si lo fueran no gastarian tanto humor.

—¿Y por qué no? le preguntó Pelegrin. Pues qué, ¿en su pueblo de V. no se divierte tambien la gente en este tiempo?

—¿Dónde? ¿en Zamarramala? Para diversiones estamos con el sistema tributario! ¿Sabe V. las diversiones que tenemos allá? Pues yo se las diré. Ha de saber V. que yo soy el alcalde de mi lugar, aunque me esté mal el decirlo, para servir á V. y al Sr. Fr. Gerundio su amo. Y el otro dia para hacer efectiva la contribucion tuve que embargar á un vecino la vaca, y á otro la pollina, y á otro unas cabras, y á otro las mantas de la cama y los menesteres de la cocina, que aseguro á V., á fe de Froilan Rubio, que así me llamo para lo que VV. gusten mandar, que se me partia el alma de pena de ver llorar las mujeres, que aquello era una compasion de Dios.

—Mira, Pelegrin, le dije á mi lego, haz el favor de llevar al Sr. Froilan á un rincon desde donde pueda ver el baile, porque en este sitio le podrán oir, y la lastimosa relacion que hace y el cuadro de miserias que pinta de su pueblo aguaria el placer y turbaria la satisfaccion de las personas que han favorecido nuestro teatro.

—En cuanto á eso, mi amo, no tenga V. temor

alguno, que aunque le oyeran no pararian la atencion, ni se afligirian mucho.

—Sin embargo, Pelegrin, podria suceder; y así será mejor que te le lleves.... Escucha: escusas de decirle si son ó no españoles: y si te vuelve á preguntar, dí que son príncipes venidos de América ó de cualquiera otra parte del mundo.

Hiciéronlo así. Principió otro baile, y tuve el gusto de ver bailar al duque de Choiseul con la reina María Luisa de Saboya; al príncipe de Esquilache con la marquesa de Montespan; á Luis XIV con María Teresa de Alemania; á Cromwel con la princesa de los Ursinos; á William Pitt con madame de Lavalliere; á Cárlos II con la marquesa de Brinvilliers; al conde-duque Olivares con la marquesa de Pompadour; al baron de Holvach con la marquesa de Chatelet; y á otros célebres personajes de los dos últimos siglos, enemigos irreconciliables muchos de ellos, y que solo en un baile de carnaval se pudieran dar la mano. El duque de Penthievre bailó un minuet afandangado con la reina Cristina de Suecia.

El alcalde de Zamarramala desde su rincon, poseido de asombro levantaba las manos al cielo en señal de admiracion; cuya admiracion, segun nos contó despues, nacia de tres causas: la primera, de la comparacion y cotejo que le ocurria naturalmente entre aquel fausto y aquella alegría, y la miseria y los llantos de su lugar: la segunda,

de ver á hombres á su parecer tan ancianos ó mas que él, danzar como si fuesen muchachos que les hirviera la sangre en el cuerpo: y la tercera (y esta la dijo riéndose el Sr. Froilan), de contemplar las canillas de pájaros, y las pantorrillas por mal nombre (decia él), que tenian la mayor parte de aquellos señores.

Finalmente, la reunion fué brillantísima; la orquesta tocó admirablemente las piezas mas escogidas: el teatro estaba deslumbrador: se bailó mucho y reinó la mayor alegría y jovialidad: la única nube que se presentó en aquel resplandeciente horizonte fué el representante del pueblo; pero como nadie le hizo caso ni nadie oyó las cuitas que referia, en nada turbó la alegría y el placer de la fiesta.

Los reyes y príncipes de una noche se despidieron al parecer muy complacidos de nosotros, y nosotros lo quedamos mas de que nuestro teatro hubiera estado tan honrado y favorecido, y gozándonos de tener en nuestro siglo tantos hombres grandes, aunque no sea mas que para bailar una noche vestidos con los ropajes de los grandes hombres de los siglos pasados.

Tirabeque apagó las luces, y en seguida nos despojamos de los nuestros, los cuales no nos pudieron envanecer ni por un solo instante, pues todo lo que Tirabeque ascendió fué de lego á juglar, y yo no hice sino trasformarme de reveren-

do del siglo XIX en abate del siglo XVIII: de consiguiente no nos hizo novedad encontrarnos convertidos en lo que naturalmente éramos.

INUNDACION DE MASCARAS POPULARES.

De repente y cuando nadie lo esperaba hemos visto este año las calles, plazas y paseos de la villa y corte inundados de máscaras populares. Ha sido una nube, una lluvia, un torrente, una irrupcion, un desbordamiento, una plaga, una peste, un mare-magnum, un diluvio. Ya no ha sido solo el pueblo soberano de otras veces el que ha corrido las calles vestido de andrajos y dado aullidos; ha sido la gente culta y el mundo elegante del feo sexo el que ha tenido este año el capricho y la humorada de hacerse *plebe asquerosa* por tres dias; y tan *asquerosa*, que no ha habido harapo, pingajo, ni arrapiezo, estera vieja, felpudo mugriento, ni trápani de cocina que no haya servido de adorno á esta nueva democracia aristocrática de carnaval. Por un vice versa nada estraño en la patria de Fr. Gerundio, se ha notado que este

año que la verdadera plebe se habia adecentado un poco en sus disfraces (que bien lo habia menester), la plebe fingida ha declarado de útil y activo servicio por tres dias todos los trapos jubilados por inválidos en los rincones de las casas para lucirlos en compañía de una careta en armonía con el resto del equipaje.

Con tan brillantes adminículos ha embromado la cara juventud á su sabor y talante á cuantos prójimos ó prójimas en mientes les ha venido ó han tropezado, no con tan finas y delicadas bromas muchos de ellos como á una plebe fingida compitiera, sino tan pesadas y macizas como de la verdadera plebe se pudiera temer. Progresos de la civilizacion. La verdadera plebe ha andado muy comedida. Vice versas de España.

Sin embargo, ni todos han usado las mismas bromas, ni todos se han querido democratizar, pues tambien hemos tenido máscaras en carrozas. Otros han buscado un término medio aunque irracional, presentándose, ya en escuálidas alimañas gastadas en el ejercicio de su largo ministerio, y que pedian de justicia ser relevadas aunque no hicieran admision, ya en ignorantes y flacos jumentos que sufrian resignados las cargas y gabelas que llevaban encima. Sobre nueve de ellos encontré á otros tantos moros regularmente vestidos: el que conducia á Abd-el-Kader iba cojo. ¿Qué mas querrian los franceses, y muy princi-

palmente el mariscal Bugeaud? Pero es el caso que el tal mocito, en vez de andar como el de las máscaras de Madrid, acaba de presentarse muy campechano en su famoso caballo árabe delante de las murallas de Dellys, á cuya guarnicion ha metido en un puño.

De entre las innumerables máscaras que discurrian, me llamó la atencion una que figuraba un gran *pajarraco*, con un enorme pico, el cual abria y cerraba descubriendo unas disformes fauces, vulgo tragaderas, símbolo de la insaciabilidad. Aunque lo nombro *pajarraco*, no puedo decir con seguridad si era *pajarraco ó pajarraca*, porque ni ví ni pregunté de qué sexo era, y podia muy bien ser de uno ó de otro, porque de ambos los hay que por mas que devoren no se sacian nunca.

Por otro vice versa notable el único año que el nuevo corregidor prohibió, por medio de bando, que se usaran disfraces que representaran corporaciones religiosas, es cuando se han visto por las calles mas beatas y mas jesuitas, como si quisiese decir el pueblo: "de beatas y jesuitas no salimos, aunque el señor corregidor lo mande."

Así como por otro vice versa, el único año que se han dictado medidas rigorosas para evitar desórdenes en estos dias, es cuando han ocurrido dos ó tres asesinatos horrorosos; y el único año que se habia impuesto la pena capital á todo perro que sin bozal por las calles anduviese, es cuando ha

habido perros rabiosos que han mordido á quien se les ha antojado.

De manera, que este año parece que ha andado el diablo suelto en tales dias. Pero lo cierto es que el pueblo soberano se ha salido de madre, y se ha divertido á satisfaccion. Yo no sé si habrá tenido parte en la universal locura la circunstancia de haber leido en el congreso el nuevo ministro de hacienda el proyecto de supresion de la contribucion de inquilinatos, y el de la rebaja de otros impuestos. No tendria nada de particular, porque la mejor receta para tener al pueblo contento y alegre es aliviarle las contribuciones.

Por lo demas ha reinado el mayor órden. Solo que la juventud fina y de educacion, por efecto de la civilizacion que alcanzamos, en Villahermosa alborotó pidiendo el *Cancan*, é hizo necesaria la intervencion de los encargados del órden y seguridad pública; en el museo matritense gritaba como en la plaza de toros, y ultrajaba á la juventud literaria; en los bailes cometia tal cual irreverencia, y en las calles daba bromas no nada ligeras ni regulares. No fué el mayor número, pero fué un número bastante mayor.

¡POBRE LENGUA!

Ya que nadie se acordó de representar en los bailes de trajes de este carnaval ni á Cervantes, ni á Lope de Vega, ni á Garcilaso, ni á Solis, ni á Calderon, ni á Herrera, ni á Rioja, ni á ninguno de los antiguos maestros del habla castellana, quise, yo Fr. Gerundio, traerlos á mi celda y departir un rato con ellos. Nunca les agradeceré bastante la amabilidad con que acudieron á la invocacion gerundiana; y puestos á mi presencia, despues de darles las gracias por su condescendencia, les dije: "Habia creido, respetables y respetados amigos mios, que asistiriais personalmente con otros vuestros contemporáneos á las fiestas y diversiones que en esta temporada de Carnestolendas en los altos salones de la corte de España se han dado. Mas ya que así no ha sido, pienso no os disgustará que os dé alguna noticia de ellas. . . .

—Por el contrario, contestó interrumpiéndome el hermano Rioja; tendremos en ello un gran placer, al menos por lo que á mí hace.

—Y por lo que á mí toca, añadió Lope de Vega, no le tendré menor.

—Todos le tendremos, esclamaron simultáneamente aquellos ilustres escritores.

—Pláceme en gran manera, mis amados compatriotas, les dije, haber acertado á complaceros.

Y tomando un periódico, "dignaos escuchar, añadí, la relacion que de ellas hacen nuestros diarios."

"Anoche tuvimos el gusto de asistir al *soirée* de la señora condesa de M..... que estuvo tan brillante como siempre, y que en nada desmereció del magnífico *raout* del señor marqués de P.... A los que hemos tenido la fortuna de gozar de las deliciosas *matinées* con que esta señora ha tenido la bondad de obsequiarnos en esta temporada, no nos sorprendió hallar reunido en sus salones todo lo que nuestra sociedad encierra de más *fashionable*. Cantáronse diferentes piezas de los mejores *spartittos*, todas con el mayor gusto é inteligencia. Pero no podemos dispensarnos de hacer especial recuerdo de la señorita B..... que desde su *debut* no ha dejado de hacer la delicia de los *dilettanti*, la cual cantó admirablemente una melodía en que, á pesar de lo dificil de la *tessitura*, arrancó innumerables *bravos*. El buen gusto de su *toilette*, su peinado en *bandeaux*, y hasta el vistoso *bouquet* que llevaba en la mano, contribuian á realzar la belleza de esta linda jóven. Concluido el concierto, se trasladó la reunion al salon

inmediato, donde habia un espléndido *buffet* que fué servido con el mayor esmero y delicadeza....”

—¿Entiendes, Lope, lo que va leyendo Fr. Gerundio? preguntó Cervantes á Lope de Vega.

—Júrote por mi ánima, respondió Lope, que no he podido entenderlo. ¿En qué lengua está escrito?

—¿Cómo en qué lengua? pregunté yo Fr. Gerundio. En castellano.

—Perdonad, me dijo Herrera, esa no es el habla castellana. Al menos yo no la reconozco por tal.

—No, repuso Solis: esa no es la lengua que nosotros hablábamos. Cierto es que he comprendido algunas palabras, pero hay otras muchas que apostaria que no eran españolas.

—No señor, dijo entonces Tirabeque, son *de estrangis*, y no es maravilla que VV. no las entiendan siendo tan antiguos como son, porque yo soy del dia y tampoco las entiendo.

—¿Y no hay palabras, esclamó el hermano Cervantes, no hay palabras en la rica lengua castellana con que espresar esos objetos? ¿Es posible que la mas copiosa y abundante de las lenguas vivas, la lengua en todas partes por su riqueza envidiada, haya así de adulterarse y corromperse con estrañas y prestadas voces?

—Pues mire V., replicó Tirabeque, lo mismo

sucede en esto que en la política y en todo. La van poniendo que no la conocen la madre que la parió.

—¡Pobre lengua! esclamaron todos, y dieron muestras de querer retirarse, repitiendo Cervantes entre dientes de un modo sardónico:

Buffet, *bouquet*, *raout y matinée*. . . .
Pardiez no es esta lengua la lengua que yo hablé.

Mi reverencia no quiso detenerlos mas por primera visita, pero les suplicó que no fuese la última vez que honraran la humilde celda, pues teniamos que conferenciar sobre el estado y tratamiento de la lengua castellana, y así me lo ofrecieron.

GRAN BATALLA

ENTRE DON CARNAVAL Y DOÑA CUARESMA.

Era la noche del 24 al 25 del corriente, entre el mártes loco y el miércoles del juicio, y á una de las mas anchas entradas de Madrid, cerca de un gran palacio, que parecia ser el de Villaher-

mosa, se hallaban acampados dos ejércitos, y prontos á entrar en combate.

Mandaba el uno D. Carnaval, el cual se ostentaba rozagante, obeso, rubicundo y alegre. Iba caballero en un ciervo, de cuya ramosa cornamenta pendian manojos de perdices, faisanes, y otras aves de buen comer. Llevaba por cimera un pavo, por escudo un jamon, y por blason una cabeza de ternera. A la punta de la lanza se divisaba un gallo. Acompañábale un brillante cortejo de gente gastrónoma y rica, y por consecuencia distinguida, que ya la aristocracia de riqueza se ha sobrepuesto á la aristocracia de alcurnia. Consistian sus tropas en grandes y cerradas masas de aves y cuadrúpedos.

Mandaba el otro Dª Cuaresma, la cual iba vestida de luto, con el semblante macilento y escuálido, sin armas ni cabalgadura; su séquito lo constituian eclesiásticos, cesantes, y clases pobres y pasivas, y sus tropas se componian de pescados de mar y rio.

Arengó primero Doña Cuaresma á sus tropas diciendo: "soldados: bien sabeis que el orgulloso Carnaval ha invadido mis dominios, y en su loco devaneo parece se propone acabar de conquistarlos. No se contenta con menoscabar mis antiguos derechos, atribuciones y prerogativas, al modo que en algunos paises el poder de la fuerza invade, usurpa, ataca y se arroga facultades que solo

al imperio de la ley competen. No se satisface con ejercer en mis dominios una influencia mas ó menos directa, al modo de la que una potencia vecina suele ejercer en otra mas débil con mengua de su independencia y con menoscabo de sus derechos. No aspira solo á perpetuar su influjo ejerciendo una intervencion antilegal, como un padre ó una madre incapacitados por la ley sobre su hijo ó hija emancipados y mayores de edad. No, soldados, no le basta esto al Carnaval mi enemigo.

"Él ha invadido mi territorio como los franceses invadieron la Argelía: él aspira á subyugarme como el autócrata de las Rusias ha subyugado y esclavizado la Polonia: él pretende absorberse mis dominios como los Estados-Unidos se han absorbido á Tejas, y aun intentan tragarse á México, Cuba y la California.

"Sí, soldados, vosotros lo sabeis: con pretesto del domingo de *piñata*, que una mal entendida tolerancia le ha ido permitiendo, ha logrado prolongar sus locas bacanales mas allá de los límites que la religion le concede, apropiándose un tiempo que las leyes y la tradicion han consagrado esclusivamente á mí. Hoy mismo, cuando la religiosa campana con grave sonido estará llamando á los fieles al templo para que vayan á recibir con humildad sobre sus frentes la modesta ceniza que les habria de recordar lo que son y lo que han de

ser, los sectarios del Carnaval se hallarán todavía dentro de ese palacio entregados á los placeres coreográficos y gastronómicos, y con rostros desencajados y mortesinos, signo natural de eso que ellos llaman pasar una buena noche y que no es sino muy mala, los veréis salir desatentados y frenéticos, envueltos en sus ridículos ropajes, y ocultando sus pálidos rostros en un rico capuchon, ó en una plebeya nube, ó escondiéndolos en una carroza tomada por asalto, correr á buscar en muelles lechos el descanso de que los tiene privados su locura.

"Hoy mismo veréis tambien á una gran parte de ese pueblo, en otro tiempo tan religioso, celebrar locamente una farsa tan profana como ridícula, en la que se permiten poco menos que á mansalva todo género de liviandades.

"Llegará mi primer domingo, y mientras los sacerdotes se estarán desgañitando en los templos, inculcando á una parte de los fieles la necesidad de las prácticas devotas en un tiempo que debe consagrarse á ellas, otra parte, y por desgracia la mas numerosa, se ocupará de arreglarse los trajes para el baile de máscaras, corolario intruso del Carnaval. Los conciertos alternarán con los sermones; las fiestas profanas con los ejercicios religiosos; los teatros estarán mas llenos que los templos; y el estranjero que llegue á la capital de esta nacion que se dice eminentemente católica,

no podrá distinguir si tales dias son de mi dominio, como deben, ó continúan siendo del dominio del Carnaval.

"Aun no es esto solo, soldados. Ellos sin temor de la bula mezclan carnes con pescados, sin reparar en dias ni en semanas ni en preceptos (los pescados hacen un movimiento de atencion). Ellos no entienden de privaciones, abstinencias ni ayunos...."

Aquí fué interrumpida Dª Cuaresma por muchas voces que de su estado mayor salieron.

—¿Ellos ayunar? esclamó un eclesiástico lleno de fuego. Los que ayunamos somos nosotros, señora, y justo es que ayunemos, puesto que la santa madre Iglesia así nos lo manda. ¿Pero es justo que se nos condene á perpetuo ayuno, como si cada uno de nosotros fuese un Simeon Stilita, de quien cuenta Teodoreto que pasó 28 cuaresmas sin probar bocado? ¿Es justo que á nosotros se nos condene á perpetua cuaresma, mientras esos hombres, que parece ser los mismos de quienes dice el sagrado testo: *quorum Deus venter est*, están haciendo para sí todo el año carnaval, todo el año domingo gordo? En fin, veremos si en la presente cuaresma el nuevo gobierno nos deja menos ayunos, segun ha ofrecido.

—No son ellos, señora, los que ayunan, gritó otro que en lo débil de su acento mostraba ser cesante. Nosotros somos los que ayunamos al

traspaso, y solo en tal cual época tardía nos alcanza una colacioncita miserable del presupuesto de su opípara mesa, y de esta miserable colacion intentaban todavía cercenarnos un 20 p %. En fin, veremos si el nuevo gobierno nos deja tambien en la presente cuaresma menos ayunos, segun ha ofrecido.

—No, gritaron otras voces; los ayunos son para nosotros, pobres contribuyentes, que aunque *paganos*, somos los verdaderos católicos, apostólicos que guardamos los mandamientos: nosotros que somos como la tierra, que da el fruto para que otro le coma. Pero veremos si el nuevo gobierno nos deja menos ayunos, segun ha ofrecido.

—Esperanzas en Dios, compañeros, esclamó Dª Cuaresma; y pláceme hallaros tan conformes con mis ideas y tan identificados con mi justa causa.

"Ahora bien; ¿habremos de tolerar por mas tiempo la usurpacion de D. Carnaval y de los suyos? Ellos son fuertes y poderosos, es verdad; nosotros débiles y flacos: ellos muchos y nosotros pocos; pero ellos van contra la ley, y nosotros la defendemos; y al número suplirá el valor, y á la fuerza la justicia de la causa. ¿Qué nos detiene pues? A ellos; la victoria coronará nuestros esfuerzos.

—A ellos, contestaron todos unánimemente."

Y arremetieron con denuedo á las tropas de

D. Carnaval. Aunque estas se hallaban prevenidas para resistir el ataque, no pudieron evitar que un cuerpo de merluzas y lampreas arrollara una compañía de conejos y perdices. Las anguilas penetraron por un camino cubierto en el campo enemigo, y enroscándose en las patas de las terneras y los pavos y azotándolos con sus colas, daban con ellos en tierra. Un combate sangriento se empeñó entre un gallo y un besugo, y aunque este se defendió por algun tiempo de los picotazos de su adversario, el gallo se le colgó de las agallas, y obligó al besugo á declarar en presencia de todo el ejército que por mas que apareciera haberse peleado, no eran sino muy amigos, y una misma su causa; cuya declaracion fué tomada como una insigne muestra de debilidad.

A pesar de la franqueza del besugo volvieron las tropas de Dª Cuaresma á la carga, y descargando al propio tiempo los arcabuceros una lluvia de metralla bien dirigida, introdujeron el desórden en las filas de D. Carnaval, al estremo de producir una verdadera crisis, en que hasta el mismo general en gefe estuvo á pique de perecer como Paulo Emilio en la batalla de Cannas, y de quedar sus riquezas en poder de las tropas de Dª Cuaresma como las de los caballeros romanos en poder de Anníbal.

Pero acudió D. Carnaval á una de sus estrategias, y arengando tambien á sus tropas hízolo con

tan imponente tono, que asustados algunos cangrejos emprendieron silenciosa y disimuladamente la retirada. Acometieron entonces los de D. Carnaval por aquel flanco, y deshicieron el ala derecha; y aunque la izquierda se mantuvo firme, cundió el desaliento al centro, y Dª Cuaresma tuvo por conveniente admitir las bases de capitulacion que D. Carnaval le propuso, cediendo á la fuerza, para no acabar de perder las suyas.

Convínose, pues, en reconocer la razon con que Dª Cuaresma reclamaba el imperio y la observancia de la ley durante el tiempo á ella consagrado, y la justicia con que se quejaba de las invasiones é intrusiones que D. Carnaval hacia en sus dominios; de que solo á ciertas clases se reservaran las privaciones, abstinencias y ayunos, y de todo lo demas que en su discurso habia espuesto. Pero accedió y se sucumbió á tolerar y consentir que D. Carnaval continuara intrusándose con su domingo de *piñata*, con sus mezclas de carnes y pescados, con fiestas y diversiones profanas, y finalmente con su dominacion estralegal, y sin que se entendieran con él y con los suyos los ayunos y las prácticas devotas.

Los descontentos de la capitulacion preguntaban qué significaba ese poder anómalo embutido en la Cuaresma, en que nunca habia sido reconocido; ese poder de que no hablaba ninguna ley ni tradicion cristiana, y que sobre ser un escándalo

en un pueblo católico, quedaba siempre amenazando conquista. Pero por más que se procuraba dar esplicaciones satisfactorias para tranquilizar los ánimos, la verdadera razon era que se habia cedido al temor de perder el todo por el todo. Y esto consistia en haber tolerado los abusos é invasiones de D. Carnaval por mucho tiempo, en haberle dejado tomar un predominio que no debió tener nunca, y en que no se cortan bien los vicios que se cortan tarde.

Así ha quedado la Cuaresma desfigurada y adulterada en un pueblo católico, y lo peor es que no se ve el dia en que la Cuaresma sea puramente Cuaresma, y el Carnaval Carnaval, conteniéndose cada uno dentro de los límites que la ley les tiene marcados. Y vamos ya á otras materias.

FR. GERUNDIO Y UN SOLTERON.

Mi amigo D. Torcuato es un hombre de unos cuarenta á cuarenta y dos otoños, *plus minusve*. Su estampa es noble, su fisonomía franca y llena, y todo su esterior, aunque de una latitud que es-

cede en bastantes líneas la medida comun de los hombres regularmente corpulentos, presenta un conjunto agradable, y deja traslucir aquella especie de *bonhomie*, ó sea honradez y hombría de bien, que atrae y previene en favor de ciertas personas.

Y en efecto, D. Torcuato no solo parece honrado, bonachon y sencillote, sino que lo es realmente, á pesar de ser uno de los capitalistas mas saneados de la corte, cualidades que á algunos parecerán dificiles de combinar, pero que yo creo que pueden muy bien andar unidas, como sucede en D. Torcuato, mejorando, como se suele decir, lo presente.

En cuanto á lo de capitalista, no es de aquellos que pregona la fama, porque no le gusta sonar ni llamar la atencion por el lujo y el boato; pero hace sus buenos negocios á la chita-callando y es firma tan sólida como la que más. Tiene dos buenas cualidades para las jóvenes, que son el ser rico y no ser casado, y dos cualidades malas para los maridos, que son el no ser casado y ser rico; pues aunque él sea honradote y bueno, el mundo está malo, y el diablo las carga, y como él dice, no es ningun saco de arena ni ningun costal de nueces, ni dá Dios así como quiera la dosis de virtud que es necesaria para salir á salvo en todos los casos y ocasiones que se ofrecen en este pícaro mundo.

D. Torcuato suele tener la bondad de hacerme algunas visitas, y en una de las veces que honró la celda gerundiana, recayó la conversacion sobre su estado de celibatismo. Aprovechando yo entonces la oportunidad, le dije: "no puedo menos de estrañar, hermano D. Torcuato, que siendo V. como es un hombre de tan buena fortuna, con la cual podria hacer muy feliz á una jóven honrada y honesta, y hallándose todavía en buena edad y con una salud robusta, haya V. de permanecer en ese estado, que no es seguramente el propio y natural del hombre que, como yo, no se haya ligado á Dios con un voto solemne, ni el más á propósito para hallar la felicidad de la vida en pasando de cierta edad. ¿Qué diablos hace V., pues, que no se casa. Llegará V. á ser viejo, y se verá entregado á manos mercenarias, que estarán atizbando el momento de aprovecharse del fruto de sus especulaciones; sentirá V. un aislamiento enojoso; echará V. de menos una compañera dulce y amable, y entonces se arrepentirá, cuando no tenga remedio, de no haber tomado el consejo que le doy."

—Tiene V. razon en todo, P. Fr. Gerundio, me respondió: conozco la verdad y el fundamento de sus reflexiones, y no crea V. que soy yo de los que tienen repugnancia al matrimonio, antes le tengo un si es no es de apego y aficion.

—Mal se conoce por vida mia, puesto que en

su posicion nadie le puede estorbar de hacer su gusto ni impedirle de obrar con arreglo á sus inclinaciones.

—Así es la verdad, P. Fr. Gerundio; pero qué quiere V? Le asaltan á uno ciertos reparillos y temores..... Y se llevó la mano á la cabeza como aquel que quisiera manifestarlos y no se atreve.

—Todos los que se hallan en el caso de V. alegan temores y reparos: como que en efecto no faltan algunos que oponer, y no hay estado en la vida que no tenga sus inconvenientes.

—Por todos pasaria yo, mi amigo Fr. Gerundio, con tal que acertara á vencer uno solo; uno solo, que es el que me detiene y retrae: ya ve V. que no soy exìgente.

—No en verdad; ¿y podria yo saber cuál es?

—Puesto que aquí hablamos en el seno de la confianza, no tengo reparo en manifestársele á V.

"Yo conozco algo el mundo, P. Fr. Gerundio: conozco lo que son y lo que pueden ser las mujeres: he visto más de lo que quisiera; y así crea V.... si yo pudiera estar seguro"....

—¿Y por qué no?

—¡Oh! pues si á mí me aseguraran!..... Porque sin esta tranquilidad no se puede ser feliz. El temor de la infidelidad es tormentoso é insufrible; la certeza debe ser desesperada.

—Pero todos esos temores son infundados.

—¡Infundados, padre Fr. Gerundio! ¡Ah! ¡si no hubiera visto uno tanto! Suponga V. que creyendo elegir una mujer virtuosa y timorata, resultase despues ó se me hiciera coqueta y amiga del galanteo.... ¡oh! esto seria horrible! ¡Y ha visto uno tanto en el mundo!

—Para todo hay remedio, hermano D. Torcuato, y por coqueta y distraida que fuese, V. podria estar tan tranquilo y tan seguro como si fuera impecable. Recuerde V. que estamos en el siglo de la civilizacion, y que en todo se han hecho adelantos prodigiosos.

—Verdaderamente que no comprendo cómo puede ser eso.

—Muy sencillo, y mas sencillo en V. que en otro. V., hermano D. Torcuato, es un rico capitalista: V. está en todas las sociedades de seguros; en la de seguros contra incendios, en la de seguros de piedra y granizo, en la de seguros de muebles, en la de seguros de carruajes y trasportes, en la de seguros de quintas, en la de seguros marítimos, en la de seguros sobre la vida; en fin, en todas las compañías de aseguracion, que no son pocas. Pues bien, ¿tiene V. más que fundar una compañía de *seguros matrimoniales* para garantizar el honor conyugal y ponerle al abrigo de todo peligro y evento?

—¡Ah! eso es imposible, mi amigo Fr. Gerun-

dio: perdone V. si le digo que me parece una idea estravagante de la imaginacion gerundiana. ¡Oh! pues si posible fuera, mañana fundaria la sociedad y pasado mañana me casaria.

—He dicho á V., hermano D. Torcuato, que recordara que estábamos en el siglo de la civilizacion y del progreso. Y para probar á V. que la idea ni es estravagante ni es invencion mia, le diré: que Inglaterra, en ese pais de los adelantos sociales, tiene V. ya establecida esta sociedad, y que sus resultados han dado el mejor éxito. ¿Quiere V. oir la historia auténtica de Mr. Lorimond, uno de los maridos que se hicieron asegurar?

—Con el mayor gusto, P. Fr. Gerundio.

—Pues yo tambien se la referiré á V. con el mayor placer.

SEGUROS MATRIMONIALES.

HISTORIA DE MR. LORIMOND.

Juan-Claudio-Ambrosio-Lorimond pasó de Paris á Lóndres, donde al cabo de algunos años logró adquirir un considerable capital, y lo que se

llama hacer una buena fortuna. Por esta parte nada le quedaba que desear. Pero el celibatismo le era enojoso, y todos sus cálculos los dirigia ya á buscar una compañera dulce y amable. La halló en efecto; mas en lugar de elegir una mujer de una edad proporcionada á la suya, sus ojos se fijaron en la jóven Lucy Hosweld, hermosa y agraciada sí, pero que apenas habia cumplido diez y nueve primaveras.

La luna de miel pasó mas pronto de lo que él hubiera querido, y no tardó en advertir que Lucy empezaba á coquetear, que le hallaba viejo, que preferia la compañía de otros mas jóvenes, y que no era insensible á los objetos de algunos monuelos. El hombre se sintió picado en lo mas hondo de su corazon y en lo mas vivo de su alma: el continuo recelo y cuidado que empezó á agitarle no le dejaba dormir ni descansar, porque no solo temia, sino que se abultaba él mismo en su imaginacion las tormentas que veia amenazar sobre su cabeza, y ya estaba cerca de ser dominado por el *spleen*....

—¡Cáspita! me interrumpió aquí D. Torcuato, sacudiéndose la mano derecha; ¡y queria vuestra paternidad que me metiera yo en iguales verengenales!....

—Poco á poco, hermano D. Torcuato, le dije, hasta ahora no conoce V. mas que la enfermedad,

resta conocer el remedio. Escuche V., el mismo Lorimond es el que habla.

"En este estado, dice Mr. Lorimond, acaeció que entre las personas que constituian el círculo de mis relaciones sociales, se hallaba un respetable negociante de mi edad, y casado como yo con una mujer jóven, encantadora, y regularmente distraidilla. La semejanza de posiciones nos acercó; yo me intimé con Mr. Wilkinson, y un dia desahogué mis pesares en el seno de mi nuevo amigo.

—Segun eso, teneis miedo, me dijo riéndose Mr. Wilkinson: no me admira, otro tanto me sucedia á mí, pero hoy estoy completamente tranquilo.

—¿De verdad?

—Os lo juro. Como que en este momento anda mi mujer por esas calles de Dios: no sé adónde habrá ido ni dónde estará, pero no tengo la menor inquietud, porque estoy muy seguro de ella.

—A fe mia que sois bien feliz.

—¿Queréis serlo como yo?

—Tanto, que diera por ello la mitad de mi fortuna.

—Creo que no os costará tan caro.

—¡Esplicaos, por Dios! ¿Cómo podria hacerse eso?

—Muy sencillamente: haceos asegurar.

—¡Asegurar! ¿y contra qué?

—Contra lo que temeis.

—¡Bah, bah! vos os burlais.

—Hablo seriamente, y podeis creerme, porque yo mismo lo estoy.

—¿Vos lo estais?

—Completamente y con todas las formalidades. Hasta ahora se habia asegurado las casas, las cosechas, los muebles; la fortuna estaba garantida; pero esto no era bastante. Hay una plaga mas peligrosa, mas violenta, mas desastroza que el granizo, que el fuego y que la inundacion: hay un bien mas precioso que la fortuna, este bien es la felicidad doméstica. Para proteger esta felicidad y combatir aquella plaga se ha fundado una compañía de aseguracion, y vos podeis, mediante una retribucion módica, participar de las ventajas que ella proporciona.

—Me dejais atónito, mi amigo Wilkinson: en mi vida habia yo oido hablar de esta empresa filantrópica.

—Es que este no es uno de aquellos negocios que se publican á son de trompeta, y que se hacen conocer por medio de prospectos en los diarios. La compañía se ha formado á la sombra: ella maniobra con mucha precaucion y cautela, y por medio de agentes muy reservados y discretos: no llama á voces á los parroquianos, sino que los busca silenciosamente uno á uno: sabe

bien á qué puertas ha de llamar, y es muy estraño que vos no hallais recibido la visita de alguno de sus corredores.

—¡En verdad que ha sido una omision bien estraña!

—Pero si quereis participar de los beneficios de esta institucion, nada mas fácil: venid conmigo al despacho de la compañía de seguros."

"Mr. Wilkinson me condujo, pues, á una bella casa de Picadilly, donde la compañía habia sentado sus reales. Entré en las oficinas del despacho, que eran magníficas; uno de los directores de la administracion recibió mi solicitud; en seguida me hizo diferentes interrogaciones bastante delicadas; me preguntó cómo vivia yo con mi mujer, rogándome que respondiese con franqueza, como un enfermo á quien el médico manda que le esplique su estado y le diga toda la verdad sobre los escesos que haya cometido. Despues de este exámen el administrador me mandó volver á los ocho dias: le hacia falta este periodo para tomar sus informes.

"Parece que las noticias no me fueron muy favorables, porque la compañía fijó el precio de mi seguro en 200 libras esterlinas por año. ¿Pero es nunca demasiado cara la seguridad matrimonial? ¡Por 200 luises estar libre de cuidados, dormir á pierna suelta y no tener que temer ningun desaguisado conyugal!.... Me inscribí pues.

"La póliza de aseguracion contenia las cláusulas siguientes:

1ª El asegurado se empeña por 20 años.

2ª Los años primero y último se pagarán adelantados.

3ª La compañía no garantiza las contingencias de una guerra.

4ª La aseguracion no se hace sino para la ciudad y su distrito. No pudiendo la compañía estender á todas partes su vigilancia y proteccion, no responde de los percances ó eventualidades que sucedan en provincia ó en el estranjero.

5ª En el caso de desgracia probada y patente, la compañía pagará los daños y perjuicios y los intereses que anticipadamente se estipulen."

La suma fijada en mi contrato ascendia á cuatro mil libras esterlinas.

Desde que me hube asegurado me sentí mas tranquilo, me hice alegre y confiado como Mr. Wilkinson; ya no tenia miedo, las nubes habian desaparecido del horizonte. En este estado de paz y seguridad llevaba ya algunas semanas, cuando un bello dia encontré casualmente en la habitacion de mi mujer un billetito que contenia una declaracion de amor. ¡Lucy habia recibido y guardado este billete! Al momento volé al despacho de la compañía de seguros, y con el cuerpo del delito en la mano, dirigí violentas quejas y acalorados cargos á la administracion.

—Vuestras reconvenciones son injustas, me respondieron. ¿Podemos nosotros impedir que un galan escriba un billete amoroso? Todo lo que podiamos hacer era saber que esa carta habia sido dirigida á vuestra esposa, y eso lo sabiamos; en este registro hallaréis la prueba, vedlo vos mismo: folio 23, línea 2ª.... Todo vuestro negocio está aquí. Nosotros sabemos ademas, que el autor del billete es un jóven *dandy* llamado Sir Arthur Mazwel. Desde que habeis contratado con nosotros y vuestra causa se ha hecho la nuestra, no hemos perdido un solo instante de vista vuestra mujer; todos sus pasos, sus mas frívolas acciones, sus mas insignificantes palabras nos son escrupulosamente referidas. Nuestro servicio está perfectamente organizado: tenemos oidos en todas las paredes, ojos en todas las cerraduras. Nada se nos escapa, y nuestras baterías están siempre preparadas á rechazar el peligro. Id con Dios y no tengais cuidado, que mas interesados estamos nosotros que vos mismo en que no suceda una desgracia.

Mas adelante me presentó la administradora una cuenta y razon de las maniobras que habia empleado para salvarme. Los detalles de esta relacion os revelarán los recursos de la compañía, y os descubrirán los medios de que puede disponer para conjurar las tormentas y no esperimentar desastres que le cuesten resarcimientos.

"Luego que estuvo bien probado que mi mu-

jer habia distinguido á Sir Arturo y que mediaban entre ellos secretas inteligencias, comenzaron las hostilidades. Para deshacer la intriga y cortarla en flor, emplearon al pronto pequeños ardides; se sembraron en el camino de Sir Arturo los embarazos y dificultades que detienen á los amantes comunes; pero el intrépido jóven peleó con valor contra todos los tropiezos que le habian suscitado, y marchó derecho á su fin salvando todos los obstáculos. Entonces la compañía de seguros puso en juego los grandes medios. Algunos meses antes Sir Arturo habia perseguido vivamente una de las mas brillantes ninfas de la Opera: se tomaron medidas con la bailarina, y una buena y fácil fortuna fué puesta á disposicion del jóven *dandy*. Por este medio se creyó alejar sus amores con Mad. Lorimond; y por otro lado se avisaba á ésta y se le probaba que mientras Sir Arturo le juraba una eterna é inviolable pasion, acababa de entablar una nueva relacion en los bastidores del Teatro real.

"Este espediente no obtuvo tampoco el éxito que merecia. Sir Arturo aprovechó la ocasion, y despues de haber sido feliz en la ópera, volvió á Mad. Lorimond, y tuvo el talento de justificarse, ó de hacerse perdonar un momento de error. Le costó el dinero á la compañía, y tuvo que apelar á nuevas combinaciones.

"Se descubrió que Sir Arturo tenia deudas. Sus

acreedores, sabiendo que iba á heredar á un tio muy rico, no le molestaban, y aguardaban con paciencia: uno de ellos accedió fácilmente á vender su crédito á la compañía; Sir Arturo fué perseguido rigorosamente, y una mañana cuatro alguaciles, provistos de un mandamiento de arresto, detuvieron su equipaje y él fué conducido á la prision por deudas, donde quedó perfectamente asegurado. Un enamorado bajo cerrojos ya no es muy de temer, y los aseguradores creyeron haber concluido con tan rudo adversario; pero Sir Arturo se manejó tan bien, que al cabo de seis semanas satisfizo su deuda y fué puesto en libertad. Su pasion por Madame Lorimond se habia aumentado en el cautiverio. Este jóven era un modelo de constancia y de obstinacion.

"Sin embargo, Sir Arturo al salir de la cárcel, halló á su tio altamente embrollado: habia perdido todo su crédito, y se vió reducido á la mas completa miseria. Esta fatal posicion podia ser fácilmente esplotada. Misteriosos protectores lograron para Sir Arturo una plaza muy lucrativa en las colonias. Pero Sir Arturo la rehusó bruscamente. Se le hizo proponer la mano de una rica heredera: él dudó un instante, pero una nueva repulsa frustró esta segunda tentativa.

"¿Creeis acaso que la compañía habia agotado sus recursos? Nada menos que eso. De repente, y sin inquietarse por las asiduidades de Sir Artu-

ro, un jóven italiano, de arrogante presencia, empezó á seguir los pasos á Mad. Lorimond: él la seguia á los paseos, á los teatros, á todas las concurrencias, y desplegó para con ella todo lo que el arte de la seduccion tiene de mas hábil y de mas ingenioso. Yo me dirigí otra vez á los aseguradores, y les advertí suspirando que el peligro se complicaba con un nuevo adorador.

"El italiano es el que os ha de salvar, me contestaron: ese hombre es nuestro, es un galanteador de quien estamos muy seguros que se retirará honestamente tan luego como haya suplantado á su rival."

"Mas aunque el italiano era muy superior á Sir Arturo, sus gracias, su espíritu y su talento fracasaron para con Mad. Lorimond, cuyo corazon estaba ya prendado.

"Entonces la sociedad hizo avanzar otra del tablero. Y una noche, en Drury-Lane, Sir Arturo tuvo una disputa y recibió un bofeton. Al dia siguiente se batió y mató á su adversario, y eso que el espadachin con quien se las habia era un hombre temible que la compañía habia empleado muchas veces con el mejor éxito.

"Tres dias despues del desafio Sir Arturo desapareció con Madame Lorimond. Despues supe que se habian embarcado para América"....

"No quiero saber más, hermano Fr. Gerundio, me interrumpió aquí D. Torcuato: si tales resul-

tados dá la compañía de seguros matrimoniales, no la quiero.

—Tenga V. la bondad de escuchar otro poco, le dije, que aun no ha acabado Mr. Lorimond."

"La compañía (prosigue) tomó por punto de honra probarme que nada habia omitido en mi interes y en el suyo. Por lo demas, me ha reintegrado las cuatro mil libras esterlinas sin la menor dificultad, lo que no hacen ciertamente todas las compañías de seguros."

"Despues de mi desgracia no quise permanecer más en Inglaterra; mis negocios abandonados desde mi matrimonio, iban tomando muy mal giro; habia tenido ya perdidas bastantes fuertes, y me apresuré á realizar el resto de mi fortuna, sobre 500.000 mil francos, que estoy dispuesto á emplear en una empresa de seguros igual á la que acabo de describir. Pero este capital no basta, y me es necesaria la cooperacion de un hombre hábil; hé aquí por qué me he dirigido á vos (le dice al que cuenta su historia). Os he citado mi ejemplo, que no es ciertamente para animar; pero aquella ha sido una escepcion, y sobre 300 asegurados que habrá, no llegan á cuatro los que han ocasionado pérdidas á la compañía. Nosotros tuvimos la desgracia de tropezar con una de aquellas pasiones á las cuales nada se resiste. ¿Encontrariais muchos enamorados que fuesen inaccesibles á las mas brillantes seducciones y al atractivo

de un rico matrimonio? ¿que despues de salir de una prision por deudas, reducidos á la miseria, rehusaran un empleo lucrativo? ¿que por último, para coronar la obra, tendieran en el suelo al mas formidable campeon? En las condiciones ordinarias es fácil deshacerse de un obsequiante. Por ejemplo, si es militar se le hace mudar de guarnicion: si es empleado, se le proporciona mejor destino en otro punto. La compañía dispone necesariamente de un gran crédito: cuenta entre sus accionistas personas muy influyentes, y con todo el poder que ejerce acaba casi siempre por hacer imposible la caida á las virtudes vacilantes, y la victoria inaccesible á los mas hábiles seductores."

VOLVIENDO A DON TORCUATO.

Volviendo á mi amigo D. Torcuato, luego que concluí la historia de Mr. Lorimond, le dije: "ya ve V., hermano, como yo no le engañaba cuando le decia que para todo habia remedio; que V. no conocia lo bastante los progresos del siglo; que el establecimiento de seguros matrimoniales era ya una idea realizada, y que V. deberia deponer todo cuidado y recelo de una mala pasada conyugal, y animarse por lo tanto á salir cuanto antes del estado del celibatismo en que V. se halla. Ahora

falta solamente que V. se decida á crear aquí una sociedad á semejanza de la de Lóndres, que puede ser una especulacion tan ventajosa para los accionistas, como útil á la pública moralidad.

¿Y si despues de todo, hermano Fr. Gerundio, se me marchaba mi mujer á América con su querido, como la de Mr. Lorimond?

—Eso ya ha visto V. por confesion del mismo interesado que fué una escepcion de la regla. Y vea V. si á pesar de su percance estaba él convencido de las ventajas de la empresa, cuando al decir de Eugenio Guinot, de quien he tomado la historia, es probable que haya fundado una igual en Paris. Y habiéndolas ya en Paris y en Lóndres, es casi de indispensable necesidad que las tengamos en Madrid, donde nuestras costumbres acaso aseguren mayor número de abonados que en aquellas dos grandes ciudades."

D. Torcuato se quedó algunos momentos pensativo, al cabo de los cuales, "veremos, veremos, Fr. Gerundio (me dijo), lo meditaré mas despacio, consultaré con algunos otros capitalistas, y avisaré á V. de nuestra resolucion."

Hasta ahora no me ha avisado, pero en vista del furor que ha entrado por las compañías de seguros, no será estraño que cualquier dia nos proporcione el gusto de poder anunciar que se ha establecido en Madrid una *Sociedad de seguros matrimoniales.*

De todos modos se desprenden de la precedente historia varias curiosas observaciones: la primera, los adelantos prodigiosos del siglo en materias de especulacion; la segunda, el estado lisonjero de la moral conyugal, que inspira el pensamiento de tan moralizadoras empresas; y la tercera, que el espíritu socialista del siglo ha llegado ya á un punto, que no encontrando los hombres cosa nueva para que asociarse, dan por las paredes y discurren é inventan las mayores estravagancias y ridiculeces, con todo lo demas que podrá deducir el curioso observador.

FRAY GERUNDIO Y SU LEGO

EN UNA CASA DE LOCOS.[1]

Departamento de las mujeres.

Habiéndonos detenido unos dias mas en el pueblo, Tirabeque me manifestó la curiosidad y antojo que tenia por visitar el departamento de

1 La primera parte de este drama está en el tom. I, pág. 60.

las mujeres en el hospicio de locos; lo cual, decia, no se habia atrevido á proponer en nuestra primera visita, ya por su natural cortedad de genio, ya por temor de molestar á su amo.

—¿Pero es posible, Pelegrin, le dije que tengas gusto en ver aquel cuadro de miserias, que mas propio es para partir el corazon de lástima que para dar entretenimiento y placer al espíritu?

—Así es la verdad, mi amo, me respondió; pero al modo que los médicos van á los hospitales, y cogiendo los cadáveres de los difuntos, en ellos trinchan, y rajan, y cortan, y hacen mil diabluras, no por gusto y placer que en ello tengan sino por conocer y examinar las enfermedades que padecieron cuando vivos, y esto les sirve de mas estudio que los mismos libros de medicina, así de esta misma manera debemos nosotros estudiar en los locos y locas las causas que hacen á los hombres y á las mujeres perder el juicio y la razon, lo cual tengo para mí que ha de enseñar mas moral que los libros que tratan de ella.

—Quiera Dios, Pelegrin, que eso y no una vana é impertinente curiosidad sea lo que mueve tu deseo. Y para que veas que tienes un amo mas complaciente de lo que acaso mereces tú, estoy pronto á darte gusto con tal que me prometas que guardarás toda la prudencia y circunspeccion que son necesarias para tratar con mujeres aunque sean locas.

—No tenga V. cuidado, mi amo, que yo hablaré poco, y lo poco que hable lo pensaré bien.

Con esto nos encaminamos otra vez al hospital de dementes, donde fuimos recibidos por nuestros dos anteriores conductores con muestras de contento y satisfaccion. Enterados del objeto de nuestra segunda visita, nos acompañó el director solo hasta la entrada al departamento de mujeres, donde fuimos recomendados á una señora mayor, que era la guardiana de aquella comunidad de miserables desjuiciadas. Preguntéle primeramente si habia muchas locas en el establecimiento, á que me respondió que habria una mitad ó poco mas que de hombres.

En los hospitales de dementes de Francia que nosotros habiamos visitado, por regla general habia mas mujeres que hombres. En España sucede al reves; y especialmente en estos últimos tiempos ha escedido en mucho el número de los hombres que se han vuelto locos al de las mujeres que han perdido el juicio, lo cual suele ir en la calidad de los tiempos; porque ¿qué español de esta época, cual mas, cual menos, puede decir que no ha delirado ó enloquecido?

Dimos principio á nuestra visita, y desde luego empezó Tirabeque á tener que hacer uso del consejo que yo le habia dado, pues dos dementes á un mismo tiempo comenzaron á chichearle y hacerle señas desde las rejillas, llamándole en se-

guida en alta voz con los epítetos de hermoso, buen mozo, resalado y otros semejantes, que dichos á un hombre de su estructura eran apodos.

—No haga V. caso de estas, le dijo la guardiana, porque no le llamarán para nada bueno.

—Pierda V. cuidado, señora, le contestó Pelegrin, que á estas tales ya las conozco yo de allá afuera....

—¡Cómo es eso, Tirabeque! le dije yo: ¿conocias ya tú á estas mujeres?

—Quiero decir, mi amo, que ya desde allá afuera sé yo lo que se puede esperar de estas prójimas que llaman por la rejilla, y lo que estraño es que anden libremente por el mundo y no traigan aquí las muchas que tienen estas buenas mañas, que si no son locas no debe faltarles dos dedos para serlo, y de todos modos tengo para mí que menos daño harian aquí encerradas que en otra parte sueltas.

—¡Librárame Dios! dijo la guardiana riéndose; bastante y aun sobrado tengo con las que hay, y ya me dan mas trabajo que lo que muchas veces puedo soportar. Aquí tienen VV., añadió dando algunos pasos, á mi señora la condesa de las Maravillas.

—Y duquesa de la Mejorana, dijo ella con gran aire de satisfaccion. Lo que necesito es que me pongan inmediatamente el coche, porque tengo que visitar hoy precisamente á mi prima la mar-

quesa de Jardin-bello, y á la S. Cristóbal, y á la Montes-Claros, y á la baronesa de Viento-fresco, y á mi tio Palacios-mil. Ya se lo he dicho á V. muchas veces, Dª Gertrudis (dirigiéndose á la guardiana): sino que en esta casa á quien menos se obedece es á la señora, y ya por eso mismo perdí de ir al baile de la Pozos-hondos. A bien que ahora ya están aquí los cocheros, gracias á Dios. Chicos, el coche volando.

—Señora, V. perdone, dijo Tirabeque, pero V....

—Tengo escelencia, cochero estúpido; ¿ignoras que soy la condesa de las Maravillas, duquesa de la Mejorana, prima del marques de Surco-derecho, sobrina de Palacios-mil, y parienta propincua y presunta heredera del vizconde de la Cruz-verde, señor de las cuatro villas?

—¿Quién es esta señora condesa, le pregunté yo Fr. Gerundio á la guardiana, que tan de grande y tan en grande la echa?

—Esta era una señora, me respondió, de muy buena cuna y bastante bien acomodada. Le dió por figurar y por dar brillantes soirées, conciertos y sociedades, preciándose de reunir en su casa lo mas distinguido de la corte. Gastó un bonito capital: se le acabó el dinero, y desde que se vió pobre se encontró de tal manera sola y abandonada, que unido el desaire á la pobreza vino á perder el juicio: aquí ha tomado todos esos títulos que VV. la han oido; de suerte que todo lo

perdió menos los humos, como VV. habrán observado.

—Eso, dijo Tirabeque, siempre va en aumento con la locura. Pero tengo para mí que esta señora ha debido estar retocada mucho tiempo hace, pues en el hecho de hacer lo que hacia y no conocer en lo que aquello habria de venir á parar, deduzco yo que no debia tener la cabeza muy sana.

—¡Hola! esclamó en seguida Tirabeque, ¿tambien hay hombres por aquí?

Pero Tirabeque se habia equivocado. Era una mujer á quien habian tenido que vestir de hombre, porque en su desórden cerebral se empeñaba en que era hombre y no mujer. Las demas dementes la llamaban entre sí *Cecilia la loca*, pero cuando hablaban con ella la nombraban *D. Cecilio*, porque si no se resentia é irritaba. Acercándonos á ella le preguntamos: ¿qué nos dice de bueno D. Cecilio?

—Nada, señores, nos respondió: que se empeñan en tenerme aquí entre mujeres; por lo mismo que aborrezco su trato: bien que yo vivo aislada, porque todas ellas son frívolas ó locas.

—¿Y V. ha sido siempre hombre? le pregunté yo.

—No señor, me respondió: yo nací mujer, y lo fuí bastante tiempo: hasta que conocí que se habia equivocado la naturaleza. Y lo conocí, porque

empezaron á disgustarme todas esas frivolidades que se enseñan á las mujeres, como coser, bordar, planchar, arreglar el menaje de una casa, las obligaciones de una madre de familias, los deberes de esposa y otras insignificantes nimiedades, mientras encontraba un gusto y placer singular en todas las ocupaciones y ejercicios propios de los hombres; yo iba sola á los cafés y á los teatros; jugaba al florete; tiraba al blanco; asistia al picadero; escribia en los periódicos; tenia en mi casa reuniones políticas; y al paso que esto hacia, iba esperimentando que me convertia en hombre, hasta que poco á poco logré cambiar enteramente de sexo.

—Y aun de seso hubiera sido muy conveniente que cambiara V., dijo Tirabeque por lo bajo, que cuando Dios crió á la mujer tengo para mí que la hizo mujer y no hombre.

—Pues mira, Pelegrin, se conoce que esta señora tenia un talento privilegiado, sino que todas las cosas llevadas al estremo....

—Pues para eso debe servir el talento, señor mi amo, para no llevar al estremo las cosas.

—Tambien eso es verdad, Pelegrin.

—Ahora van VV. á ver, nos dijo la guardiana, una pobre señora á quien trastornó el juicio la manía de las modas.

—¿Y no hay mas que una de este género? preguntó Tirabeque.

—Hay varias, respondió la hermana Gertrudis; pero ésta es la que se halla en el aposento mas inmediato, y es tambien una de las mas estravagantes. Probablemente la encontraremos mirándose al espejo, porque casi todo el dia pasa haciéndose la *toilette* [1]. No sé qué peinado se habrá puesto hoy. Por de contado andaria desnuda, aun en el rigor del invierno, si no la persuadiera que cuantos trapillos le doy para vestirse los acabo de recibir de Paris. Y para esto necesito no poca elocuencia, porque como se le antoje que son telas españolas, aunque sean nuevas y mejores, las rompe y hace trizas.

—Si la locura, dijo Tirabeque, no pasara de ahí, nada veria que me admirara, puesto que tales caprichos son ya en el mundo cosa ordinaria y comun, y tiénenlos muchas que pasan por señoras muy cabales."

En esto llegamos donde estaba la pobre desjuiciada. Hallábase en efecto haciéndose su *toilette* al frente de un espejo roto, del cual se servia con mucho entusiasmo, porque le habia persuadido la directora que los mejores espejos de Paris llegaban ahora rotos, y de consiguiente le preferia á los enteros y sanos de España. Sobre su mesita de tocador, que era de pino, y á ella se le antoja-

1 La hermana Gertrudis tambien parece que estaba al corriente de la nueva terminología franco-hispana.

ba de madera de la India, sacada del *Bazar Montmartre* de Paris, tenia una porcion de cacharritos de barro, que ella tomaba por elegantes frascos y botes de pomadas y de *cold-cream* traidos para ella de la *rue Feydeau*, y de agua de colonia encargada á la misma fábrica de Juan María Farinas y de su propio almacen de las orillas del Rhin.

Trabajo nos costó no reirnos de la forma y hechura del traje que tenia puesto, y que yo no podria fácilmente describir. Llamábalo ella á la Polka. Pero lo que nos hizo mas gracia fué el peinado, que consistia en una especie de buque de vapor construido con las trenzas de su pelo, con papeles que servian de velas, y con no sé qué otros enredijos que contribuian á darle aquella forma.

Celebramos mucho su buen gusto, y principalmente el del peinado. Tirabeque le preguntó, cómo se llamaba aquello, á lo que respondió muy séria que se llamaba *toilette á la vapor*.

—"Es lo más distinguido, añadió muy satisfecha. Tengo el gusto de ser la única en España peinada *á la vapor*. Verdad es que me ha costado enviar la cabeza á Paris, y acabo de recibirla peinada como VV. ven; aquí no hay quien peine así."

—Pues no le faltarán á V. pronto imitadoras, le dijo Tirabeque, no digo acabando de llegar la cabeza de Paris, sino aunque la tuviera V. en una casa de locos."

Yo temiendo que á Tirabeque se le fuera la lengua y á mí la risa, me apresuré á dejar aquella pobre estravagante, y pasamos á otra jaula; ó por mejor decir, hubiéramos pasado si nos lo hubiese permitido una seccion de las que sueltas por un empedrado patio andaban. Era la seccion de las locas por amor.

—Muchas tiene V. de éstas, hermana Gertrudis, á lo que parece.

—Ah, no señor, al contrario; cada dia entran menos. Antes eran muchas las que enloquecian de amor. Cualquier contrariedad les hacia perder el juicio. Para enloquecer una jóven no era menester que la abandonara su amante, bastaba que una sola accion le abriera entrada á la sospecha y á los celos. He tenido varias jóvenes en el último estado de demencia por haberse opuesto sus padres á que se casaran con el que ellas habian hecho objeto de sus amores. He tenido esposas en el mas lamentable estado de desesperacion por meras y aun remotas sospechas de una sola infidelidad de su marido. Y muchas, muchísimas á quienes la muerte de su amante habia turbado la razon en términos de no pensar en otra cosa que en acompañarle en la tumba, atentando continuamente á su vida y discurriendo mil medios de suicidarse. ¡Oh! éstas me han dado mucho trabajo! Ahora, gracias á Dios, tengo muy pocas de éstas.

—Eso debe consistir, dijo Tirabeque, en los adelantos de la civilizacion; puesto que ahora cuando á una jóven se le muere su amante, en tal de volverse loca y matarse, toma otro con mucho juicio, si es que no le tenia ya de reserva por si hubiese peligro de muerte. Y en cuanto á las señoras esposas, tampoco se desesperan ahora tan fácilmente por una sospechilla cualquiera, pues la moderna civilizacion les proporciona otros medios de consolarse, lo cual antiguamente tengo entendido que llamaban tambien locura, pero ahora no se considera como tal."

Al decir esto, una de las desjuiciadas, la mas amojamada y vetusta de entre ellas, se dirigió á Tirabeque con los brazos alzados, y encandilándole los ojos le apostrofó diciendo: "¡ingrato! ¡fementido! ¡traidor! ¿vives todavía? ¿y aun te atreves á presentarte en mi casa despues de haberme engañado tan torpemente, y de haber abusado de mi inocencia? He dicho mal de mi inocencia; de una pasion tan ciega como criminal? ¿Así se pagan, traidor, veinte años de flaquezas y de sacrificios? Dejármele, que quiero ahogarle entre mis brazos, ó dénme una espada ó un cuchillo....

—¿Qué significa esto, Pelegrin? le dije yo: ¿esas teniamos?

—Señor, me respondió afligido: permita Dios que en este mismo instante se hunda la tierra que estoy pisando y me trague en cuerpo y alma, si

yo he tenido nunca que ver con esta fantasma, que por mi ánima si no es la loca mas rematada de todas! Señor, cojo soy, y confieso que mi estampa no es para seducir ninguna beldad; ¿pero le parece á V. que tan dejado habia de estar de la mano de Dios que ya que el diablo me tentara habia de ir á pecar con una efigie de esta notomía? ¿Y V. no decia (volviéndose á la directora) que eran pocas las locas de amor que tenia en la casa? Pues voto á mi padre S. Francisco que con pocas de estas que tenga V!....

—Ya dije á VV. que habia algunas; y crean VV. que las peores son las viejas. Y en cuanto á esta desgraciada, no estrañen VV. lo que acaba de hacer, porque otro tanto hace poco mas ó menos con todos los que aquí entran; y es que sin duda en cada uno de ellos cree ver al que de tal manera con ella se ha conducido.

—Pues si V. nos lo hubiera advertido, señora, me hubiera yo escusado este susto. Y haga V. el favor de enseñarnos otras locas menos desesperadas y mas alegres.

—Así lo haré, dijo la guardiana.

Y nos condujo donde habia una jóven cantando desaforadamente. Todas las horas del dia pasaba en el mismo ejercicio, dando tan desentonados gritos y voces que habia sido menester encerrarla en un departamento muy distante de todos los otros, siendo de admirar al mismo tiempo

la resistencia y solidez de su pulmon. Por supuesto que no daba nota con concierto; ella, sin embargo, bautizaba sus cantos con los nombres de arias, ya de la Straniera, ya de Lucía ó de otras cualesquiera óperas. Nosotros la aplaudimos, como es de ordenanza en sociedad, aunque sea de locos, y con eso ella se entusiasmaba en términos de no darse descanso ni respiro.

—Si esta jóven, dijo Tirabeque, no tiene mas locura que cantar mucho y mal, no veo una razon para tenerla encerrada en este sitio.

—Tiene varias manías, dijo la guardiana, pero una de ellas es que para ser mujer de su casa es indispensable ante todo ser muy filarmónica; y aunque la naturaleza no la ha dotado de esa gracia, á ella se le ha antojado que no solo posee unas facultades muy superiores sino que con el ejercicio llegará á oscurecer la fama de la misma Malibran.

—Eso ya muda de especie, dijo Pelegrin; pero en cuanto á no poder ser mujer de su casa una jóven sin ser muy filarmónica, esa no es manía que merezca encierro, á no tener que encerrarlas á centenares y aun á miles.

Hallamos en seguida una señora mayor muy llena de cintas y de lazos, y ejecutando ella sola figuras y evoluciones como si fuesen de baile.

—Alegre y contenta parece que está esta hermana, dije yo á la madre Gertrudis.

—Siempre está lo mismo, me respondió; el baile es su capricho, y ahora le ha entrado el furor por bailar la polka.

—Pues ya me parece que debe haberle pasado hace bastantes años la edad del baile y del movimiento.

—Las locas siempre son jóvenes, replicó Dª Gertrudis.

Volvimos á atravesar el patio, y como encontráramos de frente dos desjuiciadas de mediana edad, una de ellas tan desfavorecida por la naturaleza en su físico como en su entendimiento, tuvo Tirabeque la debilidad de decir: ¡válgame Dios y qué fea es esta pobrecita loca!

—Ni fea ni loca, impostor deslenguado. Y no sé cuál fué mas pronto, si decirle esto ó arrimarle un fuerte bofeton, que si le hubiera alcanzado entero, de seguro le hubiera bañado los dientes en sangre, porque es terrible un golpe de mano loca.

No pudimos menos de reirnos del percance; y díjole la guardiana: precisamente ha pronunciado V. las dos palabras que mas ofenden á las mujeres privadas de razon.

—V. la tiene muy grande, señora, repuso Tirabeque: y aun yo debí hacerme cargo que ni aquí ni fuera de aquí sufre en paciencia ninguna mujer, aunque tenga todos sus sentidos cabales, que le digan esas cosas, y yo he sido un majade-

ro; pero no se me olvidará la leccion, así para esta casa como para otras de fuera.

En seguida nos enseñó la guardiana otras varias locas de muy distinto género. Tal habia que se figuraba que á todas partes la seguia su marido con intento de asesinarla. Tal que la perseguian los tribunales por delito de infanticidio. Tal que en cada mujer veia una rival armada de puñal ó provista de yeneno para atentar á su vida. Tal que se creia la luna, y no queria salir al patio sino de noche. Tal que se suponia reina, y llamaba á todas las demas locas sus damas de honor. Tal que decia haber hecho confesion general con el Santo Padre, y que no se podia salvar mientras todos no hicieran penitencia con ella en descuento de sus culpas y pecados, y queria obligar á cuantos allí entraban á darse fuertes golpes de pecho y á rezar el rosario de la buena muerte.

Una de ellas nos movió mucho á compasion, pues segun nos informó la guardiana, era una señora apreciabilísima y de un talento distinguido, pero habíase poseido de la manía de que las personas de su familia, precisamente su hija, su padre y su hermano, eran las que habian formado un complot y conjurádose para perderla y martirizarla, no pudiendo sufrir la presencia de ninguno de ellos. La familia que la amaba entrañablemente iba todos los dias á visitarla con la esperanza de hallar algun alivio, pero de tal modo se

exaltaba y enfurecia al verlos, que todos ellos estaban á punto de enloquecer de dolor, y eran ya verdaderas víctimas del mas infundado y lamentable capricho.

No es fácil acordarse en detal de todas las especies y ramos de locura que forma el conjunto de una reunion de dementes como aquella. Haré, sin embargo, mencion de la que en seguida vimos, y á quien la guardiana decia que no entendia.

Era esta tal de una talla mas que regular en su sexo, aunque de cuerpo estremadamente delgado. En su fisonomía, aunque pálida y desencajada por los padecimientos de la imaginacion, se notaba cierta nobleza y aun elevacion de espíritu, y sus facciones, si bien un tanto desfiguradas y marchitas, revelaban no obstante que no habian carecido de belleza. Representaba tener unos 23 á 25 años. Tan luego como nos acercamos á ella, me alegro, esclamó, que vengan VV., porque tengo la desgracia de vivir entre gentes que no me comprenden, inclusa esta señora, que, no será culpa suya, pero se conoce que ha leido muy poco.

—Señor, literata tenemos, me dijo Tirabeque al oido.

Aquí, prosiguió ella, es escusado hablar de la *Margarita* de Federico Soulié, ni de su *Confesion general*, ni del *Castillo de los Pirineos*, ni del *Conde de Foix*, ni de *Los amantes de Murcia*, ni de *Las dos reinas*, ni de sus *Cuatro hermanas;* por-

que lo mismo conocen aquí *Las cuatro hermanas* de Federico Soulié, que las *Dos hermanas* de la duquesa de Abrantes, que los *Dos hermanos* de Balzac. Aquí no hay quien le dé á V. razon del *coronel Surville* de Eugenio Süe, ni de su *Comendador de Malta*, ni de su *Hotel Lambert*, ni de su *Matilde*, ni aun siquiera de los *Misterios de Paris* y del *Judío Errante*. Hábleles V. de los *Cuatro talismanes* de Cárlos Nodier, y se quedan tan en ayunas como de su *Inés de las Sierras*, y de su *Juan Ibogar*. Pregúnteles V. por la *Casa Blanca* de Paul de Kock, y así le habrán leido como su *Gustavo*, ó como su *Lechera de Montfermeil*. Les cita V. el *Amaury* de Alejandro Dumas, y es para ellas tan desconocido como su *Caballero d'Harmental*, y su *condesa de Salisbury*. Éntreles V. con el *Rob-Roy* de Walter Scott, y con su *Waverley*, y son para ellas tan nuevos como el *Guy Mannering*, y el *The hart of Mid Lothian*.

¿Pero qué mas? son mujeres, y ni siquiera dan razon de las producciones de las mujeres célebres. Aquí son desconocidos los *Diez años de destierro* de madama Staël; aquí no han oido hablar de la *Mujer mas feliz del mundo* de Carlota de Sor; aquí no hay quien conozca la *Elisaheth* de madame Cottin, y lo que es mas, ni su *Malvina;* y para colmo de desgracia y de desesperacion, ¡oh amigos mios! estoy segura que se compadecerán VV. de mi suerte! para colmo de mi infortunio, ni si-

quiera hay quien haya leido la *Indiana* de Jorge Sand, ni su *Consuelo*, ni su *Condesa de Rudolstadt*, ni su *Lélia*, ni su *Mauprat*, ni nada de esta célebre escritora, la mejor novelista del siglo. ¿No soy yo bien desventurada, señores?

—Ciertamente, señora, le respondí yo Fr. Gerundio, que es una gran desgracia para una jóven tan aprovechada en la lectura como V. el tener que vivir entre gentes que no la comprendan.

—Señor, me decia Tirabeque, por mi ánima si esta doncella no tiene mas de sábia que de loca, y ésta ha debido ser traida aquí por gente ignorante y plebeya que ha traducido la sabiduría por locura.

—Pero una vez, continuó ella, que debo á la casualidad, ó á la Providencia, no sé á quien, el poder razonar con personas que me comprendan, desearia saber cómo piensan VV. de la *Indiana* de Jorge Sand, y su juicio comparativo entre ésta y su *Lélia*, y entre las dos y su *Valentina*.

—Señora, le dije yo, dificil es un juicio crítico comparativo entre las tres producciones de la distinguida escritora, y más para quien no se cree con la instruccion ni con el criterio suficientes para ser juez en cuestion tan delicada. Diré, sin embargo, que en *Valentina* encuentro bastante moralidad, pues veo los inconvenientes de salir de su posicion social sin cambiar de hábitos, y los de mudar de fortuna sin cambiar de educacion: al

propio tiempo que veo en *Benedicto* un ingrato hácia sus bienhechores, por ser *demasiadamente civilizado*, lo cual está de acuerdo con lo que yo opino acerca de la refinada civilizacion. Mientras en *Lélia* no hallo sino una fábula sublime, pero enojosa y cansada: y en la *Indiana* una historia punzante de una mujer mal casada, que despues de haber sido víctima de las brutalidades de su marido, viene á serlo tambien de la perfidia de su amante: *Raimundo de Ramiére* no es mas que una copia pálida de *Lovelace* tan imitado: veo ademas en *Indiana* caracteres inverosímiles....

—¡Huid, esclamó, de mi presencia, censores parciales! ¡Cómo que *Valentina* mejor que *Indiana*, y aun que *Lélia!* Y esto no lo digo precisamente porque sea yo esa *Indiana* tan malamente tratada por su marido, y tan pérfidamente burlada por su amante....

—Segun eso, V. es la misma heroina....

—Sí, yo soy esa desgraciada. Antes fuí *Lélia*, la incrédula que se paseaba por los mármoles de los templos cristianos, la que con una mirada desdeñosa hacia sacrílegos á los sacerdotes. Pero despues me casé con un marido brutal, que porque me apasioné de Raimundo me metió unos carbones encendidos en la cabeza, que me están quemando el cerebro, y Raimundo, el pérfido Raimundo, en vez de apagarlos, ha añadido nuevo fuego vertiendo una copa de alquitran sobre mi

corazon: ¡y aun le amo! ¡le amo, y él me castiga y me abandona! ¡Ah! yo mereceria un Malek-Adel, ó un Ricardo Corazon de Leon. ¿Acaso Matilde amaba mas apasionadamente que yo? Escuchad cómo hierve mi cerebro..... Tenedme, que me voy á desmayar....

—Señor, decia Tirabeque, yo creia que no estaba loca, pero la infeliz lo está de remate.

—Esta pobre jóven, le dije, se conoce que se dió con esceso á la lectura de las novelas, y si su imaginacion era ya algo exaltada, no seria estraño que hubieran concluido por estraviarle la razon.

Ella ha dicho bien, repuso la guardiana, en decir que yo no la comprendo, porque unas veces me llama Malvina, otras me nombra Madama de la Sabliére, otras marquesa de Chatillard, y como yo no la entiendo se enfada conmigo.

—Lo creo, hermana Gertrudis, le dije yo. Y por ahora atendamos á volverla de su desmayo.

Así lo hicimos; y tan luego como volvió en sí, le dí palabra de que la habiamos de enviar á la misma Jorge Sand en persona, para que hablara con ella á su sabor, con lo cual quedó muy satisfecha y tranquila.

Tirabeque no quiso ver ya mas locas, y con esto nos despedimos de la hermana Gertrudis, dándole gracias por su condescendencia y amabilidad, y llevando con nosotros el desconsuelo, no solo del

aflictivo espectáculo de las pobres dementes que acabábamos de ver, sino de las muchas causas que, para volver locas á las mujeres, hay en el *Teatro social del siglo.*

INDUSTRIA ESPAÑOLA.

Hasta ahora teniamos en España leyes francesas hechas por legisladores españoles, comedias francesas ejecutadas por cómicos españoles, modas francesas y modistas idem, pan español amasado por panaderos franceses, botas y sombreros franceses en piés y cabezas españolas, ropa usada en cuerpos españoles y refundida por ropavejeros franceses, yeguas y coches franceses conduciendo humanidades españolas, y hasta dientes y muelas españolas mondadas con palillos franceses.... y aquí ponga cada uno las *et céteras* que guste, que por muchas que ponga, esté seguro que no sobrarán; salvan siempre la independencia española, la misma sin duda que movió á la provincia mas española de España á nombrar un frances para di-

putado español, lo cual solo se esplica por la regla de los vice versas españoles, que son enteramente originales de España.

Porque mi paternidad hable así, no se crea que Fr. Gerundio es un intolerante esclusivista, que lleve el orgullo patrio hasta el punto de pretender que ni convenga ni necesitemos traer nada de fuera. Todo al contrario, estoy porque todo aquello que *haga falta*, y que nosotros no podamos hacer, así en materias literarias como en objetos industriales, lo importemos, no digo de Francia ó de Inglaterra, sino de Rusia ó de la Escandinavia, ó aunque sea de las Californias. Se entiende, con ciertas y precisas condiciones y requisitos, de que no dispenso, y que otro dia se podrán detallar.

Y en cuanto á objetos de industria, si los estranjeros nos lo dan mejor y mas barato, casi casi les está bien empleado y merecido á los industriales españoles el que lo tomemos, en pena y castigo de su indolencia y apatía.

Alegarán la falta de proteccion del gobierno. En cuanto á algunas cosas les sobra la razon y aun les rebosa desde las plantas de los piés hasta la copa del sombrero. Pero hay otras, que por mi Padre S. Francisco si necesitan para mí maldita de Dios la cosa de gobierno que las proteja, que no se requiere mas que quererlas para poderlas, y que se aprenden al primer viaje como el oficio

del aguador. Y sin embargo, es menester que venga un frances á España á establecerlas, porque de otro modo nos estaremos sin ellas por los siglos de los siglos, amén.

Ejemplo.—Todo estante ó habitante, vecino ó temporero, estranjero ó español, de cualquier sexo, edad y condicion que fuese, se quejaba y lamentaba con muchísima justicia y razon del mal arreglo y organizacion del servicio de carruajes públicos de Madrid, y principalmente de que no hubiese coches á la hora y á la carrera, y á determinados y módicos precios de tarifa, como los hay en cualquier otro mediano pueblo de Europa y del mundo, sino que el que necesitara un carruaje para hacer una sola visita, el enfermo que tuviera que trasladarse en coche de una casa á otra, hubiera de tener que tomarle lo menos por medio dia y á subidos precios, amén de la tradicional y no nada menguada propina.

Ahora bien: ¿qué necesitaba cualquier empresa española de carruajes para plantear ésta tan reclamada reforma? ¿necesitaba para esto de la proteccion del gobierno? ¿necesitaba mas que querer para poder? Pues no señor, no ha querido. ¿Y qué sucede? Lo que es natural que sucediera. Que viene un estranjero, y hace al ayuntamiento proposicion formal, pidiendo le permita establecer en algunas plazuelas cierto número de coches, por horas y viajes á estilo de lo que en otras partes

con ventaja no pequeña del público se usa. Y el ayuntamiento no deberá vacilar un punto en acceder á la solicitud del estranjero, y los estantes y habitantes de Madrid harán y haremos muy bien en aprovecharnos de las comodidades, ventajas y economías que nos proporcionará el estranjero, y á los industriales españoles les estará muy bien empleado el perder las utilidades que podrian obtener, y á la nacion española la estará muy mal el que se diga que hasta las reformas mas insignificantes y mas fáciles nos las tienen que hacer los estranjeros, pero no por eso dejará de ser una triste verdad, que permita Dios sirva para sacar de la indolencia y apatía á la industria española.

Recomiendo este artículo al *Instituto industrial español*, que acaba de formarse y anunciarse, para fomentar el desarrollo de la industria nacional. Laudable institucion, á la cual no ha de faltar de qué ocuparse, y que deberá principiar sus trabajos por hacer sacudir la desidia y pereza de los industriales españoles.

DOS FENOMENOS:

UNO DE REPULSION Y OTRO DE ATRACCION.

El primero está siendo objeto de curiosas investigaciones médicas en Francia: el segundo lo será hoy de observaciones gerundianas en España.

Constituye el primero una jóven *eléctrica* que acaba de ser llevada de Normandía á Paris, y presentada á la academia de ciencias por un médico, como objeto de los fenómenos mas estraordinarios de electricidad. Esta jóven hace sufrir un movimiento de *repulsion* á todos los cuerpos que se acercan á ella, ó con los que está en relacion por medio de un conductor cualquiera, ó con que toquen solo al estremo de sus vestidos, en términos de apartarlos de su sitio, y á veces hasta echarlos con violencia al suelo. Al mismo tiempo esperimenta una atraccion instantánea é irresistible hácia los objetos que huyen delante de ella. A juzgar por los vice versas que forman las propiedades fisicas de esta jóven, jurararia que era espa-

ñola, si no nos dijeran unánimemente que es normanda.

La primera vez que se notó esta virtud eléctrico-repulsiva se hallaba la jóven tejiendo guantes de seda, y al tocar con la mano izquierda una pieza del telar en que trabajaba, aquella pieza se vió arrojada al aire como por una fuerza oculta y misteriosa. Se levantó de la silla, y la silla fué rechazada lejos de ella. Cada vez que queria sentarse, huia la silla, reproduciéndose el mismo efecto de *repulsion*. Si tocaba un mueble, el mueble se volcaba. Algunos dias despues fué á coger un cesto de mimbres lleno de judías, y el cesto fué levantado con rapidez y las judías se diseminaron por toda la habitacion, al modo que los judíos se diseminaron por toda la tierra de resultas de la maldicion que les fué echada por aquella fechoría de marras.

Aun no pára aquí la virtud eléctrica de la jóven normanda. Despues de llevada á Paris se ha esperimentado delante de Mr. Arago y de otros ilustrados miembros de la academia, que no solo derriba y rechaza los muebles que toca, aunque no sea directamente sino por medio de un hilo que tenga en la mano; que no solo las plumas, el papel, y hasta el dinero que haya sobre una mesa huyen á la sola aproximacion de su mano y antes de llegarlos á tocar, como si los impeliera una fuerza estraña, sino que hasta la brújula cambia

y pierde su direccion con solo acercarse á ella. Cuyos estraordinarios efectos han movido á la academia á nombrar una comision de médicos y físicos, compuesta de los Sres. Arago, Becquerel, Bobinet, Rayer y Pariset, con el objeto de que observen y procuren conocer la causa de este singular fenómeno. Parece que la parte corpórea de la jóven que tiene dicha propiedad eléctrica es el costado izquierdo.

Mal están ciertamente los amantes de esta jóven, pues el atrevido que intente acercársele, se espone á que antes de tocarla le tumbe patas arriba (perdonada sea la espresion), como hace con *otros muebles.* Aunque por otra parte, si tiene como dicen la propiedad de sentirse irresistiblemente atraida hácia los objetos que huyen delante de ella, sus adoradores pueden estar seguros de atraerla hácia sí huyendo de la muchacha, que es un modo nuevo de enamorar que no pudo discurrir Ovidio con toda su instruccion en la materia. Pero por otro lado, ¿qué sirve que huyendo de ella la atraigan, si luego cuando estén cerca los vuelve á rechazar? Andarán en continuo ejercicio, "á que te cojo, y á que no me atrapas," sin tocarse nunca. Esta niña es una alhaja para su madre, pues le ahorra una infinidad de cuidados y le evita el empleo de la policía maternal, cuyo relevo no les pesaria á mas de cuatro madres de por acá.

Tiene contra sí esta jóven una desventaja muy grande, sumamente grande; y es, que si hasta al dinero se estiende su propiedad repulsiva, si este metal huye tambien de su contacto, y al quererlo tocar lo rechaza, nunca podrá ser rica, y lo que es peor, está condenada á ser siempre pobre; á no ser que se le pegue por el costado derecho, si es que el izquierdo solo es el repulsivo. De todos modos es una niña bien fenomenal.

Vamos ahora al fenómeno de España, tan contrario al de la jóven normanda que mas no puede ser. El de la jóven francesa consiste en una propiedad *repulsiva* ciertamente singular y rara. El de España es todo al reves: consiste en una fuerza estraordinaria de *atraccion;* tan estraordinaria, que estoy seguro que al mismo Newton le sorprenderia, y se habria de ver apurado para esplicarla. Por lo mismo se le voy á proponer á la academia de ciencias de Paris, ó bien á los cinco profesores médico-fisicos que componen la comision, á ver si al mismo tiempo que observan á la jóven eléctrica y averiguan la causa de su propiedad *repulsiva*, logran tambien conocer la causa de la virtud *atractiva* que tienen en España ciertos hombres, porque aquí son hombres, no son muchachas, los que tienen esta virtud: pues aunque hay tambien muchas jóvenes sumamente atractivas, es una atraccion de otro género.

Dicen que cada vez que la jóven francesa se va

á sentar en una silla, la silla huye, ó se vuelca y retira á su sola aproximacion. Pues bien, en España hay ciertas sillas dotadas de tal fuerza de atraccion, que el que una vez se sienta en ellas no acierta á levantarse: de tal manera se apegan los hombres á ellas ó ellas á los hombres (que yo no sé todavía en quién está la fuerza eléctrico-atractiva, aunque me inclino á creer que es una atraccion recíproca), que no hay fuerzas humanas que los despeguen; que es menester un impulso estraño muy poderoso para separarlos: que se necesita á veces una descomposicion, un trastorno, un cataclismo de todos los elementos para que sean cuerpos aparte la silla y el hombre. Y aun despues de separados, le queda al hombre una inclinacion tal hácia la silla, un apego, un cariño, una simpatía, una especie de fuerza centrípeta tan irresistible, que no descansa hasta volverla á ocupar; que no hay distancia, ni region, ni cuerpo intermedio que baste á cortar los efluvios magnético-atractivos que llevan y arrastran al uno hácia la otra. Y lo raro de este fenómeno es que las tales sillas dicen que están llenas de espinas: pero una de dos, ó son espinas que no punzan, ó son espinas que clavan, que unen, que identifican un cuerpo con otro. La *repulsion* de las sillas de la jóven normanda, y la *atraccion* de las sillas ministeriales españolas, son dos fenómenos eléctrico-magnéticos que debe estudiar juntos

la comision de la academia de ciencias fisicas de Paris.

Y no se piense que se limita á las sillas la fuerza atractiva de estos hombres: al contrario, se estiende á muy diferentes objetos y á muy largas distancias. Hombre hay que tiene tal atraccion para las embajadas, que la que llega á pegársele se hace una especie de ostra suya: con la particularidad, que no se le despega aun cuando esté dos ó tres años ausente de ella y á doscientas ó trescientas leguas de distancia. Es una fuerza de *atraccion* digna del exámen de una academia científica. Hay hombre cuya virtud atractiva se estiende mas allá de los mares, y hace venir á sí lo mejor y mas gordo de la Habana ó Filipinas; fenómeno que dudo se pueda esplicar por la fisica. Otros hay que al reves de la jóven normanda que con solo mirar á un cesto de judías las esparció y derramó por toda la pieza, tienen tal atraccion para los empleos y los honores, que todos los concentran y reunen en sí, y por desparramados que anden los hacen venir todos al cesto. Otros á semejanza del torpedo, de quien dicen los naturalistas que comunica su cualidad eléctrica á todo cuanto toca, ellos comunican su propiedad atractiva á cuantos están en contacto ó relacion con ellos, como hermanos, parientes, amigos, paisanos ó compilongos. Fuerza prodigiosa de atraccion, que merece estudiarse muy detenidamente.

Pero lo que forma verdadero contraste entre la *repulsion* de la jóven francesa y la *atraccion* de algunos hombres de España es lo relativo al dinero. Aquella infeliz muchacha *repele*, aleja, hace huir las piezas del precioso metal al ir á tocarlas: estos hombres las *atraen* con una facilidad portentosa. Donde quiera que hay dinero, allí alcanza su virtud magnética. Si no viene por el camino derecho, lo hacen venir por el camino torcido: es igual; el caso es hacerlo venir. Y esto lo logran con tal rapidez, que es menester confesarles una fuerza de *atraccion fulminante*. ¡Qué fenómenos tan raros ofrece la naturaleza!

La jóven normanda dicen que tiene la virtud magnética en el costado izquierdo: éstos la tienen en las manos. Cada dedo suyo es una pieza de iman; pero iman que no atrae hierro, ni paja como el azabache, sino oro puro. La naturaleza es muy fecunda en fenómenos.

Hay sin embargo entre la electricidad *repulsiva* de la jóven francesa y la electricidad *atractiva* de ciertos hombres de España algunas propiedades análogas y comunes. Aquella vuelca todo cuanto toca; éstos no ponen la mano en cosa que no vuelquen, trastornen y desordenen. Cómo de tan opuestas propiedades resulten efectos tan idénticos, esto es lo que no sé si podrán esplicar Mr. Arago y consocios.

En otra cosa se parecen todavía más la jóven

normanda y nuestros gobernantes, á saber, en desviar y hacer perder su direccion á *la brújula*. Yo no sabré esplicar este fenómeno; pero lo cierto es que apenas se sientan nuestros hombres en las sillas de la *atraccion*, cuando pierden la brújula en términos que la nave del Estado navega sin rumbo ni norte fijo, espuesta á cada paso á dar un vuelco algo mas grave y de mas hondas consecuencias que el de las mesas y muebles de la jóven de normandía.

Recomiendo, pues, á los Sres. Arago y demas que componen la comision de la academia de ciencias de Paris, que al mismo tiempo que examinen las causas de la propiedad *repulsiva* de la susodicha jóven, hagan por investigar las causas de la virtud *atractiva* de ciertos hombres de España, y se sirvan decirnos cómo se esplica y se compone que teniendo tanta fuerza de *atraccion* para las sillas, para los empleos, para las condecoraciones, y principalmente para el metálico y sus equivalencias, tienen al mismo tiempo una fuerza de *repulsion* para volcar y trastornar cuanto tocan, y sobre todo para desviar y hacer perder en direccion á la *brújula*. Fenómenos son todos estos que solo podrá esplicar una academia científica, y aun dudo que esta misma lo logre despues de mucho exámen y estudio.

CONTRIBUCIONES INDIRECTAS.

Caballero, la señora M.... noticiosa del buen gusto de V. y de su inclinacion á proteger las artes, le ha reservado estos dos billetes para el concierto de esta noche.

—Doy un millon de gracias á la señora M.... por su fino recuerdo, y se servirá V. espresarle todo el reconocimiento con que le quedo obligado. Asistiré con el mayor placer. ¿Y el precio de cada billete?

—Aquí lo dice: dos duros cada uno.

—(Aparte). Lleve el diablo tal tósigo de contribuciones indirectas. Dos onzas me han costado ya los tales conciertos en este invierno!

¡INVENCIONES DIABOLICAS!

El siglo marcha, el siglo progresa, el siglo premia á los hombres que inventan, y los hombres inventan diabluras por ser premiados.

Para asegurar y simplificar los hombres y los Estados sus negociaciones mercantiles, habian inventado los recibos, los pagarés, las letras de cambio, los billetes, los títulos, las láminas, los bonos, los talones, y otra porcion de documentos que, representando obligaciones y derechos, ó un valor equivalente al de la moneda metálica, tenia sobre ésta las ventajas que ofrece el papel para los cambios y trueques á largas distancias, para reducir grandes cantidades al menor peso y volúmen posibles, y para otros mil usos y menesteres de la vida comercial, que el papel facilita y simplifica en una escala inmensamente mayor que lo pudieran hacer los metales, por su naturaleza voluminosos y pesados.

Y para garantirse y ponerse á cubierto de la mala fe de los pícaros falsificadores, y para que no pudieran contrahacerse estos documentos, los hombres habian inventado asegurar su autenticidad con muchas firmas, ponerles muchos sellos, muchas y muy complicadas orlas y ringorrangos, al anverso y al reverso, con aquello de "*pena de muerte al falsificador*," que los tribunales llevaban á puro y debido efecto; con otras mil prevenciones y precauciones, que por muchas que fuesen, la esperiencia iba demostrando que ninguna estaba de mas, porque los hombres siempre están inventando diabluras, y las diabluras que pueden proporcionar mucho dinero con poco trabajo era

natural que ocuparan con preferencia las diabólicas imaginaciones de los endiablados mortales. Y así fué que, del mismo modo que se dedicaron algunos á fabricadores de moneda falsa, se dedicaron otros á falsificadores de papel moneda y de todo documento que moneda valiese ó moneda representara.

Esto no obstante, los falsificadores no eran muchos, porque las dificultades eran grandes, y solo aparecia alguno de tiempo en tiempo, que tarde ó temprano venia á caer en manos de la justicia, y pagaba su merecido: y todo el mal se reducia á renovar los documentos, ponerles nuevos sellos y nuevas orlas, y con esto el que poseia billetes del banco ó títulos al portador, estaba seguro de poser el capital ó cantidades metálicas correspondientes á lo que aquellos papeles representaran.

Pero el siglo marcha, el siglo progresa, y los hombres del siglo del progreso cada dia están inventando nuevas diabluras. Ételе, pues, que de buenas á primeras se descuelga un aleman diciendo: "en pocos minutos reproduzco yo la mas perfecta y acabada copia de cuantos documentos y escritos de todas clases me quieran VV. presentar, sean cartas, recibos, letras de cambio, libranzas, billetes de banco, bonos del tesoro, títulos del Estado, diplomas y cuantas especies de escritos y documentos existen, antiguos y modernos, de tal manera, que el ojo mas lince y esperimen-

tado no será capaz de distinguir las copias de los originales: y esto lo hago con tanta facilidad y tan brevemente, que sacaré tantas copias y ejemplares y en tan poco tiempo como necesitaria un impresor para poner en letras de molde estos mismos manuscritos."

Hácense pruebas, acuden testigos, dánse documentos al inventor, y el maldito aleman acredita con hechos la verdad de sus palabras. Escritos al parecer inimitables fueron contrahechos en pocos minutos con tal perfeccion, que nadie acertó á distinguir los verdaderos de los falsos, quedándose los probadores estupefactos y con tanta boca abierta.

¡Habráse visto diablura igual! El diablo me lleve á mí Fr. Gerundio con hábitos y todo, si al paso que marcha el siglo, no se inventa el dia menos pensado el modo de falsificar los hombres, y estoy viendo cuándo me encuentro con otro Fr. Gerundio, ó con una tirada de Fr. Gerundios de carne y hueso, y de mi misma estampa, forma y estructura, con tal perfeccion falsificados, que voy á dudar cuál de aquellos Fr. Gerundios soy yo, y si me descuido me voy á encontrar cambiado por otro, y voy á andar preguntando por mí y no me voy á encontrar. Y habrá marido que tropezará en la calle con una mujer cualquiera, y creyendo que es la suya la tomará muy serio y se la querrá llevar á casa, y ella se resistirá, y él se

admirará de ello, y es que se la han falsificado.

¿Dónde vamos, pues, á parar si la diabólica invencion del aleman se propaga? Que sí se propagará, porque en este siglo todo se propaga menos lo que mas falta hacia; y ya dicen que el gobierno frances anda en negociaciones con el inventor para comprarle el secreto. Y si se propaga, ¿quién puede estar seguro de que tiene lo que tiene, y que de lo que él cree que tiene solo no lo tienen mil? ¿Qué será de las relaciones sociales y mercantiles fundadas en documentos, y qué documentos inventarán los hombres que no falsifique otro diabólico inventor?

Una fortuna tenemos, que debe consolarnos y tranquilizarnos, y es, que aunque todos esos documentos se falsifiquen, nadie hará uso de los documentos falsos. Me fundo para esto en la *buena fe* y en la *escrupulosa conciencia* de los hombres del siglo.

Debe ademas servirnos de satisfaccion que el siglo progresa, que el siglo marcha, y que marcha por buen camino, aparte de algunas investigaciones diabólicas que no llevan malicia ni significan nada.

MORALIDAD PÚBLICA.

Orden del dia: robos y asesinatos.—*Crónica de la capital:* asesinatos y robos.—*Correspondencia de provincias:* robos y asesinatos.

Pero en cambio de esto tambien tenemos policía, tribunales, cárceles, presidios y ley de vagos. Cada cosa en su lugar.

Por Dios santo que esto ya pasa de raya. Y es la segunda monicion.

DESPREOCUPACION.

En el diario del viernes se anuncia entre las nodrizas una *jóven soltera, de* 21 *años, primeriza, con leche de un mes*, la cual solicita cria para casa de los padres. Un cirujano *despreocupado* garantiza la *buena conducta* de esta jóven *despreocupada, soltera y con leche de un mes.*

¡Oh siglo de la ilustracion y de las luces, y de la despreocupacion, y de la pública moralidad!

(Edicion de Madrid y provincias: en las que envío al estranjero suprimiré estas *escenas* por honor del pabellon.)

PROBLEMAS HISTÓRICOS.

Usábanse antes las charadas para amenizar las publicaciones periódico-literarias, y escitar la curiosidad y aguzar el ingenio de los lectores. Ahora en Fracia gozan de la mayor boga una especie de acertijos que llamaban *rebus*, y apenas habrá una publicacion periódica que no traiga en cada número su *rebus*, á cuya clase de enigmas se presta tanto el idioma frances como se niega el español. Mi paternidad va á adoptar otra forma de enigmas, en mi gerundiano entender mas instructivos, con que entretener por via de entreacto á los abonados al *Teatro Social*, los cuales llamaré *problemas históricos*, de que empezaré dando una muestra.

I.

Hubo un rey en España que se casó con una prima hermana en tercer grado. Fué escomulgado por el papa, puesto todo el reino en entredicho, y mandados cerrar los templos. El rey andaba buscando á los jueces y comisarios del papa para darles muerte. Este rey tuvo tres hijos, y su casamiento fué dispensado por el pontífice seis años despues de haber muerto el monarca.

¿Quién fué este rey?

II.

Un oficial sarraceno le dijo á un rey de Castilla: "vuestro bisabuelo me hizo salir de Sevilla; vuestro abuelo de Jerez; vuestro padre de Tarifa; vuestra alteza me hace salir de Gibraltar: voime, pues, al Africa á buscar para mi descanso un lugar retirado donde nadie inquiete mi sosiego."

¿Qué rey fué este?

III.

Cuenta la historia que en Córdoba se vieron en una ocasion tres soles á un tiempo.

¿Qué año sucedió esto, y cómo se esplica?

LA EMPLEATIVIDAD.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

ANALISIS DEL ACTO TERCERO.

D. JUAN CESANTE.

Imposible parece que de un acto á otro sean tan encontrados y opuestos los papeles de un mismo actor. Nada es mas cierto sin embargo. En el acto primero D. Juan era *Aspirante* y observaba cuidadosamente de qué lado soplaba el viento para marchar con él. En el acto segundo D. Juan era *Empleado* y no miraba mas que al norte del gobierno, y el soplo del norte era el céfiro blando que le refocilaba, y ningun otro mas que él convenia á su salud y conservacion. En el acto tercero D. Juan es *Cesante*, y no desea sino que se desencadenen vientos fuertes, de cualquier lado que soplen, aunque sean huracanes y torbelli-

nos, con tal que azoten con ímpetu, y derriben, si puede ser, el gobierno. Porque *D. Juan Cesante* empieza siempre su acto tercero por ser de opinion contraria á la del gobierno que rige, sea el que sea.

Y con razon, porque nunca ha habido mas desórden en el teatro social del Estado, nunca se han hecho tantas injusticias ni cometido tantas tropelías, como desde que D. Juan desempeña el papel de cesante, y la mayor de todas ha sido la suya. D. Juan Cesante es siempre una víctima sacrificada al espíritu de partido. D. Juan Cesante es siempre un patriota benemérito, como fué un empleado puro, desinteresado y celoso. Nunca la aduana dió tantos rendimientos como en el tiempo que la tuvo á su cargo: nunca los pueblos pagaron con mas espontaneidad y menos vejámen los impuestos que cuando él estuvo al frente de la provincia: nunca hubo mas paz ni se hicieron mas mejoras que en el tiempo que desempeñó el gobierno político.

Y en prueba de ello, dice D. Juan, pues que hablamos de mi pleito, aquí traigo los papeles. —Estado comparativo de los ingresos y productos de la aduana de.... en los ocho meses de la administracion de mi antecesor, y en los cinco que estuvo á mi cargo.

Año 1843.	Año 1844.
Ingresos.	Ingresos.
Dias.....	Dias.....
Semanas.....	Semanas.....
Meses.....	Meses.....
Resúmen.....	Total.....

Diferencia de aumento en favor de mi administracion.

En un mes.....
En los cinco meses.....

En el poco tiempo que desempeñé la intendencia hice subir la recaudacion un 35 p$\frac{0}{0}$. Aquí están los documentos desde el número 1 hasta el 98 inclusive, que tendré gusto en leer por su órden, y es como sigue:

Documento número 1.º.... (lee).

"En lo relativo al gobierno político, que tambien estuvo á mi cargo dos semanas cortas, mejoré el estado de los caminos, abrí dos carreteras, hice tres molinos de viento, y cuando recibí la órden de cesantía me estaba preparando á plantear diez y nueve proyectos de obras de utilidad pública. Aquí está toda mi correspondencia oficial con el gobierno, con los alcaldes, las circulares y proclamas, y los boletines oficiales, todo por el órden de fechas.

Primero..... Real órden que recibí en 12 de Mayo.... (las lee todas).

¡Desgraciado el que tenga que sostener un diálogo, ó escuchar un monólogo de D. Juan Cesante! Aquel dia ya hizo sus negocios. D. Juan Cesante nunca tiene prisa, y no hay medio de cortarle la relacion, porque es esencial á su papel recitarle entero, *velis nolis.*

D. Juan Cesante tiene un tacto particular para conocer las personas dotadas de buen corazon y de sentimientos filantrópicos. Es ademas hombre sumamente simpático. Cuando se dirige á recitar su papel á uno en particular, es porque ya sabe que aquel uno es hombre de buenos sentimientos, y que ademas simpatiza con él en ideas. Yo me he encontrado, sin saberlo, conque simpatizaba en opiniones con cesantes de todos los colores y partidos; lo cual seria una felicidad si no hubiera muchas veces que exhibir pruebas palpables y ostensibles de aquellas inesperadas simpatías. Lo peor es que estas visitas suelen envolver una de las muchas contribuciones indirectas que no constan en el sistema tributario.

Como todo D. Juan Empleado ha sido desinteresado y puro, todo D. Cesante ha quedado pobre. Esta es cualidad inherente y anexa al papel: si bien en unos tiene mas de positiva que de cómica, al propio tiempo que en otros tiene más de cómica que de positiva. De cualquier modo que

sea, es fórmula del papel protestar que si otra vez volviera á ser empleado, por mas que repugne á sus sentimientos de probidad, no habia de sacrificar sus propios intereses á los del Estado con el desprendimiento que antes lo hizo, porque en el Teatro de este pais el actor que con mas desinteres ejecuta su papel, es con quien mas ingrata se muestra la empresa, en lo cual no le falta razon: cuya protesta más se debe tomar en el sentido de un justo desahogo, que como hecha con intencion de cumplirla, lo cual está siempre lejos de su ánimo.

D. Juan Cesante pone el grito en todas partes, y principalmente en cuatro: en el cielo, en los periódicos, en los cafés y en la Puerta del Sol, de donde es visita diaria y casi permanente.

El tipo del cesante es esencialmente español; y en cuanto á su número, de tal manera crece y se multiplica, que no parece sino que en cada ministerio hay una imprenta estereotípica de imprimir cesantes, y que cada dia se hace una edicion de ellos, porque de otro modo no puede concebirse cómo circulen tantos ejemplares.

Todos los gobiernos adoptan y siguen para con D. Juan Cesante el sistema homeopático. Esta es una conquista con que no contaba el Dr. Hanneman. Su receta es la siguiente:

Tómese un grano del presupuesto general de ingresos, tritúrese y mézclese con 99 atenciones.

De esta mezcla tómese de nuevo otro grano, y disuélvase en 99 necesidades. De este líquido apártese una gota, la cual se mezclará por el mismo órden con otras 99 gotas de sustancia de paga. El resultado de estas preparaciones se dividirá en globulitos, los cuales se disolverán en 12 mensualidades, y despues de bien meneados y revueltos, cuando se crea que está bien hecha la disolucion, se dará una cucharadita de paga cada seis meses á D. Juan Cesante, recomendándole que de una cucharada á otra procure comer poco, ó guardar toda la dieta posible, á fin de no neutralizar los efectos de la medicina.

Alimentado D. Juan Cesante con estas dosis infinitesimales, está libre de plétoras y de apoplegías, lo cual siempre es una ventaja. D. Juan Cesante es uno de los que pelean al lado de la Cuaresma en su batalla contra el Domingo gordo, pugnando por conseguir el triunfo del ayuno sobre la gastronomía, y el del espíritu sobre la materia. Su cuerpo adquiere una especie de diafanidad no conocida de los fisicos antiguos. El mismo Newton hace consistir la diafanidad en que la suma de las moléculas de un cuerpo cualquiera ocupa un espacio mil veces mas pequeño que los poros que forman intervalos entre las partículas materiales, y atribuye esta propiedad á la homogeneidad ó á la combinacion perfecta de los cuerpos cuyas moléculas, teniendo poca fuerza restringente

por la identidad de su naturaleza, abren á los rayos luminosos un camino tanto mas rectilíneo, cuanto los intersticios que separan cada molécula de que están formados estos cuerpos, están llenos de un medio dotado de mas afinidad con las mismas moléculas. Si Newton hubiera vivido en España en el siglo XIX, se hubiera ahorrado de toda esa monserga para esplicar las causas de la diafanidad, y hubiera dicho simplemente: "la causa mas directa de la diafanidad de los cuerpos es la *cesantía*."

Lo único que pudiera impedir la diafanidad del cuerpo de D. Juan Cesante seria el vestido; pero como el vestido de D. Juan Cesante, no es como la túnica de Cristo, de la cual dice la tradicion que no se gastaba nunca, resulta que el vestido al cabo de algun tiempo se hace diáfano tambien, y abre igualmente un camino franco y desembarazado á los rayos luminosos. De manera, que D. Juan Cesante podrá estar muchas veces cerúleo y caliginoso, pero opaco nunca, porque le falta á su cuerpo la opacidad.

Como la masa suele estorbar al desarrollo de la parte intelectiva, el entendimiento de D. Juan Cesante está siempre listo y esperto, y *discurre que rabia*. Por lo tanto, aprende con suma facilidad cualquier papel en la comedia *El arte de conspirar;* y lo maravilloso es que haya tantos que no quieran ser actores en el drama de la época:

mucho más cuando todo D. Juan Cesante se cree con derecho á mejorar de papel tan pronto como se verifique un cambio de decoraciones en la escena.

A pesar de lo ingrato, patético y triste que es el papel que le toca desempeñar á D. Juan Cesante en el tercer acto del drama *La empleatividad*, y á pesar de que á los mas dignos y á los mas recomendables actores les suele estar reservado este papel enojoso, y de que muchas veces suelen hasta acabar trágicamente y ser verdaderas víctimas, á pesar de todo esto todavía en lugar de disminuir de volúmen el órgano de la *Empleatividad*, crece y se desarrolla cada dia, y el mismo D. Juan Cesante no descansa ni sosiega hasta verse otra vez D. Juan Empleado.

¡Oh hispani, hispani! ¡Quæ vos locura moderna incaprichavit.....?

¿Qué moderna locura, ¡oh españoles!
se ha apoderado del cerebro vuestro?

En cuanto á la fábrica de fundicion de cesantes é imprenta esteriotípica que va pasando como propiedad de unos gobiernos á otros, es otra clase de locura á la cual es escusado señalar remedio, porque para quien se niega á tomarlos, *la locura no tiene cura.*

UNA APUNTACION DE TIRABEQUE.

Señor, cuando tratamos de los papeles que yo podria hacer en el Teatro Social, el primero que V. me dió y el que dijo que mas me convenia fué el de apuntador.

—Así es la verdad, Pelegrin; y ciertamente que no le has ejercitado mucho, lo cual ya conocerás tú mismo que no te acredita de muy laborioso, no para mí precisamente, pues yo de sobra sé ya quién es Calleja, sino para el público, que acaso (y no te sirva esto de vanidad) desea mas muchas veces oir tu voz que la mia.

—Señor, como V. me encargó tanto que apuntara de modo que el público no me oyera..... Pero hoy vengo con ánimo de apuntarle á V. una materia, que tengo para mí que es de las mas propias para nuestro teatro, porque es una de las costumbres del siglo que á mi modo de ver dañan mas á la moral.

—Eso será bueno, Pelegrin, y apúntala cuanto antes, que si ella es digna de ser representada en este teatro, cuenta que lo será.

—Lo es tanto, mi amo Fr. Gerundio, que pa-

rece que la han hecho para él; y no dudo que V. me dará la razon. Hablo de los *desafios*, señor; de esas tragedias ó comedias modernas que tan en moda están en este siglo, y que si no me engaño son lo mas contrario á la ley y á la buena razon que se pueda dar.

—Pues en ambas cosas te equivocas, Pelegrin; porque ni los desafios son de este siglo, sino una costumbre consagrada por la antigüedad de los tiempos, ni son tampoco contra la ley y la buena moral, sino que por el contrario moralizan la sociedad y son el mejor testimonio de la verdadera civilizacion de un pueblo.

—Por el zapato de las cinco suelas, mi amo, que estoy asombrado de oir á V. esplicarse de esa manera acerca de los desafios; y estoy seguro que antes pensaba V. muy al reves.

—Ciertamente que sí; pero de varones prudentes es mudar de opinion, Pelegrin: y esto consiste en que cuanto mas se lee, cuanto mas se meditan y reflexionan las cosas, y cuanto mas se estudia el espíritu y fundamento de cada costumbre, mas se penetra su filosofia, y mas se va descubriendo la moral que encierra; por lo que no es estraño que tal drama de los que se representan en el teatro social del mundo parezca por algun tiempo estravagante ó ridículo, y despues de bien desentrañado y analizado, resulte encerrar un gran fondo de moral ó de filosofia; porque así su-

cede con las costumbres sociales lo que con el jugo de ciertas plantas, que para percibir su verdadero sabor es necesario masticarlas mucho.

—Señor, por mi parte tengo bien masticados los desafios, y le aseguro á V. que cuanto mas los mastico mas sabor les encuentro de atrocidad.

—De esa misma manera pensaba yo antes tambien. Mas ya que esta materia me has apuntado, voy á convencerte del error en que estás, que es el mismo en que yo antes estaba.

DESAFIOS.

CUADRO PRIMERO DEL DRAMA.

Su orígen, progresos y formas que fueron tomando.

Una de las circunstancias que abonan mas la bondad de una costumbre, es su antigüedad; bajo este principio voy á hacerte ver, Pelegrin, que los duelos ó desafios son mas antiguos de lo que tú crees.

—Señor, desde el principio niego el principio; porque si la antigüedad abonara la bondad de las cosas, tambien serian lícitas y buenas las muertes á mano airada ó sean asesinatos, que es una de las costumbres mas antiguas que se conocen, puesto que Cain mató á Abel con la quijada de un pollino, y por eso nadie dirá que el matar á un hombre con la quijada de un borrico, ó con otro instrumento mas noble, pues el arma entiendo yo que es lo de menos, nadie dirá, repito, que esto sea cosa lícita y honesta; y así ríase V. de las antigüedades.

—No hablo yo, Pelegrin, de las acciones que son esencialmente y por su naturaleza malas, que estas ya entiendo que no hay fecha ni antigüedad que las justifique, sino de las llamadas propiamente costumbres. Y vuelvo á mi propósito de probarte la antigüedad de los desafios.

Estos verdaderamente no lo son tanto como los homicidios, pero lo son bastante. Ya entre los romanos se conocian, aunque no se aceptaban. Plutarco refiere que Augusto nunca quiso aceptar el combate singular que Antonio le proponia, diciendo, "que habia otros modos de morir á mas de aquel." Teofrasto dice que dos capitanes ilustres, Escipion el Africano y Metelo, tampoco quisieron nunca batirse en duelo. Cuéntase igualmente que habiendo un guerrero teuton desafiado al general Mario, este respondió: "que si á aquel

valiente le corria prisa morir, podia ahorcarse cuando quisiera."

Esos son de los mios, señor, y paréceme que todos esos señores que V. ha citado deberian ser varones muy prudentes.

—Ya te he dicho yo mismo, que aunque los romanos conocian el duelo, no solian admitirle, y si alguna vez lo admitian era para hacer algun servicio á la patria, tal como el combate de los Horacios y los Curiacios; y como el de aquellos dos centuriones de que habla César en sus *Comentarios*, que celosos siempre uno de otro y siempre enemigos, remitieron la decision de su enemistad á un duelo; pero este desafio fué mostrando cuál de los dos haria mas proezas en una batalla: así fué que despues de haber hecho el uno un gran destrozo en los enemigos, fué herido y derribado en el ataque, y al momento su rival voló en su socorro. Tales eran los duelos de los romanos, esto es verdad.

Pero estos eran unos desafios sin gracia. Los verdaderos desafios los introdujeron los Escandinavos, cuando la irrupcion de los bárbaros del Norte, de donde pasaron á Alemania, y desde allí á los demas pueblos de Europa. Entonces, Pelegrin, entonces que la decision de todas las cuestiones y disputas se encomendaba á la punta de la espada, entonces fué cuando principiaron los desafios de mérito. Un mancebo queria casarse y

pretendia la novia: si el padre se la negaba, fuese justo ó injusto, no tenia mas remedio que batirse con el pretendiente. ¿Pues qué, así impunemente habia de dejarse dar calabazas un hombre que sabia pegar estocadas y sacudir mandobles? Así fué que un tal Albon, corsario de oficio, escribió una carta á Ungino, rey de los godos, pidiendo la mano de su hija, y por dote la mitad del reino. Y el rey no hubiera tenido mas remedio que, ó darle la hija ó batirse con él en singular combate, si no hubiera dado la casualidad que el tal Albon tuvo al mismo tiempo otro desafio con un particular, y murió en él, quedando el rey de esta manera relevado de aquel compromiso.

—Señor, no estrañe V. que ahora me confirme en que los desafios son una barbaridad, porque habiendo venido de los bárbaros, no pueden ser otra cosa ni merecer otro nombre.

—¡Qué poco sabes, Pelegrin! Verdad es que en su principio y orígen tuvieron algo de ferocidad; pero luego se fueron perfeccionando y regularizando, como sucede con todas las cosas. Gondebardo, duque de Borgoña, fué el primero que hizo una ley de duelos revistiéndolos de ciertas formalidades. El acusador y el acusado comparecian delante de un juez, el cual pronunciaba sobre la necesidad del combate. Los combatientes depositaban una multa que destinaba al vencedor en in-

demnizacion de los desperfectos que sufriese en sus armas ó en su cuerpo. Más tarde se inventó el hacer el reto por medio de un guante arrojado en presencia del señor de quien el acusador fuese vasallo. El retado recogia el guante, y ya no habia acomodamiento posible entre ellos sin el consentimiento del señor. Y de aquí ha venido el dicho de *arrojar y recoger el guante*, que ha durado hasta nuestros dias, para significar la proposicion y aceptacion de un duelo.

Más adelante se añadieron otras ceremonias. Se establecieron los *Juicios de Dios* ó *Tribunales de espada*. Y como todos los pleitos y diferencias se dirimian por medio de estas singulares peleas, y como no todos pudiesen manejar por sí mismos el chafarote, ya por su edad, ya por su sexo, ya por su estado, ó por falta de robustez ó de salud, se permitió á las mujeres, á los menores de 20 años, á los viejos y á los sacerdotes, nombrar *campeones* que se batieran por ellos. Oye una de las ceremonias de estos combatientes, sacada del código de Felipe el Hermoso.

Los desafiados comparecian el dia señalado delante del rey, ó del condestable, ó del juez del campo, á una liza de 80 piés de largo por 40 de ancho, guardada por gente armada. Iban á caballo, visera calada, escudo al brazo, lanza en mano, y ceñidas la espada y la daga. Algunos llevaban ademas, debajo de sus armas, la imágen de

su santo protector. Acompañábalos un sacerdote. Poníanse los espectadores de pié, y los contendientes juraban sobre un crucifijo que cada uno creia tener derecho por su parte, y que no llevaban hechizos ni armas encantadas, poniendo por testigos á Dios, á la Vírgen María, al Sr. S. Jorge y á la señora de sus pensamientos, y renunciando al Paraiso si mentian.

Recibido el juramento, el juez arrojaba un guante en la arena, y gritaba: "*Haced vuestro deber.*" Entonces comenzaba el combate. Era prohibido mirar á caballo el espectáculo, bajo la pena de perder su montura el noble, y una oreja el plebeyo, que mas de cuatro orejas fueron cortadas por infringir esta ley.

—No digo á los plebeyos, mi amo, sino á los nobles hubiera yo cortado de buena gana ambas orejas, y aun algo más: y lo que estraño es, que los señores sacerdotes, puesto que segun V. dice los habia ya en aquel tiempo y deberian ser mas respetados que ahora, no solo permitieran, sino que presenciaran esas barbaridades.

—¿Los sacerdotes dices? Los sacerdotes no solamente los consentian y autorizaban, sino que peleaban y se batian ellos mismos en buena lid, como dicen, ya fuese con licencia de los obispos ó ya sin ella. Un rey disputaba á una órden ó comunidad religiosa el derecho á percibir ciertos diezmos: la comunidad retaba al rey á sostener

su derecho á ley de caballero en singular pelea; si el rey era hombre de puños, recogia el guante y se presentaba personalmente en la liza: entonces la comunidad escogia el monje mas membrudo y de mas bríos ó el mas espadachin del convento, y convenido el dia, y observadas las formalidades de la ley, con la ayuda de Dios y del Sr. S. Jorge, el monje remangaba sus hábitos, el monarca recogia su manto, y comenzaba la pelea.

El vencedor quedaba en legal y pacífica posesion de los diezmos que se litigaban.

—Y sabe V., mi amo, que tendria que ver una batalla de esas? Y lo que yo siento es que no haya estado en uso en nuestros dias esa disciplina eclesiástica, porque estoy seguro que el gobierno no hubiera quitado á los frailes y monjes los diezmos y rentas, ni menos nos hubiera echado de nuestras casas tan impunemente como lo ha hecho, puesto que no hubieran faltado frailes de bigotes, ó por lo menos de barbas, que hubieran sabido sostener el derecho de sus bienes y propiedades en buena lid y con la punta de la espada contra todos los ministros habidos y por haber.

—Ahí tienes, Pelegrin, una de las ventajas de los desafios que yo no habia meditado bien cuando me declaré contra ellos.

Otras veces no peleaban los monjes en persona,

sino por medio de *campeones*, como sucedió cuando el obispo de Augers, Godofre del Maine, obligó á los monjes de S. Serga á probar por medio de un duelo que ciertos diezmos les eran debidos. Los monjes nombraron por campeon á un mozo de mulas robusto y fornido como un roble, el cual no teniendo derecho á pelear con espada por no ser ni noble ni caballero, combatió á palos y ganó la causa de la comunidad.

Lo primero sucedió en tiempo del emperador Othon I. Los doctores se veian embarazados con una cuestion muy grave de derecho que se habia remitido á su decision. Tratábase de saber si se habia de admitir el derecho de representacion á los herederos en línea directa. Viendo el emperador que la disputa se embrollaba mas cada dia, acordó nombrar dos robustos *campeones* que la terminaran por el breve y sencillo medio del combate singular. El uno fué encargado de sostener la causa de los herederos directos, y el otro la de la opinion contraria. Los dos gañanes pelearon como brutos á garrotazos, puesto que tampoco eran caballeros; y habiendo quedado la victoria en favor del primero, al momento se espidió una ordenanza en favor de los herederos directos, que fué inscrita y dura todavía en los códigos franceses.

—Señor, si las disputas sobre las cosas de derecho se han de decidir, y las leyes se han de hacer por lo que arrojen los autos de un desafio ó

pelea á garrotazos entre dos de estos mostaganes, escusados son los doctores, y los tribunales, y los jueces, y los abogados, y los estudios, y las leyes.

—Ahí *fica ó punto*, Pelegrin; ahí es precisamente donde está el mérito de los desafios, y en eso conocerás el buen legado que nos dejaron los bárbaros del Norte, y así sucede que muchas veces debemos mas de cuatro cosas buenas á los bárbaros sin saberlo.

El gusto por los desafios fué cundiendo progresivamente, como te he dicho, por los pueblos de Europa con mas ó menos éxito, y fué el que dió orígen al espíritu caballeresco y quijotesco que duró por algunos siglos, como habrás oido y debes saber. He dicho con mas ó menos éxito, porque unos reyes los autorizaban, otros los prohibian, unos los castigaban con penas rigurosas y severas, y otros los consentian ó los dejaban impunes. Y para que veas lo encarnados que estaban los desafios en el teatro social antiguo, has de saber que en 1607, segun refiere el diario frances *La Estrella*, se advirtió al rey Enrique IV que desde su advenimiento al trono se contaban cuatro mil nobles muertos en duelo, cosa que asustó á aquel monarca, y despues de haber encargado al sabio ministro Sully que le redactara una memoria sobre desafios, fué cuando espidió su famoso edicto imponiendo los castigos mas severos contra los duelistas.

—Nada me maravilla, mi amo, que eso de los cuatro mil muertos le asustara al Sr. D. Enrique, porque un solo muerto basta para asustarme á mí. Y lo que yo infiero de eso es, que los desafios de antes debian ser un poco mas serios que los de ahora, puesto que las cuatro quintas partes de los de estos tiempos tienen por remate y fin, no el morir uno de los combatientes, sino el comer los dos juntos en alguna fonda en la mejor paz y compañía.

—Dejemos para luego, Pelegrin, los desafios de este siglo, puesto que en esta sesion solo he querido probarte su antigüedad y orígen. Y por remate de ella voy á referirte algunos duelos célebres, para que acabes de conocer todo el mérito y toda la razon de estas escenas gloriosas del teatro del mundo.

Acusábase en tiempo de Cárlos VI al caballero Labais de haber abusado de la mujer del caballero Carrouge, con resistencia de parte de ella. Para saber lo que habia de verdad en este hecho se dispuso que los dos caballeros se batieran como leales y en buena ley.

—Y dígame V., mi amo, ¿lo que se buscaba saber era si el caballero habia abusado, ó si la abusada se habia resistido lo bastante? Porque si era esto último, paréceme que no habia necesidad de matarse para averiguarlo; y si era lo primero, tengo para mí que tampoco se averiguaria de ma-

nera alguna. Y si el caballero que acusaba al otro de haberle hecho tan mal recado con su mujer llevaba ademas una estocada en el desafio, eran dos estocadas á cual peores, y el otro se quedaba muy fresco con el abuso, y en disposicion de abusar como mas largamente le conviniera.

—Pero al fin el abusado moria con honor, Pelegrin; ahí está el mérito, sino que tú no quieres conocerle.

Mira, en tiempo de Enrique II sucedió tambien que el caballero Jarnac decia que le constaba que el caballero de la Chataigneraie traia malos tratos con su suegra (admiremos los misterios del *Teatro Social*, Pelegrin!). Este lo negaba. ¿Qué habia que hacer para averiguar la verdad? Batirse, es claro; era lo que exigia el honor. Así lo hicieron. El rey presidia el desafio; los dos combatientes juraron sobre los santos Evangelios que peleaban por la verdad, y el rey tuvo el dolor de ver sucumbir á la Chataigneraie, á quien amaba entrañablemente, y desde entonces tomó el rey un grande horror á los desafios. Pero en fin, el hecho de haber muerto debió convencerle de ser cierto que andaba en malos pasos con su suegra, por mas que él hubiera jurado lo contrario.

Y en cuanto á la frivolidad de las causas que suelen motivar los duelos, lo cual te parecerá á tí que es propio solamente de este siglo, te citaré

por no molestarte mas, un solo ejemplo en prueba de su antigüedad.

En 1611, yendo el príncipe de Conti al palacio del Louvre en su coche, encontró el de su hermano el conde de Soissons en una de aquellas calles estrechas que te acordarás desembocan en aquella plaza. Uno de los coches tenia que hacer alto para dejar paso al otro. El cochero del conde de Soissons que no conocia el carruaje del príncipe de Conti, intimó bruscamente al cochero de éste que se hiciera atrás. Este que no entendia de chiquillas, en vez de cejar sacudió un latigazo á los caballos y siguió adelante. Informado luego el conde de que el carruaje era el del príncipe su hermano, despachó uno de su comitiva á decirle que disimulara, pues solo un error del cochero habia podido ser causa de aquella brusquedad. Pero el príncipe de Conti, que creyó su honor gravemente lastimado con este hecho, se negó á admitir las escusas del conde, diciendo que semejante ofensa no podia lavarse sino con la sangre de uno de los dos, y pasó á su hermano un billete de desafio para el dia siguiente.

Instruida la reina de este negocio, envió al duque de Guisa cerca del príncipe de Conti para inclinarle á un acomodamiento. Al propio tiempo ordenó á los habitantes de Paris que estuviesen dispuestos á tomar las armas y á echar las cadenas en las calles por lo que pudiera ocurrir. El

duque de Guisa aceptó el papel de mediador y se dirigió á casa del príncipe acompañado de 50 caballeros. Pero como pasase por delante del palacio del conde de Soissons, figurósele á éste que el llevar toda aquella escolta no podia ser sino con intencion de insultarle, y le pidió á su vez una satisfaccion. El duque de Guisa quiso justificarse, pero el conde le replicó que no habia mas remedio que batirse á ley de caballeros, pues no de otra manera podia quedar vindicado su honor.

Así el que quiso reconciliar á los dos hermanos tuvo que batirse el primero con el conde. Verifícase el duelo, y el duque mata al conde. El hijo de éste, queriendo vengar la muerte de su padre, reta á su vez al duque. El duque mata al hijo despues de haber muerto al padre, y la reina no se atreve á proceder contra el duque de Guisa, porque él no habia hecho sino cumplir como buen caballero con la sábia ley de los desafios. Y todo esto, Pelegrin, nada mas que por haberse encontrado dos coches en una calle, y haber disputado dos cocheros sobre cuál se habia de parar para hacer paso al otro. Y refiérotelo para que veas que no es cosa nueva ni de este siglo el batirse por fruslerías y nimiedades, pero nimiedades y fruslerías que afectan hondamente al honor, y que por lo tanto exigen una satisfaccion de sangre, y un combate á muerte.

—Señor, me rectifico en llamarlo barbaridad.

—¿Te rectificas, ó te ratificas? entendámonos.

—Me confirmo, mi amo, me corroboro y mantengo.

—Harto temia yo que no te hubieras penetrado todavía de la razon y de la moral que los duelos encierran, y esto me obliga á prometerte que te he de convencer en otra leccion acerca de su utilidad y filosofia, en términos que te has de hacer un duelista de primer órden, y que me has de pedir y rogar que te permita tomar unas lecciones de esgrima, porque espero que te has de convertir en un apasionado de los duelos aun mas de lo que lo soy yo mismo, así como yo era antes mas opuesto á ellos que ahora lo puedes ser tú.

—Antes tocará V. con un dedo en el cielo, que tal consiga de mí.

—Eso lo veremos: la razon tiene mucha fuerza, y á la razon tarde ó temprano ceden y sucumben las mas arraigadas preocupaciones.

LAS UÑAS LARGAS.

"En lo que toca á cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho (le decia D. Quijote á su escudero dándole consejos para el gobierno de la ínsula), lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel escremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña siendo antes garras de cernícalo lagartijero: puerco y estraordinario abuso."

¿Qué dijera ahora D. Quijote si viera que aquello mismo que él en lenguaje de su tiempo llamó puerco y estraordinario abuso, era la señal por donde sacábamos al hombre culto y civilizado? *Ex ungue leonem*, que decian los latinos para significar que por la uña se sacaba y deducia lo que era el leon. ¿Qué diria si viese que aquello de dejarse crecer las uñas, que él atribuia á ignorancia, se tomaba ahora por signo de elegancia y buen tono, y por muestra de una adelantada civilizacion, traida del pais que se dice marcha á la ca-

beza de ella? Que si esto fuese cierto, lo cual equivaldria á llevar la civilizacion en la uña, tengo para mí que no fuera malo cortar la civilizacion hasta la yema del dedo, porque ya es una civilizacion supérflua, y lo que sobra se debe cortar, *salvo meliori.*

Dispensárale yo á los de las uñas largas si fuesen aficionados ó profesores de instrumentos músicos de cuerda, pues á pesar de las diabólicas reminiscencias que siempre suscitan las uñas largas, pudieran perdonárseles en gracia de las mas claras voces y limpios sonidos que al instrumento sacaran.

El caso es, que si los longi-uñíferos siguieran la carrera de ministros, administradores, escribanos y otras honrosas profesiones, á la cual es opinion comun, aunque errónea, haberse hecho anexa la uña larga, podria decirse que estaban en su lugar. Pero no es así, porque yo conozco muchos que ni ejercen ni piensan ejercer ninguno de estos honoríficos cargos, y no obstante las llevan de una dimension longitudinal espantosa. Estos tales, por seguir la moda y el buen gusto del siglo ilustrado, están siendo inocentemente y sin malicia de su parte, un geroglífico, símbolo ó emblema de la causa principal de los males que en nuestra patria lamentamos; pues si en épocas remotas la ruina de España vino, ya de haberse abierto al cartaginés incautamente, ya del desaguisado del

rey D. Rodrigo, la de nuestros dias viene principalmente de las uñas largas. Por lo que no harian mal en cortárselas los que por moda y buen tono las llevan, á fin de no suscitarnos imágenes y reminiscencias dolorosas sin culpa ni intencion suya.

Yo desearia ademas, que las uñas largas se comprendieran en el número de las armas prohibidas, porque una herida de uña puede ser muy peligrosa; y no veo tampoco la razon por qué se haya de permitir á estos hombres andar siempre armados, trayendo constantemente en las manos cinco ó diez afilados puñales, lo cual está en contradiccion con el sistema de paz universal que ahora proclaman las naciones.

Por otra parte, la *toilette* de las uñas largas debe ser sobremanera impertinente é incómoda, y un tanto sucia. Porque la operacion de mondar, limpiar, raspar, pulir, alisar, modificar y dar una forma geométrica elegante á estas superfluidades, á mas de ser sobremanera minuciosa, precisamente ha de parecerse á ciertas labores del campo, como el ornato se parece al de ciertos hombres campestres. Así la estremada cultura llega á asemejarse al estremado desaliño. Los estremos se tocan.

Y no digo mas sobre este género de civilizacion, porque si los uñilargos se me ponen de uñas son temibles, pues llevan consigo un 200 p$\frac{0}{0}$ de ven-

taja, y mano contra zarpa siempre quedó vencida.

Solo añadiré, que la moda de las uñas largas podrá ser muy elegante, pero la invencion es diabólica, y que yo no las llevaria, solo porque no me llamaran como al diablo, *el de las uñas largas.*

EL CIGARRO PARLANTE.

I.

Llegará el caso que no pueda tocar nada con estas mis gerundianas manos sin estar dispuesto á sostener una conversacion con lo que sea. Si echo mano al bolsillo, dos monedas que lleve en en él se animan y se ponen á hablar, primero entre sí, y despues conmigo [1]. Si voy á fumar un cigarro, toma vida y me dirige la palabra, como me sucedió el otro dia, que al tiempo de aplicarle al fuego oigo que me dice: "Y bien, Fr. Gerundio, ¿no teneis ninguna observacion que hacer sobre mí antes de encenderme?

—¡Calla! esclamé yo: ¿interpelacioncitas tene-

1 Tomo 1, pág. 125.

mos, Sr. Cigarro! Huéleme esto á querer alargar la vida por algun cuarto de hora. Pero bien; ¿qué se le ofrece á V? ¿de dónde es V., aunque sea mala pregunta?

—Mala no diré que sea, pero escusada sí; puesto que mi clase y calidad son mi mejor fe de bautismo, y ellas dicen á la simple vista que soy legítimo de la Habana, nacido y criado allí.

—Parece, Sr. Cigarro, que está V. muy envanecido con la legitimidad de su cuna; como si tan estraño fuera que se hubiese despues desnaturalizado, ó que bajo la capa de habano encubriera tripas de otro pais, que esto de estar en contradiccion el corazon con la capa y el interior con la corteza cosa es tan ordinaria y comun, que contentárame yo con que solo en los cigarros se verificara. ¿Y de qué punto de la Habana es V?

—De la vuelta de abajo: servidor de Fr. Gerundio.

—Muy señor mio..... sin perjuicio de hacer luego la prueba. ¿Y se puede saber cómo ha venido V. á España?

—Esa pregunta es aun mas escusada que la otra. ¿Pudiera un cigarro de mi nacimiento y calidad venir de otro modo que de contrabando?

—¡Oiga, señor mio! El descaro es el que me gusta. ¿Y por qué no habia V. de haber venido por el camino lícito y legal, y no por el que prohiben las leyes?

—Cosas teneis, P. Fr. Gerundio, y escrúpulos manifestais que no pueden menos de admirarme. A fe mia que es la primera vez que oigo escrupulizar sobre el orígen de un cigarro. ¿Se ha acusado alguno á vos como confesor de haber fumado de contrabando? ¿Os habeis acusado vos mismo como penitente de haber fumado de contrabando? Hablais de leyes y de caminos legales. Los mismos que han dado esas leyes y señalado esos caminos, ¿fuman por ventura sino de contrabando? Vos mismo ¿habeis cuidado hasta ahora de averiguar el conducto por donde he llegado á vuestras manos? Más digo: ¿me fumariais si no fuera cigarro de contrabando?

—Esa no es la cuestion, señor Cigarro, y la conciencia de cada uno debe ser respetada. ¿Y por qué no le habia de fumar V? Vamos á ver.

—¿Por qué? Por dos razones muy sencillas. La primera, porque seria mas caro, y la segunda y mas poderosa, porque seria infumable; porque no seria cigarro, sino caoba; porque seria peste, ó lo que es lo mismo, porque seria cigarro del gobierno.

—Sea V. un poco mas comedido en hablar, Sr. Cigarro, porque pudiera suceder.....

—¿Qué me podrá suceder peor que reducirme á ceniza? Esta ha de ser de todas maneras mi suerte, de consiguiente, quiero hablar con toda libertad.

—Pues bien, Sr. Cigarro, tenga V. la bondad de contarme su historia y las circunstancias de su viaje.

—No tengo en ello inconveniente alguno. Yo fuí comprado en la Habana mi patria con otros muchos compañeros á un precio módico. Desde allí fuimos conducidos á Gibraltar, donde el comprador, que era contrabandista, nos vendió á otro contrabandista español, sacando ya de nosotros una ganancia decente. Este nos desembarcó en un pueblo de la costa de Andalucía, donde nos vendió á otro contrabandista, quedándose con otra ganancia no menor que la primera. El contrabandista de la costa nos enajenó á otro contrabandista del interior, el cual nos traspasó á manos de su corresponsal de Madrid, que aunque no pasa por contrabandista, tambien lo es. Este hizo de nosotros diferentes distribuciones. Se quedó con varios de mis compatriotas para su uso y consumo; vendió otros en amistoso contrabando á sus amigos, y dió los demas á un mozo de café para la reventa al pormenor. Por cuál de estos conductos haya yo venido á parar á manos de Fr. Gerundio, eso lo sabrá su paternidad mejor que yo. Y de esta manera no hay nadie que escrupulice de ser contrabandista de tabaco en España.

—Y cómo en tantas y tan espuestas travesías ha podido V. llegar á salvo, sin caer alguna vez en manos de alguno de tantos miles de agentes

asalariados como por mar y tierra tiene destinados el gobierno para la represion del contrabando esclusivamente?

—Sin entrar en la esplicacion de otras causas que deben ser de su paternidad conocidas, es admirable, P. Fr. Gerundio, lo que aguza el ingenio, y la sutileza que infunde el cebo de la ganancia. Y ésta es tal desde nuestro primitivo coste hasta nuestra definitiva venta para el consumo, que aun supuesto uno ú otro percance que pudiera tener un contrabandista, se indemniza con la mayor facilidad en otra espedicion feliz.

—Lo que me admira es que á pesar de ese chorreo de ganancias que van VV. dejando en tantas manos intermedias, aun puedan VV. ser vendidos á mas bajo y módico precio que los que el gobierno hace espender en sus estancos.

—Es que no es solo la diferencia de precio la que alimenta el contrabando y la que hace darnos la preferencia, sino la calidad, la calidad; que aseguro á V., P. Fr. Gerundio, que me avergonzaria yo de ser cigarro del gobierno, porque seria tal que necesitaria V. mandíbulas de hierro y labios de cobre para fumarme.

—Pues yo aseguro á V., Sr. Cigarro, que si gobernante fuera, se libraria V. muy bien ni ninguno de sus compañeros, y no digo VV., sino ningun Kentuqui, ni ningun Virginia, ni ningun Filipino, de entrar en España de contrabando. Sí

señor, porque es un principio de desmoralizacion pública; es V. una ocasion próxima de pecar; es V. una ocupacion de hombres de mal vivir; es V. un defraudador de las rentas del Estado; es V. un escándalo que se chupa y se saborea. Yo pondria un ejército de doscientos mil hombres de mar y tierra....

—Quiá, dijo entrando á esta sazon Tirabeque: no teme V. por lo serio, Sr. Cigarro, lo que mi amo acaba de decirle: de sobra sabe él que no se destripa así el contrabando.

—Estirpar, querrás decir, Tirabeque, que no destripar.

—Señor, estirpar y destripar, que con lo uno va lo otro. ¡Cuántas veces me tiene dicho mi amo: "desengáñate, Pelegrin: aunque el gobierno ponga mas guardas que soldados tenia el ejército del general Jerges; aunque pusiera una boca de cañon al pecho de cada contrabandista; mientras éste vea la ganancia al ojo, el contrabando entrará, si no es por los puertos ni por las puertas, será por las nubes como el cólera-morbo, porque el interes da alas al hombre para volar como los pájaros: y si fuera posible que á cada cigarro se le cosiera un sello de plomo como á las bulas para justificar su procedencia, y que este sello no se pudiera arrancar hasta que el cigarro quemara los labios, entonces en lugar de contrabandear los hombres en tabaco solo, contrabandearian tam-

bien en sellos y entrarian los sellos de contrabando, y serian dos contrabandos en vez de uno.

"Y así hasta los niños de la escuela saben que el mejor y aun el único medio de estinguir el contrabando, es dar tabaco de buena calidad y mas barato que el de los contrabandistas, que bien puede hacerlo el gobierno si quiere, y aun así le daria la renta de tabacos mas productos de los que ahora le rinde, pues los contrabandistas tendrian que aprender otro oficio, que donde no hay ganancias no hay tráfico, y quítese al hombre la ocasion de pecar y no pecará, y de esta manera todos ganariamos, los contrabandistas para con Dios, la nacion en el aumento de sus rentas, y nosotros en fumar honestamente y sin escrúpulo de conciencia buenos cigarros, que aunque yo no sea fumador de la clase de contribuyentes, aun me gusta de vez en cuando echar una chupadilla, á ver cómo saben los cigarros del amo, y aun ahora no tendria inconveniente en encenderte á tí y apurarte hasta el ombliguillo, porque tienes unas trazas que están diciendo: chupadme."

—¿Esas tenemos, Pelegrin?

—Nada, señor; no es mas que una buena intencion y un buen deseo: y en cuanto á aquello de probar los cigarros de V., se debe entender solo de los desperdicios y colillas, no de los que V. suele dejar enteros sobre la mesa, que esos los respeto por lo regular.

—¿Y ha pensado bien, Fr. Gerundio, preguntó el cigarro, lo que el gobierno podria utilizar vendiéndonos á mas bajo precio que los contrabandistas?

—Y tanto como lo he pensado y calculado. De los diferentes estados por quinquenios que tengo en mi poder resulta, que la renta del tabaco, tal como hoy se halla administrada, cuesta al gobierno, ó por mejor decir al pais, mas de un 55 p$\frac{0}{0}$ de administracion; de manera que aunque el producto total de los tabacos en año comun sea por ejemplo de 110 millones, el líquido de la renta para el gobierno será poco mas de 40, como sucedió, entre otros, en el año 39.

Ahora bien, se calcula que el número de consumidores, ó sea de fumadores en España, por la parte mas corta, no baja de dos millones y medio: por consecuencia. . . .

—Señor, antes que V. saque la consecuencia, perdóneme que le ataje su honrada palabra para decirle, que pienso que se ha quedado V. corto en cuanto al número de fumadores: y es que sin duda no ha contado V. la turba de pelones muchachuelos del siglo XIX, que aun no saben quitarse con sus propias manos aquello que no quiero nombrar, y ya van por esas calles de Dios hechos unos hombres con una tranca en la boca, que abulta mas que ellos, y es uno de los adelantos del siglo, que de buena gana les adelantaria tam-

bien á ellos media docena de buena mano en el sitio en que no se fuma. Y tampoco habrá V. comprendido á las fumadoras, que las hay tambien, y muchas que pasan por señoras, que lo gastan y fuerte; y no hace muchos dias que ví yo en un café á dos de estas ciudadanas mistas de varon y hembra, con sus chicotes en la boca, que con un par de cascos en la cabeza hubieran pasado por dos capitanas de caballería.

—Bien, pero todo eso es insignificante para mi cálculo, Pelegrin. Y digo, que los dos millones y medio de consumidores se computa que consumen anualmente *diez millones* de libras de tabaco, de los cuales corresponden al habano dos millones, y los ocho restantes al de las clases comunes.

Pues bien; comprando el gobierno directamente el tabaco de Filipinas (que ninguna necesidad tenemos tampoco de recurrir á la Virginia, ni á Kentuqui, ni á ninguno de los mercados de América, teniéndolo tan bueno ó mejor en nuestras colonias), el costo total de éste para el gobierno, asegurada su conduccion y cubiertos todos los gastos de elaboracion en la Península, no debe esceder de 2½ reales libra, que vendido á 12½ al pié de fábrica, dejaria al Estado una ganancia de cuatro millones de duros líquidos.

Bajando el derecho sobre los dos millones de libras de tabaco habano á 20 rs. libra en lugar de los 40, y dejándolo luego al libre comercio, darian

dos millones de duros de producto líquido de ciento diez millones en favor del gobierno ó del Estado, es decir, dos tercios mas de lo que suele producir comunmente la renta, y con la ventaja de hacer imposible el contrabando y de lo que ganaria el pais en moralidad. Y cuenta que estos datos son los mismos que arroja la memoria de un entendido ministro de hacienda.

—¿Y por qué ese ministro cuando lo fué, preguntó el cigarro, no tomó esas medidas que creia tan útiles, y no que hemos de estar condenados á andar perpetuamente de contrabandista en contrabandista?

—En eso no te fies, dijo Tirabeque, pues has de saber, cigarro mio.... digo, de mi amo, que los ministros de un modo escriben y de otro modo obran, y es que sin duda les conviene obrar de un modo y escribir de otro.

—Pues voto á tal, esclamó el cigarro, en ese caso no se culpe á los que hacen el contrabando, sino á los que pudiendo evitarlo fácilmente y con ventajas no lo evitan.

—Ni creas que yo los culpo á ellos, dijo Tirabeque.

—Ni yo tampoco, repuse yo Fr. Gerundio.

Y con esto ya estuve por condenar al cigarro á la pena de fuego, pero luego me ocurrieron otras reflexiones que hacer sobre él, y suspendí la ejecucion.

LAMENTOS DE DOÑA CUARESMA.

¿No dije yo que D. Carnaval quedaba amenazando conquista? Pues bien, ya lo habeis visto. ¿Qué será de mí ahora?....

Y no se atrevió á decir más la desconsolada Dª Cuaresma.

Entretanto la Bolsa subiendo como la espuma. Humillemos nuestras frentes ante los vice versas de la patria gerundiana, y suplícoos, hermanos mios, que volvais á leer lo que dije en el *artículo* 3.º *de la Bolsa, su parte moral, pág.* 62 *de este tomo*, á que me remito.

SOLUCION DE LOS PROBLEMAS HISTORICOS.

Del 1º—D. Sancho de Castilla, hijo de D. Alonso el Sabio.

Del 2º—D. Fernando IV de Castilla y de Leon.

1 **Véase la pág. 227 de este tomo.**

Del 3º—El año que refiere la historia haberse visto en Córdoba tres soles, fué el 753; cuyo fenómeno, que causó grande espanto en las gentes sencillas, las cuales sacaban de él mil agüeros, ayudando á ello el hambre horrorosa que por aquel tiempo se padeció en España, lo causó una nube de cierta grosura y densidad, en la cual se representaban los tres soles como en un espejo.

DESAFIOS.

CUADRO SEGUNDO DEL DRAMA.

Los duelos en el siglo de las luces: belleza y moralidad que encierran.

Una vez que estás ya informado, aunque ligeramente (pues aun habia mucho que decir), del orígen, progresos, vicisitudes y solemnidades de los duelos en los pasados siglos, vengamos ya, Pelegrin, á los tiempos modernos. En cuanto á las

formalidades con que se practican en el dia, ya sabes que son muy diferentes de las que en la antigüedad se usaron, como son la eleccion de armas, nombramiento de padrinos &c. Y en cuanto á la boga de que gozan los desafios en el siglo presente, no podia esperarse otra cosa de un siglo que, con tanta justicia, se llama el siglo de la civilizacion y de las luces.

Así es, que en el dia no es caballero el que en uno de esos que se llaman lances de honor no provoca un duelo, y menos caballero todavía el que no le acepta. Atendido lo cual, y suponiendo que tú no querrás pasar nunca por mal caballero....

—Señor, la verdad sea dicha, nunca lo fuí; y es la causa que mientras estuve en el convento siempre me tocó cabalgar en caballería menor; cuando venimos á Madrid me hizo V. venir en el *Mohíno;* en los viajes que hemos hecho despues me ha llevado V. en carruaje; de modo y de manera, que unido todo esto á la mala conformacion de mi pata, soy hombre que apenas sé sostenerme á caballo, y eso agarrándome con ambas manos al arzon de la silla.

—A mí no hay que venirme con cuchufletas, Pelegrin. Está decretado que has de ser caballero y lo serás por fuerza. Para esto aprenderás esgrima y tiro de pistola, te batirás cuando se ofrezca un lance de honor, que no dejarán de presentártese en el siglo ilustrado, y obrarás como cum-

plido caballero. Mañana, en el mismo *Teatro social*, te pones á criticar un abuso cualquiera, y aunque tengas, como debes tener, y hasta ahora has tenido, la consideracion de no nombrar personas, se le antoja á uno creerse aludido, sin mas razon que porque él quiere aludirse, ó porque se halla aquel dia mal templado, ó por el contrario, se encuentra de humor caballeresco. Este tal te arroja el guante; tú no puedes menos de recogerle.....

—Señor, si me arrojara los dos, yo me bajaria á recogerlos, porque tales podrian ser que me hicieran buen oficio; pero un guante solo ¿para qué le queria yo?

—Repito, Sr. Tirabeque, que no es cosa de chanzonetas. Y digo que mañana te sucede esto, ó bien te acaece que encuentras á un caballero del siglo, y que al pasar á su lado se le antoja que en lugar de mirarle derecho y de frente, le miraste un poco oblicuo y de soslayo; se acerca á tí, te pide esplicaciones, te exige una satisfaccion.....

—Señor, yo se la daré tan cumplida como él la pueda desear, diciéndole: que si no le miré derecho fué porque me distrajo una jóven que al propio tiempo pasaba, y que no solamente merecia ser mirada, sino aun algo mas....

—Pues él te dirá, á lo príncipe de Conti, que no queda satisfecho, y que para que su honor sea competentemente vindicado es menester batirse

con arreglo á la ley de caballería. Tú no puedes menos de aceptar, so pena de pasar por un mal caballero: aceptas, pues; vienes á casa, requieres la espada ó la pistola, buscas un padrino, que no tendré yo inconveniente en serlo tuyo, porque algo se les pega tambien á los padrinos de ese honor; salimos todos á la hora pactada y al sitio convenido, procurando hacerlo siempre con alguna solemnidad, á cuyo efecto tomamos un coche, lo divulgamos entre los amigos para que se hable de ello en los cafés; llegamos en fin.... te bates.... le matas, ó te mata....

—Señor, V. perdone, pero eso seria una atrocidad.

—¿Todavía insistes en llamarlo atrocidad? ¿Es posible que no haya medio de civilizarte?

—Señor, no me civilizo, mientras V. no me pruebe que esas que á mí me parecen ó atrocidades ó simplezas, son lo que piden el honor y la ley de Dios.

—Nada mas fácil, Pelegrin, que probártelo con ejemplos. Supon tú que un marido tiene sospechas, ó aun algo mas, de que su mujer mantiene relaciones no nada lícitas y honestas con otro. El marido quiere salvar su honor, como es justo, y vengar y castigar la ofensa, como es natural. Al efecto, exige la debida satisfaccion al otro, y la debida satisfaccion ya sabes que equivale á batirse. El otro, que aunque suponemos que abusa de

su mujer, es un caballero, acepta el duelo y se baten: esto es lo que exige el honor.

—Y diga V., mi amo: ¿y si por casualidad muere el marido en el desafio?

—Todo podrá ser muy bien, Pelegrin: porque es muy posible que el otro sea mas diestro en el manejo del arma, y mas que por la ley de los duelos habiendo sido él el provocado, ha tenido derecho á la eleccion, ó aunque no sea mas diestro le favorecerá mas la suerte: pero en cambio el marido al sentirse herido de muerte, cae en brazos de su padrino diciendo: *muero satisfecho.*

—Abrenuncio de esas satisfacciones, mi amo. Y dígole á V. que, lo que antes me parecia atrocidad, ahora me lo parece muy subida de punto. Porque no puede ser otra cosa el que un marido para vengarse del que abusa de su mujer, quiera ponerse en igual caso y aun peor que el abusador, y que *muera satisfecho*, sabiendo que el otro danzante queda desde entonces en disposicion de abusar como mas le convenga.

—¿Pero y la gloria póstuma que le espera á aquel hombre? Al dia siguiente salen todos los diarios y trompetas de la fama diciendo: "El Sr. *F*, y el Sr. *N*, entre quienes habian mediado contestaciones sobre un punto de honor, terminaron ayer tarde sus diferencias como cumplidos caballeros. Tenemos solo que lamentar la sensible pérdida del apreciable Sr. *N.*, que despues de haber

satisfecho á las leyes del honor sucumbió de una estocada que su adversario le asestó á la tetilla izquierda con un tino que le honra. ¡Séale la tierra ligera!"

¿Qué cosa hay comparable con esta gloria, Pelegrin? Pues oye ahora un caso práctico acaecido á fines de este año pasado en los Estados Unidos en el pueblo de Fudgctown, del cual se ocupó toda la prensa europea, y cuya relacion pienso acabará de decidirte á ser caballero á uso del siglo.

Estos eran dos íntimos amigos, y que muy pronto debian intimar mas sus relaciones con el casamiento del uno de ellos con la hermana del otro. Pero sucedió que comiendo un dia juntos en un convite, sobrevino una disputa entre ellos, de cuya resulta se desafiaron. Verificóse, en efecto, el duelo, cual á cumplidos caballeros competia. El futuro novio tuvo la generosidad, á pesar de haber sido el desafiado, de dejar la eleccion de las armas al otro, hombre famoso por sus travesuras de mala casta, pero que sin embargo era todo un caballero porque desafiaba mucho. Este eligió por arma el sable, y se presentó en el campo con un finísimo alfanje damasquino, que tenia un filo como una navaja de afeitar, y que manejaba con mucha destreza. Principió pues, el combate, el cual no fué muy largo, porque á los pocos minutos el caballero susodicho aplicó á su adversario

un mandoble con toda la destreza de un musulman, en términos que le rebanó la cabeza separándosela del cuerpo como si hubiese sido de nabo ó de zanahoria. El cuerpo inanimado quedó en pié como cosa de un segundo, y por fin cayó rodando por una parte el mutilado cuerpo y por otra la cabeza ensangrentada.

Pero lo que vino á hacer mas dramática esta escena fué que la hermana del asesino y novia del difunto llegó al campo del combate en el acto mismo de estarse ejecutando la caballerosa tragedia, y lanzando las mas terribles y dolorosas imprecaciones contra su hermano, se abrazó á la palpitante cabeza de su amante haciéndole mil estremadas caricias, acabando por llevársela consigo, y por último, tanto fué el dolor de aquella desdichada, que concluyó por perder la razon.

—Señor, ¿y quiere V. que yo por meterme á caballero me esponga á que me rebanen la cabeza, y me la echen á rodar como una bola, ó á que me envien al cuerpo una bala y me la metan en sitio donde no la pueda digerir?

—Pero no siempre los desafios tienen tan trágico remate. A veces suelen tambien ser un medio para convertir en amistad íntima lo que parecia una enemistad intransigible. Y esto es tan frecuente y comun, que ya casi es sabido y se da por supuesto que cuando dos retados están para batirse y se despiden de sus amigos hasta el valle

de Josafat, se da, digo, por supuesto que á la hora se hallarán comiendo juntos y alegremente en una fonda.

Y á propósito, y en testimonio de esto mismo, recuerdo haber presenciado en Paris el caso siguiente, que no carece de chiste, y que no he podido olvidar.

Hallábanse dos caballeros disputando muy acaloradamente á la puerta de una fonda ó *restaurant*. Y digo que serian caballeros, porque la disputa vino á parar en desafio. El fondista, que lo presenciaba desde la ventana, y que por cierto era un hombre muy gordo, tan luego como oyó la palabra *satisfaccion*, y se penetró de que mis dos hombres se habian desafiado, volvió la cabeza hácia adentro y gritó:

Garzon, prépare deux dejeuners:
Mozo, dispon dos almuerzos.

—Si yo supiera, mi amo, que mis desafios habian de tener siempre tan glorioso remate, no solamente los aceptaria sin hacerme de rogar, sino que desafiaria yo á toda humana criatura, y mas si me pagaba despues la comida ó el almuerzo.

—Muchas veces tienen ese fin, Tirabeque; tiénenle las mas. Pero no hay que fiarse tampoco, porque son unos dramas que así pueden desenlazarse cómica como trágicamente. Por lo que con-

viene estar preparado para todo evento, y es la razon que tengo para empeñarme en que aprendas el manejo del florete y la pistola.

—Pero señor; ¡válganos Dios! Si la razon la han de dar, y si la justicia la han de hacer una pistola ó una espada, ¿para qué son las leyes y los tribunales?

—Esa es una de las razones que yo tenia antes para haberme declarado contra los duelos. Pero despues lo he reflexionado mejor, y he reconocido que los trámites legales son largos y embarazosos para dirimir las contiendas, y que es mas breve y sumaria, y tambien menos dispendiosa la tramitacion de los desafios. Tanto, que uno de los desaciertos que ha cometido el gobierno en el nuevo Plan de estudios es el no haber ordenado á los estudiantes de jurisprudencia uno ó dos cursos de esgrima y el grado de bachiller ó doctor en pistola, lo cual pudiera suplir con ventaja á una larga carrera de leyes, y aun harian innecesario el estudio de la lógica, que para maldita de Dios la cosa se necesita sabiendo el manejo del sable, que es mas propio de la ilustracion del siglo y mas acomodado á la índole de las costumbres reinantes.

La juventud universitaria de Alemania, que debe ser toda muy cobarde, deseosa de abolir los desafios, que califica como tú de costumbre bárbara, ha pedido al gobierno que establezca jura-

dos compuestos de hombres ilustrados y prudentes para que cada vez que ocurra un lance de honor en que uno cree haber recibido una injuria y se supone con derecho á vindicar su honor vulnerado, decidan y fallen entre las partes contendientes, y determinen la satisfaccion que el ofensor deba dar al ofendido. De esta manera, dicen, y por medio de esta especie de jueces de paz, se pueden cortar al propio tiempo mil desavenencias, que muchas veces no nacen de una verdadera injuria, sino de una errada y cavilosa interpretacion, ó de una equivocada inteligencia de cualquier palabra insignificante. Y este mismo medio es el que proponen tambien muchos sabios publicistas, entre ellos el famoso *Mr. Dupin*, presidente de la cámara de los diputados de Francia.

—Señor, eso me parece á mí muy bien.

—Pues á mí me parece muy mal, Pelegrin, porque prueba que todos ellos son unos cobardes. Cuanto mas que esas decisiones del jurado, si bien es cierto que evitarian muchos disgustos, quitarian á los desafios todo el mérito, y todo el chiste, y toda la parte dramática, y toda la moral y filosofia que encierran.

Más te diré. En Lóndres se ha formado una sociedad con el objeto de proscribir los desafios, en términos que cada uno al ingresar en ella se compromete á no aceptar jamas un duelo. Esta sociedad cuenta en el dia sobre 600 miembros,

entre los cuales hay muchos que pertenecen á la grandeza, y muchos individuos de las cámaras, y en la lista de socios se leen los nombres de 28 oficiales de mar y tierra, de 17 almirantes y 20 oficiales generales.

—Esos tambien son de los mios, señor; y cuando los ingleses lo hacen, no dude V. que será porque estén penetrados como yo de que los desafios son una barbaridad.

—Porque serán tan cobardes como tú. Y de sobra sé yo que hay quien condene los desafios, eso sí. Precisamente tengo aquí tres tratados sobre la materia, de otros tantos escritores contemporáneos, que todos ellos concluyen muy á tu gusto. El uno es del mismo Mr. Dupin que te he citado, el cual despues de sentar que el duelo no es mas que un acto de barbarie, dice por conclusion: "Es un error que merece ser combatido, principalmente bajo un gobierno constitucional, que es el gobierno de la ley. Es menester enseñar á los hombres á no reconocer por juez y por regla sino á la ley y al magistrado." El segundo concluye diciendo: "Esperemos que la razon humana acabará por condenar tan funesta preocupacion, el solo punto por el cual nuestra civilizacion toca á la barbarie de los siglos pasados."—Y el tercero termina con estas palabras: "Hemos querido escoger entre tantos ejemplos de desafios los que eran propios á hacer sentir, en el interes

de la humanidad, todo el horror y todo el ridículo de esta costumbre bárbara."

—Señor, todos esos son de los mios. No hay mas diferencia sino que lo que yo llamo barbaridad lo llaman ellos barbarie, que pienso se dan bastante la mano. Y así no prosiga V. adelante, que esto me basta y aun me sobra para corroborarme en mi opinion.

—Y á mí me basta y aun me sobra para conocer que todos esos son tan cobardes y tan malos caballeros como tú. Y así ahorrémonos de razones. Menester es seguir las costumbres admitidas, y mas cuando llevan en sí un fondo de belleza, de moral y de filosofia como esta. Y puesto que cada dia pueden ocurrir mil lances de honor por un quita allá esas pajas, y que el no aceptar ó provocar un duelo te acreditaria de pusilánime y mal caballero, te ordeno y mando, como superior legítimo que soy tuyo, que te prepares, y empieces cuanto antes el curso de esgrima y de pistola. Yo te pagaré las lecciones, hombre, no te dé cuidado.

—Muchas gracias, señor; pero en un caso pienso que se le compondria á V. mejor ser caballero que á mí, en lo cual no debe haber ningun inconveniente, puesto que, segun V. mismo me ha dicho, antiguamente tambien los señores sacerdotes peleaban en desafios.

—Sí, pero eso fué en los siglos bárbaros, y es-

ta costumbre la ha abolido la moderna civilizacion. Por eso quiero que tú seas *campeon* mio.

—Señor, tambien los campeones los ha abolido la moderna civilizacion.

—Los renovaremos nosotros, Pelegrin, que en algo hemos de contribuir á resucitar las buenas leyes y costumbres de los siglos bárbaros. Con que te vuelvo á mandar que des principio al ejercicio de la esgrima, y antes mañana que pasado.

—Señor, si es empeño y mandato de V., aunque sea rabiando lo haré, que no he olvidado todavía la virtud de la santa obediencia.

—Acabáramos! Válganos Dios y qué rehacio has estado! Y verás, verás cómo al paso que vayas manejando el sable ó la pistola, te se va viniendo la razon á la boca ó al filo, ó bien á la punta, si es espada, y en cuatro dias te vas á encontrar hecho un caballero cumplido capaz de entrar en duelo y singular combate con el mismo Coloso de Rodas [1].

1 En la semana pasada ha habido en Madrid un duelo á *navaja*, de que resultó uno de los contendientes degollado. Loor al degollado! Loor al degollante! Y loor al arma noble!

Arma virumque cano...

EL CIGARRO PARLANTE.

II.

Observaciones higiénicas, amorosas, sociales y literarias, suministradas por el Cigarro.

Despues fué el Cigarro el que tomó la palabra, y se esplicó en estos términos: "Aquí donde V. me ve, P. Fr. Gerundio, al parecer insignificante y de poco valor, ejerzo en la sociedad mas influencia de la que acaso nadie imagina. Bien que no ha faltado quien me dé alguna importancia, si no toda la que merezco, como lo prueba la *Tabacología de Noandri*, la *Pipa de tabaco de Browne*, los escritos de *Erskne*, las disertaciones de *Lesus* y de *Simon Pauli*, y los diferentes folletos que sobre mi uso se han publicado, llevando unos por título: *No mas tabaco*, y otros: *Siempre tabaco*.

Mientras un autor desconocido me nombraba *uno de los tres vicios de la época*, dándome por compañeros el piano y el champagne, el fogoso *Barthelémy*, el vigoroso autor de *Nemesis*, hace sobre

mí un brillante poema en tres cantos, titulado: *El arte de fumar*, en cuyo libro hallarán los fumadores á la vez una honrosa apología del tabaco, y una serie de lecciones útiles é ingeniosas sobre cada especie de cigarros y sobre cada manera de fumar. Esto os probará que si tengo impugnadores, cuento con ardientes defensores y apologistas tambien.

Pero ¿quién sabe? Quizá los mismos que me han impugnado fumaban con mucho gusto un cigarro al tiempo que escribian contra mí. Y si no, no hay mas que recordar lo que sucedió con cierto médico que, habiendo asistido por encargo del Dr. Fagon á una tésis contra el uso del rapé, sus narices estuvieron constantemente en desacuerdo y haciendo traicion á las doctrinas que sustentaba, pues tal era la costumbre que tenia de sorber, que maquinalmente, y sin saber lo que se hacia, estuvo todo el tiempo que duró la disertacion contradiciendo con las narices lo que enseñaba con la boca.

Por estas noticias conocerá su reverencia que he sido cigarro de literato. ¿Y qué hacia este mismo literato á quien yo pertenecí? De dia estampaba blasfemias contra los que aceptaban empleos del gobierno, y de noche se iba á solicitar un destino del ministro á quien mas duramente atacaba, y fumaba con él amistosamente un cigarro. El ministro no sabia que era él quien de aquella ma-

nera escribia. Despues (¡oh, si vierais por cuántas manos he pasado antes de llegar á las vuestras!) despues fuí enviado de regalo con otros 499 compañeros á un diputado, que habló muy acaloradamente contra una contrata de tabacos que acababa de celebrarse, y dos dias antes habia pedido participacion en ella. Por eso no estrañaria que mis mismos detractores me fumaran si á sus manos viniera, que así suelen obrar los hombres.

Y volviendo á la influencia que ejerzo en la sociedad, ésta es tal y tan grande, que no hay clase ni condicion que de ella no participe. En la boca de un hombre del pueblo, de un obrero sentado al sol, ó apoyado en una esquina,

.....en siete varas
de pardo monte envuelto....

como dice Jovellanos en sus Sátiras [1], represento el símbolo de la laboriosidad de la clase obrera española. El hombre trabaja para llegar á ser feliz, y aquel hombre ya lo es, porque cuenta con una libra de pan, un cuartillo de vino, y un cigarro para salir del dia. Le faltará el pan, y aun será feliz: le faltará el vino, y todavía no se tendrá por desgraciado: pero fáltele el cigarro, fáltele yo, y se tendrá por el hombre mas desventurado del mundo.

1 Tirabeque se quedaba asombrado de oir á un cigarro tan versado en las letras.

El calesero, el traginante, el mayoral de diligencia, conmigo en la boca, desafian al frío y la intemperie, y no hay para ellos tiempo crudo ni jornada larga. Ejecute un lidiador de toros una suerte vistosa; caiga á sus piés un chicote arrojado en premio de su maestría, y aquel hombre peleará si necesario fuese brazo á brazo con el bicho, y aun con una ganadería entera. ¡Tal es el aliento que sabe infundir un cigarro! El militar hace una marcha doble y penosa, y por remate de ella se encuentra sin rancho y sin racion. Pero dénle un cigarro, siquiera sea de una calidad infinitamente inferior á la mia, y lejos de sentir fatiga ni desfallecimiento, no hay sino llevarle á la refriega, y se comerá los enemigos crudos.

¡Qué interesante y magnífico cuadro el de aquel soldado de Napoleon, que en la batalla de Vemiero en Portugal, asaltado por una docena de caballos enemigos, volvia cubierto de heridas, y enseñando con orgullo la pipa encendida que no habia soltado de la boca durante aquella sangrienta y desigual refriega, decia: "ellos me han acribillado á sablazos, pero lo que es la pipa no me la han hecho soltar!" Bien merecia este bravo guerrero la condecoracion con que en premio de su bravura y serenidad le honró luego el mismo emperador.

¿Pero qué mas? ¿No alentaba el capitan del siglo á sus generales y soldados á que fumaran?

¿Cómo si no se habia de haber aventurado el intrépido Lassalle á penetrar en el campo enemigo acompañado solo de unos pocos caballos, con intento de quitar la pipa á un feld-mariscal? ¿No regaló el mismo Napoleon al mariscal Oudinot, como el mas digno presente que le podia hacer, una pipa guarnecida de piedras preciosas de valor de seis mil duros? ¿No tenia aquel valiente mariscal una coleccion de pipas, que podia competir con la del mismo duque de Richelieu, aquel ministro de la restauracion que dejó á sus herederos mas de trescientas, cuya venta les produjo una suma de cerca de medio millon de reales? [1]

Si de estas clases pasamos á los hombres de letras, ¡de cuántas ideas, de cuántos pensamientos felices se hubiera visto privado el mundo sin mí, ó al menos sin el auxilio de otros como yo! ¡Cuántas veces el escritor se afana, se impacienta, se acalora, pugna, batalla, suda y porfia por tropezar con la idea que le hace falta; y despues de haber trabajado inútilmente por largo espacio, me enciende á mí, á otro que sea como yo, y á las dos chupadas, ó antes si espera, la idea parece, y la estampa, y la consigna, y le vale fama, ó dinero, ó las dos cosas á la vez!

Yo sirvo de alivio en las penas, de entretenimiento en la ociosidad, de desahogo y respiro en

1 Tirabeque estaba aturdido de oir un cigarro tan histórico.

el trabajo; yo distraigo á los oficinistas mas de lo que quisieran los que están esperando el despacho de los negocios; yo soy causa inocente de que mas de cuatro diputados falten á mas de cuatro votaciones por estarme fumando en la sala de conferencias, y mientras ellos me queman yo me quemo tambien de verlos allí, porque á veces oigo la campana que los llama, y á pesar de eso no me quieren dejar. Yo evito á mas de seis acalorados jugadores cuando están de mala suerte el dejarse llevar del genio y cometer en su arrebato imprudencias ó tropelías; porque ya es sabido que á mal dar el mejor remedio es acudir á mí, y que soy todavía mas poderoso que la buena educacion. Cuando á ellos les quema el juego se desahogan con quemarme á mí, y yo me dejo quemar con la mayor paciencia.

Yo soy el postre mas sabroso de las cenas y comidas; el compañero inseparable del viajero, y el socio indispensable del cazador.

Aunque no tengo ideas propias, en lo cual no hago sino parecerme á muchos hombres, mis costumbres son completamente republicanas, y soy el verdadero tipo de la igualdad, y el que úno á la aristocracia mas empinada con la democracia mas abyecta. Yo doy derecho y libertad al último jornalero y al mas humilde artesano para detener al mas encopetado título de Castilla, y pedirle el fuego de su cigarro: éste tiene que acce-

der á ello, so pena de incurrir en una imperdonable infraccion de los buenos usos y costumbres del pais: aquel toma en su áspera mano con una marcialidad verdaderamente republicana un robusto y aromático trozo de regalía de mi pais y de la vuelta de abajo, le pone en íntimo y estrecho contacto con su chopo de Virginia, enciende, devuelve, saluda ó no saluda, da ó no da las gracias, y cada ciudadano prosigue su camino.

Pero mi república es muy semejante á la de Platon, porque tiende á una cuasi-comunidad de bienes. Todo el mundo se cree con derecho á los cigarros del prójimo: la educacion prescribe ofrecerlos; nadie escrupuliza en aceptarlos, y muchos tampoco hacen escrúpulo de pedirlos. Así doy ocasion á la generosidad, como autorizo el descaro.

Dicen que dádivas quebrantan peñas, y que los dos grandes móviles y seductores del corazon humano son el oro y la mujer. Así será, pero yo pudiera disputar muchos triunfos á estos dos agentes de corrupcion, con la diferencia que mis triunfos son mas nobles. ¡Cuántos hay que son inaccesibles al soborno del oro! ¡Cuántos á quienes no ablanda el halago de la mujer, y los gana y conquista un cigarro de buena calidad, dado oportunamente y en sazon! ¡Cuántas discordias tiene dirimidas un cigarro, y de cuántas amistades y buenas relaciones no ha sido principio y ocasion!

Triunfo noble, pacífico, desinteresado, por lo mismo que se me considera como objeto de poco valor.

Mi influencia en los tratos y comunicaciones amorosas no se sabe hasta dónde alcanza. En los hombres del pueblo yo soy el comodin universal y el pretesto nato de que se valen para sus intrusiones domiciliarias ó de tienda abierta, cada vez que quieren recrear su vista ó dirigir su rústica palabra á la Aldonza de sus pensamientos, si pensamientos puede suponérseles. La jóven de mas elevada educacion y clase, honesta y pundonorosa, quisiera dedicar una obra de sus manos al amante que á ella le dedica su corazon: pero ¿cuál será esta, que ni perjudique á su recato, ni lleve consigo los riesgos de las donaciones secretas que una imprudencia ó un incidente pudieran revelar? Si el jóven amante es fumador, los inconvenientes están salvados, el deseo de la jóven cumplido, y la vindicta pública satisfecha: le borda ó fabrica una petaca; ella lo ha hecho por inocente y amistoso pasatiempo, y él conserva con orgullo la prenda pretoria, y la usa á la luz pública; ¿porque á quién ha escandalizado nunca la fineza de una petaca?

Si el jóven amante es fumador, y la señora de sus pensamientos manifiesta ó indica no serle grato, hace espontaneamente el sacrificio de abstinencia: sacrificio duro, costoso, inmenso; pero sa-

crificio que no se pierde nunca, y que de seguro alcanzará la recompensa, porque el lauro es consiguiente al martirio.

Yo soy el barómetro mas cierto para conocer y graduar los grados de cultura social de cada individuo. Reparad al hombre de no muy esmerada educacion y no muy cultivado trato de gentes: él me saca de su bolsillo ante una reunion de finas y bellas damas, me enciende sin reparo, me fuma, y aunque oiga la tos que fatiga el diafragma y la epiglotis de la tierna niña, y aunque vea alterarse el color al rostro de la anciana mamá, amagada de congoja y semi-atacada de los nervios, aun no conoce ¡el muy inculto! que aquellos males los ocasiona su incendiaria tea, y continúa impávido hasta el *consummatum est* [1]. Por el contrario, jamas veréis al hombre de sociedad encenderme delante de señoras, ó al menos sin preceder la atenta pregunta de si incomodo, y hasta despues de obtenida la correspondiente vénia.

Lo propio que sucede con los individuos acontece con los pueblos y con los Estados. En nada como en el uso que de mí se hace se puede conocer la diferencia de carácter y costumbres que distingue á cada pais, y á cada nacion. En Inglaterra el fumarme en sociedad de señoras seria un delito, en Francia un desacato, en España un tes-

1 Cada vez se admiraba mas Tirabeque de oir al Cigarro hablar latin.

timonio de confianza adquirida. En aquellos paises, hasta los cafés y los carruajes, son lugares prohibidos para mí: en España, si se quisiera estender la prohibicion á estos puntos, equivaldria á una ley de desercion. Un frances se guardaria bien de tocar con su mano el cigarro de otro para encenderme á mí; un español no solo le toca y le manosea, sino que á veces hasta le chupa para avivarle. El trato social español es el mas franco y anti-ceremonioso de la tierra; el testimonio de ello soy yo.

Mucho se ha hablado de mis efectos higiénicos, de si perjudico ó no á la salud. La verdad sobre este punto creo que ya la ha fijado bien el adagio español que dice: "tabaco, vino y mujer &c." Y aunque yo por egoismo y aun por derecho de propia conservacion debiera sostener con el Dr. Fagon: *ex tabaci usu frequenti vitæ summa brevior*, defiendo sin embargo la apología del tabaco de Howel, y sostengo con el Dr. Contugi: *non ergo nocet cerebro tabacum;* se entiende, siendo de mi clase y calidad.

Así se esplicó el Cigarro. Concluido su discurso, pregunté á Tirabeque si le parecia que un cigarro como aquel deberia fumarse, porque me daba lástima y compasion reducir á cenizas un cigarro tan razonador y tan filósofo.

—Verdaderamente, mi amo, me contestó Tirabeque, que debe darle á V. lástima fumarle; y ten-

go para mí que fuera mas conveniente que le fumara yo, á ver si me comunicaba su saber.

—Anda, truhan, bellaco, le dije; lo que tú buscas no es su saber, sino su sabor. Y en tal caso *primero yo*, como dijo un suicida.

Y mi paternidad lo encendió y consumió, por lo cual no puede tener el gusto de ofrecerle á VV.

PROBLEMAS HISTÓRICOS.

I.

Un español se acercó al coche en que iba su rey, el cual, al verle subir al estribo de la portezuela, asomó la cabeza y le preguntó: "*¿Quién eres?—Soy*, le respondió, *un hombre que ha dado á V. M. mas provincias que ciudades le han dejado sus abuelos.*"

¿Quiénes fueron el español y el monarca?

II.

Un famoso privado ó favorito, más de la reina que del rey, como comunmente acaece, venció en

un torneo á todos los caballeros castellanos que se presentaron en la lid. Más adelante se ofreció voluntariamente en rehenes á sus enemigos á fin de restablecer el sosiego en el reino. Y por último, hizo la guerra á su propia hija por disimular que era su padre.

¿Quién fué?

FR. ANTOLIN Y FR. PELEGRIN,

O LOS DOS LEGOS,

EL UNO CANTANDO Y EL OTRO RIENDO.

Díjele dias pasados á Tirabeque al tiempo que me servia el chocolate: "esta noche, Pelegrin, si no tuvieras reparo en ello, te llevaria á la Cruz...

—Agradezco la merced, mi amo, me respondió: reverencio y venero la Santa Cruz como cristiano rancio que soy; pero en cuanto á llevarme á ella, paréceme escusado, puesto que ya nuestro Divino Redentor cumplió por todos los hombres, inclusos los legos.

—Válgame Dios, y cuán simple y cuán material eres, Pelegrin. He querido decirte al Teatro

de la Cruz, donde se ejecuta esta noche una ópera española, obra del hermano Basili, y cantada tambien por artistas españoles.

—Señor, eso es cosa muy distinta; y siendo así, escusado era decirme si tenia ó no reparo, porque lejos de tenerle iré de tan buena gana, que á haberlo yo sabido me hubiera anticipado á pedirle á V. licencia; y quien dice licencia dice tambien dinero, que no me hace menos falta lo uno que lo otro. ¿Y cómo no habia yo de ir con gusto á oir cantar en español, que es la lengua que Dios me ha dado, y la única que entiendo, cuando tanto lo he deseado siempre? Y si no recuerde V. las veces que me habrá oido decir: "¿cuándo será el dia, mi amo Fr. Gerundio, que tengamos ópera nacional, y que logre yo el gusto de oir cantar en español en España? Que es una mala vergüenza que los italianos hayan de cantar en italiano, los alemanes en aleman, y hasta los franceses en frances, siendo así que la lengua francesa, segun dicen los que lo entienden, es endiablada para la música, mientras que la española es tan á propósito para el canto como la que más, por su riqueza, suavidad y hermosura." Y así debe ser, porque yo mismo esperimento que si en alguna lengua se me compone cantar es en español, y en todas las otras encuentro mil dificultades.

Conque iré de muy buena gana, y desde luego doy la enhorabuena á ese Sr. Basili por ser de los

primeros á introducir en España la ópera española, que ya era tiempo; y lo que siento es, que si es español se llame todavía *Basili*, que es nombre que conserva cierto retintin italiano; que parece desgracia que los pocos españoles que han hecho algun ensayo de ópera nacional han de tener nombres medio italianos, como sucede tambien con el hermano *Saldoni;* y bien puede estar contento el hermano *Espin* de llamarse *Espin* y no *Espini*, y yo tambien lo estoy de que le haya faltado ese trís, aunque me alegraria más que se llamaran *Fernandez*, *Garcías* ó *Churrucas;* para que no dudaran los estranjeros que eran españoles macizos como lo son.

—Pláceme en gran manera, Tirabeque mio, verte tan apasionado y decidido por las artes españolas, aunque no esperaba yo menos de tí. Y aun te has de alegrar más cuando te diga, que sobre ser española la ópera de esta noche, las principales partes de ella son dos frailes y un diablo; con la circunstancia que los frailes son un guardian y un lego, como nosotros.

—¿Conque ha sido menester, señor mi amo, que vengan dos frailes á cantar en español para que haya ópera española? ¡Y me preguntaba usted que si tendria reparo en ir! Ahora no solamente quiero ir, sino que lo apetezco y anhelo. Y aunque estraño que siendo dos frailes las partes principales no hayan tenido la atencion de mandarnos

unos billetes por lo que fuera, y mas siendo nosotros tambien empresarios de otro teatro, eso no embargante si el lego necesitara mi hábito para salir á la escena, yo se le prestaria con la mejor voluntad; y no lo digo porque ahora no me haga falta, sino que lo mismo se le ofreceria aunque tuviera yo que ponérmele, que Dios sabe si llegará este caso, atendido..... Conque vengan, señor, vengan un par de Fernandos Sétimos, y me voy por los billetes ahora mismo antes de almorzar.

Al ver á Tirabeque tan resuelto, le dí unos Luis Felipes, que son los que siguen privando y abundando, pues los Fernandos que privan no son los Sétimos, como Tirabeque quiso significar, y á poco rato volvió muy contento con sus billetes.

La funcion lírica que habiamos de ver era el *Diablo Predicador*. Los diablos y el infierno son los que están ahora en boga en todos los teatros. Aquella misma noche se ejecutaba tambien en el del Circo el baile titulado: *Farfarella ó la hija del infierno*. En el Príncipe predicaba al propio tiempo otro diablo. De manera, que habia infierno y diablos en la Cruz, en el Príncipe y en el Circo. No faltaba mas que otro infierno en el Teatro de Oriente, y tambien le hubo. Cuidado que está la época infernal y diabólica.

El caso es que parece haberse propuesto hacernos perder el miedo al infierno y á los diablos, fa-

miliarizándonos con ellos y pintándonoslos amables, graciosos, risueños y bonitos. Pero sí, allá lo veredes. Pero no, no quiera Dios que lo veades, porque estoy seguro que no os habian de divertir gran cosa aquellos diablos, ni sus bailes y sus sermones. Yo no sé hasta qué punto sea conveniente familiarizar á los cristianos con una idea del infierno tan contraria á la que nos dan los libros de Moisés, de Job, de los Salmos y de Isaías. Pero en fin, no es mi ánimo ahora ponerme á predicar, y vamos á la ópera.

La impaciencia daba agilidad á las piernas de Tirabeque, y así fué que llegamos antes que se alzara el telon, con cuyo motivo tuvimos tiempo de recrearnos con sus alegorías, y de aprender de memoria los versos que sirven de inscripcion á la matrona que representa la *Música*, los cuales merecen ser trasladados á este Teatro, y dicen así:

La MÚSICA las fieras domestica,
y en nuestro corazon de las pasiones
los salvajes instintos dulcifica.

Sin negar la certeza de estas propiedades de la música, paréceme, á mí Fr. Gerundio, que en un teatro principal de la capital de un pueblo regularmente civilizado, y al cual es de suponer que concurre por lo general gente ya domesticada y de instintos no demasiado salvajes, paréceme, di-

go, que habia otras virtudes y otros efectos que poder atribuir á la música, sin necesidad de recurrir á las fieras y á los instintos salvajes. Al menos no creo que haya sido el ánimo de la empresa de la Cruz, al darnos funciones líricas, domesticar fieras ni dulcificar en nuestro corazon esos salvajes instintos que el telon parece nos supone. Pero alzóse éste, principió el coro de introduccion de la ópera, y ya no pensé más en los dichosos versos.

Parecióme muy bien este primer coro, lo mismo que el *andante* que le sigue, y en que toman parte Octavia y Ludovico, por mas que sus primeras notas suscitaran reminiscencias de otra ópera muy conocida. Yo no sé si Tirabeque se haria cargo de estas primeras piezas, pues dudo mucho que no le tuviera embargados los oidos la impaciencia de ver salir al guardian y al lego, los cuales no tardaron en aparecer.

La primera impresion que produjo su aparicion en Tirabeque, fué una mezcla de placer y de desagrado. De placer, porque le tenia muy grande en oir á los compañeros de hábito cantar en español; y de desagrado, porque se le causó el ver salir al lego Fr. Antolin con el hábito remangado por delante y enseñando unos pantalones blancos, puesto que de aquel remangamiento no habia una necesidad ni venia al caso, y esta prenda de uniforme ni él ni yo la habiamos visto usa-

da en ningun convento ni consentida por la órden. Yo no sé qué objeto pueda haberse propuesto el Sr. Salas en permanecer toda la funcion con el hábito remangado, faltando por una parte á la propiedad, y por otra no ayudando el tal recogimiento cosa mayor á la decencia.

Pero lo que hizo á Tirabeque saltar de su asiento fué el ver una gavilla de muchachos acometer al bueno de Fr. Antolin, y al compas de una lluvia de pedradas cantar á coro:

¡Muera el lego! ¡muera el lego!
que nos quita la racion.

Y al pobre fraile defenderse con las disciplinas del ejército muchachil, cantando á su vez:

Aquí tengo disciplinas
que levantan verdugon.

—Señor, me decia Tirabeque, tentaciones me dan de subir á defender á mi compañero; y si no me detuviera el temor de armar aquí un escándalo ya les hariamos ver á esos chicuelos que un lego no quita la racion á nadie. A nosotros sí que nos la han quitado, y hemos tenido paciencia y no hemos apedreado á los que nos hicieron la merced.

Entretanto los muchacos con las piedras y el

lego con las disciplinas continuaban la pelea cantando á su turno:

CORO.

No quede en la villa
un solo hermanuco
que gaste capilla,
que lleve cordon.
Sigamos unidos
la fiera batalla:
pedradas, silbidos
al fraile gloton.

FR. ANTOLIN.

¡La tierra parece
que brota muchachos!
¡El número crece
de tanto pelon!
¡Si salgo con vida
prometo en un año
hacer mi comida
con media racion!

La poesía, como se ve por esta muestra, es generalmente fluida y fácil, como de D. Ventura de la Vega. El coro es animado y vivo. Fr. Antolin se defendió tal cual y cantó bien, y Fr. Pelegrin se tranquilizó cuando vió á su compañero desprenderse de los muchachos.

Siguió á esto un andante de Octavia, á quien respondia Rugero desde el jardin, y luego apareció una decoracion de infierno con escenas y coros de diablos.

El infierno á fuerza de ser malo era un infierno bueno, es decir, como decoracion de infierno muy mala; como infierno muy tolerable, tan tolerable que se meteria uno en él sin inconveniente ni temor, que es la mayor prueba de la maldad de la decoracion. Pero lo horrible, lo feamente feo eran los demonios. Dudo mucho que los del verdadero infierno tengan un aspecto tan ingrato como los del Teatro de la Cruz. Si son así los ministros del averno, de buena gana puede uno hacer cualquier sacrificio para no condenarse á trueque de librarse de ellos. A los diablos del Circo cualquiera se puede arrimar; digo, si no quiere huir de una tentacion, pues mas parecen hechos para tentar que para castigar. Los de la Cruz castigarán, pero estoy seguro que no tientan á nadie. No sé de qué cabeza saldria vestir á los espíritus infernales con aquellas enagüillas. La idea, sin embargo, es diabólica. El mismo Luzbel, como cantante será bueno, pero como diablo no vale un demonio.

Bien que, ¿qué estraño es que ni Luzbel, ni su corte, ni el infierno valgan seis maravedís, cuando ni la gloria ni el arcángel S. Miguel que allí se aparece con la espada de fuego, valen mucho

mas tampoco? Hasta me temí que S. Miguel llegara á ser de los ángeles caidos, pues tal me hizo recelar el haber oido crugir la nube no nada vaporosa en que se apareció, y aun él mismo se conocia que no las tenia todas consigo.

Esto se entiende en cuanto al decorado, pues por lo demas cantan bastante bien aquellos demonios; y aun cuando la música no es tan infernal como debiera y pudiera, no ha dejado el compositor de sacar partido, tanto en la parte de canto, como mas principalmente en la de instrumentacion. Con esta escena concluye el acto primero.

Abrese el acto segundo con una decoracion que representa la iglesia del convento. Una comunidad entera de frailes franciscos entra en el coro, y una porcion de mujeres cubiertas con negros mantos se arrodillan en el cuerpo de la iglesia, y todos cantan un salmo lleno de majestad y melodía tanto en la letra como en la música. El hermano Basili ha estado en mi entender feliz en este coro, y lo estuvieron tambien los frailes como cantantes, pero como frailes.... ¡Poder de Dios y qué frailes! ¡qué cabezas! ó por mejor decir, ¡qué casquetes! ¡qué cerquillos! Fraile habia á quien el cerquillo se le venia por un lado á la oreja, y por el otro se le quedaba en la coronilla. Otros á quienes parecia que las patillas se les habian subido al cráneo. Otros que llevaban un saquillo de pi-

miento sobre la cabeza, con un círculo de pelos mal sembrados alrededor.

Así es que cuando el guardian cantaba:

El pueblo nos persigue,
nos niega ya el sustento....

decia Tirabeque: "la culpa acaso no la tiene el pueblo, sino los malos frailes; ¿cómo ha de respetar el pueblo á unos frailes tan mal perjeñados como estos? Por mi parte no los reconozco por hermanos de la órden."

Yo me reia de ver cómo se entusiasmaba mi lego. Los únicos que estaban tal cual en regla vestidos eran el guardian y Fr. Antolin, y aun Luzbel, que se apareció en esta escena vestido tambien de fraile, y estaba mejor de fraile que de diablo.

—Señor, me decia Tirabeque, aquí es donde se vé que el hábito no hace al fraile, puesto que debajo de ese hábito religioso se oculta un Luzbel. Y de esto debe suceder mucho en el teatro del mundo, no que solo en este. ¡Cuántos diablos habrá así cubiertos con el ropaje de santidad!

Un cambio de escena y decoracion interrumpió el discurso de Tirabeque. Y con mas gusto que las reflexiones de mi lego oí la cavatina de Octavia que siguió á las piezas concertantes anteriores.

En la escena 3ª de este acto es donde empieza á ser interesante el papel de Fr. Antolin, y donde empezó Tirabeque á reir y gozar. El lego de la ópera se sienta en una pradera, y dá principio á sacar de las mangas y capilla las provisiones que habia podido sisar al padre Forzado: y mientras él cantaba:

Salga de esta manga....
y vaya si es ganga
lo que aquí se oculta!....
un pollo que abulta
mas que un elefante.

Venga aquí delante
la rica empanada,
que tiene encerrada
una libra entera
de blanda ternera,
y aquí en la capilla
la calabacilla....

el lego de la luneta reia como un tonto, y me decia á mí: "Señor, lo mismo hice yo algunas veces cuando estaba en el convento: los legos nos parecemos unos á otros como los guardianes.

Gozábase él grandemente de ver á Fr. Antolin empinar la calabaza, y gozábase tanto como si fuera él mismo el que apuraba aquella vinajera de campaña. Mas cuando se hallaba trincando,

aparecióse repentinamente Luzbel vestido de fraile, y cortó la deliciosa sesion de la merienda; y no solamente la cortó, sino que hizo al lego repartir su pitanza entre los pobres. Tanto el coro de pobres, como las anteriores escenas, son muy animadas, de agradable entonacion, y producen muy buen efecto: sobre todo la plegaria de Fr. Antolin, cuando al mandarle Luzbel:

.....Saque á la plaza
pollo, empanada, pan y calabaza;

esclama en patético acento:

¡Adios, pollito mio!
¡merienda regalada!
¡adios, rica empanada!
¡adios, sabroso pan!

—Hagámonos cargo, mi amo, me decia Pelegrin; si de esta manera lamenta un lego el verse privado de la merienda por arte del diablo, ¿cuál no se lamentarian los padres maestros y jubilados al verse privados de la pitanza por los hombres del siglo? Y al fin la merienda de mi compañero Fr. Antolin se ha repartido á los pobres, que bien empleada está, y no es tan malo un diablo que se muestra tan limosnero; peor hubiera sido que le hubiera dado por declarar el pollo y la empanada

bienes nacionales, que entonces poco jugo le hubieran sacado los pobres. Y vea V. cómo á veces los diablos saben hacer mejor uso de las riquezas que los hombres."

De esta manera me entretenia Tirabeque, en términos que enfrente veia una ópera, y al lado tenia una comedia.

En el tercer acto sigue haciendo Fr. Antolin un papel importante. Tiene escenas y diálogos graciosos, ya con Laura, ya con Luzbel, y ya con Ludovico, siendo la mas chistosa y notable el sermon que de órden del diablo predica á éste. Cuando le decia:

Bárbaro! bestia fiera!
Rebelde pecador!
Que estás apisonando
Doblon sobre doblon!

no solamente reia Tirabeque, sino todo el público, que generalmente se alegra siempre de oir llamar á uno bárbaro, pero se complacia más de oirlo en castellano puro, que si no es una novedad en el Teatro social, lo era en el Teatro lírico, y el llamarlo en italiano ó en otro cualquier idioma no puede tener la gracia que en español.

La naturaleza de las funciones de mi Teatro no me permite estenderme á analizar más la presente, aunque pienso que basta para dar una idea de

ella. El papel de Fr. Antolin adquiere mayor realce desempeñado por el hermano Salas, que le ejecuta maravillosamente, ya como cantante, ya como cómico, aparte de aquello del remangamiento del hábito, y aun dudamos si Fr. Antolin deberia ser lego ó donado, diferencias y gerarquías que no todos están en el caso de notar como los que hemos sido frailes.

Los demas actores contribuyeron por su parte al buen éxito de la ópera, tanto como el decorado y trajes fueron en lo general lo mas á propósito para deslucirla. Creo que el haber hecho más, hubiera rayado en crueldad para con el Sr. Basili; el cual debe estar satisfecho del gran paso que ha dado hácia la introduccion de la ópera nacional; pues si bien su obra no carece de defectos, ni se podrá llamar una obra maestra, tiene muchas bellezas y agrada en su conjunto.

Como no hay todavía costumbre de oir óperas españolas; educado, digámoslo así, el oido y habituado á la dulzura y armonía del idioma y canto italiano, le hacen cierta novedad, no siempre grata á nuestro tímpano, algunas palabras y locuciones, especialmente en los recitados, ya de por sí no muy dulces en ninguna lengua, y cuya dureza contribuye acaso á disimular la misma estrañeza del idioma. Pero este inconveniente desaparecerá en mucha parte con la costumbre, y desaparecerá más, si los poetas ó autores de los

libretos cuidan de dar á la letra toda la dulzura, suavidad y armoniosas modulaciones de que es susceptible nuestro idioma trabajándolo.

De todos modos se va avanzando hácia la aclimatacion de la ópera española; y si los maestros compositores no desaniman en vez de alentarse, y si la academia real de música y declamacion que acaba de crearse cumple con el laudable fin de su instituto, es de esperar que tengamos pronto ópera nacional, y que vayamos saliendo de la tutela estranjera en que en el arte lírico, como en tantos otros artes, desgraciadamente estamos [1].

1 Desde luego califico de errada, de altamente errada, y altamente perjudicial al público, y á los intereses de la misma academia, y á los progresos de la literatura dramática española, una de las medidas que ha adoptado para premiar las obras dramáticas originales. La academia ofrece al autor ó autores el 6 p% del producto total de la entrada en cada representacion, si el drama fuese *de cinco ó mas actos;* el 5 p% si fuese de *cuatro;* el 4 p% si fuese de *tres;* el 3 p% si fuese de *dos;* y el 2 p% si fuese *de un solo acto.*

Esto de premiar en las obras del ingenio más la cantidad que la calidad, me parece un tanto material y prosaico; la base no la mas adecuada para justipreciar el mérito literario y artístico, y el gusto no muy conforme al de una época en que se busca y estudia el modo de hacer los viajes en las menos jornadas posibles. Lo que tendremos por este medio serán dramas muy largos y muy pesados, pues si Lope de Vega decia:

"Y pues el vulgo es necio, y paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto:"

nuestros actores dramáticos dirán:

Por decontado Tirabeque se felicita y dá mil enhorabuenas y se ha puesto muy vanidoso de que haya sido un lego el que mas se ha lucido en la primer ópera formal y entera que ha visto en español, y se le figura que no ha de haber ópera de provecho si no hay algun lego que la amenice.

Pues la estension á la Academia halaga,
y pues el seis por ciento es lo que importa,
la pieza, vive Dios, no ha de ser corta,
y allá van actos, pues por actos paga.

Y nos darán dramas eternos, y ellos harán muy bien, pero la Academia hace muy mal y á nosotros nos vendrá peor. Yo bien sé que un drama de 5 actos puede ser muy bueno, como hay muchos: pero páguese por el mérito, no por los actos. Y quién sabe si ese mismo drama seria mejor si el autor hubiera podido reducirle á tres, por aquello de:

Non debet fieri per plura
quod potest fieri per pauciora.

Cuanto mas que el gusto de la época tengo para mí que no está ni por discursos largos, ni por sermones largos, ni por dramas largos. No es justo en verdad que una pieza de *un acto* se pague tanto como una de *cinco;* pero pienso que una de *tres* puede tener mas mérito que una de *seis*, gustar mas al público, y dar mas entradas al Teatro de la Academia. La Academia, sin embargo, sabrá por qué lo hace.

LOS MONITOS.

¿En qué os parece, hermanos mios, que ha ido á buscar el pueblo de Madrid algun solaz y consuelo á la melancolía que era natural le produjeran los recientes y graves sucesos políticos?

Pues sabed que mientras pasaba todo eso de sesiones tempestuosas, de cambio de ministerio, de suspension de cortes, de manifiesto á la nacion, de decretos sobre imprenta, de cesacion de periódicos, de dudas y temores, de recelos y esperanzas; todas esas cosazas, en fin, que parece que encogen el corazon y hacen estar continuamente con aquello del "qué será? qué no será?" el pueblo de Madrid ha encontrado su distraccion, dichoso pueblo! en asistir á unas funciones de *monitos* que se dan dos veces al dia en el café de Cervantes, donde se les ha arreglado un teatrito muy *mono* correspondiente á los actores.

Lo cierto es que se hecho moda ir á ver los *monitos;* y va el pueblo, va la elegancia, va la aristocracia, va todo el mundo, y hasta hay apuros y dificultades para poder adquirir billetes.

Verdad es que los animalitos no dejan de hacer habilidades y monadas, como que los llaman los *monos sabios*, y bueno es ir á buscar y á admirar la sabiduría donde quiera que se encuentre: de manera que ese café, honrado ya con el título de *Cervantes*, y hecho ahora teatro de monos sabios, naturalmente debe trascender á sabiduría, pero yo me contentaré con que le quede la ciencia de hacer buenas bebidas y helados, que no faltará quien diga que lo ha menester.

Y puesto que se ha pronunciado el gusto por las funciones de monos, demos tambien á nuestros abonados funcion de monos.

Si quereis monos, monos tendremos....

La cualidad dominante y distintiva del mono dicen que es la imitacion. Yo no sé quién imitará mas, si el mono ó el hombre. Yo creo que á veces el mono es imitador del hombre, y á veces el hombre es imitador del mono. El hermano J. J. Virey, hombre que lo entendia, dijo: "*L'orang ne nous semble que la caricature de l'homme;* el mono no nos parece otra cosa que la caricatura del hombre." A lo cual no faltó quien le replicara: "*Et l'homme n'est souvent que la caricature de l'orang;* y el hombre no es muchas veces otra cosa que la caricatura del mono."

Y ya que estos dichos se nos han ocurrido al

paso, citaremos tambien el de aquel poeta latino, de cuyo nombre no me acuerdo, pero me acuerdo de lo que dijo, que fué:

"*¡Simia quam similis turpissima bestia nobis!*
Es el mono, no hay duda, un fiero animalucho
que al hombre sin embargo se asemeja mucho.

Así es que muchos naturalistas llegaron á sostener que el hombre era un *mono perfeccionado*, ó que el mono era un *hombre salvaje*, dando demasiada importancia á la similitud de la estructura fisica y conformacion orgánica de los dos seres. Pero este error, en que sin embargo incurrieron hombres doctos, está ya á todas luces demostrado, y ya no hay quien ignore que entre el hombre y el mono no hay concatenacion, y que media entre ellos una barrera infranqueable, como entre el hombre y cualquier otro bruto, si no hay quien pida la palabra para rectificar. Esto no quita para que haya hombre á quien el mono mas mono no aventajará en esto de hacer monadas. Pero vamos al teatro de los monitos del café de Cervantes.

No pudiendo mi paternidad prescindir de la cualidad de hombre, y de consiguiente de la de imitador, incurrí tambien en la flaqueza de ir á ver los monitos, si bien mi determinacion la justificaba bastante la obligacion en que me he constituido de observar las costumbres sociales de es-

te siglo ilustrado, y la curiosidad consiguiente y necesaria de saber á qué se reducia lo que tanto atractivo parecia tener para los moradores de esta coronada villa.

Justo era tambien llevar á Tirabeque. ¿Cómo privarle de ver los monos? Le hubiera tenido á él de monos todo el mes. Pero tal era ya la escasez de billetes que no pudimos proporcionar estar juntos.

El aspecto y perjeño del Teatro-Café indicaba ya bastante lo que prometia la funcion. Unas tiras de percal mas ó menos anchas, encarnadas unas, blancas otras, y otras azules, presas con alfileres como leccion de estudiante holgazan, cubriendo unas mal aserradas tablas, mas divididas que las opiniones políticas, y que á la legua mostraban no ser las de la alianza por la poca que tenian entre sí, con un telon tambien de percal encarnado con ciertas manchas como la vida de algunos hombres públicos, era lo que dividia el escenario, y lo único que podia entretener al espectador en la larga hora que medió desde la anunciada en el cartel hasta que dió principio la escena. Y era de admirar la pachorra con que doscientos ó trescientos españoles, que acaso no tienen paciencia para esperar un cuarto de hora por una misa en dia de precepto, sufrian aquella larga moratoria por el gusto de ver los monitos.

Al fin se corrió el telon; se descubrió un mag-

nífico y sebero alumbrado (sebero con *b*, se entiende, porque eran cabos de velas de sebo); se dejó oir una orquesta de clarinete y de dos arpas, tañidas por dos Davides ambulantes, aunque no perseguidos, con acompañamiento de chillidos de monos y aullidos de perros, que eran los tiples y tenores, y se presentó en seguida el *Sr. Donato*, director de la compañía, el cual nos anunció en un español macarrónico que iba á dar principio la fiesta.

En efecto, salió el primer mono vestido de arlequin, y ejecutó varias suertes en la cuerda floja con bastante limpieza y agilidad. El mono no dejaba de ser sabio en cuanto á funambulismo: se agarraba perfectamente á la cuerda, y en este punto hubiera podido dar lecciones á mas de un ministro, y á mas de un ministerio. Bien que muchas veces no consiste tanto en asirse bien á una cuerda, como en saber á qué cuerda conviene agarrarse. Y por otro lado, de poco sirve agarrarse bien á una cuerda, si á veces sucede que la cuerda misma se viene abajo por faltarle el puntal. La gente se divirtió con aquel mono, aunque no hizo cosas estraordinarias.

Al mono acróbata se siguió el llamado *ginete*, que salió vestido de indio, caballero sobre un perro de muy fea catadura. Las pretensiones de aquel mono eran imitar los ejercicios ecuestres de Franconi; pero hízolo con tan poca habilidad como los

muchos que han querido imitar á Napoleon y á Washington. El mono sabia poco y tenia mas miedo que vergüenza, y el perro lo hizo lo mas perramente posible. No daba un paso dentro del círculo de la ley. El látigo del maestro trabajó mucho con él; pero el látigo le intimidaba, no le enseñaba: lo que le hacia falta era educacion.

Salió luego la *señorita Batavia* acompañada de un paje de cola con una linterna en la mano. La señorita era una perra, y el paje un mono. La perrita walsó medianamente con el Sr. Donato su dueño. El público ilustrado celebró grandemente el ver á un hombron como el Sr. Donato empleado en bailar con una perra, con toda la dignidad de un hombre.

No recuerdo si antes ó despues de la perra coreógrafa, ejecutó varios saltos el mono *payaso*, "de mucho gusto y habilidad (decia el cartel), atendiendo que los ejecutará *un animal indoméstico*." Pero como tocaban las harpas, y

"La música las fieras domestica,"

trabajó ya el *payaso* con cierta domesticidad. Y ahora va lo mejor.

Lo mejor fué el mono *presidente*. Al anunciar nada menos que á un *presidente*, me figuré desde luego ver salir un mono grandazo. Pero fué al reves; era un *presidente* muy chiquito. Púsole sobre

una mesa, y empezó á tocar varios instrumentos, entre ellos el violin. Váyase por tantos *presidentes* como hemos visto tocar el violon. No era ésta, sin embargo, su mayor habilidad. El *presidente* manejaba el sable con mucha destreza, y con él sostuvo una especie de duelo con el mismo Donato.

El *presidente* tenia muy mal genio, y se las apostaba á su dueño y señor, el cual se veia y se deseaba para hacerse obedecer. En una ocasion se declaró en rebeldía, se fugó de la mesa, salió hasta cerca de la primera fila de espectadores, y asustó al pueblo. Pero Donato tiró de la cuerda, le trajo á mandamiento, le pidió cuenta de su transgresion, y se la pidió de un modo fuerte, mas fuerte de lo que á nuestros tímpanos convenia, porque le castigó severamente, y los chirridos del mono lastimaban los oidos de una manera intolerable. El mono se hizo mas dócil, pero Donato revindicó su poder muy á costa de nuestras orejas.

La segunda y última parte de la funcion fué la cena de los monos. Sentados todos á una mesa (escepto el Sr. Donato, que permaneció supino), parecian.... yo no sé que parecian engullendo á presencia del público. Serviales un mono que hacia de cocinero, con su mandil y su gorro blanco. Este recibia las órdenes del director, y llevaba y traia las luces y los platos con mucha agilidad, y aun los lamia con muchísima monada en el cami-

no. Todos los monos devoraban grandemente y mostraban tener buen apetito, y hacíase notar el *presidente* por su impaciencia; propiedad de los genios vivos.

Soplaron tambien sus botellitas correspondientes, y hubo alguno de ellos que se embauló tres ó cuatro. La cena fué divertida. Allí se presentó un monazo, el mas grande y el mas feo de todos, al cual no habiamos visto trabajar, y no hacia mas que callar y engullir. Tambien entre los monos hay gente que come y no trabaja, que calla y engulle, como entre los hombres.

Comida hecha, conversacion deshecha. Así se verificó, anunciándonos el Sr. Donato, que la funcion habia concluido.

"Y bien, Tirabeque, le dije al salir á mi lego; ¿qué te ha parecido de la funcion? Que como estaban nuestros asientos algo separados, nada te he podido preguntar.

—Señor, me respondió, no me ha parecido mal. Lo que siento únicamente es no haberme podido quitar de encima en este rato unas cuantas docenas de años, y haberme quedado en cinco ó seis cuando mas, y entonces hubiera gozado mucho, porque paréceme que es diversion propia para niños, no que para gente barbada.

—Pues yo creo que en eso te equivocas, Pelegrin; porque ahí has visto varones bien ancianos y respetables; señoras de todas edades y catego-

rías, hasta las mas elevadas, y de lo mas selecto y elegante de nuestra culta sociedad; has visto diputados y senadores, que como ahora están cesantes vienen á darse un rato de solaz con los monitos; has visto, en fin, toda clase de personas, y todos parece que salen satisfechos y contentos de la funcion; y una prueba de ello es que se llena el *teatro* dos veces cada dia, y los billetes mas escasean que sobran.

—Señor, eso es precisamente lo que yo estraño; porque al cabo, que los niños y los legos viniéramos á ver los monos, nada tendria de particular; pero que la gente ilustrada del siglo de las luces, en la corte de un reino civilizado, muestre tanto afan por ver unos monitos....

—Todo lo hace la moda, Pelegrin. La moda que lleva las gentes de un paseo á otro, y hace que sea elegancia y buen tono pasear quince dias en Atocha y otros quince dias delante de las verjas del Botánico, esa misma moda las trae á ver los monitos. Porque los hombres obramos todos generalmente por imitacion como los que acabas de ver.

TRAJES DEL SIGLO.

Encontráronse unos ciudadanos al anochecer en uno de los dias de Marzo frescos y ventosos.

El hombre iba diciendo: "Con estos vientos el que no tiene bufanda perece; es capaz de coger una pulmonía. Hay que abrigarse mucho."

La señora decia entre sí: "¿A que no me ve el ojo *de la nube?*"

No se sabe si era una sola nube la que llevaba, ó eran dos: una en la cabeza y otra en el ojo, y con la una tapaba la otra. Todo podria ser.

EL CULTO DEL SIGLO.

Los israelitas adoraron el *Becerro de oro* al pié del monte Sinaí. En el siglo XIX se adora al *Hombre-moneda.* El nombre es el que ha variado; el culto es el mismo.

Todas las clases de la sociedad se prosternan y humillan ante el *Hombre-moneda*. El que no le inciensa le dobla la rodilla. Religion civil del siglo *de lo positivo*.

Moisés se irritó contra los israelitas que adoraban el *Becerro*, y redujo el ídolo á cenizas. Ahora busco un Moisés, y no le encuentro. No hallo mas que israelitas.

LA CIVILIZACION.

CONFERENCIAS GERUNDIANAS.

CONFERENCIA QUINTA.

Consigue Tirabeque salir de sus dudas y confusiones [1].

Grandes eran las que á mi buen Pelegrin atormentaban al ver la manera enigmática y en cierto modo misteriosa con que D. Magin se habia esplicado en las conferencias anteriores acerca de la

1 Las conferencias 1.ª, 2.ª y 3.ª se encuentran en el tomo 1.º, páginas 30, 35 y 294, y la 4.ª en la pág. 25 de este tomo.

moderna civilizacion, ya sosteniendo que la civilizacion del siglo no hace á los hombres mejores y mas virtuosos, antes los desmoraliza y corrompe, ya probando que no los hace tampoco mas felices, sino mucho más desgraciados, y ya presentando el progreso industrial como fuente y causa de la miseria pública y de la ruina de las clases obreras; pero protestando siempre por conclusion que era el mas apasionado amante de la civilizacion y del progreso, y prometiendo probarlo así mas adelante.

Todo esto tenia á Tirabeque zozobroso é inquieto, no acertando á comprender cómo pudiera avenirse lo uno con lo otro. Así fué que tan luego como otra vez nos reunimos tomó el primero la palabra y dijo:

—Vamos claros, Sr. D. Magin, y V. perdone. Yo he asistido á las pláticas de estos dias de atrás solamente por obedecer á mi amo, que me dijo que así me convenia para civilizarme, y lo que me ha sucedido es que en tal de civilizarme me han metido VV. entre los dos en un dedal de confusiones.

—Dédalo querrás decir, Tirabeque, le repliqué yo, que no dedal.

—En un laberinto de confusiones es lo que quiero decir, me respondió, y lo peor de todo es que llevo ya muchas noches sin poder reconciliar el sueño. . . .

—A lo que veo, hermano Fr. Gerundio, me dijo D. Magin, será menester civilizar á Tirabeque á la inglesa, es decir, al modo que los ingleses civilizan á los chinos, dándole opio para que duerma.

—Lo que es menester, Sr. D. Magin, replicó mi lego, es que me enseñen VV. cosas mas fundadas en razon que las que me han enseñado en las otras pláticas; porque eso de pensar que vaya yo á creer que con la pobreza puede un hombre ser feliz, es pensar que me mamo el dedo, y lo que siento es no poder hacerme muy desgraciado haciéndome muy rico, y VV. serian dueños de ser tan pobres y tan felices como quisieran, que no se lo envidiaria. Y lo mismo digo en lo tocante al porvenir del mundo y á las demas ideas que el Sr. D. Magin ha remitido referentes á las máquinas y á otros adelantos, que él nos pinta como malos teniéndolos todos por tan buenos.

Y así el Sr. D. Magin me hará el favor de esplicarme, si lo tiene á bien, cómo se entiende y conglutina todo eso, dejándose por ahora de novelas, que podrán ser buenas para despues, puesto que ahora me urge salir de estas confusiones que me mortifican y quitan el sueño, á no ser que el Sr. D. Magin se proponga burlarse de un pobre lego como yo.

—Moderacion en esa lengua, Pelegrin, le dije, y un poco mas de urbanidad.

Entonces tomó el hermano D. Magin la palabra

y dijo: "voy á satisfacer al desconfiado y receloso Tirabeque, y al propio tiempo veré hasta qué punto conviene el hermano Fr. Gerundio conmigo en el modo de considerar la moderna Civilizacion.

Yo comprendo que el espíritu humano tiende constantemente á su perfeccion, y así es natural que suceda, puesto que para cultivarle y perfeccionarle se le dió Dios al hombre, no para que le tenga en la inaccion y en la ociosidad. Así todo lo que se encamine á perfeccionar las facultades intelectuales del hombre, todo lo que se dirija á llenar el grande objeto de su creacion y á hacerle feliz, es muy propio de su dignidad, y no puede dejar de ser recomendable y plausible. Tales considero yo los progresos en las artes y en las ciencias, progresos de que indudablemente puede vanagloriarse el siglo, y que bien dirigidos pudieran traer bienes inmensos á la humanidad.

Pero al propio tiempo estoy viendo á esta misma humanidad plagada de males; los hombres no son mas felices que eran; los delitos varian, pero no disminuyen. ¿Qué le falta pues á esta Civilizacion? ¿Cómo descartar de la sociedad estos males, ó al menos hacer que no escedan á la suma de los bienes? Este es el gran problema que los hombres tenian que resolver. Veamos lo que hacen para resolverle. Estudiemos la marcha de las naciones que se dicen mas civilizadas y de sus gobiernos.

Yo encuentro por todas partes establecidas brillantes escuelas, soberbios institutos, magníficos colegios, academias y universidades destinadas á la enseñanza y estudio de las ciencias. Yo veo cultivarse, propagarse, estenderse, popularizarse todas las ciencias, todos los ramos y conocimientos del saber humano. Veo la industria y la mecánica desarrollarse de un modo prodigioso; la física y la química enriquecerse cada dia con nuevos é importantes descubrimientos; las artes de adorno, de lujo y de recreo adquirir una perfeccion admirable; la literatura cundir hasta las clases en que no habia penetrado nunca; las prensas tipográficas no bastar á difundir las concepciones literarias con que las abruman los hombres; los liceos multiplicarse; enriquecerse los museos; henchirse de volúmenes las bibliotecas; y por apéndice y complemento de todo, veo esas cien mil enciclopedias diarias, esos cien mil vehículos de la ilustracion que con el nombre de periódicos trasmiten con la rapidez del rayo y venden á bajos precios toda clase de conocimientos literarios, científicos é industriales, y los llevan á los lugares mas ignorados y oscuros, y los ponen al alcance de los mas rudos entendimientos y de las mas escasas fortunas. Las ciencias, las letras, la industria, todo progresa en este siglo; esto es indudable, y yo lo aplaudo.

Pero con todo esto yo no veo á los hombres ni

á los pueblos ni mas virtuosos ni mas felices. Yo veo á los paises mas civilizados trabajados de un pauperismo horroroso; yo veo enjambres de proletarios en las naciones mas cultas; yo veo emigrar de los Estados que se dicen mas florecientes, poblaciones enteras que van á buscar una existencia incierta en las regiones ignoradas; yo veo multiplicarse los suicidios ocasionados por la miseria y la desesperacion; yo veo á los hombres vagar en busca de una felicidad que no encuentran; yo veo las leyes y los tribunales insuficientes á reprimir el robo y el latrocinio que tienen en perpetua alarma la sociedad; yo veo el asesinato convertido en suceso ordinario y comun; yo veo el dolo presidir á los contratos, multiplicarse las quiebras fraudulentas, falsificarse los documentos en que debiera descansar la fe pública; yo veo la infidelidad conyugal hecha un tema de conversaciones indiferentes á fuerza de la repeticion de ejemplos; yo veo la desconfianza mutua inoculada en el cuerpo social, y que nadie se fia de nadie; yo veo el individualismo entronizado, el agiotaje dictar las negociaciones, medirse el valor de los hombres por el de sus riquezas, no preguntar de dónde han venido sino quién las posee, y hacerse el paganismo del oro la religion civil de los Estados."

—Y lo peor que tiene todo lo que V. acaba de relatar, Sr. D. Magin, interrumpió Tirabeque, es

el ser cierto, que aunque yo no lo he entendido todo, por el hilo de lo poco que comprendo saco el ovillo de lo mucho que no alcanzo.

—Lo que no debieras alcanzar, Pelegrin, le repliqué yo, es esa endiablada é incorregible costumbre que tienes de interrumpir, y que me habrá de obligar á cerrarte la boca algo mas fuertemente que la cierra el Santo Padre á los cardenales en dia de consistorio.

A tan séria insinuacion enmudeció Tirabeque, y D. Magin continuó su discurso diciendo:

—Pues bien, si la moderna Civilizacion ó produce ó mantiene todos estos males, ó por lo menos no los disminuye, ya que estirparlos de todo punto de la sociedad sea imposible, ¿qué le falta á esta Civilizacion para ser tan provechosa como debiera ser á los hombres y á los pueblos? ¿en qué consiste que ni los hace mas virtuosos, ni les labra la felicidad?

Harto se deja comprender, y harto se debe inferir de las ideas que en las conferencias anteriores he enunciado. En que le falta la base de la felicidad de los hombres y de los imperios; en que hemos perdido en costumbres lo que hemos ganado en ilustracion; en que el órden de la Civilizacion está invertido; en que el egoismo ha reemplazado á la moralidad y el sórdido interes á la virtud.

Veamos si no qué hacen los gobiernos de las

naciones ilustradas para moralizar la sociedad.

Yo veo la venalidad y la intriga servir de escala para asaltar el poder, y despues de alcanzado servirse de las mismas para conservarle. Veo el favoritismo reemplazar el lugar del mérito, y la modestia interpretarse por simplicidad.

Yo veo entronizada esa especie de filosofia práctica, que en espresion de un célebre orador revolucionario, "convirtiendo el egoismo en sistema, mira á la sociedad humana como una guerra de astucia, la fortuna como la regla de lo justo y de lo injusto, la probidad como un negocio de placer ó de decoro, y el mundo como el patrimonio de los bribones mas diestros."

Yo veo ajustar á los hombres como mercancías y poner los talentos á jornal, y regatearlos como los trabajos de un ganapan.

Yo veo las cruces de honor aplicadas al mérito de ocho mil ducados de renta; y en llegando á quince mil duros se adquiere un derecho incontestable al título de conde ó marques [1].

Por otra parte, yo veo con el sabio Filangieri [2], ponerse premios para el descubrimiento de la

1 *Rotchild*, por ejemplo, se ha contentado hasta ahora con ser baron: mañana que deseara ser príncipe ¿quién seria osado á desairarle? Por de contado la diferencia de religion no le estorba llevar la gran cruz de Isabel *la Católica*. El oro iguala todas las religiones en el siglo XIX.

2 Introduccion á la ciencia de la legislacion.

mas homicida evolucion. Se ha señalado doble sueldo al artillero que ha encontrado el secreto de cargar el cañon en solo cuatro segundos. Hemos adelantado tanto en esta arte destructora, que nos hallamos en estado de acabar con veinte mil hombres en el espacio de pocos minutos. La perfeccion en la ciencia mas funesta á la humanidad hace ver que indudablemente está viciado el sistema universal de los gobiernos.

Yo veo esas magníficas esposiciones públicas de industria, y los premios que se adjudican á los inventores de un adelanto artístico, ó de un perfeccionamiento industrial.

Yo veo disponer solemnes certámenes, y ofrecer y aplicar cuantiosas recompensas al caballo de mejor estampa, ó mas veloz en la carrera. Yo veo decretar pingües sumas al que sepa engordar mas un buey, y veo pasear al buey gordo lujosamente engalanado por las calles de una de las capitales mas cultas como una de sus mas brillantes glorias [1].

Yo veo aplicar premios públicos al que presente un perrito faldero de mas finas lanas y de mas diminutas proporciones, y he tenido en mi mano uno de estos afortunados animalitos que llevaba colgado al cuello el diploma de honor ganado en otra de las capitales del mundo civilizado [2].

1 Como se ve en la pág. 104 de este tomo.

2 En Lóndres.

Yo veo establecer muy serios concursos y premiar muy liberalmente al que posea un canario que trine y gorjee mejor que los demas [1].

Yo veo reunirse un tribunal de jueces respetables y entendidos para fallar y adjudicar el premio al que presente la mas temprana ó vistosa flor, ó la mejor cebolla de tulipan [2].

Yo veo á la majestad de uno de los mas cultos y poderosos Estados, dispensar premios honoríficos al que invente un nuevo betun para *ilustrar* botas, ó al que descubra ó perfeccione un calzador de zapatos [3].

Ahora bien: en cambio de la apoteosis del oro, y al lado de la proteccion que algunos gobiernos dispensan á ciertas futilidades artísticas, ¿qué premios otorgan á la virtud, y con qué recompensas alientan á los hombres á ejercer la moral y la filantropía?

Yo no veo premiar al padre de familias que mejor eduque sus hijos en la práctica de las acciones virtuosas. Yo no veo que se decreten recompensas á la jóven, pobre, huérfana y hermosa, que ha sabido vencer todos los halagos de la seduccion. Yo no veo que ningun gobierno ilustrado se acuerde de premiar al que sustenta con

1 En Bélgica.

2 En Inglaterra y Holanda.

3 Traslado á los *Brevets d' invention* de nuestros vecinos.

el sudor de su rostro una numerosa familia, y dá á cada uno de sus hijos una ocupacion honrosa y útil á la sociedad. Yo no veo ni alentar ni premiar al que se sacrifica por el amigo, ni al que dá hospitalidad al estraño, ni al que recoge y alimenta al huérfano desvalido [1], ni al que evita de caer en la desesperacion á un desgraciado, ni al que vuelve la paz á una familia desavenida, ni al que se interpone para dirimir un litigio odioso, ni al que pone en peligro su vida para salvar un náufrago [2].

1 Pudiera citar una honrada y benéfica familia de Madrid, que no há muchos dias ha recogido una inocente criatura que quedó huérfana y sin amparo, y la alimenta y educa con tanto interes y esmero, como si de su propia familia fuese. Si este virtuoso ciudadano fuera algun cantante ó pianista estranjero, ya hubieran llovido sobre él obsequios y presentes de todo género: como es solamente un bienhechor de la humanidad, ni nadie lo sabe, ni nadie se cuida de saberlo, cuanto mas de premiarle.

2 En Octubre último un honrado é intrépido marino español, el Sr. Dolz, capitan del bergantin goleta *Vírgen del Cármen*, llevado de su filantropía salvó con el mayor arrojo y á riesgo de su vida en alta mar toda la tripulacion del buque náufrago frances, el *Ródano*. El parte de esta generosa accion se insertó en la Gaceta del gobierno; pero se insertó *el parte* nada mas: *el premio* se quedó en el tintero. Quien le premió despues con una medalla de oro fué el gobierno frances.

En Francia, en la Academia francesa, es donde se hace anualmente una distribucion de premios *á la virtud*, gracias á la fundacion y donativos de Mr. de Montyon. En la de este

Lo que veo es que el que no desprecia la virtud la desatiende, y si alguno la elogia es para dejarla pobre y desnuda.

Con esto, ¿qué estraño es que cunda el vicio, y crezca y se desarrolle la corrupcion, y que los crímenes infesten la sociedad? Así en el año 46 del siglo de las luces se ve la prostitucion pasear con insultante orgullo su ignominiosa frente por las calles públicas; las cárceles rebosan de criminales; pueblan los presidios de España mas de veinte mil desgraciados, y en sola la Inclusa de Madrid entran seis espósitos cada dia: ¡bello y lisonjero cuadro de la moralidad de nuestro siglo!

—Me dá V. licencia para decir dos palabras, mi amo? me preguntó Tirabeque con timidez.

año último se adjudicó el primer premio á una tal *Juana Jugan*, que de simple criada de servicio llegó con su ingenio, su trabajo, su conducta y sus ahorros á fundar un hospicio de 65 personas, niños, viejos, enfermos y heridos, á todos los cuales alimentaba con el fruto de sus esfuerzos y economías.

Mas para que se vea que en medio de estas buenas apariencias la virtud siempre ha de ser postergada, todo el premio de aquella buena mujer se redujo á *tres mil francos*, mientras por otro lado la misma academia ofrece un premio de *diez mil francos* al autor de una pieza dramática en cinco actos y en verso. ¿Cuál será mas provechoso á la humanidad, una tragedia en cinco actos, ó un hospicio en que se remedian las tragedias de 65 desgraciados, debido todo á los esfuerzos de un alma virtuosa? Así se premia la virtud donde parece que se premia mejor.

—Dílas, le respondí, con tal que sean palabras y no desatinos.

—Digo pues, Sr. D. Magin, que no es en los muchos miles de ciudadanos que llenan las cárceles y los presidios en donde encuentro yo la falta de moral que V. dice.

—Pues dónde hemos de buscar otro testimonio mas vivo....

—Otro hay mas vivo que éste todavía, Sr. D. Magin, y yo le dijera con tal que mi amo no se enfadara.

—No me enfadaré, Pelegrin, le dije, si es cosa que puede esclarecer la importante materia de que tratamos.

—Pues con el permiso de mi amo (continuó), digo, Sr. D. Magin, que no hallo yo la falta de moral en unos cuantos miles de desgraciados que llenan los presidios y las cárceles, sino en otros muchos mas miles que debieran estar en ellas y se pasean muy satisfechos por las calles, y les quitan el sombrero al pasar, ó viven en sus casas con algunas mas comodidades que V. y que yo.

—¡Pelegrin, que te me desmandas!

—Estoy en la cuestion, mi amo. Y fáltame decir al Sr. D. Magin, que estamos en un siglo en que se prende al que roba un pañuelo, y se deja libre al que adquiere millones por los medios que prohiben los mandamientos de la ley de Dios; en

que se castiga al que en un acaloramiento hace un rasguño á otro, y no se castiga al que sacrifica los hombres á centenares; en que se condena, y bien condenado, al que asesina á otro hombre, y no se condena al que hace miles de familias desgraciadas, y si no las mata directamente, las mata de un modo lento, que suele ser peor. Y á todos estos en tal de castigarlos, acaso se los reverencia y acata. Y esta tampoco es la Civilizacion que yo quiero; y así hace muy bien el Sr. D. Magin en declararse contra ella.

—Ya me parecia á mí, Pelegrin, le dije, que te habias de descolgar con alguna de las que acostumbras.

—Señor, yo soy un pobre lego que dice las cosas como las alcanza y nada mas. Y con tal que ellas sean ciertas y verdaderas, como pienso que lo son las que acabo de decir, y otras que me quedan guardadas para mejor ocasion, esto es lo que importa y hace al caso y no otra cosa. Y en cuanto á lo que dice D. Magin, que la prostitucion anda descaradamente por las calles, contentárame yo tambien con que solo en las calles hubiera prostitutas, y no....

—Silencio, Pelegrin, le dije; y prevéngote que no vuelvas á desplegar tus labios.—No haga V. caso, hermano D. Magin, de este imprudente, y prosiga V. su filosófico discurso, que pienso hemos de venir á estar de acuerdo sobre las causas que

producen la desmoralizacion social que lamentamos.

—He dicho, prosiguió D. Magin, que lo que en mi entender ocasiona que la civilizacion corrompa la sociedad en lugar de moralizarla y haga á los hombres desgraciados debiendo hacerlos felices, es que el sistema universal de los gobiernos está viciado, es que el órden de la civilizacion está invertido, es que se dá el último lugar á lo que debiera ocupar el primero.

Yo acuso solemnemente, digo con el ilustrado *Laurentie*, yo acuso solemnemente á nuestra época de cuidarse mas de la *instruccion* que de la *educacion moral* de las nuevas generaciones. Se multiplican las escuelas, es verdad, ¿pero se piensa en moralizar la sociedad? *Los bienhechores de la humanidad*, dice este escritor filosófico, *son los que se consagran á hacer reinar la virtud en el mundo.* Si los estudios (añade) no se han de encaminar al perfeccionamiento moral del hombre, *maldeciria hasta la instruccion*, la ignorancia acaso le seria mas provechosa. ¿Qué son las bellas artes sin la virtud? Acaso la futilidad de un dia, ó bien un alimento de vanidad. Las bellas letras templan la austeridad de las costumbres, hacen amable la virtud, pero ellas solas no hacen al hombre bueno, porque un gran artista, ó un gran literato, puede ser tambien un gran malvado. Las bellas artes deben encontrar formado el corazon. Todo

consiste en que el órden de la civilizacion está invertido.

"La moral, dice otro escritor contemporáneo no menos erudito[1], tiene una influencia inmensa sobre los destinos públicos de las naciones..... Pero la moral apenas se enseña sino en la niñez, ó bajo la tutela de la metafisica ó de la teología. *Es una de las lagunas mas profundas de la enseñanza moderna.* La moral debe siempre aplicarse al estado social del pais, á su política; pero debe *dominar esta política*, debe *descollar sobre toda la situacion de un pueblo.*"—En nuestros dias la política es la que domina y avasalla la moral, si es que no la asesina. El órden de la civilizacion está invertido.

"El *egoismo* de las preocupaciones *materiales*, esclama otro escritor distinguido[2], la avidez de los goces *que se tocan y se compran*, la fiebre de las ambiciones envidiosas, *la postracion de la dignidad humana ante el becerro de oro*, hé aquí el mal que hay que temer y que convendria conjurar. Hé aquí el escollo de una *Civilizacion*, cuyas ventajas por otra parte no desconocemos y nos guardaremos de maldecir. El espiritualismo cristiano será, lo esperamos así, el aroma divino que

1 Mr. Matter, autor de varias obras de educacion y moral, entre otras una titulada: *De la influencia de las leyes sobre las costumbres.*

2 Luis de Carné.

impedirá que se corrompa el mundo *apegado á la materia.* Si el soplo de Dios no corriera sobre estas olas, *cuya brillante superficie encubre tantos gérmenes de corrupcion*, seria menester desesperar del porvenir."

Digo por último con el sabio Filangieri: "Si los progresos de los conocimientos y de las luces nos han dado fuerza para dominar la naturaleza y hacerla servir para nuestros designios; si la mano poderosa del hombre dirige el rayo, sujeta los vientos, impone leyes á las aguas; si el hombre se sostiene y viaja con alas artificiales sobre los espacios inmensos de los aires; si el adelantamiento, digo, de los conocimientos y de las luces nos ha dado tanto imperio sobre el mundo fisico, ¿por qué no hemos de esperar adquirirlos tambien sobre el *mundo moral?* Cuando una sábia legislacion dirigiese el curso del espíritu humano, cuando apartándole de las vanas especulaciones le inclinase enteramente á objetos importantes para la felicidad de los pueblos, la perpetuidad *del bienestar de un pueblo y de su virtud* no dejaria tal vez de ser tenida entonces por un problema irresoluble? [1]"

En resúmen, hermanos mios, yo amo la Civilizacion literaria ó industrial, y la apetezco y deseo; pero la quiero basada sobre la moralidad:

1 Ciencia de la Legislacion, lib. IV, cap. 1 º

quiero Civilizacion, pero con costumbres públicas: quiero los adelantos industriales, pero con la educacion moral por cimiento: quiero las luces del espíritu, pero guiadas por los sentimientos nobles del corazon: en una palabra, quiero la Civilizacion, pero sin el egoismo y sin el sórdido interes que lo sujeta todo al cálculo de la especulacion y de las ganancias materiales: quiero la Civilizacion, pero *sin que la dignidad humana se humille y prosterne ante el* BECERRO DE ORO, sin que la humanidad se arrodille ante el *Hombre-moneda.*

—Grandemente he gozado en oiros, hermano D. Magin, le dije, y me hallo enteramente de acuerdo con vuestras nobles y filosóficas ideas, y las adopto y abrazo con placer. Pero un pueblo con costumbres tan perfectas como las que vos deseais, y yo tambien desearia, fuera ya una sociedad de ángeles, no que de hombres; seria un bello ideal, que no es posible ver realizado en ninguna sociedad humana.

—Estoy muy lejos, replicó D. Magin, de creer posible la perfeccion: pero entre la perfeccion de las costumbres y el abandono de la moral hay una gran escala que recorrer y mucho que poder corregir, que es á lo que yo aspiro. Si no he dado leyes perfectas al pueblo, decia Solon, le he dado las mejores que puede sufrir [1].

1 Libro XII de las leyes.

—Verdaderamente, le repliqué yo Fr. Gerundio, el que hallase el medio de poder dar á un pueblo la civilizacion de las artes y las ciencias sin hacerle perder los sentimientos religiosos y morales, sin apartarle de su sobriedad ni lastimar la sencillez de sus costumbres, ese habria despejado la gran incógnita, ese habria resuelto el gran problema de civilizar los pueblos sin corromperlos y de hacerlos tan felices como debieran ser. ¿Pero quién pudiera llevar á cabo tan grande obra?

—¿Quién? Esto pudiera fácilmente lograrlo, si no en el todo en su mayor parte, un gobierno ilustrado, benéfico y paternal, con solo poner en ejecucion tres elementos que hasta ahora han sido, ó desatendidos ó despreciados, á saber: "*escuelas de educacion moral; premios y recompensas á la virtud;* y el ejemplo de su misma conducta, *que es la leccion mas provechosa que pudieran dar.*"

—Y bien, le dije entonces á Tirabeque; ¿qué te parece de esto? Ahora te concedo licencia para hablar.

—Señor, me respondió, me parece tan perfectamente, que eso mismo que ha dicho el Sr. D. Magin es lo propio que pensaba yo haber dicho, si V. me hubiera dejado hablar antes. Y así quedo satisfecho de las dudas y confusiones que me atormentaban.

Reímonos los dos de la maliciosa simplicidad de mi lego: y mi paternidad no pudo menos de reco-

nocer fundados los principios, y sanos y justos los deseos del hermano D. Magin, sin encontrar otras razones que oponer á las suyas que la dificultad de la realizacion, sobre lo cual ya él habia dicho antes: "*este es el gran problema que los hombres tienen que resolver.*"

Con lo que terminaron por entonces nuestras conferencias sobre *Civilizacion.*

QUIÉN ERA DON MAGIN.

Este D. Magin, este amigo íntimo, inseparable y consecuente que no me ha abandonado en ninguna situacion de la vida, es mi misma *imaginacion* gerundiana, que muchas veces me habia representado los pró y las contras de la Civilizacion, tal como generalmente se entiende, y á la cual se mira como el supremo bien que pueden alcanzar los hombres y los Estados.

Mi objeto en estos diálogos ó conferencias ha sido procurar hacer ver que esa Civilizacion tan decantada, ni mejora la condicion de la sociedad tanto como á primera vista se cree, ni hace á los hombres mas felices, por lo mismo que hace des-

aparecer la sencillez de las costumbres, destierra la sinceridad, ahoga la poesía, y apaga los sentimientos del corazon, mientras no esté cimentada en la moral, y mientras los hombres que gobiernan los Estados ó dirigen la opinion pública, sigan promoviendo casi esclusivamente el espíritu del cálculo de utilidad y del interes material, que engendra el egoismo, con menoscabo de las virtudes y de los afectos del alma, que son la base de la felicidad.

He creido la cuestion de alta importancia y trascendencia, y he hecho estas ligeras observaciones, no con la presuncion de decidir ni con el intento de fallar, sino por si pudieren servir á llamar la atencion y estimular á otros mas ilustrados genios á esclarecerla y tratarla con la profundidad que por su importancia merece, y si esto lograse me felicitaria de haber hecho un gran bien.

Hé aquí una materia digna de servir de tema á las conferencias y sesiones de esos tantos sabios italianos que se reunen anualmente para celebrar tan ruidosos congresos.

SOLUCION DE LOS PROBLEMAS HISTORICOS [1].

Del 1º—El español fué Hernan Cortes, y el monarca Carlos V.

Del 2.º—D. Beltran de la Cueva.

DESAFIOS.

CUADRO TERCERO DEL DRAMA.

Tirabeque aprendiendo esgrima.

Ya tenemos á Tirabeque ejercitándose en el noble arte de la esgrima, para hacerse duelista, y por consecuencia caballero. Yo le aconsejé el manejo de la espada con preferencia al de la pistola, por aquello que dice Mr. Barré: "Anatematicemos

1 Véase la pág. 290 de este tomo.

el duelo bajo cualquier forma que se presente, pero mas aún el duelo á pistola, porque éste es un verdadero asesinato: *etigmatisons le duel sous quelque forme qu'il se presente, mais plus encore le duel au pistolet, car c'est un veritable assassinat.*"

Aunque por otra parte dicen que se necesita mas valor para el duelo á espada que para el duelo á pistola, pues en el de pistola el valor es meramente un lujo, y en sabiendo disparar, la casualidad y la suerte suelen hacer el resto; mientras en el de espada dicen que se necesita mucho valor y mucha serenidad para no turbarse á la vista del acero del adversario distante unas pocas pulgadas del propio cuerpo. Por otra parte, el razonamiento y la legislacion de la pistola es mas breve, si bien la forma silogística y la jurisprudencia de la espada prueban mas habilidad, y así cada método tiene sus apasionados.

Sea de esto lo que quiera, Tirabeque principió por la esgrima: y nadie diria que me habia costado tanto trabajo el convencerle y decidirle, al ver la aficion y puntualidad con que asistia á la academia de este ramo de civilizacion, y la facilidad, inesperada en él, con que retenia las voces y términos del arte. A los pocos dias ya me llenó la cabeza de toda esa tecnología para mí desconocida, de *guardia*, *parada*, *ligadura*, *golpe pasado*, *desplegue*, *asalto*, *aposentarse*, *escurrirse*, *cupé*, *coronacion*, *frote*, *cruzado*, *tacto al tacto*, *el doble-con-*

tra, posicion y parada de primera y segunda, abatir, fingir un ligamento, tercera por debajo, fingir librar y el golpe derecho, fingir el ligar en cuarta, y otro centenar de voces tan griegas para mí como el mismo griego.

—Admirado me tiene tu memoria, Pelegrin, le dije, y confieso que no esperaba de tí tales adelantos. ¿Y qué libro es el que sirve de testo en tu escuela? ¿El *manual de esgrima* de Beltran Lozes, ó el *Tratado de armas* de *Laufagère?*

—De eso no podré dar á V. razon, mi amo, me respondió, porque yo me atengo solamente á lo que de viva voz me enseña mi maestro. Y á lo que veo, tambien V. entiende algo de esgrima, y se lo tenia callado.

—Ni una palabra, Pelegrin; solo he leido que esos dos han sido muy acreditados profesores, y que ambos han escrito sus tratados correspondientes sobre la materia.

—Quiere V. que haga aquí en un santiamen algunas de las posturas que he aprendido?

—No tengo inconveniente, Pelegrin; veremos qué aire sabes dar ya á ese cuerpo, que buena falta te hacia reformarle.

A esto tomó un baston, y dijo: "este baston, mi amo, que yo hago ahora florete ó espada, se puede tomar con la mano vuelta de tres maneras. Cuando se halla vuelta de suerte que las uñas estén al aire ó hácia arriba, se dice que está vuelta

de cuarta: cuando al contrario se halla vuelta las uñas hácia abajo, se dice que está vuelta de tercera: cuando del todo se halla vertida de tercera, entonces se halla vuelta de primera. Ahora verá V. ejecutar todas tres."

Y ejecutó la primera, y sucesivamente se fué poniendo en todas tres posiciones.

—Magníficamente, Pelegrin. Solo que necesitas vencer todavía algunas dificultades, es decir, dificultades de organizacion, propias de tu corporal anatomía. Y el zapato de las cinco suelas tampoco te hace el mejor oficio para esas tan gallardas posturas.

—Así es la verdad, señor, pero todo lo irá venciendo el arte.

—Ý bien, hasta ahora yo no veo sino unas posturas mas ó menos airosas y elegantes: y quisiera saber para qué sirven delante del enemigo, y cómo se páran y se defienden los golpes del adversario, cómo conviene acometerle &c. A eso no habrás llegado todavía.

—Sí señor, algo puedo esplicar á V. de eso tambien. Para eso hay las reglas de *juntar la espada*, *empeñar la espada*, *tenderse ó desplegar*, *golpe simple y compuesto*, *golpe de parada ó arrestar*, *tercera por debajo*, *posicion y parada de cuarta* y otras muchas. Hay tambien dos clases de *fingimientos*, los de *sutileza* y los de *combinacion*. Cuando se hacen los primeros no se busca el engañar la parada, si-

no poner al adversario en la incertidumbre de la línea en la cual se va á tirar. Luego hay el *golpe derecho de cuarta.* Para esto la mano debe estar vuelta de tercera; en seguida se levanta un si es no es el puño, retirando lo fuerte de la espada de uno sobre lo débil de la del contrario, la punta al aire..... espere V., señor, lo mejor es hacerlo prácticamente. Tome V. este otro baston....

—Yo el otro baston! y para qué?

—Nada, señor, V. se va á batir conmigo.

—Batirme yo contigo, Pelegrin! Tú estás loco. Cierto que le sentaria bien á mi edad ponerme ahora á hacer del muchacho contigo! Y qué motivo hay para que nos batamos los dos?

—Señor, aquí nadie nos ve, por eso no le dé á V. cuidado. Y en cuanto al motivo, haremos tambien un *fingimiento.* Yo finjo provocarle á V., ó V. finge provocarme á mí, lo que V. quiera, porque es igual. V. por ejemplo me llama *cojo*, yo digo que V. me insulta, y le pido una satisfaccion. V. que es caballero, no puede menos de dármela, coje V. el baston, yo tengo ya el mio en la mano, y comenzamos á batirnos. Y si nó yo le diré á V. que tal ó cual artículo que V. ha escrito no tiene maldito el chiste: V. se pica, porque V. debe creer que el artículo tiene mucha gracia; y estando V. persuadido de eso, como es natural siendo cosa suya, V. me desafia porque á mí me ha parecido lo contrario....

—Yo no pienso hacer semejante cosa, Pelegrin; cada uno es dueño de pensar de él y de todos como le parezca.

—Pues entonces, mi amo, es V. un mal caballero, como V. mismo ha dicho antes. Pero de todos modos no tenga V. cuidado, porque todo esto va á ser de mentirigillas, y para que vea V. por sus propios ojos lo que he adelantado. Agarre V. el baston, póngase V. en cuarta ó en tercera, como á V. mas le acomode....

—Pero si yo no entiendo de eso, Tirabeque, por nuestro Padre S. Francisco!.... En fin, si es empeño tuyo, lo haré por complacerte una vez. Vamos, qué hago yo ahora?

—Ahora, mi amo, levante V. el baston, ó digámosle espada.... más.... más todavía, de modo que venga por encima de mi mano.... ponga V. las uñas hácia arriba.... así.... otro poco más..... Ahora voy á darle yo á V. un *golpe de arresto por de abajo.*

—Queda V. herido por debajo del brazo, junto á la tetilla derecha. El artículo de V. es malo, si nos batimos por el artículo; y si nos batimos por haberme V. llamado *cojo*, resulta que no soy cojo, sino que tengo unas piernas mas ligeras y mas iguales que las de una perdiz, porque le he vencido á V. y yo llevaba la razon.

—Eso es una atrocidad, Tirabeque: en primer lugar, que yo no puedo batirme contigo, porque

al fin y al cabo tú ya sabes algo de esgrima, aunque sea poco, y yo no entiendo una palabra. Y en segundo lugar, que no porque tú me venzas has de llevar la razon.

—¿Cómo que no, señor? ¿No es esta la ley de los duelos que V. tanto me ponderaba? Pues ahora yo me compondré con V.; y ya que V. se ha empeñado en hacerme aprender esgrima, y en que sea caballero, se librará V. bien en lo sucesivo de llamarme las cosas que me ha llamado hasta ahora, como simple, deslenguado, estúpido y otros dicterios al símil, porque le desafiaré á V. inmediatamente y le arrojaré un guante si le tengo á la mano, y si V. no le recoge, será un mal caballero, y yo un caballero bueno y cumplido, y de esta manera....

—Eso es subírteme á las barbas y faltarme al respeto, Pelegrin. Guarda tu habilidad para los estraños, y haz el favor de ser un poco menos caballero para mí.

—Señor, la ley de los duelos es igual para todos, segun V. mismo ha dicho.

—Pues bien, desde hoy no vuelvas á la academia, y sírvante las lecciones que has tomado para saber dar al cuerpo otro aire del que antes tenia, que ciertamente bien lo habias menester.

—Diga V., mi amo, ¿y soy *campeon* ó no soy *campeon?*

—Eres mi lego como hasta aquí; y calla, y no

hablemos más de la materia. Estoy convencido de que los desafios son.... el heroico sublime de la barbarie antigua, y el sarcasmo mas cómico de la civilizacion moderna.

EL CIGARRO PARLANTE.

III.

Observaciones económico-domésticas sacadas del Cigarro.

Al tiempo que fumaba el Cigarro, vínoseme al pensamiento la idea de lo que podria gastar un fumador regular y decente en este al parecer insignificante artículo de consumo. Y dije para mí: "supongamos un hombre de sesenta años que comenzó á fumar á los veinte. Este hombre ha fumado cuarenta años. Regulémosle á razon de seis cigarros cada dia, que ciertamente no es un cálculo subido, si se tiene en cuenta los que resultan ser de caoba en vez de hoja de *nicotiana*, los que por generosidad ó por compromiso tiene que regalar, y otros muchos desperfectos y quebrantos consiguientes al ejercicio.

"Si los cigarros son habanos, como supongo, ¿de qué clase, calidad y condicion pueden ser que no le cuesten siquiera á peseta la media docena? Pues bien, calculando por lo mínimo, este hombre habrá gastado en fumar 365 pesetas cada año, que multiplicadas por 40, dan una suma de 58,400 reales lo que ha invertido en 40 años el fumador.

"Si los cigarros son de á real, resultará que el hombre de 60 años ha consumido en fumar un capital de 87,600 rs.; que reunidos y dados á interes, aunque no fuese más que al 6 p$\frac{0}{0}$ al año, le hubieran producido en el tiempo que ha fumado la enorme suma de 210,240 rs. vn., con que haber podido dotar á su hija, á quien acaso no puede ahora dar en dote el valor de una caja de cigarros. ¡Y parece que un cigarrito y otro cigarrito no influyen nada en la economía doméstica!

¡Fumadores, leed y estremeceos! Nada hay aquí de fabuloso.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

PAGS.

La bolsa.—Artículo I.—De las bolsas en general..... 5
D. Tadeo, ó el flaco y el gordo. Comedia en abreviatura. 18
Estadística real..... 20
La civilizacion.—Conferencias gerundianas.—Conferencia cuarta. Presente y porvenir del mundo..... 25
La bolsa.—Artículo II.—La bolsa de Madrid.—Su parte material..... 43
Memorias póstumas que podrá dejar otro español del siglo XIX.—Lo que he pagado..... 57
La bolsa.—Artículo III.—Su parte moral..... 62
El paseo de Atocha..... 81
La empleatividad.—Comedia en tres actos.—Análisis del acto segundo.—D. Juan empleado..... 86
Lo que quedó pendiente..... 90
Las máscaras de ogaño..... 96
La fiesta del buey gordo en Paris..... 104
Libertad y registro..... 116
Anuncio importante.—Gran baile de trajes en el Teatro social de Fr. Gerundio..... 137
El baile de trajes en el teatro de Fr. Gerundio..... 138
Inundacion de máscaras populares..... 156
¡Pobre lengua!..... 160
Gran batalla entre D. Carnaval y D.ª Cuaresma..... 163

Fr. Gerundio y un solteron..... 171
Seguros matrimoniales —Historia de Mr. Lorimond.... 176
Volviendo á D. Torcuato..... 187
Fr. Gerundio y su lego en una casa de locos..... 189
Industria española..... 209
Dos fenómenos: uno de repulsion y otro de atraccion... 213
Contribuciones indirectas..... 221
Invenciones diabólicas..... id.
Moralidad pública..... 226
Despreocupacion..... id.
Problemas históricos..... 227
La empleatividad.—Comedia en tres actos.—Análisis del acto tercero.—D. Juan Cesante..... 229
Una apuntacion de Tirabeque..... 237
Desafios.—Cuadro primero del drama..... 239
Las uñas largas..... 253
El cigarro parlante..... 256
Lamentos de D.ª Cuaresma..... 266
Solucion de los problemas históricos..... id.
Desafios.—Cuadro segundo del drama..... 267
El cigarro parlante..... 280
Otros problemas históricos..... 290
Fr. Antolin y Fr. Pelegrin ó los dos legos..... 291
Los monitos..... 308
Trajes del siglo..... 317
El culto del siglo..... id.
La civilizacion.—Conferencias gerundianas.—Conferencia quinta.—Consigue Tirabeque salir de sus dudas y confusiones..... 318
Quién era D. Magin..... 337
Solucion de los problemas históricos..... 339
Desafios.—Cuadro tercero del drama..... id.
El cigarro parlante..... 346

X 4162

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY

A 000 732 383 5